
3 1761 07286258 4

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE



Biblioteca de Novelistas Americanos

LIBROS PUBLICADOS:

I.—Los caranchos de la Florida, por Benito Lynch (artino).

II.—Esto era un país..., por Vicente A. Salaverri (uruguayo).

III.—Luna de miel y otras narraciones, por Manuel Gálvez (argentino).

IV.—Urupés, por Monteiro Lobato (brasileño).

V.—Borderland, por Atilio Chiapori (argentino).

VI.—La maestra normal, por Manuel Gálvez (argentino).

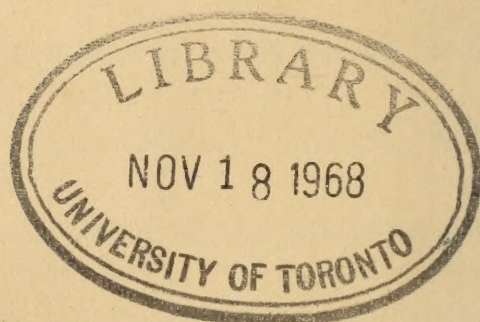
VII.—Un perdido, por Eduardo Barrios (chileno).

VIII.—La tragedia de un hombre fuerte, por Manuel Gálvez.

MANUEL GALVEZ

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE

Biblioteca de Novelistas Americanos
Vol. VIII. = Buenos Aires. = 1922


LIBRARY
NOV 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

ADVERTENCIA

El autor de este libro pudiera hacer suyas las palabras de Ernesto Renán en el Prefacio de sus Dialogues et fragments philosophiques: *"Me resigno de antemano a que se me atribuyan directamente todas las opiniones profesadas por mis interlocutores, aun cuando sean contradictorias. Yo no escribo sino para lectores inteligentes y cultos. Estos admitirán perfectamente que yo no tenga solidaridad con mis personajes y que no deba soportar la responsabilidad de ninguna de las opiniones que ellos expresan." Como el admirable maestro, no ignoro que es inútil toda declaración de neutralidad respecto a mis personajes, no obstante ser yo un escritor a quien nadie podrá negar valentía para defender sus opiniones. Sin duda que, a veces, coincido con alguno de mis personajes en tal o cual apreciación, pero, en conjunto, ninguno de ellos me representa. Cada vez que quise decir algo, a mi juicio importante o útil, lo dije con claridad, y así lo haré siempre, con el valor moral de siempre.*

El lector poco inteligente no puede ver una opinión en una novela sin atribuirla al novelista. No admite que en una novela haya otra cosa que hechos, y cree que toda

idea expresada por un personaje ha de pertenecer por fuerza al autor, ignorando que en la realidad de la vida ocupa más lugar lo que hablamos, pensamos y discutimos, que las cosas que nos ocurren. Hasta ahora ninguno de mis libros ha sido autobiográfico, y no obstante se me han atribuído las opiniones de cada uno de mis personajes, según las conveniencias del lector o del crítico. Confieso que esto me ha incomodado más de una vez, sobre todo en aquellos libros en que, no obstante mi afirmación de no defender tesis ninguna, me han sido adjudicadas opiniones contrarias a las mías. Y si hablo aquí de opiniones mías es porque, sobre muchas cuestiones, tengo naturalmente alguna opinión; pero trátase de las opiniones de quién está obligado a tener una idea de las cosas, no del novelista. En cuanto novelista, no tengo ideas ni opiniones. Mi oficio, como tal, consiste sólo en reflejar la vida. El novelista debe ser como un espejo ante el cual desfilan los hombres, las cosas y las doctrinas. Y si como hombre de pensamiento mis preferencias tienen un origen intelectual — o sentimental, a veces —, como novelista mis simpatías tienen sólo un origen literario. El novelista, que como hombre de pensamiento no acepta una determinada doctrina, puede sentir una fuerte simpatía artística hacia un personaje que encarne esa doctrina y aun hacia ella misma. El artista debe comprender todas las ideas.

Creo que sólo han de ser atribuídas al autor aquellas opiniones que él expresa directa y claramente. Romain Rolland, sin embargo, considera que ni aun estas opiniones pertenecen al escritor. Hablando de las interpretaciones equivocadas de que ha sido objeto su Jean Christophe, *afirma que es "perfectamente estúpido" atribuir al autor todas las ideas, a menudo paradógicas, de su héroe. Y la razón, dice el maestro, es que "no solamente los actos y los juicios personales de Cristóbal, sino también las consideraciones y los juicios intelectuales expresados en la obra bajo una forma impersonal, participan de la atmósfera moral de mi héroe". Por lo menos debemos convenir en que si el autor da vida a un perso-*

naje — sobre todo cuando ese personaje no es exactamente él mismo —, y le somete en el curso de su novela a la influencia de acontecimientos que no han existido en la vida del escritor, y siendo una verdad que los hechos de la existencia humana modifican nuestras ideas, resulta realmente absurdo atribuir al novelista las ideas de su personaje. Un ejemplo típico es el de Monsalvat, en mi libro Nacha Regules. *Monsalvat, apasionado de una mujer que sólo por él ha vuelto a vivir honestamente, sabe un día las iniquidades que han cometido con ella en la tienda donde está empleada. Como es lógico, Monsalvat se indigna, y, generalizador, según lo he pintado, culpa de esas iniquidades a la organización social; y a la noche, ante un grupo de obreros a los que enseña la lectura y sencillos conocimientos generales, predica el odio y la violencia. Esto es humano. ¿A quién no le ha ocurrido, cuando alguien le ofende, extender el enojo hacia el ofensor, a la profesión y aun al país a que aquel pertenece? Pero ¿no es absurdo que se atribuya opiniones ocasionadas por un momento de la indignación de un personaje, al autor, el cual no ha pasado por semejantes momentos? En el caso de* Nacha Regules, *¿cómo no ha comprenprendido cierta gente que era un libro de piedad y de amor, y que en un libro así no puede caber la prédica del odio y de la violencia?*

Todo esto viene a propósito de las opiniones de los diversos personajes de este libro sobre las ideas morales que ahora circulan en Buenos Aires. Quizá en algo coincida yo con ellas, pero no son siempre las de ninguno de mis interlocutores, cuyas ideas, más de una vez, se oponen a las mías.

Si como hombre de pensamiento tengo alguna idea sobre esos temas, ya la diré en otra parte, si creo de interés decirlo. Como novelista — es necesario recalcarlo bien — no tengo ninguna opinión sobre esta materia ni sobre ninguna otra. Mis personajes hablan y opinan por su exclusiva cuenta y riesgo.

En La tragedia de un hombre fuerte *no pretendo moralizar. Más aun: no he tenido la menor intención de ver*

el asunto bajo el aspecto ético. Sólo me interesa el aspecto psicológico de la cuestión, y también el colectivo en cuanto contiene en su esencia la transformación espiritual de mi país. No juzgo, pues, ni bien ni mal, a las mujeres que van hacia el amor prohibido. Sólo me interesa el saber qué razones las determina, de qué modo llegan al amor, qué formas de amor predominan en Buenos Aires, cuál es la psicología de las mujeres y de los hombres en cuanto a aquel sentimiento y qué conceptos de la vida tienen las unas y los otros. He querido encerrar en este libro — que no es precisamente una novela — un momento de la transformación espiritual de nuestro país. Me ha parecido que esta transformación se revela, más que en ninguna parte, en las actuales ideas morales sobre el amor y en las costumbres que con él se relacionan más o menos directamente. He realizado una larga y difícil encuesta para llegar al dominio del tema, documentándome con la misma seriedad con que lo hice siempre, con el mismo espíritu científico con el cual me informé para escribir El solar de la raza *o* La inseguridad de la vida obrera.

Por esta misma seriedad de trabajador consciente, quiero advertir que en este libro — como en los otros de que soy autor — nada dejé librado a la casualidad. Así, el personaje central ha debido ser provinciano para sentir agudamente el conflicto entre lo estático de las provincias y lo dinámico de Buenos Aires. Debió también ser casado — con lo cual no ignoro que le quito simpatías entre mis lectoras — para que resaltase la valentía y decisión audaz de alguna de las mujeres que le amaron. Y he debido hacerle un hombre de acción para que encarnara un prototipo de argentino moderno: ayanquizado por una parte, y, por otra, un tanto romántico.

¿Comprenderán ciertos pseudocríticos que no es éste un libro naturalista, sino un libro muy moderno, en el cual abundan las páginas de análisis psicológico? No sé por qué empeño se me considera como un continuador del naturalismo. Mi única novela naturalista — y no lo es enteramente, pues contiene algo de subjetivo y no escasea en ella el análisis — es La maestra normal.

La novela que a ésta siguió, El mal metafísico, *está lejos de ser naturalista, pues en ella las cosas apenas son descritas y el ambiente no "determina" a los personajes. En* La sombra del convento *abundan, es cierto, las descripciones de paisajes y cosas, pero sólo figuran allí con carácter decorativo; sin contar con que, en cierto sentido, es esa una novela de análisis.* Nacha Regules *ya está en el extremo opuesto al naturalismo y aun al realismo. No solamente las cosas no son descritas en ella sino que aun la técnica realista, según la cual fueron compuestas las anteriores novelas, desaparece allí por completo.* Nacha Regules *es un libro romántico por el predominio del sentimiento, y, a la vez, muy moderno por la forma de su inquietud y por su técnica.* La tragedia de un hombre fuerte *inicia una orientación psicológica dentro de mi obra literaria.*

Pero esto no significa el abandono del realismo. Como lo he dicho en otras partes, el realismo — viejo en Europa, donde los ambientes vienen siendo descritos desde hace siglos — es cosa nueva y necesaria en este país, donde nadie estudió jamás los ambientes y donde no sabemos lo que somos ni cómo somos. Cada asunto requiere un procedimiento propio, y el día en que sea necesario describir las cosas y los ambientes volveré a hacerlo, aunque haya quien — aplicando a nuestro país las ideas de Europa — me considere atrasado.

M. G.

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE FUERTE

I

LA CONQUISTA DE BUENOS AIRES

El anuncio de que Víctor Urgel hablaría desheló la indiferencia de sus colegas. Los diputados saben de antemano cuanto va un orador a decir, pues las opiniones, por la escasez de los discurseadores y el choque diario de las tendencias — ¡de los intereses! — son conocidas de todos. Por este motivo, a los representantes del pueblo les interesa, más que un párrafo sobre instrucción pública, la amenaza de arrojar un tintero a la cabeza ilustre de un colega. Aquellas sesiones, sin embargo, podían apasionar. Tratábase de un tema nuevo: la neutralidad del país en la Gran Guerra. La barra, ingenua por naturaleza y vocación, y el país, no menos ingenuo en cuanto cree en sus representantes y se hace la ilusión de gobernarse a sí propio, apasionábanse, en efecto. Pero los diputados, ¿no sabían acaso de memoria los lugares comunes que segregaría cada orador, siempre idénticos, así se hablase sobre la urgencia de intervenir una provincia como de la ventaja en pensionar a alguna agradable viuda, descendiente de un vago héroe de la Independencia?

Pero Víctor Urgel era una incógnita para sus colegas. No perteneciendo a ningún partido, resultaba difícil presentir sus rumbos. Hasta entonces, ni los colegas de tierra adentro—los más perspicaces, no obstante su pesadez engañadora, — lograron clasificarle. Urgel se daba poco, y en las conversaciones de antesalas sólo exponía ideas generales, demostrando, cosa extraña y antiparlamentaria, considerar nuestra política desde un punto de vista ideológico e impersonal. Además, habiendo ingresado en la Cámara hacía un mes, para completar un período vacante, no tuvo aun ocasión en el recinto de abrir su boca; y, lo que desconcertaba, traía prestigio de orador notable y de hombre de carácter, de ideas y de estudio. En antesalas, al rededor del té que amenizaba la longitud de las sesiones, y mientras allá en el hemiciclo alguno se desgañitaba aniquilando al gobierno, discutíasele. Unos, fundándose en tal cual ingenuidad de Urgel y en ciertas cosas de *bon enfant*, dudaban de su valer, pues los hombres de valer han de ser personas graves, hieráticas, vestidas de negro, enemigas mortales de la risa y capaces de dejar caer, caritativamente, aunque sólo de cuando en cuando, sobre quienes disfrutan de la felicidad de oirles, palabras sesudas e inmortales. Otros, en cambio, hacían notar sus modos de ver originales, la expresión interesante — toda energía y toda audacia — que tenía a veces su rostro, y el talento con que ennoblecía las discusiones amistosas.

Desde hacía cinco minutos llamaba a sesión la campanilla eléctrica. Su estridente sonar se difundía por las salas como una locura de infinitos puntos suspensivos, corría por los pasillos, metíase en los rincones para salir intantáneamente, caía entre los grupos morosos, taladraba las conversaciones y enredaba los pasos de los diputados que pretendían escapar. Las reuniones disolvíanse, y los representantes del pueblo entraban en el recinto desganadamente, con aspecto de heroísmo. Cuando la campanilla paró, cesando de revolver el aire como cucharilla agitada furiosamente en un vaso de cristal, los últimos retardados ocupaban sus bancas. Algunos diputados, que pa-

decían de aburrimiento crónico, bostezaban con parlamentaria inmunidad, indiferentes a la parcela del pueblo soberano que les admiraba desde arriba. Otros hablaban a sus vecinos y reían. Y no faltaba quien adoptase posturas fotográficas, como de hombre eminente que tiene en sus salvadoras manos los destinos del país. Los diplomáticos, estirados y trascendentales, y las damas que coloreaban los palcos, observaban la heterogeneidad de los rostros y de las vestimentas. Aquí y allí, diputados provincianos, pachorrientos y trajeados con increíbles chaqués de tierra adentro o de "confección", realzaban, por contraste, la elegancia y la vivacidad inquieta de más de un colega porteño. Rostros con tinte de vasija calchaquí alternaban con rubicundeces extranjeras, y, junto a calvicies monótonas como la discusión del presupuesto, estremecíanse formidables melenas, más frondosas y pintorescas que el inciso de las pensiones a las viudas y a las huérfanas de los servidores de la patria. Algunos ojos, en saudades de coloniales siestas, entornábanse sin disimulo, mientras los socialistas, que solían poner un poco de pimienta en las espesas sopas sin sal de las sesiones, erguían sus miradas alertas y agresivas.

Habló primero un diputado por la Capital. Rupturista. Oratoria heroica. Las damas y los diplomáticos aplaudieron. La barra callaba. Un diputado del interior, que gozaba su siesta patriarcal, sobresaltábase de cuando en cuando a los trascendentales estampidos del guerrerista. El orador terminó, después de hora y media, describiendo, profética y elocuentemente, los pavorosos males que atraería sobre el país "la criminal política de la neutralidad".

Víctor Urgel pidió la palabra. Curiosidad y espectativa. Las damas encontráronle buen mozo y le miraron complacidamente, dispuestas a aplaudir. Aquel muchacho — no representaba más de veintiocho años —, de figura distinguida y bien vestido, no podía ser sino aliadófilo y rupturista. Tenía una expresión grave, cargada de intensidad y de emoción. Sus vecinos de banca pudieron notar el levísimo estremecimiento de sus finos labios y de su barbilla algo saliente. Su nariz era delgada, como todo su

rostro, pero de línea perfecta. Un breve bigote, cortado a la inglesa, afirmaba la fuerte masculinidad de su tipo. Los cabellos, hacia atrás, y no aplastados sino algo sueltos y arreglados con armonía, sin la menor sugerencia romántica, atenuaban, quizá tanto como los ojos, una cierta fiereza que asomaba a veces en su expresión. Los ojos, oscuros, muy oscuros, indagadores, impertinentes en ocasiones, movibles, ardientes, tenían ahora una mirada honda, de una energía atenuada de suavidad — tal vez consecuencia de su emoción — allá adentro de unas cuencas profundas y bajo los arcos perfectos de sus cejas. Y en su frente que avanzaba, leíase la voluntad y la inteligencia. Era, en una palabra, un bello tipo de argentino, hasta por su color moreno, hasta por el dejo provinciano de su voz. Daba la impresión de un hombre resuelto, de un temperamento fino y audaz, combativo y dominador, práctico y hábil. Desbordaba todo él de franqueza. Veíase que ese hombre tenía un concepto dinámico de la vida, que en él debía primar la acción sobre el ensueño y sobre el sentimiento.

Hablaba de pie, con voz natural y nada sonora. Gestos escasos y siempre armoniosos y apropiados. Cuando, recogiéndose en su pensamiento, miraba al suelo, su testa y toda su figura se acrecentaba de nobleza. Su voz y sus palabras revelaban un hombre nervioso que sabe dominarse. Trataba de convencer; no de lograr aplausos, ni mucho menos de agredir. Sus frases eran bien construídas y sencillas, breves, claras. Poco a poco se fué animando; y cuando el ligero temblor de sus palabras desapareció, el discurso cobró una extraña elocuencia. Nada de tropicalismo, ni de afectación. Elocuencia de la hondura de los conceptos, del vigor y la emoción de las palabras, de la sinceridad, del sentido humano e integral de la vida. Las damas desilusionáronse. El orador les pareció un poco antipático, un hombre sin ideales. ¡No sentir herido su patriotismo, habiendo Alemania hundido en el océano las cuatro tablas viejas de una balandra argentina!

Comenzó Urgel afirmando no tener simpatías hacia Alemania. Amaba a Francia. Sentíase latino. Pero mira-

ba la guerra como un hombre de América, como hijo de un pueblo que crecía en toda su fuerza y su salud. ¿Qué razón había para que la Argentina se entremetiese en una contienda de naciones que defendían sus intereses, que luchaban por pedazos de tierra o por hegemonías políticas? ¡Combatimos por la justicia!, gritaban los hombres de un bando. Pero, ¿qué justicia? ¿Acaso aquella Justicia superior que prohibe matar? ¿Aquella Justicia que ordena a los gobiernos suprimir, antes que nada, la injusticia en su propia patria? La Europa terminaba su misión. Naciones viejas, corrompidas, gastadas, educadas en la injusticia y los prejuicios, enloquecidas ahora. Los hombres de Europa, los que gobernaban y dirigían, acababan de demostrar al mundo que sus deseos de paz no eran sino una farsa innoble. ¿Y cómo nos complicaríamos en el crimen de las naciones caducas, nosotros, hijos de un país sano, juvenil, sincero? La idea de la ruptura era artificial en nuestra patria. El pueblo no la sentía. Al trabajador no le interesaba. Todo era obra de periodistas y de literatos: hombres sin raíces en el pueblo, hacedores de frases, incapaces, casi todos ellos, de comprender los intereses, los sufrimientos y los ideales del pueblo. Todo era obra de gentes que vivían con el espíritu en Europa y pretendían introducir entre nosotros los problemas de Europa. Pero nosotros no debíamos imitar a Europa, sobre todo cuando, como en política internacional, teníamos una política que agregaba, al mérito de ser nuestra, el de su nobleza y su desinterés. La ruptura significaba una traición a nuestra política internacional: nuestra ética internacional. Todas las naciones del mundo practicaron siempre la política de la guerra. La Argentina, la de la paz y la libertad. Si combatió fué para hacer libres a los pueblos de América; proclamó que la victoria no creaba derechos, ejemplo admirable para la rapacidad de las naciones europeas; recurrió al arbitraje en todos los conflictos con sus vecinos; afirmó, por la voz de uno de sus ilustres hijos, que la América era para la humanidad, frase que jamás hubiérasele ocurrido a un político alemán o a un inglés; y el más grande de sus pensadores escribió hace cincuen-

ta años ese extraordinario libro que se llama *El crimen de la guerra*. Nuestra política era, pues, de paz, de concordia, de simpatía humana. "Continuarla — exclamó — es deber de verdadero argentinismo, el cual no consiste ni en odiar a Europa, ni en idolatrar el pasado, ni menos en lamentar el progreso llorando sobre la poesía de los gauchos y las tristezas de las vidalitas." Y en un bello paréntesis habló de su argentinismo. Era un sentimiento moderno y viviente, hecho de pesimismo de lo actual y de esperanza, de libertad y energía, de afirmaciones, de patriotismo civil. ¡Malditos los que unían las ideas de guerra y patriotismo! Patriotismo no era vivir recordando glorias puramente militares, las cuales debían más bien callarse porque en ellas iba oculta la enseñanza del Mal. ¡Los héroes militares! ¡Las tradiciones gloriosas! ¿No las habíamos alabado suficientemente? Los tiempos habían venido en que era patriótico olvidarlas, porque el patriotismo quiere la paz y el trabajo, no la guerra ni el hambre ni la desolación. Pero era patriotismo realizar nuestros actos en bien del país; acrecer su riqueza material, moral, espiritual o estética, sea mejorando la ganadería, o levantando un magnífico edificio, o publicando un bello libro, o difundiendo ideas nobles y sanas, o educando a los hijos en la virtud, en el trabajo, y en las ideas de libertad y de justicia, o ejecutando nuestras tareas, por humildes que fuesen, con amor, por cuanto con ellas colaboramos en el bien de todos y en la obra colectiva de construir una patria mejor. En cambio, mal patriota el político que compraba votos, el propietario que edificaba fealdades; el gobernante que permitía levantar una mala estatua contribuyendo a corromper el sentido estético del pueblo. Mal patriota quien predicaba la guerra, quien nada hacía por suprimir o atenuar la desigualdad social, el periodista mentiroso, el hombre que sólo miraba hacia el pasado, el maestro incapaz. Mal patriota, en fin, todo el que, directa o indirectamente, causaba un perjuicio a su país, ya en lo material o en lo moral, ya en sus cosas o en sus ciudadanos.

Produjo estupor este concepto del patriotismo, que al-

gunos encontraron sincero y bello; muchos, paradógico; los más, incomprensible. Los diplomáticos mirábanse unos a otros, vejados. Algunas damas sonreían.

El diputado siguió su largo discurso combatiendo con argumentos jurídicos, sociológicos o simplemente humanos el proyecto de ruptura. Y terminó con un extenso párrafo, casi un himno a la paz. Toda guerra era mala y monstruosa porque iba contra la vida de los hombres y la Vida era la gran belleza del mundo. ¡Crimen, destruir un átomo de vida! ¡Crimen de crímenes, destruir millones de vidas! Neutralidad significaba férvido coraje, salud moral, independencia ante el mundo enloquecido, y, sobre todo, afirmación de paz. Esta era la gran belleza de la neutralidad: que, en medio de la insanía de Europa, de los instintos rapaces y sanguinarios, del tremendo atentado contra la civilización y la cultura, ella representaba el buen sentido, el amor a la justicia, el culto de la paz. "¡Bello heroísmo el nuestro! Resistir a las solicitaciones y aun a las amenazas de los interesados y los criminales. ¿Y para qué? ¡Para hacer una noble y ardiente afirmación de paz! Arguméntase que la ruptura no es la guerra. Pero es el camino de la guerra. Arguméntase que, aun cuando declarásemos la guerra, no combatiríamos nunca. Peor entonces. Porque al atentado moral contra la Vida y la Paz, agregaríamos la tristeza del ridículo y la bajeza de la farsa". Y concluyó: "Ante todo la paz, ¡argentinos! La Paz, amada por nuestros grandes hombres, por Sarmiento, Alberdi y Mitre; la Paz, que nos ha dado todo lo que de bueno tenemos; la Paz ¡alma de la Democracia, Armonía del mundo!".

Filas enteras de diputados precipitábanse a felicitarle. Aun los que no opinaban como él, tendíanle la mano o le abrazaban. Las bancas ocupadas parecían impeler a sus dueños hacia Urgel, súbitamente, como por un resorte. Las vacías eran bocas abiertas en admiración. La barra aplaudía frenéticamente, y con tanto ruido que demostraba no haber comprendido la hondura del discurso. Las manos enguantadas de las pocas damas simpatizantes, agitábanse en el aire como blancas palomas de paz.

*
* *

Había terminado la sesión. Las ocho de la noche. Diputados y entremetidos acercábanse a Urgel. Víctor, fatigado, casi jadeante, recibía con resignación las molestas amabilidades que le asaltaban unas tras otras. Las palabras sinceras y cordiales esperaban en los labios amigos, a distancia, el fin de aquel eterno capítulo de la tontería humana.

—¡Monumental, compañero! — berreó en un abrazo estrujante un entremetido que acababa de irrumpir a codazos en el grupo: gordo sujeto, parásito de antesalas, adulón por exigencias de su fisiología y con quien Urgel, infelizmente, habló dos veces en la vida.

Luego debió soportar, con reventadora buena educación: las frases hechas del colega Migoya (1), diputado por La Rioja, un discurseador a todo trapo, inacabable, audaz y que creíase muy "preparado" porque fué en su tierra profesor de Historia y sabía las fechas de las batallas y las puerilidades de los compendios; los elogios de memoria de Basa, un diputado porteño, adulón de todas las influencias, que sospechaba en Urgel un gubernista y que ya contaba con su apoyo para su próxima evolución hacia el oficialismo; las sinceras estupideces que expelía el cerebro del colega Cerote; las chistosas felicitaciones de don Molina, viejo dicharachero, gracioso de oficio, amigo de cuentos verdes y de chismes políticos, resabio de una época no lejana en que el pueblo sólo elegía sus diputados simuladamente; las palmaditas, con silencio y

(1) Los cuatro nombres citados en este párrafo, aparecen en otros libros del autor; unos en *La maestra normal* y otros en *El mal metafísico*.

sonrisa, de los envidiosos; los apretones de manos de los entusiastas; y el cerco tenaz de los oficialistas, quienes, por ser el gobierno enemigo de la ruptura, suponían en Urgel un correligionario, un formidable paladín de su causa política, cuyo advenimiento recibían con misteriosas, disimuladas y satisfechas sonrisas. Pero nada le causó tanto fastidio como el aplauso de un colega porteño, hombre irónico y elegante, rupturista y mundano, enguantado, conquistador, sectario en su aliadofilia y escéptico en todo lo demás, que, no concibiendo el neutralismo sin la germanofilia, tendió su mano a Víctor al mismo tiempo que le decía, sonriendo malévolamente y acentuando la c y abriendo, sin exagerar demasiado, ciertas vocales:

—¡Kooolosaaal, mi amigo, kooolosaaal!

Algunos diputados manifestábanse descontentos. Discutían con amplios gestos de indignación, chocados, sin comprender, mientras se retiraban de la Cámara. Eran los patrioteros. Un general, pasando cerca de Urgel, hizo una mueca desdeñosa que Víctor no pudo ver. El concepto del patriotismo que expusiera Víctor había irritado a aquellos adoradores de la tradición. Algunos preparábanse ya para refutar en la sesión próxima las ideas disolventes de quien se atreviera, "en el sacrosanto templo de las leyes, a denigrar a la Patria, al Ejército y a nuestras glorias militares". Entre los opositores no faltó quien supusiera a Víctor buscando aproximarse al gobierno. Para muchos de ellos, los enemigos del oficialismo debían ansiar la ruptura sólo porque el gobierno deseaba la neutralidad. La cuestión era hundir al gobierno, desacreditar al presidente. En cuanto a los socialistas, no todos convenían con Urgel. Por el contrario, algunos de ellos declarábanse aliadófilos y rupturistas. Afirmaban odiar el militarismo y el patrioterismo, pero esto debía entenderse del militarismo y el patrioterismo de su país. Tratándose del triunfo de los aliados, eran tan patrioteros y militaristas como los grupos de jóvenes distinguidos que, en homenaje a la Libertad y a la Justicia, asaltaban los comer-

cios alemanes y luego gastaban en champaña el producto de su obra civilizadora.

Víctor preparábase a salir, seguido de pegajosos admiradores, cuando un senador presidencialista le llamó aparte.

—¿Quiere conocer al presidente?

—¡Yo? — exclamó Víctor asombrado.

—No se moleste. Pensé que era usted de los nuestros. Algunos correligionarios me lo aseguraron.

El senador se retiraba, fastidiado por la actitud de Urgel, no por su opinión, cuando Víctor se precipitó hacia él. Quería disculparse, pensando que había estado seco, tal vez un tanto grosero. Díjole que él no se oponía a que le presentasen al presidente. Lo que no deseaba era que eso fuese interpretado como una adhesión a su política.

—Yo quiero ser independiente — afirmó. — Demasiado individualista y amigo de mi libertad, sería un detestable hombre de partido. ¿Que hoy he coincidido con ustedes? No lo sé. Tal vez mañana disienta en cosas igualmente fundamentales. He venido a la Cámara, no para politiquear, sino por una necesidad de acción. Ya vé que soy modesto, doctor. Cualquiera otro daría a una inclinación puramente fisiológica el nombre de patriotismo.

El senador sonrió y le tendió la mano. Víctor le rogó que desmintiese sus aficiones gubernistas. Ni oficialista ni opositor. Hombre independiente, espíritu libre. El senador le dijo que ya estaba clasificado en diferentes sentidos.

—Eso nos ocurre a los hombres de matices, como suelen ser los grandes hombres... Los mediocres disponen de unas cuantas casillas y quieren meternos a la fuerza en alguna. No advierten que no cabemos. Nuestra locura de libertad nos pone con todos y contra todos.

El senador, que conocía muy poco a Víctor, alejóse convencido de que acababa de hablar con un chiflado y un insoportable egotista.

*
* *

Al salir a la calle, admiradores que le esperaban aplaudieron. Detuviéronse carruajes y automóviles. El cerco de acompañantes convirtióse en espeso muro. Transeuntes que se detenían, metíanse como cuñas por los intersticios, hociqueando la causa de aquella aglomeración. Por fin, después de forcejear un instante, y ayudado por amigos, logró Víctor sacudirse de aquellas sanguijuelas admirativas. Acompañáronle todavía tres o cuatro personas, entre ellas su cuñado Maciel y su amigo Miguel Rauch. Al llegar a la plaza del Congreso, Maciel, que parecía constituirse en empresario de la gloria de Víctor, reclamaba que se acercasen a un grupo de personas que habían aplaudido el discurso. El grupo, que desflecábase en despedidas, se cohesionó esperando a Urgel. Había allí tres o cuatro señoras, elegantes y lujosas, y otros tantos hombres, entre ellos el médico y diputado Ernesto Brenes. Víctor no examinó el grupo. Apenas vió dos grandes ojos oscuros que venían hacia él. Aquellos ojos, bajo el gigante foco de luz eléctrica, brillaban de un modo ardiente.

—Acerquémonos, hombre — rogaba Maciel. — Nos esperan. ¡Qué individuo insociable y mal educado!

—Estoy harto. No puedo más.

—Hay que cultivar la gloria, saber administrar la popularidad — intervino Rauch, que era un espíritu irónico y se divertía con las protestas, aflicciones y estrujones de Víctor.

—Claro — dijo Maciel, muy en serio.

—¡Al diablo la gloria y la popularidad! ¿A mí qué me importa? ¡Déjenme tranquilo!

El excelente Maciel no comprendía. Era un hombre de cuarenta y cuatro años, alto, fornido, de anchas espal-

das. Buen mozo, pero su rostro carecía de expresión y de interés. Reía a dos por tres, con una risa estrepitosa, de cinco o seis golpes secos, separados y descendentes. Siempre vestía con pulcritud y elegancia. Era tonto y distinguido. Provinciano, quedóse en Buenos Aires sin otro fin que ir penetrando en la sociedad, en la que ahora hallábase muy vinculado. Su fortuna, de diez mil pesos mensuales de renta, consistía en campos, los que trabajaba mediante capataces de confianza, o arrendaba. Tuvo ambiciones políticas y fué también diputado nacional hacía algunos años. No leía sino diarios, en los que creía como en Dios. Era ingenuo, buenazo, aconsejador, veraz, caballeresco y un "pavo" perfecto, pues hasta fisonómicamente se asemejaba al plácido gallináceo. A Víctor le quería como a un verdadero hermano. Los éxitos del cuñado le inflaban espiritual y físicamente.

—¡Qué Víctor este!—exclamó Maciel, con su sonora risa en cinco golpes secos y cortados.—¡Se hace el importante, el hombre!

El palmoteo cariñoso en las espaldas y la nueva risa no disminuyeron el fastidio de Víctor. ¡Hacerse el importante él! Nada le reventaba tanto como la incomprensión. Rauch reía sin disimulo, por lo que Maciel le miró amoscado, no hallando motivo para reir así.

—Bueno—agregó Maciel, como un padre.—Nos iremos a comer a casa. Le avisaremos a tu mujer por teléfono para que se venga en seguida.

Víctor replicó que Rauch le había invitado. No era cierto, pero quería librarse de aquel pegote familiar. Las demás personas que acompañaban a Víctor habíanse despedido. El grupo vecino ya no existía. Maciel, no resignándose a partir sin pronunciar alguna frase algo importante, dió su opinión sobre el discurso, con solemne gravedad. Aconsejó a Víctor que cambiara de ideas en cuanto al patriotismo, porque le perjudicarían en su carrera política. Víctor soportaba aquello sin mucha resignación, y miraba a Rauch y se pasaba las manos por la cabeza y se movía con inquietud y soplaba, todo ante la risa de Rauch.

—Pero de todos modos, estarás contento. Has conseguido lo que seguramente te habías propuesto.

—¿Qué me había propuesto? — exclamó Víctor con asombro.

—Hacerte conocer un poco, hacer sonar tu nombre en alas de la fama...

—¿Yo proponerme eso? Adiós. Recuerdos por tu casa.

Y arrastrando de un brazo a Rauch saltó a un automóvil, dejando en la vereda, abismado de estupefacción, al buen Maciel, que decididamente no lograba comprender a Víctor.

El chofer, torcido, preguntaba con su postura la dirección.

—¿A dónde vamos? — interrogó Rauch.

—A cualquier parte. A la miércoles. No, no. Vamos a Palermo. Es más cerca y más agradable. Estoy harto. Aniquilado.

Y se hundió en el asiento, en una postura cómoda, pero escasamente correcta, con los pies en la banqueta delantera. No podía más. Abrió y estiró los brazos desentumeciéndose, sopló como si el calor le abrumase y echó unas cuantas interjecciones poco parlamentarias, después de todo lo cual quedó algo desahogado. Rauch, a quien las impaciencias e indignaciones de Víctor divertían, no cesaba de reir, exclamando: "¡Qué bueno, qué cosa rica!" Y a Víctor nada le apaciguaba tanto como aquella alegría sana y cariñosa de su amigo.

Víctor era todo afecto interior para con Rauch. Porque si su amigo valía poco físicamente—feo, mandíbulas caídas, carnes blandas, piel amarillenta, arrugas, ojos saltados y pálidos, desgarbamiento, gestos excesivos—, en cambio poseía una gran alma. Víctor le sabía bueno, muy bueno, no sólo con la bondad pasiva de los incapaces de hacer mal, sino con bondad activa, con ternura, con efusión. No había una idea generosa que no le entusiasmara. Víctor no comprendía cómo en medio de las luchas de la vida, y en la ciudad cruel, pudo Rauch conservar la pureza de su alma. Era sencillo, fácilmente afectuoso, optimista. ¡Creía en la bondad humana, el exce-

lente muchacho! Y no comprendía la maldad, ni la falsedad, ni el interés inconfesable. Atribuía muchas malas acciones y palabras envidiosas, a interpretaciones equivocadas, a malentendidos. Alma de poeta y de artista. Y era un artista, un arquitecto genial. Había construido ya algunas obras bellas, pero lo mejor de su talento sólo aparecía en los proyectos magníficos que guardaba en sus carpetas y que no mostraba a casi nadie. Era también un erudito en cosas de arte, y escribía una obra fundamental sobre arquitectura y religión. Profundamente místico, desdeñaba el catolicismo, que, según él, había empequeñecido a Dios. Trabajaba heroicamente, noche y día, para sostener a su padre ciego, a su madre siempre enferma, a tres hermanitos menores y a una hermana que iba terminando su Medicina. Los dos amigos teníanse igual fe y confianza. Aunque Víctor era más humano, como temperamento realista y hombre de acción, no realizaba nada importante sin consultar a Rauch: un hermano mayor para él. Rauch, en cambio, no pedía consejo a nadie. Hombre de camino derecho, consciente de su fuerza, vivía con serenidad interior su vida de ensueño y de trabajo. Esta amistad venía del colegio, y se había continuado durante los años de Facultad, en que vivieron juntos. Mientras la distancia les separó, jamás dejaron de escribirse. Ahora, desde que Urgel estaba en Buenos Aires, veíanse casi diariamente. La amistad, rejuvenecida, había cobrado más vigor y mayor hondura.

—¡Qué esfuerzo he hecho! Estoy cansado como si hubiese hombreado bolsas durante un día. Y es que nunca hablé ante una concurrencia así.

—¿Tan inteligente?

—Psh, no la creo gran cosa. Tan hostil, quise decir. De todas maneras,un público que iba a juzgarme, lo que no me ocurrió en los comités del pueblo o de la campaña. Allá podía macanear torrencialmente. Acá debía contenerme, y para esto necesitaba una fuerza brutal. Aquellos diplomáticos, tan tiesos y sonriéndose entre ellos, me tenían medio loco. En fin, yo que he andado leguas y

leguas a caballo, que he fundado estancias, que hasta he domado un potro, me encuentro deshecho, aniquilado átomo por átomo.

—Pero pasado el peligro—dijo Rauch—hay que alegrarse.

Y agregó, imitando a Maciel:

—Sobre todo, que has conseguido hacerte conocer un poco...

Víctor estalló. ¡Qué bestia Maciel! ¡El, proponerse eso! Si quiso ser diputado fué porque sentía en quién sabe qué recoveco de su organismo la aptitud del político y del parlamentario y creíase en el deber de realizarla. Nada odiaba tanto como el ser incomprendido. En sus treinta y cuatro años había ejercido su Ingeniería, hecho negocios, construído casas, fundado una estancia, discurseado... Sentía una necesidad de acción, una comezón de vivir. ¿Pero vanidad, ambiciones? Nunca. El placer un poco físico de triunfar sobre los hombres y dominarlos y de vencer dificultades insuflábale el espíritu hazañoso de un héroe. ¿Pero para que le alabaran? ¡Jamás! Lo hacía todo por exigencia orgánica y por el bien de los demás. No por el éxito.

—¡Lindo!—exclamó Rauch, entusiasmado con aquel concepto de la vida, que encontraba tan humano, tan moderno y tan profundo. — ¡Eso me gusta!

—¡Claro hombre, qué pistolas!—agregó Víctor, volteando con esta vulgaridad la elevación que temía de parte de su místico amigo.

El automóvil acercábase a Palermo. Los palacios, las arboledas, la insinuación de lirismo en el aire, la vaga respiración del Silencio, anunciaban la proximidad del bosque. Luego el auto entró en una suavidad infinita. Allá adentro, por las oscuras avenidas y callejuelas cuyas curvas armoniosas hacían pensar en blandos brazos de mujer, corrían, bajo la espesura, los farolillos de colores de los autos, como luces sabáticas por una selva de leyenda. En el cielo, las estrellas apretábanse para agujerear el misterio de la sombra bajo las arboledas, pero sólo conseguían diluir su plata blanca sobre el asfalto de las

avenidas y sobre la melancolía, extática y lamartiniana, de los lagos.

—¡ Caramba !—exclamó Rauch, mientras bajaban del auto.—No le hemos avisado a Asunción.

Era la mujer del amigo. Víctor, con cierto desabrimiento, repuso que no importaba. Ya Maciel se habría acordado de hacerlo. Rauch, aguzando su mirada pálida y débil, buscó los ojos de Víctor, que se ocultaron. El buen amigo quedó un poco triste. Víctor le callaba algún secreto. Por su parte, él no reconocía en el marido de Asunción a aquel enamorado que le hiciera por carta confidencias inacabables y exaltadas. Pero, en su optimismo irreductible, Rauch sólo imaginaba pequeños disgustillos conyugales.

Estaban frente a uno de los lagos. Víctor acercóse a la orilla y se absorbió en el encanto de la noche y del agua quieta. Rauch lo mismo. Los dos permanecieron un largo rato en silencio. Apenas si de cuando en cuando la poesía que les impregnaba el alma concretábase en una exclamación suspirada: "¡qué divina serenidad!", "¡qué dulzura!" Pero lo que a Rauch producíale contento, a Víctor le entristecía. La exclamación del amigo al bajar del coche y toda aquella belleza que le penetraba, habían sacado a la superficie de su alma un dolor que desde un año atrás atormentábale. El dolor de sentirse solo en la vida. ¡Una irremediable soledad espiritual! El amor hacia Asunción habíase ido. Asunción era buena e inteligente, pero carecía de ideales, de amor a la vida, de inquietudes. No comprendía su fiebre de acción y jamás interesóse por su obra. Ella también había cesado de amarle. ¡Era triste poseer corazón, una ansia de ternura, una insaciable sed de comprensión, y, sin embargo, no tener a quién amar ni quién le amase! Víctor pensaba que el amor era lo único que podía disminuir el sufrimiento de la trágica soledad del alma; y la ausencia del amor en su vida tornábale desgraciado. El triunfo de aquella tarde le encumbraba de golpe en la celebridad, y he aquí que a su lado no había un corazón ferviente de mujer que exultara con ese triunfo, que lo comentara con él y, sobre todo, que

hiciérale olvidar la peligrosa vanidad de haber triunfado. ¡Un amor! clamaba el corazón inquieto de Víctor. El hombre que triunfa necesita un amor, porque nada como el amor nos da la lección fortificante y útil de que todo, menos él, es vanidad en la existencia humana.

—¿Qué te pasa?—exclamó alarmado Rauch, que observara una expresión dolorosa en el rostro de Víctor.

—Nada. Un poco triste. Volvamos.

—¿Triste? No hay que estar triste. La tristeza es una suciedad.

Víctor empujó hacia adentro de su alma aquel dolor que pretendía salir, y dijo, con firmeza y convicción:

—Muy cierto. La tristeza es una mugre. La tristeza es una vergüenza y una cobardía. Dejemos la tristeza para los pobres diablos, sin voluntad y sin un centavo, que escriben versos. Los que nos consideramos verdaderos hombres, ¡qué diablos! no debemos nunca dejarnos vencer por la estúpida melancolía. ¿A qué entristecernos? Todo ocurre porque debe ocurrir, y nada más. Y si el vivir es un trágico y bello sufrimiento, no hemos de atenuarlo ni con lagrimitas de doncella ni con quejumbres de guitarras. Tal vez el mal esté en la raza. Hay que aniquilar este absurdo romanticismo de payadores que llevamos adentro. ¡La acción, el esfuerzo heróico, la lucha formidable! Esto es lo que vale. Y esto es lo que yo hice siempre. Lo de esta noche fué una debilidad.

Y agregó, con el reloj en la mano y mientras Rauch, aprobando y riendo jovialmente, le abrazaba:

—Ha de ser que es tarde y no he comido. Subamos al coche.

*
* *

Allá arriba, sobre la noche y la ciudad, en el restaurant Güemes, un décimotercio piso, los dos amigos comían. Víctor prefirió ese lugar, un tanto democrático, por sus vistas sobre la ciudad y el río. La inmensidad del comedor, ahora que la gente se iba levantando de las mesas, hacíase más manifiesta. Una orquesta americana se entercaba en la violencia de los foxtrots y los onestep. El pianista, como un pelele grotesco, agitábase frenéticamente; tremolaba la cabeza melenuda, la hundía en el teclado, alzábala de pronto y la arrojaba hacia atrás, la tumbaba a un lado y después a otro y volvía siempre a lo mismo, en un delirio de negro loco. Las manos y las piernas acompañaban aquella música turbulenta y bárbara. Las rodillas subían hasta las manos y las manos bajaban hasta las rodillas, saltaban a la altura de la cabeza, bailaban sobre las teclas una endiablada danza de San Vito. Y los ojos y las facciones todas muequeaban en una epilepsia risible, mientras precipitábase el espasmo del violín y el banjo multiplicaba sus sordos golpes. Desde la mesa que ocupaban los dos amigos dominábase el río gigantesco. La negrura de la inmensidad, y los puntos de las luces de los barcos y de las avenidas del puerto, duplicaban el cielo sobre la tierra argentina. La torre cuadrada donde comían era un gran barco en la noche, todo iluminado por dentro, sonoro de músicas, navegando hacia un país quimérico.

Los dos amigos devoraban y bebían. Sentíanse contentos y fuertes. Contentos, sin duda, de no pensar, de no analizar sus inquietudes, de no luchar contra los hombres. Reían de la africana barbarie de aquella música y comentaban lo que en ella había de sano y de juvenil. Y

en aquel momento sentíanse americanos, hombres de una América nueva, lejos del sentimentalismo guitarrero de la raza, lejos de las tradiciones, lejos de la inútil tristeza. Las mesas desocupábanse unas tras otras. Quedaban, sobre los manteles desordenados, el alma de las palabras que allí se dijeron, el perfume de las miradas ardientes de alguna pareja, el humo de las ideas que se fueron, la estela que dejaron las risas. Los dos amigos apenas miraban a la gente. Rauch se iba hacia el misterio de la noche, en un enorme vuelo sobre los mares y las estrellas. Sus ojos descendían hasta el puerto y entraban en los barcos viejos, en los trasatlánticos potentes, en la vida exótica de los marineros, en los cuadros característicos de la vida de aquel puerto de Buenos Aires, inmenso de diques y kilómetros, infinito de barcos. Urgel, menos poeta, contemplaba el esfuerzo humano, las milenarias rutas del mundo hirvientes de vida, la energía de las razas, el poder de atracción de nuestra tierra argentina, el alma hercúlea de las máquinas, la inquietud tumultuosa del progreso.

Terminaron, y ahora hablaban. Recordaban la infancia allá en el pueblo, en medio de la vida estática. Recordaban la adolescencia en el colegio, los ensueños absurdos. Recordaban los años de Facultad, el estudio implacable, la ambición de conquistar Buenos Aires. ¡Cómo esta conquista les parecía heroica desde el pobre cuartucho de estudiantes, en la casa de pensión! Y los dos amigos concordaban en que Buenos Aires era para los fuertes y los audaces. Ningún campo más propicio para la energía humana. Ningún lugar más vasto para la creación. Todo estaba realizándose. El ímpetu y la presteza febriciente eran los blasones de la ciudad. Hoy caían al suelo seis manzanas de edificios, y dos semanas después había allí una plaza con jardines, con estatuas, con árboles. Hacía pocos años apenas publicábanse libros, y ahora una avalancha de literatura se desbordaba por las librerías. Tampoco hubo pintores ayer, y hoy realizábanse exposiciones anuales donde más de cien artistas, algunos eminentes, presentaban sus obras, visitadas por cien mil

personas. Y así en la ciencia, y en la industria, y en todo. Los dos amigos, en dúo entusiasta, cantaban un himno a Buenos Aires, a la ciudad cruel y exultante que Víctor acababa de conquistar.

Levantáronse. Junto a la ventana, de pie, miraron por última vez el río. Rauch, con extraña emoción, dijo:

—¿Qué país en el mundo tiene una entrada como esta? Es un don magnífico de Dios, que sin duda nos ha elegido para el más bello destino que tuvo en la tierra pueblo alguno. Yo creo en mi patria con una fe absoluta. Este río único en el mundo es una bendición de Dios.

Víctor tomó de un brazo a su amigo y le llevó a la parte opuesta de la torre. Abajo estaba la ciudad. Aquí y allí torres y rascacielos levantábanse como columnas truncadas. Un infinito de puntos luminosos yacía allá en el fondo. Víctor habló del esfuerzo humano que aquella ciudad significaba. Muy bello el mar y el río; muy bellos los paisajes bellos, pero nada tan interesante como el ser humano y como la obra del ser humano. En aquella gigantesca masa de edificios Víctor veía la labor de las generaciones, la solidaridad de los hombres, la lucha heróica en el vivir. ¡Cuántas víctimas suponía aquel esfuerzo! ¡Y cuántos ensueños que no se realizaron! Aquella masa compacta de materia decíale más al alma que los libros de innumerables poetas.

—Es un gran espectáculo—terminó Víctor.—Un espectáculo que me exalta. Ante esta visión de fuerza mis fuerzas aumentan. Ante esta grandeza me siento grande yo también.

Rauch callaba. Miraba al techo y hacia adentro del local, con las narices al aire. Era el modo de demostrar su disconformidad. Se iba poniendo nervioso, y, cuando Víctor terminó, le dijo:

—Pero convengamos, compañero, en que todo eso es monstruosamente horrible.

Todo eso era Buenos Aires. El arquitecto artista juzgaba la ciudad, de una punta a la otra, fea de la mayor fealdad. Apenas si excluía algunos rincones. Lo demás él lo arrasaría para levantar en su lugar una ciudad nueva,

un modelo de belleza. No iba a dejar un ladrillo de aquellas casas Luis XV y *Art nouveau* con que la estética de inmigrantes de los constructores italianos había ensuciado la ciudad. ¡Al suelo los absurdos edificios góticos, las casitas noruegas, los palacios moriscos y toda la mamarrachería de los advenedizos internacionales! Había que crear un nuevo estilo, un estilo nuestro, que fuese moderno y estuviese en relación con nuestro ambiente, con nuestra raza, con nuestros orígenes.

—Sí, Buenos Aires tiene cosas horrendas — concedió Víctor.—Pero, ¿y este esfuerzo de gigantes?

Mientras el amigo miraba las cosas con espíritu de artista, Víctor las miraba como hombre, como pensador, como simple ciudadano. El aspecto moral de Buenos Aires parecíale tan importante como el estético. Y él veía una belleza en aquel esfuerzo. ¿Qué importaba que no existiese en la ciudad gigantesca la belleza exterior?

—La belleza no es nada — sentenció Víctor.

—La belleza es todo, la belleza es Dios—susurró misteriosamente Rauch al oído de su amigo.

Salieron de allí. En la calle estrecha quisieron mirar la torre. Apenas pudieron verla. Adivináronla erguirse, maciza y poderosa, aun esplendente de luces en lo alto, como un barco en fiesta bajo la noche lírica.

*

* *

Víctor entró por fin en su casa. Eran las doce. Asunción dormía. Permaneció un instante en la puerta, mirándola. Resolvió no despertarla y se dirigió a su dormitorio. Acostóse en seguida. Y no tardó en dormirse. El triunfo de la tarde sólo le había dejado un poco de nerviosidad. Y de aquellas tristezas que eran la preocupa-

ción de su vida no deseaba acordarse. Con toda su fuerza y su energía las había hundido en el fondo de su alma.

Los diarios de la mañana dedicaban columnas al discurso de Víctor. Uno, partidario de sus opiniones, publicaba el retrato, el discurso íntegro y una entusiasta biografía del héroe. Otro, enemigo, pero imparcial, elogiaba la literatura del orador, sus ademanes, la emoción de su palabra, la novedad de algunos argumentos. Unánimemente, los diarios declaraban que fué aquel uno de los más grandes discursos pronunciados durante los últimos diez años en el parlamento argentino. Víctor, casi indiferente, apenas recorrió los títulos.

Acababa de vestirse cuando le anunciaron un periodista. Jamás negábase a recibir a nadie, y, por natural condescendencia, no por interés, ordenó hacerle entrar. Era un individuo como de cuarenta años, de rostro muy alargado y angosto, barbilla saliente, nariz grande y corva. Tenía un aire de Mefistófeles en derrota. No se había afeitado, e innumerables canas daban a su rostro, aquí y allí, un tinte de azul sucio. Las arrugas formábanle hondos surcos. Los ojos, adentrados y pequeños, tímidos, recogidos. Un jopo caíale sobre la frente. Vestía un traje usado y roto, lleno de manchas. El cuello estaba inmundo y la corbata deshilachada. Accionaba con los brazos, abriéndolos ampliamente, al mismo tiempo que levantaba los puntiagudos hombros y hundía entre ellos su cabeza de pájaro triste. Víctor conocía a Garbini de su pueblo. Allí el hombre fué también periodista, pero en situación menos estrecha. Víctor le saludó con cierto afecto y camaradería.

—¡Bello triunfo el suyo, amigo Urgel! — exclamó Garbini, con los ojos apenados, como si ese triunfo le advirtiese mejor su pobreza y su insignificancia.

Víctor no le contestó. Fuera molestar a aquel vencido hablar de su gran éxito. Preguntóle por él.

—¡En plena derrota! Soy un fracasado—exclamó abriendo los brazos como alas y hundiendo la cabeza melancólica en el pecho.

—¿Y por qué, amigo Garbini?

El periodista volvió a abrir los brazos y a levantarlos, encogiendo la cabeza, al mismo tiempo que dejaba caer los párpados expresivamente y apretaba los labios, sacándolos hacia fuera. Con aquella complicación gesticular parecía achacar su derrota a la Fatalidad.

Víctor quedó pensativo. Pocas cosas le apenaban tanto como la vida de un fracasado. Garbini era inteligente, había leído y tuvo ambiciones e ilusiones. ¿Por qué se fué al fondo, mientras otros, con menos aptitudes, flotaban y hasta triunfaban?

—Yo creo que a usted, Garbini, le falta voluntad. Una voluntad enérgica y constante. Usted no ha de haber tenido suficiente fe en la vida.

—Es que usted no sabe lo que es vivir en la miseria. No tengo más ropa que la puesta, ¿quiere creer?

Víctor recordó que Garbini, en otro tiempo, había publicado versos, buenos versos. ¿Por qué no escribió para el teatro? ¿Por qué no tradujo piezas del francés? ¿Por qué no colaboró en las revistas? ¿Qué había hecho?

—Periodismo, y nada más. Periodismo subalterno. No he tenido suerte amigo Urgel. Y a todo esto, casado y con tres hijitos. Todos en un cuarto de conventillo. ¿Qué quiere que haga?

Abrió los brazos, los alzó y los bajó en seguida, como un pájaro mojado que sacude las alas. Y agregó, con ojos lacrimosos y aire trascendental:

—Más de una vez, créame Urgel, tuve intenciones de encajarme un tiro. Por ellos no lo hice.

Víctor contrajo su rostro. Su mirada se endureció. Y después de un breve silencio, pesado de intensidad, exclamó con pasión y enojo:

—Es un delito decir eso. Nunca, jamás, debe eso decirse ni pensarse. El primer deber es amar la vida, creer en la vida. Y el mayor crimen, tal vez el único crimen, es ir contra la vida. El hombre que no tiene fe en la vida ni en la voluntad humana, sépalo, es un miserable y no merece vivir.

—¡Ah, cómo se ve que a usted le ha ido bien! La vida es una miseria para los que como yo...

—¡Cállese!—ordenóle Víctor, casi colérico.

Y como el pobre hombre estuviese a punto de llorar, Víctor, viendo en ello un arrepentimiento, hablóle de la belleza de vivir. La vida era el prodigio del mundo. La vida era el movimiento de los astros, el misterio de las plantas, el amor. La vida era Dios. Vivir era participar de la divinidad. Pero había que merecer la vida, ser digno de ella. Y para esto había que luchar. Era infinito el número de los hombres que vencían: éste contra la miseria, aquel contra la enfermedad, el otro contra sus malas pasiones, el de más allá contra los demás hombres. Víctor, en palabras ardientes que penetraban hasta el alma del bohemio, exaltó la voluntad humana cuyo poder consideraba sin límites. Increpóle que no hubiera trabajado. No necesitaba para escribir sino un lápiz, unas cuartillas y el banco de una plaza. Pero Garbini prefirió matar su energía bebiendo en los cafés, envenenándose con vasos de whisky y con doctrinas literarias.

—Para olvidar...—interrumpió a modo de excusa el periodista.

—Se olvida en el trabajo, en la creación de todos los días y todos los minutos—impuso Víctor con tremenda energía.

Y calló. Habíase excitado. Su pecho levantábase y bajaba como un mar embravecido.

—Usted fué un cobarde. Tuvo miedo al esfuerzo. Fué un egoísta. Fué un sensual que rechazó la austeridad del trabajo. Pero aun tiene tiempo. La voluntad se adquiere. Mientras vivimos tenemos el deber de esperar, de combatir y de realizar nuestra vocación.

—Yo ya no seré sino un fracasado... Pero no me importa...

—¡Garbini!—exclamó Víctor irritado.—Si repite usted eso, lo echo de aquí. Lo que ha dicho es una blasfemia, una infame cobardía...

Garbini se llevó el pañuelo a la cara y estalló en sollozos. Nada tan impresionante como ver llorar a un hom-

bre sus fracasos y su vida perdida. Víctor le puso un brazo en la espalda y le palmeó fraternalmente. Y mientras Garbini secaba sus lágrimas y cabeceaba con profunda tristeza, Víctor sentóse a su escritorio, llenó un cheque de banco y, después de meterlo en un sobre, entregóselo a Garbini, diciéndole:

—No se aflija más, compañero. Aquí estoy para ayudarle. Pero hará lo que yo disponga. Si me obedece, se salvará. Tendrá que ejercitar la voluntad, disciplinarse. Sino, será un inservible. Piense en su mujer y en sus hijos. Esto es para ellos, no para usted. Y vuelva a verme dentro de algunos días.

Garbini había tomado el sobre, sonriente y feliz. No sentía humillación ninguna. ¿Cómo recibir humillación de aquel hombre tan cordial, que se convertía en un protector para él? Le tendió la mano despidiéndose. Y entonces se acordó del reportaje.

—¡Es verdad! — dijo Víctor riendo, con aquella risa de buen muchacho que le tornaba tan simpático. — Ha sido usted el reporteado y no yo.

—¿Y? Tengo que decir algo en el diario...

—Diga que me he negado. Que me hice el personaje, que adopté actitudes pedantescas y reservadas. Diga eso, hombre. Será muy divertido.

Garbini no se escandalizaba. No careciendo de espíritu, comprendía la broma y reía al par de Víctor, aquel hombre ya célebre, el héroe del día, y sin embargo tan sencillo y buen muchacho que se burlaba de la gloria.

—¡Ah, yo sé lo que diré! — exclamó Garbini, con los ojos iluminados, feliz de agradecimiento.

Y ante el amplio gesto de Víctor, como de quién no acepta elogios, ya por no creer merecerlos o porque los desdeña, el periodista, con lágrimas, dijo, dando por última vez la mano a Víctor:

—Diré al mundo entero que he encontrado un hombre ... un hombre fuerte y admirable... un gran corazón...

Y sin notar la protesta de Víctor, se arrojó escaleras abajo para ocultar su turbación y aquellos denunciadores lagrimones que iba secándose con la manga.

* * *

Víctor aun permanecía pensativo en su escritorio, de pie, cuando Asunción entró. Feucha en su adolescencia, había mejorado notablemente. Era entonces llena de carnes, y su actual delgadez daba distinción a su rostro y a su figura. Sus ojos, embellecidos por haberse agrandado, no tenían, sin embargo, la gracia picaresca de otro tiempo. De la alegría saltarina de su cuerpo y sus facciones no quedaba sino una cierta vivacidad. Hasta el eterno reir de su boca expresiva había desaparecido para dar lugar a una sonrisa un tanto despectiva. Era otra mujer. Una enfermedad del hígado, la falta de hijos, y, sobre todo, el fracaso de su matrimonio, le hicieron perder su individualidad; y la religión, a la que se hallaba entregada por entero, el culto a su padre, y la incomprensión y lógica antipatía hacia el carácter de Víctor, borraron sus características personales para que surgiesen las de su familia. El espíritu de los Belderrain, aunque atenuado, predominaba ahora en ella. Llevaba puesto el sombrero. Llegaba de la iglesia.

—No fuiste capaz, ayer, de venir a contarme...

Maciel, por teléfono, la había enterado del triunfo. Víctor dió varios pretextos, escasamente convincentes todos ellos. Prefirió eso, en lugar de reprocharle su falta de interés por sus trabajos y su vida, como pensó en un principio. Pero le faltó valor. Los dos sentían que no se amaban y carecían de coraje para reconocerlo. Sobre todo para decirlo al otro. Y continuaban la comedia de todos los días, fingiéndose, sino amor, por lo menos falta de indiferencia. ¡Triste e inútil comedia! Sus labios y sus corazones se prostituían mintiendo una ilusión inexistente. Cierto que desde hacía dos años jamás asegu-

raron amarse. Pero gustaban evocar el pasado, las dulzuras del noviazgo y del primer año de matrimonio, y engañarse a sí mismos mirando como cosa actual aquel pasado que se fué; tomando por amor, o por renacimiento del amor, el sentimentalismo superficial de esos momentos y que era causado por la natural melancolía que produce siempre el recuerdo de las cosas idas. Y el recuerdo de ese pasado les hacía creer no sólo en un poco de amor en sí propio sino en un poco de amor en el otro. Y así pasaba el tiempo. Al desagrado de la confesión preferían la diaria cobardía. El deseo de quererse, más grande en él que en ella, llevábales a buscar emoción en los besos obligatorios, a aumentar con un poco de ternura la amistad que aun perduraba, engañándose como si todo eso fuese amor. Eran falsificadores de azul. Aun en la unión — una triste rutina: cuestión de necesidad para él, de deber y de catecismo para ella, — pretendían en ocasiones mentirse a sí mismos. Más de una vez él la poseyó sólo para ocultar su indiferencia, o para no tener que mentirle su cariño. Era un instante sin alma, sin sentimiento, sin palabras de amor. Esto ocurría allá en la provincia, donde la separación de lechos era imposible; la familia hubiera hablado de desunión, la gente habría criticado. Pero en Buenos Aires, ocupando distintos dormitorios, la separación fué de hecho establecida.

—Ya nada se te importa de mí — dijo ella, con una convicción que no pedía respuesta.

Víctor no se atrevía a mirarla. Pero al cabo de un minuto de silencio, fué hacia ella, la condujo al sofá y, sentándose a su lado, la besó en la frente. Un enorme anhelo de sinceridad iba creciendo en Víctor. Sentíase sereno, con esa calma de los momentos definitivos. Ella esperaba, en silencio, pero no sabía qué. El esperaba también. Los dos dábanse cuenta de que estaban viviendo un momento trascendental.

—Cuesta ser sincero — exclamó Víctor, sin mirar a Asunción. — Nada tan difícil como decir la verdad, la verdad que nos hará sufrir. Y es que desde el nacimiento

nos llenan de mentiras. Pero nos debemos la verdad, la triste verdad...

Calló. Ella, como un pájaro herido, volteó la cabeza sobre el hombro de Víctor. Sus ojos se empequeñecieron, sus labios se entreabrieron dolorosamente, su pecho palpitó con agitación. El estaba sombrío, con el gesto duro. Y no se miraban aquellos pobres seres, no hubieran podido mirarse. En aquel momento sufrían el suplicio de reconocer la muerte del amor; algo de ellos mismos, quizá lo mejor de sus almas, habíase ido a la eternidad. Asunción no pudo más y soltó el llanto, un llanto silencioso, lento, desolado.

—Lo que se fué ya no vuelve — continuó Víctor. — Tengamos el valor de reconocerlo. Nuestra vida será más triste, pero más digna. ¿Para qué engañarnos por más tiempo?

Ella no cesaba en su llanto. El la besó de nuevo en la frente, como a una hermana. Un sufrimiento infinito apretaba a Víctor el corazón. Los dos comprendían que todo aquello era la oración fúnebre por una ilusión que fué. Asunción pensaba en su padre, recordaba los encantos del noviazgo, la felicidad de los primeros cariños. Víctor pensaba en su vida multiforme, en sus triunfos de toda especie y en que los cambiaría por el amor de su mujer. ¡Oh tristeza! Aquellos pobres seres no sabían aún en su alma, no sentían en su carne, que el amor es tan sólo un relámpago en la vida. La sabiduría consiste en seguir viendo como presente ese relámpago que pasó, en verlo siempre luminoso y vibrante, en sentirlo en el alma y en el cuerpo. La eternidad del amor no es sino un espejismo, una creación de nuestro "yo".

Una sirvienta llamó. Traía cartas. Víctor creyó conveniente no prolongar aquella escena y levantóse para tomar la correspondencia. Abrió algunas cartas. Asunción continuaba inmóvil, más tranquila. Víctor, sonriendo con amargura al leer cierta felicitación, la pasó a su mujer. Era de un amigo, el cual decíale: "Ya lo tienes todo,

¡suertudo! Has conquistado a Buenos Aires. Eres insolentemente feliz. Te envidio con alegría y con tristeza". Víctor exclamó:

—¡La conquista de Buenos Aires! ¡Qué poca cosa somos! No podemos disponer de nosotros mismos, de nuestros sentimientos...

La sirvienta volvió otra vez. Anunció un fotógrafo y un periodista, y entregó varios telegramas. Víctor dijo que no estaba para nadie. Y agregó, balbuciente de amargura, apenas la sirvienta hubo salido:

—Lo tengo todo y, sin embargo, no tengo nada. Tú eres menos infeliz que yo porque tienes tu religión y eso llena tu vida. Yo, desgraciadamente, no creo. No me queda otro remedio que llenar mi vida con el trabajo, con una locura de trabajo y de acción.

Asunción le miraba con lástima. Víctor, sonriendo triste e irónicamente, agregó:

—Y ya que nada tengo y en nada creo, trataré de creer en el éxito, en los aplausos de los tontos y los interesados. A falta de aquellas grandes cosas que justifican la vida, me conformaré con esa ilusoria tontería que llamamos la celebridad. Y no pudiendo creer en el amor ni en Dios, creeré en los bombos de los periódicos...

Asunción ya no comprendió. Víctor pidióle que le dejara, y llamó a la sirvienta para que hiciese entrar al reporter, el cual insistía pegajosamente en hablar con Víctor. Pocos minutos después, el fotógrafo retratábale sentado a su mesa, escribiendo, con el aire importante y teatral que adoptan, para estos casos trascendentales, los elegidos del Exito.

II

CASTA DE HEROES

Nadie, allá en la provincia, comprendió enteramente aquella fiebre de acción en que el espíritu de Víctor ardía. Iniciativas múltiples, en el campo y en la ciudad, hiciéronse realidades cuando aun no terminaban de ser propósitos. Para vencer en sus empresas debió luchar hercúleamente contra la rutina y la apatía, dos epidemias de provincia, invisibles, tenaces, virulentas, y cuyos microbios gobernaban la ciudad y las almas. Tuvo enemigos. Intentó sacudir la vieja modorra del espíritu diciendo desagradables verdades a las gentes, a las cuales criticaba. no sólo en las conversaciones sino desde los diarios, con ironías y sarcasmos. No se lo perdonaron.

—He de civilizarlos aunque no lo quieran—decíales, unas veces amablemente y otras con enojo, según quien fuese su interlocutor.—Hay que rasparles a ustedes la costra del espíritu colonial. Haraganear, dormir la siesta, no leer, no pensar, no buscar ninguna forma de perfeccionamiento... ¡la vida ideal para ustedes! He de contribuir con todo mi entusiasmo a desinfectar esto, a que

entre aquí el aire de la cultura, a matar el espíritu estático, dragón formidable al que ustedes adoran como a un dios egipcio y cuya misión consiste en defender el Pasado, el dios mayor de ustedes. Quiero para mi pueblo vida, dinamismo, energía, máquinas...

Víctor estudió Ingeniería en Buenos Aires. De regreso en la capital provinciana, en mil novecientos cinco, instaló, con dinero de su padre, una casa de útiles sanitarios. Vendía cuartos de baño completos, cañerías y otras cosas análogas. Cuando le arguyeron que era indigno de su estirpe vender bañeras e inodoros, contestó:

—Mis antepasados fueron geniales civilizadores. Viviendo y gobernando en épocas bárbaras, más bárbaras que esta todavía... crearon centenares de escuelas, fundaron ferrocarriles y colonias, atrajeron la inmigración. Eran héroes, hombres representativos, según el concepto de Emerson, un yanqui medio loco a quien ustedes no han de haber oído nombrar... Aquellos abuelos míos se libraron del espíritu estático. Eran dinamismo puro. Y bueno: ¿acaso no continúo yo su obra de progreso? Ellos enseñaron que era preciso aprender a leer; yo enseño que es preciso bañarse. La higiene y la civilización van estrictamente unidas. Si Sarmiento viviera, escribiría el elogio del inodoro y del bidet...

Víctor edificó casas, trabajó en obras de ingeniería, construyó gran parte de las cloacas y especuló, como buen argentino, en la compraventa de terrenos y casas. Al mismo tiempo fundó una biblioteca popular, para la que regaló tres mil volúmenes; agrupó las influencias locales para obtener del gobierno de la Nación una escuela de Artes y Oficios, lo que logróse en pocos meses; realizó campañas escribiendo en los diarios; inició la creación de un centro de exposiciones artísticas, de conciertos y de conferencias, para lo cual contrataríanse artistas y escritores de Buenos Aires. Fué realmente un civilizador, un *go-ahead*, es decir un hombre que va siempre hacia adelante, como gustaba calificarse.

Y todo esto en once años, interrumpidos por un viaje a Europa que duró año y medio, por su casamiento en

mil novecientos doce, y, anteriormente, por una estada de diez meses en un campo de su padre, al norte de la provincia, donde fundó una estancia.

Su ingreso en la política fué circunstancial. Había muerto un diputado, dejando un período vacante por un año y medio. Los partidos demostraban poco interés por aquella banca tan breve, y Víctor, que buscaba un pretexto para abandonar la provincia e irse a vivir a Buenos Aires, aprovechó las vacilaciones de los políticos para presentar su candidatura. Los intereses que se había creado en diez años, los favores innumerables que hiciera, sus vinculaciones de parentesco, la fortuna de su padre y aquella prodigiosa actividad que tanto bien haría a la provincia desde el Congreso, le dieron fácilmente el triunfo. Tuvo partidarios ardientes y exaltados. Visitó muchos pueblos pronunciando discursos. Las masas populares llegaron a adorar al candidato independiente que se había revelado un gran caudillo, un conductor de hombres, como lo fueron sus antepasados. Arrastraba, más que con sus frases, con la elocuencia de sus miradas y de sus ademanes. En el trato personal con los paisanos y los hombres del pueblo en las ciudades, tenía una cordialidad encantadora. Hablábales de igual a igual, sencillamente, en el idioma del pobre. Escuchábales sus quejas, palmeábales las espaldas, se lamentaba con ellos de sus miserias, interesábase por sus familias. Ni uno sólo de aquellos hombres se despedía de Víctor sin demostrarle su adhesión entusiasta. El reía de semejante triunfo. Jamás se imaginó un dominador. Y gozaba al ver cómo revivia en su persona, en el hombre modernísimo que era, algo del alma de sus abuelos, de aquellos caudillos de una edad romántica, que fueron conductores de huestes gauchas y que salvaron, con sus vidas heroicas y semibárbaras, la energía de la raza y el espíritu de la nacionalidad.

*
* *

En los comienzos de su campaña política, Víctor dió una conferencia en el Ateneo. El público, admitido por invitación, componíase de la *élite* social e intelectual del pueblo. Si bien el tema de la conferencia, "La nueva Argentina", había interesado escasamente, el local desbordaba; y no sólo de hombres, sino también de damas y de señoritas. Parte de la concurrencia estaba allí por estimar en Víctor al hombre simpático y cordial o al orador cuyo renombre comenzaba. Algunos, escépticos respecto a todos los prestigios, fueron desabridamente, nada más que "para ver qué era aquello". A un buen número de hombres les llevó la esperanza de un fracaso. Y a la mayoría, la resolución de encontrar en cada frase un motivo para "sacar el cuero" al orador. Todos lograron el propósito que les condujo al Ateneo. Parte del público salió disgustado, hasta ofendido. Pero los jóvenes, y los que se decían liberales, ovacionaron a Víctor.

Había dos Argentinas, según Urgel: la del litoral y la del interior. La Argentina del litoral representaba el espíritu dinámico; la Argentina del interior, el espíritu estático. Aquel era moderno, y, a la vez que europeo, esencialmente americano. El espíritu estático era atrasado, español, reaccionario y colonial. Pero el dominio de cada uno no se hallaba separado enteramente del dominio del otro. Existían en el interior gentes de espíritu dinámico, como existían en Buenos Aires o en el Rosario gentes de espíritu estático. El sentido moderno de la vida había entrado en el país por los puertos. Trajéronlo el ensueño y la voluntad de los inmigrantes, cada uno de los cuales era un hombre de acción, un creador heroico de energía. En las cubiertas de los transatlánticos, entre la

promiscuidad mugrienta, bajo los cielos infinitamente líricos, al ruido cadencioso de las olas y junto a llantos de niños y cantares de guitarras nostálgicas, iban naciendo la riqueza y la energía argentinas, y, con ellas, el espíritu dinámico. Pero este sentido de la vida, con su recio afán de lucha y de poder, encontróse aquí con la energía de los conquistadores y de los caudillos, que dormitaba apagadamente. Las dos energías se fundieron en una. El concepto de la vida que el invasor traía fué argentinizado por el poder creador de nuestra tierra. Y entonces la fuerza que estaba latente en las viejas familias descendientes de conquistadores y caudillos, revivió al estímulo que llegaba de afuera. Así formóse el nuevo espíritu dinámico, en medio de la siesta colonial que el país dormía. Pronto creció y se fué extendiendo, llenó las regiones de los grandes ríos y ahora, siempre vigoroso en la destrucción de los viejos valores y en la creación de los nuevos, iba penetrando en las ciudades provincianas: en Tucumán, en Mendoza, aun en la misma Córdoba, aristocrática y eclesiástica hasta ayer.

Pero el espíritu dinámico—según afirmaba Víctor—existió siempre en el país, traído por los conquistadores, como existió también una energía entre los indios. Vivió escondido durante la época de la colonia, dominado por el espíritu estático, que era el hijo predilecto de la decadencia española. En ruinas la grandeza de la metrópoli, aherrojado el país por reglamentos y prohibiciones, considerado el trabajo como cosa indigna, las gentes se echaron a dormir. Todo volvióse calma, silencio, oraciones, hastío. Fué necesaria la revolución para que el espíritu dinámico despertase. Los revolucionarios todos, desde Mariano Moreno, fueron hombres esencialmente modernos en su época, hombres vivientes, enérgicos, típicamente dinámicos. Lo fueron también Rivadavia y sus colaboradores. Lo fueron nuestros grandes soldados, espíritus civiles y democráticos. Luego, el espíritu dinámico apareció en los caudillos, hombres de fuerza física y de voluntad extraordinarias, dominadores, héroes, seres semibárbaros que se dijera surgidos de

la tierra madre, en medio de las selvas gigantes, junto a los ríos de infinita anchura. La tiranía volvió a acallar las voces del espíritu dinámico, el cual debió ocultarse y disfrazarse o llevar al extranjero su vigor.

Y aquí Urgel habló de la tradición. No consistía la tradición en conservar el espíritu de la Colonia, simple producto de la decadencia de España, ni en mirar la vida con el concepto estático que aun parece dominar en aquel país, ni en permanecer dormidos a la sombra del manzanillo, sin anhelos de perfección y engrandecimiento, en una siesta perpetua, rezando novenas, indiferentes al hervor de energía del siglo, con todo el interés puesto tan sólo en la existencia mísera del terruño. La tradición consistía en seguir el espíritu de los revolucionarios, de los organizadores del país, de aquellos grandes argentinos que trabajaron heroicamente, como Sarmiento, como Alberdi, como Mitre, como López; que civilizaron a la patria; que le dieron ideas útiles; que fueron gobernantes, soldados, legisladores, hombres de acción, periodistas, conductores de hombres, historiadores, poetas. Ellos encarnaron el espíritu dinámico. No conocieron ni la inacción degeneradora ni la cobardía del descanso. Fueron genialmente grandes. Fueron específicamente argentinos.

Y llegó Víctor a sus antepasados. Habló primero de los más remotos, los que fundaron ciudades y lucharon contra el indio y la soledad. Luego evocó la vida de aquellos bisabuelos que defendieron la autonomía de la provincia al frente de sus montoneras gauchas. Y concluyó recordando a sus abuelos, a un tío de su madre, a otros espíritus que gobernando la provincia honraron a la patria y a la raza. ¡Hombres admirables! En medio de la calma absoluta de la aldea semicolonial, en medio del espíritu estático, mientras los demás vivían a la buena de Dios, dejando pasar el tiempo estúpidamente, ellos soñaban y realizaban sus ensueños. Un día era un trazado de ferrocarril. ¡Absurdo! gritaba la mediocridad. ¡Negocio! vociferaba por medio de sus órganos representativos el espíritu estático, que no comprendía aquella obra a tra-

vés del desierto. Pero la obra se realizaba, contra todos, después de una tremenda lucha. Y al cabo de dos años el desierto era una campiña llena de colonias, de estancias, de trigales dorados; y aquel ferrocarril ya no bastaba. Otro día, eran cien escuelas nuevas. ¡Plata tirada a la calle! exclamaba la incultura. ¡Favoritismo, con propósitos electorales! aullaba la ignorancia hispano-criolla. Y las cien escuelas se creaban en medio de la algarabía de los envidiosos y los egoístas. Y dos años después eran escasas aquellas cien escuelas. Y así aquellos hombres, luchadores geniales, fueron civilizando el país, construyendo nuestra Argentina, venciendo a los que creen que la patria es la tradición colonial, la vidalita y el gaucho. Y como ellos, otros argentinos no menos admirables fueron fundando estancias y colonias, mejorando los ganados, alfombrando la provincia de oro, vale decir: de trigo. Y otros hombres también admirables, venidos desde lejanas tierras europeas, abrieron los surcos, echaron la semilla, hicieron hijos sanos, se incorporaron a la patria. Y así la aldea se convirtió en ciudad laboriosa, el campo bárbaro en tierra útil y maternal, la provincia en una comarca de riqueza, el país entero en una ardiente esperanza. El espíritu estático estaba vencido en Buenos Aires, así como en las ciudades y en los campos del litoral. Era ahora necesario exterminarlo en el interior, llevar hasta allí la Vida, el dinamismo, la Energía, la Esperanza de nuestra nueva Argentina.

*
* *

El padre de Víctor, don Bernabé Urgel, era también fuerte y dinámico. Talla formidable, recia musculatura, modos singularmente espontáneos y cordiales, sobriedad de palabras. Huérfano desde su niñez, había ad-

quirido por sí mismo, luchando heróicamente, en un trabajo encarnizado, una pequeña fortuna, que la valorización de los campos aumentó después de un modo extraordinario. Su herencia sólo consistió en un apellido de abolengo, al que hizo aun más respetable la obra de su padre, quien ocupó altas posiciones en el gobierno. Don Bernabé, que trabajara siempre en el campo, era un típico *self made man.* Jamás pidió ayuda a nadie, ni tuvo la protección de sus parientes. Sufrió la hostilidad de los gobiernos, a causa de encontrarse en la oposición el partido a que perteneció su padre. Pero él actuó poco en política, prefiriendo el trabajo. Así pudo ser el principal reformador de la ganadería en su provincia y el iniciador de la "estancia" moderna. No tenía casi estudios, pero le gustaba leer. Una vez, al finalizar una campaña política, y como el partido oficial estuviese desunido, le eligieron gobernador de la provincia.

Era un hombre excelente, lleno de ternura, de simpatía humana, de generosidad. Pero no mostraba ninguna de estas cualidades, ni se hubiera atrevido a mencionarlas, alabándose. Jamás hablaba de sí, como no fuese de insignificancias, de cosas exteriores. Nadie conocía sus opiniones sobre asuntos trascendentales, pues nunca se le oyó una palabra de lo que pensaba de Dios, de la Felicidad, del Amor, de las grandes mayúsculas de la existencia humana. Debía, sin embargo, tener vida interior; veíasele en los ojos y en su expresión a veces preocupada. No sintió nunca odio ni envidia. Modesto hasta la exageración, carecía de ambiciones, si bien deseaba para sus hijos los más altos lugares. No atribuía a los honores, ni a los altos cargos, ni al dinero otra importancia que el mérito que supone el lograrlos; y el disponer de aquellas ventajas no le daba motivo para creerse superior a los demás. Tenía un innato sentimiento de la igualdad humana, y trataba con la misma naturalidad y sencillez a un gaucho que a una persona de su clase.

Pesimista, conocía de instinto las debilidades humanas y no las condenaba. Jamás criticó a nadie, ni aun a sus enemigos; y si alguna vez juzgaba a un canalla, ha-

cíalo en forma risueña. Su pesimismo nada tenía de sombrío. Consistía en creer que la humanidad no era ni buena ni mala, y que en todas las acciones de los hombres había un fondo de interés. Éramos como éramos, y no podíamos ser de otro modo. Todos teníamos nuestras miserias. De su pesimismo provenía su bondad y una cierta pasividad de su espíritu. Porque había en él algo del fatalista, del que sabe que todo es vanidad, del que no busca el perfeccionamiento ni el ensanche espiritual, cosas ambas en las que tal vez no creía. Probablemente el padre de Víctor no tuvo nunca ideales; era casi imposible que creyese en ellos. Hombre esencialmente práctico, espíritu positivo, pero no materialista, aunaba a aquellas condiciones un formidable instinto de la vida. Pertenecía, en este sentido, a esa clase de hombres del interior de la que salen los grandes políticos, que ha dado al país el federal representativo y que forma con el país un solo todo, pues es un producto de la tierra, lo mismo que el ombú, que el caballo criollo y que la vidalita. Este instinto de la vida hacíale reservado y prudente. No necesitaba observar mucho a los hombres para conocerles; aquel instinto de la vida, vale decir: la experiencia, llevábale a adivinar los espíritus y sobre todo sus pequeñeces, sus tretas, sus disimulaciones.

Como todos los criollos de su especie, Don Bernabé tenía un gran sentido del ridículo. Sonreía socarronamente lo mismo ante la oratoria pedantesca de los políticos líricos como ante aquellos que hablaban de sus intimidades o exhibían su sentimentalismo. No creía en la sinceridad de los declamadores que invocaban a la patria, a los ideales, a la gloria. Ni menos aún en los que adoptaban gestos teatrales, fingiendo sacrificar a la altivez una posición, pues en el fondo, y ocultando hábilmente sus razones inconfesables, buscaban el aplauso público o bien acercamientos y vinculaciones para ascender más alto en el futuro. Sin ser incrédulo—iba a misa—, sonreía de los que practicaban con exceso la religión, sospechando en ellos algún interés. Igualmente consideraba ridículo que se elogiase demasiado a quien quiera que fuese, y no

por envidia—carecía en absoluto de esta bajeza—sino porque tal vez pensaba que nuestros méritos eran simple consecuencia de nuestro natural modo de ser y que no había motivo para creer que un hombre fuese tan superior a los demás. Por la misma razón él nunca se dió importancia, y cuando, hallándose en el gobierno, los diarios oficiales le elogiaban y adulaban, fastidiábase; adivinaba en el autor del artículo intereses ocultos y personales. Víctor pensaba que su padre era, inconscientemente, un determinista terrible, a menos que su instintivo fatalismo fuese un caso de herencia atávica, el "estaba escrito" de sus remotos ascendientes los moros.

Buen criollo, era, como tal, sufrido para las adversidades y dolores físicos, sencillo, leal, generoso, extraordinariamente sobrio, fuerte de salud moral, equilibrado, austero, indiferente al lujo y a los placeres, y de hábitos muy simples y "a la que te criaste", como los viejos argentinos de las provincias. Pocos como él podían ser llamados hombres de consejo. Y si no creía en las grandes palabras, no se burlaba de ellas y procedía como si creyese. Así en cuestión de patriotismo. Carecía de ideas sobre la patria, reíase de los patrioteros y no tenía entusiasmo alguno por los próceres; pero "sentía" a su país intensamente, criollamente, en un tenaz y enorme apego a la tierra, a las costumbres de la tierra y a las cosas todas de la tierra.

La madre de Víctor era una Cáceres, doña Juana Cáceres, y pertenecía también a una familia antigua, descendiente de conquistadores. Su padre, sus tíos y alguno de sus hermanos eran de aquella clase de hombres que civilizaron la provincia y de los que Víctor habló en su conferencia, los cuales realizaron obra gigantesca si se piensa en la incultura de los tiempos y en la apatía de sus contemporáneos. La vulgaridad de la existencia en el pueblo, la religión, la vida del hogar hicieron a doña Juana más o menos igual a las demás señoras provincianas; como ellas, sólo hablaba de enfermedades, de santos milagrosos y de chismes del pueblo. Pero, en el fondo, era superior a casi todas ellas por la distinción de su espíritu, su imaginación, su sensibilidad y sus gustos.

Víctor sospechaba que su madre hubiese tenido cierta vida interior durante su juventud. ¿No habría sido un poco romántica, amiga de leer versos? ¿No habría soñado vivir en un ambiente superior, en una sociedad aristocrática y culta, entre fiestas suntuosas? Seguramente que sí. La platitud y la aridez de aquella triste vida provinciana debieron comprimir su imaginación, vulgarizar su sensibilidad, reducir sus ilusiones al bienestar casero. Acabó por no pensar sino en enfermedades y en milagros. Al revés de su marido era optimista, y esto revelábase en la dureza con que criticaba a todo el mundo. Ella no dudaba de que las gentes malas lo eran porque querían serlo. Carecía de misticismo, el cual es imposible de encontrar en la mediocre vida provinciana; y era poco devota. La religión, de la que hablaba mucho, era quizá para ella la poesía que necesitaba su espíritu. Como su marido, era reservada; pero no por pudor de intimidad ni por temor al ridículo, sino por un poco de orgullo. No buscó nunca la amistad de nadie. Víctor pensaba que la sensibilidad superior de su madre debía chocar a cada instante con la grosería, la vulgaridad, la pequeñez del ambiente provinciano. En este sentido, su vida fué seguramente un martirio, agravado por el silencio forzoso y el disimulo, ya que otra actitud hubiérale atraído enemistades. Durante veinte años padeció de reumatismo. Soportaba heroicamente sus dolores. Gustábale quejarse a veces, pero sólo para ser compadecida, para que le demostraran afecto; no por cobardía ni debilidad, pues una vez que sentía a su lado el cariño atencioso de sus hijos aguantaba los más fuertes dolores con resignación. Tenía por los hijos el amor enormemente egoísta de las madres provincianas. Sólo sus hijas eran buenas y bonitas; sólo sus hijos eran inteligentes y virtuosos. En cuanto a ella, lo hubiera dado todo por sus hijos. Les hubiera repartido su fortuna, les hubiera dado su salud, su vida, su alma. Murió pocos meses despues del casamiento de Víctor, hacia cinco años.

Víctor tenía tres hermanas y dos hermanos. Una de sus hermanas, la mayor, era Eleonora, la mujer de Maciel;

otra, Virginia, mayor que Víctor dos años, habíase casado con un gran canalla: Sebastián Alcorta; y la menor, Panchita, vivía con su padre en la provincia. A Virginia su marido le tiró a la calle en un año, con amigos y con prostitutas que mandaba traer de Buenos Aires, el medio millón de pesos que heredara. Robó Alcorta las alhajas a Virginia y las vendió, hizo esto mismo con casi todos los muebles de la casa, y contrajo deudas que pagaría a la muerte de su suegro. Desaparecía de su casa y, a veces, no volvía en dos semanas. Se emborrachaba, en varias ocasiones llegó con prostitutas al hogar, y decíase que hasta le había pegado a su mujer. Virginia nada ignoraba de las infamias del marido, y sin embargo continuábale fiel y cariñosa. En el pueblo considerábanla como el tipo de la mujer cristiana. "Es una mártir", solía decirse de ella. Tenía una prodigiosa resignación, y llevaba hasta el heroísmo el cumplimiento de su deber. Su vida era verdaderamente trágica. Pero ella jamás se quejó ante nadie, y sólo el confesor sabía hasta dónde llegaba la hondura de su sufrimiento. No tuvo nunca un enojo con su marido. Lo soportaba todo, en la esperanza de que Dios oyera sus ardientes ruegos y convirtiese a Sebastián. Era una extraordinaria mujer fuerte, sin sentimentalismo, sin debilidades, sin miedos. Si aguantaba aquella vida horrible, no era por cobardía, sino porque su deber, Dios, la religión, ordenábanle respetar a su dueño y su señor, seguirle adonde él fuese, ser sumisa para con él y rogar por él a Dios. Ahora Virginia y su marido vivían en una provincia del norte, donde Sebastián, que era abogado, consiguiera el cargo de Fiscal Federal. Víctor no comprendía a Virginia, pero admiraba en ella a la mujer heroica. Solía decir que el coraje de sus antepasados, su bravura ante la naturaleza o en los entreveros o en la lucha contra la ignorancia y la apatía, había producido en su hermana otra forma de heroicidad: la del deber implacable, de la virtud imperativa y cruel, de la resignación, silenciosa y cotidiana, ante los trágicos sufrimientos íntimos.

*
* *

¿Qué había heredado Víctor del carácter de sus padres? Su sentido de la vida era el de don Bernabé. Pesimista como él, fuerte como él. Vivir no debía consistir en buscar placeres, sino en crear, en trabajar, en desarrollar la personalidad. Lo que en su padre era instinto, en Víctor era filosofía. Físicamente no tenía la fuerza de su padre, hombre sufrido, como los viejos criollos. Pero moralmente, su energía y su coraje eran mucho mayores. Padre e hijo demostraban idéntica modestia. Víctor, sin embargo, hablaba de sí mismo, de sus éxitos, de su energía. Pero no por todo ello se creía superior a nadie. Mucho menos criollo que don Bernabé, que sólo interesábase por las cosas de su tierra, Víctor, aunque se preocupaba por las cosas de Europa y su pensamiento íbase a las grandes naciones, era muy argentino. Amaba nuestras tradiciones de democracia y de energía y de colorido, lo mismo que su padre, a quien nadie pudiera decirle tradicionalista o reaccionario.

De su madre había heredado Víctor la imaginación, los gustos refinados, el espíritu aristocrático. Era nervioso como ella. La capacidad sentimental de Víctor, que casi nadie conocía, pues ocultábala como un crimen, provenía de los Urgel, del "gran corazón de los Urgel", como alguien dijo una vez. En cuanto a su espíritu combativo, ¿no era acaso el mismo de sus antepasados y el de su padre? Había una diferencia solamente entre ellos: sus abuelos y su padre fueron heroicos en combates materiales, en las luchas contra la naturaleza o contra los gobiernos, en los sufrimientos físicos, en los entreveros o en la adquisición de la fortuna. Víctor era fuerte en las luchas inmateriales, combatiendo la rutina, la

ignorancia, la falta de higiene. Aquellos eran tal vez cobardes ante la opinión de los hombres. Víctor despreciaba el juicio humano. Su valor era moral, sin que careciese de valor físico, pero éste lo obtenía por razonamiento y convicción, mientras el valor moral era instintivo en él. El coraje de su abuelo, asaltando con cuatro hombres la policía en una revolución, transformóse en su nieto en una gran audacia espiritual y en el valor para gritar su verdad y luchar él solo contra el mundo. Las lanzas de sus antepasados hiciéronse en Víctor ironías.

Como su padre, Víctor tenía un extraordinario sentido de la realidad, aumentado por aquella imaginación materna. Por esto, ni gozaba ni sufría excesivamente. El pensar demasiado las cosas las torna pequeñas en la realidad. Cuando los goces o los sufrimientos esperados llegaban, no le sorprendían, pues ya él los analizó hasta el hartazgo, detalle por detalle. Los mayores triunfos apenas le produjeron placer. De aquí también su relativa incapacidad para apasionarse. Sus iniciativas prosperaban por un empeño casi mecánico de su voluntad, no porque él pusiera tenacidad entusiasta en ellas. ¿Y cómo sería esto posible, si sus iniciativas fueron concebidas en la obsesión de varios días y su éxito fué imaginativamente analizado, presenciado en la realidad, evocado en todos sus detalles? Víctor, que confiaba en su instinto y sabía que sus planes resultaríanle bien, no los meditaba para realizarlos mejor, sino por voluptuosidad, para soñarlos triunfantes. Era un artista de la acción, un creyente en la belleza de la lucha por la lucha misma; no un espíritu científico, ni organizador, ni disciplinado.

Una diferencia más existía entre Víctor y su padre. Víctor era un rebelde. Temperamento personal, exclusivista, subjetivo, miraba de un modo propio los acontecimientos y las gentes. Su padre respetaba el juicio público, las sanciones sociales, la moral común. Víctor no aceptaba otra ley que aquella que su "yo" le imponía. ¿Era el individualismo romántico de los caudillos, sus antepasados, que ahora revivía en él? ¿Era el anarquismo latente en aquellos hombres, su odio a la autoridad de los

demás, lo que guiaba los actos del hombre inquieto y modernísimo que era Víctor? Su individualismo no le permitía coincidir exactamente con sus contemporáneos. Alguien juzgóle como equilibrista, diciendo que buscaba siempre estar bien con todos. Pero la verdad era que nunca, en sus opiniones, satisfizo por entero a nadie. Hombre de matices, ¿cómo encasillarle? ¿Cómo definir un espíritu tan complejo? En el pueblo no le entendieron jamás. En religión, por ejemplo, la gente sólo admitía allí dos casillas: católico o liberal, y Víctor desconcertaba a medio mundo, diciéndose un espíritu religioso, él, que no pisaba las iglesias, que no creía casi en nada y que en materia de moral exponía "opiniones abominables".

*
* *

Entre los núcleos distinguidos de las capitales provincianas suele haber dos clases de familias. Una, que Víctor consideraba como la encarnación más peligrosa del espíritu estático, compónese de individuos inservibles, haraganes, semianalfabetos. Los casamientos entre primos, la diabetes, la tuberculosis, todas las malas herencias, han agotado la raza. Los hijos de estas familias vánse al campo, generalmente. Allí viven embruteciéndose cada día más, se amancebau con chinas, se vuelven gauchos y abandonan hasta los buenos modales que les enseñaron en sus casas. Jamás leen un libro, apenas si los menos agauchados hojean un periódico, y nada les interesa fuera de la triste y limitada realidad que les circunda. Las muchachas, apenas se casan, abandonan su cuidado personal y hasta su higiene. Algunas van por dentro de su casa en chancletas, y su sola ocupación es regañar a las criadas y rezar novenas. Ninguna aspiración, ni entre los hombres ni entre las mujeres, a un perfeccionamiento espiritual.

Ningún interés por la cultura. No hay vida interior. No hay energías, ni esperanzas, ni ilusiones. La existencia es entre ellos horriblemente vulgar. La avaricia, la maledicencia, la absoluta falta de espíritu, la roña física y moral, la envidia, la incultura son las características de estas viejas familias, tan orgullosas de sus abolengos como caducas y podridas. Las provincias serían regiones despreciables si al lado de estas gentes no hubiese otras familias en las cuales perdura, a veces en toda su actividad, a veces sólo latente, el vigor de la raza. Estas familias se han salvado de la corrupción moral. Entre sus miembros suele haber mujeres admirables de energía, opulentas de salud espiritual. Podrán ser estas familias tan ignorantes como las otras, pero un fuerte anhelo de perfeccionamiento, de ascensión espiritual, las ennoblece. Es de ellas de donde han salido los grandes argentinos: Sarmiento, Avellaneda, Roca y muchos millares de hombres eminentes en la medicina y en el derecho, en la política, en las letras, en la acción. ¿Por qué milagro se han conservado en las decadentes sociedades provincianas estos pequeños núcleos que parecen guardar en las almas tanta fuerza, tanta ilusión, tanto coraje? ¿Son tal vez estas familias las descendientes directas de los conquistadores, de los más audaces, de los más heroicos? ¿O es que el Destino, velando por la salvación y la grandeza de nuestra Patria, las libró del moho de las enfermedades hereditarias y del vicio secular de la pereza?

A esta clase de familias pertenecían los Urgel y los Cáceres. Sus antepasados fueron verdaderos héroes. Los más remotos vencieron al indio, a la selva, a todos los obstáculos de la salvaje naturaleza de nuestra tierra. Ellos cruzaron a nado ríos de una legua de anchura, horadaron los bosques impenetrables, triunfaron sobre el hambre, sobre la soledad, sobre los huracanes, sobre el aislamiento. Fueron feroces y admirables. Los más próximos de esos antepasados,—revolucionarios por imperativo orgánico y caudillos tiránicos—vivieron en perpetua guerra con sus iguales. Valerosos hasta lo inverosímil, altivos, dominadores, democráticos, capaces de los

mayores sacrificios, sufridos como ellos solos, eran dignos descendientes de los héroes de la conquista, y dijéranse, por aquellas cualidades épicas y por su hablar nativo y por su traje y por su piel tostada, los personajes representativos de un romancero gaucho.

*
* *

Víctor gustaba decir que él pertenecía a una casta de héroes. Alabábase de su parentesco con aquellos hombres que llenaron la provincia de escuelas, de colonias y de ferrocarriles, como de su descendencia de revolucionarios y caudillos inquietos. El veía en ambas clases de hombres un mismo factor y un mismo orígen: la energía. Todos ellos, los peleadores inútiles y los civilizadores, eran igualmente fuertes y heroicos y todos comprendían la vida como una lucha. No importaba que los abuelos revolucionarios fuesen hasta perjudiciales para el progreso. Fueron hombres. Fueron ejemplares magníficos de ese árbol tan escaso que es el Hombre. Tenían la virilidad, la rudeza, el estoicismo de los grandes varones. No sabian llorar. Sus almas, duras como el quebracho de la tierra, eran inaccesibles al sentimentalismo, al desfallecimiento, a la cobardía. Víctor queríales, sobre todo, porque fueron dinámicos, vivientes, en contradicción con la gran masa provinciana: amorfa, estática, que dormía su larga siesta colonial mecida por los ritmos perezosos de las románticas guitarras criollas y que sólo despertábase, de tarde en tarde, a los tiros de las revoluciones.

III

EL ESPIRITU ESTATICO

Cuando Víctor nació—era en 1883,—la capital provinciana estaba sumida en el pozo del espíritu estático. Como una sombra infinita el espíritu estático llenaba toda la ciudad: penetraba en las casas, en las almas, en los sentidos de las gentes. Nada se movía allí. Era una quietud desoladora. Ni un pensamiento que avanzara sobre la rutina diaria. Dormía todo en una paz de tristeza y de beatitud.

El pueblo era una aldea semicolonial. Componíase de casas bajas, chatas, pobres, con techos de tejas y a dos aguas la mayoría, de adobe un buen número y muchas sin revocar. Algunas, de líneas toscas y primitivas, de pisos de ladrillos, de anchos paredones como los de las catedrales, con grandes vigas de quebracho para sostener los techos y en cuyos huecos anidaban murciélagos y arañas, recordaban los tiempos del Virreynato. Las piezas eran frescas en el verano y frías en el invierno, austeras, vacías, oscuras, tristísimas. Por las pequeñas ventanas de barrotes de hierro, y por las puertas muy bajas, apenas

podía entrar el sol a causa del espesor de las paredes, que excedía a veces de un metro. Las voces resonaban claras en aquellos cuartos inmensos. Los escasos muebles, todos negros, acrecían su lobreguez. Los patios eran como plazas y no había en ellos sino una que otra tinaja con plantas. En los corredores, columnas gruesas, sin elegancia, toscas, pintadas de rojo o de azul, sostenían los techos de tejas. A veces, en medio de esta pobreza, mostrábase un detalle de arte: una ventana de rejas de madera, labrada finamente; un zahumerio o un magnífico mate de maciza plata, y por rara excepción un brasero chato, de bronce, claveteado con primor; algún crucifijo que el fundador de la familia había traído de España; quizás un cuadro, que alguien compró antaño en el Perú.

Las calles, sin pavimento, eran arenales que en el verano, a causa de las sequías y de la violencia del sol, tornábanse terribles. Ocho o diez calles a lo largo y tres o cuatro a lo ancho componían aquella capital de provincia. A un metro sobre la calle levantábanse las veredas: llenas de bajadas y subidas, de baches, de corcovas; las mejores con piso de ladrillos, pero rotos y encajados sin simetría, y remendadas de cascotes. En las esquinas, postes gruesos y petizos servían para atar los caballos. Había una plaza que era un verdadero bosque de paraísos cuyas copas uníanse. Una de las cuatro iglesias tenía dos siglos. Su única torre, robusta en su ruda sencillez, chata, tosca, pesada, cuadrada de almenas, fué cantón en todas las revoluciones. Era como el alma de Castilla la Vieja puesta allí para recordarnos nuestro origen, y, con los tonos dorados de sus paredes agrietadas, evocaba a Segovia y a Salamanca.

A la noche, si no había luna, las calles poníanse intransitables. Los faroles a kerosén, uno por cuadra, bostezaban, con egoísmo de raquíticos, una lucecita amarillenta, ética, sucia. Un aire de misterio embellecía el ambiente. Sólo arriesgábanse a romperse el alma en la vereda, o a ser asaltados, los impenitentes jugadores o los politiqueros que dirigíanse a las tertulias. A veces alteraba el silencio de la calle una campanita y unos pasos lentos, augustos,

tristes. Era el viático. Dentro de las casas las gentes se arrodillaban y pedían a Dios por el moribundo. En los arrabales la noche era la hora de los borrachos, de los emponchados. Y la hora de la viuda: un pícaro envuelto en una sábana blanca, parado en altos zancos, que asustaba a los transeuntes para robarles. Y poco antes de la media noche, la hora de las serenatas: románticas guitarras y cursilonas canciones con que obsequiaban a las niñas sus pretendientes.

¿Qué hacían hombres y mujeres en este pueblo dormido? ¿De qué m do ocupaban las largas, las larguísimas horas? Levantábanse al alba. Las mujeres iban a misa, cubiertas con sus mantos negros. En la calle, en las puertas, a la salida de la iglesia, comentaban con otras las noticias de aquellos días: las enfermedades y las muertes, los anuncios de revolución, los noviazgos y casamientos, los partos. Los hombres pasaban la mañana tomando mate, o en las oficinas si era verano. Hablaban de la lluvia, de las sequías, de las haciendas, de política. La política era el tema eterno en aquel pueblo, el tema obsesionante, ineludible, imperativo. En las mañanas del verano solían bañarse en el río hombres y mujeres, en familiar promiscuidad. Las mujeres cubríanse con un camisón; los hombres con un simple taparrabos. Las familias más pulcras compraban al aguatero el líquido suficiente para un baño, y en una tina grande—no había bañeras—sumerjíanse y se jabonaban, unas tras otras, las niñas de la casa. Después de medio día, en el verano como en el invierno, la siesta. Era un rito, una tradición patriarcal, una cosa consagrada de la que nadie podía prescindir. Y después de la siesta, otra vez el mate y el politiqueo y el hablar de las enfermedades y de las muertes y de los anuncios de revolución. Al entrarse el sol, el balcón para las niñas, los paseos a caballo o a pie para los jóvenes, el club o el almacén criollo o la tienda o la casa del político o los bancos de la plaza para los hombres. En las casas y en el club conversábase entre el humo de los gruesos cigarros de hoja del Paraguay y los amargos o los dulces que servía un criollo sumiso o un indiecito retoba-

do y en patas. Al anochecer, las novenas. Comíase temprano, y al sentarse a la mesa y al levantarse persignábanse y rezaban. Después de comer, el rosario en familia y las visitas de los parientes y los íntimos. Los hombres juntábanse para su partidita de tute, de truco o de viscambra. Las mujeres seguían comentando las enfermedades, las muertes, los temores de revolución, los partos. Las viejas suspiraban — ¡ay Señor! — e invocaban a la Madre Purísima o a San José.

Y todo este día, este día terrible de monótono, de triste, de estático, nacía y se iba entre sones de campanas y redobles de tambores. Campanas al amanecer, campanitas alegres y saltarinas llamando a la primera misa. Campanas anunciando las misas posteriores. Campanas a medio día, serenas, claras. Campanas al anochecer, el místico, el grave toque de oración. Campanas a la noche, el toque de ánimas; un adagio de campanas lúgubres, funerarias. Si era víspera de fiesta, vibraba el pueblo en una locura de campanas exultantes, en un trío o en un cuator de campanas parlanchinas que reían, saltaban, cantaban, bailaban. Y si alguien había muerto, era un largo, un largo duelo de campanas dolorosas, que doblaban con una tristeza infinita, húmeda, desoladora, con honda resignación cristiana. Y junto a todos estos sones que iban comentando la vida diaria, marginando los actos humanos, llenaban el ámbito del pueblo los sones del tambor y del clarín. Amanecía, y las cajas del cuartel soltaban al aire sus redobles rezongantes y pedregosos, algo aclarados por la limpidez de la atmósfera a esa hora y por la plenitud del silencio. Y ahí se estaban los tambores traqueteando media hora una misma frase, acompasadamente: ta ta rá—ta ta tá ta ta—tá ta ra ta ta ta tá... Tambores a medio día, a la tarde, a la oración, a la noche. A veces, clarines y tambores. Otras, un clarín solo que agujereaba el aire estridentemente.

¡Ah, la monotonía de aquel pueblo! Nada que alterase la vida de todos los días, aquella vida que se repetía, trivial y miserable, todos los días del mes y todos los días del año y todos los días durante muchos años. Apenas si

en algo atenuaban el horror de la uniformidad: una procesión solemne; unos volatines que clavaban su carpa trashumante, difundiendo en el pueblo un olor a pecado, a vida nómada y a misterio y un pavor de raptos de niños; una revolucioncita, casi siempre fracasada y que concluía con prisiones, y con odios entre las familias; la llegada de algún predicador célebre; un pobre gringo que pasaba por las calles haciendo bailar a un oso...

¡Vida estática, vida miserable, vida triste! Y en lo espiritual, idéntica quietud. Nadie leía. Nadie estudiaba, fuera de los niños de las escuelas y de uno que otro abogado. La misma platitud, la misma roña, el mismo atraso en la vida del espíritu que en la existencia física. ¿Quién aspiraba a un mejoramiento espiritual? A la falta de limpieza de los cuerpos correspondía la falta de limpieza de los espíritus. Como aquellos cuartos de grandes vigas para sostener los techos y en los que anidaban los murciélagos y las arañas, así las almas estaban llenas de los murciélagos de las supersticiones y de las telarañas de los prejuicios. Creíase en brujas, en curanderas, en diversas encarnaciones demoniacas como el Petiso de los callejones, en el daño y el mal de ojo. Había supersticiones en materia de higiene, de alimentación, de religión, de todo. ¡Vida estática, vida miserable, vida triste! Los espíritus dormían una inacabable siesta. Jamás aparecía una idea en aquellas cabezas. Jamás surgía un rasgo de independencia. Jamás el menor intento de renovación espiritual. Toda la filosofía estaba en el catecismo. ¿Para qué más? En lo material, el pueblo vegetaba tristemente bajo los gobiernos de los caudillejos semibárbaros. En lo espiritual, bajo el poder de la Iglesia, o mejor dicho del clero, el cual impedía el dinamismo de las almas, la inquietud fecunda de la cultura. ¡Vida estática, vida miserable, vida triste!

*

* *

Víctor asistió en su niñez a la primera batalla contra el espíritu estático. Sus ojos, absortos y curiosos, vieron caer las casas viejas. Los tejados derrumbábanse como podridos, ahuyentando a los murciélagos. Cuevas de roedores carcomían los coloniales cimientos. Y una casita flamante, limpia, menos característica sin duda, se levantaba en el solar antiguo certificando la nueva era de la ciudad. Vieron los ojos del niño huir las sombras misteriosas ante el golpe mágico de la luz eléctrica. Diríase que aquellas sombras llevábanse a esos duendes que a la hora de la siesta corrían a los niños en las huertas; a las viudas, que su imaginación medrosa agigantaba y a las que atribuía pavorosas maldades; a Mandinga, a las ánimas, a las luces malas. Las calles vestíanse de fiesta con sus altos focos, y sin duda para recibir la gloria luminosa el pueblo alfombró de piedra la desnudez del suelo. Los eriales y los pantanos florecían de casitas; las tapias, exuberantes de zarzales, desaparecieron; y no quedó sino el recuerdo del polvo atroz de las calles, de las plazas suburbiales que eran antes lagunas llenas de sapos y de ranas.

Un día, el niño vió correr por las calles un monstruoso aparato arrastrado por dos caballos. El ignoraba entonces que el progreso no es sino un asunto de locomoción, y en vez de comprender la trascendencia del tranvía le tuvo miedo. El niño ignoraba también que desde aquel año de su nacimiento, la provincia, gobernada por un hombre genial, hermano de su madre, y secundado por otros espíritus civilizadores, transformábase en absoluto, llenándose de escuelas y ferrocarriles, de colonias y buenas leyes. Pero el niño oía hablar de aquellas mila-

grosas transformaciones, y llegaban hasta él rumores de lucha. Iba creciendo así en un ambiente dinámico, asistiendo, desde el silencio de su almita, y sin comprender casi nada, a la derrota del Pasado. Las gentes, celosas de sus tradiciones, desconfiaban de tanto afán de progreso. El espíritu estático, aunque vencido, no huía. Su voz lloraba en las campanadas lentas de la oración, hacíase reproche en el clarín. Acurrucábase en los recovecos de las casas para murmurar. La calumnia era su arma de combate. Pretendía contagiar la peste del temor. Auguró el avance del Malo, cómplice de aquellos aparatos y de aquel progreso. El Pecado, la irreligión, los crímenes, las malas ideas, vendrían a perturbar la paz cristiana del pueblo, traídos en los trenes por los millares de extranjeros que empezaban a conquistar los campos. El espíritu estático no dormía. Adaptóse al nuevo tiempo y se hizo más sutil. Aprovechóse de las rivalidades políticas y de las envidias lugareñas, movió la pluma mercenaria de los periodistas de la oposición, tronó en la palabra meridional de los oradores que en las manifestaciones públicas vociferaban su odio.

*
* *

Víctor llevaba en su sangre un poco del espíritu estático. Su padre, hombre de voluntad y de fuerza física, era en lo intelectual algo perezoso. ¡Tremendo destino el de los criollos! Unos están dominados por la pereza física; a otros les inutiliza la pereza intelectual. Como casi todos los hombres de la provincia, poco leía. En el pueblo no existían bibliotecas ni librerías. En los diarios esos hombres sólo buscaban la información y el comentario políticos. Ignoraban en absoluto a su país, al que amaban, sin embargo, pero con un apego algo animal. Fuéra-

les imposible nombrar a los hombres de ciencia, a los artistas, a los escritores que honraban a la patria. Tampoco nada sabían de la vida europea. La formidable información telegráfica de los diarios de Buenos Aires sobre asuntos europeos, carecía de interés para aquellos espíritus sin curiosidad. En ciertas provincias esta ignorancia abarca hasta las cosas porteñas y nacionales. Desidia antipática, sólo puede explicarla el vicio nacional de la pereza, ¡el espíritu estático! como Víctor maniáticamente decía. Pero esta pereza, ¿debía atribuirse a la sangre indígena entre los argentinos de las viejas familias? No, según Víctor. Nuestra pereza era, en su opinión, un producto de la vida colonial, un resultado de la opresión de los espíritus en aquella época. Absoluta calma espiritual. En España tenían siquiera una Inquisición feroz, que, al exagerar sus violencias, creaba hondas reacciones. Había además allí una larga y fuerte tradición de cultura que no pudo llegar a las colonias. ¡Vida miserable la del Virreynato! Si están en ella los cimientos de nuestra patria, afirmemos la imposibilidad de construir nada durable sobre tan pésimas bases. Tenemos que destruir esos cimientos si queremos levantar una patria fuerte y dinámica.

Víctor creía, sin embargo, que en la indiferencia espiritual de los criollos no tenía sólo culpa la existencia colonial. Porque en los prolegómenos de la revolución y en los primeros años de vida libre, muchos espíritus revelaron una gran curiosidad intelectual. No obstante las dificultades imaginables, aquellos hombres conocían profundamente a los filosófos de su tiempo, y algunos de ellos—¡oh admirable Rivadavia!—fueron de un dinamismo espiritual prodigioso. Víctor culpaba un poco a la sangre de indio que corría por las venas de los argentinos de las viejas familias, y otro poco al individualismo anárquico heredado de los españoles y cuyo resultado final es el fracaso y, lógicamente, la desanimación, el cansancio, el no hacer nada. El caudillismo exasperó el temperamento individualista, y veinte años de tiranía concluyeron por convertir la pereza en una institución

nacional. He aquí el culpable de que aun el espíritu estático domine en gran parte del país: la tiranía. La generación anterior a la de Víctor había nacido en las postrimerías del gobierno de Rosas y llevaba la marca de la sumisión y del terror. Cierto que en aquella época, y en todas, nada impedía la libertad de los espíritus. Pero es una libertad sólo para soñar o meditar, una libertad exclusivamente interior, que no puede traducirse en obras, que no puede iluminar a otros espíritus, que debe permanecer silenciosa y oculta, allá en el fondo de las almas. Por otra parte, no había en aquella época libros, y como la cultura era enemiga del tirano se la combatía a sangre y fuego. ¡Tristes tiempos! Sólo nos han dejado sumisión, cobardía espiritual, respeto a los mandones, miedo. Y para agravar la miseria espiritual, aun tocóle a esta generación asistir al gobierno de Juárez Celman. Jamás la moral política llegó a mayor bajeza. La habitual aduloneria se exageró en servilismo. El espíritu continuó durmiendo, mientras realizábanse grandes obras y el dinero transformaba al país. La generación que vivió entonces no aspiró a salir de su pereza espiritual. Al admirable dinamismo físico correspondió una gran ansia de goces materiales, pero las almas apenas despertaron de su modorra secular.

En el alma y en todo el ser de Víctor combatieron durante su juventud las dos tendencias. Algo que venía desde el fondo de su vida incitábale a dejar pasar las horas, a dejarse vivir. ¿Para qué trabajar demasiado? ¿Para qué la acción? ¿Para qué la excesiva cultura? ¿Da la felicidad todo eso? Pero algo suyo, muy suyo, y que también venía desde lo hondo de su ser, llenábale de inquietudes, acosábale de interrogaciones, removía su espíritu incesantemente. La pereza luchaba en él contra su inconsciente aspiración de perfeccionamiento, de crecimiento; contra una energía que él aun ignoraba. Y la energía venció. Y el espíritu estático quedó adormecido. Y venció también al espíritu estático que le acechaba en su propia casa, por boca de su madre o de su padre y a veces de sus hermanos. Y lo venció en el pueblo, trabajando heroica-

mente por la cultura, realizando obras de progreso, fundando bibliotecas, difundiendo ideas.

*

* *

Pero estaba escrito que el espíritu estático le perseguiría en todas partes.

Hacía años Don Bernabé compró un campo en Córdoba. Víctor tuvo que ir con tal motivo a la capital de esa provincia. Los propietarios del campo eran los sucesores del Doctor Ignacio Belderrain, un hombre que tuvo un gran prestigio en aquella ciudad. Víctor, que llevaba cartas de presentación para los Belderrain, les conoció a su llegada y no tardó en penetrar en sus características.

El doctor Belderrain había muerto hacía varios años, y su nombre era citado entre las familias distinguidas como un modelo de austeridad. Víctor supo que había sido un espíritu estrecho, un católico intolerante. Encerrado entre sus libros—era un gran profesor de Civil—y entre los expedientes de su cargo de magistrado judicial, no salía sino para ir a la Universidad y a la casa de los jesuítas, de quienes era perfecta hechura. Era el más ilustre representante del espíritu colonial. Vivía moralmente en el terruño. No le interesaba ni siquiera Buenos Aires. Se fué de este mundo como un símbolo. Todo un pasado iba a la tumba con su cadáver. Llorado por los tradicionalistas, por la sociedad, por aquellos a quienes hizo bien — era excelente persona—, alguien pensó que nada se perdía con su muerte, pues era necesario que los hombres de su mentalidad se fuesen para dar lugar a una nueva Córdoba (*).

Su hijo, Ignacio, había heredado el espíritu de su pa-

(*) *La sombra del convento.*

dre, pero no su talento. Víctor le trató mucho. Consideróle desde el primer momento como una encarnación del espíritu estático. Toda su curiosidad, todo su interés estaban concentrados en el terruño. Odiaba a Buenos Aires, con un odio siniestro y oscuro, porque "de allí venían las malas ideas". Profesor de la Universidad, declaró, en un discurso célebre, que la casa debía cerrarse a todas las llamadas novedades del pensamiento moderno. A este hombre, culto e inteligente, bastábale el catecismo y los textos de Derecho, viejos de varias decenas de años casi todos. Católico sectario, a la castellana, hubiera resucitado la Inquisición. Reservado y desconfiado, era casi imposible penetrar en sus verdaderas opiniones e intenciones. No obstante llamarse cristiano, el orgullo le aislaba de la humanidad. Física y espiritualmente era enhiesto y seco. Nadie simpatizaba con él.

Víctor tenía entonces veintiocho años. Sincero como era, no ocultaba sus opiniones, y algo agresivo, además, no tardó en chocar con Belderrain. Pero pensando en que la compra del campo pudiera fracasar a causa de sus discusiones con ese hombre, terminó por no hablar casi con él.

En cambio hizo gran amistad con su cuñado José Alberto Flores. Víctor era menor algunos años que Flores, pero sus espíritus se comprendieron desde el primer instante. El marido de Teresa Belderrain era un hombre moderno por su sensibilidad, su curiosidad universal, su cultura europea. Lejos de vivir espiritualmente en Córdoba, pensaba quizá con exceso en Europa, donde pasara largos años. Fué una víctima de la intolerancia de los Belderrain. Enamorado de Teresa, los Belderrain opusiéronse a su casamiento porque no era creyente. Arrastrado Flores al anticlericalismo, actitud que antes repugnara a su espíritu ecuánime, escéptico y distinguido, escribió violentamente contra la Iglesia y la Religión, encontrando en esta prédica — como tantas veces ocurre — su camino de Damasco. Retornó al catolicismo y entonces le permitieron casarse. Pero estaba a mil leguas de ser un católico como su suegro y su cuñado. Era libe-

ral, tolerante, latitudinarista, según le clasificaba despreciativamente su cuñado. José Alberto creía que la religión debía quedar en el fondo de las conciencias. Las opiniones religiosas eran ni más ni menos como las opiniones sobre arte, sobre filosofía, sobre literatura. No una cosa que debía exhibirse ni menos que sirviera para molestar, explotar o dominar a los demás. Ahora, curado, por la vida matrimonial, de una vieja neurastenia, era un hombre útil y trabajador, sin llegar a ser un *go ahead* ni un hombre de acción como Víctor. José Alberto despreciaba el ambiente en que vivía. Decía sentirse ahogado. Faltábale aire espiritual.

—Es que aquí en Córdoba todavía pesa la Colonia—dogmatizaba Víctor.—Es el espíritu estático, como digo yo.

—No, no es eso...—protestaba José Alberto, que tenía una cierta simpatía literaria o artística por las cosas viejas. — Es que no hay arte ni sensibilidad...

Durante los veinte días que Víctor permaneció en Córdoba vióse a diario con Flores. En su casa conoció a Teresa, una alma suave y serena. Víctor, luchador, fuerte, agresivo, viviente como era, quedó encantado, por contraste, con aquella mujer de aspecto casi místico, excepcionalmente delgada, de mirada límpida y cordial, de andar tranquilo, de muy escasos gestos y palabras, de sencilla bondad.

Teresa tenía una hermana, Asunción, con la que Víctor intimó también. Al contrario de Teresa, toda timidez y suavidad, Asunción era alegre, bromista, espontánea. Víctor encontrábala distinta de todas las muchachas de su pueblo. No era bonita, pero sí muy simpática. Cuando Víctor y José Alberto poníanse a hablar pestes de Córdoba, Asunción se adhería. Ella soñaba con Buenos Aires. Había estado allí dos veces, con Teresa y José Alberto, y desde entonces encontraba atrasado, rural, pobre, aburrido todo lo de Córdoba, ella inclusive. El sentido de la vida que explicaba Víctor entusiasmábala, según decía. ¡Qué lindo todo eso: la acción, la lucha, hacer mil cosas, vivir intensamente!

José Alberto y Teresa, con aquella manía casamentera de los provincianos, dejábanles solos, sospechando que comenzaban ambos a gustarse. Y así era. El prestigio que ejercen las mujeres de una localidad sobre el forastero debió contribuir al entusiasmo de Víctor, y la fascinación del forastero sobre las muchachas provincianas debió influir en Asunción. Y en un viaje posterior de Víctor, se comprometieron.

Ignacio Belderrain intentó oponerse a aquel noviazgo. Pero Asunción le dijo el primer día:

—Mirá: yo no soy como Teresa. A mí no me vas a dominar. Si me gusta ese muchacho me casaré con él aunque se oponga el mundo entero. Me escaparé con él y será peor para todos.



Víctor consideraba a Córdoba como sumida en la calma del espíritu estático. Así como materialmente estaba hundida en un pozo, espiritualmente permanecía hundida en el Pasado. Ninguna inquietud aparecía por ninguna parte. Las almas, dirigidas por la Iglesia, no intentaban pensar. ¿No estaba todo pensado y decidido? Una absoluta inmovilidad intelectual en el ambiente. Eran rarísimos los hombres informados sobre los movimientos ideológicos de la época. Las mujeres no leían. En la Universidad estudiábase por textos viejos, desusados en el mundo entero.

—Usted exagera, Urgel — solía decirle José Alberto.—Córdoba no es una ciudad muerta. No se imagina la importancia que ahora tiene el comercio. Y en cuanto a inquietudes espirituales, las hay.

—¿Dónde?

—Entre los jóvenes. La Universidad, esa Universidad

vieja, llena de murciélagos, como usted dice, empieza a sufrir una conmoción en sus cimientos. Hay una revolución que comienza a fermentar subterráneamente.

Víctor no creía. El nada vió de todo aquello. En su opinión allí flotaba una calma espesa. José Alberto asegurábale que era la calma anunciadora de la tempestad.

En Córdoba Víctor logró grandes simpatías, no obstante sus opiniones. Insinuante y amable, decíales cuanto pensaba. El no abandonó su sonsonete habitual: la energía, el entusiasmo, el espíritu dinámico. Considerábanle medio loco y a todos les hacía gracia el muchacho, porque parecía un muchacho de veinticuatro años por su espíritu entusiastamente juvenil. Sus burlas sobre la pereza nativa no ofendían a nadie. Todos sabían que eso era verdad. Los hombres más cultos, entre ellos el propio José Alberto, clasificáronle como nietzschista. ¿No era acaso nietzschismo aquella exaltación de la fuerza, de la energía, de la riqueza? ¿No eran acaso nietzschismo sus opiniones inmoralistas?

—No, no — protestaba él. — Yo no soy nietzschista. Nietzsche era aristócrata y yo soy un espíritu democrático. Yo soy un hombre de mi tiempo y nada más. Un argentino verdadero: sano, fuerte, activo, inquieto, audaz...

Notó que su interlocutor sonreía y agregó:

—Superficial en el fondo, si se quiere, y algo ignorante, si se quiere también. Pero esencialmente dinámico. Esta es la cuestión. Y enemigo personal de la Colonia, de la Pereza, del Romanticismo y del Espíritu estático.

—Pero para usted lo argentino es casi lo yanqui.

—No; porque lo yanqui es desmesurado, bárbaro, violento. No hay que confundir la fuerza con la violencia. En las cosas yanquis falta elegancia y gracia. Nosotros hemos heredado estas dos virtudes latinas que no pueden tener los yanquis, porque descienden de naciones bárbaras.

José Alberto no aceptaba que Víctor negase al pasado colonial un sitio dentro de lo argentino. Víctor argüíale que todo ello no eran sino prejuicios literarios. Lo colonial era insignificante y en la Argentina dinámica, fuerte,

moderna, no existía. ¿Dónde estaba lo colonial en Buenos Aires?

—Es que usted,—amigo Flores,—decíale Víctor cariñosamente—es un hijo del espíritu estático. Un hijo renegado, tal vez.

Y los dos reían, atribuyendo poquísima importancia a las diferencias ideológicas que les separaban.

Una vez, comiendo en casa de su amigo, días antes de marcharse, Víctor hizo el elogio del dinero. Era el símbolo de la vida moderna. Una nueva moral había creado el dinero. Los que no luchaban por conseguirlo eran seres inferiores, amorales, enfermos. El esfuerzo por lograr dinero exaltaba la personalidad humana, encauzaba los instintos, agudizaba la inteligencia, formaba seres enérgicos. El dinero representaba la disciplina social y el máximo de desenvolvimiento individual. Sin el dinero no existiría el arte ni la literatura ni la música. El dinero era todo. El dinero era Dios.

José Alberto y Teresa escandalizáronse de semejantes opiniones. Víctor recurrió a la Historia para demostrar la influencia del dinero en el mundo. Explicó que él no elogiaba el dinero en sí, sino el afán por obtenerlo. La vida era una lucha. La vida tenía que ser dinamismo y acción. Asunción reía y aplaudía, imaginando que las opiniones de Víctor eran pura broma. Víctor, mal conocedor de las mujeres, pensaba que Asunción opinaba como él. No dudaba haber encontrado la mujer ideal.

*
* *

Pocos meses después fué el casamiento. Víctor llevóse a su mujer a su pueblo.

Durante los dos primeros años de matrimonio se amaron intensa y confiadamente. Víctor había aban-

donado un tanto sus empresas para consagrarse a Asunción. Ella sentíase feliz e imaginábase que aquello perduraría la existencia entera. Víctor era menos feliz porque no lograba entregarse a su cariño por completo. Había en él un espectador, un individuo analista que le observaba sin cesar. En medio de sus momentos de amor aparecía funestamente el analista para hacerle notar una palabra exagerada, una insignificancia de simulación. Víctor era el hombre desgraciado que lo piensa todo, lo sueña todo, lo detalla todo; y cuando llega la dicha encuéntrase con que ya está pensada, soñada y detallada, y que la realidad, como siempre ocurre en la vida, es inferior a lo imaginado.

Asunción, como casi todas las provincianas, no era coqueta. Faltábale el arte de tener encantado a su marido. Creía que él, porque la amó una vez, debía siempre amarla. Creía que el deber de amarla, impuesto por el matrimonio, sería cumplido por el hombre de honor que era Víctor. Su espiritualismo innato hacíale pensar que Víctor la amaba por su alma, y no hubiera aceptado jamás la preponderancia del instinto sobre el alma en cuestiones de amor. Como todas las mujeres argentinas había sido engañada respecto a la vida, a los hombres y al amor. Engañada por sus padres, por el catecismo, por sus confesores. No le enseñaron sino la verdad aparente de la vida. Le ocultaron cosas fundamentales que debió conocer. Y así fué al matrimonio ciega, y vivió en el matrimonio más ciega aún, lleno su espíritu de funestos errores.

Víctor no podía recordar cuándo empezó aquello. El hecho era que, desde hacía tres años, ya no se comprendían. Lo indudable era que poco a poco había ido surgiendo en ambos el espíritu de cada familia. Mientras se amaron, cada uno vivió bajo la sugestión del otro. Las diferencias profundas permanecían escondidas. Sólo notábanse algunas muy superficiales, y a estas el amor, aun no convertido en simple afecto, las borraba. A los dos años de casados ya habían aparecido en cada uno las características individuales. Hubo los naturales choques, las lógicas desinteligencias. Víctor, con su gran instinto

de la vida, trató de ocultarlo todo. Pero ella, que tenía latente en su interior la intolerancia de los Belderrain, hizo cuestiones, reveló sus disgustos. A los cuatro años de casados ya él era un Urgel y un Cáceres, y ella una Belderrain típica.

La religión fué lo que primero les separó. Víctor carecía de creencias, si bien tenía preocupaciones religiosas. Asunción íbase haciendo fanática. Contribuyó a ello la presencia en su casa, durante unos meses, de su madre y de su hermana mayor, Lolita. Ambas le traían los recuerdos de la infancia, de su Córdoba, de su padre. Junto a ellas, ¿qué podía representar Víctor, un intruso, extraño a toda su vida? Su hermana detestaba a Víctor, y con perversa constancia iba trabajando contra él en el espíritu desilusionado de Asunción. La vieja pretendía hacerle confesar a Víctor, decíale que hablara con su hijo Ignacio a fin de convencerse de sus errores. Con paciencia, bromeando al principio, más serio al último, Víctor aguantó a las dos mujeres. Pero no tardaron en producirse pequeños encuentros: una burla despreciativa de su parte, una palabra estúpida de parte de ellas. Asunción daba siempre la razón a su madre y a su hermana. En cuanto Víctor quejábase de ellas, decíale con rencor que era un vengativo y un perverso. La partida de las dos mujeres evitó incidentes desagradables.

*

* *

Ahora, en Buenos Aires, las diferencias debían acentuarse necesariamente. Sobre todo después del gran triunfo de Víctor. Asunción, sin amistades, pues nunca había vivido en Buenos Aires, sentíase sola y poco menos que abandonada. Sus escasas relaciones eran con familias cordobesas. Gentes hacía poco establecidas en la

inquieta ciudad, con las costumbres, la moral, las ideas de su patria chica, considerábanse extrañas entre las gentes porteñas y se aburrían. Las costumbres de Buenos Aires, el afán de dinero, el ritmo tumultuoso de la vida, disgustaba a aquellas familias en las que persistía un algo del espíritu colonial, del espíritu estático, según Víctor decía. Asunción encontróse bien entre ellos. Eran de su casta. Víctor, poco a poco, acabó por representársele como un producto típico de Buenos Aires. Sin duda en los años de Facultad se echó a perder. Tenía todas las malas ideas de los porteños. Ella no le comprendía. ¿Cómo en otro tiempo, allá en Córdoba, pudo tolerarle sus opiniones? Es que en la formación del amor las ideas no cuentan para nada. Por otra parte, la atracción espiritual y física modifica las opiniones. Asunción, gustando de Víctor, adaptábase a su ideología, no sólo sugestionada por sus palabras sino instintivamente deseosa de pensar como él.

Para Víctor, Asunción era ahora una perfecta representante del espíritu estático. Nadie podía encarnar el Pasado mejor que ella, la Belderrain típica, la hija del austero e intolerante profesor de la Universidad de Córdoba. ¿Por qué aciago destino Víctor la encontró en su ruta? ¿Cómo él, dinámico y moderno, vino a caer en la ciudad argentina en que era más fuerte el espíritu estático, y en la familia más intransigentemente tradicional de Córdoba? Víctor había vencido al espíritu estático en sí mismo, en el ambiente de su casa paterna, en su pueblo; y he aquí que fué a hallarlo otra vez en su propio hogar, en su mujer. Debía, pues, seguir luchando. Y él lucharía, aunque perdiese su bienestar. La vida era un eterno combate.

El espíritu estático adquiría formas múltiples en Asunción. Convencida de que el ser humano tenía por fin servir y amar a Dios, no comprendía la herética opinión de Víctor, para quién la vida no tenía otra finalidad que la vida misma. Vivíamos para Dios, según ella; vivíamos para luchar, según él. Asunción hubiera perdonado a su marido un defecto cualquiera, hasta una aventura;

pero no ese afán de hacer mil cosas, ese sentido un poco mecánico de la existencia. Además, pretendía obligarle a que la acompañara a misa, a que no almorzara ni comiera sino en su casa, a que pasara temporadas en Córdoba, abandonando sus empresas. Las opiniones de Víctor sobre el progreso, su manía de dinamismo, su exaltación del dinero y de la fuerza sublevábanla. La guerra vino a acentuar las diferencias ideológicas. Víctor era imparcial y neutralista; Asunción, germanófila furibunda porque los franceses habían expulsado de su país a las congregaciones religiosas. Víctor no simpatizaba con los alemanes, y si no hubiera sido que él veía en Alemania el pueblo más viviente, más dinámico y más "americano" de Europa, sus inclinaciones habríanse decidido por Francia.

El éxito había arrastrado a Víctor fuera de su casa. No estando en su presencia, apenas se acordaba de que existiese su mujer. Y cuando estaba frente a ella, el mutuo silencio, la incomprensión, el ningún interés de las conversaciones, advertíanle el abismo que les separaba. Entonces, Víctor sentía la soledad de su corazón. Otros hombres, infinidad de hombres, nada hubieran sentido. Hubiérales bastado el ruido de matraca de sus éxitos. Pero Víctor, acosado perpetuamente por una necesidad de confidencia, de ilusión, de dulzura, ya no podía vivir sin un cariño. Por la misma razón de su existencia multiforme y asombrosamente activa, érale indispensable un alto, un oasis de ternura en medio de su vida enérgica, un poco de amor verdadero para calmar la mecánica sequedad de sus horas. La máquina no funciona normalmente sin unas gotas de aceite.

IV

CLOTA O EL AMOR-IMAGINACION

Callemos, callemos. El Amor se acerca. Ya lo anuncian unos latidos del corazón. Ya lo vemos venir en unos ojos que parecen esperar cosas maravillosas. Ya advierten su presencia muy próxima unas manos que están temblando sutilmente y aquellos mismos ojos que ahora se entornan como si soñaran. Ya se va acercando. Ya va a llegar el milagro del Universo. Ya se oyen las músicas que le acompañan. Ya se oye el hondo trémolo de pasión de los violoncelos. Ya cantan los violines de ensueño de la vida interior. Ya está aquí con su cortejo de armonías, de colores, de sueños, de esperanzas. El Universo ha vuelto a embellecerse infinitamente. La luz del gran milagro llena toda la tierra.

¿Qué ha pasado? Unos ojos que se encontraron. Luego unas palabras insignificantes pero que fueron dichas con emoción. Unos rumores de dos corazones inquietos, que han crecido, que han crecido y que ahora forman dos torrentes. Las manos, que dijeron mil cosas que las pobres palabras no podían decir. Los labios,

que han formado un puente por donde cada alma fué a unirse con la otra. ¿Qué ha pasado? Que el alma desborda de una extraña, desconocida emoción; que el corazón desborda de esa extraña, desconocida emoción; que el ser entero desborda de esa misma extraña, desconocida emoción. ¡Oh, vida exaltada! ¡Locura de todos los instantes, frenesí del ensueño, certidumbre de que es nuestro todo el tesoro del mundo!

¡Oh Amor, divina imagen de la Belleza Absoluta! Tú eres el secreto del Universo. Por ti podemos elevarnos hacia las esencias eternas, que es decir hacia Dios. Tú acercas a los seres humanos, tú los unes, tú les llevas a comprenderse los unos a los otros. Tú engendras la esperanza y la bondad, el ensueño y la tolerancia. Tú eres un latido del corazón de Dios.

Eres la eterna renovación. Naces y mueres sin cesar. Antiguo como el Universo, has existido desde que fueron necesarios el Orden y la Armonía. Porque tú eres lo que une, lo que reintegra, lo que acerca. Tú eres la ley primera del Universo. Riges el movimiento de los astros, la vida toda, el nacimiento y aun la muerte, porque la muerte no es desintegración, sino reintegración del alma a su propia naturaleza. Y sin embargo, cuando tú mueres, hay en el mundo un instante de infinita tristeza. Y cuando naces, ¡cómo todas las cosas vibran, cantan, se colorean maravillosamente, se embellecen, se exaltan! ¡Oh Amor, divina imagen de la Belleza Absoluta!

*

* *

Víctor Urgel, durante sus dos meses de Buenos Aires, no había conocido aún mujer ninguna a la que pudiese amar. Dedicado por completo a su diputación, no salía de su casa sino para ir a las sesiones de la Cámara o a la biblioteca del Congreso. Estudiaba todo el día y en las horas sobrantes dirigía algunos negocios que dejara allá en su provincia. No frecuentaba la sociedad, casi en absoluto.

Una tarde, habiendo ido a Belgrano para visitar a un colega enfermo, corrióse hasta la casita de Rauch, en Saavedra, a pocas cuadras del parque. No había visitado nunca a su amigo, que vivía demasiado lejos. Rauch iba a verle a él a la Cámara o a su casa.

Aquella tarde Rauch no estaba, a pesar de ser domingo. Le recibió su hermana Genoveva, la cual le presentó a una amiga. Víctor casi no conocía a Genoveva. Allá en la provincia la había visto muchas veces cuando él volvía en las vacaciones. Víctor era entonces un muchachón y ella una criatura. Le llevaba diez años. Cuando Miguel Rauch terminó sus estudios y pudo instalarse en Buenos Aires, se trajo a toda su familia.

Genoveva Rauch parecíase a su hermano en las líneas de su rostro, pero no en su constitución física. Era sólida, erguida, de carnes macizas, alta, bastante gruesa. Daba sensación de fuerza física y de salud moral. Cabeza grande, altiva; facciones enérgicas; modos naturales, un poco tímidos durante los primeros minutos de la conversación. Muy blanca y rubia, de una rubicundez rojiza; mejillas carnosas y arreboladas; labios salientes y apretados, revelando una fuerte volun-

tad. No era, precisamente, una mujer deseable. Nada de coquetería. Sinceridad absoluta. Pero mucha reserva respecto a su intimidad sentimental y moral. Terminaba ese año sus estudios de medicina, y había leído enormemente. Libros de sociología, de pedagogía, sobre el socialismo, novelas, hasta versos. Modesta y sencilla, atendía las opiniones de Víctor con extraño respeto. Pero en sus juicios definitivos era de una rara firmeza. Muy equilibrada, su opinión resultaba de la observación y la comparación, la sentencia de un proceso. Víctor la juzgó como un ejemplar típico de ese ser tan escaso que es la mujer fuerte. No le suponía el menor desfallecimiento sentimental. Debía tener una moral muy sólida, probablemente basada en la biología, pues carecía en absoluto de creencias religiosas. Era atea, materialista y simpatizaba con el socialismo. Buena hija y buena hermana, había de ser también buena esposa y buena mujer de su casa. Por ahora ella no aspiraba sino a ser una buena médica.

La amiga que presentó a Víctor era muy distinta de ella: morenita, baja, delgada, con un aire enfermizo y blando que contrastaba con la fuerte y armada rigidez de Genoveva. Llamábase Clotilde Zalazar y era pintora. Las dos formaban parte de una sociedad femenina o feminista, compuesta por médicas, profesoras normales, media docena de literatas, dos o tres pintoras; y de ahí venía su relación: una amistad bastante rara, dada la gran diferencia de temperamentos entre las dos muchachas.

La casa, una casita baja, de cuatro piezas corridas, cubiertas de enredaderas las ventanas, tenía una nadería de jardín: un poco de cesped, algunas plantas florecidas — rosas, jazmines del cabo — y dos árboles: una bella y altísima palmera y un paraíso. El minúsculo jardín, muy limpio, muy fresco, arreglado como por manos femeninas, corría a lo largo de las piezas, al frente doblaba en escuadra y se interponía entre la primera pieza y la pared tapizada de enredaderas que separaba la casa de la calle. La primera pieza, a la vez

sala, comedor y escritorio, tenía un corredorcito; allí Genoveva iba a servir el té a sus visitantes.

—De manera que ustedes son terribles feministas — dijo Víctor apenas se enteró de quien era Clota.

—Resueltamente — afirmó Genoveva, sin tomar en cuenta el gesto de Clota, que levantaba oblícuamente la cabeza y enderezaba el cuerpo, a la vez que sonreía y entornaba los ojos.

—Su amiga protesta — dijo Víctor a la hermana de Rauch.

Y mientras Clota movía la cabeza de arriba a abajo y sonreía enigmáticamente, sin decir nada, como dejando que pensaran de ella lo que quisiesen, Genoveva, que preparaba una mesita para poner luego en ella el servicio del té, dijo, con seriedad adoptada:

—Ella es una sentimental. Y una escéptica, señor Urgel. No está bastante convencida de que ustedes, los hombres, han puesto a nuestro sexo en una situación de verdadera inferioridad.

—¿Es decir entonces que no nos detesta suficientemente? Muy mal, señorita pintora, pero muy mal... Debía usted excecrarnos, predicar la guerra santa contra nosotros, jurar solemnemente no mirarnos a la cara como no sea para arañarnos...

—Es precisamente lo que yo le digo — interrumpió Genoveva, con fingida gravedad.

Clota sonreía, sonreía siempre. Entornaba los ojos con cierta voluptuosidad, levantaba las manos apartadas, movía la cabeza con aire de resignación y a veces, cuando reía, estremecíase su cuerpo. Sin duda no ignoraba, con ese instinto de la vida que tienen los espíritus sensibles, que la animadversión hacia los hombres es siempre artificiosa o anormal en las mujeres. Sólo detestan a los hombres las mujeres sin sensibilidad.

—¡Estas artistas! — exclamaba Genoveva.

Víctor comprendió que había entre las dos muchachas una verdadera disidencia y que era de buen tacto no insistir. Resuelto a cambiar de tema, las palabras de Genoveva le favorecieron. Hablaron del arte de Clo-

ta, quien tenía un gran talento, según la hermana de Rauch. Pintaba paisajes y figuras al aire libre. Realizaba, con vigor y sobriedad, un arte humano, viviente, profundo a veces. Pero trabajaba poco.

La pintora parecía estar de acuerdo con los méritos que le atribuían, pues movía la cabeza de arriba a abajo. Asintió también a la acusación de haraganería, pero declarando que en Buenos Aires le era difícil el trabajar. Además, necesitaba estudiar seriamente, ver los grandes museos. Su ideal era ir a Europa. Por desgracia las becas habían sido suprimidas. No le quedaba, pues, ni una esperanza. Víctor se interesó. Tal vez él pudiera conseguirle una beca de la Provincia de Córdoba. ¿No era ella cordobesa? Había nacido allí, en efecto, en un pueblito de campaña, y vivió algunos años de su infancia en la capital de la provincia. Convinieron en que Víctor visitaría primero su taller; y fijaron día y hora.

Luego hablaron de los estudios de Genoveva. Terminaba ese año, pero su ideal no era la medicina sino la acción social y liberal. Le gustaría dar conferencias, escribir en los diarios, ser profesora. Estas cosas — reservadísima como era — no las dijo espontáneamente, sino obligada a contestar a las preguntas de Víctor.

—Yo creo, señor Urgel, que las mujeres somos verdaderas esclavas. Y me parece que las muy pocas que comprendemos esto y somos capaces de hacer algo por su liberación, que es nuestra liberación, tenemos el deber de consagrarnos a esa obra.

Genoveva era una mujer de acción, una directora de conciencias, un verdadero jefe. Víctor adivinó que Clota estaba a su lado poco menos que contra su deseo, sugestionada por la poderosa voluntad de Genoveva.

—Es una fuerza — dijo Clota, cuando Genoveva se alejó para preparar el te. — Y no crea que es la única. En nuestra sociedad, que es en gran parte obra de Genoveva, hay muchas como ella. Yo no las comprendo, no las comprendo...

—Si ella es fuerte y usted no la comprende, será que es usted débil...

—He sufrido mucho, mucho... Por eso comprendo todas las debilidades humanas. Pero no la fuerza.

Víctor, interesado, quiso saber cuáles eran los sufrimientos de Clota. ¿Dolores morales, acaso? Ella asintió moviendo la cabeza como solía y entornando los ojos. Su rostro, desaparecida la sonrisa que hasta entonces tuviera, dejaba ver una expresión sufriente. Sin duda, Clota recordaba. Y como Víctor callara, la muchacha, levantando la cabeza y cerrando los ojos, con un gesto que tenía algo de lírico y de teatral, sin dejar de ser espontáneo, dijo:

—He sufrido mucho. Y desde niña. Todos mis recuerdos de infancia son recuerdos de malos días. ¡Yo sé lo que es sufrir!

Involuntariamente, Víctor se mostró un tanto apesadumbrado. Sabía que el sufrimiento era ley de la vida; pero si bien no le preocupaban sus propias penas, no podía ver sufrir a los demás, sobre todo a las mujeres. Comprendía que aquella muchacha no necesitaba palabras de consuelo; pero, para afirmarla en su estoicismo, le declaró que él también había sufrido y que no lo lamentaba, pues nada contribuía tanto como el dolor al desarrollo de la personalidad humana y a dar al espíritu profundidad. La cuestión consistía en vencer al dolor y en utilizarlo.

—En utilizarlo y en estilizarlo — agregó recalcando este término pictórico, que, en este caso, traducía gráficamente el dominio del hombre sobre el dolor.

—Ya sé, ya sé... — repetía la muchacha, con una indefinible tristeza en su rostro, una tristeza hecha tal vez de recuerdos. — Sufrir es vivir. Cuando padezco tengo más que nunca la sensación de que vivo. Ya sé... Yo no aspiro a no sufrir. Acepto la vida como es. Y la encuentro muy hermosa, muy hermosa...

Víctor aprobó con entusiasmo estas palabras confortadoras. La vida no era un valle de amargura, como tanta gente pensaba. El solo hecho de vivir era

ya una gran belleza. Vivir significaba ser, significaba formar parte de la infinita armonía del Todo. Vivir era soñar, esperar, luchar, sentirse hombre, amar, en fin. Solamente los cobardes, los incapaces de acción, los seres sin voluntad y sin fe, podían detestar la vida.

Clota escuchaba inmóvil. Ni un gesto de sus manos, ni un movimiento en su rostro. Pero era evidente que iba pensando las palabras de su interlocutor y que estas palabras la penetraban y la envolvían. Víctor lo veía en sus ojos. En ciertos momentos ella bajó los párpados y permaneció así unos segundos. Víctor advirtió en esa actitud, en la palidez del rostro y en el pensamiento que parecía vivir debajo de aquellos párpados cerrados, un aleteo de ensueño y una levísima vaguedad de dicha. Y a su vez, observábase a sí mismo. El espectador que solía llevar dentro de su ser, le miraba decir aquellas palabras, anotaba los matices de la voz, el juego de los ojos. Víctor quería agradar, evidentemente, y lo conseguía; y su pequeño triunfo poníale en el rostro esa expresión que, cuando nos dicen algo singularmente agradable, somos incapaces de ocultar.

—Nosotros tenemos que ser amigos, ¿no es verdad? Me parece que pertenecemos a una misma comarca espiritual.

—Tal vez...

La presencia de Genoveva les interrumpió. Durante unos segundos, los dos permanecieron silenciosos, como recogidos interiormente, como si continuaran el diálogo. Dijérase que palpitaba en ellos el eco de sus palabras. Pero mientras Clota parecía haberse entristecido y hasta suspiró una vez profundamente, Víctor salió feliz y locuaz de su breve recogimiento.

Mientras tomaban el té, Urgel casi él solo habló. En cierto momento creyó notar a Clota como aplastada o vencida; de cualquier modo, más triste. El la miraba frecuentemente: con disimulo, unas veces; a

los ojos, otras, deteniendo su mirada en ellos un corto instante.

Víctor se levantó para irse. Genoveva le despidió con un breve y enérgico shake-hands. La mano de Clota, por el contrario, se entregó blanda y cálida a la suya. Y mientras Víctor comprometíase nuevamente para visitar a la pintora en su taller y repetía el día y el lugar de la visita, conservaba la mano femenina entre la suya. Su corazón latió con cierto apresuramiento. Genoveva pidió a Víctor que saludara a Asunción de su parte. Víctor advirtió un poco más de tristeza sobre los ojos de Clota.

*
* *

Tres días más tarde fué la visita. Clota vivía en Flores con una hermana, mujer de un modesto empleado y llena de hijos. Pero tenía su taller en el quinto piso de una casa del centro, en sociedad con otra pintora. En su taller Clota trabajaba poco. Generalmente pintaba al aire libre. Aquella tarde su compañera no estaba allí.

Cuando Víctor llegó, ella le esperaba ya. El taller estaba arreglado con cierto gusto, pero era sencillo y aun pobre. Escasos cuadros; las dos artistas no producían con exceso. Clota, risueña, con un poco de afectación, le alargó su mano, que estaba helada. Víctor no se la retuvo. En ese momento la persona de Clota apenas le interesaba. Sin sentarse, preguntó por los cuadros. Clota le enseñó una media docena, advirtiéndole que nadie los conocía, salvo algún colega, pero que serían exhibidos pronto, en una exposición de sus obras.

Víctor, sin ser artista, comprendía el arte. Consi-

derábalo como una de las pocas cosas que embellecen la vida. Solía decir que sólo había tres temas interesantes de conversación: el arte, la religión y el amor. Todo el resto eran modos, más o menos estúpidos, de matar el tiempo. Había comprado una docena de cuadros, de buenas firmas casi todos. En su viaje a Europa — el inevitable viaje de todo argentino de cierta posición, — devoró infinitas salas de museos. Llegó a educar un tanto su sensibilidad y a juzgar con algún acierto. En los cuadros de Clota encontraba mucho talento, pero no los comprendía enteramente. Vió todos los cuadros sin decir una palabra. Luego continuó silencioso un rato, paseándose por el cuarto. Para justificar su silencio y aquellos paseos, púsose de nuevo a mirar los cuadros. Clota le dejaba hacer, un poco molesta, convencida de que los consideraba pésimos. Su simpatía hacia Víctor se había evaporado, a juzgar por su expresión desdeñosa. Sin duda pensaba que Víctor era un burgués, un hombre sin sensibilidad ni cultura artística. ¡Un político! Así es que tuvo una sorpresa extraordinaria, cuando él, atrayéndola hacia una ventana desde la cual veíase a los pies la ciudad, le dijo, con un levísimo matiz de emoción en las palabras, el cual ella, más que advirtió, sintió como una caricia en su corazón:

—¿Sabe lo que veo en sus cuadros? En sus figuras como en sus paisajes encuentro amor. Sí, amor. Sólo puede pintar de esta manera un alma ardiente, apasionada, llena de fuego. Hay también en ellos un espíritu fantástico, extraño, algo visionario.

Decía estas cosas con los ojos en la lejanía. Luego creyó que debía mirarla hasta el fondo de los ojos y volver a su actitud hondamente pensativa. Clota escuchaba con seriedad y un poco de emoción.

—¿Pero hay en usted todo eso? — exclamó Víctor clavándole los ojos otra vez.

—Yo no sé nada, nada — contestó ella, ligeramente sonrojada por aquel mirar tan intenso, aunque breve.

— Son cosas suyas. Para ser político, tiene demasiada imaginación.

Víctor no quiso prolongar aquel modo de hacerse el interesante, y bromeó sobre el tema. Pero, después de un silencio, insistió en hablar seriamente. En los cuadros de Clota saltaban a los ojos todas aquellas cualidades. ¡Y grandes cualidades, por cierto! Obra de arte en la que no hubiese amor, exaltación, entusiasmo, tenía que morir indefectiblemente. La vida entera debía ahora ser así: exaltada. Había pasado el tiempo del escepticismo, de la duda, del artificio, de la insinceridad. ¡Época heroica la actual! ¡Época de afirmaciones, de fe, de ensueños absurdos, de amor ilimitado! Víctor consideraba ya a Clota como dentro del espíritu de esta época, y le predecía los más grandes triunfos.

—¡Qué soñador debe ser usted! — dijo la pintora, riendo burlonamente, pero sin ocultar su simpatía hacia los soñadores. — Presiento que va a fracasar en muchas cosas, en todo lo práctico...

—Al contrario, los únicos que triunfamos somos los soñadores. Para realizar grandes cosas hay que soñarlas primero. El ensueño intenso es ya un principio de acción. Las obras más maravillosas del espíritu humano tienen que haber sido la consecuencia de formidables, de hondos, de geniales ensueños.

Clota reía, con los labios cerrados, entornando los ojos y moviendo la cabeza un poco levantada.

*
* *

¡Oh, el encanto misterioso de las amistades repentinas! ¡De las amistades que no hemos esperado ni sospechado siquiera! Y en los momentos tristes en que nos sentimos solos en la vida, incomprendidos,

abandonados, ¡cómo consuela, cómo exalta de interior alegría, cómo llena el alma, cómo ilumina el espíritu el encuentro con un ser que en pocos minutos ya se ha convertido para nosotros en un hermano espiritual! Y si esta alma fraterna es una mujer, el hombre que se juzgaba solitario en la vida siéntese, de un día para otro, fuerte, feliz, capaz de cosas bellas y aun heroicas. ¡Oh, el encanto misterioso, turbador, exaltante de estas amistades súbitas e inesperadas!

Víctor y Clota viéronse varias veces antes de la exposición. ¿De qué hablaban? Clota era severa en su opinión sobre los hombres. Considerábalos mal educados, irrespetuosos para con las mujeres, crueles, vanidosos, sensuales, amorales; y al decir estas cosas y mirar a Víctor, parecía que agregara: todos son así menos usted. Por su parte, Víctor quejábase de las mujeres de este país. Eran ignorantes, sin espíritu, sin alma; y al juzgarlas y mirar a Clota, parecía decirle: todas son como lo afirmo, menos usted. Víctor, aunque había tratado bastante poco a las mujeres porteñas, sospechaba que no eran como acababa él de juzgarlas. Pero hacíalo de ese modo para que Clota resaltara más y pareciera un ser de excepcion. Víctor no calculaba. Sus juicios sobre las mujeres y sobre Clota salíanle espontáneamente y en esos momentos él los imaginaba sinceros. Su intuición le decía que con esas y otras adulaciones, su amiga se animaba a la confidencia y él podría indagarle sus sentimientos fácilmente.

Hablaban también de todo lo que hablan un hombre y una mujer jóvenes cuando no hay testigos: del amor y de otros temas que se relacionan con él. Los dos coincidían maravillosamente. En parte, porque así pensaban; y en parte, también, porque cada uno, bajo la influencia del otro, no deseaba sino que sus espíritus se acordasen. Los dos opinaban que el amor era algo serio, sagrado y necesario para vivir; que no debía ser buscado, sino esperado; que era muy difícil llegar a amar de veras; que la felicidad del amor no consistía en la ausencia de sufrimiento, pues el sufrimiento mantiene el amor

y lo purifica; y que la felicidad de los amantes está en los grandes momentos de ternura, de placer o de exaltación. Algunas de estas cosas no las decía Clota sino Víctor; pero ella asentía, sinceramente convencida.

Víctor, sin embargo, no pensaba en hacer el amor a Clota. Su físico no le interesaba lo suficiente para ello, si bien encontrábala bonita. Pero no le gustaban las morenas, aparte de que Clota no le habló hasta entonces a su sensibilidad, no le dijo nada a sus sentidos. Gustábale sí, enormemente, conversar con ella. Deseaba conocer su espíritu, penetrar sus ideas, averiguarle toda su vida. Adivinaba cosas interesantes en la existencia de Clota: sufrimientos, inquietudes, la lucha heroica del artista ignorado, y hasta dramas morales.

Sin embargo, no dialogaba con ella como con una mujer indiferente. Al contrario: trataba él de agradarle, de mostrarse en todas sus grandes cualidades; y la miraba como si intentase enamorarla, aunque sin comprometerse él demasiado. Este tanteo espiritual para saber hasta dónde llegaba ella, este reconocimiento del terreno para ver si convenía librar allí una batalla sentimental, hacíalo Víctor, no sólo porque advertía que gustaba a Clota sino, además, por curiosidad intelectual, por afición psicológica.

La exposición de Clota fué un triunfo. Casi todos los cuadros se vendieron, aunque no a precios altos. Pero a ella el resultado de su exposición no la alteró en lo más íntimo. Víctor no comprendía que Clota considerara su triunfo con tanta indiferencia y filosofía.

—Me complace, sí, me complace, — contestaba a las objeciones. — La venta de algunos cuadros me satisface en cuanto me permite ayudar a mi hermana. Pero los artículos, los bombos... no creo en eso, no creo en eso, amigo mío...

—¿Y el placer de triunfar? ¿De dominar a los hombres? ¿De conmoverlos?

Clota movía la cabeza con incredulidad y escepticismo. A Víctor le sorprendía este modo de ser, y en-

contrábalo contradictorio con el espíritu de Clota, que parecía apasionada y exaltada. Le dijo a la amiga su pensamiento. Ella no supo qué explicación darle. Entonces Víctor recordó que tampoco tenía ella mucha fe en su arte ni lo amaba con pasión, y dedujo que a las mujeres no les apasionaba en realidad sino una cosa: el amor. De aquí la inferioridad de las mujeres escritoras y artistas, en general; y de aquí también que sólo en literatura descollasen realmente y cuando hablaban de amor. El arte y la literatura eran para ellas un pasatiempo o un medio de ganarse la vida; y fácilmente cambiarían su profesión por otra. Clota declaró que ella más de una vez pensó en dejar la pintura. Se dedicaría a cuidar los hijitos de su hermana. Víctor se indignó. El no comprendía cómo, teniendo una vocación evidente como teníala Clota, pudiese ella llegar a ser infiel a esa evocación y traicionar a su destino.

—Cuando se tiene una aptitud, hay el deber de ejercerla. Es un deber para con uno mismo, para con la patria, para con la sociedad en que vivimos, para con Dios o con la naturaleza.

Clota, por toda respuesta, balanceaba la cabeza de arriba abajo, y al mismo tiempo, con expresión de duda, sonreía, cerraba los labios y entornaba y abría los ojos con lentitud. Víctor, de pronto, la encontró deliciosa. Le preguntó si dudaba.

—No sé, no sé — contestó, repitiendo las palabras como era su costumbre. — En mi vocación, tal vez crea. En la patria, poco. En Dios, algo; pero...

—Y si cree en su vocación, ¿por qué ha pensado usted en traicionarla?

—¡Ay, amigo! ¡Usted no sabe qué aburrida es la vida, en Buenos Aires, de una mujer sola! Y digo sola porque mi hermana no me entiende, aunque es buena conmigo. Yo no tengo casi amistades. Ni femeninas ni masculinas. Aquí es imposible hacer una verdadera amistad. Yo no me he encontrado con mis espíritus afines, no he tenido esa suerte. Mi trabajo me entretiene. Pero momentáneamente, no más. No llena mi vida. El

hastío queda, queda en el fondo del alma y reaparece a cada instante.

Víctor le dijo que ella necesitaba un amor. Clota no creía en la posibilidad de encontrarlo. Pensaba que en Buenos Aires, esta ciudad de gentes prácticas, preocupadas de sus negocios, agitadas, que viven una vida epidérmica, no existía, no podía existir, el verdadero amor. El amor era aquí galantería, instinto. Nada más.

Esto decían las palabras, quizá convencidamente. Pero el sentido interno susurrábale a Clota la existencia del amor verdadero en el ambiente y estremecía todo su ser afirmándole la posibilidad de que ella lo encontrara. Hombres y mujeres de este tiempo gustan, en los diálogos confidenciales, dudar o negar el amor y asegurar que ellos no lo tendrán nunca, ya porque nadie ha de quererles o por incapacidad sentimental. El pesimismo es una coquetería de los espíritus sensibles.

*
* *

Durante algunas semanas no volvieron a verse. Víctor, a los quince días, no se acordaba para nada de la pintora. Pero en la tercera semana, inexplicablemente, fué obsesionado por su imagen, por sus palabras, por la sensibilidad extraña y el espíritu apasionado y atormentado que revelaban sus cuadros. Durante cuatro días no pudo desasirse de esos pensamientos que tenían agarrada su inteligencia, su alma, su imaginación y aun sus sentidos; sobre todo de la idea de que Clota y él pudieran quererse profundamente, con un grande y bello amor. El sentimiento de su soledad espiritual se le hizo agudo, y no tardó en convencerse de que debía salir de aquella situación. ¿Cómo pudo vivir aquellos años sin un sentimiento de amor en ese su corazón, que pa-

recía destinado para amar y para que le amasen? Llegó a sentirse incompleto, como si algo fundamental faltase a su "yo". Los hombres honestos y espirituales acostumbran engañarse a sí mismos decorando sus aventuras con rótulos trascendentales y creyendo así justificarlas.

Y al mismo tiempo, pensaba Víctor en la artista. Pensaba todo el día en ella. Su imaginación la había embellecido, la había llenado de virtudes y de grandezas morales. La idea de escribirle le obsesionó. Redactó una carta en su memoria. Decíale que una alma amiga pensaba en ella, aunque no sabía si esto fuese amor; y que referíaselo para que no se sintiese sola en la vida, para que supiera que, en todos los momentos del día, otro ser, lejos de ella, la acompañaba en sus dolores, en sus ilusiones, en sus sueños, en su trabajo. Pero no escribió la carta. Y después de tres o cuatro días de haberla pensado, se olvidó de ella y de Clota.

Dos semanas después alguien le dijo que Clota se había burlado de su discurso sobre la neutralidad, asegurando que era una serie de lugares comunes. A Víctor le dolió en el alma que Clota hubiese hablado de él en semejante forma, con tanta injusticia. Por aquellos días, ella fué al Congreso a verle, para enterarse de las gestiones del diputado en favor de la beca ofrecida. Hacía más de un mes que no se veían. Aquella tarde no sesionó la Cámara por falta de quorum. El diputado recibió a la artista en un saloncillo donde nadie les interrumpiría. Víctor, sonrientemente, pero sin la espontaneidad afectuosa de otras entrevistas, díjole que iba a pelearla. Refirióle cuanto le contaron, y agregó, con aire triste:

—No hubiera jamás supuesto en usted una cosa así. Y no sólo porque la creía generosa y noble, sino porque la sé artista. Si se tratase de uno de esos muchachos colegas suyos que no saben sino combinar colores; de uno de esos muchachos vanidosos, envidiosos, chismosos, sin ideales, sin sentimientos profundos, nada me hubiera importado, Clota. Pero que usted, una mujer, una amiga, una artista que ha triunfado y que tiene talento,

proceda como ellos, me ha sorprendido dolorosamente. He sufrido, he tenido una verdadera desilusión...

En realidad aquello sólo había mortificado un poco a Víctor. Pero un instinto de conquista hacíale hablar de sufrimientos y desilusiones, provocando en la mujer — y en él, también — un estado de tristeza. Ciertos hombres saben por instinto y por experiencia qué maravilloso intermediario es la tristeza, y cuán difícil es, sin ella, llegar a la confidencia, al beso y, sobre todo, a la mutua revelación de los sentimientos.

Clota escuchó las palabras de Víctor con honda aflicción. Había bajado la cabeza, y estaba inmóvil, triste, dolorida, con los ojos cerrados y las dos manos sobre la falda en actitud sumisa y humilde. Víctor, primeramente, tuvo lástima de aquel corazón apenado. Luego observó con detenimiento el rostro de Clota, su tristeza, su arrepentimiento, su manera honda de sentirlo todo, la belleza moral de aquel dolor y de aquel ser. Su corazón latió de pronto con fuerza, una emoción penetró inesperadamente en su alma. Quedó en silencio un largo rato, observando con placer aquella emoción. Ella continuaba callada y dolorida. Dijérase una encantadora imagen del Arrepentimiento. Después Víctor trató, sin ceder en su reproche, de atenuarle un poco su aflicción. Y en tono cariñoso, poniendo una mano sobre las de ella, le dijo:

—Vaya, Clotita, se acabó. Por esta vez le perdono la vida... Y desde ahora seremos más amigos que nunca. ¿No es verdad? Ahora nos comprenderemos mejor.

Clota no había retirado sus manos. El gesto de Víctor fué tan espontáneo, tan sin disimulación, tan paternal, tan noble, que hubiera sido en Clota una pequeñez el retirar sus manos. Hubiera sido ofender al amigo, demostrar una excesiva malicia. Y Víctor siguió hablando, oprimiendo las manos de Clota. Pero sus caricias eran cada vez menos paternales. Ya tomaba un dedo de su amiga, ya unía las palmas de ambas manos, ya pasaba la suya, lenta y cálidamente, sobre el dorso de la de ella. Clota no parecía advertir que algo había cam-

biado. Y como en realidad el cambio habíase producido imperceptiblemente, no podía darse por aludida.

La despedida fué una revelación para Víctor. Y quizá también para ella. El abandono con que las manos de aquella mujer se dieron; la actitud muelle de su cuerpo; sus ojos, que, avergonzados, se negaban a mirar al amigo; el empequeñecerse de ella ante la serenidad y el dominio masculino; todo ello demostró a Víctor que esa mujer podría ser pronto suya. Y decidió su conquista.

*
* *

Al día siguiente, Víctor salia de su casa cuando encontró a Clota. Díjole ella que iba a llevarle una carta. Se la entregó sonrosada, cosa que llamó la atención de Víctor, y se despidió, poco menos que huyendo. Decíale en la carta que había quedado profundamente entristecida, y le rogaba que no la creyese uno de tantos espíritus vulgares como los que andaban por ahí. En frases llenas de sinceridad y sufrimiento, rogábale que la perdonase. Fué aquello una ligereza y ocurrió en la época en que apenas le conocía; y en realidad ella no hizo sino asentir a la opinión de otro. "Yo le pido que me crea—continuaba, — porque le hablo con toda la sinceridad de que soy capaz. Y ahora que nuestra amistad es profunda, puedo afirmarle que nunca la traicionaré".

Para Víctor esta carta fué como un llamado. Presintió el amor. Tuvo la certeza de que el corazón de Clota respondería al suyo, de que respondía ya. En el sonrosamiento de su amiga al entregarle la carta, en las palabras "realmente dolorida" con que terminaba, en el tono intenso y hondo de aquellas veinte líneas, Víctor leía un corazón que también presentía algo nuevo. Hizo un telegrama a Clota, llamándola a su casa para el día

siguiente. Y hasta el momento de la cita no pensó sino en ella. Vivió unas horas de vida extraña, fuera de la realidad. Parecíale estar soñando y que sus sentidos actuasen más allá de la vida exterior que les rodeaba. Ni contento ni triste. Todo su ser tenía una actitud de espera. Dijérase que su vida, sus opiniones, sus sentimientos, todo, en fin, dependiese de aquello que esperaba.

Y llegó el momento. Asunción habíase marchado a Córdoba unos días antes, por enfermedad de su madre. Víctor recibió a su amiga en su minúsculo escritorio del pequeño departamento en que vivía. En pocas palabras, cordiales y sentidas, el asunto quedó terminado. Y esto pasó mientras las manos se unían y los dedos se enredaban, como sin querer. ¿De qué iban a hablar ahora? Permanecieron callados un instante, en el silencio pleno de incitaciones y de presentimientos. El rostro de Clota se había inclinado. Sus ojos estaban cerrados, como en la espera de algún suceso transcendental. Sus facciones, inmóviles, paralizadas, habían perdido la melancolía de hacía unos momentos y habíanse puesto graves, expectantes, algo temerosas.

Víctor pensó: "Este es el momento. Si lo dejo pasar, todo habrá concluído. Debo declararme ahora mismo: por mí, para no perder la aventura y hasta para no pasar por sonso; y por ella, que sólo espera media palabra mía".

—Me impresionó tanto que usted hablara mal de mí —dijo Víctor, lentamente, poniendo intención y sentimiento en cada palabra — porque... unos días antes... precisamente...

Súbitamente tímido y emocionado, calló. Clota no se movía. Tenía la cabeza siempre baja, los ojos casi cerrados; y una expresión suave, con algo de ansiedad y un poquito de melancolía, iluminaba su rostro. Víctor, al verla así, se sintió fuerte.

—...unos días antes — siguió Víctor — estuve pensando en usted. Sí... en usted... Durante cuatro días fué una obsesión... Hasta imaginé en detalle una carta

que no llegué a escribir. ¿Quiere saber lo que le decía en esa carta?

Clota movió la cabeza de arriba abajo. Víctor le tomó de nuevo sus manos.

—Le decía que... una alma amiga... pensaba en usted... la acompañaba en la vida, en sus sufrimientos y en sus trabajos... No iba a firmar yo la carta. Mi sentimiento era desinteresado. Yo hubiera hecho aquello sólo por usted... Yo no deseaba sino que usted se sintiera confortada, que supiese que alguien, lejos de usted, la recordaba sin cesar. Pero también tenía la esperanza de que usted adivinase quién escribió la carta...

Clota parecía atribulada de pensamientos, de dudas, de sensaciones. Debía estar sufriendo en cada átomo de su ser. Víctor le besó la mano. Luego quiso saber si también ella pensó en él. Por toda respuesta, ella repetía, dolorosamente:

—No puede ser. Esto no puede ser...

—¿Por qué Clota? Cuando pensé en escribirle yo no sabía con certeza qué era lo que sentía. Pero ahora ya lo sé. Ahora no ignoro cómo se llama mi sentimiento. Se llama: amor.

¿Víctor era sincero? ¿Amaba realmente a Clota y sabía en verdad que la amaba? Mujeres: ¡no le juzguéis muy severamente! Cierto que Víctor, como cualquier hombre lo hubiera hecho en su caso, buscaba en Clota la aventura. ¿Pero sólo la aventura? No. El creía que Clota era una mujer para él; imaginaba poder amarla y no dudaba de que ella le amaría también. Además, dado el camino que sus relaciones llevaban, la admiración y honda simpatía de cada uno hacia el otro, y, sobre todo, la emoción sentimental que ya los envolviera otra vez, ¿no era inevitable que el amor surgiese? Víctor quizá no sentía en ese instante un verdadero amor; pero presentíalo. Era como el vaso que está pronto para recibir el agua. Y por otra parte, él estaba asombrado de sí mismo, viendo que el amor nacía en su corazón. Si hacía un mes el haber soñado en Clota cuatro días, aunque para olvidarla en seguida, significó ya un paso adelante

en la marcha de ese amor, ahora era un formidable y repentino salto. El tener aquella pálida y suave mano de Clota entre las suyas, y su reveladora actitud de aceptación, habían bastado para exaltar de pronto a Víctor. Meditando con calma, él no hubiese creído amarla aún. Pero en ese momento él no estaba en situación de meditar ni de ver nada con calma. Sentía solamente. La subconciencia le trasmitía el lenguaje inexpresable, invisible, silencioso que hablaban, desde la hondura del ser, Clota y él. Era, pues, sincero, y si exageraba, no sólo sus palabras sino su sentimiento, su emoción, sobre todo al acariciar las manos de Clota, y aun su sufrimiento — sabía que en todo amor que nace hay un poco de sufrimiento —, exageraba con discreción y sinceridad, sin proponérselo, llevado por la emoción del instante.

—Usted ha de quererme porque yo la quiero — dijo dando a su voz un tono cálido y profundo.

—No puede ser, no puede ser... — repetía ella como atormentada, dolorida, abrumada de indecisiones.

Mientras tanto, dejábale las manos, que Víctor besaba lentamente, con toda la suavidad que había en su alma y en sus labios. Hacíalo así por placer y por deseo de mostrarse tierno. En alguna ocasión acercó esa mano a su rostro. Ella le dejó hacer. Víctor insistía en saber si ella pensó siquiera en él.

—Sí — declaró por fin, sonrosándose. — Pero antes, nunca. No hubiera imaginado. Pensé ahora, después de ese incidente tonto. Pero pensé vagamente, sospechando, presintiendo...

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y, retirando sus manos de las de Víctor, se las llevó a la cara con lentitud y sencillez. Víctor púsole el brazo sobre el hombro y quiso atraerla para darle un beso. Ella se negó, levantando un brazo. Víctor volvió a tomarle las manos, mientras ella repetía, ahora más pensativa que dolorida:

—No puede ser, no puede ser...

Víctor comprendió que Clota necesitaba ser convencida. Y habló largamente sobre lo indispensable que era amar y ser amado. Ella asentía. Entonces él le demostró

cómo ellos serían dos amantes ideales: el uno para el otro. Los dos soñadores, los dos comprendiéndose admirablemente o capaces de comprenderse, los dos sintiendo la necesidad de un amor. Ella asentía siempre. Víctor le describió cómo la amaría: con ternura, con emoción, sin espíritu trágico. Un amor hondo y sentimental. Ella continuaba asintiendo. Ahora parecía no sufrir sino soñar y pensar y dejarse llevar por una dulce ilusión. Pero repitió, esta vez casi mecánicamente: "No puede ser, no puede ser..."

Quedaron en no hablar más de aquello esa tarde. Víctor comprendió que ella necesitaba calma para su espíritu y descanso para sus nervios. Conversaron un breve instante sobre los trabajos de uno y otro y resolvieron que al día siguiente hablarían con tranquilidad. Citáronse en el Parque Lezama.

*

* *

Víctor no dió gran importancia a aquel fatalista "no puede ser" de Clota. Lo confundió con la natural táctica femenina, con esos pequeños recursos de que se sirven las mujeres para no darse demasiado pronto, o para ocultar su amor o para retardar el momento de dejarlo ver. Sin embargo, le preocupó. Era feliz, pero allá en el fondo de su alma había una duda. Pensó que tal vez Clota quisiese ser enteramente convencida de que aquel amor podía ser; más aún, que debía ser. Y le escribió una carta, expresiva y vigorosa, demostrándole la necesidad de ese amor para los dos. Fué lírico y exaltado creyendo agradarle, tal vez enamorarla del todo, convenciéndola así con el mejor de los argumentos.

Pero lo esencial de la carta consistía en su anhelo de apaciguar el espíritu atormentado de Clota. El no creía

que Clota fuese perturbada por remordimientos de orden moral o religioso, ni por pensar en la hermana con quien vivía, ni por lo que vulgarmente llámase pudor. Imaginaba en ella, tal vez equivocándose, una moral sin dogmas ni prejuicios. La perturbación de Clota tenía su origen — pensaba Víctor —, parte en el hecho de dar su ser, su cuerpo y su alma, su "yo", a un hombre; y parte en las dudas sobre la sinceridad de ese hombre, sobre si habría o no un engaño, —voluntario o involuntario en él, involuntario en ella—, sobre si ese amor duraría o no. Nada más trágico para una muchacha honesta que el darse en la seguridad de un amor verdadero, y que ese amor fracase, pues tal fracaso trae la desconfianza en cuanto a los hombres, el temor de amar, la desolación interna y, a veces, la imposibilidad de un nuevo don de sí misma, porque si un primer amante puede excusarse o justificarse, no así un segundo, el cual, fracasado o terminado el amor, suele significar, para las mujeres sentimentales o sensuales, el primer paso hacia el vicio.

Víctor acertaba en algo, pero no en todo. Había cosas en ese tormento que él no veía o no comprendía. Y a todo eso llamábale el "sentido trágico de la vida". Clota debía ser una de esas personas — raras seguramente — que llevan la tragedia en su interior, que nacen para sufrir y hacer sufrir a los demás, que viven silenciosamente, ocultamente, un perpetuo drama que las devora, que a los ínfimos hechos los tornan trascendentales y que en el fondo no aman la vida, aunque ellas crean amarla. Como el Laoconte, se debaten entre serpientes que las atormentan sin cesar; pero ellas no intentan matar a esas serpientes ni alejarlas, como si, habituadas al dolor moral, al sufrimiento indefinible, aceptasen con un cierto placer malsano su vida. Víctor aconsejaba a Clota no pensar demasiado, no exaltarse, no ver en lo cotidiano lo trágico. Eso llevaba al sufrimiento. Por su arte mismo, por los trabajos de Víctor, por la felicidad de los dos y por la perduración de su sentimiento, ellos debían amarse con serenidad, con entusiasmo pero sin fiebre, con hondura

pero sin inquietud. ¡Afuera las inquietudes cuando llega la belleza del amor! No más descontento, ni luchas interiores. Cuando se ama la vida, ella debe parecernos luminosa y bella.

Escribió Víctor su carta con pasión. ¿No eran acaso aquellas sus ideas? ¿No amaba él la vida sobre todas las cosas? ¿Y no era ese espíritu trágico de Clota un enemigo de la Vida? Todo eso era verdad, pero su ardiente entusiasmo había surgido porque se trataba de convencer a Clota, porque se trataba de la suerte de su amor que nacía. Y el caso curioso — ¿curioso? no, pues se repetía diariamente en millones de seres humanos — era que sus propias frases le hacían enamorar más de Clota, que aquel excitarse, un poco nervioso, rebotaba sobre su corazón — que corría al galope — y lo llenaba de Clota, y exaltaba e ilusionaba a su alma.

Después de escribir su carta, quedó en el éxtasis de una dulce felicidad. La mandó con un mensajero, al cual dió orden de no esperar respuesta, temiendo que Clota le contestase en seguida, sin haberla leído bien, sin haber recibido la influencia de sus palabras, admirables y eficaces, según él las creía.

En este estado de ánimo, que perduró toda la tarde, toda la noche y todo el día siguiente hasta la hora de la cita, llegó al Parque Lezama. ¿Qué luz milagrosa doraba el parque? Y esas músicas divinas, ¿quién las tocaba? ¡Oh Belleza del mundo! El amor te exalta, te agranda, si no es que él mismo te crea.

En un banco, en un rincón alegre del jardín, Clota esperaba. Ya no era la mujer triste y dolorida. Ahora sonreía todo su ser. Vestida de un traje vaporoso y claro, descotada, con su piel fresca y morena, ágil, espontánea, graciosa, Víctor la halló encantadora. Parecía una imagen de la Primavera. Debía sentirse feliz, como quien ha encontrado su camino. Como quien ya no duda.

Riendo con franqueza y coquetería, con un suspiro contenido, un tanto como quien hace una pequeña picardía y ríe con su cómplice, le estiró el brazo, sin moverse de su

postura soñadora. Víctor le besó galantemente la mano y sentóse junto a ella.

—¡Qué hermoso día! — exclamó Víctor, diciendo con estas palabras un montón de cosas.

—Muy hermoso, muy hermoso — reía ella, picarescamente.

—¿Está contenta? — preguntó Víctor, tomándole la mano.

—Estoy contenta, estoy contenta — repuso ella, trocando su reír de hacía un instante por una sonrisa de ensueño y de felicidad.

Hablaron de trivialidades. Callaron. Volvieron a hablar. Era aquello tan dulce, tan infinito de deliciosa voluptuosidad, que Víctor no deseaba entrar en el tema que les llevaba a la cita y que estaba presente en las menores palabras y sonrisas, en la belleza de la tarde rubia, y en la paz de pureza que les envolvía. Pero era necesario hablar. La tarde avanzaba. Víctor le preguntó si recibió la carta y si estaba conforme. Ella declaró que estaba conforme: con todo, con todo. El entonces habló una vez más de que era necesario amarse sin espíritu trágico.

—Tiene que calmarse — decíale a Clota, acariciando su mano. — ¿Por qué afligirse y atormentarse por lo que nos sucede? Hay que conquistar la serenidad, dominando los nervios, sujetando la imaginación. ¡Qué cabecita, qué cabecita!

Declaróse fatalista, y por eso creía que era inútil luchar contra lo irremediable. Predicóle la adaptación a la vida, utilizándola, sacando bienes de los males y las inquietudes que nos traía. Y luego, con gran protesta de la soñadora e idealista Clota, le dijo que todas sus excesivas preocupaciones, sus tormentos, su tendencia a sentirlo todo en tono de tragedia, debía tener su origen en los nervios y le recomendó un remedio.

—No, remedios no — protestaba ella, románticamente.

Clota expuso a Víctor la única duda que aun le quedaba: su situación de casado. Ella no querría, por nada del mundo, quitarle el cariño a otra mujer. El no era li-

bre, no podía amarla como ella quisiera. Víctor, entonces, le explicó su situación. Detalló la vida monótona de su hogar, la incomprensión de su mujer, la falta absoluta de amor entre ambos. Aunque vivían en la misma casa, estaban separados. Apenas se veían. Ni siquiera existía el vínculo de los hijos. Él era libre, pues. Clota, amándole, no quitaba un amor a nadie, puesto que ese amor no existía. ¿Y era posible que Clota, una mujer libre, reconociese y acatase la unión que perduraba ficticiamente, sin existencia real, sólo porque así lo querían la Iglesia y la ley?

—¿Vacila todavía? — preguntó Víctor, al verla que miraba extática las copas de los árboles, en las que saltaba cantando un pajarito.

—No, ya no vacilo.

Y le ofreció su mano. Por primera vez ella oprimió y acarició la mano de Víctor. Al mismo tiempo le presentó sus ojos. ¡Cómo sonreían de dicha aquellos ojos! No había en ellos sombra de melancolía, ni de temor de pecado, ni de futuro arrepentimiento. Había en ellos claridad, alegría, sonrisa, confianza ilimitada en el amor, ansias de dulzura, de mucha dulzura, de una infinitamente inacabable dulzura...

Y durante un rato hablaron nuevamente de cosas triviales. Parecía que no se atreviesen a comentar su amor naciente. Cada uno soñaba demasiado en ese momento y era inmensamente feliz. ¿Cómo hablar entonces de aquello, en el jardín por donde pasaban algunas personas, bajo las miradas curiosas del guardián que no les quitaba los ojos? ¡Demasiado contentos para hablar de eso tan grave que es el amor! Decían trivialidades los labios, pero los ojos, las manos, las sonrisas hablaban de felicidad. Los instantes como éste son los más bellos del amor, porque todo el ser espera y todavía los sentidos no han entrado a actuar. Los hombres, más por vanidad de posesión que por otra causa, abrevian estos instantes, aun sabiendo que todo acto de amor físico acelera el fin de la ilusión. Los sentidos son el mayor enemigo de la felicidad de amar.

Al despedirse, próximos a la puerta del Parque, Víctor creyó ver una tía de su mujer, que se hallaba de paseo en Buenos Aires. Le declaró a Clota el temor de que le hubiese reconocido. Su despedida no pudo ser afectuosa ni decisiva como él la soñó, sino fría, para que su parienta imaginase que Clota era sólo una conocida con quien él se encontró allí por casualidad. Víctor sintió en este momento que no era libre. Turbóse algo. Clota advirtió su turbación, y una pequeña nube — ¿de tristeza? ¿de desilusión? — atenuó el contento de su rostro.

*

* *

A la mañana del día siguiente, Víctor la citó para el atardecer, en una plaza. Clota contestóle que iría. Víctor no vivió sino en Clota hasta que llegó la hora. No pudo leer diarios, no pudo seguir una conversación, no pudo almorzar. ¡Clota, Clota! ¡Cómo la quería ya! ¿Podría besarla aquella tarde? ¿Llegaría a hacerla suya enteramente? ¡Clota, Clota! Sólo ella existía en el mundo. Víctor temió enfermarse antes de la cita, temió morirse, miraba el cielo sin cesar en la sospecha de que estallara una tormenta y ella faltase. Era un día ardiente, muy nublado, de insoportable humedad. Nubes pesadas, bajas, hinchadas, iban por el cielo como bloques fantásticos. Cuando faltaba media hora, Víctor buscó un auto con cortinillas y fué a la plaza en él. Clota no estaba y el cielo habíase puesto trágico. Dió algunas vueltas, buscándola ávidamente. Un viento huracanado y frío irrumpió de pronto. La gente corría y se refugiaba en las puertas. La polvareda apenas dejaba ver. Víctor, nervioso, lúgubre, iba a marcharse, cuando vió aparecer a Clota. Su silueta pequeña, ágil, toda frescura, parecía destinada para que el viento

se la llevase. Víctor corrió hacia ella y la hizo subir al carruaje. Comenzaba a llover.

Mientras el auto marchaba, Víctor concluía de bajar las cortinillas. Y en seguida, en silencio, tomó las manos de Clota y, poniendo un brazo detrás de los hombros de su amiga, la atrajo suavemente. Ella le dejó hacer, y vencida como por un dulce cansancio levantó la cabeza y le ofreció sus labios. Fué uno de esos besos que equivalen a la entrega o la posesión absolutas.

Después de esto era casi innecesario hablar. Pero hablaron, dijeron cómo se querían, cómo iban a quererse. Mientras tanto, llovía furiosamente. Era un vendabal violento. El automóvil recorría calles y calles, y a veces, en alguna esquina, el agua, que formaba un verdadero lago, no le dejó pasar, obligándole a volverse. El viento sacudía los vidrios del carruaje, la lluvia golpeaba en ellos. Nadie en las calles. El mundo habíase convertido en un mar inmenso, sobre el cual caía el diluvio de todas las aguas de los cielos.

Víctor advirtió en Clota una creciente tristeza. La supuso fatigada. Atribuyó su melancolía a aquella entrega de su alma y de su persona. Y como anduvieran casi dos horas besándose y soñando, la condujo a su casa. Y él se fué a la suya, feliz de aquel amor de Clota.

Pero poco duró su dicha. A la mañana, muy temprano, recibió una carta de su amiga. Víctor la abrió con inquietud. Comenzaba así: "Víctor: ¡Dos horas hace ya! Y todo está fijo en mi corazón para no borrarse nunca. ¡Ah, qué extraña es la vida, qué incoherente y movediza! Hoy, esta tarde, he terminado de comprender: no será, no puede ser, no debe ser." Víctor era el que no comprendía. Había quedado estupefacto, tratando de adivinar. Desesperado, conociendo la firmeza de Clota, lo daba todo por perdido. Y con un temblor en las manos, continuó la lectura: "Corto violentamente mi sueño y me voy otra vez al páramo en que vivía. Ese ideal no era para mí. ¡Estaba escrito!" Víctor seguía sin comprender, cada vez más afligido. Pero en seguida Clota decíale cómo la odisea de aquella tarde le había hecho ver que ella estaba al margen

de todas las cosas. "¡Voy a sobreponerme a mi destino!" exclamaba en un angustioso grito del corazón. "No quiero andar, nunca más, ocultándome en las sombras como el ladrón. Desde hoy voy a reclamarle a la Vida toda su luz, que es bella y sana. Basta, basta de oscuridad." Ahora Víctor creía comprender. Aquella ocultación, aquellas cortinillas bajadas, aquel no poder amarse libremente habían desilusionado, humillado, entristecido a Clota. Tal vez ella misma se juzgó mal por amar a un hombre que no era libre. Seguía diciendo la carta que conservaría de Víctor el más dulce recuerdo de aquellos años. Aseguraba que la delicadeza de Víctor, la finura de sus sentimientos le llevaron hacia él. Pero Víctor era como todos, un ser que no podía sustraerse a su realidad. Quizás mañana él le agradecería esta firmeza. Ahora estaba en tiempo, y mañana no lo estaría. Y Víctor, conmovido, trémulo, con mil argumentos en contra de Clota, ansiando ya haberla convencido, acabó de leer la carta, cuyas últimas frases desgarradoras decían así: "Andaré, pues, con el corazón vacío por la gran ciudad, como desde hace muchos años ando. Trabajaré, cuidaré a los hijitos de mi hermana, lloraré mi soledad espiritual calladamente. Voy a cerrar esta puerta de oro, donde un viento perverso me detuvo, con todos los cerrojos de mi voluntad. No continuemos. ¡Por piedad!"

Un conocedor de las mujeres habríase desconcertado ante esta carta. Para equivocarse juzgando a la humanidad no hay cosa mejor que conocer demasiado a la humanidad. Los que saben de todas las miserias están dispuestos a ver miserias en todas partes. Y los que saben a las mujeres poco sinceras están dispuestos a ver sólo falsedades en ellas. El tipo clásico de la mujer en la literatura es el de aquella que oculta sus verdaderas razones, mediante hábiles mentiras, pequeños fraudes y disimulaciones. Es probable que en Europa, el exceso de civilización y de vida social haya hecho así a las mujeres. En nuestro país son innumerables las mujeres sinceras, las que, como Clota, dicen y aun escriben las verdaderas razones de sus actos. Pero

Víctor, habituado a ese concepto demasiado general sobre las mujeres, vió razones escondidas en la carta de Clota. Comenzó por suponerle un amante. Se dijo a sí mismo que una mujer que no ha besado a un hombre no podía dar el beso que Clota le diera a él; y recordó la facilidad con que su amiga se dejó tomar y acariciar las manos. Sin duda, Clota se hallaba con su problemático amante en una de esas situaciones que preceden a las rupturas, y tal vez el sujeto vió a ella y a Víctor en el Parque Lezama o se enteró indirectamente de la nueva relación de su amiga. Como todos aquellos que a su pesar, pues quisieran ocultarse en absoluto, comienzan a exhibirse con una mujer, Víctor imaginó que, aquella aquella tarde, toda la gente que andaba por el Parque le conocía y le observaba. Esta idea de un amante de Clota le obsesionó al principio, pero después fué reemplazada por la idea de un novio. También pensó que el novio o el amante nada supieron, sino que todo consistió en remordimientos de Clota. Y recordaba aquellas palabras "no puede ser" que la muchacha repetía, tercamente. ¿Por qué no podría ser? ¿Porque él era casado? Sin embargo, ella sólo habló de este punto en el último instante, cuando parecía tarde para tratarlo. Víctor no comprendía que estaba de por medio el pudor y la delicadeza de la muchacha. Nada debía ser tan difícil para Clota como el hablar con Víctor de su situación de casado. Porque tal conversación significaba no sólo el reconocer una situación dolorosa para ella y exponerse a que él la estimara menos, sino también la declaración de un amor profundo y audaz, por el cual ella aceptaría la irregularidad, una situación secundaria y el riesgo de la desestima y la sanción social, cuando no de la tragedia. Claro era que todo esto existía y que Víctor no podía ignorar el conflicto moral de Clota; pero el pudor retenía las palabras de la muchacha. El pudor permitirá o no, según su intensidad, el hacer o no las cosas, pero siempre impedirá o dificultará el revelarlas, exhibiendo la intimidad moral o física; así como impedirá o dificultará el dejar ver, al hacerlas, que se tiene plena conciencia de estar hacién-

dolas; e impedirá o dificultará también el hablar de ellas, antes o después de haberlas hecho. Ninguna mujer, al principio de una relación, gusta revelar que ama demasiado. Víctor, incapaz de comprender la delicadeza de Clota y su sinceridad, imaginó el novio o el amante celoso, o el remordimiento, o el temor a la vigilancia de la hermana. El no dudaba de que ella le amase, como no dudaba de que creyese en el amor de él. Y sin embargo, en el fondo del espíritu de Clota, lo esencial era esta duda respecto al amor de Víctor. Aunque confusamente, por no tener experiencia de los hombres, Clota veía, en aquellas ocultaciones de Víctor, que él no la amaba con un gran amor. Y respecto a la sinceridad de Clota, Víctor tampoco podía comprender que esas ocultaciones repugnasen a la muchacha. Las argentinas actuales, mejor dicho, las porteñas, son de una sinceridad verdaderamente heroica. Al contrario de aquellas mujeres que nos pinta la literatura novelesca y que conceden hoy un favor para negarlo mañana y así van lentamente dejándose convencer para entregarse al cabo de meses de asedio, estas porteñas, sean solteras o casadas, vírgenes o no, apenas están ciertas de que aman a un hombre no suelen vacilar en aceptarlo y aun en entregársele. Consideran que esto es un deber de sinceridad, tanto para con el hombre que aman como para con ellas mismas. Pero los hombres, que tienen más prejuicios que las mujeres, no comprenden esta sinceridad, y en lugar de ella ven sensualismo o vicio o experiencia en el amor. En Víctor, que creía en la sinceridad de su amiga, la sospecha de un novio o de un amante, no duró mucho. Pero la breve aceptación de su parte bastó para que una sombra de desconfianza quedase en su espíritu.

Contestóle en una larga carta. Sus argumentos se atropellaban, se mezclaban, saltaban febrilmente de una línea a otra. Demostrábale cómo los grandes amores, los verdaderos amores, debieron siempre ocultarse entre las sombras como el ladrón. Los amores mediocres, oficiales, aquellos que sanciona la ley y el sacerdote no tienen por qué ocultarse. Pero el amor de Paolo y Francesca, el de

Mariana Alcoforado y el capitán de Chamilly, ¿podrían exhibirse a la luz? Además, ¿no está en la esencia del amor el ser íntimo, el esconderse del mundo? Víctor escribió que no era por ella que se habían ocultado, sino por él. Ella era libre, pero él no. Ella entonces debía aceptar por él el sacrificio de andar entre las sombras, si es que eso era un sacrificio. Por otra parte, Clota también necesitaba ocultarse. Y no sólo por huir de la malevolencia social, sino para no ser molestada por la estupidez de los hombres y aun para ser libre en su arte. Víctor insistía en que a la Vida la encontraría en el amor, en su amor, no en la luz de las calles. Cantaba un himno al amor. Amar era la gran belleza del mundo, aun cuando el amor trajese sufrimiento. ¿Y cómo despreciar el amor cuando pasaba a nuestro lado, cuando estaba ya en nosotros? ¿Y por cuestión de un detalle que no afectaba al amor en sí? Víctor fué en aquella carta de una magnífica elocuencia. La escribió exaltadamente, con una espontánea sinceridad. Hasta llenáronse de lágrimas sus ojos cuando escribía las palabras finales. ¡Clota, Clota! ¿Iba a abandonarle? ¿Por qué tomar así las cosas de la vida, con tan extraño espíritu trágico? Naturalmente, Víctor nada reveló de sus pasajeros temores en esta carta. Clota se hubiera apartado de él definitivamente, al saber que la juzgaba poco sincera. Pero decidió observarla, preguntarle si alguna vez amó a otro. Esto en el caso, nada seguro para él, que ella le contestase. Víctor temía más al silencio que a una respuesta adversa.

La respuesta de Clota fueron dos palabras, aceptando la cita que Víctor le proponía. Toda la vida de Víctor quedó como suspensa, como si dependiese del acontecimiento. Y llegó la hora. Y pasó la hora... Clota no venía, Clota no vino. Víctor estuvo un siglo en la esquina donde debían encontrarse. No comprendía aquello. Conocía la lealtad de Clota, su seriedad. Sabíala incapaz de engañarle. Mientras esperaba, el movimiento de la calle dejábale indiferente. Apenas veía ni oía. Sólo tenía ojos para Clota, que ya bajaba de un tranvía, ya de un coche, ya cruzaba la calle para venir hacia él. Pero Clota no ve-

nía, Clota no vino. Víctor, desesperado, tan pronto imaginaba que alguna nueva inquietud interior se lo había prohibido, como volvía a sus primeras suposiciones. Veíala faltando a la cita, por piedad hacia el novio o hacia el amante. Y cuando dábase a pensar en lo extraña que era Clota — era extraña por exceso de sinceridad—, y en que, estando el amor de por medio no tenía escrúpulos morales, se preguntaba si su inquietud, su tremenda inquietud, no sería una forma de escrúpulo. Y decía para sí: "Siendo Clota una mujer toda sensación, toda impulso, impresionable hasta la anormalidad y por las causas más pequeñas y sutiles, ¿podrá durar este amor?"

Aquella noche Víctor debía partir para Córdoba. Su suegra habíase agravado y su mujer llamábale telegráficamente. Imposible postergar el viaje. Al anochecer tomó un auto y fué a casa de Clota. No estaba. Había salido temprano, y no regresaría hasta la noche. Casábase una amiga y había fiesta en la casa. Víctor dejóle cuatro líneas desesperadas, y a la noche se fué de Buenos Aires.

*
* *

Pocos días después, allá en Córdoba, Víctor recibió carta. Fué a buscarla él mismo, a la Poste Restante. Al recibirla sus manos temblaron ligeramente. Rompió el sobre con nerviosa violencia; en plena calle leyó algunas líneas que le trastornaron.

Ansioso hasta la exasperación por leer la carta, temiendo algo, sintiendo una mezcla de inquietud y de felicidad, entróse en un café próximo. Decíale Clota, en el acento doloroso que le era habitual, que había equivocado el lugar de la cita. Había pensado mil cosas tristes. Fué nada más que a decirle que aquella tarde no podía ser; pero no le hubiera dejado sin respuesta y en una angustia que

siempre desearía evitarle. Cuando llegó a su casa y vió las líneas de Víctor, comprendió que había ido a otro lugar. "¡Estaba escrito!". Ella bendecía el extraño error que la había puesto a prueba, revelándole su corazón. El día antes, aunque apasionado, estaba inquieto. Ahora desbordaba de Víctor. Y de tristeza también. Y de desolación también...

Víctor se interrumpió, pensativo. Su contento al recibir la carta, al saberse amado, al ver que sus dudas concluían, trocábase ahora en emoción dolorida. Contagióse de la tristeza de su amada, sin comprenderla. ¿Sólo porque amaba, sufría Clota de desolación? El amor ¿no anunciaba felicidades y alegrías? Veíala de nuevo luchando entre dos sentimientos: Amor hacia él y piedad hacia otro hombre. Pero luego rechazaba esta suposición y volvía a explicárselo todo por un sentimiento trágico de la vida y del amor.

Toda la carta era una honda elegía. Víctor, triste y apenado, compadecido de esa criatura quizás en exceso imaginativa, siguió leyendo. Aquí hablaba Clota de cuánto hacíale sufrir la sutileza de su sensibilidad y de su espíritu; era tanto, que él no lo comprendería jamás. Allí, como temerosa y temblante, rogábale toda su confianza. En cierta parte, que hizo estremecer a Víctor, decía poseer, para su desgracia, una penetración aguda de los pensamientos; y agregaba que, desenredando en el hilo de sus conversaciones, había encontrado motivos de pequeñas penas de las que no imaginó hasta hoy que doliesen tan terriblemente.

Pero el comienzo de tristeza y temor que asaltó a Víctor ante la tragedia interior de Clota, no debía durar. Pensó que aquel sufrimiento era por él y que todas las angustias de Clota evidenciaban su amor hacia él. Y entonces se llenó de amor y de vanidad, y su dicha exaltóse en un ardiente entusiasmo. Ahora hasta sonrió de felicidad al leer una frase en que ella, dándole tratamiento de usted, mimosamente, como a un niño, decíale que deseaba saber si él sufría un poco, solamente un poco, de la melancolía que a ella invadíala. Fué un placer volup-

tuoso el leer ciertas frases en que el amor mezclábase con el sufrimiento. Y lo mismo que cuando, en esas horas trágicas en que se va formando una tormenta, cae de pronto una mansa y confortadora lluvia, así envolvieron el espíritu de Víctor estas palabras: "Mirémonos hasta el fondo del alma, para encontrar, en la comunión de nuestros seres, la serenidad y la paz".

Víctor, concluída la lectura, apretó de pronto el pliego contra sus labios trémulos.

A esta carta siguieron otras, todas emocionadas y exaltadas.

Víctor hablaba de cómo las noches de Córdoba hacíanle pensar en Clota; de sus horas de soñares, del ansia enorme de verla y de besarla. Ella — en el lenguaje incorrecto y vacilante de quien nunca ha escrito, pero que tiene sentimiento de artista — asegurábale que el mundo estaba nuevo, que estaban nuevas las cosas y que el cielo era otro. ¿Cómo hasta ese día se ignoraron los dos? ¡Oh, Clota amaba de veras! Tenía ella necesidad del amor de Víctor, tenía necesidad de un grande amor. Víctor leía y releía estas palabras promisoras: "sólo quiero ser un corazón". Jamás soñó él en un amor tan bello. Clota agregaba que era feliz al abandonarse así y que hallábase como el prisionero que, después de muchos años, contempla el cielo azul. Solamente tenía una duda: ¿lograría ser dueña de toda el alma del que amaba? Creíale blando de corazón, y temía que, siendo él como los pájaros viajeros, demorase poco tiempo en su pequeño nido.

En otra carta, Clota decíale que quisiera encerrar en su corazón aquello que nadie hubiera poseído de él. Y preguntábale si no había en su alma algún rincón adonde él mismo no se atreviera a mirar. Víctor, como todo ser humano, tenía ese rinconcito. ¿Se daría todo entero a Clota? ¡Cómo cuesta entregar a otro ser humano, por más que le amemos y él nos ame, el fondo de nuestra alma, la esencia de nuestro "yo"! Clota tenía razón. Amar es renunciar a la reserva, a la intimidad egoísta. Amar es vivir en el ser amado.

Víctor, menos lírico e imaginativo que Clota, hablaba

sin inquietud. Un amor de emoción y de ternura. A Clota agradóle que la amaran así. "Mi espíritu se ha elevado hasta Dios", contestó al tener la certidumbre de ser amada. Concretó su estado de conciencia diciendo que imaginábase, bajo la voluntad masculina, sin propia voluntad... Y para que no faltase la nota de inquietud trágica, aseguróle que, no obstante estar resuelta a todo, su ser entero parecía temblar inexplicablemente. "Protege a mi corazón triste. No lo abandones nunca. Podría morirse de dolor o de desengaño."

Dos semanas vivió Víctor en el ambiente fantástico y poético de sus cartas de amor. No existía para él la realidad circundante. La Córdoba del espíritu estático habíase trocado en mágica Verona. Durante los dos primeros días, mientras no llegó carta de Clota, Víctor anduvo inquieto, lúgubre, por la casa de la enferma. Asunción, atribuyendo aquello a preocupación por su madre, agradecíaselo al marido desde el fondo del alma. Luego llegaron las cartas. Víctor cambió de semblante. Mejoró la enferma. El, el hombre de acción, era ahora un contemplativo. Innumerables y graves señores, creyéndole germanófilo a causa de su discurso sobre la neutralidad, iban a visitarle. Todos católicos intransigentes, declaraban con deleite que, a juicio de ellos, el Kaiser habíase convertido secretamente. Víctor les atendía como si oyera llover. Algunas veces, para ahuyentarles, hablaba horrores de los alemanes.

Al fin, desesperado por ver a Clota, obsesionado por besos y caricias, medio sonámbulo de ilusiones y de poesía, volvió a Buenos Aires.

*
* *

La tarde era sofocante, una de esas horribles tardes húmedas de la gran ciudad.

Víctor tenía escaso conocimiento de las mujeres, y, creyendo que el amor lo embellecía todo, llevó a Clota a uno de esos hoteles con entrada para carruajes. Había llegado él a la una, en el rápido del Rosario, y la cita era para las cuatro. Hubiera alquilado una casa, un departamento amueblado. Pero, ¿cómo buscarlo en dos o tres horas? Además, él razonó: "Lo esencial es vernos hoy mismo. Estoy enfermo del ansia de besarla, de hacerla mía. Ella ansiará con igual locura mis caricias y mi posesión. ¿Qué importa entonces el lugar? Por una vez, sólo por una vez. Y estaremos tan absorbidos en nuestra gloria que sólo pensaremos en nosotros mismos y en nuestro placer." Así razonó Víctor, y se equivocó. Y es que razonó como hombre y no tuvo en cuenta la exagerada y sutil delicadeza de la sensibilidad femenina. El hombre, cuando está su deseo de por medio, no vé nada; su inteligencia y su sensibilidad se nublan por completo. La mujer, aunque los hombres crean lo contrario, conserva siempre alerta su sensibilidad, aun en los instantes que preceden más de cerca a la unión.

Allí, pues, en aquel lugar para todos, sitiados por ruidos de carruajes, se amaron. Víctor advirtió la mala impresión que el lugar hizo a Clota. Observó cómo cada ruido repercutía exageradamente en la sensibilidad de su amiga. Y sin embargo, ella se entregó al amor en un olvido completo de lo exterior. Clota amábale trágicamente. Apenas hablaba. Su rostro expresaba angustia, dolor, tormento. Adoptaba actitudes de abandono, como quien se echa a muerto, como quien ya no puede luchar. Casi no abría los ojos. Se dijera que no quería, que no podía mirar el sitio en que se hallaba. Había allí demasiada luz, y no era posible hacer oscuridad. En sus besos y sus caricias había algo de fatal, de doloroso. Era un amor de sufrimiento.

En cambio él estaba casi indiferente, casi frío. ¿Por qué le ocurría esto, habiendo soñado tantas horas en aquella cita? ¿Por qué esta indiferencia, cuando anheló con toda su alma, obsesionadamente, el unirse a ella? En más de una ocasión deseó que terminara aquella entre-

vista. Hacía lo humananamente posible por vibrar al unísono con Clota. Trataba de inocularse entusiasmo, exaltación, ternura. Y nada conseguía. Su espectador seguíale en cada uno de los actos que realizaba para interesarse, y le decía: "Es inútil; no quieres a esta mujer, te has engañado, todo ha sido imaginación. Has confundido con el amor tu ansia de amar. O mejor dicho: tú deseabas una querida, has supuesto que Clota solamente lo sería habiendo amor de por medio, y te has atiborrado de ensueños, de sensaciones y de imágenes amatorias a fin de encajar el amor dentro de tí para luego enamorarla a ella".

Pero él contestaba a su espectador que eso no era verdad. Lo que había era que el sofocante calor y el cansancio del viaje le habían anestesiado su sensibilidad. Su espectador sonreía irónicamente como diciendo: "¡Pobre hombre! No quieres confesarte tu desilusión. Y por no confesarla estás fingiendo, engañando como un hipócrita. Ya sé que no sería caballeresco ni piadoso el hacer otra cosa. Ella misma te agradece que finjas. Continúa, pues, con tu comedia, que, en definitiva, no es sino la comedia diaria del amor".

Cuando vió que no lograría la más mínima exaltación amorosa, ni aun sugestionándose, quiso observarse a sí mismo y a Clota. Pero tan fastidiado estaba consigo que tampoco eso podía hacer. Sin embargo, en medio de todo, percibió que Clota sufría. ¡Si pudiese sufrir él también! Pero ni eso; estaba insensible moralmente, obsesionado por el calor, por los ruidos, por la luz, por su indiferencia, hasta por una mosca que le molestaba.

Se preguntó si ella habría advertido su deplorable estado de ánimo. Pensaba que no, tan poseída por su amor la veía, tan entregada en alma y cuerpo a aquel momento que iba viviendo con una enorme intensidad, como si nada existiese antes, como si nada existiera después. Víctor, al verla así, en pleno delirio, juzgóse a sí mismo como incapaz de amar, se tuvo lástima y se despreció; y aun deseó no haber llegado con Clota hasta ese instante.

A medida que transcurría el tiempo, el fastidio de Víctor trocábase en resignación. Acabó por renunciar a todo

fingimiento. Y entonces intentó el diálogo. Ella, impresionada, destrozada moralmente, apenas pronunciaba una que otra frase. La conversación, aunque fragmentaria, despejó algo a Víctor. Y entonces recordó algunos gestos de Clota, y no estuvo lejos de sospechar que también hubiera tenido ella un poco de artificio, de exaltación ayudada.

Por fin, después de tres horas, molestas para Víctor, decidieron irse. Y entonces él, sintiéndose libre de su papel de amante, se tornó amable, decidor, cariñoso. Insistió sobre el horrendo día que les tocara en suerte, sobre la influencia que sobre su espíritu y su sensibilidad ejercían las pequeñas cosas. Bromeó y aun pudo reir de sus historietas. Clota no contestaba a sus palabras. La expresión trágica había desaparecido de su rostro, y ahora parecía un poco triste. Hablaba escasamente, como si meditase, o, mejor dicho, como si quisiera meditar y algo se lo impidiese. Víctor creía haberle hecho mala impresión e intentaba hacerla olvidar. Cuando vió que era todo inútil, se preparó para partir, hizo llamar un carruaje, salió con Clota y luego la dejó en una esquina y él siguió en el auto hasta el centro.

*

* *

Pasó un día y ni una línea de Clota. El tampoco le escribió ni trató de verla. Pasó otro día, y lo mismo. Llegó el tercer día... Víctor presentía el fin de aquel amor. Pero no quería pensarlo. Y sin embargo, no pensaba sino en eso: en lo que debió hacer en tal momento y no hizo, en lo que debió decir y no dijo. Temió se le fuese Clota para siempre, y a la vez deseó que aquello concluyera. Tuvo la certeza de que todo iría mal entre ambos, de que cada entrevista sería un gran fracaso sentimental.

Pero, ¿era quizá que no la amaba a Clota? La amaba, sí; por lo menos así él lo creía, aunque su "demonio familiar" le dijese que no. Pero si la amaba, ¿por qué aquella ausencia de emoción y de entusiasmo, como si el hastío le dominase? ¿Sería que Clota, en exceso sincera para consigo misma y para con él, se rindió demasiado pronto, desapareciendo así el interés de la aventura? ¡Ah, era triste que fuese necesario usar de táctica para encender y mantener el amor! He aquí dos seres, él y Clota, que, a juzgar por las cartas, se amaban con pasión, y sin embargo, al ir a unirse, en la primera cita, parecía que algo se levantaba entre ellos. Era como para creer que todo estaba escrito, como para aceptar aquella Fatalidad en la que tanto creía Clota.

Víctor le escribió. Explicóle que el día antes de la cita estuvo enfermo; hablóle del cansancio del viaje, del calor. Le rogó que no le juzgase por aquella vez. Él la amaba. ¿No estaban ahí sus cartas para probarlo? Deseaba verla, hablar largamente con ella. Pero Víctor no le decía la verdad. Quería desear verla, pero ni su alma ni sus sentidos lo exigían imperiosamente. ¿Y qué le iba a decir? Él experimentaba una cierta vergüenza al pensar que tan pronto pudiera encontrarse frente a ella.

Clota contestóle extensamente. Era una carta dolorosa, penetrada de sufrimiento, de la desilusión de la vida, de fatalismo. Había sufrido infinitamente. ¿Las causas? Entre otras, que, en cierta ocasión, Víctor había recordado que a las siete debía estar en tal parte. Víctor respiró al leer esto, como si le retirasen una acusación. ¡Clota no había advertido su estado de ánimo, su indiferencia, su insensibilidad incomprensible, su estupidez espiritual! Pensó que ahora, libre de ese peso, podría reanudar la aventura. "Me persigue también la visión de una esquina, un coche, la luz de la calle... Es horrible todo esto. Hasta el momento que te oí decir: tengo que estar a las siete en tal parte o, mejor dicho, hasta después que te dejé, nada se había modificado en mi espíritu, pero cuando tomé el tranvía tuve la sensación de que todas aquellas gentes sabían dónde estuve; de que todas aquellas gentes sabían

que me dijeron: a las tres en tal parte; y que todas aquellas gentes pensaron: a las siete estará libre."

Víctor alegróse de estas palabras. No era él, entonces, lo que había desilusionado a Clota. Era su propio temperamento atormentado lo que la conducía al desengaño. Porque, para una mujer libre, sin prejuicios y más allá de la moral — así la creía él — ¿qué podía importarle que la gente adivinara de donde venía aquella tarde? Víctor no comprendía que aquellas ocultaciones significaban precisamente la imposibilidad de colocarse sobre los prejuicios, y que semejante comprobación, y el hecho de tener que esconderse para evitar la acción de los prejuicios, humillaba a Clota. Sin contar con que el exceso de ocultaciones y temores de ser visto, demostraba falta de verdadero amor en Víctor. Dentro de la orgánica cobardía de los hombres en asuntos de amor — los hombres son cobardes porque, guiándose por la razón, ven las realidades y presienten las sanciones sociales, mientras las mujeres, que se guían por el sentimiento, déjanse llevar por él y no perciben sino el instante — puede afirmarse que el que se oculta demasiado cuando va con su amante es porque no la quiere de veras. Quien ama verdaderamente olvida un poco sus temores y hasta encuentra un placer en el peligro.

Además, Víctor equivocábase gravemente al imaginar a Clota sin prejuicios, más allá de la moral. Clota era una provinciana y, no obstante su espíritu modernísimo, su audacia, su inquietud y todo lo que podía caracterizarla como un prototipo de mujer de estos tiempos, sentíase en el fondo atada a las preocupaciones de la moral provinciana. Ella era libre en su arte, libre hasta la anarquía, pues no aceptaba otra ley que su propia personalidad, salvo, aunque sin reconocerlo, la de Anglada Camarasa, de quien había recibido la lejana influencia; pero esa libertad no trascendía a su vida. Los hombres, en principio, creen liberadas, como suele decirse, a las mujeres intelectuales; y se equivocan muy amenudo, pésimos psicólogos como generalmente lo son. Una prueba de la escasa libertad interior de Clota, fueron sus sentimientos respecto

a su hermana, durante el momento de entregarse a Víctor y las horas que siguieron. Claro que de esto ella nada decíale en su carta; lo ocultaba considerándolo un sentimiento vulgar, indigno — pensaba ella — de una artista de talento. Pero era lo cierto que sufrió intensamente acordándose de su hermana, a la que creía estar traicionando, a ella, que fué como su madre cuando allá en Córdoba tuvieron las dos huérfanas que luchar contra la miseria, a ella, tan luego, a cuya abnegación debiera el haber podido realizar sus estudios en la Academia. Y no sólo pensó en su buena hermana, sino también en sus sobrinitos, en aquellos ángeles a los que ya no sabría besar sin vergüenza de sí misma. Pero estas preocupaciones tan naturales, aun en las mujeres más independizadas, no impedíanle su audacia espiritual. Le dió a Víctor su virginidad sin haber amado antes a ningún hombre, sin haber sido besada, salvo una vez en que un festejante, que comenzaba a ser favorecido, intentó hacerlo en la oscuridad de un cine, disgustándola a ella profundamente.

Interrumpió Víctor la lectura de la carta para preguntarse por qué misterio la linda criollita que se le había entregado y que ahora le abandonaba, parecía, no obstante sus cuatro abuelos argentinos, su carita morena y su apellido probablemente moro, escapada de una novela de Dostoiewsky y hermana espiritual de las extrañas heroínas de Romain Rolland. Víctor, que pasó diez años en su provincia, ignoraba que Clota era muy porteña y muy moderna, que como ella soñaban y se desilusionaban incesantemente en Buenos Aires infinidad de muchachas, de las cuales Clota sólo era uno de los prototipos más representativos y perfectos, pues reunía todas las características de su modalidad: la inquietud, el ansia de vivir, el horror del hastío, el anhelo del amor y la desesperanza de encontrarlo, el ensueño perenne, la inconstancia de sus sentimientos, el escepticismo de la vida y de los hombres. Millares de muchachas como Clota, eran, lo mismo que ella, las amantes de un día, de un sólo día de desilusión tremenda y perturbadora; las que, aceptando todas las caricias, no llegan a entregarse porque su misma inquietud

y nerviosidad las defiende; las rebeldes, en su interior, contra convenciones sociales que sin embargo acatan; las que van al amor por imaginación o buscando llenar con algo el vacío de sus vidas y sus almas o por desesperación trágica.

¡Pobre Clota! Su desilusión debía ser infinita, su sufrimiento muy grande, para que hubiera escrito: "Tengo mucha vergüenza de mí misma. No de haberme entregado. Tengo vergüenza de haberte ido a buscar a una esquina y de que me hayas dejado en otra. Esto me ha hecho volver a la realidad. Pero sobre todo he sufrido de desilusión al saber que no me quieres." Afirmaba estar cierta de que Víctor no la amaba en realidad. Todo fué sueño, todo fué imaginación. Si él la hubiera amado de veras, jamás hubiera adquirido un compromiso para aquella tarde de amor, que debió ser para ella, toda entera para la mujer que, amándole, le entregaba su único bien. "Todo sueño, todo imaginación", repetía implacablemente.

Víctor leyó después su psicología. ¡Ah, Clota le había conocido! Y en un aspecto de sí mismo que él ignoraba. Clota afirmaba conocerle ahora profundamente. Tenía la sensación de que Víctor viviría siempre entre un error y un arrepentimiento. Tenía la sensación de que soñaba y de que, sin quererlo, cuando iba a realizar su sueño, lo empobrecía contra su voluntad. Le creía generoso en sus sentimientos, en sus intenciones, en todo; pero algo fatal, algo de que él quisiera sin duda librarse, le impedía el vuelo. Tenía la sensación Clota de que Víctor siempre ahorraría el esfuerzo para más adelante. Esto, que era un bello instinto de conservación, le haría quererse a sí mismo sobre todas las cosas, le haría amar con moderada y sana prudencia y mantendríale en el límite preciso. Clota reconocía las virtudes de esta modalidad. Reconocía que eso era útil, sensato y hasta moral. Pero ella no comprendía ese concepto de la vida. Ella no comprendía que siendo capaz de grandes cosas, como lo era Víctor, de tener nobles generosidades y gestos de sincero y hondo sentimiento, se dirigiera uno hacia ellos paso a paso, analizando, discutiendo con uno mismo, venciendo las dificultades

con argumentos, dominando, a fuerza de energía, los hechos de la vida moral. Además, disgustaba a Clota el espíritu reservado de Víctor. Y ella no entendía el amor así, sin la perfecta comunión espiritual. Habría que esperar mucho tiempo, hasta que él perdiese toda desconfianza y entregase por entero su alma. Y ella, exasperada, con su ansiedad de vivir, con su fiebre de ilusiones, ¿cómo había de esperar?

Víctor protestaba en su interior contra algunas palabras de Clota. ¿Le imaginaba calculador? No. El, al contrario, era hombre de impulsos, de entusiasmos. Pero tenía el instinto de la vida. Sabía que era un gravísimo error jugarlo todo a una carta, no pensar en el mañana, no recordar lo pasado. Para juzgar del amor de Clota él no iba a tener en cuenta sólo la última frase que ella pronunciara. Pensaría en todo cuanto le oyó, en los sentimientos que ella reveló. Víctor sabía que el espíritu humano vive de indecisiones, de contradicciones, de elevarse y de descender. ¿Por qué, entonces, juzgar según un momento de indecisión o de descenso, según un momento que, con seguridad, no revela el verdadero fondo del alma, ni los verdaderos sentimientos, ni la verdadera forma del carácter? Como todos los hombres, Víctor analizaba, completaba una observación con otra, coordinaba los detalles, deducía el verdadero sentimiento de entre el follaje de contradicciones, de vacilaciones en que las mujeres muestran y a la vez ocultan lo que tienen en el fondo del alma. Si los hombres no hicieran así, jamás se llegaría al final deseado en asuntos de amor. Si un hombre que ama a una mujer juzgase por una frase — aunque fuera esta frase sincera y revelase ausencia de amor en tal momento — y desistiese por ella de su empresa, no encontraría nunca, procediendo de igual modo en casos análogos, una mujer que le quisiera. Un hombre no puede guiarse por impulsos ni por sensaciones. ¿Qué importaba que él hubiese dicho que a las siete debía estar en tal parte, si en realidad amaba a Clota? Pero ella no tenía el mismo concepto del amor y prefería terminar con aquello. "¿Qué hacer con el amor — exclamaba — cuando

entra la fiebre del análisis y la duda y la desesperanza?"

Víctor sufría pensando en que era necesario concluir, pero convenía en la ventaja de hacerlo. No, no tenía derecho a la insistencia. El mismo dudaba de su amor. Y sin amor, sin un gran amor entre ambos, Clota, mujer excepcional, no debía continuar siendo suya. El sentía que por ahora no podía haber amor entre ellos. Además, la incompatibilidad de sus caracteres. Ya ella lo advertía en esa misma carta, en la cual pedíale cortar su ensueño. "Sospecho que nos hemos engañado, que la excesiva imaginación nos traicionó. Separémonos, pues sin ilusión, sin fé, sin poesía, nuestro amor convertiríase en una rutina vulgar. Así sería, a pesar de nuestras intenciones, a pesar de que nos esforzáramos por espiritualizarlo. Yo no conozco estas cosas, pero presiento que así ocurriría". Víctor tuvo la sensación absoluta, evidente, de que aquello había terminado, de que él mismo, aunque lo deseara, no se atrevería a recomenzar. ¡Qué rara mujer era Clota! Había soñado, había esperado, se había embriagado de amor.... Pero todo debía concluir porque la cita estuvo limitada de tres a siete. Y ahora le escribía con extraña franqueza, sin duda para que él abandonara su ilusión, para que la viese tal como era y no le guardase sino lástima. "Pero estoy contenta de haber sido tuya", exclamaba en un arranque de tremenda sinceridad. "Mi vergüenza sería mucho mayor si, por cobardía o egoísmo femenino, no hubiera terminado el capítulo. No me avergüenzo de que poseas todo mi secreto y toda mi debilidad".

Víctor se puso a escribirle, sin leer casi las últimas frases, aquellas en que le refería cuánto había llorado, aquellas en que le pedía su amistad, aquellas en que decía con angustia que la vida le cerraba todos los caminos. Víctor le escribió con calma. Se hallaba en el estado de ánimo de quien ha resuelto un asunto complicado. No importaba cuál fuese la solución. El caso era que estaba libre de graves preocupaciones. A Víctor le inquietaba y excitaba aquel modo de Clota de tomar las cosas a lo trágico. El bien sabía que el vivir era una cosa seria, y aun acostum-

braba decir que ahora debíamos vivir una vida exaltada; pero todo dentro de la realidad, dentro de normas regulares. Entregarse por entero a una pasión, como soñaba Clota, era perder la vida y tornarse en un hombre inútil. Bien por la pasión. Pero la pasión encauzada, la pasión que crea y fecunda, no la pasión que destruye, que absorbe todas las fuerzas del hombre, que inutiliza. Víctor amaba el amor y la pasión; pero sobre ellos ponía el deber. No el deber como antes entendíase. No el deber absurdo de dominarse sin fin ninguno ni ventaja para nadie. Pero sí el deber que tenemos para con la sociedad, para con la patria, para con la naturaleza, para con nosotros mismos. Darse íntegra y exclusivamente a un amor cuando se tiene una vocación, era cometer un delito, defraudar al Destino, engañar a la sociedad. De ahí las limitaciones de Víctor, que Clota, temperamento lírico, muchacha sin conocimiento de los hombres, sin sentido de las realidades, no podía comprender. En su carta, Víctor reprochábale: "Serías capaz de cometer por amor cualquier desatino. Si tuvieras un hogar y te apasionaras de otro hombre que tu marido, abandonarías a tu marido y a tus hijos. Por amor dejarías de pintar, aunque supieras que ibas a realizar obras geniales. Por amor te comprometerías por toda tu existencia, y serías desgraciada. Y bien: yo no comprendo la vida de este modo." Víctor intentaba explicarle su aparente indiferencia de aquella tarde. Era humano, demasiado humano que en las citas de amor hubiese su buena parte de sombras. No todo eran delicias, transportes, felicidades. Había también sus momentos de hastío. El encanto no impedía que se notase la exageración de las palabras y de las actitudes, la fealdad de algunos gestos, las infinitas miserias de nuestra pobre naturaleza humana. "Me ha perdido mi poca experiencia en estas cosas. He fundado estancias, he ejercido mi profesión de ingeniero, he dirigido campañas políticas, pero apenas he tenido tiempo de amar. Me ha faltado práctica, eso es todo. Aquello de que a las siete debía estar en tal parte sólo demuestra la multiplicidad de mi vida y mi ignorancia del alma de las mujeres. Un hombre hábil no

lo hubiera dicho, es indudable; aunque, aun amando, pudo pensarlo. Pero yo sabía que te amaba y que tú me amabas también; y sé que cuando se ama, una palabra dicha al pasar carece de trascendencia. ¡Ah, Clota, Clota! Yo no debí decir eso, pero tú tampoco debiste tener tu oído tan fino para una pequeñez. ¡Clota, Clota! Yo siento ahora, ahora que voy a perderte, hasta donde llega mi cariño. Vas a hacerme desgraciado, sé que sufriré. Me sentía muy solo en la vida, solo en medio de la multitud, en medio de mis triunfos y de mis trabajos. Te encontré y te amé. Y he aquí que ahora me arrojas de nuevo a mi soledad... ¡Clota, Clota! Todo se ha perdido. Todo... todo... Pero no me encerraré en mí mismo para llorar mi soledad. Me entraré más en el mundo, triunfaré de mil maneras, mezclaré mi dolor en la multitud. Y llegaré a las cumbres que yo quiera alcanzar, para estar allí verdaderamente solo y poder desde allí imprecar al Destino." Víctor conocía suficientemente el corazón humano y se conocía demasiado a sí mismo para no ignorar que estas palabras eran falsas y respondían al deseo más o menos instintivo de agradar, vale decir, en el caso presente, de quedar ante Clota como un hombre apasionado, desesperado y que sufría profundamente por ella. Sin embargo, él las escribió con emoción, sinceramente, dejándose quizá llevar por sus aptitudes oratorias. "Yo creo en la Fatalidad — agregaba — como tú. Pero creo también que los hombres nos hacemos — cada uno a sí mismo y a los otros — nuestra Fatalidad. Tú, por una palabra que yo dije, me arrojas al pozo de mi sufrimiento. ¿No era mejor esperar? ¿Por qué dar tanto valor a una palabra que se lleva el viento? ¿Y mis cartas, tan sinceras? ¿Y mis palabras de otras veces? ¿Y mis ensueños? Pero cortemos, como tú dices. Separémonos. Yo me quedo con mi tristeza. Ella será mi amante y mi amiga. No quiero pensar en la trágica soledad de estas horas que ya me acechan. ¡Adios, Clota! Que seas feliz. Un beso en tu frente y en tus manos, mientras las lágrimas corren de mis ojos."

Víctor no quiso releer su carta. La puso en un sobre,

y luego secóse una lágrima que bajaba por su mejilla. En ese momento, él creía adorarla, si bien su espectador observábale que aquella emoción no era por Clota sino por sí mismo y que aquella lágrima no tenía otra importancia que la de un desahogo nervioso, después de las intensas excitaciones de los días pasados. De todos modos, ese momento — el canto del cisne de aquel amor — debía pasar muy pronto, definitivamente. Víctor logró dominarse y quedó largo rato, allí en su escritorio, con la mirada lejana y el alma ausente.

V

UNA NUEVA ARGENTINA

Víctor quedó abatido y preocupado. Por primera vez en su vida no se realizaba un sueño suyo. Y era el sueño más fuertemente soñado, la ilusión más deseada entre sus ilusiones. Pocos días había durado el episodio. Pero nunca vivió con intensidad mayor, y nunca fué tan persistente el trabajo de su imaginación. Y ahora estaba como fatigado de aquella exaltación vital.

El hábito de triunfar habíale infundido cierta natural vanidad. Creía en su fuerza que todo lo vencía. Imaginaba haber esclavizado al Exito para siempre. Y he aquí que toda su energía y toda su voluntad de vencer eran incapaces de subyugar al Amor. Le humillaba comprobar su derrota. Pero, al mismo tiempo, complacíase en considerarse desgraciado, hombre de pasiones, de vida interesante.

Durante los primeros días que siguieron a la separación de Clota, sufrió. Sobre todo, le molestaba aquella obsesión. Desde la mañana hasta la noche, y aun de noche, pues apenas dormía, maniatado por el hilo sin fin de

sus preocupaciones, no pensaba sino en lo que hizo y no debió hacer y en lo que debió hacer y no hizo. Considerábase un inhábil. ¡Ah, si pudiera empezar de nuevo!

Mientras tanto, era necesario olvidar. Decíase a cada instante que debía liberarse de aquellas preocupaciones. Había que vivir, y, para ello, ¡afuera el sufrimiento y cuanto inútilmente recargaba el espíritu!

Las sesiones de la Cámara, diarias ahora por tratarse del presupuesto, ofrecíanle tema de distracción. Estudiaba seriamente y hablaba en todas las sesiones, logrando a veces verdaderos triunfos. Fuera del estudio, empleaba mucho tiempo en consultas y comentarios con sus colegas. Como su mujer estaba en Córdoba y las sesiones terminaban tarde, comía siempre con algún compañero. De este modo fué vinculándose en la Cámara, cosa que hasta entonces no pudiera hacer por la escasez de las sesiones.

Y por cierto que aquel conocimiento de sus colegas le interesaba extraordinariamente. En ellos veía la fundamental diferencia entre el litoral y el interior. Era el trágico problema de la vida argentina. El espíritu estático y el espíritu dinámico. El conflicto entre el pasado—español, colonial, retardatario—y el presente: audaz, viviente, enérgico.

Los diputados del interior eran, en su mayoría, hombres de pobre mentalidad. Víctor los dividía en dos grupos. Unos—radicales principalmente—eran sinceros, románticos, declamadores y exaltados. Los otros pertenecían —en su mayor parte—a lo que se llamaba "el régimen". Estos reuníanse en pequeños corrillos y se divertían en contar cuentos o en poner motes a sus colegas, principalmente a los del partido contrario. Para todo tenían un cuento provinciano en sus labios. Y unos y otros, los románticos y los escépticos, no estudiaban ni se interesaban por nada. Algunos solían hablar en las sesiones, pero hacíanlo con un gran desconocimiento de las realidades políticas. Vivían mentalmene con treinta años de atraso. Ignoraban en absoluto los problemas sociales y

tenían un terror grotesco a las modernas ideas, que eran para ellos "disolventes". Haraganes, lentos, sensuales. Algunos llevaban cinco y seis años de Buenos Aires y aun no sospechaban el espíritu de Buenos Aires. Para ellos la gran ciudad era un mero lugar de diversiones y goces: los teatros baratos, los restoranes, y hasta las prostitutas callejeras. Los del primer grupo tenían cierto entusiasmo y fe. Los otros, nada. Y en casi todos, aun en los románticos, veía Víctor algo de farsantes. Muchos de ellos habían cambiado de partido porque no se les daba una posición o, simplemente, porque necesitaban del presupuesto. Los románticos justificaban sus volteretas con declamaciones; los otros declaraban la verdad cínicamente. La política era para casi todos cuestión de hombres: seguir a un jefe o continuar en el mismo corral con los amigos. Por falta de largas vistas o de cultura sociológica no sabían justificar sus apetitos, empresa sencilla para quienes son capaces de advertir las ideas que, involuntariamente y por la simple fuerza de las cosas, representan los partidos, por personales que sean. En el trato con sus colegas, muchos de ellos eran chismosos, aprovechadores, envidiosos de los que triunfaban, adulones. Representaban toda la profunda inmoralidad provinciana, la inmoralidad política, especialmente. En ellos, Víctor comprobaba su opinión de que la moral del país disminuía a medida que nos alejábamos de Buenos Aires. Como una excepción, y al margen de ambos grupos, las provincias habían enviado a la Cámara algunos hombres de gran sentido político. Pertenecían a esas familias de que habló Víctor en su conferencia, y eran serios, trabajadores, honestos, fuertes, sanos.

Los diputados del litoral superaban por su mentalidad, en su gran mayoría, a los provincianos. Y eran, sobre todo, más vivientes. Muchos de ellos viajaron por Europa y tal vez esto les dió una visión menos estrecha del mundo. Leían, y gustaban citar libros y autores, especialmente sociólogos. En las sesiones no se les caía de la boca la Constitución de los Estados Unidos y los nombres de

Hamilton, de Jefferson. Agiles de espíritu y hasta inteligentes algunos, adivinaban las cosas, lo cual permitíales hablar torrencialmente, a propósito de todas las cuestiones, acertando a veces. A diferencia de los provincianos, que hablaban gravemente, los porteños solían ser irónicos. Imaginaban que todo el país estaba pendiente de su espiritualidad, y, si eran opositores, creían que sus frases corroían el prestigio del gobierno. Ignoraban, provincianos y porteños, que el país, en su buen sentido, les tomaba a unos y a otros escasamente en cuenta. Nadie dudaba de que la política argentina fué en los últimos tiempos abominable; el país, no obstante, había progresado de una manera asombrosa, indiferente a los gobiernos y a la charlatanería de los políticos.

*
* *

Víctor había sido invitado, por un grupo de conservadores, para almorzar en el Jockey Club. Sabían bien que Urgel no estaba con ellos, pues veía todas las cosas en un plano ideológico y desdeñaba los partidos; pero pensaban atraerle, agregándole al grupo sin que lo advirtiera. Irían unas doce personas, entre las cuales tres o cuatro políticos en forzoso descanso, enemigos a muerte del gobierno y jefes de pequeños grupitos opositores que iban extinguiéndose por consunción. Todas personas aristocráticas y cultas. Los diarios habían anunciado aquel almuerzo, en el cual se "prestigiaría la tan anhelada unión de las grandes fuerzas conservadoras". Era, pues, algo trascendental. Víctor, que apenas conoció algunos entretelones de la política provinciana, fué lleno de interés al aristocrático ágape. Ahora iba a conocer de cerca la alta política.

Cuando Víctor llegó al Jockey ya estaban allí casi todos los invitados. No por puntualidad, sino porque, habituales al club, habían pasado allí las últimas horas de la mañana: unos consagrados a la esgrima, otros bañándose o haciéndose afeitar, algunos tomando un "copetín" con amigos. Uno de los comensales pertenecía a la comisión directiva de la institución. Víctor encontró en la biblioteca a los dos colegas que le invitaran y, hablando de todo, menos de política, subió con ellos al pequeño comedor donde, lejos de las miradas y los oídos indiscretos, resolveríase la salvación del país.

Apenas sentados los concurrentes, los vecinos de Víctor pusiéronse a hablar del actual gobierno. Uno de ellos hacía chistes sobre el Presidente, repitiendo, como si fueran suyos, los motes que poníanle los diaritos de la oposición. Acusábanle de escribir en forma ridícula e ininteligible, empleando vagos plurales y adjetivos extraños, todo en una jerga hueca, del más cómico mal gusto. Cada uno de los presentes sabía de memoria frases de cartas, discursos o telegramas del Presidente. Hubo uno que repitió párrafos enteros, con estallante regocijo de los comensales.

—Hay que echar abajo este gobierno—exclamó alguien exasperadamente.

Víctor trató de saber quién era el que se atrevía a hablar en serio. Era uno de los fundadores de un partidito ya agonizante, un hombre distinguido y culto. Decíase de él que fundaba partidos o planeaba combinaciones políticas al sólo objeto de realizar su sueño inalcanzable: ir al Congreso. Había sido candidato siete u ocho veces. Era un diletante del fracaso, un primogénito de la derrota. Culpaba de sus desgracias a la incultura pública y a la falta de ideales en el pueblo. Pero el pueblo se reía de sus inocentes aspiraciones, y, sin desconocerle inteligencia y valer, votaba por otros que estaban más cerca de él y que representaban sus intereses y sus naturales tendencias democráticas. Como casi todos los hombres de aquella mesa era un espíritu elegante, y no acababa de convencerse de

que el pueblo no quería saber nada con la elegancia espiritual. El pueblo quería hombres de fe.

—Es un gobierno de ladrones—estalló, fingiendo enojo, un político que perteneciera a todos los gobiernos anteriores.

—No estoy de acuerdo—arguyó uno de los diputados conservadores, famoso por sus discursos llenos de gracia irónica.

Todos le miraron con asombro fingido. Sabían su enemistad con el partido gobernante, y no dudaban de que aquello terminaría en un chiste.

—No estoy de acuerdo—repitió.—Este no es un gobierno de ladrones. Es un gobierno de rateros.

Y refirió, entre las sutiles sonrisas de aquellos escépticos que le escuchaban, cómo un personaje del gobierno robó una vez un reloj. A esta anécdota siguieron otras análogas.

—Pero no sería nada que robasen si fuesen inteligentes —dijo uno de los vecinos de Víctor.—Se puede robar con distinción, con gracia, con bellos gestos. Esta gente roba con modos de malevo. Son ladrones de ganzúa.

Se habló entonces del mal gusto que exhibían todos los actos y documentos oficiales. Luego se criticó que los hombres del gobierno fomentasen los chismes y la adulonería. Uno comparó al Presidente con Rosas. Otro aseguró que la moral del país había bajado enormemente, por culpa del gobierno. Y no faltó quien le reprochase su política de paz y neutralidad, llamando germanófilo al Presidente, diciendo que sólo podía seguirse esa política por ignorancia de caudillo compadrón que considera a su parroquia como el centro del mundo.

Víctor estaba decepcionado. No veía aparecer por ninguna parte la alta política que anunciaron los diarios opositores y en la cual él había creído con su ingenuidad de provinciano. El almuerzo iba a concluirse y hasta entonces no oyó sino chistes, anécdotas, críticas fútiles. Vulgar tijereteo de comadres desocupadas que matan el tiempo despellejando al prójimo. Aquellos hombres eran

sin duda muy agradables, pero carecían de una fe. Dijérase que hubiesen perdido la aptitud de entusiasmarse. Ni siquiera eran capaces de enojo.

Un poco por ponerles en aprieto y otro poco por deseo de información, Víctor preguntó cuál sería el programa de aquella conjunción de fuerzas políticas de la que ahora se empezaba a hablar.

—¿Programa?—exclamó un diputado conservador, que tenía con Víctor cierta confianza.—Ninguno.

—No, eso no—protestó, aunque sonriendo, el vecino de Víctor.

—Absolutamente ninguno. Y ni falta que hace. ¿Cuándo se han cumplido los programas electorales? Son simples engañabobos.

—Nuestro programa—dijo el otro—se sintetiza en una palabra: anti-radicalismo.

—Pero ese es un programa negativo—arguyó Víctor.—El elector querrá saber qué obra constructiva se proponen ustedes, qué opinan en cuestiones sociales, educacionales...

—El programa es ese: reventar al gobierno. No hay por ahora mejor programa en este país.

En el mismo instante varios chistaron imponiendo silencio. Había terminado el trascendental almuerzo que salvaría a la República, y uno de los iniciadores de aquella conjunción de fuerzas populares iba a hablar. Víctor confiaba en que oiría por fin el programa político de la agrupación. El que hablaba era un hombre muy alto y fornido, de anchas espaldas, de cara grande, afeitado y expresión severa, casi de enojo. "Ya ustedes saben para qué nos hemos reunido", comenzó. No era necesario explicar nada. Se había convenido en una unión de las fuerzas conservadoras y se había encontrado la fórmula de arreglo. La proponía. Cada fracción tendría un número de candidatos según su importancia probable. El partido demócrata, que contaba con mayores elementos electorales, aceptaría los candidatos de los demás partidos incorporándolos a su lista y proclamándolos junto con los suyos. Leyó la lista de los candidatos 'independientes"

y agregó los nombres que probablemente votaría el partido demócrata. La lista fué juzgada inmejorable.

—¿Y ustedes creen que triunfarán con esa lista?—preguntó Víctor.

—Indudablemente, a menos que el pueblo prefiera ser gobernado por compadrones e incapaces. Cuando ellos elijan sus candidatos, se podrá comparar. Nuestra lista está formada por hombres cultos y distinguidos.

—Para triunfar—dijo un escéptico—fuera mejor que estuviese formada por analfabetos y por guarangos. ¡Esa es la democracia!

Víctor no salía de su asombro. Aquellos hombres que criticaban de autoritarismo al gobierno daban a sus partidos una lista formada en petit comité, una lista de personas aristocráticas, sin contacto con el pueblo, al cual desdeñaban o despreciaban. Víctor conocía, ya directamente o por referencias, a aquellos candidatos. La mayoría no eran demócratas. Carecían de toda fe. No creían ni siquiera en el sufragio, al cual, sin embargo, recurrían. Hombres de cultura literaria, espíritus elegantes, personas de sociedad, enguantadas, perfumadas, incrédulas, no eran para representar al pueblo y trabajar por el bien común. Su lugar estaba en los salones, en las mesas de bridge; no en los comités ni en los entreveros parlamentarios. Eran evidentes continuadores de los políticos que durante treinta años gobernaron el país. Y ahora que acababa de conocerlos, Víctor comprendía la admirable exactitud con que el Presidente clasificó a ese régimen, llamándolo "descreído". El descreimiento fué la característica de esa época reciente. Sin fe ninguna en la democracia, sin creer en el sufragio—una farsa para ellos,—sin programa ninguno, alejados del pueblo por el cual jamás se interesaron, aquellos hombres gobernaron a la buena de Dios. Inadvertidamente, realizaron en ocasiones grandes cosas. En general, sólo les guiaba su interés personal, pero, como a veces su interés coincidía con el del país, no era difícil que por realizar un negocio hiciesen una obra útil. Aquellos hombres pertenecían a familias

antiguas y gobernaron con sus parientes y paniaguados. La clase media estaba excluída de las funciones del gobierno y el pueblo sólo servía para ser carne de cañón. Sus continuadores de ahora eran hombres del Pasado, en sentido político. Ignoraban esta cosa fundamental: que la elegancia, el escepticismo y el esprit han concluído su misión y que en esta época de afirmaciones, de lucha y de idealismo, se necesita una fe.

*

* *

Víctor no lograba olvidar sus preocupaciones. Estaba convencido de que sólo otra mujer le borraría el recuerdo de Clota. Pero ni él la buscaba ni en el horizonte de su vida surgía el menor anuncio de una aparición. Y sin embargo, a veces pasaba por su memoria, rápidamente, el recuerdo de unos grandes ojos apasionados...

Mientras tanto, continuaba frecuentando el mundo político.

Su asistencia al almuerzo de los conservadores hízole sospechoso a los radicales. Al principio le creyeron un enemigo. Pero luego cambiaron de opinión, viendo cómo Víctor criticaba sin disimulo a los conservadores. Cuanto se habló en el almuerzo transcendió a los grupos parlamentarios. Los radicales, en general, se exasperaban y estallaban en frases declamatorias. Los escépticos, pues también los había entre ellos, contestaban, al oir los relatos de las conversaciones, que todo eso lo venían leyendo desde hacía tiempo en los diaritos de la oposición. Víctor, como todo lo que se dijo en el almuerzo era conocido, no se creía obligado a ocultar nada, y repetía las conversaciones burlándose sangrientamente de los conjuncionistas. Estos, que admitían el legítimo derecho a

"alacranear" y a hacer ironías, no se enojaban. Los radicales quisieron atraerse a Víctor y, pareciéndoles que era aquella la ocasión propicia, se le acercaron y aun le dieron confianza.

Una noche en que la sesión terminó a las nueve, un grupo de colegas radicales invitó a Víctor para que comiese con ellos. Víctor, muy contento, aceptó. Y fué con ellos a un hotel de la Avenida de Mayo, donde celebrábanse los ágapes del partido.

Eran unos quince, y había entre ellos diputados por la capital y las provincias. Salvo dos de los presentes, todos eran presidencialistas entusiastas. Los antipresidencialistas eran los únicos distinguidos de la reunión. Vestían con elegancia y sus maneras eran reservadas y corteses; no se exaltaban y hablaban poco. Entre los demás había melenas, trajes de confección, modos exagerados, verbosidad. Habíanse encajado la punta de las servilletas en el ojal del saco y metíanse el cuchillo en la boca.

Víctor, para infundirles confianza, habló de la conjunción conservadora y de su probable fracaso en las elecciones. Nadie dudaba allí del triunfo radical, no sólo sobre los conservadores sino también sobre los socialistas. Víctor refirió algunas cosas—las menos ofensivas—que en el almuerzo del Jockey se dijeron sobre el Presidente. Un colega por la Capital, de melena encrespada, estalló declamando:

—El Presidente es más grande que César y Napoleón, que los filósofos y los sabios. Su ciencia es infinita y su austeridad es gigantesca como las cumbres de nuestra cordillera gloriosa. ¡Los insultos de los pigmeos no llegan a manchar su pureza magnánima!

Los antipresidencialistas sonreían levemente, un poco avergonzados. Los demás miraban de reojo a sus compañeros, sin animarse a sonreír. Aprobaban con la cabeza, silenciosos.

—Los conservadores—dijo Víctor al orador, guiñando un ojo a uno de los antipresidencialistas,—lo creen a us-

ted un ambicioso. Dicen que habla así del Presidente para quedar bien con él, para que lo haga reelegir.

Como un resorte, con el cuchillo en una mano y la servilleta en la otra, declamó, mientras el jopo se agitaba sobre la frente:

—He llegado a todas las cumbres, y no tendré inconveniente en renunciar a la banca para consagrarme a la cultura del pueblo, a la cual me debo. Esos hombres matan en germen los cerebros mejor intencionados. Pero no me arredran ni sus calumnias de vencidos ni sus rastreras envidias de protervos.

Víctor le palmeó la espalda, a modo de felicitación. Y en seguida, deseando oir a los demás, llevó de nuevo el tema a la cuestión electoral. Casi todos tomaron parte en la conversación. Consideróse el programa de cada partido, las ideas que representaban. Los antipresidencialistas afirmaban que su partido, gobernando con la clase media, había propagado la función de gobernar, lo cual era decir que realizaba obra democrática. Además, tenía en cuenta al pueblo, y, bien o mal, gobernaba para el pueblo, no para una casta. Los presidencialistas tuvieron también argumentos para defender a su partido y al Presidente. Recordaron la política internacional—pacifista y democrática—y la política social, siendo el primer gobierno argentino que, en los conflictos entre el capital y el trabajo, no ponía el peso de su fuerza en favor del capital, sino que permanecía en neutralidad y aun simpatizaba con el proletario.

Víctor comparaba estos hombres con los del otro partido y encontraba mejores a los radicales. Aquellos poseían una mentalidad muy superior a la de éstos, y mucha mayor cultura y distinción de espíritu y de maneras. Pero los radicales tenían un poco de lo que para Víctor valía más que la distinción de espíritu: la fe. Ellos creían en la Patria como en Dios, en el sufragio, en la misión providencial de su partido. Mientras los conservadores eran en política oportunistas, algunos tenían el sentido de las realidades, y todos carecían de principios fijos y ab-

solutos, los radicales creían con entusiasmo extraordinario en unos cuantos principios abstractos. Principios muy hermosos, naturalmente, y de la más grande importancia moral. Entre los radicales había sin duda muchos farsantes, que repetían las palabras y los clisés del partido, sin sentirlos; pero otros eran sinceros hasta el fanatismo. Víctor pensaba que tales hombres podían ser en algún caso muy perjudiciales al país; pero desde el punto de vista individual y moral, su superioridad era innegable sobre los escépticos y elegantes que formaban el otro partido. Y por esa fe, eran más modernos que sus enemigos, hombres del Pasado. Y más vivientes, más democráticos y mucho más argentinos. Los jefes conservadores vivían mentalmente en Europa. Más civilizados que los radicales, pero también menos patriotas. Egoístas, frívolos, gozadores de la vida, no se sacrificarían por el país. El no negaba ni los defectos, ni los errores, ni la escasa mentalidad y cultura de los radicales. Pero admiraba su fe. Su fe quizá absurda, quizá equivocada. No importaba. La fe no razona. La fe vale por sí misma. De un grupo de hombres capaces de fe puede salir algo grande. De un grupo de hombres escépticos y elegantes no saldrán sino frases, ironías, proyectos, bellos gestos. Sólo la fe puede crear. Porque sólo la fe da energía, perseverancia y entusiasmo.

*
* *

Por eso mismo, por la fe que les animaba, Víctor coincidía más con los socialistas que con sus colegas de los demás grupos. Había presentado con ellos varios proyectos de carácter social, y en todas las discusiones estaba de acuerdo con ellos. Como los socialistas, Víctor

miraba la política con un espíritu superior y, lo mismo que ellos, dejaba los debates sobre intervenciones y otros detalles de menuda politiquería a los conservadores y a los radicales.

La fe de los socialistas era serena y exacta. Lejos del verbalismo de los radicales, sabían bien lo que querían y lo que creían. Su confianza en el progreso y en la perfectibilidad humana era muy firme, lo cual daba motivo a alguno de ellos para discutir con Víctor, quien no creía en esas bellezas. Poco o nada soñadores, hombres de acción, esencialmente prácticos. Poseían todos ellos mucha cultura libresca y tenían en esa forma de cultura una fe ilimitada. Tomaban en serio la política y eran casi los únicos diputados que trabajaban. Para los conservadores la política era una diversión, algo que ayudaba a pasar bien la vida y que satisfacía la vanidad. Y la fe de los radicales no era activa, exteriorizándose en frases declamatorias.

Para Víctor, llegado de una provincia, los socialistas constituyeron al principio un espectáculo. No simpatizó con ellos, era verdad. Opinaba, y así les dijo, que habían traicionado su fe pacifista al proponer que el gobierno se apoderase de los buques alemanes anclados en nuestros puertos. No comprendió jamás esta actitud que conducía a la guerra. Además de esto, le separaba de ellos su escasa afición por la Estadística, ciencia en la cual ellos creían quizás con alguna ingenuidad; su sentido ligeramente idealista de la vida; su interés por los problemas individuales de la conciencia, a los cuales eran ellos ajenos, preocupados como vivían por los problemas colectivos; y algo de espeso, de inelegante, de "bárbaro" que Víctor advertía en el socialismo y en la manera de sentir y de practicar la doctrina.

También separábale de los socialistas su mediano interés por las cuestiones obreras. Ocupábase en la Cámara de esas cosas, por deber, no por gusto. La sociología, la estadística y otras ciencias tan caras a los socialistas, aburríanle. Y, por otra parte, no tenía Víctor un sentido

muy agudo de la Justicia, lo cual impedíale seguir un camino paralelo al de ellos. Era también poco sentimental. A él le interesaba ante todo la acción, la vida dinámica; su concepto de la existencia era un tanto mecánico, sin llegar a la exageración de los norteamericanos. Las ideas de Nietzsche dejaron honda huella en su espíritu. Y así aquella su interpretación de sus antepasados — tanto los conquistadores como los revolucionarios — parecía derivada del pensador alemán. Sus amigos los socialistas escandalizábanse de que un hombre moderno como Víctor elogiase a los caudillos. No les reconocían ni la energía, ni el patriotismo, ni otras cualidades que Víctor exaltaba en ellos.

Los colegas socialistas llevaron a Víctor a diversas asambleas del partido, le hicieron conocer algunas cooperativas y unas cuantas obras culturales: aburridísimas conferencias sobre el alcoholismo, la tuberculosis y otros males, agravadas por los interminables datos estadísticos y el horror de las proyecciones luminosas que las ilustraban. Víctor, que conocía la política de su provincia y había presenciado asambleas radicales y conservadoras, solía decir que el compadraje y el matonismo sólo desaparecerían del país cuando hubiese en cada pueblo una fuerte minoría socialista. Porque el socialismo se traducía en respeto de las leyes y de la autoridad, en disciplina personal y social, en bibliotecas, en seriedad política. A cambio de estas excelentes cosas, Víctor les perdonaba a sus amigos el materialismo histórico y la estadísticomanía.

Víctor, aunque a mil leguas, pues, de ser socialista, veía en el socialismo uno de los puntales de la Nueva Argentina. No estaban exentos, los jefes de ese partido, de graves defectos. A veces cedían ante las necesidades de la propaganda electoral; otras veces combatían buenas ideas, sólo porque no salieron de su grupo; en ocasiones eran injustos e incomprensivos. Defectos humanos. Pero ellos aportaban a la política argentina: sinceridad, cultura, fe, trabajo, honestidad.

*
* *

—¿No quieres conversar conmigo un rato, deliciosa sobrina?

—Como no, delicioso tío. Espérame un segundito.

Víctor había ido a casa de su hermana Virginia, la mujer de Maciel, que partía para Mar del Plata la siguiente noche. No la encontró. Pero estaba su sobrina Adela. Le pidió té, y ahora esperaba su compañía. Adela iba a salir para visitar una amiga, y así le dijo a Víctor que sólo por un rato le acompañaría.

Adela tenía veinte años y era una preciosa criatura. Rostro pequeño y de graciosas líneas ligeramente angulosas, tez muy blanca, pequeña boca de labios bermejos y finos, ojos de mirar ardiente, simpáticos, llenos de inteligencia y cordialidad. Víctor la imaginaba una personita sentimental, soñadora, suave, resignada. Aunque jovencita, tenía algo de gastado: ojeras demasiado profundas, una expresión de cansancio en el rostro. Hablaba a veces con un dejo arrastrado, — herencia provinciana de la madre, sin duda —, y otras con vehemencia, con una pasión que Víctor no sospechó en ella. Vestía un traje vaporoso, blanco, suelto, como ropa de entrecasa, liviano, voluptuoso, simplísimo. Un sombrero grande, de paja, con rosas. Los brazos casi enteramente desnudos.

Víctor no conocía espiritualmente a su sobrina. Por las quejas de la madre suponíala superficial, algo casquivana, inconstante, de humor incomprensible, coqueta. Alegróse de encontrarla sola.

—¿Estás contenta de ir a Mar del Plata?

—No sé qué decirte. Siempre se espera algo nuevo de un viaje. ¡Es tan aburrido esto! Pero al mismo tiempo, una sospecha que no encontrará nada, que no hay nada...

—¿Qué es lo aburrido?

—La vida... ¡Es un opio!

Ya estaban dentro del tema. Víctor le tiró hábilmente de la lengua y la chica soltó sus confidencias. Hablaron de la vida, de la felicidad, del amor, de los hombres, del matrimonio, de la esclavitud de las mujeres. De cuando en cuando, Adela se interrumpía para exclamar. "Pero no digas una palabra a nadie, ¿eh?" Víctor prometía el más absoluto silencio y ella desembaulaba todo.

Víctor comprendió que Adela no era ni superficial ni casquivana. Era simplemente un alma llena de inquietud. La vida que llevaba y que veía a su alrededor parecíale una cosa estúpida: prosaica, vulgar, falsa, convencional. La falta de libertad la ahogaba. Prejuicios por todas partes, preocupaciones por todas partes. Al revés de lo que ocurría en los Estados Unidos, las muchachas argentinas no podían tener amigos, ni encontrarse con sus amigos, ni salir con ellos. Para ella, como para todas las chicas de su tiempo, no había misterios en materia de amor, y, sin embargo, estaban condenadas a leer libros insulsos y a las "noches blancas" del Odeón. Era una desesperada, Adela. Buscaba algo, algo grande, y no sabía qué. No creía en la pasión, ni aun en el amor. Y su sueño era precisamente una pasión. Y pensaba que lo único bello en la vida debía ser el amor. No comprendía la vida uniforme, gris, sencilla del antiguo hogar. En su alma ardía una llama de inquietudes Y quizá porque creía poco en el amor, aceptaba los amoríos; o menos aún: el simple flirt. Díjole a Víctor que el flirt era como la morfina de su vida. Víctor leyó en los ojos de Adela que más de una vez debió haber sido besada y acariciada, durante el abandono de los flirts. Temperamento suave, pasivo, sensual, no la imaginaba resistiendo a una mano hábil e insinuante y a unos tentadores labios masculinos.

—Lo que más me gusta en el flirt, ¿sabes qué es? Pero no digas a nadie, ¿eh? Hablar de lo que uno sufre en la vida, de que no la comprendan, de que uno sueñe

tanto y no tenga nada, de lo imposible del amor, de la tristeza de vivir, de tener que olvidarse recurriendo a las fiestas, al tango, a la agitación, a la religión...

Decía todas estas cosas con cierta lentitud, arrastrando un poco los finales de algunas palabras. Había cambiado de asiento seis o siete veces. Estuvo sentada sobre la mesa del comedor, sobre el brazo del sofá que ocupaba Víctor, en el suelo, en el alféizar de una ventana. Ahora estaba a su lado y, al parecer de Víctor, con una lágrima en los ojos. Pero, hablase de lo que hablase, ella no perdía su línea: siempre sonriente, mirando con sus ojos de dulzura y coquetería, levantando los brazos y dejándolos caer, con un gesto de admirable elegancia.

Estaba junto a Víctor y parecía un tanto emocionada. ¿Por lo que decía o por el hecho de hacer tales confidencias? Por ambas cosas, sin duda. Muchas veces, en los flirts, contó algo de aquello. Pero pocas, muy pocas. Y no porque ella desease esta limitación, sino por incapacidad o falta de interés en sus interlocutores. Ahora estaba asombrada y encantada de Víctor. ¡Cómo sabía preguntar, sacarle insensiblemente sus confidencias! Parecía un confesor. Le había imaginado un hombre severo, aburrido, hablando de cosas importantes, de política, ignorando a las mujeres, sin interés ninguno por las inquietudes de una chica.

—¿Sabes una cosa, Víctor? Que me das un poco de miedo. Me haces hablar demasiado. Debieras haber sido un confesor. ¡Qué lindo que fueses mi confesor! Los Padres no nos entienden a las chicas de ahora. Yo ya ni me confieso. Además, no creo en nada, en nada...

—Seré tu confesor — dijo Víctor, tomándole una mano. — Puedes contarme todo, todo. Yo he vivido y he sufrido. Conozco la vida y la veo así como tú.

Ella le oprimió la mano y le miró sonriente a los ojos, con una coquetería y una voluptuosidad exquisitas.

—Te haré una pregunta, tío.

—No me digas "tío".

—Bueno, Víctor. Una curiosidad: estás enamorado,

¿cierto? ¿Por qué niegas? No tienes confianza en mí. ¡Y yo que he tenido tanta en tí!

—Esa pregunta no se hace a un tío viejo — dijo Víctor sonriendo.

—Cuéntame. ¿Te han querido muchas mujeres? No te hagas el asustadizo. No tendría nada de particular. Ahora que te conozco, veo que no tendría nada de particular.

Víctor estaba turbado. Le acosaba el deseo de besar a aquella mujercita deliciosa. Los brazos, el descote, los ojos... Pensaba que era su sobrina, la hija de su hermana, y este pensamiento le paralizaba. Quería irse, para terminar con aquella peligrosa conversación y para darle un beso de adiós, antes que la madre llegara. Un beso algo más que de tío, pero que sólo fuese para Adela un beso de tío. Y temiendo a ese beso que ya le obsesionaba, y no atreviéndose a romper el encanto prohibido de aquella conversación, continuó en su sitio. Adela, por su parte, había renunciado a visitar a su amiga.

Hablaban ahora de los hombres. Adela les consideraba unos mediocres y unos ignorantes. No tenían sensibilidad. Y lo peor: no tenían inquietudes. A las chicas como ellas, atormentadas, no eran capaces de comprenderlas. Bajo cualquier punto de vista, las chicas valían más que ellos: por su inteligencia, por su espíritu, por su corazón, por su capacidad de sacrificio.

—A veces yo pienso que nuestra imposibilidad de querer no está en nosotras sino en ellos. ¿Cómo podríamos sentir amor por un hombre de esos? ¿Quién se resigna a casarse con un hombre inferior a una? Fíjate cuántos matrimonios hay en que la mujer vale más que el marido. No se entienden, naturalmente. A ellos nada se les importa. Se divierten por su lado. Pero ellas son infinitamente desgraciadas.

—¿Y tú esperas amar para casarte?

—No sé. Yo daría años de mi vida por poder querer con pasión. Dos o tres veces he creído que iba a querer. Y nada. Es desesperante. No desearía casarme sin amor porque no quisiera engañar a mi marido. Yo no soy mala, Víctor. Pero he nacido para vivir otra vida. Soy soñadora,

llena de ilusiones, de idealismo... Y los hombres de ahora... parece que no tuvieran alma. Sólo tienen sentidos. No sé lo que buscan ni lo que quieren con nosotras.

—Y si no tienen alma, ¿por qué las chicas flirtean con ellos y les consienten tantas cosas...? — insinuó Víctor, espiando que los ojos de Adela se delatasen.

—No sé... Tal vez por eso mismo: porque no tienen alma. Nosotras buscamos en ellos un gran ideal, una gran pasión... Pero tenemos que conformarnos con un flirt, con un...

Se detuvo, fingiéndose asustada. Luego rió con ínfima voluptuosidad. Víctor comprendió que iba a decir: un beso o un cariño. Adela siguió juzgando a los hombres como materialistas. No les interesaba el amor. No hablaban de lo que era el amor, ni de cuanto acababan de hablar Víctor y ella. En seguida tomaban las cosas a broma, o buscaban la mano, y, los más audaces, hasta proponían una cita.

—No nos comprenden. No tienen tristeza. No piensan, ni sueñan, ni sufren. Nadie comprende nuestra inquietud.

Adela hablaba ahora con un poco de emoción en la voz. Sonreía con tristeza. Víctor vió que entonces el peligro aumentaba y resueltamente se levantó.

—¿Te vas? — exclamó ella con la cabecita inclinada y una expresión de infinita y sutil melancolía. — Me has hecho entristecer... Y me has hecho hablar demasiado. Nunca he contado esas cosas, tantas cosas... Pero tú no dirás a nadie, ¿eh? ¿Seremos amigos?

Víctor le tendió las dos manos. Ella le dió las suyas, a la vez que retiraba su cabeza hacia atrás y le miraba con dulce coquetería. Un segundo estuvieron así. Luego Víctor le dijo adiós y le puso el brazo sobre el hombro. Ella se apoyó en el hombro masculino, sonriendo con una sonrisa de seda, con una suavidad de reposante y sereno momento feliz.

—De despedida, pues tal vez no pueda volver — dijo Víctor, preparando, con la natural hipocresía de los hombres respecto a las mujeres, el pedido que iba a hacerle — ¿me permitirás un beso?

El pensaba besarla en la frente o, cuando más, en la mejilla. Pero al acercarse con los labios preparados vió que ella, sencillamente, le ofrecía los suyos. Y la besó en la boca, con un beso corto y fuerte, sin sensualismo y sin hipocresía.



Bajó la escalera de la casa pensando en el hondo cambio de la sociedad porteña. No creía que abundasen las chicas como Adela, pero el sólo hecho de que existiesen algunos ejemplares de mujeres inquietas, atormentadas, llenas de vida interior, de ansias de amar, de ilusiones, de sufrimientos metafísicos, de deseos de vivir con el alma y el corazón, de espíritu exaltado, de curiosidad sin límites, de audacia y de sensualidad, era algo extraordinario. Recordaba las muchachas de cuando él tenía veinte años e iba a los bailes. Eran de un recato ridículo. Sentábanse a buena distancia de los hombres y tenían cuidado de que la falda cubriese bien hasta el tobillo. Cualquier palabra, cualquier idea era arriesgada para ellas. Llamaban flirt al más inocente cambio de miradas, y no flirteaban con los extraños sino con el novio o el festejante. El flirt era entonces el camino de la iglesia y el registro civil; ahora es un camino que aleja de esos sitios. Adela parecíale un bello ejemplar de mujer moderna. Pensaba con tristeza en aquella chica, en lo íntimo desgraciada. ¿Y por qué? Porque era superior al medio ambiente. ¿Pero lo sería de veras? Esa inquietud y ese idealismo, ¿no serían un sensualismo refinado y sutil, que se engañaba a sí propio y engañaba a los demás?

Víctor pensaba estas cosas cuando en la puerta de la casa encontró a Rodolfito, su sobrino. Era un muchacho de veintidós años, bien formado, buen mozo, simpático.

Como casi todos los muchachos argentinos, se afeitaba y se peinaba hacia atrás, aplastándose el pelo mediante una jalea pegajosa que mandaba preparar a la farmacia. Era un poco gordo. Estudiaba Derecho.

—¡Hola! ¡Qué milagro! — exclamó, palmeando a Víctor. — ¿Está mamá? ¿No? ¡Qué vaina! Venía a pegarle un pechazo. Me he quedado sin plata y como nos vamos mañana...

—Si no es mucho lo que precisas...

—Una miseria. Cien pesos.

Víctor se los prestó. Caminaron juntos.

—Me haces un servicio, porque tengo que pagar el alquiler de la garçonnière, y no quisiera dejar de poner mi parte ni menos hacerle pagar todo a mi compañero.

—¿Conque tienes garçonnière?

—Claro, hijo. No supondrás que frecuento los malos lugares, como los estudiantes provincianos o como tus colegas. ¿Quieres conocer mi garçonnière? Te prevengo que no hay ninguna mejor en Buenos Aires; quiero decir entre los muchachos. Es algo distinguido. Muebles coloniales, o si te parece mejor españoles, siglodiciochescos. Paredes tapizadas. Una lámpara antigua, que derrama unos fulgores místicos...

—¡Muy apropósito para el sitio! — exclamó Víctor riendo.

—Ya lo creo — contestó Rodolfito con una carcajada. — El misticismo y el amor son cosas que van muy bien. Te lo digo por experiencia. Tenemos dos dormitorios elegantísimos, un comedorcito precioso y una salita turca que enloquece a las chicas.

—¿Y qué clase de mujeres van allí?

—¡Mujeres honestas! ¿Qué mujeres quieres que vayan? Para llevar locas no valdría la pena tener garçonnière.

—Ya lo sé. Yo te preguntaba de qué clase social.

—*Le dessus du panier*. Supongo que entenderás.

—No te creo, Rodolfito. Estás botarateando.

—¿Y para qué te voy a macanear?

Rodolfito sacó su cartera y, apartando una carta, se la

mostraba a Víctor. Iban a cruzar una calle; y era tal el empeño de Rodolfito en que su tío se fijara, que por poco le aplasta un automóvil.

—Pero no todas van en estas condiciones — agregó el conquistador. — La mayoría van como amigas, nada más. ¡Desgraciadamente!

Y explicó. Su compañero de garçonnière y él solían invitar a las chicas a tomar el té con ellos. No invitaban a cualquiera, ¡claro estaba! Ellos sabían con qué bueyes araban. Las convencían de que yendo dos o tres, no había nada de particular. Y así era, en efecto. Las chicas iban y allí, en compañía de uno o dos amigos más, tomaban el té, tocaban el piano y bailaban. A veces, en algún recoveco, o entre dos puertas, lograban de las chicas un besito. Pero otras, solteras o casadas, no iban sólo en calidad de curiosas. La de la carta, por ejemplo. Rodolfito la sacó de nuevo y la hizo leer a su tío. Estaba escrita en francés, muy bien escrita, y en una letra fina y distinguida. Quejábase de que Rodolfo la abandonara, con frases llenas de emoción y dolor, y al final decíale que le enviaba un libro de Samain y otro de Barrés, para que los leyese en Mar del Plata, acordándose de ella.

—Ya ves. Pero yo estoy medio cansado. Es una mujercita admirable ¡la pobre! pero tengo tres o cuatro en perspectiva.

—De modo que te dedicas a esas cosas...

Rodolfito protestó. El estudiaba y el año siguiente sería abogado. Era uno de los mejores alumnos de su curso. Leía mucho: sociología, literatura, historia. Hacía una intensa vida social. Dedicaba buenas horas a los sports. El año anterior había perdido tiempo en el golf; ahora hacía esgrima en el Jockey. Y para que nada faltase, había empezado a actuar en política.

—Mi primer discurso lo eché poco antes de que vinieses a Buenos Aires. Tuve un éxito formidable. En la próxima campaña me vas a oir. Claro que aquello es macaneo libre. Más o menos como el de casi todos tus colegas. Pero uno aprende y se baquetea. En este país no se llega a nada sin ser un macaneador.

—Eres demócrata-progresista, ¿no?

—¿Y qué quieres que sea? Me corresponde estar entre la gente decente. Odio la chusma socialista y más la chusma radical.

—¿Y tú eres un verdadero demócrata?

—¿Yo? ¡Adónde vas, hijo! Yo soy aristócrata, conservador, clerical y reaccionario. ¡Ah, y nacionalista! No por patriotismo, ya comprenderás. *Moi j' m'en fiche* del patriotismo. Creo que este es un país bárbaro y antipático. Soy nacionalista por elegancia de espíritu, ché. Por estar en desacuerdo con la chusma socialista.

—¿Germanófilo?

—¡Adónde vas, hijo! ¿Te imaginas que yo, individualista y hombre libre, voy a estar con un pueblo de carneros? ¡Y de carneros protestantes! Soy francófilo y anglófilo *curagé*. Deseo el triunfo de la capitalista y aristocrática Inglaterra, y de Francia, el pueblo más reaccionario de la tierra.

Iban a separarse. Víctor quiso saber cuál era el ideal de vida de Rodolfito.

—Pasarlo bien. Quisiera tener millones para vivir como un príncipe. Me gusta el lujo, las lindas mujeres, la vida de movimiento y de acción. Tengo algo de pagano ¿sabes? Soy clerical por elegancia de espíritu, pero no creo en nada. Voy a misa, pero a ver las muchachas o por hacer demostración de catolicismo. En el fondo soy un griego, un griego de la decadencia.

—¿Y a quién diablos sales con esas ideas? Porque ni tus padres ni tus abuelos...

—Soy un hombre de mi tiempo. Ya habrás notado que sopla en Buenos Aires un furioso viento de paganismo. A mí me ha envuelto, y yo me dejo llevar, encantado porque no voy solo, sino entre lindos brazos femeninos y mecido por tangos y fox-trots.

Se despidieron. Víctor quedó pensativo, meditando en el abismo que separaba a la generación de su padre y sus abuelos — hombres austeros, sobrios, desinteresados — y la de su sobrino. Decididamente el país había dado un vuelco formidable. Estaba formándose una nueva Ar-

gentina. Habían cambiado las ideas morales y, lo que era más interesante, había cambiado el sentido de la vida. ¡Qué lejos, la existencia colonial!

*
* *

A fines de Febrero todavía continuaban las sesiones del Congreso. Víctor trabajaba enormemente y hablaba todos los días. Había concluído por interesarse de tal modo en el presupuesto, que él mismo estaba asombrado. Pasaba largas horas en la biblioteca del Congreso, comparando el presupuesto en discusión con los de los años anteriores, y revisando los de las provincias y aun los de ciertas naciones extranjeras, como Estados Unidos y Francia.

De Clota ya apenas se acordaba. Sólo quedábanle algunas reminiscencias que le molestaban y humillaban. Pero una tarde la vió. Él iba por la Avenida de Mayo en automóvil, y ella, en una esquina, esperaba un tranvía. Víctor sintió un violento deseo de bajarse y de seguirla. En un segundo todo el breve episodio sentimental pasó por su recuerdo. Pero no era Clota en sí misma lo que él deseaba en aquel instante, sino vencer. Vencer sobre su propia debilidad o su inhabilidad, y vencer sobre su suerte y vencer sobre la decisión de Clota. No se conformaba con no haber impuesto su voluntad.

Pero mientras pensaba estas cosas, el auto se alejaba. Convino consigo mismo en que era mejor no insistir. De todos modos nadie sabía su fracaso. Y en cuanto al amor, había volado, había volado de su corazón. O mejor dicho, de su imaginación. Sin embargo, él había presentido, en aquella rápida visión de Clota, que aquel amor pudiera retornar.

Esa mañana había recibido carta de su padre. Pe-

díale que averiguase por qué Juan Andrés, su hermano menor, quiso quedarse en Buenos Aires durante todas las vacaciones. Era un poco extraño, y el padre se inquietaba por el hijo. Víctor, en los meses que llevaba en Buenos Aires, había visto poco al muchacho. Juan Andrés le visitó en su casa algunas veces. Hablaban de la familia, de los estudios, de su primo Rodolfito, al que Juan Andrés despreciaba, y sobre todo de la guerra, tema en el cual sus opiniones coincidían bastante. Pero, en realidad, Víctor conocía muy poco el espíritu de su hermano menor, que era reservado para con él. Y a fin de cumplir mejor el encargo de su padre, esa noche, apenas acabó de comer, fué a visitarle a la casa de pensión donde vivía.

Encontróse con una reunión de muchachos: seis o siete. Víctor llamó aparte a su hermano, a un corredor sobre el cual daba su pieza, y le mostró la carta del padre. Juan Andrés dijo que no podía ausentarse por ahora de Buenos Aires. Acababa de fundar con varios compañeros, estudiantes de Derecho y de Filosofía y Letras, una pequeña sociedad de estudios y una revista; y él era el alma de ambas instituciones. Víctor sonrió, imaginando que se trataría de alguna revistilla insignificante como tantas que aparecían y desaparecían, formada por malos versos y artículos declamatorios y vacíos. Pero no quiso decir nada a su hermano, esperando ver aquella revista, cuyo primer número se comentaba esa noche en la reunión.

Juan Andrés Urgel era un muchacho muy alto y muy flaco, desgarbado, de modos algo encogidos y zurdos. Su cabeza era pequeña y sus ojos, pequeños también, carecían de brillo y solían, como si estuvieran exhaustos de cansancio, apoyarse largamente en el interlocutor. Hablaba en voz baja, con lentitud, como disculpándose. Sin duda por esta timidez, Víctor no le conocía. Le juzgaba un poco bobón, un muchacho sin carácter ni fuerza. Bueno, sí; buenazo, mejor dicho. Pero algo infeliz y tosco.

Cuando Víctor entró de nuevo con Juan Andrés, llevaba la batuta un muchacho de cabeza grande y de facciones enérgicas, que hablaba en voz muy alta, con lentitud, marcando sílaba por sílaba. Accionaba poco, y con gestos tan exactos que revelaba todo un temperamento de orador. Era un tal Kramer, nieto de alemán y estudiante de Derecho. Los demás le escuchaban con extraordinaria atención; tenía la apariencia de un jefe. De cuando en cuando se volvía hacia Juan Andrés como esperando que aprobase. Kramer comentaba un artículo de la revista, en el cual se analizaban las teorías de un filósofo español que basaba el conocimiento en la sensación de hambre. Con este motivo, barajaba nombres de grandes filósofos. Kant, sobre todo, no se le caía de los labios. Sus compañeros estaban también enterados, pues Víctor no vió en ellos el menor signo de asombro. Cuando Kramer cesó de hablar, Víctor le pidió la revista y la examinó. Era un pequeño cuaderno de sesenta y cuatro páginas. Víctor se quedaba estupefacto a cada título de artículo. Había dos de índole puramente filosófica: los otros eran de carácter sociológico. Recorriendo al acaso las páginas, se tropezaba a cada momento con los nombres de los grandes pensadores contemporáneos. Sin la menor duda era aquel un cenáculo de idealistas, cosa singular en la ciudad tumultosa y materializada. Víctor sentíase fuera de su sitio entre aquellos muchachos, pues apenas había leído filosofía. Y para no dejarles ver su inferioridad, cambió de temas.

—¿Qué opinan ustedes sobre la guerra? — les preguntó.

—Nosotros somos pacifistas — contestó Juan Andrés. — Es una consecuencia de nuestro intelectualismo y de nuestro sentido de la Cultura. Además creemos que la guerra es obra del capitalismo.

—De modo que son internacionalistas...

Kramer protestó. Eran nacionalistas, pero de un nacionalismo inteligente, hecho de amor al país, a sus grandes hombres, a sus paisajes; de fe en su destino futuro; de pesimismo con respecto a su cultura actual. No había el

menor espíritu guerrero o exclusivista en su nacionalismo.

—Son las mismas opiniones de mi discurso en el Congreso — dijo Víctor, muy complacido, creyendo encontrarse con discípulos.

—¿Ah sí? — preguntó Kramer, mientras Víctor embaulaba su expresión satisfecha.

Entre los demás, sólo uno había leído su discurso; y no entero sino en parte. Otros habían oído hablar. Juan Andrés dijo que, en efecto, el punto de vista era casi idéntico. De esto dedujo Víctor que a aquellos muchachos no les interesaba la política.

—Y la cuestión social, ¿cómo la ven ustedes? — preguntó Víctor.

En general eran todos ellos, personalmente, de un individualismo exaltado, pero predicaban, tanto para la obra del espíritu como para la conducta individual y para la vida social, el orden, las jerarquías, el equilibrio, la armonía. No obstante, declararon detestar el régimen actual.

—¿Y harían ustedes algo para que el mundo cambiase?

—¿Nosotros? Nada — dijo Juan Andrés. — La acción no nos pertenece.

Y agregó, gesticulando con sus largos brazos, sofocándose, tartamudeando un poco:

—Por mi gusto, que se vaya todo al diablo. La sociedad actual ya no puede durar. No debe durar. Es la degradación de Bizancio en el mundo entero. Dicen que la guerra ha dado seriedad y espíritu religioso a la gente. ¡Mienten! La guerra es un asco, una podredumbre; y la podredumbre no puede engendrar la virtud ni el sentido religioso de la vida. Lo que traerá la guerra es la revolución social. Que venga cuanto antes. Pero nosotros no moveremos un dedo para que venga. A nosotros no nos importa. Sólo nos interesa el espíritu, y el espíritu, que en lo material es ahora esclavo, seguirá siendo esclavo siempre.

Víctor no salía de su asombro. Por primera vez en su

vida le oía tales cosas al buenazo y tímido de Juan Andrés. No sospechaba en él semejante energía y entusiasmo. Víctor, interesado en conocer a fondo la mentalidad y la orientación de aquellos muchachos singulares, continuó haciéndoles preguntas. Comprendió que en realidad no eran demócratas sino aristócratas, de una aristocracia un poco a lo Renan. Estaban convencidos de la superioridad de los hombres de pensamiento y de cultura, y creían que el gobierno debía estar a cargo de hombres así. En literatura execraban el realismo, porque daba una importancia desmesurada a las cosas, en perjuicio de las almas. Preferían el análisis psicológico, las novelas cargadas de inquietudes espirituales, la poesía que mostrase el alma de las cosas. Admiraban y leían a Dostoiewsky, a Stendhal, a Ibsen. La literatura argentina la negaban en bloque. Los escritores argentinos, según ellos, carecían de inquietudes espirituales, y se dijera que prescindían del alma. Su único afán era el de juntar palabras. Para esos escritores no existían enigmas ni problemas. No les preocupaban los grandes interrogantes de la vida, sino el verbo raro, el consonante sorprendente.

—El culto de la palabra — dijo un muchachito que no representaba más de diez y ocho años, de voz suave, de figura fina y de anteojos — es un síntoma de decadencia. La literatura argentina ha llegado a la decadencia sin pasar primero por la plenitud. Y es que su decadencia es también un remedo extranjero. Ese culto de la palabra, como si ésta fuese un fin y no un medio, ha empobrecido y anulado a la literatura argentina. No hay entre nuestros poetas y literatos inquietudes espirituales. Ignoran toda filosofía y viven contradiciéndose perpetuamente. No hay ideas en sus obras. Sólo palabras, palabras y palabras. En algunos, el culto a la palabra llega a ser una aberración.

—Sin contar — agregó Juan Andrés — con que casi todos son bárbaros. No hay en sus obras ni proporción, ni jerarquías, ni orden. Les falta clasicismo.

Víctor asombróse de estas palabras. Juan Andrés explicó que se trataba, no del clasicismo *demodé*, sino de

una posición espiritual. El clasicismo era la medida, el equilibrio, la armonía, la proporción, la jerarquía. Kramer advirtió que, si bien todos ellos aceptaban esa posición, había en el pequeño cenáculo diferentes matices de clasicismo.

—Lo que pasa es que los escritores argentinos, en su inmensa mayoría, — dijo otro de los presentes, un muchacho gordo, de cara redonda, feo y de expresión atormentada, que parecía desesperado por hablar, — carecen por completo de espíritu religioso. Todos son en realidad materialistas, aun los que creen tener una religión.

—No hay gentes menos religiosas — advirtió Kramer, —que los que practican una religión.

—Eso no— reprochó el muchachito de los anteojos. — Hay de todo. Los grandes santos practicaron y sintieron la religión: eran bien religiosos, sublimemente religiosos.

Víctor observó que en varios puntos los muchachos no estaban de acuerdo. Ellos le explicaron que no tenían una filosofía determinada ni pretendían crearla. Su credo común era el odio al materialismo, al siglo diez y nueve, a la psicología de los médicos, al romanticismo. Ellos eran todos intelectualistas e idealistas, si bien dentro del idealismo cabían matices. Y así, uno de ellos era católico, otro vagamente teósofo; en la pura filosofía, casi todos estaban por el bergsonismo, algunos permanecían fieles a Kant, sin que faltase algún neo-platoniano.

Como era ya tarde, Víctor se levantó para marcharse. Pero antes de despedirse, preguntó a su hermano si veía siempre a Rodolfito. Juan Andrés hizo un gesto de desprecio.

—¿Quién es? — preguntó uno de los muchachos.

—Es un individuo — dijo Juan Andrés — que sólo piensa en vivir bien.

—Sin embargo lee mucho — objetó Víctor, por hacer hablar a su hermano.

—Para él la lectura y el estudio son modos de vivir bien. Y no digo por el libro en sí mismo, sino por las consecuencias ventajosas de la lectura. Si estudia Derecho y hasta saca buenas clasificaciones, es porque piensa

ganar mucho dinero ejerciendo la profesión, o porque ese título le servirá para pescarse una novia millonaria. No lee para perfeccionarse, ni por pasión intelectual. Lee por placer sensual, o para exhibir por todas partes sus lecturas y pasar por muchacho estudioso y serio. Lee para los demás, cuando no para su sensualismo.

Víctor dijo entonces que si Rodolfito deseaba vivir bien, a toda la humanidad le ocurría lo propio.

—Ustedes se lo pasan estudiando y hablando de cosas trascendentales. Pero eso no es un sacrificio para ustedes. Lo hacen porque les gusta. Viven bien a su manera.

—Pero nosotros, señor — arguyó Kramer — vivimos bien en un sentido espiritual. Es nuestra inteligencia y nuestro espíritu lo que vive bien. De los placeres materiales no nos preocupamos. Felizmente nos interesan cosas algo más nobles, menos animales, que las comidas exquisitas y que los goces amorosos.

—¿Qué? ¿A ustedes no les interesa el amor? — exclamó Víctor, mirando a su hermano, que enrojeció lamentablemente.

—Señor, esos son asuntos privados sobre los cuales no tenemos opiniones acordadas — repuso Kramer. — En todo caso, nosotros pensamos, como nuestro maestro Platón, que el amor viene de Dios. El amor es lo que armoniza todas las cosas y las une. Siendo, pues, algo sagrado, opinamos que no debe ser confundido con las satisfacciones del instinto.

—De modo que ustedes desaprueban ese viento de paganismo y de sensualismo que sopla en Buenos Aires...

—No sabemos en qué consiste, señor. Pero en caso de que exista, como dice usted, lo desaprobamos. Yo, al menos.

—Todos — afirmó Juan Andrés.

Víctor comenzó a despedirse. A cada uno le daba un caluroso y fraternal apretón de manos. Se les ofreció para cuanto quisiesen, y les declaró la agradable sorpresa de saber que existía en su país una juventud tan noble, tan desinteresada y tan valiente.

—Son ustedes los pionners de la Nueva Argentina.

—Es justamente la denominación que nosotros usamos. Un poco pedantesca, señor; ¿no le parece? Pero nosotros necesitamos afirmar.

—¿Y tienen ustedes fe? ¿En ustedes mismos, en el país, en sus doctrinas?

—Nosotros, señor, tenemos fe en las ideas. Creemos en la Inteligencia y en la Cultura. Creemos en la perfectibilidad humana.

—Y creemos en nosotros también — interrumpió Juan Andrés, sonrosándose.

Víctor abrazó a su hermano con el más hondo placer, y salió.

*
* *

Por medio de Genoveva Rauch, conoció Víctor un grupo de mujeres feministas. Genoveva le presentó a sus más eficaces e interesantes compañeras, en dos o tres reuniones de la Federación Feminista. Allí encontróse con Clota. Saludáronse afectuosamente y hablaron unas palabras. Víctor advirtió que Clota, algo cohibida, trataba de aparecer serena. Y uno y otro comprobaron que ya nada quedaba en ellos de la ilusión que estuvo en sus espíritus unas semanas.

Las compañeras de Genoveva eran casi todas socialistas, no obstante su exaltada individualidad. En libros, conferencias, artículos y discursos callejeros, reclamaban la reforma del Código Civil, el divorcio absoluto, la igualdad de todos los hijos, la investigación de la paternidad y el voto de las mujeres. En su mayoría eran solteras y, por consagrarse enteramente a su causa y por odio al matrimonio actual, no pensaban casarse. Algunas vestían saco, chaleco, cuello y corbata de hombre. Nada de seguir las

modas. Supresión absoluta de embellecimientos y coqueterías. No simpatizaban con las mujeres que escribían versos. Terriblemente prácticas, envolvían en un desdén común a los descotes, a la sintaxis y a Dios. Habían eliminado de sus actividades el sentimiento y pretendían imponer a las demás mujeres su concepción de la vida.

En la sociedad argentina, todavía bajo el dominio de las ideas morales de la Colonia, estas mujeres resultaban los más tremendos revolucionarios. Porque ellas no pretendían la modificación exterior de la sociedad, sino una absoluta transformacion interna, un nuevo sentido de la existencia, pues eso significa la creación de una nueva forma de la familia y el cambio esencial en la situación de los sexos. Las feministas, en el fondo, venían a pretender la modificación del Amor, es decir, de la Vida misma.

Víctor parangonaba a estas mujeres con las chicas de la sensibilidad y la mentalidad de su sobrina Adela. Estas chicas eran también reformadoras de las ideas morales y de las costumbres. Con sus opiniones y sus audacias, imponían, en el ambiente que las rodeaba, tolerancias que poco a poco se transformaban en hábitos y luego en normas. Estaban modificando las relaciones de padres e hijos, pues, por obra de sus rebeldías, ya la autoridad paterna estaba lejos de la rigidez de otras épocas. Ahora ellas gobernábanse a sí mismas. Eran libres, sino exterior, interiormente. Modificaban las relaciones sexuales también. Muchas de ellas buscaban sus novios sin disimulo; habían establecido el flirt a la norteamericana, es decir, el flirt que no conduce al noviazgo; besábanse con sus novios casi sin ocultaciones, cosa condenable hasta hace muy pocos años; las más audaces salían a pasear con amigos, a tomar el té en lejanas confiterías, y muchas de ellas tenían un amante. Pero lo importante, no eran los hechos, sino las ideas morales de estas chicas. Coincidían en muchos puntos con las feministas, si bien sus caminos eran harto diferentes. Las unía un mismo sentimiento de protesta contra la ética dominante, pero unas combatían teóricamente, con discursos y artículos, y otras

prácticamente. Aquellas lo hacían con método, con estadísticas; estas lo hacían dejándose llevar por la propia sensibilidad, un poco inconscientemente. Aquellas poseían una fe; las otras no creían en nada. Víctor compadecía a las pobres chicas desencantadas e incomprendidas; pero admiraba a las feministas y a las intelectuales. En éstas, él veía heroísmo, energía, dinamismo. Las otras eran un tanto débiles y pasivas, aunque su acción fuese más eficaz que la de las otras.

Las mujeres intelectuales, entre las que Genoveva y sus compañeras sólo formaban un grupo, reformaban también la cultura del país. Mientras los hombres dirigíanse a los negocios y los empleos, ellas iban hacia las facultades, hacia las escuelas normales, hacia el periodismo y la literatura. Las conferencias llenábanse de mujeres, y en los trenes y en los tranvías, donde hasta hace algunos años nadie acostumbraba a leer, veíanse millares de mujeres con sus libros y sus revistas bajo los ojos. Víctor había oído hablar, a unas amigas de su mujer, de varios grupos de señoras y muchachas católicas. Mujeres de acción, vivientes, dinámicas, muy modernas también. Fundaban revistas, sociedades de estudios, escribían, enseñaban religión a niños y obreros en los más lejanos barrios. Y todo esto, muchas veces, ante la oposición de sus familias, y siempre con un fervor admirable y una intrepidez heroica.

En un país donde la herencia española imponía a las mujeres una vida de harén, esas muchachas que estudiaban medicina o derecho, que practicaban el socialismo, que vivían dinámicamente, que publicaban libros, que se gobernaban solas, que valían más que los hombres, estaban transformando la fisonomía moral de Buenos Aires. Víctor las admiraba por su fe y por su dinamismo y pensó que nuestra Argentina tenía una gran reserva de fuerzas en aquellas muchachas valerosas. Todo cambiaba en el país. Nuevas ideas sustituían a las vejeces coloniales. Una nueva sensibilidad. El deseo de vivir de otra manera Ideales nuevos, esperanzas nuevas, vida nueva. Creadores de la Nueva Argentina.

*

* *

Víctor se dirigía una tarde al Congreso por la Avenida de Mayo, cuando, al pasar frente a un café, vió a un hombre que, levantando los brazos, le saludaba desde adentro. Era Garbini. Apenas Víctor contestó al exagerado saludo, el periodista, abandonando bruscamente su asiento, le asaltó. Había dejado el sombrero en el café, y la onda se le caía sin cesar sobre la frente obligándole a un teatral movimiento del brazo derecho para volverla a su sitio. Llevaba un diario en la mano izquierda y lo tremolaba en el aire mientras hablaba. Díjole a Víctor que esperaba allí a unos amigos judíos, dos muchachos de gran talento; y Víctor, que oyera hablar a Rauch de los judíos y tenía curiosidad por conocerlos, entró con Garbini en el café. El periodista, feliz de que le vieran en compañía de un personaje, miraba hacia todas las mesas buscando caras conocidas y se reía solo.

Hacía tiempo que Víctor no veía al bohemio. Sin duda el hombre, a causa de los repetidos pechazos con que acometía al diputado, no se animaba a ir a verle, avergonzado. Porque Garbini, pensaba siempre Víctor, era un buen hombre. Nadie más generoso, servicial y leal. Si daba sablazos, hacíalo sufriendo, acongojado a veces, y sólo por verdadera y angustiosa necesidad. Pero, naturalmente, ocurría que, en ocasiones, se olvidaba de la necesidad y se gastaba el dinero, cuya adquisición tanto le doliera, en beber con amigotes, en comprar libros, en comer en restoranes. El propósito de regenerarle que tuvo Víctor, inculcándole voluntad y sentido práctico, había fracasado. Garbini no tenía remedio. Sería toda su vida un abúlico, un inservible, un vencido. Víctor, hombre cordial, queríale personalmente, pero abominaba de él en

cuanto, a su juicio, era un representante de todos los defectos de la raza, un enemigo, aunque pasivo e ineficaz, de la Nueva Argentina.

—¿Y de dónde conoce usted a esos judíos? — preguntó Víctor.

Garbini comprendió que Víctor, como muchísima gente en Buenos Aires, ignoraba la importancia adquirida por los judíos en los últimos años. Los medios intelectuales, que el bohemio frecuentaba, habíanse llenado de judíos. Los había en todas las redacciones de los diarios, aun de los grandes diarios. Ellos tenían revistas excelentes donde colaboraban las más ilustres firmas de la literatura, eran dueños del cinematógrafo y comenzaban a dominar en el teatro. En la Facultad de Medicina — Garbini sabía estas cosas por sus amigos — había cuatrocientos estudiantes judíos: los mejores estudiantes, naturalmente. Y los alumnos de Filosofía y Letras eran, en su mayoría, israelitas. Los judíos habían entrado en la enseñanza universitaria y, antes de diez años, estaría en sus manos la secundaria y la primaria. En política eran casi todos socialistas, y ahora el éxito de la reciente revolución rusa les había hecho revolucionarios.

—A estos muchachos — dijo Garbini, con admiración ingenua — que son dos talentos, dos eruditos, yo los conozco de los cafés, de las redacciones, de la calle...

Era que Garbini, bohemio e instable, vivía siempre adherido a algún grupito. No teniendo nada que hacer, costábale poco el agregarse. Y así, durante dos o tres meses veíasele entre pintores, asistiendo a las exposiciones, hablando de arte; luego, otros dos o tres, entre autores de teatro, trasnochando, discutiendo sobre Bataille y Benavente, negando todo mérito a los enemigos de su circulito, adulando a algún "cabotin"; después pegado a alguna capillita de poetas, defendiendo la poesía realista, "alacraneando", como es de uso entre poetas, contra los más altos espíritus de la literatura. En todos estos circulitos, Garbini actuaba como satélite. Su fin era hacer bulto. Constituía la sombra necesaria para que se destacasen las primeras figuras. A cambio de los cafés,

vermuts y whiskys que le pagaban, y hasta algún almuerzo o comida, el bohemio colocaba gacetillas bombásticas en los diarios subalternos, o un palo al enemigo o al rival. No estorbaba mucho, porque era bastante discreto, y prestaba buenos servicios. Ahora andaba entre judíos literatos. Como si los hubiera leído, recomendaba a todo el mundo los libros de Israel Zangwill, de Ach, de Isaac Peretz. Se había vuelto, sin dificultad, maximalista, y hablaba con entusiasmo de Lenín y de Trotzki.

Llegaron por fin los dos muchachos. Uno de ellos era horroroso, con una nariz grande y gruesa en la punta, con unos ojillos duros y una expresión fría y desagradable en el rostro. El otro, que representaba veintidós o veintitrés años, era simpático y de buen tipo, de modos distinguidos; tenía una ancha frente, una boca algo afeminada y roja, la piel blanca y tersa. Hablaban ambos con acento extranjero.

Durante una hora charlaron con el diputado. Como ellos eran pacifistas y habían leído el discurso de Víctor, le miraron, al principio, como a un compañero. Pero no tardaron en desconfiar y en mostrarse agresivos. Eran realmente dos muchachos de gran cultura y de verdadero talento. Pero antipáticos. Víctor decíase que, aun reconociendo lo que pudieran valer, "no iría con ellos a ninguna parte". Hablando de la situación de los judíos, y no obstante ser ellos argentinos, daban como existente en el país el antisemitismo, ante el asombro y el fastidio de Víctor. Para ellos, el país más admirable del mundo era los Estados Unidos, pero, visiblemente, esta admiración provenía del poderío de los judíos en ese país. Ellos decían, con orgullo, que había en Nueva York un millón y medio de judíos. Sus predilecciones literarias eran curiosas: sólo elogiaban a los escritores revolucionarios o anticlericales. A los demás no los habían leído. Víctor comprendió que estos muchachos, de cualquier tema que hablasen, no olvidaban nunca su condición de judíos.

Luego llegaron otros dos. Víctor les pidió algunos detalles, para enterarse de la importancia de la colectividad

en nuestro país. Dijéronle que en Buenos Aires vivían cien mil judíos y en toda la república ciento cincuenta mil, y uno de ellos afirmó que, dentro de diez años, la vida intelectual del país estaría dirigida por los judíos. Todos los datos comprobaban las referencias de Garbini. Víctor se despidió. Quedó convencido de que los judíos constituían una fuerza formidable, la cual iba a transformar la fisonomía espiritual del país. Así se lo dijo a Rauch pocos días después, pero manifestándole su escasa simpatía hacia ellos.

—Haces mal — contestó Rauch — en no simpatizar con ellos, porque los judíos son uno de los más fuertes puntales de esa Nueva Argentina de que siempre hablas. La raza judía es, quizá, la más viviente y dinámica. Como es la más moderna. En nuestro país nadie se interesa tanto como el judío por nuestra obra intelectual. Por esto yo considero inteligentemente argentino al judío, pues conoce y estima a los obreros de la cultura argentina.

—Será verdad todo eso, pero pretenden dominarnos.

—¿Y quién no desea dominar? Tú, ¿no pretendes dominar, acaso? Y es lógico que dominen, pues constituyen la raza intelectual. Una santa pasión intelectual tiene Israel. Aquí, en Buenos Aires, centenares de muchachos y muchachas padecen heroicamente el hambre, el frío y la soledad, mientras cursan en los colegios y en las Facultades. Para ellos la más alta categoría humana es la del escritor, la del artista, la del sabio. Y mira: aquí, donde tan poco representa la obra del espíritu, el escritor, el sabio y el artista sólo encuentran respeto, simpatía y afecto entre los judíos.

Víctor debió reconocer que en la Nueva Argentina los judíos constituían una parte de lo más moderno y viviente. Y que así como habían contribuído a caracterizar el espíritu yanqui, así contribuirían también a caracterizar, en un sentido análogo, el espíritu argentino. Pronto serían los dueños de la vida intelectual del país, de manera que influirían sobre el espíritu nacional, vale decir: sobre lo mejor del país. Y debió reconocer también que los ju-

díos poseían tenacidad y esperanza. El, que admiraba la fe en ciertos partidos políticos y en las mujeres feministas, no podía dejar de admirarla también en los judíos.

*

* *

A principios de Marzo de aquel año de 1918, Víctor se enteró de la agitación universitaria que entonces comenzaba y que debía estallar más tarde, trastornando la vida intelectual del país y ocasionando graves inquietudes. Una verdadera revolución. No faltaron asaltos, heridos y hasta muertos. Kramer y Juan Andrés eran líderes de ese movimiento que se preparaba. Pero ellos manteníanse más en la teoría que en la acción. En la casa de Juan Andrés, adonde Víctor debió ir varias veces para convencer a su hermano de que visitase a su padre siquiera por unos días, Víctor conoció al verdadero jefe de la futura rebelión. Era un muchacho pequeño y feo, mal vestido, siempre con la barba de varios días y con tres o cuatro libros bajo el brazo. Voz atiplada, gestos enérgicos. No exponía ideas, ni discutía. Afirmaba. Repetía una frase hasta el cansancio, rotundamente. La elocuencia de este muchacho estaba en los ojos, ardientes y fijos, y en una actitud de mando que, sin duda, le era natural. Llamábase Aréchaga.

—Pero, en definitiva, ¿qué pretenden los estudiantes? — preguntaba Víctor.

—Que se nos considere como hombres — afirmaba el líder. — Como hombres libres. Que no nos manden.

—¿Y la disciplina? ¿Y la autoridad del profesor?

—Negamos la disciplina, negamos la autoridad, negamos la obediencia.

Era imposible conseguir que Aréchaga explicara. Repetía esas frases con violencia creciente, gritando, mirando a Víctor con ojos imperiosos y a veces insultantes.

Kramer y Juan Andrés explicaban. Kramer decía que la Reforma tendría una base filosófica. En nuestras universidades reinaba el positivismo, y era necesario terminar con eso, modernizando los estudios.

—Queremos la igualdad democrática — dogmatizaba Aréchaga. — Queremos gobernar las Universidades, que son nuestras, que son para nosotros. Queremos destruir la autoridad medioeval del profesor. Queremos que se nos considere como hombres libres.

Víctor quiso saber cómo lograrían tan trascendental reforma. Kramer y Juan Andrés preconizaban la propaganda, la huelga, las conferencias. Representaban la derecha. El otro hablaba de asociarse con los obreros, de asaltar los edificios de las Facultades, de amenazar a los enemigos de la reforma, de obtener de la Federación obrera, bajo el compromiso de la ayuda recíproca, la declaración de la huelga general revolucionaria. Aréchaga, lanzado por este camino, llegaba al anarquismo. Y era anarquista, en efecto. Los otros muchachos mirábanle con respeto, como a un temible hombre de acción. Varias veces el líder dijo a Víctor cosas agresivas. Considerábale un burgués, un reaccionario.

—Ni lo uno ni lo otro — contestó Víctor, sonriendo a las impertinencias del muchacho. — Al contrario, simpatizo con ustedes. Creo que nuestra enseñanza está anquilosada. Ustedes, que son dinámicos, traerán a nuestras Universidades, y a nuestra cultura en general, un espíritu nuevo. Simpatizo con ustedes y con usted porque son vivientes, porque se rebelan contra el espíritu estático, porque son inquietos y jóvenes y porque tienen un ideal y una fe.



Un domingo, en casa de un diputado conservador que veraneaba en el Tigre, Víctor conoció a uno de los más prestigiosos escritores jóvenes: treinta y ocho años, muy alto y muy robusto, rostro enérgico, bigotes cortos y un poco rubios, mirada triste y larga, aire meditativo. Víctor, por referencias, le sabía dinámico, fuerte, generoso, sincero. Por medio de él, que conocía profundamente los medios literarios, Víctor se enteró de las tendencias ideológicas que predominaban entre los escritores jóvenes.

—En otro tiempo — dijo el literato — aquí no había escritores ni se publicaban libros. Hoy día hay centenares de escritores y aparecen varias obras nuevas por semana. No es que en aquellos tiempos faltara ambiente, como se dice. ¡Tonterías! El escritor no necesita de ambiente; si no lo tiene, lo crea. Lo que entonces faltaba era fe en los hombres que escribían, vocación, espíritu profesional, entusiasmo.

—¿Pero tienen verdadera fe los escritores de ahora? —preguntó Víctor, con el mayor interés.

—Tenemos fe en el arte, en nuestra vocación, en la cultura progresiva del país. Son admirables esos hombres que trabajan con tenacidad heroica, sin recompensa ninguna, sabiendo que el escritor nada representa entre nosotros. Y son admirables también esos muchachos soñadores que escriben versos, en un ambiente que no se interesa en lo más mínimo por ellos.

—¿Románticos? ¿Contemplativos?

—Contemplativos, no. Entre ellos se habla mucho de misticismo, pero no hay tal cosa. Todo su misticismo se reduce a una vaga religiosidad literaria. Pero románticos, sí. Han heredado, sin haberle leído, por supuesto, la ropavejería de Juan Jacobo: esa vaguedad religiosa;

la manía de ensoñar; la fe ingenua en la justicia, en la fraternidad, en el amor y en la verdad, palabras que escriben con mayúscula; el individualismo anárquico y exaltado; la indisciplina, y el sentimentalismo un tanto morboso. Siempre ha existido en las grandes ciudades el tipo del poeta elegíaco, a veces vencido y siempre neoromántico. Pero la guerra y la revolución rusa les ha convertido en epidemia. Son casi todos demócratas y revolucionarios, si bien en arte se consideran aristócratas. Admiran por igual a Lenín y a Oscar Wilde. Y lo mismo les interesa la revolución social que el creacionismo... Pero si valen no es por esa incoherencia juvenil, sino por su idealismo, su entusiasmo, su fe un poco quimérica y su extraordinaria sensibilidad. Son muy modernos, y, por eso mismo, muy inquietos.

Víctor quiso saber si trabajaban, si estudiaban, si eran felices. Trabajaban mucho en relación a los escritores de hace treinta años, pero perdían el tiempo en discusiones interminables. No estudiaban, pero leían todo lo nuevo que caía en sus manos: lo noruego y lo inglés, lo francés y lo español. No eran felices, porque su tormento les impedía serlo. Sufrían por ser desconocidos e incomprendidos; por su pobreza y por la imposibilidad de satisfacer sus ansias de placeres sensuales; por las bellas mujeres, inaccesibles para ellos. Amados, a veces, llegaban a la cumbre de la dicha. Luego caían en la exasperación y en la inquietud.

—Esto en cuanto a los muchachos. Pero los que ya no lo somos tenemos, quien más quien menos, análogas características. El escritor de hace treinta años, que fríamente pesaba sus frases incoloras, acomodado en la soledad de su escritorio, apenas existe ya. Ahora casi todos somos un poco hombres de acción. Y casi todos sufrimos y vivimos desasosegados. El país se ha transformado en absoluto. Ha nacido una nueva sensibilidad.

Víctor deseaba conocer algunos escritores y artistas representativos. El literato convino en llevarle a visitar a varios de ellos: dos o tres hombres de letras, un pintor, un escultor y un músico.

Dos días después comenzaron esas visitas. Dedicaban una noche a cada uno. Víctor oíales hablar y les hacía mil preguntas. Vió que eran espíritus verdaderamente admirables. Todos ellos trabajaban silenciosamente, con un ardor y una fe juveniles aunque habían pasado ya la juventud. Incomprendidos, o desconocidos en su gran valor, no se quejaban. Sabían que en esta patria nuestra el oficio de artista no era recompensado. Un artista, ¿qué representa en Buenos Aires junto a un político, a un millonario, a un hombre de alta posición social? Ellos pensaban que era justo que así fuese. El país no necesitaba de los artistas por ahora. Además, la recompensa de ellos residía en la propia libertad espiritual, en una exaltada embriaguez de libertad espiritual. Ellos soñaban y trataban de realizar sus sueños, sin pensar para nada en el éxito que esclaviza, en los placeres que destruyen el entusiasmo, en las adulaciones de los diarios y los admiradores. Trabajaban por amor al trabajo, por deber hacia sí mismos, por un hondo sentido de patria, por virtud intelectual, por sereno amor. A ellos y a otros como ellos no faltaba quien les considerase fracasados. Pero en realidad eran los verdaderos, los únicos triunfadores, porque sólo ellos se acercaban al ideal soñado. Solamente carecían de brazos estos hombres nuevos. Pero aparte de esta relativa incapacidad de acción, eran típicamente modernos. Constituían la Inteligencia de la Nueva Argentina.

Una noche volvieron a encontrarse en el Tigre, en casa del diputado conservador. Después de comer, los tres hombres salieron a pasear en lancha por los canales y los riachos. Allí, el escritor, contestando a varias preguntas de sus amigos, les hizo las confidencias de su vida.

—He vivido veinte años escribiendo. He publicado quince libros. Cualquiera que sea su valor, son obras que representan un enorme trabajo, un triple trabajo de documentación, de composición y de estilo. He logrado todos los éxitos imaginables, aquí como en el extranjero. Y sin embargo, estoy lejos de ser feliz. Falta algo esencial a mi vida. Tengo la sensación de haber perdido esos

veinte años. ¿Para qué escribir? La gloria es una vanidad triste: ser recordado, cuando más, unos cincuenta años y quedar después en las páginas frías y monótonas de las historias literarias. El éxito es un engaño, y a veces, como en mi caso, equivale a la incomprensión. ¡Es doloroso ser aplaudido por lo que menos vale de nuestra obra, y que la esencia verdadera de nuestro arte sea desconocida o incomprendida! En nuestro país el escritor puede llegar a merecer gran consideración como tal, pero fuera de la literatura él nada significa. Uno trabaja por vocación, por impulso mecánico, por patriotismo, por hacer algo en favor de los demás. Esta es la recompensa del escritor: consolar a los que sufren, enseñar a amar, infundir ilusiones en las almas, penetrar en el corazón de los seres sensibles. Pero de todo esto apenas nos llegan noticias. En cambio nos llegan infinitas voces que nos hablan de envidias, de incomprensiones, de maldades. He pasado veinte años encerrado en mi casa. Y ahora creo que lo único importante es vivir, vivir...

Quedaron silenciosos un instante. El escritor, con voz de confidencia, prosiguió:

—Un hombre en mi caso tiene dos caminos: o el arte o la vida. Yo quiero demasiado al arte para abandonarlo, para no darle a él todas mis fuerzas. Pero quiero también a la Vida. ¿Cómo conciliar el arte y la vida, quiero decir mi vida? Yo he elegido la literatura. Pero la vida es demasiado fuerte, demasiado tentadora aquí en esta ciudad tan juvenil, tan pagana, tan enérgica. Para darse al arte por entero, sería necesario una voluntad que yo no tengo. Sería necesario aislarse, como estuve aislado en otro tiempo; olvidarme de que existen las fiestas, los teatros, los placeres. Sería necesario tener el coraje de huir de las dulzuras del éxito. De esta lucha terrible, de este conflicto entre mi pasión intelectual y mi deseo de vivir, nacen mi inquietud, mi descontento, mi desilusión...

Mientras él hablaba, Víctor pensaba en el heroísmo y en la fe de este hombre joven, el cual, como algunos otros, sabía sustraerse, aunque luchando y sufriendo, a todas

las satisfacciones de la vida para dar a su trabajo y a su arte sus mejores horas. Y pensaba también que en otros tiempos no hubo en el país hombres de esta índole, ni tampoco podía haberlos. Todo era entonces sencillo y normal. Todo es ahora complicado. Hombres de esta inquietud, de este valor espiritual y de esta fuerza eran productos genuinos de la Nueva Argentina.

Era una admirable noche de Marzo. El cielo, limpio, sin estrellas, tenía algo de musical. La lancha iba por los riachos orillados de sauces. Silencio infinito. Paz lírica. Dulce melancolía poética. En un momento en que el silencio y la quietud se ahondaron indeciblemente, Víctor, reconcentrado, recordó los ejemplos de fe nueva que acababa de conocer en aquel verano. Recordó la fe, ingenua e inconsciente, de aquellos hombres que creían ciegamente en la obra de su partido y en el perfeccionamiento político del país; recordó la fe, consciente y fuerte, de aquellos otros que, pesimistas respecto a esta hora, creían vigorosamente en la virtud de sus ideas y en el progreso social; recordó a aquellas mujeres emancipadas, espíritus libres y audaces que creían en el triunfo de sus ideales de renovación moral; recordó a aquellos escritores idealistas, que trabajaban, ardientes de entusiasmo y de esperanza, sin pensar en el éxito; y recordó, por fin, a aquellos muchachos que creían con admirable convicción en sí mismos y en el poder del Espíritu. Y de todas estas formas de fe, Víctor hacía una sola y magnífica Fe. Veíala levantarse como un pequeño pero pujante árbol maravilloso. Cada fe era una rama. Alguna secaríase pronto: la de los políticos. Pero otras, como la de los estudiantes y la de los artistas, crecería y crecería con una fuerza poderosa. Y todas las ramas del árbol de la fe, al crecer el árbol y ellas extenderse, cubrirían nuestra tierra argentina y la harían fructificar milagrosamente. ¡Oh Fe, constructiva y fecundadora, eres lo más divino que hay en el alma del Hombre!

VI

AURELIA O EL AMOR-PASION

En su esperanza, y en medio de la multiplicidad de su vida, Víctor aun pensaba en un milagro de amor que le llevase hacia Asunción y a ella hacia él. ¿Por qué dar por terminada la ilusión de aquellos días que se fueron? Nada termina, nada, mientras vivimos. La vida es un eterno renacer. Pero, luego, comprendía la inanidad de su ilusión. Y entonces pensaba en Clota. Fué ella quien quiso cortar el mutuo ensueño. El se sometió, aceptó con pasividad aquella súplica de Clota, que era en realidad una decisión. Y ahora pensaba que aceptó precipitadamente, estúpidamente. ¿Por qué aceptó? Porque desconfiaba de sí mismo, por malentendida caballerosidad, por un poco de natural cobardía ante las grandes responsabilidades, quizá porque también él creyó en su desilusión... Y en su nueva esperanza, imaginaba el retorno del amor a los pobres corazones — el suyo y el de Clota — que no supieron comprenderse, que no intentaron adaptarse. Pero otra vez, como cuando pensara en Asunción, contemplaba

lo difícil, sino imposible, de este sueño, y volvía a su interna soledad.

Y entonces acordábase de aquellos ojos...

Los encontró, por fin. Sabía que este encuentro iba a llegar alguna vez. Víctor pudo buscar aquellos ojos y hallarlos, pero no quiso. Sólo permitíase recordarlos, y, en la extraña certeza de que cuando pensamos con fuerza en una persona ella aparece ante nosotros, esperaba el advenimiento.

Fué al atardecer de un día de Abril, frío y lluvioso. Víctor había ido a Harrods por algunas compras, y aguardando, bajo la portada suntuosa de la gran tienda, a que pasara un automóvil de alquiler, miraba a las mujeres, lindas y elegantes, que esperaban sus coches. Unos tras otros los automóviles iban deteniéndose, y de la hornacina, enorme y luminosa, de la portada de la tienda, corría una figurilla protegida por el paraguas del groom para ser al instante devorada por la cueva oscura del automóvil. De pronto, Víctor presintió el acontecimiento. ¿Quién habíaselo anunciado? ¿Fué el instinto que, así como, paternal y vigilante, nos advierte los peligros, puede también señalarnos la inminencia de una felicidad? Inquieto, Víctor salpicó sus miradas interrogativas a un lado y a otro, como buscando algo, ávidamente. Y en pocos segundos, sus ojos enderezaron hacia otros ojos que los esperaban con temor y con ansia.

Víctor conocía el nombre de aquella mujer. Habíale preguntado a Maciel quienes eran las señoras que, en la tarde de su célebre discurso, formaban parte de aquel grupo que en la plaza del Congreso esperaba sus automóviles y al que Maciel pretendía que Víctor se acercase. Su cuñado las nombró a todas. Víctor comprendió que la dueña de los ojos de pasión y de misterio era Aurelia Orlando, una porteña de abolengo, que se casara con el médico mendocino Ernesto Brenes, ahora colega de Víctor en la Cámara. Era una mujer de treinta y dos años más o menos, de mediana estatura, bien repleta de carnes. Una gordita elegante y lujosa. Llevaba un tapado de seda negra y envolvíase el cuello con una piel. Un fino velo

ponía sobre su rostro blanco una suave veladura de sombra. Entre el sombrero de anchas alas y aquella piel que le abrigaba el cuello, la cara aparecía desdibujada, sin líneas externas. Su figura entera, desde la gran pluma negra del sombrero hasta sus zapatos de raso, formaban un ambiente oscuro y exquisito a la blancura del rostro, el cual no era sino el pretexto de la naturaleza para que allí viviesen sus ojos. Porque toda aquella mujercita, su alma entera y su ser entero, concentrábanse en sus ojos. A través del velo, las facciones no se distinguían con perfección, y así los ojos, en aquel momento, eran toda el alma del rostro. ¡Ah, los ojos de Aurelia! ¿Dónde hubo otros ojos tan profundos, tan oscuros, tan aterciopelados y a la vez tan ardientes? ¡Ojos de pasión, ojos de misterio! Hacían pensar, espesos, lentos, sensuales como eran, en enormes gotas de esencias orientales, de aquellas esencias que véndense en Túnez la Blanca, en el zoco misterioso de los Perfumes.

Cuando Víctor — su mirada, su alma, su ser entero — encontróse con aquellos ojos, fué hacia ellos con la fuerza violenta de su ansiedad de amor. Aurelia, que sin duda sintió todo el poder de la voluntad masculina, miró hacia otra parte, al parecer muy turbada. Acompañábala una amiga. Los ojos de Víctor, impacientes, autoritarios, querían apartar a las gentes que se interponían en su camino, saltar sobre las cabezas, tumbar aquel obstáculo humano detrás del cual se refugiaban los asustados ojos de Aurelia. Pero todo era inútil. Cuanto más pretendía ella huirle, más ansiaba ir hacia él. Víctor lo advirtió y fué implacable, de una tenacidad sin perdón. Consciente de su poder, de la energía que concentraba en sus ojos, penetrábalos en el rostro de Aurelia. Y entonces, poco a poco, la mirada de ella, dirigida hacia otra parte, volvía a Víctor, sumisa, temerosa, emocionada.

Pero otras veces dijérase que el miedo había pasado. Aurelia miraba a Víctor con pensativa y resuelta lentitud; bajaba y cerraba los párpados con una suavidad de seda; prolongaba su mirar y luego lo recogía con calma, como arrastrándolo sobre el rostro de Víctor, como ha-

ciéndole una caricia. Pero en aquellos ojos, voluptuosos y sensuales, no estaba ausente el espíritu. Y con el espíritu reuníanse la ternura, la pasión, la suavidad, el ensueño.

No tardó en llegar el automóvil que ella aguardaba. Al encaminarse hacia la calle, Aurelia quedó detrás de su amiga. Y entonces sus ojos y los de Víctor uniéronse como en un beso penetrante y vasto. Ella, en seguida, enrojecióse de su propio mirar. Pero antes de subir al coche, sus ojos fueron hacia Víctor nuevamente. Miróle de lado, y de un modo amplio, pleno, largo. ¿Resolución de la entrega, don de absoluta confianza? Los hombres apenas deletreamos el lenguaje de los ojos femeninos, poco perspicaces como somos. El instinto suele traducirnos lo esencial de aquel lenguaje, pero perdemos los sutiles matices. Víctor no entendió todo lo que aquellos ojos le dijeron. En cambio, vió que el rostro de Aurelia poníase como fuego y que sus facciones estremecíanse ligeramente. Mientras tanto, ella, mirándole siempre de lado, cerró los párpados despaciosa y golosamente, y así permaneció unos segundos, sin mover los ojos. Víctor sintió, en la esencia misma de su ser, la dulzura infinita de esa caricia.

Todo esto duró unos instantes. Luego ella subió al automóvil y se alejó con su amiga.

Llovía menudamente. El asfalto abrillantábase en ciertos trechos por las láminas de cristal del agua bajo las luces eléctricas. Un atascamiento de automóviles y de carruajes permanecía allí en la calle. Víctor cruzó a la otra acera y miró el sitio de su dicha: como una boca de escenario, la alta entrada de la tienda refulgía extraordinariamente, y abajo se aglomeraba una multitud de figurillas humanas, coloreadas y movedizas. Después se alejó, por una de las calles que cortan Florida, bajo la lluvia incómoda y la noche. Pero él no sentía molestia alguna. No veía sino una cosa: los ojos de pasión y de misterio.

¿Estaría resuelto, completamente resuelto ya aquel asunto? ¿Serían suyos, definitivamente suyos, aquellos ojos? Víctor no supo entonces, ni podía saberlo, que esa misma noche Aurelia comenzaba un diario íntimo y que

las primeras palabras, todas las palabras de su noche de angustia, fueron estas: "Estoy muy triste. Siento mi alma fría y sola. He ido a misa, no obstante ser día de trabajo, en busca de consuelo, y he rezado una oración que repito siempre. ¡Adoración suprema en que mi alma llama e invoca a Dios con el más hermoso de sus nombres: Misericordia! En este día en que tan triste estoy, nos hemos encontrado en la vida... Y ahora creo que mi humilde oración llegó hasta los pies del Padre de Misericordia"...

Aurelia, aunque creyente, no imaginó que estas últimas palabras fuesen una blasfemia. Ella sólo pensó en Víctor como en un probable amigo del alma, por el cual no sentiría jamás sino un afecto puro, una amistad sentimental.

*
* *

Víctor volvió allí varias veces. No la vió. Llevaba sobre sí la visión de aquellos ojos que le torturaban. Su imaginación se iba tras ellos. El infinito de su alma buscaba el infinito de aquellos ojos. Pero la mujer había desaparecido en el abismo de la gran ciudad.

Fué pocos días después, en Flores. Ella esperaba un automóvil y no aparecía ninguno. Víctor, que pasaba en tranvía, arrojóse al verla. Y se plantó en aquella esquina, a dos pasos de Aurelia, como si también esperase algo. Mientras tanto, su ser entero y sus deseos de aquella mujer desbordaban de su fuerte mirada masculina. Ella enrojecía lastimosamente, quería como esconder sus ojos, negábase a mirarle. Víctor dióle la espalda, para sentir en él los ojos asustados y ardientes. Y al volverse hacia ella, de pronto, los encontró. Aurelia, al verse sorprendida, se estremeció de aflicción y de temor. Su secreto se le iba por los ojos, y Víctor leía en ellos su dolorosa confidencia. No sabiendo cómo hacer Aurelia para huir

de la mirada de Víctor, enredaba los dedos en los cordones de una bolsa de seda negra que llevaba en la mano y movíase inquieta, atormentada, de un lado a otro. Sus ojos miraron a Víctor más de una vez como rogándole que no perturbase su vida.

Víctor, resuelto a hablarla, demoraba el hacerlo. Por un poco de esa timidez y vacilación que, en casos semejantes, experimentan aun los más audaces. Por estar él también un tanto emocionado. Por algo de esa voluptuosidad masculina que se complace en el tormento—delicioso para el hombre — de una pobre alma de mujer que está luchando en sí misma contra el avance del amor.

Aurelia decidióse a subir al subterráneo, que en aquella altura de Rivadavia aun no ha entrado bajo la calle. Víctor, sentado en la banqueta vecina, separado de ella por el camino, continuó su implacable empresa. Aurelia tenía ahora una expresión sufriente, y en los ojos como el anuncio de una lágrima. Un sutil temblor circulaba por sus facciones. Las mejillas ardíanle, congestionadas. Cuando los ojos se encontraban, ella asustábase, se estremecía, se encogía y apartaba los suyos repentinamente. Y mirando hacia adelante, aterrorizada, con un temblor en las facciones, movía la cabeza de derecha a izquierda y abría los labios — ¡aquellos labios húmedos, sensuales y rojos! — como diciendo: "No, no puede ser".

¡Qué extraña influencia ejerce a veces un ser sobre otro! Víctor sentíase frente a Aurelia como dotado de un misterioso poder magnético. Cuando ella, mirando hacia otro lado que en la dirección de Víctor, le ocultaba los ojos, bastábale a él concentrar la fuerza de los suyos sobre los de Aurelia, ordenándole mentalmente que los volviera hacia él, para que ella, indefensa, lo hiciera así. Era evidente que Aurelia, sin mirarle, sentía sobre todo su ser los ojos conminatorios de Víctor. ¿No será el amor un fenómeno de magnetismo? Y sino, ¿por qué una cosa inmaterial, como una mirada, producía en Aurelia efectos tan materiales como los de sentirse acariciada, besada, penetrada en su carne, excitada en sus sentidos? Por fin, Aurelia decidió abandonar toda lucha. Y entonces sus

ojos, huyendo de él, uniéronse con los de él. Y ahora era Víctor quien movía los labios como diciéndole ardientes palabras. Movía los labios y luego los dejaba entreabiertos, al mismo tiempo que entornaba los ojos. Una expresión de dolor atormentaba sus facciones, como si el deseo, que iba creciendo en sus sentidos, le torturase infinitamente. Pero, ¿era todo verdad? No por cierto. Víctor exageraba, por instintiva táctica. Y sin embargo, su espectador observaba que todas esas cosas él las hacía un poco emocionadamente.

Aurelia bajó en una estación antes de Congreso. Víctor bajó también. Ya en la calle, ella costeó las paredes, con paso apresurado. Víctor adelantósele, y con el sombrero en la mano, amable y sencillamente, pero no en la actitud de quien ruega sino de quien ordena, se le interpuso en su camino, saludándola. Ella, sin contestarle, sufriendo, roja como un asesinato, se hizo pequeña, se arrimó más a la pared, apresuró todavía más su paso. Víctor iba a su lado, implacable.

—Váyase... pueden verme...

Víctor fastidióse un poco de aquel miedo. ¿Acaso no podían conocerse? ¿Por qué no hablar dos palabras? Ella temblaba toda entera. No hubiera podido pronunciar una frase. Y seguía su camino, deteniéndose a veces como para volver atrás y huir, agachada siempre, junto a la pared en la que parecía querer incrustarse. Así dobló una esquina, saliendo de Rivadavia. En medio de tanto susto, su instinto femenino, dirigiéndola, la sacaba de Rivadavia, la ancha avenida por donde pasaban tantos automóviles y tranvías, y la llevaba a una calle lateral, casi desierta.

—La mano, siquiera — clamó Víctor despóticamente.

Y ella se la dió. Temblaba esa pobre mano, como una paloma herida. Al mismo tiempo, y por primera vez en toda aquella persecusión, Aurelia tuvo una sonrisa, aunque forzada y penosa. Aquella sonrisa de sus ojos y de sus facciones parecía ligarle a él definitivamente. Víctor se apartó y cruzó la calle. Aurelia subió a un automóvil. Y cuando ella se alejaba, él la saludó agitando el

sombrero y después la mano. Ella, sin miedo ahora, sonriente, le contestó con un gran saludo de su cabeza.

Víctor, desconfiado y en exceso analizador, aun dudaba. Sentía sí el amor de esa mujer. Pero, ¿sería su amante alguna vez? ¡Era tan común el caso de mujeres enamoradas, que se defienden y jamás se entregan!

Pocos hombres poseían como Víctor el don de interesar a las mujeres. Les inspiraba una extraña confianza, y él sintió, en más de un caso, que hubiera bastado una insinuación ligera para lograr la confidencia que deseaba ser oída por él. Pero Víctor apenas había ejercido su aptitud de dominio sobre las mujeres. Y hasta ignoraba tenerla, como ignoró aquel dominio sobre las multitudes y los hombres que revelósele durante la campaña política. En Buenos Aires, mientras estudió Ingeniería, fué amado por tres o cuatro mujeres. Después, allá en el pueblo, no le faltó alguna aventurilla sin trascendencia. Pero hasta entonces el amor ocupó en su vida un sitio secundario. Abrumado de trabajo, llena su imaginación de actividades múltiples, no tuvo tiempo ni urgencia en perseguir el amor. Luego se casó, apasionado de Asunción, la única mujer que amó hasta ese momento. Durante tres años, siendo absorbente este cariño, su vocación de enamorar a las mujeres siguió su curso subterráneo, escondida pero latente. Alguna vez, sin embargo, y sin que él lo procurara, hubo mujeres que soñaron con su amor. El siguió adelante, sin tomarlas en cuenta.

Estaba sorprendido de sí mismo. ¿De dónde había sacado tanta seguridad, tanto acierto, tanta oportunidad para dominar a Aurelia? Ignoraba poseer la aptitud del conquistador. Creíase inhábil para seducir a las mujeres, y he aquí que resultaba un maestro. ¿Dónde aprendió todo eso? Es que estas cosas no se aprenden jamás. O se nace sabiéndolas o se las ignora durante toda la existencia. Claro es que muchos detalles de táctica pueden aprenderse — los libros suelen enseñarlos, cuando no las conversaciones —, pero el modo de hacer las cosas no hay quien lo enseñe, y el aprenderlo sería inútil para el que no tuviese el don innato de dominar a las mujeres. Víctor era

feliz. Sentía como si su personalidad se hubiera agrandado. Aquel triunfo sobre Aurelia, una mujer de mundo, distinguida y honesta, le tenía encantado. Jamás se encontró más satisfecho de su persona.

Aquella noche también ella estuvo contenta y asombrada de sí misma. Creía oir en el corazón aquel canto con el cual el pájaro maravilloso guió a Siegfried por el camino del Amor. No hacía sino pensar: "¿qué tiene en los ojos, que su mirada es tan honda?" La casualidad, o el Destino, había dispuesto que volviese a verle. ¡Cómo se había ella turbado al comprender, entre el temor y la esperanza, que él se le acercaría! Se había dicho a sí misma: "Es preciso que no lo mires; no debe ser, no puedes hacerlo, no tienes ya derecho". Pero todas sus reflexiones volaron como papelitos que se lleva el viento. Su voluntad quedó anulada por completo. En su turbación no había sabido negarle la mano que pedía... ¡Y he aquí que ahora el canto divino retornaba sin cesar a sus oídos!



En un cine de Flores. Víctor, que recibiera el programa de una función — de una función común — había comprendido que era una cita. Su imaginación saltó sobre las horas y vivió el instante de lo que aun no había sido. Llegó el día. Desde la puerta la vió venir con dos jovencitas. Al pasar junto a Víctor, los ojos extraordinarios cayeron sobre su rostro como un beso enorme y ardiente. En la oscuridad del cine las dos miradas se buscaban como las manos de los ciegos cuando tantean el aire. Al salir la siguió discretamente. Vivía allí cerca, en un lindo chalet.

Durante aquellos días, Aurelia no hizo sino preguntarse si estaría loca, "de una locura divina". Sólo se ha-

bían visto, ella y Víctor, en tres instantes, y ya ella no sabía vivir sin verle. Al ir al cine con sus amiguitas, pensó que de ese modo podría mirarle, evitando al mismo tiempo que se le acercara; pero su verdadero, su íntimo deseo, fué hablar con él una palabra. Y ahora, ¡cómo deseaba volver a ver sus ojos!

El domingo Víctor supuso que ella iría a misa. Disimuladamente atisbó la casa. Aurelia salió cerca de las once, con las mismas chicas. Llevaba un libro de oraciones, y al entrar en la iglesia, seguida de Víctor que la rozaba, quedóse detrás de sus amigas y, con una audacia sublime, aprovechando el gentío — era domingo de Ramos —, abrió el libro de misa y, sonriendo a Víctor y acariciándole con sus ojos, le mostró su retrato recortado de una revista. De Aurelia, de toda ella, de todos los átomos de su carne, de todo su espíritu, fluía una palpitante y emocionada felicidad: la alegría fecunda, ardiente, exaltante, del amor que ya se conoce a sí mismo. Durante la misa Aurelia rezaba con devoción. Enrojecía a veces, turbada sin duda por sus pensamientos. Era evidente que una lucha terrible había en su alma. Pero, ¿qué podía la voz del deber, la de la Religión, la del Temor — voces que venían de fuera — contra la voz del Amor, más poderosa que todas porque surgía de adentro de su ser, desde lo hondo de su alma, desde el misterio de su carne, desde la misma esencia de su naturaleza humana? Ambos estaban de pié, en medio de la multitud apretada. Víctor se le aproximaba, y en una ocasión llegó a tomarle una mano, que ella tenía caída, a lo largo de su cuerpo. Estremecióse, con el terror en los ojos, sin mirar a Víctor. El se dijo que en ese instante aquella mujer no era ella, sino una pobre cosa hecha de Deber y de Religión.

Y sin embargo, a la noche, olvidada de todo esto, ella recordó, con asombro y encanto, su tranquilidad al dejarle ver su cariño. El día antes, y aun en los momentos que precedieron a su audacia de mostrarle el retrato y sonreirle, creyó que esto le costaría enormemente, y de pronto lo hizo, llena de una gran confianza en él y como anegada en la dicha de que él conociese su amor.

Y así, el Jueves Santo, en que Víctor volvió a la iglesia, la encontró entonces de nuevo: a ella, a Aurelia, a la mujer verdaderamente mujer, a la mujer no de opiniones sino de carne y alma y sentidos.

Salió sola del templo. Víctor la siguió, y ella, empujada por una fuerza extraña, encaminóse por calles solitarias. En la certeza de que no aceptaría hablar con él en la calle, Víctor entrególe dos líneas que escribió en su tarjeta y en las que le citaba para la misma tarde.

Aquella mañana, antes de ir a misa, ella también le había citado, mediante uno de esos procedimientos que sólo enseña el Amor, maestro de sutilezas y de astucias. Y pensando que cuatro o cinco días después debía ella partir para Mendoza por varios meses, díjose a sí misma, con admirable audacia de enamorada que lo juega todo por su amor: "No me arrepiento de haberle escrito". Y era que no pensaba sino en él, en la tristeza y en el horror de que se alejaran uno de otro para siempre, sin conocerse siquiera. Y al volver de la iglesia esa mañana, pensó largamente en su situación. Confesóse culpable de haberle hecho ir. Ella le alentó con sus ojos y después buscó las calles más apartadas para dirigirse a su casa. Pero ¿cómo marcharse tan lejos, por tanto tiempo, sin decírselo? ¿Por qué no hablar dos palabras en la calle, como si se hubieran encontrado por casualidad? Después ella se iría lejos y él nunca, nunca sabría nada de ella. "Dios quiera perdonarme", decíase. Ya su amor era una necesidad para su corazón. Quería verle por lo menos una vez, decirle su adios. ¿Qué pensaría si ella no lo hiciese? La confundiría con una coqueta vulgar... Y ella no soportaba este pensamiento de que la creyese "peor de lo que era". Que supiese su cariño, primero; y después, ella resignaríase a un alejamiento eterno, el cual era tal vez lo mejor... Y mientras de este modo reflexionaba, sufría exageradamente.

Al atardecer volvió a la iglesia, en lugar de ir a la cita que él le pidiera. No tuvo ánimo para resolverse. En la iglesia — ¡ah, Dios lo sabía! — quiso rezar con todo su corazón, pedirle a la Virgen que le diera fuerzas para re-

nunciar a un amor al que ya no tenía derecho. Pero su ruego no fué oído — pensaba ella — y salió con el corazón turbado y miserable y doliente... En la soledad de la iglesia sólo había pensado en él, y en que, a pesar de no haberle ella prometido su presencia, estaría quizá esperándola. "¡Dios quiera perdonarme!", exclamaba a cada rato. Porque había llegado hasta arrepentirse, allá en la iglesia, de no haber condescendido a la cita. Y pensando en que él pudiera esperarla, decíase a sí misma que, aunque ella no hubiese ido, toda su alma estaba allí con él.

La cita que Aurelia le daba era para el lunes, pero Víctor, no pudiendo aguardar hasta ese día, volvió el domingo a la iglesia de Flores, a las once, en la esperanza de encontrar a Aurelia. Allí estaba ella rezando y al mismo tiempo como esperándole. Al verle se estremeció toda entera y ya no pudo rezar. A la mitad de la misa los ojos de él le ordenaron salir. Ella, con la cabeza, dijo que no. Luchaba consigo misma. Bajó sus ojos y movió sus labios rezando, toda humildad, toda fervor. Su pobre alma pedía a Dios misericordia y protección. Contrita, turbada, lacrimosa, era de dar lástima. Pero el amor es cruel y sabe que su gloria sólo se conquista por el sufrimiento. En una ocasión debió imaginar que Víctor no estaba y miró. Los ojos velados y hondos que la habían trastornado, que le hacían olvidar a su Deber, a sus padres, a su Dios, a su Moral, a todo, allí estaban, penetrando en su alma, besando, acariciando su cuerpo. Víctor puso en su mirada toda su voluntad de aquella mujer. Aurelia se estremeció como si hubiera tocado fuego. Después le miró como implorándole piedad, con los ojos llorosos, tristes, dulcísimos. Víctor, con una mirada penetrante y dominadora, y con un movimiento de cabeza, ordenábale salir. Por fin él dió un paso para irse, pero con una actitud como de llevarla consigo, y entonces vió que Aurelia, sin persignarse siquiera, salía de la iglesia con la cabeza agachada, en una turbación tremenda, como una pecadora que se dirige sin remedio hacia el dulce Mal y deja a Dios. ¡Cómo debía sufrir aquella pobre alma! Se

hacía pequeña, humilde, poquita cosa, mientras iba por la calle, a algunos pasos detrás de él. Víctor subió a un carruaje y lo hizo detener para que ella se allegara y subiese. Aurelia intentaba resistirse. Pero algo más fuerte que su voluntad la empujó adentro del carruaje.

Víctor sólo había hablado con ella dos palabras triviales: cuando le entregó aquellas líneas. No supo, en los primeros segundos, qué decirle, tan anormal e inesperada era aquella primera entrevista. Aurelia se empequeñecía, se apelotonaba en un rincón del coche. Víctor le tomó una mano.

—Nos vamos a Mendoza, el jueves — dijo ella temblando toda entera por aquel primer acto de adulterio, temblando de amor y de miedo de Víctor, más que del terror de ser vista con él.

—¡No es posible! ¡Después de habernos encontrado! — exclamó Víctor.

—Es irremediable...

Intranquila siempre, nerviosa, explicó que el doctor Brenes — no se atrevió a decir "mi marido" ni menos a nombrarle familiarmente — concluía su diputación en el próximo Mayo y que había resuelto volverse a la provincia. Víctor le exigió que no faltara a la cita que ella le diera, al siguiente día. Y acercándosele, la atrajo y la abrazó.

Ella intentó retirarse, aterrorizada. Luego, el doloroso recuerdo de su soledad espiritual se irguió allí, frente a ella; y Aurelia sintió un angustioso anhelo de saberse querida por Víctor, un presentimiento de que él la comprendería, una esperanza de que iba ya a concluir aquella horrible soledad de espíritu que la hiciera sufrir tan largos años. Y entonces, conmovida hasta las lágrimas, se abandonó a la Fatalidad y a los brazos de aquel hombre al que adoraba ya, y dejó que los labios masculinos bebieran toda su alma apasionada en sus labios temblantes. Pero aquel beso adúltero era también un sufrimiento horrible para ella, el primer gran pecado de su vida. El espanto impedíale recurrir a Dios, pensar en el Deber, recordar a su marido, tan bueno y cariñoso. Y para huir

del tormento, no había otro remedio que los ojos y los labios de Víctor.

—Así no, así no — lloraba ella. — No nos podremos ver, entonces... Amigos, solamente...

Víctor prometió que otra vez no haría sino lo que ella quisiese. Aurelia, algo calmada, secó sus lágrimas y pudo sonreir de felicidad.

Y a la noche, la página inmaculada de su cuaderno sintió, quemantes, sobre su impávida y helada blancura, estas palabras: "Me he sentido a su lado, ha tomado mis manos, ha besado mi boca. Y yo estaba ciega, enloquecida, conmovida hasta las lágrimas. ¿Cómo explicarme la divina impresión que me han hecho sentir sus caricias? Porque no fué sólo una impresión de amor. He sentido sus besos como suavizados, como atenuados por un gran respeto. ¡Dios mío, yo invoco tu misericordia! ¡Consérvame el tesoro que es su cariño para mí! Esta noche estoy sola y puedo pensar en él sin ocultar mi dicha. Me siento tan penetrada de su recuerdo que apenas puedo ordenar mis pensamientos. Desde hoy me considero tan suya como lo seré por completo si un día él me lo pide."

* * *

La cita. Los episodios de cualquier amor que ha de ocultarse a la curiosidad y la maldad de las gentes. Un automóvil con las cortinillas semibajadas. Un paseo por lejanos barrios — Floresta, Parque Olivera — entre besos y afirmaciones absolutas.

—¿Desde cuándo me quieres? — preguntó Víctor en un tono de ternura que disimulaba su vanidad masculina.

—Desde una noche que te vimos en un teatro, dos semanas antes de tu discurso. Tú me miraste. Tus ojos me

enloquecieron. Pregunté quien eras. Me dijeron que eras un diputado recién elegido, un hombre joven, lleno de talento. Desde entonces no pensé sino en oirte hablar. Y así cuando supe que hablarías me empeñé en ir al Congreso, adonde antes nunca se me ocurrió ir. Después he vuelto dos veces, pero tú no me viste.

—¿Por qué no hiciste algo para conocerme? Era fácil.

—Tenía miedo. No de hacer un disparate como el que estoy haciendo, pues yo creía que jamás te fijarías en una insignificante como yo...

Víctor protestó de tanta modestia. Habló de los ojos de Aurelia, de su alma apasionada, de su infinita ternura que adivinaba.

Ella continuó:

—Tenía miedo de quedar en ridículo, de no saber decir una palabra delante de tí, de dejarte ver lo que ya había en mi corazón, y, en fin, de "abatatarme"...

Rió, pero sin perder sus sonrojos y sus temores, pues Víctor infundíale un tremendo respeto y admiración y un miedo muy grande de que se burlase, encontrándola vulgar o tonta o ignorante o aburridora. Víctor había pegado su boca a la de ella y le mordía sus gruesos labios sensuales. Luego, con infantilidades de flamante enamorado y de seminovicio en aventuras, saltaba en su asiento, abrazándola. Ella, encantada, reía, y, al cobrar confianza, su caricias multiplicaban su propio ardor.

Víctor, curioso de psicología femenina, queriendo saber por qué Aurelia había llegado al adulterio, le preguntó:

—¿Y tu marido? ¿Estás mal con él?

—Es muy bueno y tiene adoración por mí. Pero me quiere sin comprenderme, con un amor vulgar. No hubo nunca una verdadera unión espiritual entre nosotros. Yo lo quiero también, pero con un simple afecto amistoso. Cuando se fueron mis ilusiones de novia, comprendí que nunca sentiría por él un verdadero amor. Una vez tuve la esperanza de un hijo, pero la perdí.

Desde ese día sentíase horriblemente sola. Su vida fué un vacío absoluto. Pero ahora habíase colmado aquel va-

cío. Ahora tenía el mundo dentro de su corazón. ¡Ahora vivía, por fin, después de ocho años de hastío y de soledad!

Víctor pidióle que siguiese siendo buena con su marido, que no le hiciera sufrir, que no le retirara su amistoso afecto. Y luego, emocionado y como en prueba de confianza, revelóle su aislamiento espiritual. Le declaró su sospecha de que los pobres seres humanos vivíamos en espantosa soledad. Imposible salir de nuestro yo. Desde el nacer hasta el morir estábamos solos y por eso la vida era una cosa triste... Pero él creía que el amor acercaba las almas, sacándolas por un instante del propio abismo. Y por eso ansiaba un amor.

Aurelia lloraba con una pena infinita, impresionada por las palabras desoladoras.

—Yo necesito que me quieran — susurró Víctor, exagerando su emoción como un actor que sintiera profundamente su papel.

Y al oir esto, ella se abrazó a su cuello, y, estrechándole con pasión, le besó en los ojos y en los labios y en la cabeza y en la frente, ya sin llanto, como si en ella estuviese la fuerza y en él, que abandonábase a aquella dulzura, la mayor necesidad de afecto y protección. Y sin embargo, y como era lógico, ella necesitaba más que Víctor destruir su soledad. En sus largas horas de tristeza, mil veces habíase dicho eso mismo: "Necesito que me quieran". Pero el placer de sacrificio, que existe en los seres que aman con el corazón, llevábala a eliminarse para consolar al amado.

Los dos se despidieron desbordantes de dicha. Ella admiraba más que nunca a aquel hombre de una rara alma tierna e idealista y que había sabido cumplir su promesa. Su conducta delicada, su cariño suave, las confidencias con que tan hondamente conmovió su corazón, hiciéronle entregar con sus besos toda el alma. Y a la noche escribió en su diario: "Me siento completamente, absolutamente suya; y tan feliz, tan feliz"...

Al otro día encontráronse de nuevo. Un rato en automóvil, primero; después, un elegante departamento amue-

blado que Víctor alquilara. Mientras andaban en automóvil él convenció a su amiga, sin gran esfuerzo ciertamente, de que allí estarían mejor: más soledad, más intimidad. Ella rogaba, entre lágrimas y miedo, que no fueran allá. Víctor asegurábale que él nada haría que ella no quisiera. Luego, encerrados en el departamento, casi a oscuras, él le pidió que se entregase.

—Temo que te olvides de mí — decíale Víctor. — Las mujeres sólo se sienten ligadas al hombre que las ha poseído.

Asegurábale que él no era un hombre carnal, que no buscó en ella una aventura. Pero aquella unión de sus almas, mediante la conjunción de los cuerpos, era necesaria para la plenitud del amor. El sabía que Aurelia deseaba aquello tanto como él. Pero sabía también que las mujeres, —tal vez por un alarde de pudor, o por instintiva táctica para excitar el interés del hombre— necesitan ser convencidas. Y por ello el verdadero seductor ha de poseer, además de la fascinación de los gestos, de los ojos y de las manos, la fascinación de las palabras. Por fin Aurelia, aunque también temía, pero por parte de él, que aquello fuese causa de olvido, asintió, mientras las lágrimas mojaban su cara. Dejóle hacer, pasiva, sufriente, siempre llorando. Sólo cuando se apartaron, Víctor comprendió esas lágrimas. Una pena infinita sucedió en él al deseo extinguido. Anheló amar de veras a aquella mujer que todo lo daba por él, llenar la soledad de su alma, hacerla feliz.

Aurelia, en su casa, algo más tranquilizada, pensó que todo había sido un sueño divino. Le parecía que siempre había ella amado a Víctor. Recordaba con delicia que había sido suya, y que él había besado sus lágrimas tan conmovido como ella. Se había separado de él completamente dichosa. Ahora no quería ni podía hacer nada sino recordar. Inventó, apenas llegó a su casa, un dolor de cabeza, a fin de acostarse y estar sola. Y pasó la noche entera, cerrando los ojos, recordándolo todo, todo... Evocaba cada palabra del amante, y cada beso y cada mirada, y cómo al sentirse suya experimentó ella una emoción de amor tan íntima y profunda que no encontra-

ría palabras si quisiera expresarla. Había sentido como si el calor de la sangre de su corazón hubiera abrasado todo su ser. Y en el instante en que él se daba a ella haciéndola suya, al verse ella oprimida entre sus brazos, había sentido, como en un sueño divino, que él se posesionaba por completo y para siempre de la esencia más íntima de su ser; de algo que las mujeres no dan ni al entregar la virginidad, si no es que aman con hondo amor; de algo que ellas entregan entre lágrimas porque saben que jamás lo recobrarán; de algo imposible de definir y explicar y que ella había podido ofrecerle, íntegro y puro, como si fuera una novia... Todo esto lo sentía y lo pensaba Aurelia.

Dos veces más se reunieron en su soledad, hasta el día de la partida de Aurelia. Ella vivía en el éxtasis de su amor, de ese amor que había aniquilado su hastío y que llenaba sus actuales horas de los más ardientes sueños.

*
* *

Iban en automóvil. Ya no se verían por mucho tiempo. Aurelia era toda entera una ternura. Sus ojos se llenaban de lágrimas. Nunca fué tan feliz. El mundo todo estaba en su corazón. Apenas hablaban. Soñaban juntos, decíanse todo en el lenguaje de los besos. Aurelia pensaba en él, como si no le tuviera a su lado. Extasiábase evocando sus maneras sencillas y cordiales, su honda mirada, la sabiduría de sus ternuras. Le juzgaba un hombre de talento y corazón, de temperamento enérgico y ojos apasionados, con indulgencias de sacerdote que sabe de las miserias de la vida y las perdona. Humilde, de pensar que aquel hombre superior la amaba, dijo ella:

—Me siento orgullosa de ocupar un rinconcito en tu corazón.

—Yo también estoy orgulloso — contestó él.

Víctor no completó su pensamiento, como dejando que ella lo interpretara a su favor. Sabía que Aurelia, ciega de amor, apenas necesitaba una palabra, media palabra, un beso un poco largo, para sentir que él la adoraba.

Y sin embargo, Víctor hallábase bajo una sensación de cansancio y aun de desilusión. Trataba de olvidarse, de entusiasmarse, siquiera artificialmente, en los besos, en las palabras, en el ensueño común. Y si no hablaba, no era de emoción, como suponía Aurelia. Era porque el silencio significaba un descanso y le permitía pensar en otras cosas. La regla según la cual la perspicacia de las mujeres es mayor que la de los hombres tiene esta excepción: que las mujeres, sobre todo si necesitan ser amadas, aceptan con extraordinaria credulidad las afirmaciones de amor, verbales o escritas, y todo el aparato de la emoción bien representada. Es posible que muchas veces, en su deseo de amar, finjan creer, confiando en su aptitud para despertar el amor. En este caso, solamente los hombres de gran sensibilidad advierten el fingimiento. Los demás las juzgan crédulas y se jactan de su habilidad para engañarlas. Es probable que muchas veces las mujeres, en su ilusión de amar, se engañen a sí mismas, y que, reconociendo la farsa del hombre y aun la propia, las tomen como actitudes sinceras, no habiendo conocido nunca, ni en sí ni en otros, los efectos de la verdadera pasión.

—Explícame — dijo ella. — ¿Cómo ahora que te conozco y te quiero tanto me es menos doloroso irme de Buenos Aires, después de cuatro años de vivir aquí, dejando mis amistades y mi familia para volver a la provincia?

—Por eso mismo. Ahora, aunque te alejes de mí, sabes que no estás sola en la vida.

Ella le estrechó en un beso infinito. Con un vago instinto de desasirse, él continuó:

—Antes no tenías nada para llenar tu vida. Tu familia y tus amistades no bastaban para tu corazón ni para quitarte del alma la sensación de la soledad. Antes, dejarlos a ellos era dejar lo poco que te unía con el mundo. Irte a la provincia era irte a tu soledad. Pero ahora

ellos no representan nada para tí. Ahora podrías ir al desierto, porque ya tu alma no se siente sola.

—Es cierto — interrumpió ella, con una lágrima de felicidad. — Ya nunca estaré sola. Y si dejas de quererme alguna vez, viviré con tu recuerdo. ¡Ya nunca estaré sola!



Aurelia partió. Víctor había ido a la estación como para despedir a un amigo. Ella le aguardaba, y todo su ser, todo su amor desbordaba por sus ojos ardientes, agrandados por la emoción y la ansiedad de la espera. Víctor al pasar la miró de un modo muy hondo, como para que aquella mirada fuese allá lejos la compañera inseparable y el consuelo de su pobre corazón.

A los pocos días de llegar comenzó el sufrimiento de Aurelia. Primero, fué la preocupación de que Víctor no hubiese comprendido que ella fué hacia él empujada violentamente por su amor, llevada por una sed infinita de sentirse amada por él. Luego fué la tristeza de no poder pertenecerle por completo, de no poder entregarle todos los momentos de su vida, como le había entregado su corazón, su alma y su espíritu. Y después, el temor doloroso de que durante aquella separación él la olvidara, y el cual hacíale preguntarse mil veces en el día: "¿Cómo podrá quererme y recordarme? Este momento en que nos hemos encontrado, y que para mí vale más que todo el resto de mi vida, ¿significará lo mismo para él? Si es imposible no quererlo, conociéndolo, ¿cuántas mujeres no se enamorarán de él?"

Y comenzaron las cartas. La primera de Víctor tardó mucho en llegar, pero en un segundo borró toda la tristeza de que, a causa del silencio de Víctor, Aurelia padecía. Leyó y besó ella la carta muchas veces, y la ne-

cesidad de confiarse a alguien la llevó a rezar. Pidió al Señor de Misericordia que no permitiese que él la olvidara; que velara por él; que le hiciera el más feliz de los hombres. Su conciencia no le reprochaba aquello. Pensaba que Aquel que ve hasta lo más hondo en el corazón de sus criaturas sabía que sus pensamientos eran puros. Víctor le escribía poco: cada quince o veinte días. Al principio sus cartas fueron entusiastas. El mismo se sorprendía, al releerlas. Víctor pensaba en Aurelia con un poco de lástima. Estaba seguro de quererla, y, sin embargo, más de una vez necesitó provocar la emoción.

Las cartas de ella, dos o tres por semana, revelaban, en cambio, una vida que ha encontrado su camino y su razón de ser. Estaban penetradas de la tristeza de la ausencia, del temor de que el amante la olvidara. En algunas brincaba una loca alegría de chicuela: era cuando él le había escrito. Y todas palpitaban de un enorme deseo de besos, de abrazos, de ternuras. El silencio de Víctor la aterraba. Entonces le escribía cartas temerosas, atreviéndose apenas a preguntar. La letra, firme casi siempre, vacilaba, se tornaba nerviosa. Inquiríale si estuvo enfermo. Por fin parecía resolverse a preguntarle si era que ya no la quería. Cuando pasaba un mes sin que llegaran algunas líneas del amante, ella no vivía. Y al aparecer la ansiada carta, la apasionada Aurelia retornaba a vivir. Víctor leía entre líneas que su ser permanecía presente en todos los instantes de la vida de Aurelia. Y leía también una especie de pudor, vergonzoso y adorable, de mostrarse demasiado enamorada. Sin duda por esto, algunas cartas parecían ya vulgarizadas por la abundancia de detalles triviales de la vida diaria. ¡Era que en esos detalles pretendía esconderse la pasión! Aurelia tenía un extraño sentido del ridículo, y seguramente asustábale la idea de salirse demasiado del término medio, de las habituales realidades de la existencia. ¡Encantadores pequeños detalles para Víctor, que, en la trémula timidez de las palabras, deletreaba las más bellas y sinceras confesiones de amor!

Las cartas iban a terminarse. Aurelia escribió, loca de

alegría, que preparaban un corto viaje a Buenos Aires. Desde que supo de ese viaje, ya nada interesóle a ella de cuanto la rodeaba. Lo dejó todo. No quería pensar sino en la dicha de volver a verle. La tristeza y los temores desaparecieron, y las cartas, disminuído ahora el pudor por la inminencia de las realidades amorosas, estremeciéronse de besos y caricias, "mientras llega el momento — solía ella decir — de uno de aquellos besos, vivientes y palpitantes, que hicieron de nuestras dos vidas una sola".

Mientras venía en viaje, Aurelia decíase que iba a ser feliz de toda felicidad. Y sin embargo tenía miedo. Miedo de que él no la quisiera, de su inquietud, de su facilidad para dejar entrar en su alma la desilusión. Pero no lloraba, como la noche en que partió de Buenos Aires. Pensaba que cada minuto, cada segundo que pasaba, acercábale más a él. Y a la mañana, al despertar, su primera oración fué para agradecer a Dios el permitirle ver de nuevo a aquel que llenaba su vida y su corazón. La mañanita estaba gris y triste y hacía un frío glacial. Pero ella sentía en su ser entero el armonioso canto con que el pájaro maravilloso guió a Siegfried por el camino del Amor... Había conseguido con pretextos hacer ese viaje incómodo y largo, había mortificado a su marido que era tan bueno y la quería, y ahora iba ella, atravesando la república entera, sólo para buscar en los labios queridos un gran beso de amor, de consuelo, de dicha. "Sí, sólo para eso — pensaba Aurelia, — para eso que es la grande y única belleza de mi vida".



Aurelia llegó, palpitante de besos. En un pequeño departamento de la calle Esmeralda encerraron su amor. Ella llegaba siempre tímida, enrojecida, emocionada. Eran ne-

cesarios unos minutos para que se le pasara un poco el miedo. Besaba y abrazaba a Víctor con pasión, a veces como si se refugiara en él de su timidez

Gustábale permanecer largo rato recostada en el pecho de su amante. Hacíase leer por él. Escuchaba silenciosa, quietita, feliz, ensoñadora, olvidada del mundo. Una vez, en que él leía unos versos de pasión y de dolor, ella oía como se oye una música lejana pero cuya belleza penetra en nuestro corazón. Lo que en realidad Aurelia escuchaba era la voz de Víctor. Esa tarde sentía una gran necesidad de confiarse por completo a él, y recostando sobre el hombro del amante su cabeza, y silenciosa y feliz, mirándole hasta el fondo de sus ojos, le dijo todo su cariño, le contó todos sus ensueños y sus tristezas. El seguía leyendo las palabras apasionadas, y ella, humilde y callada, le entregaba así todo su ser. Nunca fué suya más completamente.

En estas lecturas, fácilmente asomábanle a ella las lágrimas a los ojos y reía fácilmente también. Era alegre, pero los temores, los celos y el remordimiento solían tornarla triste. Para desentristecerla, Víctor bromeaba. Ella divertíase y encontraba en ello un motivo para quererle más.

A Víctor encantábale la modestia sin artificio ni táctica de su amiga y trataba de convencerla de que todas las superioridades que ella admiraba en él nada valían.

—La única superioridad es la del corazón. Y en esto, tú vales mucho más que yo.

—No digas eso. Tú eres una celebridad, un talento, y yo una mujer vulgar.

—No, no...

—Sí, sí... Y por eso te quiero. Sólo por una cosa yo valgo más que tú. ¿Sabes cuál es? Que yo te quiero con toda mi alma, mientras que tú...

El miedo de Aurelia era que Víctor la considerase como una aventura más. Imaginábale a Víctor acosado por innumerables mujeres. ¿Cuántas habría tenido? ¿A cuántas les habría asegurado que las quería? Víctor protestaba, coqueteando. Decíale que él no interesaba a las mu-

jeres, que no veía mujeres, y que era tímido... Aurelia reía a carcajadas.

—Sí, ya he podido comprobar lo tímido que eres...

Víctor continuaba el tema interrumpido, diciendo que sería un canalla si la considerase como una simple aventura.

—Lo has dado todo por mí. Te expones a todo. Me quieres como yo no merezco. Dejarte, sería una infamia. Sería hacerte sufrir, llevarte al fracaso de tu vida. Me ofendes creyendo eso. Para mí el amor es cosa sagrada. Si he ido hacia tí es con la seguridad de que mi corazón y mi alma te necesitaban, con la seguridad de quererte. No diré que tenga una pasión por tí, pero espero que mi cariño será cada día más grande.

—¿No me engañas? ¿De veras?

—No te engaño. Dejando aparte el hecho de que me hayas gustado, hasta por razones prácticas debo quererte. Yo necesito ternura. A mi vida le faltaba un corazón que me comprendiese, un alma que me acompañara en todo: en mi alegría y en mi sufrimiento. Y si esto ha venido, si tú eres eso para mí, ¿cómo he de abandonarte?

—Tengo miedo de las otras... Pero te pido una cosa: que cuando dejes de quererme, me lo digas. Yo sé que alguna vez no te interesaré. Te aburrirás. Te gustarán otras. Los hombres no pueden querer mucho tiempo...

—Pero yo no soy como los demás...

—No, no eres como los demás en muchas cosas. Pero yo sé que esto no ha de durar...

Quedaban en silencio. Aurelia se emocionaba hasta las lágrimas. Sus facciones se estremecían y sus labios movíanse como diciendo trozos de palabras. Víctor la miraba de soslayo, sin decirle nada, un poco triste por la pobre Aurelia. Si acaso la miraba de frente, ella se ruborizaba. ¿De qué? De que él viese cómo le quería. Dejarle ver su amor, sí; pero todo el infinito de su amor, la avergonzaba.

Aurelia había adivinado bien. Cierto que Víctor era muy cariñoso con ella, que jamás faltó a una cita ni se demoró, que varias veces quiso almorzar allí con ella.

Cierto también que decíale bellas cosas y que sus besos eran divinos y sus caricias turbadoras. Y sin embargo... ¿Qué había en los ojos de Víctor que ya no miraban como las primeras veces que ella y él se encontraron?

Víctor sufría también. Desde el primer momento presintió que aquello no perduraría. Pero alejó esta idea, y se entregó a su amor con entusiasmo. Trataba de exaltarse interiormente, de agrandar con artificios su deseo de Aurelia. Hacía lo imposible por convencerse de que la amaba de veras y de que era aquel cariño el que necesitaba. Durante la ausencia de Aurelia, sus cartas fueron sinceramente apasionadas. ¿Pero no tuvo, al escribirlas, un poco de excitación literaria, nerviosa, maquinal si puede decirse? ¿Era todo tan sincero como él deseó? ¿Y por qué entonces más de una vez necesitó leer las cartas de ella, entrenarse, ponerse en tono, antes de escribirle?

Ahora, con la venida de Aurelia, empezaba a creer en la desilusión. No era la desilusión espiritual. Aurelia le interesaba y le divertía. Pocas mujeres menos vulgares conocía Víctor. El amor la hacía más interesante, despertando a la vida algunos rincones de su alma que hasta entonces estuvieron en la oscuridad, tal vez en algún sótano de su morada interior. Sin embargo, gustaríale más hablar con ella sino le siguiese demasiado en sus opiniones. Cuanto él decía era la Biblia para Aurelia, que le admiraba y veneraba. Jamás le contradijo. Si acaso se apartaba de él, era en cuanto a los sentimientos. En esto, ella, en lo íntimo de su alma, siempre dudaba de él; pero una imperiosa necesidad del corazón hacíala creer.

Cuando Víctor y Aurelia se encontraron, la ansiedad de unirse gritaba en todo el ser. Uniéronse, y la desilusión apareció en Víctor. ¿Por qué, después de haberla deseado tanto? ¿Era sencillamente la eterna desilusión, que siempre halla la realidad inferior al ensueño? ¡Extraña condición la de la naturaleza humana! Después de algunos días, ya apenas atraíale aquella mujer que un mes antes deseara hasta la obsesión. Víctor advertía ahora que había algo de monótono en Aurelia, en su espíritu como en sus ternuras, en sus palabras como en sus actitu-

des. Demasiado apasionada, ella olvidábase de presentarse cada día bajo una distinta faz. El exceso de amor hacíala monocorde. La pasión, cuanto más grande, menos riquezas de matices presenta en lo exterior. La falta de cálculo y de variedad son sus mayores enemigos.

Las entrevistas, por iniciativa de Víctor, dejaron de ser diarias. Acudía él a las citas como quien cumple un deber. Las redujo también en su duración al mínimo posible, alegando sus infinitas ocupaciones, abandonadas en aquellos días. Era verdad. Pero él bien sabía que si Aurelia le hubiera seguido interesando, todos sus quehaceres, aun los más urgentes e importantes, habrían quedado sin realizarse.

Y lo más triste era que Víctor, dominado por aquel comienzo de hastío en su carne, llegó a aburrirse. El cansancio de la materia pasó al espíritu, como hubiera pasado del espíritu a la materia, de estar primero en él. Víctor ya no tenía esperanzas en su amor. Era un nuevo fracaso. Cuando entra en el amor el hastío ya no hay remedio posible.

Mientras tanto, seguían viéndose casi todas las tardes. Dos o tres veces almorzaron allí. Como en el departamento no había ninguna persona de servicio, debió él mandar de afuera el almuerzo. Aurelia tendió una mesita elegantemente. Todo de papel, comprado en una de las grandes tiendas de la calle Florida: las servilletas, el mantel, los pequeños platos. Víctor complacíase en observar el placer de Aurelia. Para ella, era una escapada de su vida monótona, algo imprevisto y delicioso en lo que nunca soñó. ¡Pobres mujeres, oprimidas toda su vida por el compás del mismo ritmo, por la tiranía de las horas idénticas! La calaverada de almorzar con su amante dábale a Aurelia emoción y alegría. Contábale riendo las mentiras que debió decir en su casa, en la casa de su padre donde alojábase, para justificar su ausencia a la hora del almuerzo.

—¡Me estoy volviendo de sinvergüenza, ché! — exclamaba, entre avergonzada y risueña.

—Tienes que ser hábil. No vayan a sospechar...

—¡Qué esperanza! ¡Si he aprendido a mentir, en estos días, que es un gusto!

Bebían en el mismo vaso, besábanse incesantemente. Aurelia era feliz y creíase adorada. A Víctor agradábanle aquellas escenas que alejaban el tema sentimental. Su relación tomaba así el carácter de un amor amable, perdía su condición de cosa trascendental y profunda. Víctor creía que de este modo sería más fácil terminarlo. No lo deseaba, no. El quisiera poder amar a aquella mujer con toda su alma. Pero no podía, no podía... Y pensaba con dolor en el momento triste en que su sinceridad le condujese a decir la verdad de su corazón.

*
* *

Una tarde, Aurelia llevó por fin aquel diario íntimo que prometiera enseñarle a Víctor. No se atrevió antes a dejárselo. El pudor de su cariño la contuvo hasta entonces. ¿Cómo permitirle ver que le amaba tanto? Pero al mismo tiempo deseaba que él conociese la hondura de su amor, y que la conociese a ella, y su alegría cuando llegaban sus cartas y sus tristezas cuando pensaba en que él la hubiese olvidado. Y como siempre, todo esto fué más fuerte que su pudor.

Sentados en un sofá, Víctor leía en voz alta, mientras Aurelia recostaba la cabeza sobre su hombro y escuchaba. Al principio, Víctor, por burlarse, leía en un tono algo declamatorio.

—No, así no quiero. ¿Me encuentras tan cursi?

Y trataba de arrebatarle el cuaderno, o ponía su mano encima. No toleraba el menor intento de afectación en la lectura de su diario, y era tan sensible a los matices de la voz que no perdía el menor detalle. Otras veces, espiando la expresión de Víctor, notábale una ligera

sonrisa, y toda avergonzada quería cortar la lectura. Cuando a Víctor le agradaba una frase, ella le miraba de soslayo con la cabeza algo inclinada y sus grandes ojos humedecidos. Y en las partes sentimentales o tristes, cuando Víctor ahondaba de emoción su voz leyendo lentamente, haciendo valer cada palabra, cada letra, ella se apretaba contra él o pegaba su boca a la del amante o bien, con ganas de llorar, mordíase los labios para contenerse.

¡El diario de Aurelia! ¿Hasta dónde podrá llegar, en expresar bellamente sus sentimientos, el corazón de una mujer apasionada? Bien dijo, no recuerdo si Hugo o Musset: "Llama a tu corazón; es allí donde está el genio". Víctor no salía de su asombro. Había imaginado a Aurelia como a una mujer de cierta inteligencia, pero nunca hubiérala creído capaz de escribir las bellas cosas de su diario. Y este asombro iba a crecer pocos meses más tarde, al leer aquellas páginas que dictó el dolor, la aflicción y el cariño desesperado. Víctor iba a encontrar en los cuadernos de Aurelia más de una frase tan profunda como aquellas de la monja portuguesa: las más geniales que sugirió el amor en la literatura del mundo entero. El diario de Aurelia era muy breve: ocho, diez líneas por cada día. A veces, menos; raras veces, más. Por excepción pasaba de una página. No escribía tampoco diariamente, sino cuando tenía algo que decir. Encerraba en pocas líneas un estado de ánimo, toda una hondura de sentimiento.

—Si no hubieras escrito este cuaderno — díjole Víctor al terminar la lectura, en voz susurrante como para no turbar el silencio, más profundo a causa de la penumbra de la alcoba —, yo no te conocería.

—Nada te oculté nunca...

—Sí... ¡Pero es tan difícil conocerse! Cuatro meses lleva nuestro cariño, y hasta que empezamos a leer tu diario ignoré lo mejor de tu alma y todo lo que sacrificaste por mí. Tu espíritu resuelto, tu ternura, tu bondad, tu corazón generoso, desinteresado, confiado, todo está en tus páginas. ¡Qué sinceras son! No has necesitado exa-

gerar los sentimientos, lo cual sería muy humano, para conmoverme y encantarme.

Aurelia era feliz, feliz como nunca lo fué en su vida En aquellos instantes no existía sino su amor.



Víctor debía partir aquella noche para una provincia del norte, en compañía de otros diputados. Los partidos opositores habían invitado a algunos parlamentarios para que asistiesen a los últimos momentos de la campaña electoral, y Víctor fué uno de los que aceptaron; pero no tanto porque los procedimientos políticos de aquel gobierno provinciano le hubiesen indignado, como por separarse de Aurelia.

Y no era que Aurelia le disgustase. Al contrario, encontrábala ahora más simpática que nunca, más buena, más enamorada. Lo que le disgustaba era su situación espiritual, su insensibilidad frente a Aurelia. ¿Acaso habría él perdido toda capacidad de amar? Aurelia habíale desilusionado; pero, ¿por qué? Víctor ahondaba en su alma, y tan pronto atribuía su desengaño a su manía de análisis como al hecho de que Aurelia se le hubiese entregado con demasiada facilidad. ¡Oh, tristeza de las cosas humanas! Un hombre asedia implacablemente a una mujer, quiere que ella sea suya cuanto antes y hasta daría años de su vida por poseerla cuando los deseos agitan todo su ser; y basta que esa mujer, que le ama desde hace tiempo, consienta, dejándose llevar por su sinceridad y su amor, para que el amor y los deseos del hombre disminuyan o cesen. Somos tan poca cosa los seres humanos que necesitamos de la táctica para hacer perdurar el amor. Dijérase que el amor se alimentase de obstáculos y de resistencias. Hubiese resistido Au-

relia como una coqueta, dejando hoy entrever que amaba para negar al día siguiente, y Víctor, exasperado, llegara tal vez a la pasión. Pero en su sinceridad de enamorada, en la ingenuidad de su corazón que jamás ha jugado con el amor, dióse entera en los primeros días y la ilusión se fué.

Ya lo sabéis, mujeres. Resistid cuanto podáis. Tasad vuestros besos, pensando que cada uno de ellos es un paso hacia el fin del amor. No os mostréis nunca demasiado enamoradas. Poned un poco de estudiada indiferencia entre las horas sentimentales. Retardad todas las caricias, aunque estéis enfermas de pasión. Ajustad los grillos a vuestros deseos; cerrad con candado vuestros labios cuando se pongan locos de besar. No seáis sinceras en amor, mujeres, porque lo perderéis todo, aun el sentimiento que está en vosotras. El amor es un arte, y, como en todo arte, hay en él una labor de composición y de estudio. Las almas en exceso sinceras saben querer pero no saben hacerse querer, y, como el cariño se alimenta del cambio recíproco de los sentimientos, ocurre a veces que al dejar de ser amados dejamos naturalmente de amar.

Víctor comprendía la belleza de que una mujer como Aurelia, honesta, religiosa, se entregara por amor, en el don supremo de todo su ser, sin coqueterías, sin cálculo, sin táctica ninguna. Admiraba a Aurelia, pero sentía que por aquello mismo por lo cual la admiraba había dejado de amarla y de desearla. ¿Por qué fué sincera? exclamaba Víctor. Sus bellas cualidades morales — su bondad, su franqueza, aun su ternura — habían destruído la ilusión.

Mientras tanto, Víctor comenzaba a sufrir por Aurelia. A veces, en medio de los largos besos, él interrumpíase para contar algo que olvidara decirle. Pretextos por no continuar en aquel juego que le repugnaba porque le parecía que engañaba a Aurelia, porque le humillaba ante sí mismo aquel acto de amor realizado sin amor, y, sobre todo, porque en semejantes condiciones de desigualdad sentimental — mucho amor por parte de ella e indiferencia de la suya, abandono absoluto de Aurelia y

reserva de Víctor — aquello significaba para él una inmoralidad. Del mismo modo hubiérale parecido inmoral, o por lo menos impropio, no corresponder con sus confidencias a una alma que se desnudase ante la suya, en la revelación absoluta de su intimidad interior.

Víctor iba a hacer aquel viaje no para librarse de Aurelia sino de sí mismo. Y para librar a Aurelia de aquel amor desgraciado. ¡Infeliz mujer! pensaba Víctor. Sola en la vida, incomprendida por el marido, había necesitado, como Víctor, un amor que embelleciese sus horas o las hiciese menos tristes. Enamorada de Víctor apenas le oyó hablar en el Congreso, creyó que era aquel el hombre soñado, el elegido, el único que ella amaría. Este amor, ante los obstáculos del deber y de la confesión religiosa, había ido creciendo en la soledad espiritual de su vida. Aurelia no pensaba que pudiera ser la amante de Víctor, y le hubiese aterrorizado esta idea. Sólo pensaba en cómo hubiera sido de conocerle en otro tiempo y haberse casado con él, y en la dicha de poder conocerle algún día y hablar con él y aun ser su amiga, una amiga del alma. Pero el amor entró violentamente en su corazón y convulsionó sus sentidos y trastornó su alma. Y he aquí que ahora todos sus sueños se derrumbaban. "¡Qué mal voy a causarle!" pensaba Víctor.

La última vez que se vieron fué una mañana. En la puerta de la casa aguardaba un automóvil para Aurelia. Se besaban con lágrimas en los ojos. Dijérase que Aurelia presentía el abandono. Cuando se unieron en el último abrazo, de pie, junto a la puerta del dormitorio, ella apoyó su cabeza sobre el hombro de Víctor y lloró con un llanto muy dulce y silencioso. Él la consolaba con ternura.

—No llores. Ya nos hemos de ver pronto. Debes pensar en nuestro amor, en las horas deliciosas que hemos pasado, en que ya no estás sola en la vida...

Estas palabras las había hablado varias veces y él las empleó en más de una ocasión para consolar a Aurelia. Pero, al contrario de aquellas otras veces en que le salie-

ron del fondo del alma, esta vez fueron dichas casi mecánicamente y le avergonzaron.

—¿De veras? — exclamó ella entre lágrimas, buscándole la boca con sus labios temblorosos y apasionados.

Él la besó rápidamente, esquivando su mirada y diciéndole que era tarde, que tenía mil cosas que hacer a causa del "maldito viaje". Víctor sufría en su conciencia por aquellas situaciones insinceras, y si deseaba terminarlas era para hacer menos larga la humillación de su conciencia.

Aurelia se dispuso a salir. Ya en el umbral del cuarto se volvió. De pie, pasó los ojos por todas las cosas de su nido de amor, lentamente, llorosa, agitado su pecho por profundas inspiraciones. Sus ojos se detuvieron en el lecho, y allí permanecieron un rato, amorosamente. De pronto dirigióse hacia la almohada y la besó con locura. Lloraba ahora y cubríase los ojos con su pañuelito. Por fin, en la puerta, miró como si recogiese el alma de las cosas del cuarto y la hiciese suya para siempre. Y salió, después de haberse serenado. Víctor, con los ojos llenos de lágrimas, la acompañó hasta la puerta, y siguió diciéndole adiós con la mano hasta que el coche empezó a andar.

*

* *

La ausencia de Víctor duró quince días. La emocionante despedida de Aurelia, y también el hecho mismo de la separación, reavivaron el interés de Víctor por su amiga. Pensaba que hasta los últimos días, cuando leyeron el diario, no la había conocido, y se preguntaba si ahora, que sabía la hondura de su pasión y la fineza de su espíritu, no llegaría a amarla. En realidad la quería, pero sólo con un afecto amistoso o fraternal.

Durante aquellos diez días le escribió tres veces. Y sus

cartas fueron espontáneas, sentidas, muy cariñosas. No había necesitado, como antes, provocar una excitación artificial. Estaba contento, pues aquello le daba esperanzas, y nada le molestaba tanto como el escribir cartas insinceras, fingiendo sentimientos y engañando a los sentimientos ajenos.

Las cartas de Víctor iban dirigidas al departamento. Allí las buscaba Aurelia. La primera vez costóle entrar, ante la idea de que no le encontraría a él. Sólo se asomó un momento al dormitorio y tuvo que apartarse, tan tristísima fué la impresión de frío, de abandono, que sintió. Una vez pensó en contestarle allí. Pero no pudo hacerlo. El cuarto aquel donde pasaron tantas horas de amor, le atraía magnéticamente y a la vez le daba miedo y frío. Imposible estar en la casa y no entrar a cada instante en aquel cuarto que le obsesionaba, que le hacía sufrir y al que amaba como a un ser humano, o como a una parte del alma misma de Víctor. Y así cada vez que iba a buscar las cartas, entraba apresurada, las tomaba como si las robase, las leía allí devorándolas y huía, emocionada y nerviosa, para releerlas en otra parte y besarlas...

Las cartas de Aurelia eran siempre apasionadas. La alegría exaltada y el sufrimiento más profundo alternaban, según llegase o no carta de Víctor. Ahora ella escribía desde la provincia y él desde Buenos Aires.

Víctor, después de aquellas tres cartas espontáneas escritas durante su viaje, no había vuelto a experimentar iguales sentimientos. Sentía ahora, con respecto a Aurelia, una indiferencia que se afirmaba y se agrandaba cada día. Ella debió presentir algo. Sus cartas actuales ya no rogaban ni el cariño ni el recuerdo de una carta. Dijérase que preveía lo inevitable. A través de sus frases atormentadas, Víctor leía la desesperación. Pero jamás ella le reprochó su indiferencia ni su silencio. Y si hablaba de ello era siempre en forma indirecta: "Cuando no recibo carta tuya..." Sus quejas decíaselas a sí misma. "Que me escriba, que me lleguen sus besos, aunque sean esos pálidos besos, sin calor, de sus cartas", excla-

maba. Y soñaba desesperadamente en un beso vivo, como uno de aquellos besos que hicieron una sola de sus dos vidas. ¡Pero si ahora Víctor ni siquiera le escribía! Aurelia decíase, enferma de dolor, que su amante ignoraba toda la alegría que a ella causábanle sus cartas. ¡Ah, si él fuese capaz de darse cuenta de cómo le encantaba saber que se había ocupado de ella! Pero Aurelia iba convenciéndose de que los hombres sólo muy raramente se dan cuenta de esos sentimientos que, aun para los más sensibles, resultan casi siempre sutiles. Iba convenciéndose de que a los hombres había que tomarlos como ellos eran: incomprensivos en cuanto a las mujeres, y poco sensibles y aun poco delicados. Todos, todos debían ser así, puesto que así era Víctor. Ya no le pediría sino lo que él pudiese y quisiera darle. Desde ahora, aprendería ella a vivir pensando en que sólo ocupaba en su vida un lugar muy chiquito. Aprendería a ser feliz de esa manera. ¿Acaso no valía más para su corazón ese pequeño rincón del suyo en que vivía su recuerdo, que el amor de todo el universo? El la quería pero poquito. Y era mejor que ella tuviese el valor de mirar hasta el fondo de ese corazón y de su propio corazón. Tal vez él ya no sabía querer más que eso...

Conformóse Aurelia con ese poco de amor que suponía en Víctor, y hasta fué feliz. Pero no duró mucho su mediocre dicha, porque unos celos, "horribles celos inconfesables", escribió ella en su diario, la mordieron. La mordieron en la carne del corazón, le hicieron soñar besos de su boca, besos vampirescos que ella imaginaba como que otra mujer se los robara, a ella, la dueña de esos besos. Eran celos impuros, celos de su sangre que quería ser la única que pudiese mezclarse con la de él. Pero fueron celos momentáneos. Aurelia, apasionada y tierna, capaz de cualquier sacrificio, no podía permanecer, durante mucho tiempo, en aquellos celos de los sentidos. Sus celos habituales eran del corazón; y así, no le hubiera hecho sufrir el saber que Víctor diera su carne a otra mujer, siempre que a ella, Aurelia, le diese su alma y su amor.

Y una vez lanzada en esta exaltación, siguió. Llegó a pensar que tal vez su delirio tuviese una causa en la cual ella apenas si atrevíase a pensar. Era sólo una esperanza a la vez terrible y deliciosa. El pensarlo, aunque vagamente, causábale una emoción tan honda como eran hondos sus deseos de que fuese verdad y su temor de que fuese verdad. Decidió que tenía el deber de apartar su pensamiento de esa esperanza. ¡Era algo tan sagrado! Era algo demasiado hermoso para ella, que no tenía derecho a semejante gloria. Y en expiación de su pecado, pedía a Dios que eso no fuese cierto. Sería una felicidad excesivamente grande, y ella no la merecía...

Las cartas iban a concluirse. Un nuevo viaje. Aurelia alegrábase y lo lamentaba. Lo lamentaba por las cartas de Víctor, precisamente. Tan contenta la dejaban, que todas parecíanle la primera. Quedábase embobada porque él le enviaba "cuatro besos locos", unos abrazos flojos, sin gracia ni calor, y unos cuantos garabatos. Y cuando pasaban muchos días sin que él se acordase de su [illegible], ella sentía una infinita indiferencia por todo, un cansancio muy grande del corazón.

El día de la partida, Aurelia vivió en constante exaltación interior. Sonreía sin cesar, con una denunciadora beatitud de dicha. Y al mismo tiempo sus ojos habían enrojecido, como si estuviesen por llorar o como si hubiesen ya llorado. En ocasiones, hablaba con exceso, y, al darse cuenta, y temiendo que su marido sospechara, decidía volverse muda y así continuaba durante un largo rato. Vivió, en aquel día, horas de intensidad amorosa. Pero no podía pensar sino en que dos días después estaría en los brazos de Víctor, con su boca unida a la de él, y su ser entero para él. A lo mejor, su marido hablaba, y ella, enrojeciendo, como si él pudiese adivinarle su pensamiento, trataba de ocultar el rostro. Y era que ese pensamiento constante, el cual predominaba sobre los otros, hablaba, no ya de las dos vidas confundidas en un sólo beso de amor, sino de una sola vida, de una sola vida hecha de las dos. Y cuando este pensamiento la asaltaba en medio de sus preparativos del viaje o con-

versando con el marido, asustábase, y quedaba palpitante, silenciosa, estremecida y a veces con ganas de llorar, no sabía si de dicha o de terror. Preguntábase entonces si debía confiarle su esperanza a Víctor. Y resolvía que eso era una locura; el sólo remedio que pudiera curarla era más doloroso que la misma muerte. "Pero hoy no debo hablar de muerte — escribió en su cuaderno, con lápiz, escondiéndose del marido, en medio de su exaltación interior. — ¡De vida! ¡De una nueva vida!" Y agregó, mezclando, como solía, los sentimientos religiosos con los del amor: "Quisiera decir una oración. No puedo, pero todo mi ser se eleva a Dios en una muda plegaria humilde. Me parece un sacrilegio pedirle que confirme mi esperanza... Y sin embargo, hasta el último átomo de mi vida se ha convertido en plegaria, en una dulce, en una infinita plegaria..."

*

* *

¡Ah la tristeza del nuevo encuentro de estos pobres amantes!

Viéronse en la casa de soltero de un amigo de Víctor. La permanencia de Aurelia en Buenos Aires iba a ser sólo por tres o cuatro días.

Víctor fué a la cita casi a su pesar. No era que en aquel día no quisiese ver a Aurelia. Deseaba verla, y no sólo por verla, sino por saber qué sentía frente a ella. Y también por una esperanza vaga de que ella le interesase de nuevo y poder amarla. Pero todas estas razones pesaban menos en su voluntad que una especie de cobardía de ver a Aurelia. Se sentía sin valor, los músculos laxos, los nervios un tanto deprimidos, cuando pensaba que Aurelia podría comprender que él ya no la amaba, y que él mismo podría en aquella entrevista adquirir la

certidumbre de que su amor había pasado por completo y que jamás retornaría. Lo práctico — pensó en cierto instante — fuera no acudir a la cita, alegando estar enfermo, por ejemplo, y dejarla para otro momento mejor. Pero su fatalismo le llevó a ella. "¡Sea lo que sea!", se había dicho para sí, y había partido al encuentro de Aurelia, disgustado de aquella situación equívoca y falsa, que si bien poco se diferenciaba de muchas otras que la vida nos procura diariamente — no sólo en materia de amor sino también en las relaciones con nuestros amigos, con nuestros padres, con nuestros enemigos, con los simples conocidos, — no era para que permaneciese en su ambiguedad e irresolución un hombre tan sincero, tan resuelto, tan partidario de las situaciones claras y definidas como era él.

El encuentro poco se diferenció de los anteriores, en apariencia. Víctor, apenas la vió, abrióle los brazos con decisión, muy sonriente. Aurelia se echó entre los brazos de Víctor, palpitante como siempre, emocionada, con los ojos en lágrimas. La tibieza de sus manos y de su cuerpo, el ardor de su cara, el estremecimiento de sus labios, su imposibilidad de hablar y, cuando habló, la voz suavísima y la palabra entrecortada, todo revelaba a Víctor la pasión de aquella pobre mujer. Impresionado, sintiendo una honda piedad, deseando poder amarla, tuvo para ella besos profundos y sinceros abrazos. La abrazó más de una vez con excesiva fuerza, como si quisiese mezclar su ser al de ella, como si de ese modo pudiera llegar a quitarle un poco de su pasión.

Aurelia nada notó del estado espiritual y sentimental de Víctor. Es decir: creyó él que ella nada había notado. Sin embargo, Víctor encontrábala melancólica. Cierto que ella solía llegar fácilmente a la emoción y a las lágrimas; pero era sin tristeza, y en todo caso eso pasaba pronto. Alegre como era, cuando sentíase feliz y sabía que Víctor la amaba verdaderamente, irradiaba de contento: su alma salíasele por los ojos y brincaba en su cuerpo.

—Pero te noto triste — le dijo Víctor. — ¿Por qué?

Ella entonces, después de infinitas vacilaciones, un poco enervantes para Víctor, se lo dijo. Ocurría que en la casa de mensajeros, adonde fué para escribir a Víctor y hacerle mandar sus líneas, dijéronle — con cierta sonrisa maliciosa, según ella creyó advertir — que debía enviarle su carta a las tres porque a esa hora estaba siempre en el Congreso: era la hora en que le remitía su carta una señorita. Aurelia había creído que Víctor la engañaba, y ahora, al contarle la historia, sentíase ofendida y hablaba con una pizca de rencor.

Esta acusación salvó a Víctor, evitándole una penosa escena de ruptura, a la que necesariamente hubieran llegado, pues a medida que transcurría el tiempo comenzaba a hacerse visible su hastío y su frialdad. El hubiera sufrido hondamente de confesar a Aurelia la verdad de su corazón. Hubiera sufrido no tanto por él, por la certeza de la desilusión y del fracaso sentimental; hubiera sufrido hasta la angustia por la infeliz mujer que le adoraba y a la que él, por quien sabe qué inexplicable destino, no podría querer nunca, en todos los años de su vida.

La acusación aquella era verdad sólo en parte. La señorita que a Aurelia le nombraron en la casa de mensajeros fué una aventura ocasional de Víctor, antes de que él conociese a Aurelia. Juróle a Aurelia que ahora nada tenía que ver con esa persona y que su relación con ella había sido puramente material. No hubo allí ni un gramo de amor, ni de sentimiento, ni de idealismo. Se habían conocido en el Congreso, adonde esa señorita fué a verle, en compañía de una viuda que pedía una pensión graciable.

Y al asegurar la verdad de cuanto decía y al indignarse contra la perversidad o la estupidez del chismoso, ponía un sincero y ardiente entusiasmo. Parecía que cuando exclamaba: "¡Es una infamia, una canallada sin nombre!" con tanta energía y enojo y amor a la verdad, protestase contra alguien que negaba su amor a Aurelia. Dijérase que aprovechaba las frases afirmativas para afirmar algo que no nombraba; y que, negando tener otra

amante, negase haber dejado de querer a Aurelia. En realidad era excesivo y un poco ridículo aquel enojo contra el chismoso, el cual, aunque sospechase, no podía saber de qué trataba esa correspondencia entre aquella señorita y Víctor. Pero para Víctor lo importante era aferrarse al trivial incidente, a fin de no hablar de lo esencial. Tal vez en el fondo de su alma, Víctor creyese en la eficacia de aquella exaltación en cuanto a animar, siquiera superficialmente, a su amor ya moribundo. Por lo menos, su instinto le decía que así engañaba piadosamente a Aurelia.

—Es un canalla y un calumniador ese hombre, y desde que nos queremos no he tenido otra amante que tú.

Y lo curioso era que tanto él como Aurelia, traducían:

—Yo te quiero y te he querido profundamente, y ninguna mujer me importa fuera de ti.

Así es de crédula la naturaleza humana cuando quiere y necesita creer, y, sobre todo, cuando está de por medio una ilusión a la que hay que salvar a toda costa.

Pero cuando llegó el momento de la unión, que Víctor postergaba en el temor de que entonces ella notase su falta de interés y de cariño, fué visible la frialdad de Víctor. Para Aurelia, ese momento trastornó siempre todo su ser. Una emoción profunda la conmovía: lloraba, enrojecía, temblaba entera y experimentaba un goce violento, algo así como una catástrofe para su organismo. Era que se daba íntegramente, sin la menor reserva de su espíritu o de su cuerpo. Pero aquella vez, no obstante la inhibición que se producía en sus facultades, advirtió que Víctor estaba lejos de sentir como ella. En un segundo, presintió el abismo sentimental que les separaba y del cual no se daría entera cuenta sino al apartarse de él. Y luego, mientras Víctor aseguraba que era tarde y que tenía que hacer, ella, de bruces sobre el lecho, con la cara oculta, llorando, permanecía sin moverse. Víctor, ¡hombre al fin!, en lugar de advertir aquella pena que se escondía y que buscaba un consuelo — pena tan honda y tan triste que hasta se olvidaba del pudor, — sólo advirtió la belleza de las finas y perfectas piernas. Y pen-

só que esa belleza, que poco le impresionaba a él, ya no sería nunca más para él, probablemente.

Al despedirse, en medio de la prisa, ella pegó su beso, ancho, tibio y palpitante, a los labios de Víctor. El lo recibió sin entusiasmo e inconscientemente torció un poco la boca, de modo que aquella ternura, desviada, no fué lo que Aurelia había querido: la comunión de sus bocas, sino un simple beso, admitido en parte y en parte rehusado.



Aurelia separóse de su amante en un profundo abatimiento. Su querida ilusión, el sueño más hermoso de su vida, acababa de desvanecerse. Como se vé un abismo a la luz de un relámpago, había visto en aquel beso que su imagen, en el fondo del corazón de su amado, era una sombra muy pálida que pronto se borraría por completo.

Pero esto no le sorprendía en lo más mínimo. Lo había presentido con una agudeza inexplicable. Desde que emprendiera el viaje a Buenos Aires, su instinto fué diciéndole, aunque vagamente, que aquella vez terminaría su ilusión. De tal modo esperaba la tristeza de lo ocurrido, que allá en el fondo de su alma deseó no verse con Víctor. Y así cuando mandó con un mensajero su carta al Congreso y el mensajero trajo la respuesta de él, ella no había sentido esa gran alegría que esperaba.

Cierto que a esto debió contribuir aquella frase del empleado de la oficina de los mensajeros: "A las tres le escribe la señorita..." No experimentó celos, no, al saber que la engañaba, sino un desencanto, una infinita desilusión. Como otras veces, habíale invadido un invencible desaliento al adivinar la impotencia del corazón de Víctor para volver a querer profundamente. Sí, un des-

aliento, un enervamiento de todo su ser, una postración de su alma y de su cuerpo.

La última carta de Víctor había sido, sin embargo, muy cariñosa. Y aunque presentía su desilusión, en muchos momentos ella habíase sentido confiada y aun feliz durante el largo viaje. Y de tal modo luchaban en ella la desilusión y la esperanza que, en la casa de los mensajeros, pudo dominar su angustia y enviar su carta a Víctor. ¡Hasta deseó verlo mentir! Prefirió ser engañada, antes que sufrir el golpe aplastador de saber toda la verdad.

Después de aquella entrevista, y quizá porque aceptó las explicaciones de Víctor, vió con perfecta claridad que no eran celos lo que sentía. Y mientras en su casa, vistiéndose, se preparaba para la segunda entrevista, pensaba que era aquello como un deber y que quisiera tener bastante fuerza de voluntad como para regresar a la provincia sin ir a aquella nueva cita casi obligatoria para los dos y de la que ella nada esperaba. Pero no tenía Aurelia esa fuerza de voluntad. Amaba a Víctor más que a todo en la vida. Pensó que hasta le sacrificaría su propia dignidad. Iría a la cita, pero él no conocería la turbación de su espíritu.

En medio de sus cavilaciones, nada descorazonaba tanto a Aurelia como la actitud de Víctor, el día anterior, cuando ella estuvo a punto de confiarle su secreto, su querido secreto. Ante la sola suposición de que eso pudiera ser, Víctor, desasosegado, casi con angustia, le suplicó: "Dime pronto que no es eso". Ella había imaginado que la idea de una realidad tan bella sería una alegría para él. No fué así. Las palabras de Víctor aplastaron su esperanza de darle una felicidad, y calló, disimulando su pena. Y ahora Aurelia, interrumpiendo el arreglo de su persona, pensaba: "Pero si llega un día en que yo ya no pueda dudar, le diré la verdad. Debo hacerlo. No será pensando ni en mí ni en él. Toda mi vida se concentrará, se condensará en un solo inmenso amor, que será siempre amor hacia él". Pero su conciencia y su espíritu continuaban hondamente turbados. En ocasiones ima-

ginaba que si sus dudas se convertían en realidad, debía ver en ello un signo de Dios que quería perdonarla; y en otras creía comprender que la voluntad divina había dispuesto su castigo, porque, en esa situación, el abandono de su amante sería para ella más doloroso que nunca.

La entrevista fué muy breve. Víctor tenía mucho que hacer. Aurelia también dijo lo mismo... Como en la cita anterior, ella le besó apasionadamente. Pero de parte de Víctor ya no fué el beso a medias consentido y no fué aquella reserva de todas sus cosas, sino algo más doloroso: la frialdad absoluta. Aquella noche, Aurelia, llorando al principio, pero luego interesada por su observación, describió de este modo en su cuaderno ese instante decisivo en su vida: "Hoy nos hemos visto un momento. ¡Qué tristeza! Al despedirnos, y en un arranque de angustia, de desesperación, de amor y no sé si pensando también en que era esa la despedida final, tomé toda su boca entre mis labios, con la locura de llevarme su alma en un beso. Miré sus ojos. Su mirada estudiaba mi caricia, buscando sorprender en ella el indicio del deseo. ¿Cómo podré seguir creyéndome querida? Desde ese instante la gran luz está extinguida en mí definitivamente. ¡No puedo ni rezar una oración! En las lágrimas que hoy lloro, y de las que él no sabrá, se van para siempre, eternamente para siempre, mis locas quimeras adoradas".

No se vieron más. Los dos exageraron sus dificultades para encontrarse. Y Aurelia partió, desesperada y toda en llanto.

*

* *

Y vinieron los días de inquietud. Nunca Víctor pensó tanto en Aurelia. Recordábala todos los días, y a cada instante. Y sin embargo, ahora tenía la seguridad de no

quererla. Deseaba ser sincero con aquella mujer que le adoraba. Debíale a ella toda la verdad. Pero ¿cómo decírsela? Iba dejando la carta de un día para otro. Su inquietud le daba pretextos para no escribirla en el instante. La tenía en su imaginación, entera, con todas las ideas y todas las palabras, pero una cobardía de su corazón, un temor extraño, le impedía ponerla en el papel. Sufría con angustia pensando en el dolor de Aurelia; y esta angustia llegó a ser tan absorbente, que debía arrojarla de sí como se arroja la tentación de una maldad.

Mientras tanto, llegaban las cartas de ella. ¡Dolorosas, lamentables cartas! Aurelia pensaba que Víctor había sido cruel, que había ido hacia ella sólo por tener una aventura más o por curiosidad de conocer su espíritu. Ella le había entregado su alma, desnuda y entera. El había turbado su espíritu antes tranquilo, y había entristecido para siempre su vida. Pero no le tenía rencor. ¿Cómo olvidar que pasó a su lado las mejores horas de su existencia? Tal vez fué ilusión... Tal vez aquella felicidad nunca fué y, sin embargo, había ya muerto.

Víctor pasaba los días en sus múltiples ocupaciones. En la Cámara discutíase el presupuesto, y esto le absorbió y le distrajo de Aurelia. Y luego un poco de vida social, y aquella curiosidad que le llevaba a verlo todo y conocerlo todo.

De esta manera, pretendía ahogar el recuerdo de Aurelia, o, mejor dicho, el recuerdo de los sufrimientos de Aurelia por causa suya y el recuerdo de su propio fracaso. Le preocupaba la certeza de estar cometiendo una mala acción. Reconstruía la existencia de aquella mujer. Primeramente, la monotonía, la platitud, todos los días iguales a los otros, junto a un marido mediocre, sin idealismo, sin capacidad sentimental, sin poesía, sin ensueños. Luego, el amor fulminante, la tragedia interior, la emoción, a la vez dolorosa y divina, de entregarse al amado, el saberse querida por un hombre de valer espiritual, la variedad de la existencia, el vivir en un mundo interesante y superior de ensueños, de exaltaciones, de ternuras, de poesía. Cierto que en medio de estos encantos

no faltaba la duda de ser querida, ni la acción subterránea del remordimiento, ni el temor de que aquello se supiese, ni un poco de desengaño, ya que todo en la realidad de la vida es inferior al ensueño. Y ahora, él, Víctor, amado con pasión por ella, la arrancaba brutalmente de sus ensueños, de su poesía, de su ternura, de sus días de plenitud, y la hundía en el abismo del hastío y de la horrible monotonía de su existencia anterior. ¿De su existencia anterior? Ni siquiera esto, porque ahora, habiendo conocido otra vida muy distinta, sabiendo qué gusto tienen el amor y la felicidad, sus horas serían más desesperantes que nunca. Al principio, no cesaría de estar acompañada por su dolor. Su camino seguiría lleno de sufrimientos, de reproches a sí misma, de recuerdos que la torturarían, de ideas de espantoso pesimismo, de dudas sobre la justicia divina, de imágenes de su futura vida desolada y rota. ¡Pero, después, cuando esto pasara! Entonces, el hastío y la platitud retornarían, y jamás sus horas pareceríanle tan aburridas y largas, ni su marido tan mediocre ni vulgar, ni la monotonía de su vida tan insoportable, ni sus años de madurez tan tristes.

Víctor pensaba, pues, haberle causado a Aurelia un infinito mal. Pero en alguna ocasión intentaba justificarse. Porque lo terrible en la vida de Aurelia no era el sufrimiento, sino el hastío y la platitud; y él la había libertado de estos dos monstruos que la tenían prisionera. Ahora Aurelia iba a sufrir, ¡pero ya no más horas de tedio! Nunca faltaríale en qué pensar. Si alguna vez, cuando se fuesen los sufrimientos de estas horas, recaía en la existencia de antes, tendría siempre a mano el remedio para reaccionar: el recuerdo. ¿Y acaso la felicidad duró mucho tiempo alguna vez? Se van las horas de intensa dicha, pero queda el aroma del recuerdo. ¿Y no es mejor el recuerdo que la realidad, ya que él nos permite volver a crear los momentos divinos, y volver a crearlos sin lo que había en ellos de imperfecciones y en cambio acrecidos con la poesía que el tiempo le fué agregando? Víctor decíase en esas ocasiones que todos debíamos procurarnos recuerdos para los años marchitos de las

horas de la vejez, y — con esa hipocresía de los hombres, que poseen aun los más sinceros y los mejores — consolábase del daño que hiciera a Aurelia pensando que él le había dado los únicos recuerdos de poesía que iba a tener ella en sus años de madurez y de cabellos blancos. Otras veces, pensando en la tontería humana, imaginaba, sin equivocarse, probablemente, que Aurelia se complacería en el fondo de su alma de todo aquello que la convertía en una persona interesante, en una mujer desgraciada y digna de compasión, en una heroína de novela. Pues pocas cosas gustan tanto a las mujeres como el poder decir — a otros o a sí mismas — hablando de sus tristezas y sufrimientos: "Mi vida es una novela". Cuando pueden decir esto son felices, y se consideran superiores a las demás. Una mujer que puede pronunciar esas palabras, ¿las cambiaría por estas otras: "Mi vida ha sido vulgar", aunque este cambio significase el no haber sufrido? Nada hay que nos haga más dichosos que el tener una alta consideración de nosotros mismos, y, en el concepto de una mujer, nada la diferencia tanto de las demás, ni la enaltece tanto a sus propios ojos, como una vida novelesca.

Respecto a sí mismo, Víctor pretendía ahogar todo recuerdo de aquel fracaso sentimental. Había ido hacia Aurelia creyendo amarla, necesitando un amor, casi como quien habiendo naufragado se agarra desesperadamente de la primera tabla que encuentra. Fué sincero. Al buscarla, él no lo hizo con el sólo propósito de una aventura, ni pensó en que pudiera causarle tanto mal. Y además, él no la conocía a esa mujer. La vió en el radio de acción de su poder sugestivo, dominada por la elocuencia de sus palabras y luego por la de sus ojos, y la atrajo definitivamente, sin sospechar su sensibilidad exagerada, ni su aptitud de apasionarse, ni aquel hastío de su vida. La atrajo buscando él también una felicidad que no encontró. ¿Por qué no la amaba? ¿Acaso había perdido toda capacidd de querer? ¿Y no era esto también doloroso: desear un amor, necesitarlo integralmente —

necesitarlo su alma, su espíritu, su ternura, más que sus sentidos — y no poder sentirlo?

¡Mujeres: compadezcan ustedes a ese hombre desgraciado! Harán mal en pensar que él también se consolaba encontrándose interesante y distinto de los demás! Víctor sufría. Yo les aseguro a ustedes que sufría. Y sufría por su exceso de sensibilidad, de imaginación y de sentimiento. Infinitos hombres no necesitan ni la ternura, ni el amor, ni la ilusión, para vivir y estar contentos. ¿Ven ustedes aquel millonario que sólo habla de negocios, aquel político envanecido, aquel escritor que desprecia a los filisteos? Pues esos viven felices, en sus egotismos y en su platitud. No necesitan del amor ni de la ternura. Y cuando les hacen falta algunos besos — no por razón de su sentimiento sino por exigencias de su fisiología—, los compran y continúan tan felices, sin inquietudes interiores, ni idealismos absurdos, ni ambición de ternura. Esos hombres han suprimido de la vida el sentimiento.

Pero Víctor, sin creer que el sentimiento debía constituir toda la vida o lo esencial de la vida, —poco tenía de romántico—, pensaba que era necesario a la vida. Hombre de acción, tampoco juzgaba que la acción fuese lo único importante. El hombre, según él, debía vivir integralmente. Su ideal consistía en fundir la vida del espíritu con la vida del corazón y con la de los sentidos y con la del cuerpo. Nada había de únicamente necesario ni aun de superior, en cuanto a la vida. Todo tenía derecho a ser. Hasta el sufrimiento era necesario al espíritu y al corazón, del mismo modo que al cuerpo eran necesarios el frío del invierno y el calor del verano. Víctor solía decir que si teníamos un corazón era para que amase, para que viviese amando. Un corazón sin amor, un alma sin ideales ni ilusiones, eran como órganos que no funcionan; y así como consideramos enfermo al ser humano en quien algún órgano corporal no funciona, así también a Víctor parecíanle enfermos aquellos cuyo corazón o cuya alma no ejercían las funciones para las que fueron creados. ¡Vida plena, total, siempre en mo-

vimiento! ¡Vida de todo el ser, de la inteligencia como de los sentidos, de la voluntad como del corazón! ¡Vida en la alegría como en el sufrimiento, en la perpétua renovación, en la eterna inquietud, en la permanente insaciabilidad de todas las cosas! ¡Oh Vida, oh Vida, eres lo único que sabemos que existe! ¡Eres el alma del Universo, eres la causa de todo, eres tal vez Dios!

*
* *

Los días pasaban y pasaban. Víctor no recibía carta de Aurelia desde hacía tres meses. Pero a pesar de que ella había comprendido su silencio y lo daba todo por terminado, pues nada exigía y parecía que, al callar, se resignase a la separación, Víctor pensaba constantemente en escribirle. Varias veces redactó la carta en su imaginación. La quería como a una amiga, la recordaba siempre, siempre, pero no sentía otra clase de cariño. Para atenuar el dolor que a ella iba a darle una declaración tan brutal, le aseguraría que la causa no estaba en ella. Estaba en él. Ella era bonita, tenía los más profundos ojos que conociera; era apasionada, sensible, inteligente, suave, cariñosa. ¡Todas las cualidades que atraen el amor! Pero él no podía amar. Atribuiría su incapacidad sentimental al Destino. Aquel que distribuye entre los humanos los dones, habíale hecho a él un triunfador, pero negándole la aptitud de amar. Y era justo que no lo tuviese todo. Pero cambiaría su situación, su talento oratorio, sus éxitos todos por poder amar a Aurelia. Atribuiría también su desgracia a exceso de análisis y a la enfermedad de imaginarlo todo.

Sentábase a su escritorio para escribir la carta. Y entonces una desoladora cobardía le paralizaba la mano. La cuartilla, blanqueando bajo sus ojos, tornábase un

reproche viviente. Víctor se entristecía y sus pensamientos iban a vagar por el recuerdo. Apartaba la carilla y dábase a pensar en la pobre mujer que aun estaría sufriendo su abandono. La vida parecíale entonces una cosa triste. Sus manos iban a sostener la frente pensativa y dolorosa, y los ojos nublábansele. Permanecía así un largo rato: inmóvil, recordando, analizando, pero buscando sacar algún bien de estas tristezas.

No necesitó escribir aquella carta. Porque un día, Aurelia, que acababa de llegar a Buenos Aires, le citó en una plaza. Víctor deseaba verla. Había que terminar con aquello, — decíase, — no queriendo convencerse de que no verla era el mejor modo de concluir. Y fué a la cita, llevando allá en el fondo de su alma una levísima esperanza. ¡Siempre el ser humano ha de esperar! A veces hemos resuelto hacer algo que por algún oculto motivo no quisiéramos hacer y, verdugos de nosotros mismos, vamos a la ejecución, con la secreta esperanza de que cualquier suceso extraordinario nos impida proceder.

Víctor esperaba en una esquina cuando ella llegó en un auto. Subió y sentándose junto a ella dió orden al chofer de dirigirse hacia los barrios del sur. Allí nadie les conocería.

La miró. Hasta entonces sus ojos no se habían encontrado. Aurelia, al verle esperándola, había apartado los suyos, avergonzada y temerosa. Luego, ya en el automóvil él, no había podido mirarle. Esperaba un gesto de aquel hombre al que adoraba y que la había abandonado. Esperaba una palabra de salvación. La infeliz también, después de aquel silencio para ella trágico — lo más trágico en su vida, — tenía una esperanza allá en el fondo de su alma sufriente.

Aurelia bajaba los ojos, temblaba, estaba llorosa y enrojecida. Cuando le miró fué para apartarse de él y levantar la cabeza hacia el cielo, con un repetido gesto de negación, como acostumbraba en sus sufrimientos. Víctor le tomó una mano, pero ella la retiró. Entonces él

vió que era necesario hablar. Y dijo, dolorido también:

—Yo no te he escrito, Aurelia, porque no podía escribirte. Creo que no debo engañarte, que tienes derecho a toda la verdad, por triste que sea.

A Víctor costábale hablar en aquel instante. El, el orador elocuente, el parlamentario seguro de sí mismo, el hombre "de palabra fácil", encontrábase intimidado, sin palabras, junto a aquella mujer. Con todo, Víctor habló. Quiso explicar la frialdad de su corazón. Ella esforzábase por no soltar el llanto. Y arrinconada en el automóvil, llenos de lágrimas los ojos, miraba al techo y como si no escuchase las palabras de Víctor.

—Yo te aseguro, Aurelia, que te he querido. Yo necesitaba tu amor.

—¿No me engañas?

Víctor le explicó una vez más, como si ella hubiese olvidado todo, la historia de su amor. Eran las mismas cosas de siempre las que él contaba, y, sin embargo, los dos sentían que algo nuevo había allí, algo que en su tiempo no fué dicho. Aurelia oía aquellas cosas viejas, buscando nuevas interpretaciones; y él las decía tratando de adivinar las interpretaciones de su amiga.

Aurelia escuchó después en una actitud de resignación. Sufría, pero comprendía. Todas esas cosas ella las había pensado. Alguna vez dudó de la sinceridad de Víctor, imaginando que él sólo buscaba en ella una aventura más, sin amarla y sin desear amarla siquiera. Ella conocía poco a los hombres, pero tantas veces oyó decir o leyó que en materia de amor eran todos unos farsantes, que llegó a pensar si Víctor no sería también uno de ellos. Ahora ya no dudaba. Ahora creía en él, y otra vez una canción de esperanza amaneció en su corazón.

—Yo te ofrezco mi más profunda amistad — decía Víctor. — Tú serás el confidente de mis tristezas y yo el tuyo. Nos querremos con un cariño fraternal, verdaderamente puro, noble, desinteresado.

—Eso me basta, Víctor. Nunca aspiré a un gran amor

de tu parte. Y ya que no puedes amarme, me contento con ese cariño, que es muy lindo también, muy lindo...

Víctor sentía un enorme alivio. Aquello terminaba bien, sin demasiado sufrimiento para Aurelia. Su preocupación constante era por Aurelia. Hubiera hecho cualquier cosa por evitarle un dolor excesivo. Y ahora estaba contento, al ver que de aquella situación penosa él había sacado un motivo de nueva alegría y de nueva ilusión. Y sentíase satisfecho de sí mismo, de su habilidad, de su facilidad para convencer.

Se separaron. El la condujo hasta cerca de su casa y volvió al centro.

*
* *

Encontráronse una vez más. Fué en un escritorio que acababa de instalar Víctor, cuya diputación ya terminaba, y que había resuelto no volver a la provincia, quedándose a trabajar en Buenos Aires.

Aurelia apareció elegantísima. Un sombrero negro de enormes alas ocultaba un poco sus ojos. Dió la mano a Víctor y sentóse en un sofá, junto a él. Víctor advirtió la ausencia de una linda mirada de coquetería que ella solía tener para él. Era ya la amiga. La otra, la amante, había desaparecido.

—He querido que nos veamos una vez más, la última—dijo Aurelia, que había provocado aquella entrevista.

—¿Por qué la última? ¿No quedamos en que tendríamos una amistad fraternal?

Aurelia, conmovida, llorosa, abrió un pequeño envoltorio que había traído y sacó sus cuadernos. Mientras tanto, Víctor hablaba. Volvió a repetir que fué sincero, que deseó amarla con toda su alma.

—Pero tal vez me he equivocado. Tal vez todo ha sido una ilusión.

Estas palabras produjeron en Aurelia un efecto extraño. Se llevó las manos a la cara y lloró. Después pareció ofendida. Quedó seria, reconcentrada. Víctor la veía sufrir más que nunca, y él sufría también de aquel dolor íntimo e incomprensible, del que sin duda era culpable. Por fin, unas palabras sueltas de Aurelia, unas palabras de reproche, de enojo, hasta un tanto despreciativas, le hicieron comprender. Aurelia, en medio de sus penas y desilusiones, conservaba la ilusión y la dicha de que Víctor la hubiese amado unos meses o unas semanas. Se había resignado a que el amor pasase, un poco porque, en su instinto de la vida, sabía que el amor no dura mucho, y, otro poco, sometida a esa incapacidad de Víctor para seguir amando y acrecer la intensidad de su afecto. Pero la idea de que jamás Víctor la hubiese amado, de que todo fué ilusión, la hacía infinitamente desgraciada, la enfermaba, la abatía. Era tal su dolor que, ensimismada, ensombrecida, no podía ni llorar. No podía ni hablar ni pensar. Así permaneció un largo rato, media hora quizá, sin oir las protestas de Víctor que intentaba explicar y justificarse.

—Yo no he afirmado nada, Aurelia. Solamente me he preguntado, como quien habla para sí mismo, si no habría estado en la ilusión. Y me lo he preguntado porque eso ocurre muchas veces. Es humano, y es hasta común en personas imaginativas. Yo te he contado el caso de Cleta. Los dos creíamos en una pasión, y luego el contacto y el tiempo demostró que estuvimos ilusionados. No hubo amor en nosotros, sino un gran deseo de amar, de soñar, de ser felices. Y bien, Aurelia, piensa un poco, trata de comprenderme: ¿era acaso imposible que entre tú y yo hubiese ocurrido lo mismo? Dado aquel antecedente, ¿qué extraño era que yo me hiciese aquella pregunta? ¿Qué extraño que tuviese una sombra de duda, la sombra de duda que tenemos siempre en todas nuestras cosas humanas? Pero la verdad es que no debí hacerme esa pregunta. Porque si de algo puedo estar seguro es de haberte amado.

Aurelia comenzaba a escuchar. Pero, con intenciones de marcharse, iba envolviendo su paquetito.

—No, no te vas. Es preciso que no dudes de mi sinceridad.

Y entonces Víctor, en su ansia de tranquilizarla y consolarla, evocó su amor de los primeros días. Recordó sus pensamientos, la obsesión de los ojos adorados, la emoción de las primeras entrevistas. En un momento, sintiendo con agudeza cuánto había perdido, su voz se quebró, su acento se hizo profundamente doloroso. Y sentado junto a Aurelia, sin mirarla, encorvado, con las piernas abiertas, los codos sobre las rodillas y las manos en el rostro, tuvo unas lágrimas él también.

Pasaron unos minutos. Víctor permanecía en una actitud de sufrimiento.

—¡Qué miseria es la vida! No podemos comprendernos los unos a los otros. Nos hacemos sufrir, aun los que más nos queremos.

Aurelia se había acercado a Víctor. Una alegría exaltaba su rostro lleno de lágrimas. El no la miraba, pero la sentía muy cerca de su alma. Y de pronto ella le tomó la cabeza y le besó en los labios con pasión.

Víctor le pidió uno de sus cuadernos. Aurelia pensaba marcharse sin mostrárselos. Pero ahora, ¿cómo negarle? Entrególe el primero, aquel que continuaba las páginas que Víctor ya conocía. El las fué leyendo, saltando algunos trozos, deteniéndose en aquellos que revelaban las incertidumbres y los sufrimientos de Aurelia al no recibir cartas del amante.

Aquí preguntábase Aurelia si merecía castigo el convertir en ídolo a un ser humano; y se contestaba que sí, pues era culpable quien no se satisfacía con lo que la suerte le daba, quien olvidábase de sus creencias y del mundo entero, quien engañaba al amigo de toda una vida tranquila... Este recuerdo del marido, "del solo corazón donde pude reclinar confiadamente la cabeza", impresionó a Víctor. Toda la tragedia del corazón apasionado de Aurelia estaba en aquellas palabras, y en

aquellas otras en que decía: "me juzgo y me condeno", y en aquella cita al margen, desgarrador grito de una alma atormentada y solitaria: "¡Yo tenía tanta necesidad de ser dichosa!"

Allí juzgaba con dureza a Víctor, que en su deseo — inconsciente, creía Aurelia — de alejarse de ella, le produjo un frío muy grande, un enorme desaliento del corazón; que era egoísta y desigual, sensible a veces hasta conmoverse por una palabra del diarito y otras tasando las entrevistas casi indiferente, reloj en mano. Víctor intentó protestar por ciertas frases en que le juzgaba espantosamente egoísta e incapaz de verdadera pasión; en que decía cómo todo cuanto él hablaba, pensaba y sentía era de sí mismo; en que afirmaba su falta absoluta de interés por ella, pues, lejos de preguntarle sobre su vida allá lejos, sólo habló de él. Pero ella le señaló el comentario al margen, escrito hacía pocos días, después de su primera entrevista: "Hoy he conocido su nobilísimo corazón. Me confieso mala e injusta, le pido perdón por haberle juzgado egoísta; y para castigarme y demostrarle mi humildad, dejaré que lea estas páginas que me avergüenzan".

Víctor siguió leyendo:

"Si se ha despedido para siempre de mí, con un fingido beso de amor, quiero atribuirlo a su piedad y no pensar que ha llevado su engaño hasta el último extremo. Este pensamiento me sería tan doloroso que amargaría hasta el recuerdo de nuestros primeros besos".

"¿Seré yo injusta, exigente? ¿Será que sus ocupaciones le absorben de tal modo que no le dejan tiempo para pensar en mí? ¿No sabes que un hombre como él debe tener más cerebro que corazón, y pensar más que sentir? ¿No lo sabías acaso cuando te entregaste a él, loca de amor, en un deslumbramiento de todo tu ser?"

Y al margen, después de las dos últimas entrevistas:

"¡Perdóname! He sufrido mucho al juzgarte mal. ¡Estaba enloquecida y ciega de dolor!"

"Ha muerto mi infinita confianza en él. Ya no puedo considerarle como a un ser superior a todos los demás, ni adorarle casi como a un ídolo. He hecho a pesar de mí una comparación y él ha perdido. Ya no podré enseñarle mi diarito porque no quiero que sepa cómo ha cambiado mi opinión respecto de él. Acaso ya no le interese leerlo el día lejano en que nos encontremos".

"Pero le quiero siempre y a pesar de todo. A veces me considero injusta y pienso que el mal está en mí misma, en mi manera de sentir. Tal vez tengo un concepto exagerado de lo que es el amor. ¿Me será posible renunciar a ese ideal? Pero ¿cómo seguir creyendo en él? No debe existir sobre la tierra cuando en mi Víctor no lo encontré cumplido. ¡Renunciar... renunciar para siempre! Nunca en la vida poder alcanzarlo... Vivir sola... sola... ¿oyes? Debes soportar esa horrible soledad de espíritu, ahora más dolorosa que antes porque conoces la verdadera dicha y pasaste muchas horas felices..."

Y al margen:

"¡Si pudiera yo llenar tu boca de besos sin que tú lo sintieses!"

"Hoy le escribí. ¿No me pidió en su última carta que siguiera haciéndolo? Es la primera vez que, al hablar con él, quise esconder mi pensamiento, afectando una tranquila confianza que ya no podré sentir jamás. ¡Qué amargura! ¡Si él pudiera leer las páginas de mi diarito!"

"Por un doloroso esfuerzo de voluntad en que he puesto todo mi ser, trato de dominar mi espíritu turbado por la pena, recobrando un poco de tranquilidad. Quiero luchar para reconquistar su cariño. Quiero escribirle fingiendo una calma que ya no tiene mi ser. Que no sepa cuánto he sufrido estos días pasados. ¿Cómo luchar contra el olvido? Estoy vencida de antemano. ¿Qué puedo

ser para él? Me acobarda el corazón un desaliento infinito".

"¡Cuánto he deseado estos días dormirme... para siempre!... ¡Y todavía tener que fingir!"

"Ha llegado la hora de amargura tan temida. El presentimiento que me asaltaba en plena dicha se ha cumplido. Estoy sola... Y para siempre. El fantasma de dolor que veía surgir, sabiendo que tarde o temprano me robaría mi tesoro, ha llegado. Y se lleva todo cuanto hizo que creyera en la dicha, toda la luz, todo el calor que necesita mi alma para poder vivir. Sólo queda en mi vida un vacío absoluto y helado. En mis horas de amor, cuando ese temor me helaba por un momento el corazón, me apretaba más contra su pecho, unía más estrechamente mis labios a los suyos, y poco a poco, como bajo el encanto de un filtro que vertiera en mi alma calor de paz y consuelo, lograba recobrar mi dulce confianza en él, mi esperanza en la vida, en la verdad de su cariño..."

"Le he escrito. Me ha faltado fuerzas para no hacerlo. ¡Y no me ha contestado! ¡Qué sola me siento, qué horriblemente sola!"

"Anoche, ¡qué terrible tentación! Pero no. Mi buen amigo no sabrá nunca mi delito. No sabrá que sacrifiqué a su salud y su bienestar más que mi propia vida. Luego pensé que yo habría conquistado definitivamente, a fuerza de amor, el amor de mi amante si hubiera vivido cerca de él. No ha podido conocerme tal cual soy. ¡Qué desesperación no poder mostrarle mi alma desnuda para que sepa su belleza y cómo es toda, toda suya! Pero tal vez este dolor dé sus frutos y, a manera de expiación, purifique mi alma, encontrando mi única paz en el único lugar donde debí buscarla. Pero en mi locura, se me ocurre que cierta forma de expiación sería mi dicha. Paolo y Francesca, condenados a vagar eternamente, unidos en la

culpa y en el tormento, no me inspiran compasión... ¡envidia!"

"¿Será porque me he entregado pronto? Para calcular necesitaba no querer. Y si hubiera estado mi corazón indiferente y mi espíritu sereno, ¿habría merecido yo perdón y amor? Si son necesarios la falsedad, el cálculo y el disimulo para conquistar su corazón, no es él quien yo creía. Y el amor pierde a mis ojos su divino encanto, su excelsa esencia. ¿No me habrá juzgado como a una mujer ligera y sin pudor? No y no. Acabábamos de conocernos, de revelarnos nuestro amor. Ibamos a separarnos por largos meses... y entonces le hice el don de todo mi ser. Pero él ¡qué tristeza! no ha comprendido que hice entonces el sacrificio de mi pudor moral, de la virginidad de mis sentimientos de verdadero amor, de cuanto me había sido más querido en la vida. Esperé que la delicadeza de su espíritu comprendería... esperé que la ternura que suponía en él recogería en lo más hondo del alma mi sacrificio y que mi sacrificio dejaría allí un germen de verdadero amor hacia mí. Pero ¡todo desvanecido, quimeras y ensueños! ¡Despertar entre la sombra helada!"

"No sentía el golpear doloroso del corazón. Había cesado el martilleo que atormentaba mis días y mis noches y que, a veces, mientras sonreían mis labios, se hacía tan intenso que debía cerrarlos para no gritar. Esta mañana sólo sentía como un vacío enorme y glacial. Y me dije: "¿dónde está mi corazón? ¿dónde mi sufrimiento?" Mi ser entero está ahora dormido en un anonadamiento absoluto, envuelto por una sombra infinita. No puedo sentir. Todo lo que antes me conmovía, ahora me deja indiferente. Trato de recordar al ser que amé hasta el crimen, aquella dicha que me hizo comprender el Cielo — sí, el Cielo ¡perdón, Señor! — Pero todo se me aparece como a través de una niebla muy espesa y gris, y en mi alma sólo queda la sensación del helado vacío infinito. Y pienso que si volviera a verle, quizá su mirada, como una corriente

eléctrica, despertase a mi ser de su letargo. Pero no creo... ni espero... ni deseo... Recuerdo, como en un sueño penoso, que hay en la vida muchas horas bellas: cariños, besos, alegrías; y que se hallan en compañía de traiciones, de engaños, de olvidos... Tiemblo ante este recuerdo, como un niño maltratado que viera aparecer a su verdugo, al que creyó ido para siempre... y quiero continuar mi sueño de piedra, mi letargo de muerte..."

"Sólo me retiene en la vida el sagrado deber de cuidar la salud de mi buen amigo y compañero. Y ha faltado poco, hace una hora, para que yo faltara a ese deber, buscando el olvido supremo en la muerte. Y ahora como en los primeros días, me pregunto: ¿estoy loca?

Vuelve a mí el recuerdo de mis días felices. Me parece que no fuera yo quien los hubiera vivido. ¿Fuí yo realmente? ¡Todo lo veo tan vago y tan lejano! Es como si el sufrimiento, que ha matado a mi fe, hubiera agotado mi facultad de sentir. El recuerdo sólo despierta en mi alma un eco. Pero en el vacío infinito de mi corazón, en su hondura más profunda, vive siempre, siempre, siempre, la gotita de luz que allí olvidó la estrella".

Al partir para Buenos Aires:

"¡Mentira! Te engañaste a tí misma. Le quieres siempre con tu loco amor de siempre. El solo pensamiento de que puedes volver a verle ha despertado toda la pasión que creíste ahogada eternamente".

Víctor se interrumpió un instante, fatigado de dolor y emoción. Sus ojos no se levantaban hacia los de ella; dijéranse avergonzados: de la pequeñez de su cariño junto al de ella, de haberla involuntariamente engañado, del mal que le había hecho al destruir su ilusión y su fe en la vida, de mostrar su aflicción y sus lágrimas. Ella le miraba con pena y con un cariño infinito, con un cariño no de amante sino de madre. ¡Un cariño de perdón y de consuelo!

La lectura iba a concluir. Ahora venían unas pocas páginas, escritas en aquellos días. El diario cambiaba de tono. Ya no era sombrío ni trágico. Una dulzura y una suavidad extrañas daban encanto a aquellas páginas: la dulzura y la suavidad que nos quedan después de las grandes tragedias morales, cuando ya no hay en nuestros ojos lágrimas porque las hemos llorado todas.

Momentos antes de partir para Buenos Aires decíale al diarito, su amigo: "Vengo a confiarte un pensamiento, una duda, un anhelo... casi una esperanza... la lucecita de la estrella... Este camino, ¿me llevará al sufrimiento o a la dicha?" Luego, en viaje, escribió, tal vez temblando de emoción, de temor y de esperanza: "¡Dios mío! Sólo te pido un latido de su corazón, sea de amante, de amigo, o de hermano. ¡Encuentre yo aun mi imagen en su alma!" Y después de haberle visto, decía, con una resignación llena de bondad y de dulzura: "¿Por qué estas lágrimas, tristísima protesta de mi amor concluído? ¿Por qué este dolor ardiente y desesperado de todo mi ser? ¿No me ha concedido mi Dios cuanto al venirme me atreví a pedirle: un solo latido de su corazón? ¡Qué cruel su noble confesión de amigo bueno! He tenido valor para mostrarme serena. Mi corazón ahogó un grito de dolor, para que él no sufriera oyéndolo. ¡Así debe gritar, con un grito que no oímos, una herida sangrienta! Y ahora estoy tranquila, como la misma muerte".

Y terminaba el diario con estas palabras:

"Han pasado tres días desde su sincera confesión. ¿Será que ya estaba yo preparada para oirla y acostumbrada al sufrimiento por su largo y cruel silencio? ¿Será que la delicadeza de sus palabras me ha conmovido tanto que casi me compensa del bien que acabo de perder? ¿No me dijo que ahora me comprendía mejor que nunca? Obligada a elegir entre sus besos y su alma, entre su espíritu y su carne, ¿no habría elegido mil veces su alma y su espíritu? No debo, pues, quejarme, y me siento casi feliz. Todo él, su ser entero, no podía pertenecerme. No sé... pero hoy una dulcísima serenidad llena mi alma, y

mis labios, antes ávidos, insaciables de sus besos, pueden murmurar con ternura infinita: amigo de mi alma. Anhelo decírselo. Sé que sufrirá pensando en mi sufrir. Me apena mucho el estado de su espíritu. Y por lograr que reviviese la savia de su corazón daría mi vida, ¡así debiera perder toda mi sangre gota a gota!"



Había concluído el diario de la pobre alma apasionada. Víctor quedó inmóvil, con el cuaderno en la mano. Permaneció un largo rato encorvado, con las manos en el rostro, con los ojos sin ver o tal vez viendo cosas muy lejanas — ensueños que se fueron, ilusiones imposibles — o muy cercanas: sufrimientos, soledad de las almas, dolor de lo fatal, ¡todas las tristezas de la vida triste!

Aurelia, suavemente, casi sin que él lo advirtiera, le había retirado de las manos el cuaderno y lo envolvía con el papel de seda. Estaba tranquila Aurelia. En aquel momento era feliz. No por creerse vengada sino porque sabía que aquellos sufrimientos, que aquella angustia silenciosa de Víctor, eran por ella y para ella. El común dolor les unía. Cada vez que el pecho de Víctor se levantaba en una lenta y difícil respiración, o que su cabeza se movía como atestiguando la presencia del dolor y la fatalidad de las cosas humanas, o que una lágrima aparecía en sus ojos y corría hacia abajo por su rostro viril, Aurelia sonreía de dicha y sentía un impulso de abrazar a aquel grande amigo del alma que acababa de nacer en Víctor.

Cuando el amigo pareció más calmado, Aurelia arreglóse su cabeza, púsose el sombrero, alisó los pliegues de su vestido. Estaba de pie, esperándole. Víctor paróse y fué hacia ella.

—¡Perdón, perdón amiga mía! — dijeron sus labios temblando, mientras las manos se extendían, rogando las de ella.

Aurelia entregóselas, y así unidos permanecieron un breve instante. Ella le miraba y sonreía levemente. Luego se acercó más a él, le tomó la cabeza y le besó en la frente, con un beso largo, con un beso triste, con un beso largo y triste, triste... triste...

Luego las dos manos de él volvieron a unirse con las de ella. Había que partir. Después dos manos se desprendieron pero las otras dos continuaron unidas, como sin poder soltarse. Una fuerza extraña las retenía. Por fin esta unión se fué aflojando hasta quedar sólo enlazados los dedos... Algo pasó entre ellos y les separó. Víctor contestó a la despedida muda de Aurelia — un adiós de los ojos, acariciante y enervado — con una larga, dolorosa mirada.

Aurelia se alejó lentamente. Su perfume quedaba allí. Su alma apasionada quedaba en el corazón del amigo. Víctor arrojóse sobre un sofá y sollozó virilmente.

Luego se levantó, fastidiado contra sí mismo, despreciándose por aquella debilidad, y se dijo, enérgicamente, expulsando de su ser toda aquella tristeza inútil:

—Y ahora ¡a vivir, a vivir! ¡A olvidar y a vivir!

VII

LAS POBRES ALMAS INQUIETAS

Este dolor de no poder nunca salir de nosotros mismos hace que los unos a los otros nos ignoremos fatalmente. Dolor muy hondo y angustioso para aquellos que sienten la tragedia interior. Pasamos sobre la tierra sin que nadie nos conozca en nuestra esencia, nadie, desoladoramente nadie. El alma de un ser humano es, en su íntimo fondo, un yermo adonde ninguna otra alma llega, adonde ninguna otra alma se interesa siquiera por llegar. Sólo sufren de la inaccesibilidad de aquel yermo los que aman. Y cuanto más aman, más padecen del aislamiento espiritual y mejor comprenden la tristeza trágica de vivir.

Y en la Cosmópolis gigantesca, el alma está más sola. ¿Quién podría penetrar hasta la esencia de otra alma, en medio del tumulto de la vida exterior? ¡Pero si ni siquiera es posible entrar en los caminos que conducen al yermo! Así, Víctor sufría y todos ignoraban su sufrimiento. Sus compañeros, sus amigos, sus hermanos creíanle feliz. Le veían con su rostro casi siempre amable, su piel tersa y su espíritu juvenil; contar anécdotas y reir a

veces, aunque raras, con una risa franca e ingenua; tener todas sus horas ocupadas, sin margen posible para el hastío; triunfar en todo, logrando la admiración en unos y el respeto en otros; estar con salud, y, según aseguraba él mismo, amar la vida exaltadamente. Un hombre en este caso, ¿no es una imagen de la dicha perfecta?

Pocos hombres perciben la tragedia interior. Nadie advertía el pliegue de amargura que surgía de pronto entre sus labios, aun en medio de sus contentos. Nadie advertía que su conversación vivaz disimulaba sus tristezas. Nadie advertía que entre sus múltiples ocupaciones de hombre práctico su imaginación creábale sueños felices y hablábale incesantemente de su soledad espiritual. Nadie advertía que su amor a la Vida — a la Vida integral, a la Vida con su grandeza y su miseria, con su belleza y su fealdad, con lo que tiene de profunda, de noble, de ardiente, de alegre, y con lo que tiene de grosera, de repugnante, de absurda, de triste — no era un resultado de su felicidad ni una expresión de su temperamento, sino un concepto filosófico. Y nadie advertía, finalmente, que el triunfar no bastaba para dar felicidad a un hombre como Víctor, pues a los triunfos de su vida exterior correspondía el fracaso de su vida sentimental; y si su nombre era célebre, su corazón, según decíase él mismo, no pasaba de ser un paria, un abandonado del Destino, un hijo de la Soledad.

Parecerá incomprensible que un hombre como Víctor, que tenía un sentido dinámico y, en cierto modo, mecánico de la vida, necesitase del amor para vivir. Generalmente, los hombres de esta clase prescinden del sentimiento. Pero no es incomprensible semejante complicación espiritual. Es una de las tantas paradojas en que el Destino se complace. Y pudiera afirmarse que, en este sentido, cada hombre superior es una paradoja viviente. ¿No se reunieron en Stendhal: el más absoluto materialismo filosófico, la manía del análisis, el escepticismo, el culto de la energía, el espíritu de mistificación, el sentimentalismo, la ironía, el donjuanismo, el romanticismo y un sentido a la española del amor? ¿Qué de extrañar, pues, que en un ar-

gentino de este tiempo se junten el sentido dinámico y mecánico — vale decir, americano — de la vida, con unos gramos del romanticismo de sus antepasados, con una gran necesidad de amar y ser amado, con un poco de intelectualismo y con otro poco de diversas aficiones: analizarse, soñar, dominar, ganar dinero?

*
* *

Víctor ya no era diputado. Pero después de un año y medio de Buenos Aires, le hubiera sido imposible volver a la provincia. Durante ese tiempo hizo viajes a Córdoba y a su pueblo. Se ahogaba allí. Vida estrecha, sin vastos horizontes, sin esperanzas. El espíritu estático, que perduraba aunque debilitado. En Buenos Aires, dijérase que la inquietud de estas horas atenuaba el exceso materialista de años recientes y aquella vulgarización del vivir que era el resultado de la falta absoluta de sugestiones espirituales. En Buenos Aires todo era dinámico, poderosamente dinámico. Hasta hacía poco tiempo fué sólo material ese dinamismo. Ahora comenzaba el movimiento de las almas, de las conciencias y de los corazones: la inquietud sentimental y moral.

En Víctor habíase producido una evolución. Sensible a la acción del ambiente, fué en la provincia un espiritualista. Pretendía acordar la vida de acción con la vida del espíritu. Suele creerse que esto es imposible: vida activa y vida interior se excluirían. Sin embargo, en muchos hombres, en los santos, especialmente, se ha realizado la paradoja. Ignacio de Loyola fué un genio de la acción y, a la vez, un contemplativo. Pero Víctor, después de año y medio de Buenos Aires, veía disminuir su sentido espiritualista de la vida; y si tuviera que elegir entre una existencia de acción y una existencia espiritual, se hubiese quedado sin la segunda.

Cierto que en la provincia vivió una vida dinámica. Pero en casi todo lo que le rodeara veía el sentido estático de la existencia. En Buenos Aires, por el contrario, hallaba realizado su ideal dinámico. Hasta lo creía obra suya, tanto lo había predicado y soñado. ¿Cómo volver, pues, a la provincia? ¿Cómo encerrarse en una ciudad de relativa paz, en que la vida tenía un ritmo lento y sencillo? En sus varios viajes de aquel año y medio, había sentido una gran depresión, sobre todo cuando llegaba el atardecer. Extrañaba las calles de Buenos Aires, su vida ardiente, su ritmo violento y complicado, su ruido, su color.

Pero aun por el lado espiritual valía más Buenos Aires. Predominaba, era cierto, un concepto materialista de la vida. Pero ¡qué amplitud de horizontes para una alma soñadora! Cada uno podía crearse su propia vida interior. Allí era posible tener ideales y realizarlos, o simplemente intentar realizarlos, pues la grandeza y la belleza de los ideales no depende de su realización, sino de su sola existencia. Un ejemplo de que era posible en la gran ciudad una vida del espíritu, la tenía en el grupo de su hermano: muchachos de fe ardiente, soñadores, idealistas. ¿Fuera posible en el pueblo provinciano ese grupo y esos ideales?

Pero había algo más en Buenos Aires que iba a retener a Víctor, contra los deseos de Asunción, la cual prefería que se instalasen en Córdoba: la esperanza secreta de un amor. Víctor creía en el poder ennoblecedor del amor. El medio de librarse de la platitud a que podía conducir una existencia excesivamente dinámica era el amor. Pero no un amorío mediocre o sensual, no un amorcito galante, no una unión sin alma; sino la pasión que exalta, que hace soñar, que eleva sobre la vida cotidiana y sobre las miserias humanas, que da al espíritu calor y fervor, juventud al corazón y a los sentidos. Y bien: una pasión era imposible allí en el pueblo. Prejuicios y temores. Cien mil ojos curiosos que vigilan, acechan, persiguen. La moral exterior aplastando al individuo. Imposible. En Buenos Aires, por el contrario, no le sería difícil encontrar el amor que ansiaba. Una revolución formidable en las conciencias estaba trastornando las antiguas leyes que

regían — ¡ que pretendían regir! — las relaciones sexuales, la familia, la vida social. Víctor comprobaba que si hasta hacía unos años esas leyes eran soportadas, muchas veces a regañadientes, las nuevas generaciones barrían con ellas. Dinamismo ético. Todo debía evolucionar y adaptarse. La moral de la aldea porteña no podía ser la moral de una ciudad de casi dos millones de habitantes — pensaba él. Al nuevo ritmo de la vida material, debía corresponder un nuevo ritmo en la vida moral.

Su propio interés llevábale a Víctor al estudio de la transformación moral de Buenos Aires.

*
*   *

No necesitaba demasiado esfuerzo, a la verdad, para enterarse. Relatos y opiniones le asaltaron desde su llegada a la gran ciudad. Tema preferido entre todos, habláronle de él en el Congreso, en sociedad, en la calle. Políticos graves, aristocráticas damas encanecidas, jovencitas que comenzaban a vivir, estudiantes de benedictina tenacidad, madres cargadas de hijos, todo el mundo hablaba incesantemente de eso. Unos criticaban y otros defendían las modernas costumbres y las nuevas ideas morales. Pero todos hablaban, todos. Era la obsesión de Buenos Aires.

Víctor fué de esta manera informándose de infinitas historias amorosas. Contáronle de innumerables mujeres casadas, que llegaron al amor prohibido; de otras, en cantidad prodigiosa, que se detenían en el término medio de la amistad sentimental. Contáronle de historias trágicas o dramáticas: centenares de divorcios en Montevideo, arriesgando, por amor, el anatema de la condenación social; de separaciones a millares, precedidas a veces de dolorosos dramas; de duelos entre marido y amante, de ignorados asesinatos y aun de suicidios por amor. Contáronle de las muchachas que, en los flirts, aceptaban besos

y caricias; de las que elogiaban a los hombres con la voluptuosidad con que los hombres elogian a las mujeres; de las que paseaban con un amigo en automóvil, ocultándose, naturalmente, o iban con él a las confiterías y los cinematógrafos lejanos; de las que, con amigas, o solas, acudían a las *garçonnières,* a tomar el té o a bailar; de las que tenían un amante o se dieron sólo una vez.

Casi todas estas historias referíanse al mundo distinguido, en el cual, según pensaba Víctor, constituían la excepcionalidad. En la burguesía y en la clase media, era casi la ley que las jóvenes aceptasen el amor prohibido. Libres, recorriendo solas las calles, comenzaban por la amistad o el amorío y eran raras las que resistían al amante.

Víctor no creía, naturalmente, en todo cuanto le contaban. Pero aun rebanando la parte de la vanidad masculina, de la exageración moralista o de la satisfacción viciosa, quedaba siempre un vasto fondo de realidad. Y pensando en esa realidad y asociándola a opiniones inteligentes, vió en la trasmutación de los valores morales un resultado de la inquietud. Inquietud terriblemente revolucionaria. Pero inquietud en las mujeres, casi exclusivamente. Misteriosa inquietud femenina, dolorosa inquietud. Víctor imaginaba una teoría infinita de pobres almas inquietas que iban hacia los tormentos y las delicias del Pecado desesperadamente.

A veces, Víctor preguntábase, buscando la causa de semejante inquietud, si no residiría en una determinación atávica. Y concluía que, ya que no precisamente atavismo, había, por lo menos, en el espíritu de las mujeres, una lucha entre el pasado y el presente. Las nuevas corrientes ideológicas y sentimentales combatían en las conciencias femeninas por desalojar a las viejas. Toda la cuestión estaba allí: en ese conflicto entre la vida colonial y la vida moderna, entre el espíritu estático y el espíritu dinámico. Era el problema de todo el país. Abarcaba lo material y lo moral. No escapaban de sentir su influjo, más o menos directamente, ni las sociedades ni los individuos.

De ahí que, en cuanto a la transformación de las ideas morales, Buenos Aires se hallase en una situación interesantísima. Hasta ayer había predominado la moral española, católica y severa: y he aquí que, bruscamente, todo cambiaba. Víctor no ignoraba que en el mundo transformábanse las costumbres y las ideas morales, pero también creía que las sociedades europeas habían ido preparándose lentamente para el actual momento. Entre nosotros no hubo preparación ninguna. Las mujeres, hechas a los viejos hábitos y educadas en las antiguas normas, quedaron de pronto bajo la acción del gran viento de dinamismo que lo trasmutaba todo. La familia perdió su cohesión, la disciplina se debilitó extraordinariamente, la religión dejó de guiar las conciencias. Las inquietudes de la Europa gastada y enferma nos contagiaron. Y para concluir de trastornarlo todo, vino la guerra. Nosotros no estuvimos en ella, pero ella ha influído sobre nosotros lo mismo que si hubiéramos combatido. Nos ha excitado y desequilibrado, ha roto la continuidad de nuestra marcha normal de pueblo joven, nos ha ingertado un poco de la vejez de Europa.

*
* *

Asunción, resignada a quedarse en Buenos Aires, comenzó en aquel invierno a frecuentar la sociedad. A Víctor le alegró esta disposición de su mujer, pues, sin su compañía, según los hábitos dominantes, estábale prohibido el "hacer vida social". Ahora podría dar un nuevo rumbo a su necesidad de movimiento y de acción, divertirse y conocer, al mismo tiempo, directamente, esa famosa transformación de las costumbres y de las ideas morales de que tanto se hablaba en todas partes. Además, Víctor pensaba que el conocimiento del gran mundo era necesario en Buenos Aires tanto al político como al hom-

bre de acción, al artista como al escritor. En Buenos Aires la sociedad distinguida era la clase social predominante y la única que tenía vida propia, pues los grupos sociales secundarios, y lo que pudiera llamarse la burguesía, carecían de ella, siendo su vida un mero reflejo de la del gran mundo. En cuanto a la clase media y al pueblo, al pueblo sobre todo, les faltaba cohesión y, por consiguiente, carácter propio, debido sin duda a la instabilidad producida por la continua e importante agregación de elementos provincianos y extranjeros. Sólo la sociedad distinguida era relativamente estable, dentro de la perpetua variabilidad de todas las cosas de nuestro país. De ella salían, por otra parte, casi todos los hombres de prestigio: en la política, en la medicina, en la abogacía, en las letras, en los negocios; y si algún hombre de valer surgía de la clase media o del pueblo, no tardaba en incorporarse a la sociedad distinguida. Para un observador como Víctor, el conocer el espíritu, las costumbres y las transformaciones de esa sociedad significaba conocer lo más esencial de Buenos Aires.

Las vinculaciones de Víctor, que mientras estudió Ingeniería frecuentara la sociedad; sus relaciones actuales con los diputados conservadores, hombres del gran mundo algunos de ellos; y el apellido de Asunción, muy conocido y respetado en todo el país, hicieron que se les invitara a bailes y a comidas. Y así no tardaron en entrar de lleno en la sociedad distinguida. Víctor, entusiasta por el baile en otro tiempo, convirtióse pronto en un excepcional tanguista. Todas las mujeres deseaban bailar con él. Y así no tardó en hacer muchas y buenas amistades femeninas. En los intermedios de la danza, y a veces dejando olvidadas las dulzuras del tango, conversaba mano a mano con señoras jóvenes y con chicas, haciéndoles mil preguntas y logrando, en ocasiones, deliciosas confidencias. Asunción no bailaba. Reuníase con otras señoras, casi siempre mayores que ella, y miraba la fiesta con poca simpatía, comentándola desabridamente.

Víctor comenzó por notar los cambios en los trajes, en los modos y en las costumbres. Comparaba las maneras,

sino rígidas, por lo menos frías de otro tiempo, con la soltura, la elegante naturalidad y el carácter democrático de las de ahora. Antes, hacía doce o quince años, no más, hombres y mujeres, sentados o de pie, permanecían sin rozarse siquiera y bailaban como con un miedo espantoso de acercarse demasiado. Ahora, a veces, "no se veía luz", como hubiera dicho un paisano, y algunas niñas hasta recostaban su seno sobre el pecho masculino. Solteras y casadas flirteaban con devoción. Era cosa admitida que un hombre tomara a una mujer el brazo, la muñeca o la mano, para conducirla aparte o a un asiento; y a veces, hacíanlo ellas, también. Las sillas se utilizaban poco: para sentarse estaban las escaleras, los brazos de los sofaes y sillones, los alféizares y hasta las mesas. Las escaleras, en los grandes bailes, presentaban a veces aspecto pintoresco, atestadas de parejas o grupitos, sentados en posturas familiares, con abandono o en actitudes audaces. Víctor advertía en todo eso una mezcla de yanquismo, de elegancia a la francesa, de influencia del tango y un poco de ese no sé qué perezoso, capitoso, sensual, sentimental, que aun perdura en las mujeres argentinas. Así, las voces femeninas, suavísimas y aterciopeladas, contradecían la brutalidad de las danzas norteamericanas, propias de negros; del mismo modo que la ficción de una frialdad importada de New York atenuaba el espontáneo sensualismo del tango; y del mismo modo, también, que la gracia y la elegancia francesas disminuían el americanismo de las actitudes y de ciertas danzas y evitaban toda inmixtión arrabalera, la cual no era imposible, ya por estar el tango en su propia tierra, ya por el ambiente que llevaban consigo las orquestas típicas, formadas por compadrones que paseaban sus tangos y su bandoleón por los cafés populacheros de la metrópoli. Y en medio de todas estas modernidades que horrorizaban a Asunción y encantaban a Víctor, quedaba algo del pasado, de la vieja tradición familiar, resabios del Buenos Aires de hacía cincuenta años, de la gracia criolla, suave y un tanto ceremoniosa de aquellos tiempos extinguidos.

Pero más que el cambio de las costumbres y de los mo-

dales, asombró a Víctor el cambio de las conversaciones. Recordaba los diálogos de antes: temas sin interés, insulceses, bromitas vulgares, teatros, noviazgos. Entre los jóvenes y las niñas hablábase, cuando más, del carácter de cada cual, de cómo eran los hombres y cómo las mujeres, y también del amor, pero el amor demasiado amorcito, el amor que conducía infaliblemente al matrimonio, el amor tamizado, colado, hecho inofensivo para el organismo de las muchachas. Ahora hablábase de todo. Cuando se trataba de amor, nadie entendía referirse solamente a aquel que lleva al matrimonio. Al contrario, las chicas opinaban que en el matrimonio no había amor. Muchachas y señoras jóvenes, al hablar del amor, referíanse más bien a los amores prohibidos. Las más modernistas jóvenes damas, no negaban, al revés de las de otros tiempos, en sus diálogos íntimos con Víctor, la posibilidad de enamorarse, o por lo menos de gustar de otro hombre que su marido. A más de una oyó él decir: "Si yo, por casualidad, llegara a enamorarme..." Víctor supo, enterado por ellas mismas o por amigos, que las señoras admitían declaraciones y que, lejos de indignarse, como en otros tiempos, hablaban largamente sobre el tema. "No, usted no me quiere; si los hombres son incapaces de querer..." era una frase corriente. Igualmente algunas explicaban, en los coloquios confidenciales, por supuesto, de qué modo les gustaría ser amados. Una infinita tolerancia dirigía sus ideas morales. Justificaban los extravíos de la pasión y consideraban el amor como algo sagrado. No criticaban a las que tenían amantes. Ellas no se metían en vidas agenas. Cuando más, criticaban el no ocultarse. Condenaban las imprudencias, el exponerse, el aceptar un hombre mediocre o vulgar; pero raras veces el adulterio.

Las muchachas, muchas de ellas por lo menos, eran más audaces que las señoras. Flirteaban aun con hombres casados, o con muchachos que les hacían comprender que ellos no irían jamás al casamiento. Víctor habló con varias chicas que le recordaban a Adela. Comentaban los amores de las señoras y se reían con sabia malicia. Oían risueñamente, o falsamente escandalizadas, las historietas

y cuentos, a veces casi obscenos, que les contaban los muchachos. Leían de todo: Claude Farrère, por ejemplo. Amigos de Víctor, casados algunos de ellos, y muchachos jóvenes otros, refiriéronle innumerables aventuras con chicas. La mayor parte de esos amoríos no alcanzaban a su fin lógico muchas veces; pero, desde el punto de vista ético, no eran menos interesantes para Víctor. De confidencia en confidencia, Víctor tuvo así noticia de una nueva vida sexual que se desarrollaba subterráneamente y que iba creando, en todos los medios sociales, y al mismo tiempo, una nueva moral.

Asunción estaba enterada de muy pocos detalles. No quería enterarse, pues el tema de las nuevas costumbres era el preferido en sociedad. Ella no comprendía absolutamente esas cosas ni esas mujeres. Discutiendo con Víctor, lo arreglaba todo con el catecismo. A esas mujeres les faltaba religión, según ella. Víctor decíale que la religión tenía una influencia insignificante en las relaciones sexuales; cuando estaban de por medio el amor o el deseo no había religión que valiese. Él pensaba en Aurelia, que se confesaba cada quince días y que era devota y rezadora. Pero la teoría de Asunción llevóle a Víctor a indagar las opiniones religiosas de las mujeres. Preguntábales sólo en los momentos confidenciales. Encontró que la mayoría eran incrédulas. Mujeres de familias tradicionalmente católicas declaraban su incomprensión del cristianismo, al que consideraban absurdo e inaplicable en esta época. Muchas iban a misa y rezaban, pero otras prescindían casi en absoluto de las prácticas religiosas. No faltaban las que, aceptando la verdad del catolicismo, o su utilidad moral, aseguraban no poder creer. Y había las francamente ateas y las que, necesitando una creencia, la buscaban en el espiritismo. Pocas practicaban la religión y tenían fe, y aun entre las practicantes encontrábanse toda clase de herejías. Víctor conoció devotas que no aceptaban el infierno o que dudaban de la libertad.

Cuando Víctor pedía explicaciones de este extraordinario cambio de las ideas morales y de las costumbres, solía oir vulgaridades. Casi nadie tenía una visión de conjun-

to. Hombres inteligentes olvidaban las causas profundas que tienen todos los fenómenos, para atribuir una transformación tan trascendental a pequeñas causas, como el cinematógrafo, los viajes a Europa, las lecturas, la falta de religión. Sin desconocer estas y otras pequeñas causas, las cuales influían, no sobre el fondo mismo del espíritu sino sobre los hechos, Víctor buscaba las razones esenciales que habían conducido a los argentinos a crearse una nueva ética. Porque él no aceptaba la opinión corriente de que todo eso fuese corrupción. Víctor veía una evolución en las relaciones sexuales y, principalmente, un nuevo sentido de la vida. El cinematógrafo podía sugerir a las muchachas la curiosidad del beso y del misterio de la cita y habituarlas a todas las caricias sensuales, pero el cinematógrafo no podía cambiar el alma humana. Víctor veía en los hombres y en las mujeres, sobre todo en las mujeres, una nueva sensibilidad. De acuerdo con su doctrina, la moral que imperaba hacía veinte años era una moral estática, vale decir, una moral impropia de estos tiempos, pues si las almas y las cosas estaban impregnadas del espíritu dinámico ¿por qué íbamos a regirnos por una moral estática? En su manía de explicarlo todo por el conflicto entre el pasado y el presente, por la vida estática y la vida dinámica, había empezado a derivar toda una moral del dinamismo. Creía que el dinamismo engendraría una forma de familia menos fija y permanente que la actual, y que modificaría las relaciones sexuales. ¿Cómo era posible que el espíritu dinámico transigiese con el matrimonio indisoluble, basado en una inexistente permanencia de sentimientos? La vida dinámica tenía que conducir, a la larga, al reconocimiento de la humana variabilidad. La monogamia, que sólo existía en teoría, era contraria a la naturaleza. El espíritu dinámico llevaba a la libertad de amar.

*
* *

Con Rauch solía hablar Víctor de estos temas. Los dos amigos reconocían una gran inquietud sentimental y espiritual. Especialmente entre las mujeres, si bien Rauch declaraba no conocerlas.

—Esa inquietud — afirmaba Rauch — la ha traído la guerra. Se ha producido en todo el mundo un desequilibrio espiritual y moral. Sentimos todos que esto ya no dura, que la actual organización de la sociedad se viene abajo. Unos con más agudeza que otros, me parece que todos lo advertimos. Y la sociedad se vuelve inquieta, se desespera y se entrega al baile y a los placeres.

—Sin embargo, la guerra — arguyó Víctor — ha despertado los sentimientos religiosos...

—Una nueva forma de inquietud. El canto del cisne. Se practica un poco más la religión y se habla más de religión, pero se cree menos. Quiero decir: se cree menos en los dogmas y en todo lo positivo de las religiones. En cambio, tal vez se crea un poco más en Dios y en el alma. A mi juicio, se está formando una nueva religión.

Víctor dijo que la vida y la naturaleza comenzaban a recobrar su prestigio. Tal vez renacía el paganismo.

—No, no es el paganismo — contestó Rauch. — Lo que vemos es una reacción anticristiana. La Belleza vuelve, por dicha. El cristianismo, al cultivar la belleza moral y despreciar las formas, condenó la desnudez, la belleza del cuerpo humano. Ahora, las mujeres, salvo aquellas insensibles a las modernas corrientes, y que tienen demasiado arraigados los prejuicios cristianos, sienten que al descotarse exageradamente, lejos de hacer una cosa mala, renuevan un admirable culto extinguido: el culto de la Belleza formal.

Víctor sonrió, viendo a Rauch, tan feo y mal formado, defender la desnudez.

—Y esta inquietud que lleva a las mujeres hacia el amor, ¿cómo la explicas? Porque no veo relación entre la guerra y el amor...

—La guerra nos ha dado el sentido del fin de esta sociedad. Y sintiendo que esto se acaba, nos damos al placer. ¿Y hay algo que nos dé más placer que el amor?

—En el amor hay más sufrimiento que placer — sentenció Víctor, acordándose de su situación sentimental y de los padecimientos de Clota y de Aurelia.

—No importa. ¡Quién sabe si el sufrir por amor no es también un placer!

Víctor miró con asombro a su amigo. ¿De dónde sacaba Rauch una idea así? ¿Habría sido amado él también?

—Además, — agregó Rauch — está siempre la reacción anticristiana. La antigua moral del cristianismo mantenía a las mujeres encerradas, sin libertad, sometidas al enorme poder paterno o marital. Eran muñequitas. Se las dejaba en la ignorancia. La casa era el harén, ni más ni menos. Ahora, por reacción, las mujeres quieren ser libres. Quieren ser como los hombres. El cristianismo las condenaba a la resignación sin amor de la existencia matrimonial. Ahora, se acabó la resignación. Las mujeres se desquitan. "¿Mi marido es mediocre, infiel o perverso? Pues acepto un amante o me divorcio." Desgraciadamente, todavía no tenemos el divorcio.

Víctor era, como Rauch, divorcista. No creía que el divorcio pudiese traer una catástrofe. Al contrario, consideraba superior la moral de los países donde existía el divorcio a la de aquellos donde no existía, como España, en el cual, y en cuanto a las relaciones sexuales, no predominaba la sinceridad sino la hipocresía.

—Es necesario, urgentemente necesario — agregó Rauch — establecer la igualdad de los sexos. Las leyes, las morales, las religiones, han sido hechas por los hombres, en beneficio nuestro y en perjuicio de las mujeres. Un hombre casado puede tener queridas; pero si él pilla a su mujer con otro, puede matarla. La ley del embudo. Y así

en todo. Por eso es necesario el divorcio, para modificar la relación de dependencia, y hasta de servidumbre, en que se encuentran las mujeres. Y por eso mismo yo apruebo que las muchachas tengan amantes...

—Eso nos beneficia a nosotros — comentó Víctor riendo, y un poco asombrado por aquellas ideas que exponía su amigo.

—Más a ellas. Porque entonces desaparecerá nuestro prejuicio de la virginidad. ¿No es humillante para ellas, caramba, que les exijamos una pureza absoluta al casarse, mientras nosotros llegamos al matrimonio con el alma viciada y después de haber conocido tal vez cientos de mujeres? Ellas tienen, como nosotros, un problema sexual, pero nosotros no les admitimos sino una solución: el matrimonio. Deben, pues, aguardar varios años en espera del marido, si es que viene. Si no viene, la mujer debe ser una mártir durante toda su vida.

—Lo que yo no veo muy claro — dijo Víctor — es que los amoríos modernos conduzcan a lo que dices.

—Sí, señor. Conducen. Por lo pronto, tal como van las cosas, las mujeres que se casen por amor exigirán a sus maridos la absoluta fidelidad.

Víctor comprendía que Rauch tenía, por lo menos, un poco de razón. Pero no quería reconocerlo. No le convenía. ¿Cómo aceptar que Asunción, por venganza o por retribuir sus infidelidades, tuviese un amante? Pensó que los sentimientos del amor propio y del honor estaban aun demasiado arraigados en los hombres, y que mientras ello ocurriese no sería posible la moral igualitaria que defendía Rauch. Pero no dijo nada de todo esto, naturalmente. El creía que Rauch ignoraba sus infidelidades y temía denunciarse, continuando con aquel tema. Rauch, que algo sospechaba, agregó, mirando a Víctor con el rabo del ojo:

—Un hombre casado no tiene derecho a cometer infidelidades. No señor. El que lo hace traiciona a su palabra. Y traiciona a su mujer.

—Veo que en el fondo eres un provinciano — dijo Víctor sonriendo.

—No señor. Simplemente predico la lealtad y la since-

ridad. El que no quiera a su mujer que la deje y se junte con la que quiere. Pero que no conserve las dos. Y lo mismo digo de esos que tienen dos o tres queridas al mismo tiempo. Eso es una porquería.

—Lo será cuando hay amor. ¿Pero cuándo no lo hay? En este caso, el tener dos o tres amantes siempre es mejor que el frecuentar las mujeres de mala vida.

—No señor. Porque cuando se trata de mujeres decentes está el sentimiento de por medio. No es lícito engañarlas. Esos que tienen varias amantes, a todas les juran amor. Y eso es miserable. Yo estoy por la franqueza en los sentimientos. No admito esta superficialidad porteña de ahora.

—Yo tampoco — protestó Víctor.

—Pero transiges. ¡Y quién sabe por qué será!

—No transijo: adapto mis opiniones a la realidad. Tú, en cambio, que eres un místico, prescindes de las realidades. Para llegar a tu moral sería preciso reformar al hombre, hacerlo de nuevo.

—¿Sabes lo que veo? ¡Que te estás volviendo hipócrita! Me llamas místico. Bueno. Los místicos y los materialistas somos sinceros. Los idealistas, hombres de término medio, son a veces unos farsantones como tú...

Rauch rió, con su espontaneidad natural, mientras Víctor se hundía en un mar de palabras para explicar sus puntos de vista.

*
* *

Una tarde, en una librería de la calle Florida, Víctor conoció al novelista Eduardo Itúrbide (*). Era un hombre de cuarenta años, alto, elegante, de una excepcional distinción. Tenía unos ojos vivos y curiosos, un pequeño bigote rubio, una onda que le caía con gracia sobre la fren-

(*) *El mal metafísico.*

te. Hablaba con cierta calma, como quien no tiene demasiadas cosas que hacer. Observaba a sus interlocutores y era parco en palabras. Daba la impresión de un epicúreo. Y lo era, en efecto, pues saboreaba los encantos de la vida. No comprendía la lucha, ni el dinamismo, ni el esfuerzo. Para él, vivir era un deleite, y buscaba el placer en todo: en la lectura y en el arte, en su trabajo y en la conversación, en las grandes y en las pequeñas cosas. Reconocíase poco moderno. Su refinamiento pertenecía al fin del siglo pasado. La guerra habíale dado un cierto entusiasmo. Fué partidario de Francia y más de una vez, él, elegante y descreído, llegó a la exaltación. Mundano, frecuentaba el club y la sociedad. Gustaba extraordinariamente de la conversación con mujeres lindas y cultas: el placer mayor de la vida, para él. Era un hombre ecuánime, amable, muy simpático, delicioso causeur en ocasiones.

En su juventud, Itúrbide realizó una literatura aparisienada: exquisita, preciosista, un tanto exótica. Manjar para unos pocos escogidos. Pero a los treinta años vió que su camino no era ese, y, abandonando París, el siglo XVIII, Grecia, Versalles y otros temas artificiosos, cambió de orientación. Dedicóse a escribir novelas psicológicas en las que estudiaba principalmente a las mujeres. De este modo, aunque apartado del realismo literario, pues apenas describía las cosas, iba haciendo obra argentina. Si no retrataba los ambientes ni las costumbres ni los paisajes, analizaba las almas, buscando en ellas, con rara sagacidad, lo que tenían de típico. Todos sus libros llamaron la atención y algunos fueron violentamente discutidos. Considerábasele como un crítico y un moralista, pero no era en realidad sino un psicólogo vigoroso.

—Yo le conozco mucho a usted, Urgel — dijo Itúrbide. — He leído algunos de sus discursos y me han encantado. Y le advierto que raras veces leo los discursos de los diputados. Me han encantado los suyos. Y eso que estamos en una posición muy distinta. Pero yo admiro su temperamento combativo y fuerte, la multiplicidad de su vida y su ideología tan viviente y tan argentina.

Víctor conocía casi todas las obras del novelista y le

admirab- sin reservas. Así se lo decía, mientras caminaban por Florida hacia el norte. Itúrbide recibía con placer las alabanzas de aquel hombre de una generación posterior a la suya, que era sincero y talentoso, y que tenía un sentido de la vida completamente opuesto al suyo.

A una pregunta de Víctor, Itúrbide contestó que preparaba una novela sobre el amor moderno.

—Quiero decir: sobre la ética sexual en Buenos Aires, en este instante. Pretendo mostrar el cambio de las ideas éticas y de las costumbres. Diré cómo es el amor y cómo son las mujeres, e indagaré las causas de la transformación de los valores morales.

—Una novela sobre el amor moderno... Muy interesante. Y nada de mayor actualidad. Usted puede llegar a fijar un momento de la evolución moral del país.

Pasaban frente al Jockey, y, como la conversación les interesaba a los dos, decidieron entrar. En una de las salitas del piso bajo, después de pedir el té, reanudaron el diálogo.

Víctor, que había oido tantas historias de flirts y de relaciones, más o menos breves, pero casi siempre sin amor, y que recordaba cómo Clota y él se engañaron y cómo a él le fué imposible querer a Aurelia, preguntó al novelista si creía que en Buenos Aires existiese el verdadero amor. La opinión corriente era que sólo había instinto, curiosidad, interés o vicio. Ahora creíase, por ejemplo, que casi nadie se casaba por amor, al contrario de lo que hace veinte años ocurría.

—En cierto sentido, hay ahora más amor que nunca — dijo el novelista. — Porque antes no existía el amor-pasión y ahora sí. En el amor de otros tiempos, amorcito de novios y moderado afecto de cónyuges, el último de los cuales necesita de nuestra buena voluntad para que le consideremos como amor, todo era tranquilo, sin complicaciones ni inquietudes. Ahora no es muy excepcional el caso de la mujer, soltera o casada, que, heroicamente, lo juega todo por un cariño. Pero, en un sentido general, puede decirse que hay ahora menos amor. Antes, aun descontando la parte de exageración y de fingimiento ante

los demás, insinceridades que van desapareciendo, el amor, aunque mediocre y pequeño, llegaba para casi todos, hombres y mujeres. Hoy día el amor es grande, verdadero amor-pasión a veces, pero sólo llega para unos pocos. Se ha aumentado en profundidad y disminuído en extensión.

—Y todas esas innumerables mujeres — interrumpió Víctor —, casadas o solteras, que llegan al amor prohibido, ¿no prueban lo contrario de sus opiniones?

—Muchas de ellas, con admirable sinceridad y con audacia heroica, van hacia el pecado creyendo amar. Pero pronto advierten que se equivocaron. Sólo había en ellas deseo de amar, un infinito deseo de amar. Quizás algunas vayan al pecado por curiosidad o por instinto. Serán muy pocas. Si el instinto las llevase a faltar, permanecerían en su falta. Pero, lejos de ocurrir así, la abandonan inmediatamente, y quedan desoladas, tristes, inquietas, pensando que el amor es lo único que vale en la vida y que ellas no lo tendrán jamás.

Víctor acordóse de Clota, a la cual pudieran aplicarse todas las palabras del escritor. Estuvo a punto de referir el caso, pero, temiendo pasar por vanidoso, nada dijo, reservándose, sin embargo, para otra vez. Y preguntó:

—¿No es entonces superficial ni vulgar la porteña de ahora, como se cree generalmente?

—¡Qué ha de serlo! Eso es una calumnia de los moralistas y de los virtuosos a la fuerza. Los hombres incapaces de ser queridos y las mujeres a quienes nadie intentó nunca enamorar, coinciden siempre en la envidia. Vulgares y superficiales eran las alabadas mujeres del hogar antiguo. Tenían el espíritu de amas de llaves. Eran ignorantes y mediocres. Vivían preocupadas de la casa, de la cocina, de la ropa. Louis Veuillot, ese sacristán siniestro, las hubiera elogiado. Toda la biblioteca de esas mujeres incultas consistía en el *Manual de la Perfecta Cocinera* y en algunas novelas de Pérez Escrich o de María del Pilar Sinués. Un horror... Nuestras abuelas no tenían ilusiones ni ideales, ni curiosidad intelectual, ni el menor anhelo de perfeccionamiento del espíritu. Su concepto de la vida no difería del de sus cocineras. Los mo-

ralistas dicen que eran mujeres serias, porque se pasaban la vida embarazadas, haciendo platitos de cocina o enseñando a barrer a las criadas... A mí todo eso no me parece serio sino ridículo.

Víctor reía divertidamente de las paradojas del literato.

—No son paradojas — protestó Itúrbide. — Hablo en serio. Firmaría cuanto acabo de decirle, aun a riesgo de disgustar a los moralistas severos. Y agregaría que las mujeres de ahora valen mucho más que sus abuelas. Las superan en inteligencia y cultura, en idealismo y bondad. Son más capaces de ensueños y tienen más deseos de perfeccionamiento espiritual y mayor personalidad y curiosidad por las cosas intelectuales. En fin, son más sensibles, de una sensibilidad exquisita y maravillosa; más distinguidas, y hasta más limpias, seguramente...

El mozo entró con el té y les sirvió. Apenas se hubo marchado, Víctor habló:

—Una pregunta, Itúrbide. Dijo usted hace un instante que las mujeres porteñas no se enamoraban, en general. Pero si tienen tanto deseo de amar, según también lo afirma usted, ¿cómo es que no se enamoran esas mujeres inquietas?

—Ante todo, la época no es propicia para el amor-pasión, si bien lo es para el amor-placer. En una ciudad como Buenos Aires, sin sugestiones espirituales y en que la vida es mecánica, material, objetiva, toda platitud, el amor-pasión no puede nunca abundar. Y sobre todo, Urgel, que los hombres no somos dignos de ellas. En igualdad de situación, el hombre es aquí inferior a la mujer. Junto a las mujeres de nuestra condición social, aquellos de nosotros que tenemos más delicadeza y sensibilidad nos sentimos unos bárbaros. Y si esto nos ocurre a los que podemos considerarnos como superiores, ¿qué decir de los demás? ¿Cómo han de amar esas mujeres a individuos sin espíritu, sin delicadeza, sin sensibilidad, como son aquí los hombres modernos en su mayoría? Pero insisto en que si somos inferiores los hombres, es sólo en cuanto a la sensibilidad. No en cuanto a la cultura, ni al carácter. Hay hombres excelentes, abogados o mé-

dicos o negociantes, por ejemplo, que poseen una fuerte preparación especialista y que son honestos, trabajadores, buenos, hasta afectuosos. Pero, como carecen de sensibilidad, son inferiores a sus mujeres en cuanto se refiere al sentimiento y a la delicadeza.

—Tiene razón — glosó Víctor. — A mí me ha sucedido en dos ocasiones.

Loco por contar, esperaba que Itúrbide le preguntase. Había en ello su natural vanidad de triunfador que ve lucirse a otro y no puede resignarse al papel de mero interlocutor. Y había en ello, también, la vanidad amorosa de los hombres. Por desdichado que en amor sea un hombre, no dejará que otro relate aventuras o manifieste opiniones que las implican, sin contar alguna propia, ya verdadera, exagerada o inventada. Pero Itúrbide, en vez de preguntar, miró a Víctor como adivinándole sus intenciones confidenciales. Víctor, queriendo ocultarse a la sagacidad del psicólogo profesional, exclamó:

—¿Pero está seguro de que valen más que los hombres?

—Infinitamente más. Son las mujeres más deliciosas del mundo. ¡Qué lindas, qué inteligentes, qué exquisitas! Tienen una sensibilidad profunda, modernísima y, al mismo tiempo, sana y normal, en lo cual superan a la mujer francesa, que es de una sensibilidad algo enfermiza. No hay palabras para elogiar a estas mujercitas porteñas. Imposible concebir mayor delicadeza y distinción. Y buenas, soñadoras, suaves, un poco románticas por ese amor a la *revêrie* y por esas inquietudes del alma y del corazón que no sólo les dán un nuevo encanto espiritual sino que, al asomarles a los ojos, los aumentan de belleza. Algunas son muy cultas, y todas tienen una alma abierta, curiosa y un espíritu lleno de matices. El contraste trágico entre ellas y los hombres les agrega un interés más. Pero ellas saben disimular sus tristezas, como saben ocultar aquel poco de sensualismo que las hace admirables amantes. Yo tengo una honda piedad por estas mujeres. Me pongo triste cuando pienso en ellas. ¡Qué tragedias interiores, qué vidas atormentadas! ¡Pobrecitas!

Quedaron silenciosos. Un poco de melancolía flotaba al-

rededor de los dos hombres. Víctor pensaba ahora en Aurelia. ¿No era una de aquellas mujeres admirables que el novelista evocaba?

—Yo he observado también una inquietud en las mujeres, o, mejor dicho, la he deducido de las infinitas historias que me han contado. Pero quisiera saber en qué consiste, a su juicio, o cómo se manifiesta en la realidad.

—En unas es el hastío lo que las lleva al amor. No tiene usted idea de la gravedad de esta epidemia que es el hastío. Los maridos, dedicados a sus trabajos o a sus placeres o a sus amistades, las dejan solas casi todo el día. En cuanto a las muchachas, ocurre casi lo mismo. Los padres, egoístas e ignorantes, no se ocupan de las necesidades espirituales y sentimentales de sus hijas. Un abismo separa a las dos generaciones. Mientras los padres carecen de sensibilidad y de inquietud, sus hijas son sensibles hasta el exceso y padecen perpetua inquietud del corazón y del alma. Aquellas mujeres, solteras o casadas, que viven una activa vida social se entretienen con esto. ¡Pero las demás! Entre las cuatro paredes de sus casas, millares de mujeres se desesperan de tedio. Quieren aire, vida, y en su angustia buscan un remedio en el amor.

—El único remedio — interrumpió Víctor.

—No. El mejor remedio para ellas sería la práctica ferviente de la religión, ya que les es difícil, sino imposible, encontrar un ideal en el trabajo o en una obra de bien. Se lo dice, Urgel, un hombre que en casi nada cree. Pero como ellas han perdido la fe, aunque vayan a misa, no les queda sino el amor. Otras mujeres van al amor por desolación espiritual. En medio de las fiestas mundanas, se sienten solas. Sus maridos son a veces buenos y cariñosos, pero, mediocres o insensibles, no pueden comprenderlas. Y ellas, desesperadas, necesitando un consuelo para su soledad, necesitando ser comprendidas, van hacia el amor desesperadamente, con audacia sublime. Y hay todavía las desengañadas, ya por naturaleza o ya por experiencia. Y no hay para qué decir que estas tres clases de mujeres viven en perpetua inquietud. Algunas pasan sucesivamente por los tres estados de hastío, desolación

y desengaño. El amor, cuando lo encuentran, las hace felices por momentos. Pero es una felicidad mezclada de inquietudes e incertidumbres. Y no me refiero sólo a los remordimientos y temores hacia la sociedad y el marido, sino a la incertidumbre en cuanto al amante. ¡Es tan difícil retener el amor de los hombres en Buenos Aires! Somos de una terrible inconstancia.

—¿Incapacidad para querer, tal vez?

—En parte. Pero, sobre todo, esa misma inquietud de las mujeres. Usted sabe que son muy pocos los hombres por quienes las mujeres sienten interés y atracción. La mayoría inmensa de los hombres pertenecen a la categoría de los que Bourget llama "los excluídos". El conquistador, el hombre de amor, es excepcional, en Buenos Aires como en todas partes. Y bien: siendo tantas las mujeres que ansían un amor y tan escasos los hombres capaces de interesarlas, es lógico que estos hombres tengan la tentación a cada instante. Y yo no sé si es que también nosotros estamos inquietos, o que, habituados en la adolescencia y la primera juventud a la variedad de la mujer pagada, el hecho es que abandonamos y reemplazamos a nuestras amantes con una prodigiosa facilidad. El hombre de amor, en Buenos Aires, ese ser extraordinario que conoce a las mujeres como el mejor psicólogo, que domina la técnica de la conquista y es un parnasiano del amor, tiene habitualmente dos o tres mujeres. Y a cada una apenas la conserva unas semanas, unos meses. Un verdadero hombre de amor tiene cinco o seis mujeres distintas por año.

—Eso es infame — objetó Víctor, acordándose de las palabras de Rauch, cuya exageración moralista él no compartía, sin embargo.

—Infame y delicioso — exclamó el artista, pronunciando estas palabras con un deleite epicúreo.

Callaron. Víctor ya arrepentíase de lo que acababa de decir. Temía que Itúrbide le juzgase un provinciano, un ingenuo o un farsante. Porque él no ignoraba que apenas habría hombres en el mundo capaces de no envidiar a los amados por las mujeres. Un hombre puede desdeñar la gloria, la fortuna, el poder. ¿Pero el amor? Jamás. El que

dice desdeñar el amor es un hipócrita. El hombre que no busca el amor es porque no puede hacerlo, o porque sabe que él jamás lo conseguirá, o quizá por incapacidad sentimental. El que, por virtud, no busca el amor — pensaba Víctor—, es un maravilloso mirlo blanco.

—¿No cree usted que la inconstancia está más bien de parte de ellas? — preguntó Víctor, pensando en Clota.

—La inconstancia en ellas es menor que entre los hombres, y siempre tiene su origen en la desilusión. Pero si amaran verdaderamente, no entraría en sus espíritus el desengaño con tanta facilidad. En este libro que escribo ahora, uno de mis personajes dice que el mayor enemigo del amor, en Buenos Aires, es la sinceridad de las mujeres. El tiempo de la conquista raras veces pasa de un mes. Generalmente, es cuestión de seis a diez entrevistas. Y es que las mujeres, una vez que están ciertas de amar, se entregan. Son demasiado sinceras para consigo mismas y hacia aquel que aman. Pero esta entrega tan rápida nos quita a los hombres interés por ellas, y ellas, sufriendo el contragolpe de este desinterés que se traduce pronto en frialdad, se desilusionan.

—Pero, ¿qué buscan estas mujeres? — exclamó Víctor, con una pregunta que él sabía un tanto ingenua, pero cuyo objeto era continuar el tema y seguir haciendo hablar al novelista.

—Buscan ser felices. O, mejor dicho, buscan vivir, pues saben que la absoluta felicidad no existe y que un poco de sufrimiento se encuentra siempre en el amor. Hasta hace pocos años, las mujeres porteñas se contentaban con una vida tranquila. Se juzgaba feliz a la mujer cuyo marido no tenía mal genio, no le daba disgustos, no cometía infidelidades visibles y ganaba lo suficiente. Entonces ninguna mujer se hubiera atrevido a hablar de hastío, de desolación, de soledad espiritual, de la necesidad de ser comprendida y de otras novedades encantadoras. ¿Es que en aquellos dichosos años ninguna mujer sentía la necesidad de que la comprendiesen? El caso es que, resignadas, como exigían las costumbres y la religión, ellas mismas se creían felices. Y no soñaban, tampoco, o mejor dicho, no inten-

taban realizar sus sueños. Ahora las mujeres padecen de ese mal exquisito que se ha llamado el *bovarysmo,* y, más sinceras, nada resignadas, conscientes de su personalidad y de sus derechos a las bellezas de la vida, quieren vivir, realizar siquiera una parte de lo que sueñan. Pero no la existencia estática, plácida, musulmana de los hogares antiguos, sino la vida modernísima, la vida libre que vivimos los hombres.

—Pero esto no es posible; ¿no cree usted?

—No es posible. Y en todo caso, eso, de ser posible, no las hará felices. Un abismo separa a los hombres de las mujeres. En otro tiempo tuvimos todos un mismo sentido de la vida. Pero al entrar en esta agitada existencia del Buenos Aires moderno, cada sexo ha tomado un distinto camino. Los hombres han abandonado lo poco de romántico que heredaron, y han encontrado un fin en la acción. Las mujeres, por carencia de algo que les ocupe su vida y por no haberse desprendido de su romanticismo, no logran adaptarse al espíritu de los hombres. Ellos tienen un sentido material de la vida; las mujeres sueñan y se ilusionan. Los hombres comienzan a prescindir del sentimiento; las mujeres atribuyen al sentimiento cada día más importancia. Y por este contraste, que a veces asume aspecto de tragedia, las pobres mujeres sufren. Los hombres se afanan por el dinero y los placeres; ellas, sin rechazar los placeres, pero descontentas, sabiendo lo poco que eso vale, buscan, siempre ilusionadas, algo con qué llenar el alma. Pronto el yanquismo borrará las diferencias: todos prescindiremos del sentimiento. Pero mientras dure el actual período, ellas deberán sufrir.

—Y si las mujeres son tan superiores a los hombres, como dice usted, ¿por qué van al adulterio las que van? No vale la pena exponerse a tantos riesgos si es para encontrar un hombre idéntico al marido.

—Van llevadas por la ilusión. Además, los triunfadores en el amor son los hombres de valer espiritual, los que ellas consideran superiores y que lo son, verdaderamente. Pero ocurre que aun con un hombre de valer espiritual también se engañan las pobrecitas soñadoras de lo imposi-

ble, porque esos hombres sin fe, sin entusiasmo, son también incapaces de amar.

—¿Y por qué? — preguntó Víctor con curiosidad, recordando cómo él, no obstante su deseo de amar y la convicción sincera de que amaba, no tuvo un sentimiento profundo ni por Clota ni por Aurelia.

—Por lo que decía usted: la incapacidad de sentir, epidemia de las épocas de decadencia. Los hombres de ahora tenemos el corazón gastado y envejecido .

—Pero esta época no es de decadencia — protestó Víctor. — Al contrario, es una época de energía, de entusiasmo, de afirmaciones, de renovación...

—Para la *élite* social e intelectual es época de decadencia. Nerviosos, excesivamente refinados, escépticos, somos almas de decadencia. Y es un gran elogio...

Trenzáronse en una discusión. Víctor, exaltadamente, defendía la fuerza, la salud, la lucha, la afirmación, la fe, el entusiasmo. Itúrbide, sonriendo finamente de su interlocutor, defendía la voluptuosidad, los placeres, la elegancia, el refinamiento, los medios tonos, la actitud expectante. Dos conceptos de la vida combatían por ellos. Víctor decía: la vida es un esfuerzo; Itúrbide: la vida es un placer. El hombre de acción parecía sintetizar el espíritu de Buenos Aires; el artista parecía sintetizar el alma de París. Víctor acalorábase a ratos; Itúrbide medía sus palabras y sus opiniones con sonriente frialdad y con inconmovible elegancia.

Pero el novelista no quiso continuar aquella discusión inútil y trató de desviarla. Pocos minutos después ya habían vuelto al tema primitivo. Itúrbide hacía el elogio de las mujeres, nuevamente. Víctor preguntó al escritor, recordando a Aurelia, si no había diferencias notables entre las mujeres de las distintas generaciones. El suponía que sí, pero interesábale la opinión de aquel conocedor tan perspicaz.

—Sí — contestó Itúrbide. — Puede decirse que entre las tres generaciones de mujeres: las que pasaron de los cuarenta años, las que andan entre los treinta y los cuarenta y las más jóvenes, hay profundos matices de senti-

miento y de opiniones. Yo he analizado algunos de estos matices en mi novela *Rosario Labardén.*

—Es el único libro suyo que no he leído.

—No importa. Repetiré lo que allí digo, agregando algunas observaciones recientes. En estos temas nada hay definitivo; y aun los más entendidos, por la observación sobre los otros y por nuestra experiencia personal, vivimos siempre aprendiendo.

En la transformación moral que estaba realizándose en Buenos Aires, la generación de las mujeres que andaban entre los treinta y los cuarenta años — la generación de Aurelia, pensó Víctor — ocupaba un sitio intermedio. Ni desligadas esas mujeres de la moral española que predominara hasta ayer en "la gran aldea", ni embarcadas en las corrientes de las nuevas generaciones, su posición era llena de matices interesantes. Las mujeres que iban hacia el amor prohibido — el caso de Aurelia, agregaba Víctor para sí — reconocían que faltaban, si bien excusaban su pecado por la pasión. No estaban, pues, ni con las anteriores, que condenaban rotundamente el salirse de las normas sociales y morales, sin admitir la menor excusa; ni con las jovencitas, que se rebelaban declaradamente contra algunas de esas normas y criticaban las sanciones sociales. Las mujeres de la primera generación consideraban obligatorio sacrificarlo todo ante el deber. La segunda generación reconocía el deber, pero como una dictadura excesiva; y si amaban, iban hacia el amor, aunque trastornadas, sufrientes, convencidas de que faltaban y de que ofendían a Dios y a la sociedad. Las primeras no hablaban jamás de amor, pues el amor prohibido no existía para ellas, y no hubieran admitido en ningún caso la más remota posibilidad de enamorarse. La segunda generación, más sincera, reconocía que toda mujer, teniendo como tiene alma y sentidos y corazón, puede enamorarse de otro hombre que su marido. Muchas de estas mujeres enamorábanse, pero a un buen número de ellas las contenía un poco el temor a la sanción social y otro poco la religión o la familia. Arrastradas por las nuevas corrientes éticas y por el viento de paganismo que estremecía a todo

Buenos Aires, innumerables mujeres de la segunda generación llegaban al adulterio. Iban hacia él buscando un consuelo a su soledad espiritual, buscando el amor que su corazón necesitaba y que el marido no podía darles ni inspirarles, buscando un poco de idealismo para atenuar la platitud y la monotonía de la vida. A veces, buscaban simplemente un hombre, al que no hallaban en el marido gastado. Una diferencia profunda separaba a estas mujeres de las más jóvenes. Las que ahora iban por los veinte años padecían de una tremenda inquietud.

—Estas inquietantes y deliciosas chicas de ahora—agregó Itúrbide — quieren gozar la vida, "vivir su vida". Individualistas, rechazan las sanciones sociales. Van hacia el amor, o hacia el hombre, que no es lo mismo, por curiosidad, por inquietud, por deseos, por vicio a veces. Raramente por amor verdadero. No es que ellas no crean en el amor ni lo busquen: es que no lo sienten. Hay un contraste doloroso entre su imaginación, que ve la dicha en el amor, y en la casi imposibilidad de sentirlo y de encontrarlo. Audaces, valientes, sin escrúpulos, toman el amor donde lo hallan. Las de la segunda generación, no. Carecen de audacia, en general, a menos que lleguen a apasionarse. Su modelo está en las mujeres de otro tiempo, y hablan, sino con horror, por lo menos con asombro, de las jóvenes. No las condenan por lo que hacen: las condenan porque hacen las cosas sin amor. De este modo, ellas se justifican. Estas mujeres jamás aceptarían un amor prohibido, sin la certeza de estar dominadas por una pasión. Suelen equivocarse, pero no es lo común. Como están llenas de temores, de remordimientos, de inquietudes, su amor se exacerba fácilmente. Son de una constancia extraordinaria. Su capacidad sentimental es infinita. Idealistas, cristianas, soñadoras, son admirables amantes. Pero sufren. No pueden desprenderse del pasado. Viven en plena angustia. Y si tienen la felicidad por una parte, por otra tienen lágrimas, noches en vela, preocupaciones, temores. Son vidas trágicas. Para ser menos desgraciadas debieran: o imitar a las anteriores, cosa imposible para su sinceridad y dadas las influencias ambientes que obran sobre ellas;

o imitar a las jóvenes, arrojando las viejas ideas morales, cosa también imposible para mujeres educadas en la práctica de la religión y formadas por la moral cristiana. Entre la hipocresía o la resignación de las mayores y la sinceridad heroica de las jóvenes, ellas ocupan un lugar intermedio.

—Todo esto en las clases altas — dijo Víctor. — ¿Pero entre las mujeres de la burguesía y en la clase media?

—Más o menos lo mismo, aunque conozco poco a esas mujeres. Entiendo, por referencias, que hay entre ellas aun mayor ansia de vivir y de amar que entre las mujeres distinguidas. No es extraño. Dada la vida que deben llevar, han de ser más desgraciadas y más soñadoras.

—Las creo menos desgraciadas—interrumpió Víctor—porque tienen libertad. Están en condiciones mejores para amar. Y el amor es todo en la vida.

Itúrbide miró a Víctor y sonrió.

—Es usted un poco romántico — dijo, provocando las protestas de Víctor, que declaró no tener sino resabios del romanticismo de sus antepasados.

Discutieron un momento sobre el amor. Para Víctor era algo sagrado y serio. Para el literato, el origen de innumerables desastres.

—Amar es sufrir — argüía Itúrbide. — Es llenarse de disgustos, de preocupaciones y de inquietudes. Yo admiro a los que aman, sobre todo a las mujeres; pero les considero infelices. El amor trae la pérdida de la paz del espíritu y del corazón, y la paz, Urgel, es uno de los grandes bienes de la vida.

—Pero eso contradice a todo lo que hemos hablado...

—No. Yo soy contrario al amor-pasión, pero creo que nada existe tan delicioso como el amor-placer, el amor-galantería, o el amor-sensación, de la clasificación de Stendhal. ¡Dos, tres lindas mujercitas, o, si es usted moralista, una sola, que en amoríos fugaces nos den sus caricias y nos amen sin dramaticidad, con gracia, con placer! El ideal es el amorcito galante, sonriente y fino, sin complicaciones sentimentales ni psicológicas.

—Un amigo mío — dijo Víctor, recordando las opinio-

nes de Rauch — que no es un moralista, sino un espíritu liberal, casi un anarquista, condena sin perdón a los que cometen la inmoralidad de tener dos o tres amoríos al mismo tiempo. ¿No tendrá un poco de razón, si pensamos que las mujeres van siempre al amor de buena fe? ¿No es inmoral engañarlas?

—La única moralidad consiste en buscar el placer sin exceso, ese placer que ni nos aniquila, ni nos entristece, ni nos preocupa, y que, al contrario, nos produce alegría y reposo. Dirá usted que, teniendo varios amoríos, nosotros engañamos a las mujeres. No es así, sin embargo. Ellas irán al amor de buena fe, pero no ignoran que nosotros las engañamos.

—Pues estoy completamente en contra de sus opiniones — dijo Víctor. — Estoy por la pasión. Esa paz sin luchas ni entusiasmo que usted alaba, me parece una cosa vieja y despreciable. Una vida así carece de interés. Vivir es luchar, amar con pasión, sufrir, padecer esas inquietudes que usted teme y que son siempre nobles y fecundas. La vida es aquí vulgar. ¿Cómo hacerla interesante y profunda sino por medio de la pasión que purifica, que exalta, que nos mejora, que nos ennoblece?

—Amigo mío — comentó el artista sonriendo finamente, — es cuestión de temperamento. Usted es un luchador y tal vez sale más fuerte de la lucha y de la pasión. A mí la lucha y la pasión me acobardarían. La neurastenia sería el último capítulo de un amor dramático, algo a lo Berstein, como esos que usted elogia.

Víctor protestó. Recordando a Clota, que tenía un sentido trágico de la vida y del amor, y cuyo caso refirió, dijo que él hallábase en una posición intermedia. Ni la exaltación atormentada y atormentadora de Clota, ni la elegante frivolidad de Itúrbide.

Era ya de noche y se levantaron. En la puerta decidieron caminar juntos unas cuadras.

—Sumamente interesante todo lo que usted me ha contado — dijo Víctor. — Y me parece que es usted el único escritor argentino que se ocupa de estos asuntos.

—Mis colegas no perciben la sensibilidad de nuestros

lectores y lectoras y no la ponen en juego. Ni la aprovechan para sus libros, ni llegan a ella. A nuestro público, por eso, es casi indiferente la literatura argentina. El lector no encuentra en los libros escritos aquí ni sus preocupaciones, ni sus sentimientos, ni las ideas que le interesan, ni siquiera un reflejo de su sensibilidad. No encuentra en ellos nada que satisfaga a su sensibilidad. En los míos creo que halla algo de eso.

Víctor excusó a los escritores diciendo que ellos, en general, no conocían ni la sociedad ni las mujeres. A lo menos, esas eran sus informaciones.

—Muy exacto — confirmó Itúrbide. — Cuando jóvenes, viven en los cafés o en las redacciones; y cuando hombres, lo mismo o metidos en sus casas trabajando, los que trabajan, o en las oficinas. En Buenos Aires hay un divorcio absoluto entre la sociedad y la literatura. Y lo mismo podría decir entre el pueblo y la literatura. Por eso es falsa y poco viviente, casi nada viviente, la literatura argentina.

Víctor suponía que Itúrbide, perteneciente a una familia aristocrática, habría tenido facilidades para documentarse. Itúrbide le desengañó. No había tenido sino dificultades. Sus cuatro novelas, todas ellas de análisis y teniendo por tema único o principal el amor, habíanle costado un trabajo ímprobo. En este país el amor no interesaba a los hombres. Les interesaba las mujeres, el acto sexual; pero el amor desde el punto de vista psicológico les aburría. Imposible querer hablar del amor entre hombres. Inmediatamente el tema derivaba hacia la narración de aventurillas en las cuales no había ni la sombra de amor. Eso cuando no surgía el chiste obsceno. Sin contar con que pretender hablar de amor era ponerse en ridículo, exponiéndose a ser considerado como un padrillo. Las mujeres, en cambio, gustaban hablar de amor. Pero en general, lo mismo que los hombres, ignoraban lo fundamental en la materia, aun las que lo habían experimentado en un grado o en otro. Además aquí no existía un sólo libro literario sobre el amor, ni ninguno de carácter científico que mereciese ser tomado en cuenta. Era al

contrario que en Francia, donde hay una enorme bibliografía científica y literaria sobre el amor y donde todo el mundo habla del amor, interesándose por casos particulares, no para criticarlos o hacer chistes, sino para analizarlos y comentarlos.

—Por eso — agregó Itúrbide sencillamente, sin falsa modestia — mis libros merecen excusas. Yo tengo que proceder por tanteos en un terreno virgen. En este país es mucho más fácil escribir un libro de ambiente, una novela realista, así se coloque la acción en el más bajo fondo de Buenos Aires o entre la indiada de las provincias del Norte, temas que están bien lejos de nosotros, que una novela psicológica. Aun no sabemos definitivamente cómo es el amor en Buenos Aires ni cómo son las mujeres ni cómo los hombres. Mis libros son apenas una contribución al estudio de la ética sexual. No son trabajos definitivos.

—En nuestro país nada hay definitivo — sentenció Víctor. — No sólo las instituciones y las costumbres sino aun el carácter de las gentes, las ideas éticas, todo está en formación. No podemos saber lo que somos porque nos transformamos incesantemente. Esas opiniones y observaciones suyas, las cuales me parecen muy exactas a juzgar por mi pequeña experiencia, no serán aplicables dentro de diez años. Para entonces habrá otras ideas éticas en el ambiente, o mejor dicho habrá avanzado en su desarrollo la ética nueva que ahora está formándose.

Quedaron muy amigos. Nada une tanto a los hombres como el interesarse mutuamente por esta clase de asuntos. Y es que en el hablar sobre tales temas se revela mejor que en otros la verdadera sensibilidad y el verdadero fondo espiritual del individuo.

Era ya de noche. Separáronse. Víctor pensaba en Aurelia. Toda aquella larga conversación con el novelista había hecho surgir, desde el fondo de su recuerdo, imágenes de Aurelia. Una vez más se preguntó, con lástima de sí mismo y de la infeliz apasionada, que por qué no pudo amarla. Y se fué a su casa, en un automóvil, con un poco de melancolía y de descontento.



La hermana de Víctor, Eleonora, casada con Maciel, no tenía personalidad propia. Bastante inteligente y buena, pero incapaz de resistir a lo que venía de afuera. Su alma incolora fundíase en la vasta alma común. Pensaba y sentía, no por sí misma, sino a través de las opiniones y los sentimientos de la sociedad. Imposible, para ella, sustraerse a la presión del ambiente. Positivamente virtuosa, formada por una sólida educación cristiana, sus ideas morales eran sólo para ella. Desde hacía algunos años veía cambiar las costumbres y los conceptos morales. Al principio se indignaba. Ahora no se atrevía a manifestar su desaprobación sino entre íntimos; por nada del mundo hubiera criticado las nuevas costumbres en ciertos grupos elegantes y modernistas que frecuentaba. Ella misma, a los cuarenta años — representaba algo menos — llegó, ante la sonrisa bonachona y estimuladora del marido, y un poco avergonzada, a escotarse de un modo que en otro tiempo le hubiera parecido escandaloso. Con este modo de ser, imposible educar a sus hijos como en el fondo del alma lo deseaba. Jamás se hubiera resignado a que sus hijos no fuesen personitas a la moda, muy modernas, muy dentro del movimiento, como decían ellos. Horrorizábale pensar que Adela hubiera sido una provincianita, una chica *surannė,* de otros tiempos de atraso. Eleonora se hallaba, pues, en una perpetua lucha interior: su moral, por un lado; y la de la sociedad distinguida, por otro. En su respeto por la sociedad llegó a pensar que era bueno todo aquello que la sociedad creyese o aceptase; si a ella no le parecía lo mismo, era porque tal vez estaba atrasada. Su marido imaginábase más moderno que ella. Solía decirle, cuando se escandalizaba ante algún nuevo avance de las costum-

bres modernistas: "¡Qué quieres hacerle, mujer! Son las ideas de nuestro tiempo. Hay que seguir la corriente". Para él una costumbre o una idea nueva eran excelentes sólo por ser nuevas. No pensaba si eran buenas o malas en sí mismas. La cuestión para él consistía en saber si la sociedad la aceptaba o no. ¿La aceptaba y la hacía suya? El se lavaba las manos. No tenía más que estar en el movimiento, seguir la corriente.

Una tarde Eleonora llamó a Víctor por teléfono. Estaba preocupada y triste. ¿Qué ocurría? Noticias de su hermana Virginia. No era Virginia quien le contaba su vida lamentable, su sumisión al canalla del marido, aquel Sebastián Alcorta que la había dejado en la miseria, que le pegaba, que se burlaba de ella, que la había hecho distanciarse de sus hermanos, que, apenas cobraba el sueldo, allá en la provincia adonde había ido a parar, venía a gastárselo en Buenos Aires, dejando a su mujer sin un centavo, llena de deudas, teniendo que alimentarse con lo que algunas personas le enviaban compadecidas. Quien contaba estos horrores era la hermanita menor, que los había sabido por personas llegadas del pueblo donde vivía la infeliz Virginia.

—No comprendo ese sentido cristiano del deber que practica Virginia — exclamó Víctor, indignado, tanto contra Alcorta como contra su hermana.— Seguir a su marido, bien. Soportarle algunas cosas, pase también. Pero aceptar las palizas y las humillaciones, eso no. Eso es inmoral. Una mujer en ese caso debe abandonar a su marido, o tomarse un amante. ¡Sacrificio idiota! ¿Y para qué? ¿Por ganarse un cielo problemático?

Eleonora, ante Víctor, no era la mujer moderna. Un poco porque la presencia de su hermano poníale frente a sus verdaderas opiniones, otro poco porque delante de él no temiese manifestarlas, y hasta por una migaja de hipocresía, el hecho era que hablando con Víctor resucitaba en ella la provinciana, la cristiana. Víctor solía decirle, medio en broma y medio indignado, que era una *arrierée*. Ella, complacida en ese instante, aceptaba esta clasificación. A Víctor, por su parte, no se le ocurría que Eleo-

nora pudiese tener las opiniones que manifestaba en algunas fiestas o en algunas visitas. Y lo curioso era que Víctor, revolucionario en materia de moral, como en alguna otra materia, era feliz de que su hermana se declarase tan conservadora y tan austera. Eleonora contestó:

—Se sacrifica porque es su deber. Es una mujer a la antigua.

—No me hables de eso que llaman las mujeres a la antigua — repuso Víctor, recordando las opiniones de Itúrbide. — Valen mucho más las de ahora. Son más sinceras. Antes, una mujer casada, harta de su marido, derivaba su instinto en malos pensamientos. Eran cobardes, hipócritas...

—¡Pero Víctor, qué ideas estás teniendo! ¿Por qué habían de tener malos pensamientos todas las que estaban hartas de sus maridos? Y en cuanto a las que los tenían, ellas no faltaban contra la sociedad y respetaban la moral, por lo menos en apariencia.

Víctor protestó. La primera ley de una moral superior consistía en que fuésemos fieles a nuestra personalidad. Ser sinceros, ahí estaba lo principal. Muchas de esas mujeres eran honestas a la fuerza, por no poder pecar. Ni los hombres las cortejaban, ni había donde encerrar un amor prohibido. En cambio las que ahora exponían su tranquilidad por un amor — Víctor pensaba en Aurelia, — eran más generosas, más valientes, más sinceras, más personales, más dignas de respeto. Moralmente él las consideraba muy superiores a las otras.

Eleonora se escandalizaba. No era la primera vez que oía opiniones semejantes. Pero en boca del hermano le parecían más inmorales que en boca de alguna amiga. Eleonora era de esas mujeres que, desconociendo las complicaciones psicológicas del ser humano, condenan irremisiblemente a la mujer que falta. Una mujer casada, a su juicio, no tiene nunca derecho a querer a otro hombre que al marido, aunque el marido sea un infame y la odie, aunque la maltrate, aunque la haya abandonado y no cohabite con ella. La mujer que había faltado, según Elenoroa, faltaría muchas otras veces si tenía oca-

sión; y no podía poseer virtud ninguna, siendo necesariamente una mujer mala, cuando no una borrica o una inconsciente. Eleonora pretendía que todo el mundo se rigiese por su moral religiosa, aun aquellos que carecían de creencias. Sin embargo, como todas las gentes de ideas viejas, no condenaba con el mismo rigor a los hombres. Víctor decíale que, con su moral de intolerancia, ella contribuía a que perdurase la inicua situación de inferioridad en que se encuentran las mujeres.

—No son más valientes ni más sinceras esas mujeres que elogias — contestó a Víctor. — Son alocadas, nada más, y han perdido el respeto a la sociedad y el temor de Dios.

Hostigada por los argumentos de su hermano, Eleonora declaró que una mujer maltratada o abandonada por su marido no tenía otro recurso que el de soportarlo todo. No admitía que una mujer decente tuviera un problema sexual, que necesitara un hombre. Y en cuanto a lo indispensable de la ternura, del consuelo y de la comprensión, eran poco menos que una tontería, a su juicio. Si la vida le había sido cruel a esa mujer, que se resignase. Que buscase conformidad en la religión.

—¿Y el derecho de vivir que tiene todo ser humano?

Víctor, que amaba la Vida apasionadamente, no comprendía que nadie renunciase a vivir. Y se indignaba con su hermana, que recetaba resignación a las mujeres desgraciadas, aun a las que carecían de creencias o de fe. La resignación, según Víctor, sólo podía ser un refugio de los cobardes ante la Vida, de los incapaces de luchar.

Mientras Víctor sonreía de las ingenuidades de su hermana — gastada moneda corriente, sin embargo — y de la injusticia y crueldad que sus palabras implicaban, injusticias y crueldad que eran moneda corriente, también, Eleonora exclamó:

—¡Pobre Virginia! ¡Qué desgraciada debe ser!

—Eso no creo. Probablemente es feliz pensando en que cumple con su deber y en que se sacrifica por su marido. Con seguridad lo quiere y tal vez apasionadamente. Esas mujeres cristianas besan el garrote que las

hiere. Hasta es fácil que se atribuya las maldades y los vicios de su marido, pues pensará que no supo dirigirlo ni atraerlo al buen camino por medio del afecto. Imaginará que Dios la está castigando, y bajará la cabeza resignada.

Víctor se despachó contra la moral cristiana. Esa resignación era humillante para el ser humano. Deprimía el espíritu, rebajaba la dignidad del hombre. Era, por consiguiente, inmoral esa moral.

—La vida no está hecha para el placer — sentenció aquella cristiana que vivía entre fiestas y en medio del lujo.

—Pero tampoco para el sufrimiento. Está hecha para ser vivida.

Quedaron en silencio. Eleonora, acentuando la tristeza de su expresión, dijo:

—Quería también contarte lo de Adela. Estoy muy disgustada y preocupada. Ha roto el noviazgo. Y es la segunda vez que lo hace. Después de haber tenido dos novios, ya difícilmente se casará.

Víctor compadeció a su sobrina. ¿Dónde estaba? La suponía en su cuarto, llorando. La madre dijo que andaba paseando con amigas. No tuvo una lágrima y estaba tan tranquila como si sólo hubiese renunciado a un viaje. Víctor quiso saber las razones de la ruptura. Eleonora no las conocía, en realidad. Adela habíale dicho que estaba harta del novio; y esto, al volver de un baile en donde estuvo la noche entera con él. Había sido en el automóvil, en presencia de Maciel y de una amiga de ella, apenas se habían despedido del muchacho. Adela había levantado los brazos y exclamado: "¡No puedo más! Estoy harta. Yo rompo. Y ya rompí también..." Y apenas llegaron a la casa escribió una carta al muchacho, dando por terminada su relación.

—A una amiga mía le ha dicho que rompió su noviazgo porque el novio le absorbía su personalidad... ¿Qué me dices de esto? Yo no entiendo una palabra. Sólo sé que en mis tiempos éramos más sencillas y que no teníamos chifladuras. ¿No te parece un "loquero"?

Víctor sentía una gran curiosidad de hablar con su sobrina. Después de aquella conversación de hacía un año, tuvo sus confidencias en dos o tres ocasiones. Adela hablóle con entusiasmo de su nuevo novio, la primera vez; dos semanas más tarde ya dudaba de amarle; y al fin acabó por decirle que no sentía amor por él, pero que le gustaba. Víctor recordaba sonriendo las expresiones de Adela para juzgar al que fué su festejante y su novio. "Es una ricura, una delicia, un encanto", habíale dicho con su hablar un poco lánguido y con una exquisita voluptuosidad. Y no hacía ni siquiera seis meses de esto.

—Yo no creo que mi hija sea peor que las otras —continuó Eleonora. — Me parece igual a las demás. Pero fíjate que, estando de novia, flirteaba con otros muchachos. Yo intenté retarla varias veces. Me contestaba que quien podía reclamar, si es que tenía derecho, era el novio. Yo no debía meterme en lo que no me importaba.

—¿No tienes ninguna autoridad sobre ella, pues?

—Ninguna. Ni yo ni nadie. Antes solía confesarse cada mes o cada dos meses. Pero ahora, por nada. Hasta habla con desprecio de los sacerdotes y de la religión. No piensa sino en divertirse. Su sueño sería una libertad completa. Y sin embargo, ya te digo, no es peor que las otras.

Eleonora siguió lamentándose de las nuevas costumbres, que tanto mal hacían. Víctor ya no quiso contradecirle más, viéndola sufrir. La pobre Eleonora considerábase culpable de la conducta de sus hijos. Se confesó de su falta de carácter. Y hasta tuvo unas lágrimas pensando en que su hija no era feliz y en que todas esas libertades y costumbres nuevas la harían cada vez más desgraciada.

Víctor se despidió. Y apenas franqueó el umbral vió a su sobrina que llegaba en el automóvil de la casa. Víctor se apresuró a abrirle la portezuela. Ella, desde adentro, le dió la mano con el brazo enteramente extendido y sonriéndole a los ojos. Víctor estrechó la mano

blanda y caída elegantemente, mientras ella le invitaba a pasear un rato. Víctor aceptó, y el automóvil, por indicación de Adela, se dirigió hacia Flores.

—A ver, cuéntame por qué has roto el noviazgo.

—No vale la pena, Víctor. Historia antigua — decía, coqueteando graciosamente a su tío.

Víctor comprendió que no había entre ellos, en ese instante, un ambiente confidencial. La confidencia necesita de un estado de ánimo común al que ha de hacerla y al que la va a oir. Y para producir ese estado de ánimo, Víctor comenzó recordando su conversación con Eleonora.

—Ella no te comprende, y es natural que así sea. Hay un abismo entre los padres y los hijos. ¡Es tan difícil que uno sea comprendido!

Agregó varias frases sobre la dicha de que alguien nos comprenda, recordó la amistad que ella y él se habían jurado, se puso un poco triste y terminó tomando la mano de la chica y acariciándosela paternalmente. Adela, ahora confiante, melancólica y en pleno ambiente confidencial, dijo:

—Yo soy una alocada y una superficial, según mamá y tal vez según mucha gente. Pero te aseguro que no es verdad. Yo creo que las alocadas son esas chicas que se casan sin amor. Yo no lo quería a mi novio. Me equivoqué. Me gustaba mucho y pensé que iba a adorarlo. A los cuatro meses, ya estaba harta de él. Era dominador y me absorbía mi personalidad. Me exigía que estuviese contenta cuando él iba a casa. ¿Y por qué iba yo a estar contenta si no tenía ganas de estarlo? ¿Sólo porque el señor venía a visitarme? Como te imaginarás, yo no podía aceptar sus pretensiones. Sin embargo, el muchacho, que es una monada, me seguía gustando. Yo me hubiera casado por tres años, por dos años... si fuera posible. ¡Pero por toda la vida! Es demasiado. Yo respeto mucho el matrimonio y el amor, dos cosas diferentes, para casarme así no más. Y no sintiéndome capaz de ser fiel a un hombre a quien no quiero, preferí romper. Así se lo dije.

—¿Te animaste a decírselo, criatura? Fué una imprudencia.

—¿Por qué? Era la verdad, y nada más. Fué una escena divertidísima. Después de mi carta, él vino a casa. Quiso entrevistarse conmigo. Pensé negarme, pero consentí por empeño de mamá. Y le dije: "He roto el compromiso porque no podría ser su mujer. He dejado de quererlo". "No importa", me contestó el pobre muchacho, que tal vez tenía esperanzas de enamorarme. "Es que no le sería fiel..." le declaré tranquilamente. "En ese caso..." tartamudeó el infeliz y se fué, haciéndome un saludo. ¡Me he reído más, con las chicas, acordándome! Pero a veces me da lástima, porque pienso que algo me quería. Y me da lástima de mí, también. Ahora veo que no me casaré. Pero te aseguro que ya apenas me importa.

—¡Pobre chiquilina! — exclamó Víctor. — Estás destinada a sufrir porque eres buena y sincera.

Ella, silenciosa y con la mirada lejana, se aproximó más a Víctor. Sus rostros, lentamente, fueron acercándose. Por fin Víctor levantóle la cara y la besó en la frente. En seguida ordenó al chofer el regreso. Víctor, con temor de sí mismo, no quiso que hablaran más de aquellos asuntos íntimos. Desvió la conversación hacia lecturas, pero no tardaron en comentar un reciente escándalo social: un hombre casado, de alta posición, que había sacado de su casa a una muchacha soltera, la cual acababa de tener un hijo. Víctor, conservador en esta materia, como casi todos los hombres, condenaba a aquel imprudente que tanto mal hacíase a sí mismo y a sus hijos y que arruinaba para siempre a la pobre chica. Adela escuchaba silenciosa las indignaciones de Víctor, y, al terminar, sólo preguntó:

—¿Y si ella es feliz?

Habían llegado. Adela dió orden al cochero que condujese a Víctor hasta donde él quisiera. Se despidió de su tío mirándole largamente a los ojos. Víctor la vió, encantadora y voluptuosa, cruzar la vereda. Al caminar movía blanda y graciosamente sus caderas de amplias

curvas. Su vestido, simplísimo y suelto, hacía resaltar la armonía del cuerpo joven y perfecto. La falda corta descubría hasta cerca de la rodilla unas piernas de extraordinaria elegancia y belleza. Al llegar a la puerta, Adela volvióse para sonreir a su tío. Víctor ya se alejaba en el automóvil, con un largo suspiro.

*
* *

En casa de un diputado cordobés, muy católico, Víctor conoció a un distinguido sacerdote. Era un hombre joven, ecuánime, liberal, talentoso, sabio. Confesor de las mujeres de la más aristocrática sociedad, y gran conocedor del mundo, sus opiniones tenían para Víctor el mayor valor posible. Discutieron sobre mil asuntos los dos hombres. La franqueza de Víctor, su don de gentes y su lenguaje discreto, aunque apasionado, encantaron al sacerdote. Salieron de allí juntos, muy amigos ya. En el automóvil hablaron del tema que tanto interesaba a Víctor y a todo Buenos Aires. Al sacerdote, como confesor y como hombre de pensamiento y de estudio, no le interesaba menos. Pudieron entenderse, pues ambos estaban de acuerdo en cuanto a las realidades, si bien lo que para el sacerdote era desmoralización, para Víctor era una etapa evolutiva hacia una nueva moral.

—¿Y qué importancia aritmética, diré, — preguntó Víctor al Padre Marchini — atribuye usted a las mujeres evolucionadas?

—Usted querrá decir: echadas a perder — contestó el sacerdote, riendo de aquella disidencia y de la calificación, a su juicio benevolente, que empleaba Víctor. — Pues le contestaré, pero no como confesor, sino como hombre. Voy a hablarle según lo que veo y lo que oigo, no según lo que me dicen en el confesonario. Por ejemplo, un dato aritmético respecto a las chicas distinguidas.

Creo que, de cada cien, hay diez totalmente pervertidas; cuarenta fundamentalmente honestas, y cincuenta que, por falta de carácter, por imitación o por snobismo, llegarán a todo, absolutamente a todo. Éstas son las que buscan la libertad... Y mire: chicas que hablan de libertad y ensayan conseguirla, van a parar, indefectiblemente, a los amoríos de carácter grave.

—¿Y cuál sería la causa de ese porcentaje? Usted, claro, dará gran importancia a la falta de religión...

—Es que la tiene, y enorme. No lo digo por mi carácter sacerdotal. Un sistema de moral tan perfecto y estricto como el de la religión católica no permite ciertas liberalidades que a la larga desmoralizan. Una chica que se confiese, tiene que decírselo todo al sacerdote; y éste, apenas ve el más remoto peligro, acude a la terapéutica eficaz. Sin contar con que el solo miedo de tener que confesar un pecado grave contiene, de un modo extraordinario, al creyente en peligro. Pero le estoy hablando de aquellas personas que conocen la religión o por lo menos la sienten y saben que la confesión es una institución sagrada, creada por Dios mismo. Desgraciadamente, abundan los malos creyentes que ocultan sus pecados al confesor o los disimulan. Para todos los que se confiesan, pero para estas chicas muy especialísimamente, el confesor debe ser un guía espiritual, un director de su conciencia.

—Bueno, yo no creo ni medio en todo eso, estimado Padre — dijo Víctor, riendo. — ¿Y las otras causas de la evolución moral?

—Ante todo, una que tal vez le asombre a usted: el miedo al hijo.

Víctor no comprendió.

—El enorme miedo al hijo que sienten las chicas modernas, muchas de ellas sin salud, de no muy fuerte constitución física y en exceso nerviosas, las conduce a tener poco interés por el matrimonio. Innumerables chicas le dirán a usted que no piensan casarse. Darán mil motivos, pero, en el fondo, es miedo al hijo. Los casamientos han disminuído, como usted sabrá, a una tercera parte. Y

entonces, como no esperan casarse, y como están envenadas por el paganismo del ambiente, buscan el placer sin peligros. Pero no tienen verdadero sentimiento, tampoco. Son incapaces de verdadero amor. ¿Y cómo han de poder querer profundamente, señor mío, si ese flirtear a todo trapo constituye una especie de libertinaje que les hace perder hasta la sensibilidad?

—Sin embargo, las chicas de ahora tienen una enorme sensibilidad...

—¡Qué han de tenerla, señor mío! Lo que pasa es que toda la sensibilidad de que son capaces, muy escasa y superficial, por cierto, la tienen a flor de piel.

Víctor no contestó, meditando en las palabras del P. Marchini. Y recordando a Adela, después de un instante de silencio, dijo:

—Yo no creo que esas chicas hagan nada malo ni que necesiten reforma. Pero como usted cree de otra manera, yo le pregunto: ¿qué remedio daría usted para esos males?

—Usted no cree en que esas cosas sean malas porque no tiene hijas...

—Probablemente....

—Y en cuanto al remedio — continuó el sacerdote — hay uno general y de la más admirable eficacia: el Evangelio. Como remedios particulares, creo que las madres deben enseñar a sus hijas, para evitar peligrosas y futuras curiosidades, los secretos del amor y del nacimiento; y derivar las inquietudes de las chicas hacia una ocupación intelectual. Las cosas del espíritu son buenos enemigos de los malos instintos.

—Pues yo — dijo Víctor — no haría nada para disminuir las inquietudes de las mujeres. Al contrario, las estimularía, porque ellas, tal vez inconscientemente, están haciendo algo muy bueno: renovar la moral.

El sacerdote sonrió sin malevolencia, y, sabiendo que iba a poner a Víctor en un aprieto, le preguntó:

—Si la moral cristiana, ahora predominante, es mala y hay que abandonarla, ¿cuál es la moral buena?

—Para usted, Padre, hay, naturalmente, una moral abso-

luta. Pero la humanidad tiene en cada época y en cada país un conjunto de opiniones éticas por las cuales se rige. En Buenos Aires ese conjunto de opiniones era, en teoría, hace veinte años, la moral católica. Digo en teoría porque nadie practicaba semejante moral. Ahora han cambiado no sólo las costumbres sino las ideas morales. Ahora hay unos cuantos espíritus independientes que consideramos que la moral cristiana, inventada hace dos mil años, en una aldea judáica, será muy bella, pero que no sirve para el siglo XX, para una época de gran industrialismo, de aeroplanos, de dinamismo, ni para una ciudad formidable de dos millones de habitantes. La moral moderna tiene una base económica. Vea, sino, el caso de las mujeres que trabajan, las cuales son en Buenos Aires la mayoría. Las oficinas, los negocios, los estudios están llenos de mujeres, muchas de ellas pertenecientes a muy buenas familias. Y bien: antes, las mujeres no se sentían dueñas de su cuerpo, ni lo eran en verdad; no ganándose ellas su vida, dependían del padre o del hermano. Ahora esas mujeres que trabajan, libres, no dependiendo de nadie económicamen, que es la única dependencia visible y fuerte, siéntense tan dueñas de su cuerpo como de su espíritu y de su alma y de su corazón. Tienen la conciencia de que nadie posee el derecho de pedirles cuenta de lo que es privativo, íntimo de ellas. Y así, si aman, sintiéndose liberadas de lo único que puede atarlas, entréganse al amado. En esto, como en todo, las causas económicas dominan. Y tan es verdad esto, que las muchachas de posición, que no ganan su vida, no llegan muchas veces al amante cuando están en trance de la entrega. Sintiéndose dependientes de su padre o de su hermano, en el terror de que ellos se enteren y les pidan explicaciones, reservan el don de su cuerpo para el futuro marido, quedando en el demiviergismo. Siéntense libres de espíritu, pero no dueñas de su cuerpo. El espíritu no puede ser amordazado ni vigilado. El cuerpo sí. El espíritu es de ellas; el cuerpo, de toda su familia.

—Todo eso que usted ha dicho, señor mío, es muy ingenioso, pero me parece que, en vez de ser una moral práctica, como usted supone, es la práctica de la inmoralidad...

Usted convierte en ley los bajos instintos. Y creo que hay buena diferencia entre esa moral sin moralidad y la belleza del cristianismo...

Víctor afirmó que la moral cristiana iba en contra de la Vida. Era necesario desarrollar libremente la personalidad humana. El catolicismo preconizaba el aniquilamiento de las pasiones, el sacrificio estéril, la monotonía del vivir. La moral cristiana era rígida e impracticable. Y no tenía en cuenta la herencia ni ciertos factores psicológicos determinantes.

—Discúlpeme — contestó el sacerdote riendo, — pero ya esto son lugares comunes, viejos lugares comunes. Se le acabó el ingenio por esta noche. La moral romántica que usted defiende, con su elogio de las pasiones y demás corolarios, no conduce a la felicidad sino a la desgracia. Y dígame qué puede valer una moral así...

—¿Y qué importa sufrir? — exclamó Víctor, que no negaba, por haberlo experimentado en carne propia, en sus amores con Clota y con Aurelia, que su moral conducía al sufrimiento. — Sufriendo, el ser humano vive, desarrolla su personalidad.

—Ese elogio del sufrimiento es otro resabio romántico. El sufrimiento produce seres desgraciados, enfermos, vencidos, desesperados. Créame, señor mío: la felicidad está en la virtud, en la disciplina moral, en vencerse a sí mismo, en el sacrificio, en darlo todo a los demás. Y ustedes, los que elogian el sufrimiento porque sufrir es vivir, en realidad no aman la vida.

—El sufrimiento forma parte de la vida—objetó Víctor.

—También el crimen y otras cosas malas forman parte de la vida.

—Pero ustedes alaban también el sufrimiento...

—El cristiano acepta el sufrimiento como una prueba que Dios le manda y porque sabe que el sufrir puede conducirle a mayor virtud o producir grandes bienes morales. Pero ustedes aman el sufrimiento por el sufrimiento, el dolor inútil.

Iban aproximándose a la casa del sacerdote. Como Víctor no contestara, él siguió:

—Esas mujeres, solteras o casadas, que se extravían, no son renovadoras de moral ninguna, sino pobres almas que carecen de toda doctrina moral. A unas las lleva al pecado la curiosidad enfermiza; y así como fuman por curiosidad y por curiosidad leen obscenidades, también por curiosidad llegarán al amante. Otras, son infelices que creen, mediante concesiones a los hombres, poder llevarlos al matrimonio; pero ocurre que a veces tropiezan con individuos diestros y que, enredadas en los lazos con que pretendían cazarlos, no saben defenderse y caen. Y unas y otras son siempre desgraciadas. El salirse de las normas morales no lleva nunca a la felicidad. Las que no tienen el castigo en el remordimiento, lo encuentran en el dolor, cuando no en la condenación social. Esto sin contar con que las naciones, para ser sanas y fuertes, necesitan buenas madres, y esas muchachas evolucionadas, como usted las denomina, no se están educando en la mejor escuela de madres... Le repito: si usted tuviera hijas no opinaría como opina.

Víctor recordó para sí el sufrimiento de Clota y el de Aurelia. Ni una ni otra habían hallado la felicidad en el pecado. Y en cuanto a él, ¿era feliz, acaso?

Habían llegado a la casa del sacerdote y se despidieron. Luego, mientras el automóvil se alejaba, Víctor fué pensando en todo lo que acababa de oir. Por nada del mundo él daría la razón al sacerdote; pero allá en lo más hondo de su alma, una voz desconocida decíale que en las palabras de aquel hombre había más verdad que en las suyas.

*

* *

Víctor, que en Abril terminara su diputación, vacilaba desde entonces respecto a la orientación de su actividad. Habiendo visto de cerca la política, renunció a ser político. El parlamento, para su espíritu crítico y severo, era un cardumen de haraganes, de ignorantes, de hombres

que sólo tenían en vista su interés o el interés de su grupo. Salvo excepciones rarísimas, no había allí espíritus libres ni aun que deseasen serlo. ¿Y de qué les serviría el opinar libremente? Para triunfar era menester aborregarse, ponerse una albarda, "definirse", como decían ellos. La definición consistía en llevar sobre la frente un rótulo, aunque las opiniones contradijesen ese rótulo; y sin perjuicio de arrancárselo cualquier día y pegarse en el mismo sitio otro más productivo. Esto era evolucionar: pasar de un rebaño a otro. Además, había la adulación, la hipocresía, el histrionismo, la falta de fe. Víctor, que no había faltado sino a una sesión, por enfermedad; que había presentado en año y medio, en colaboración con los socialistas, varios proyectos de verdadero interés y valor; que había trabajado formidablemente al tratarse del presupuesto; y que había pronunciado media docena de notables discursos, se fué del Congreso asqueado, resuelto a no volver jamás. Por otra parte, creía en el fracaso del régimen parlamentario y habíase decidido por la representación funcional, que era la última palabra de la democracia.

Durante el invierno intentó ejercer su profesión de ingeniero. Pensaba dedicarse principalmente a construir casas, sin perjuicio de negocios de otra índole. Pero, por ahora, apenas le llegaba trabajo.

En lo intelectual no había permanecido inactivo. Dió una conferencia en el Consejo Nacional de Mujeres sobre *La mujer y la guerra,* sosteniendo que el deber de las mujeres era la conciliación, la paz y el amor, y que aquellas mujeres que mandaban sus hijos a la guerra, o que se enfurecían y odiaban por patriotismo — propio o ajeno, — faltaron a su deber y a la vocación que la naturaleza impuso a su sexo. A una parte de la concurrencia — mujeres elegantes, bellas e inteligentes, pero apasionadas por un bando u otro, generalmente el de los aliados — las ideas del conferencista desagradaban. Tal vez en frío hubiesen protestado, pero Víctor vestía sus opiniones con tanta elocuencia, con tanto fervor de humanidad, con un espíritu no de reproche ni ataque, sino de lamentación,

de congoja, de observación general, que todas aquellas mujeres aplaudieron encantadas. Y sobre todo, Víctor era extremadamente buen mozo y simpático, de expresión viril, sugestionadora, característica. Y estos son siempre los mejores argumentos y las más profundas verdades para convencer a las mujeres.

También había repetido, a pedido del grupo de Juan Andrés y Kramer, en el local de un centro de estudiantes, la conferencia que diera en su pueblo sobre *La nueva Argentina.* Sus ideas sobre la energía, sobre la lucha entre el espíritu estático y el espíritu dinámico entusiasmaron a los muchachos, que encontraban en Víctor al maestro que necesitaban. De esta conferencia nació el proyecto de fundar un diario. Rauch aconsejaba a su amigo, con entusiasmo, a que lo realizara, y Juan Andrés, Kramer y los demás muchachos no le dejaban en paz, diciéndole que era urgente, para la salvación del país, el fundar ese órgano, el "órgano de la Nueva Argentina", como ya lo llamaban ellos. Pero Víctor no se decidía. Nunca fracasó en nada, y la idea de una derrota — cosa no imposible, dado su escaso conocimiento del periodismo y de los elementos que pudieran ayudarle — hacíale vacilar. Mientras tanto, estudiaba la parte económica del asunto.

*
* *

Pero hacia fines del año Víctor tuvo que irse a Córdoba. Su suegra, otra vez, habíase enfermado gravemente. A los pocos días de llegar él y Asunción, la buena señora moría. Asunción quiso quedarse en Córdoba todo el verano, como lo hacía siempre. Víctor esperaba la primer oportunidad para volverse.

Aquel ambiente de Córdoba era insoportable para Víctor. El tener que aguantar a su cuñado Ignacio y a su cuñada Lolita constituía un martirio para él. Por cierto

que ellos no vivían en la casa familiar, con Ignacio y Lolita. Ellos se alojaban siempre en casa de Teresa, la hermana de Asunción, casada con José Alberto Flores. Pero encontrábanse amenudo allí, porque Asunción pasábase las horas en la casa donde su madre había muerto.

Flores e Ignacio andaban en pésimas relaciones. El sectarismo y la intolerancia de Belderrain no transigieron nunca con el espíritu escéptico de José Alberto. Y la cuestión universitaria, comenzada el año anterior, había terminado de dividirlos. De una simple querella de orden interno, los estudiantes habían hecho un asunto trascendental, que conmovió a todo el país. No se trataba ya de una simple reforma universitaria, sino de un vasto y complejo problema de liberación espiritual. Pretendíase aerear el asfixiante ambiente de Córdoba, en donde el clero y los jesuítas ahogaban todo espíritu de libertad. José Alberto, aunque católico, no era clerical. Sin actuar en aquellas incidencias del conflicto apoyaba con su simpatía a los muchachos revoltosos de "Córdoba libre". Su cuñado Ignacio, naturalmente, estaba con los jesuítas, con la curia, con los tradicionalistas. Para este hombre aquel conflicto era una cuestión religiosa. El y los que él defendía formaban en el bando de Dios; los otros eran réprobos y merecían la condenación eterna. Inútilmente José Alberto le discutió dos o tres veces que aquella campaña no iba ni contra Dios, ni contra la religión, ni siquiera contra la Iglesia. Iba sólo contra el excesivo poder de la Iglesia sobre las conciencias, contra la falta de libertad espiritual.

Víctor, por supuesto, opinaba en favor de los liberales. Pero no en la forma suave y sonriente de José Alberto, sino con violencia. A su juicio los muchachos de "Córdoba libre" representaban el espíritu dinámico; los jesuítas, el obispo y sus fieles, el espíritu estático. Por medio de su hermano, de Kramer y de Aréchaga, habíase vinculado con los estudiantes cordobeses y hasta dió una conferencia en favor de la causa liberal. Para Víctor había en aquel movimiento una fuerza, una energía y, sobre todo, una fe. Los tradicionalistas, que creían poseer una fe, no eran, en su mayoría, sino espíritus rutinarios, que se-

gían las costumbres familiares y opinaban por cuenta de otros. Quien no piensa por sí mismo es incapaz de verdadera fe. En medio de la Córdoba estática, soñolienta, colonial, el entusiasmo de aquellos muchachos era un valor espiritual inmenso. Esos muchachos exagerarían, habrían cometido injusticias, pero eran vivientes. Sus enemigos no vivían: vegetaban en una calma espiritual que parecíase a la muerte del alma. Víctor veía en esos muchachos hasta un sentido religioso de la vida. No eran incrédulos, no eran ateos, como se les imaginaba en Buenos Aires. Un noble idealismo ardía en sus almas y casi todos tenían sus creencias religiosas, aunque independientes de los dogmas.

Teresa simpatizaba con los estudiantes. No así Asunción, ya por instintiva oposición a las ideas de Víctor, ya pensando en que su padre, si viviese, sería el más fuerte enemigo del bando renovador y liberal.

Víctor veía la diferencia entre las dos hermanas. Teresa, que siempre, desde su niñez, había tenido vida propia, opinaba sin preocuparse de las ideas de su padre, de su hermano o de su marido. Asunción había sido más original que Teresa, por lo menos en apariencia. Pero era una originalidad exterior, limitada a las bromas, a las travesuras, a cosas que se dicen espontáneamente y que hacen reir, a no estar nunca de acuerdo con nadie, a ser archicaprichosa y discutidora, peleadora, rebelde. Su originalidad no llegaba al espíritu ni menos al fondo del alma. Su independencia, relativa a algunos momentos de la vida cotidiana, no afectaba en lo más mínimo a sus opiniones ni a su concepto de la vida. En todo lo interior, era una muchacha como las hay a millares en todas partes, como lo son casi todas: sin vida propia, sin verdadero carácter, incapaz de pensar por su cuenta, falta de personalidad. Teresa, no. Teresa, en medio de la perfecta obediencia a sus padres, era un espíritu libre; no había en ella nada de vulgar y su independencia estaba en el fondo de su alma. Teresa no había variado en doce años. Muy religiosa siempre, casi mística, no era clerical ni fanática. Ella no comprendía que la causa del rector ultramontano, cuyo empeño en conservar la vieja

enseñanza había sublevado a los estudiantes, fuese la causa de Dios y de la Iglesia, como aseguraban el Obispo, el diario católico y los enemigos, por interés personal o no, de la reforma universitaria. Teresa veía allí una cuestión de política universitaria, mientras que Asunción no estaba lejos de opinar como su hermano Ignacio. Teresa era suave y tolerante. Pasada la época de las travesuras, de las desfachateces que hacen gracia, de los flirteos y coqueterías que tienen la apariencia, sólo la apariencia, de cosa mala, de picardía, de insumisión, la mujer de Víctor perdió, con todo eso, lo que había en ella de original. Quedó convertida en una mujer inteligente y viva, más viva que inteligente, conservadora, burguesa, sin libertad espiritual ninguna. Eso sí, era ahora como hacía doce años, discutidora, amiga de dominar y dirigirlo todo, curiosa, caprichosa, incapaz de comprender a los demás y no haciendo tampoco nada por comprenderlos.

En Córdoba las desinteligencias entre ella y Víctor tomaron un carácter grave. Dijérase que Asunción, allí en Córdoba, entre los suyos, más cerca del espíritu de su padre, se sintiese con una fuerza moral que no tuvo nunca en Buenos Aires. Sin duda el destierro, pues para ella el vivir en la capital era un destierro, había puesto en su persona entera una melancolía que atenuaba la combatividad de su temperamento. Ahora, desaparecida esa melancolía, no obstante haber muerto su madre, Asunción estaba recobrando su tendencia dominadora y agresiva. Y también había recobrado un poco, pero sólo un poco, de su carácter alegre y bromista de otros años. Estaba mejorada de su enfermedad del hígado; y la vida en familia, el clásico comadreo de las mujeres criollas, le hacía un bien extraordinario.

Las desinteligencias comenzaron por la cuestión universitaria. Asunción, al contrario de Teresa, era incapaz de ver las ideas que el movimiento representaba, y juzgaba las cosas con un espíritu pequeño, dando importancia al chisme, a los detalles, a las inevitables exageraciones de los estudiantes. Víctor se indignaba con su mujer. Llegaron a discutir de mal modo. Ella le dijo una vez que él no debía meterse en los asuntos de Córdoba. Este espíritu de terruño su-

blevó a Víctor, que se marchó sin contestarle. Víctor veía con asombro la transformación de su mujer. En Buenos Aires no pasaba de reproches, quejas, acritudes. Aquí levantaba la voz, decía cosas sarcásticas, tenía palabras despreciativas y aun hirientes.

Para empeorarlo todo, un día recibió Asunción un anónimo. Venía de la propia ciudad y en él hacíase alusión a las relaciones de Víctor con Clota y con Aurelia. Cuando Víctor entró de la calle, su mujer le llamó a su dormitorio y le entregó el anónimo, diciendo:

—¿Qué significa ésto?

Víctor, anonadado, no supo qué contestar.

—¡Era lo que me faltaba, Dios mío! Tener un marido degradado, dedicado a las mujeres...

Después de un instante de vacilación, ante las palabras irremediables que iba a pronunciar, Víctor dijo, pálido y con la voz temblante:

—Desde que nuestro afecto dejó de existir y, sobre todo, desde que terminaron nuestras relaciones maritales, me he considerado con derecho a buscarme otro afecto y otra mujer. Es el derecho a vivir, que nadie puede negarme. El derecho a tener un cariño y a seguir siendo un hombre.

Asunción, erguido el busto, le miraba con desprecio. Por fin, serena, con una serenidad trágica en la que reaparecía el viejo Belderrain, mortalmente pálida, contraídos los labios en una mueca de orgulloso desdén, dejó caer estas palabras:

—¡Cállese y mándese mudar! ¡Hombre degradado, infame!....

Víctor se fué a la calle. Asunción, que supo dominarse, no dejó ver a su hermana ni a su cuñado la situación de su ánimo.

Esa misma noche partió Víctor para Buenos Aires.

*
* *

Al volver de Córdoba, Víctor fué a visitar a Rauch, que convalecía de la grippe. Hablando de la revolución universitaria de Córdoba, Víctor dijo:

—Hay en aquellos muchachos un extraordinario dinamismo, que es tal vez consecuencia de su inquietud. ¿De dónde ha surgido esa inquietud? ¿Cómo en la calma de Córdoba ha fermentado ese afán de renovación y de avance?

—La guerra y la revolución — interrumpió Rauch. — Ya te lo dije otras veces, hablando de las mujeres porteñas.

—Tiene que ser así. Los diarios, los libros, las conversaciones, al difundir las noticias de la guerra y la revolución rusa, han desparramado el microbio de la inquietud, que ya existía en algunos espíritus. Nos hemos apasionado y exaltado todos, hemos discutido y nos hemos enfurecido, nuestros nervios se han descompaginado y ya nos es imposible vivir tranquilos. Los muchachos de Córdoba no saben en realidad qué quieren, carecen de verdadera orientación y creo que no están enteramente seguros de que se llegue a un verdadero mejoramiento de la enseñanza. Pura inquietud, a mi juicio. Pero inquietud fecunda, como todas las inquietudes. Y ahora veo que la inquietud, que está en todos los espíritus, ha obrado sobre los hombres en un sentido, y sobre las mujeres en otro, como es lógico. Los hombres hemos llevado nuestra inquietud a la Universidad, a la política, a la acción, a la literatura, al pensamiento. Las mujeres han concentrado toda su inquietud en el amor, que es lo más importante que hay en la vida para ellas.

Genoveva, que había entrado un momento antes y oido las últimas frases, afirmó:

—Y por eso sufren, las muy tontas.

—Es inevitable — repuso Víctor. — Usted, Genoveva, que es un temperamento fuerte, masculino, se interesa por las cosas, tal vez secundarias, por las cuales nos interesamos los hombres. Usted tiene preocupaciones políticas, por ejemplo, de que la absoluta mayoría de las mujeres carecen.

—Son preocupaciones que trae la cultura y un sentido más vasto y exacto de las realidades. Sobre todo de las realidades económicas.

—Eso lo discutiremos otra vez. Me interesa que lo discutamos. Pero lo indiscutible es que las mujeres, esencialmente sentimentales y románticas, en su abrumadora mayoría, no pueden dejar de creer que el amor es lo más importante de la vida. Su inquietud, concentrada exclusivamente en el amor, contrasta con la inquietud de los hombres, concentrada en cosas muy diferentes. No estamos, pues, en el mismo plano sentimental que ellas. Mientras ellas, inquietas, sufren, los hombres permanecen tranquilos y escasamente emocionados. Es lógico que ellas, entonces, se desilusionen, creyéndose incomprendidas y engañadas.

Rauch asentía dando grandes cabezadas. Genoveva, escasamente conforme, interrumpió con energía:

—A causa de eso, de ese tonto sentimentalismo y de la sensualidad que las convierte en lindos animalitos, las infelices mujeres estarán siempre dominadas por los hombres. Para que las mujeres puedan hacerse fuertes es necesario que primero sean castas. De otro modo, los hombres las llevarán a donde ellos quieran. Serán siempre esclavas.

—¿Así opinan todas las feministas?—preguntó Víctor.

—Más o menos.

—Pues vea usted, Genòveva. A mí me parece evidente que el hecho de que las mujeres se entreguen con facilidad demuestra un principio de liberación.

Y repitió la teoría que expuso al Padre Marchini, según la cual las mujeres que trabajaban tenían amantes porque, ganándose la vida, se sentían dueñas de su cuerpo, cosa

que no podía ocurrir antes, cuando las mujeres, por depender económicamente del padre o del hermano debían darle cuenta de su cuerpo.

—Esto prueba — agregó — que las mujeres, por lo menos las innumerables mujeres que trabajan, se han liberado...

—No, no — saltó Genoveva. — Se habrán liberado del padre y del hermano, y no creo que eso sea verdad; pero no se han liberado del marido y del amante. Y esos son los tiranos de las mujeres: el marido y el amante. El amante, sobre todo.

Víctor volvió a defender a las sentimentales y a las románticas, a las que sufrían por causas de amor; y terminó de expresar sus opiniones, exclamando, con cierta emoción:

—¡Pobres mujeres! Yo las veo agitarse en la ciudad, como una hormigueante y larga caravana de atormentadas, de tristes almas inquietas...

VIII

MARTA O EL AMOR PIEDAD

Nuevos días dolorosos iban a llegar para Víctor. Dijérase que cada mujer que penetraba en su vida dábale a beber en sus labios el veneno del sufrimiento. ¿Es que no hay amor sin dolor? ¿O es que la naturaleza humana es de tal manera que en todo acercamiento espiritual de dos seres — el amor o la amistad — se encuentra siempre la incomprensión? Nada más trágico que esta dificultad de comprendernos. ¡Triste cosa que un amante quiera llegar hasta lo hondo del alma elegida y que sin embargo no logre pasar de los umbrales de la morada interior del ser amado! *Hortus conclusus*... Eso es cada alma para los demás. Huerto cerrado, que sólo podemos conocer desde afuera. Al través de las verjas que prohiben nuestra entrada vemos sus bellezas y sus defectos; pero nuestros ojos no alcanzan a los senderos interiores, a los hondos remansos de sentimiento, a los vericuetos y rincones íntimos, a las plantas que se ocultan entre el tupido follaje, a los colores, las luces y las sombras que están adentro, allá adentro, muy adentro.

Pero no debemos apenarnos demasiado. Tal vez sea mejor que no podamos comprendernos los unos a los otros. Porque si nos conociéramos enteramente, llegando hasta el fondo de las almas, ¿no sería aun más triste y doloroso? ¿No mataríamos así las ilusiones, que son tan necesarias para vivir? Huerto cerrado... Vemos lo exterior, pero allá adentro ¿no estará lleno de sabandijas, de podredumbre, de fealdades? De Maistre ha dicho que se asomó a la conciencia de un hombre honesto y salió horrorizado. ¿Quisiéramos salir horrorizados del huerto que es el alma del ser que amamos? ¡Oh no! Más vale seguir en la tristeza de desconocernos, más vale conservar la ilusión.

Quizá también este don de penetrar en lo hondo de un alma nos haya sido negado porque era un privilegio demasiado grande. Conocer una alma en su esencia ¿no sería conocer un poco de lo infinito? Y conocer un poco de lo infinito ¿no equivaldría a acercarse a Dios? Por esto, sin duda, sólo dos clases de seres humanos tienen el privilegio de penetrar en el fondo de las almas, en el huerto cerrado: los genios y los santos. Los demás mortales no entramos en el huerto cerrado; no poseemos la llave. Sólo podemos mirar desde afuera. Y por eso para ver un poco en lo interior, y sin equivocarnos, debemos aguzar todos nuestros sentidos y convertir en espía a nuestro corazón y hacer que nuestra alma ronde el huerto cerrado. Y ahí andamos, rondando el huerto cerrado que es el ser de nuestro amor. Nuestra alma lleva una linterna para dirigirla hacia adentro, pero no se enciende sino muy raras veces y sólo cuando quiere la casualidad o el Destino. Y seguimos rondando... Pero ¡callad! ¡silencio...! En nuestra linterna — intuición, subconciencia — se ha encendido súbitamente la luz. Hemos visto algo del interior del huerto, algo que nuestros ojos no veían. Pero la luz apagóse instantáneamente. La oscuridad ha vuelto, ¡oh tristeza! Y nuestros ojos seguirán interrogando en vano a la oscuridad...

*
* *

Aquella tarde que Víctor dió su conferencia en el Consejo Nacional de Mujeres, advirtió, mientras saludaba a unas señoras, que una muchacha, a unos metros de él, pero separada por la aglomeración, mirábale como embobada. La muchacha, con disimulo, se fué acercando al grupo para oir a Víctor y tal vez mirarle a su gusto. Debía abrirse camino pacientemente, arrastrando a su acompañante: una señora que se prestaba a aquel manejo. Víctor no se daba por advertido; y a medida que las dos mujeres se aproximaban, él bajaba más la voz, desesperándolas. Cuando estuvieron casi a su lado, la muchacha quedó como en éxtasis, oyéndole hablar y mirándole. Víctor le sonrió como si la conociera, y ella le contestó con un saludo. Entonces habló un poco para ella, en voz alta y mirándola. Luego, solicitado por otras personas que se acercaban a saludarle, y llevado a otros sitios de la sala, perdió de vista a su admiradora. Pero al salir encontró a las dos mujeres en el zaguán. Como cambiáranse un nuevo saludo y una nueva sonrisa, Víctor decidióse a hablarlas. Ellas le acogieron como a un conocido, de tal modo que Víctor no necesitó explicar la nada habitual forma de su presentación.

—¡Encantada con su conferencia! ¡Ah, admirable! ¡Una maravilla! ¡Nunca he oído hablar así! — exclamaba la muchacha con un entusiasmo sincero y una convicción enternecedora.

Víctor, sin embargo, se manifestaba poco satisfecho de sí mismo. No lo hacía por falsa modestia, sino para hacer hablar a la muchacha, que desbordaba de emoción. Pero Víctor no necesitaba recurrir a ello, pues la muchacha hablaba a torrentes. La acompañante quiso también convencer a Víctor y le aseguró — ella lo aseguraba — que esa conferencia era algo genial.

—¡Por favor! Me avergüenzan ustedes... Me van a hacer ruborizar...

—Sí, sí, sí — machacaba la muchacha. —Genial, estupenda, una maravilla, todo, todo lo que se pueda decir.

Y siguió hablando, echando adjetivos por la boca. Y todo esto era poco menos que a gritos y llena de risas, con absoluta despreocupación de la gente que iba saliendo. Charlaba sin parar, como borracha de entusiasmo, mareada por la conversación, por la presencia de Víctor, por el placer enorme de haberle conocido, por lo inaudito que todo eso debía ser para ella. Víctor la examinaba.

Era morena, de mediana estatura, de carnes apretadas. de ojos pequeños, oscuros y expresivos. Grande la boca, gruesa la nariz. Carecía de encantos exteriores. Sus facciones eran triviales y su figura no tenía elegancia ni armonía. Sin embargo, el conjunto resultaba muy agradable. La expresión de su rostro era la de quien vive en espera de cosas maravillosas. Se asombraba de todo. Para ella nada había que no fuese interesante; o mejor aún: apasionante. Dijérase que consideraba el mundo y la vida como cosas fantásticas, siempre nuevas, pintorescas, curiosas. ¿Tendría el alma de un niño? Víctor, intrigado, deseaba conocerla. ¡Qué raro espíritu, qué mentalidad y sensibilidad de cuentos de hadas! Su curiosidad por todas las cosas, sus preguntas, su credulidad, su ingenuidad tenían mucho de infantil. No era sin embargo una tonta. Al contrario, parecía inteligente y culta. Víctor se preguntaba cómo una mujer de treinta años, pues no podía ser menor, había conservado ese espíritu en medio de la vida porteña. Y lo más extraño era su optimismo. No había en ella, al parecer, ni sombra de desilusión; ni respecto de sí misma ni de los demás. Todos eran buenos, simpáticos e inteligentes. Si Víctor llamaba su atención sobre alguna mujer bonita que pasaba, ella extasiábase, embobada, exclamando: ¡qué maravilla, qué preciosura! Y movía la cabeza de un lado a otro, aumentando la expresión de sus exclamaciones.

Al despedirse, Víctor quiso saber su nombre. Ella

rió con todas sus ganas de que hubiesen hablado tanto tiempo sin conocerse. Llamábase Marta Veracruz.

—Es una muchacha muy meritoria — dijo la acompañante, quien habló de Marta, mientras ella fruncía la boca y torcía la cabeza como protestando de los elogios que le hacían, aunque agradada en el fondo de que Víctor los oyera, pues ya que carecía de encantos físicos era lógico que coqueteara con sus bellezas morales.

Era hija de un abogado uruguayo, emigrado de su país, hacía veinte años, por razones políticas. A los siete años de estar en Buenos Aires un ataque de parálisis le dejó inútil para el trabajo. Su mujer, hija de suizos alemanes, fué verdaderamente admirable. Cosió, bordó, tradujo artículos y cuentos, se ocupó en mil pequeñas cosas. Tenía, además de Marta, tres hijos varones bastantes menores que su hija. Así vivieron en la pobreza, sin parientes ni relaciones que les ayudaran. Hasta que un día la santa y fuerte mujer murió. Marta, que tenía diez y ocho años, tuvo que mantener a su padre y a sus hermanitos. Dió lecciones de música, de idiomas y de bordado, y logró un miserable empleo de gobierno, que la obligaba a dar de noche y por la mañana sus lecciones. trabajando así el día entero. Dos años después de la madre, murió el padre. Marta continuó su vida de trabajos, hasta que un buen día se encontró con una pequeña fortuna. Su padre, que era de origen argentino, había iniciado, poco antes de morir, la reivindicación de un campo que su familia poseyera cerca de Concordia. La solución favorable del pleito representaba a Marta más de cien mil pesos. Dejó entonces el empleo y dedicóse a las dos cátedras de música que acababa de conseguir.

—¿Cuándo puedo visitarla? — preguntó Víctor despidiéndose.

Marta se asombró como si aquella fuese una propuesta maravillosa.

—¿Le parece impropio que yo la visite?

—No. ¿Por qué? — exclamó ella con toda inocencia, sin advertir que el mundo podría considerar incorrecto el que, viviendo sola, pues sus hermanos no contaban,

recibiese visitas de un hombre, y, lo que era peor, de un hombre casado.

—Lo espero mañana. Y cuidado con faltar. Me voy a poner furiosa si no va.

*
* *

En el pequeño departamento en que Marta Veracruz vivía con sus tres hermanitos. Una salita íntima, con un sofá inglés, almohadones en el suelo, aguasfuertes y reproducciones de cuadros en las paredes, y dos repisas de doble anaquel que desbordaban de libros. Colores claros. Conjunto elegante y sencillo.

Riente y ruidosa, Marta recibió a Víctor. Hablaron de la conferencia de Víctor y de las ocupaciones de los dos; de los hermanitos de Marta, que habían ido al colegio, y de que el visitante no tenía hijos. Casi todo eso la muchacha lo conversó entre risas. La menor ironía o bromita de Víctor la hacía estallar en una carcajada. Cuando él la miraba a los ojos como con intención de flirt, ella sostenía la mirada, sonriendo picarescamente. Víctor no dudó de que allí había para él una aventura fácil.

Cuando llegó el tema de la falta de hijos en Víctor, Marta se entristeció de repente. No exageró sus expresiones, como solía, sin duda por instinto caritativo; pero una lágrima asomó a sus ojos.

—En fin, la felicidad se encuentra de muchos modos...

—Pero yo no soy feliz—dijo Víctor con gravedad.

—¡Ah, no le creo! ¿Cómo le voy a creer si sé que lo tiene todo: una mujer encantadora que lo quiere, fortuna, talento, gloria?

Marta reía, como si Víctor bromease. El debió ponerse melancólico y suspirar. Entonces Marta, convencida por estas actitudes, le miró con curiosidad y se dispuso

inmediatamente a la tristeza. Víctor le pidió reserva absoluta de cuanto iba a decirle. Le haría esas confidencias por considerarla, aunque apenas la conociese, como una verdadera amiga. Ella, inmóvil, tenía en él sus cinco sentidos. Y cuando Víctor, antes de empezar, describió la súbita amistad que había sentido por ella, al adivinarla buena, generosa, abnegada y capaz de los mayores sacrificios, la muchacha, emocionada por aquellas palabras que la hacían feliz, entornó un momento los ojos como para gustar mejor la dulzura de aquella música embriagadora.

—Pero no—exclamó Víctor de pronto, como rebelándose contra sí mismo.—No debo contarle a usted mis penas. ¿Para qué entristecerla? Sería un crimen quitarle su santa alegría...

—No, no, no. Tiene que contarme — dijo ella precipitadamente, y enrojecida por la agitación que le causaba el pensar que Víctor pudiera renunciar a sus confidencias.

Víctor se hizo de rogar un rato, arguyendo que aquellos que sufrían no tenían derecho de hacer sufrir a los demás. Eso era como contagiar una enfermedad. Marta, con los ojos llenos de lágrimas, le discutía, y en un momento, fraternalmente, puso su mano sobre la de él, por un segundo, al mismo tiempo que le rogaba confiar en ella y considerarla como a una verdadera hermana. Víctor le tomó aquella mano y comenzó a referir su historia.

—No soy feliz, Marta. No tengo ilusiones. Necesito amor y ternura y no puedo encontrarlos. Pocos hombres habrá como yo, nacidos para querer y para que los quieran. Pero la vida, que me ha dado muchos bienes, me niega los que yo deseo.

Luego explicó la situación entre él y su mujer, y recordó a las dos o tres mujeres que habían pasado por su vida, dejándole amarguras y desilusiones. Marta suspiraba incesantemente y se secaba las lágrimas.

Prometiéronse, unidos de las manos, una honda y fraternal amistad. Hallábanse sentados en el sofá inglés, él en la actitud de un vencido; Marta, diciéndole que no estuviese tan triste y que ella le consolaría en lo posible,

le pasó la mano por la frente y por la cabeza, con lentitud. Rarísimas personas son capaces de un acto semejante, por lo cual parecería, a quien lo viese, exagerado, interesado o falto de pudor. Y es que nada escasea tanto como la cordialidad, la honda y fraternal cordialidad. Hay una genialidad del corazón, como hay la genialidad del intelecto o de la voluntad. Marta quizá poseía, en pequeño grado, ese genio del sentimiento que tuvieron, en plenitud, algunos grandes santos.

—A veces he pensado — dijo Víctor, cuando el ambiente se normalizó — en lo hermosa que sería la vida si hubiese verdadera fraternidad. ¿No le parece a usted que hay demasiada reserva entre los hombres? ¿Por qué nosotros, por ejemplo, no podríamos querernos? ¿Y por qué no podría yo querer a varias mujeres y ser querido por ellas?

—Es verdad — dijo ella, riendo a más no poder. — Yo también podría querer a varios hombres. En mi corazón caben muy bien varios cariños.

Y sin embargo, ella nunca había amado. No había sido amada, tampoco. Hasta hacía poco tiempo tuvo un verdadero terror de los hombres. Jamás pensó en nigún hombre como pensaban seguramente todas las muchachas. Una vez tuvo un festejante, buen candidato para ella; pero apenas advirtió, o le hicieron advertir, las intenciones del interesado, le entró un espantoso miedo que le hacía huir de su presencia, como un animalito salvaje.

—Yo jamás hubiera podido casarme — agregó estremecida. — Soy capaz de querer como una madre o como una hermana. Pero de otro modo, no. No podría, no tengo genio para eso. Solamente me hubiera casado por sacrificarme. Con verdadero placer me hubiera casado con un enfermo o con un viejo...

Víctor no comprendía semejante absurda idea y se la reprochó. Casarse con un viejo era una inmoralidad, una cosa fea y sucia. Ella, asombrada, preguntábale por qué. Víctor no dudó de que Marta ignoraba esenciales detalles de las materialidades del amor. ¿Cómo era posible

semejante ignorancia a los veintiocho años, la edad que ella le declaró?

—Es que yo no sé nada del mundo. He vivido junto a mamá siempre, estudiando, ayudándola en sus trabajos. Y después cuidando a papá, que estaba paralítico, y trabajando para todos. Yo no he tenido lo que se llaman placeres. Jamás he ido a un baile, ni a otras fiestas. Al teatro, sólo ahora y rarísimas veces, porque no quiero dejar con la sirvienta a los chicos. Salgo muy poco. No he tenido amigas, ni una sola amiga. Mis únicos afectos han sido mis padres y mis hermanos. Ahora, mi situación ha cambiado; pero estoy tan acostumbrada a mi vida que no deseo modificarla.

—Y antes, cuando tenía que estar al lado de su padre o trabajar todo el día, ¿no se quejaba, no soñaba con otra cosa?

—Esos años han sido los más felices de mi vida. A veces, claro, soñaba. Eran sueños muy modestos, a los que renunciaba sin tristeza, o tan disparatados que no me hacían ningún mal. A veces, he deseado otras cosas, otra existencia. Pero tampoco las deseaba, en realidad. Me limitaba a comprobar que no las tenía ni las tendría nunca, y nada más.

La llegada de los hermanitos de Marta, tres chicos de once, doce y trece años, respectivamente, interrumpió la confidencia. Se fueron en seguida, después de saludar a Víctor. El también quiso marcharse.

—¿Vamos a ser siempre amigos? — preguntó él, con la mano de Marta entre las suyas.

—Siempre que sea muy bueno. Yo creo que lo es. Yo le prometo que tendrá usted en mí una madrecita o una hermanita.

Quedaron en que Víctor la visitaría seguido. Ella estaría para él en cualquier momento.

Víctor se alejó de Marta llevando en el alma una luminosa imagen de bondad. ¡Qué divina dicha, pensaba, poder ser amado por esa santa, piadosa criatura!



Víctor la visitó allí día por medio y en ocasiones diariamente. Sentía como un descanso extraordinario junto a aquella muchacha tan buena, tan optimista, tan sana moralmente. Y ella era enormemente feliz con las visitas de Víctor. Debía esperarlas como algo maravilloso, algo que le traería una cosa nueva cada vez. Para Marta, Víctor era uno de los Reyes Magos. ¡Qué alegría, qué dicha cuando veía entrar a su amigo!

Porque eran amigos, con una amistad tierna y fraternal. Pero amistad desinteresada, sólo en ella. En Víctor, como hombre que era, no faltaba el blanco lejano, hacia el cual apuntaba tratando de colocar bien su escopeta para tirar en el momento oportuno. Pero esto no era tan claro ni voluntario en él, pues también creía en su amistad.

Víctor no comprendía cómo en medio de tantas tristezas esa muchacha conservó su alegría. Porque Marta era uno de esos rarísimos seres alegres que uno encuentra en el mundo. Ella podía entristecerse con facilidad, pero era pasajero: nubecillas que se llevaba el viento. Pasada la pena, ya estaba pronta para reír por cualquier cosa. Reía siempre. Hablaba riendo. Gustaba de hacer bromas y de divertirse a costa de otros. Víctor la consideraba graciosa y bromeaba también con ella.

El viaje de Víctor a Córdoba interrumpió las visitas, pero no el afecto, el cual creció durante aquella ausencia de dos meses. Víctor no creía querer a Marta con amor; sin embargo, pensaba sin cesar en ella, y era probable que su recuerdo, tenazmente fijo a veces, hubiese contribuido a aumentar las desinteligencias entre Asunción y él. Apenas volvió de Córdoba, reanudó sus visitas.

—Ahora más que nunca me siento desgraciado y triste — exclamó Víctor, realmente dolorido.

Y con un temblor de emoción en la voz, le refirió su escena con Asunción.

En realidad, Víctor, descontento de sí mismo, sufría. Pensaba que había estado brutal con su mujer, y el arrepentimiento apretaba su corazón. Pero al relatar lo ocurrido, lejos de condenarse y ser verídico, mostraba a su mujer como antipática, agresiva, celosa, incapaz de cariño y de piedad. Todo cuanto refería era cierto, pero él callaba otras cosas, aquellas que le perjudicarían en el concepto de Marta o que pudieran favorecer a Asunción. De este modo, Víctor, en el fondo de su alma, sufría por su propia conducta, pero lograba que Marta creyese que sufría por culpa de Asunción y le compadeciera hasta las lágrimas. Esa tarde, Víctor le besó largamente las manos, en actitud ya de respeto y veneración, ya fraternal. Ella se las dejaba, se las dejaba, viendo cómo eso era un consuelo para él; y así cuando Víctor, aprovechando un instante en que la pena se ahondaba en las palabras y en las actitudes, quiso besarle el brazo y luego reclinar la cabeza sobre su hombro, ella, feliz de consolarle, ingenua y embriagada de piedad, dejóle besar los brazos y aun acentuó el movimiento que los cedía, y prestóle su hombro, fraternal y dichosa, para que él olvidara allí su pena o sufriese junto con ella.

*
* *

Poco a poco fué Víctor profundizando la infinita sensibilidad de Marta y la enorme ternura de su corazón. Vivía en perpetua emoción, si bien era posible que la presencia del amigo y el dialogar con él aumentasen momentáneamente su sensibilidad o, mejor dicho, que la hiciesen salir a flor de piel. La menor historia triste que relatara Víctor, o la más rápida referencia a un sufrimiento, bas-

taban para que los ojos de Marta se llenasen de lágrimas. No era posible contar el argumento de un drama o de una novela sin verla enternecerse. Una vez, ella quiso referir el asunto de una vista cinematográfica, pero era tanta su emoción que, no pudiendo casi hablar, debió dejar el cuento a medio concluir. Su piedad alcanzaba para todos. Sentía compasión, una compasión honda y permanente, hacia los mendigos, los obreros, las prostitutas, los ancianos, los negros, los criminales, los enfermos y los presos. Era una hija espiritual de San Vicente de Paul. El sobrante de su pequeña renta mensual lo invertía en limosnas. Pero su caridad era principalmente afectiva. Nadie como ella sabía el arte de consolar, y si era necesario lloraba con los que lloraban y dejaba ver su sufrimiento con los que sufrían. Desgraciadamente, el vivir tan aislada no le permitía, sino raras veces, el lujo de consolar a los desdichados. Ella hubiera deseado estar rodeada de miserias para poder consolarlas. Hubiera sufrido, naturalmente, y al mismo tiempo hubiera sido muy feliz.

Pero el gran amor de Marta era para los niños. Bastábale ver un lindo rapazuelo de un año, para enternecerse. Los libros para los niños, los juguetes, los trajecitos, todo lo que fuese para ellos le interesaba más que nada en el mundo y hasta le emocionaba. Jamás hubo una mujer con mayor instinto maternal. Era la Madre por antonomasia, del mismo modo que era la suave Hermanita de los Pobres.

—¿Nunca pensó en ser hermana de caridad, de esas que cuidan enfermos? — le preguntó Víctor una vez.

—Nunca. Yo, ¿cómo le diré?... soy muy independiente. No me gusta que me manden ni que me dominen. Además, prefiero la espontaneidad. Por esto no pertenezco ni he pertenecido jamás a ninguna sociedad de beneficencia. Soy demasiado... ¿cómo le diré?...

—Individualista.

—Eso es, exactamente.

Y en verdad que Marta era individualista en todo, hasta en religión y en ideas morales. Había sido educada en

el más severo catolicismo. Su padre y su madre fueron católicos intransigentes y dogmáticos. Desde los siete años, Marta no perdía una misa los días de fiesta y se confesaba y comulgaba cada mes. Imaginaba ser una creyente perfecta, pero sus herejías eran infinitas. En realidad, ni siquiera era católica, pues no aceptaba ciertas ideas fundamentales del catolicismo. Su religión basábase exclusivamente en el sentimiento. Y ya se sabe que no hay hereje peor que el corazón. Marta, por pura bondad, no admitía el infierno. Del mismo modo se negaba a aceptar que Dios pudiese conocer nuestras acciones futuras, pues siendo infinitamente bueno, ¿cómo iba a permitir que cometiéramos pecados y crímenes? Cuando Víctor le hizo comprender que semejantes opiniones eran herejías formidables, ella no se alarmó. Su guía era el sentimiento y el sentimiento decíale que donde estaba el amor allí estaban la verdad y el bien.

Por este mismo sentimentalismo, sus ideas morales, en contradicción con la pureza de su alma, eran disolventes. Consideraba el amor como algo sagrado que lo justificaba todo. Cuando Víctor la conoció, su inocencia y su candidez llegaban a lo inverosímil. Imaginaba que el adulterio, en los hombres o en las mujeres, era monstruosamente raro. Ella no comprendía que un marido dejase de querer y de ser fiel a su compañera, a la madre de sus hijos; ni que una mujer dejase de amar a su marido, al padre de sus hijos, y de serle fiel. Si ella se hubiese casado, aun por conveniencias o por sacrificio, habría amado a su marido con el más ilimitado de los afectos. Lo hubiera amado con una ternura infinita aunque el sujeto fuese horrible, o malo, o sucio, o vulgar, o inculto o vicioso. Probablemente ella no hubiera visto sus defectos. Y de verlos, amaría al sujeto precisamente por tener la desgracia de ser defectuoso. Su caudal de compasión alcanzaba a todos los seres humanos. Imaginaba también como algo extremadamente anormal el hecho de que una muchacha se entregase. El amor parecíale lo más natural del mundo; pero el entregarse, no. Sin embargo, ella no condenaba a las muchachas que caían. Si lo habían hecho por

amor, ya estaban plenamente excusadas a sus ojos. Las compadecía por el sufrimiento moral que, según ella imaginaba, debieron tener al entregarse, cada vez que se entregaron; pero las admiraba como heroínas, como mártires del amor, no sólo porque arrostraban la condenación social, sino también por aquellos sufrimientos.

Este sentimentalismo le conducía, en las cuestiones sociales y obreras, a las opiniones más revolucionarias. Víctor, de pregunta en pregunta, la obligó a declararse comunista. ¿Qué cosa más hermosa podía haber en el mundo que la fraternidad: todos unidos, los bienes comunes, queriéndonos como hermanos? No comprendía el capitalismo. ¿Para qué tanto dinero? La guerra y la revolución le horrorizaban. En el fondo, y sin saberlo, era una tolstoiana. Ignorando en absoluto las realidades políticas y económicas y rigiéndose por el sentimiento, lo cual supone prescindir de la razón y de toda disciplina, debía llegar lógicamente a las más audaces ideas, así como había llegado en moral, llevada por su individualismo y por el predominio del sentimiento sobre la razón y la voluntad, al más agudo inmoralismo.

—Todo eso que usted me cuenta — le dijo Itúrbide a Víctor, que le consultara sobre el carácter de su amiga — yo lo conozco de memoria. Las mujeres se rigen todas, absolutamente todas, por el sentimiento. Si hay alguna excepción, no la tomo en cuenta. Será alguna mujer cerebral, de temperamento masculino, es decir: poco mujer. Lo que pasa es que las mujeres temen opinar. Las ideas que ellas expresan no son de ellas: se las han enseñado los padres, o los maridos o los sacerdotes. Cuando se ponen a opinar por su cuenta se revelan anarquistas. Sus verdaderas ideas morales son profundamente revolucionarias. Pero eso sí, no pretenda usted que sean sinceras en cualquier momento. Generalmente las mujeres no son absolutamente sinceras sino cuando están con el amante. Con el marido no son sinceras sino a medias. Saben que al amante no le asustarán las opiniones más audaces, mientras que el marido se indignará. El hombre, como marido, es conservador en moral; como amante, es revo-

lucionario. Además, no olvide usted que, en su mayoría, a ellas nada se les ocurre por sí mismas. Hay que confesarlas, descubrirles hábilmente las opiniones que ellas mismas ignoran tener. Si Marta ha hablado es porque usted ha sido un excelente confesor, porque ella es todo un caso de ingenuidad y... porque está enamorada de usted.

Víctor, a veces, divertíase en ponerla en contradicción consigo misma. Le bastaba hacerla razonar, discutirle algo que ella dijera. Entonces él pensaba que si su amiga sentía profundamente, en cambio razonaba sin lógica ni sensatez. En más de una ocasión la juzgó una tonta. Pero después de haber sido severo con ella, comprendía que su error estaba en considerarla con criterio de hombre. Marta era una romántica. ¿Qué importaban las opiniones? ¿No eran, acaso, transitorias? Lo único que valía era el sentimiento.



Muy pronto la amistad empezó a cambiar por parte de Víctor. Marta preocupábale. La deseaba. Pero la intuición le decía que, para dominarla, era necesario que ella estuviese absolutamente enamorada. Y trató de enamorarla.

Pero, en realidad, Víctor no hizo un plan de conquista. En esto, como en los negocios, como en política, como en todo, fué siempre un intuitivo. Con Marta, dejóse llevar por el camino de las familiaridades, sabiendo, por instinto, que ventaja lograda hoy es ventaja ganada para siempre y que, paso a paso, se llega alguna vez al término final. Con una mujer asustadiza y nerviosa no cabía otro procedimiento. Pero las familiaridades era preciso justificarlas con la amistad. Y así, este asunto de su amistad constituía uno de los temas preferidos y ellos lo trataban con las manos unidas y con pequeñas y disimuladas caricias

por parte de él y que ella consentía como si no las advirtiese. Víctor aprovechó este filón de la amistad, el único camino por el cual pudiese avanzar.

Víctor se complacía en hacerse el desgraciado o en acentuar la desolación de su espíritu. Marta se impresionaba, sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Yo necesito que me quieran — le dijo una vez Víctor. — Y usted puede quererme. Yo sería feliz con su cariño. Siento que nos comprenderíamos.

Marta, sin coquetería ninguna, como quien ofrece lo mejor que tiene, ofrecía su cariño de hermana. De otro modo no podía quererlo, dada su situación de casado. Víctor protestaba, explicaba por centésima vez. Y hasta trataba de convencerla de que ya ella le amaba. Marta no estaba lejos de aceptar que su cariño no era sólo de hermana. Reconoció que pensaba siempre en él, que sus visitas eran su gran felicidad, que le consideraba el hombre más bueno, más distinguido, más noble, más de buen corazón, más inteligente y culto que había conocido en su vida.

Una tarde, Víctor, que muchas veces le había besado la mano y el antebrazo, que solía apoyarse en ella cuando estaban sentados y que, en más de una ocasión, dejó como olvidada su mano sobre la pierna de su amiga, quiso tocarle la cara. Ella se irguió, roja, sofocada. Y mientras Víctor reía, ella, por respuesta, le mostró los ojos llenos de lágrimas.

—Jamás ningún hombre me ha tocado la cara — le escribió ella en un papelito, no pudiendo hablar del disgusto.

—Porque ningún hombre la ha querido.

Víctor quiso demostrarle que su intento era una prueba de amor. Pero esta vez se separaron resentidos. A los pocos días, al reconciliarse, Víctor insistió en lo mismo, logrando su objeto. Una semana después, quiso besarla. Ella resistió, con una fuerza y una voluntad extraordinarias. También esta vez quedó ofendida. Víctor debió escribirle largas cartas y aun pedirle perdón. Pero la reconciliación no trajo el beso deseado. Víctor sólo consiguió

que ella aceptara discutir sobre el tema. Discutieron días y días. El trataba de excitarla, y a veces, viéndola palpitante, creía que había llegado el momento. Pero era inútil. Marta sabía sobreponerse a sus sentidos y defenderse heroicamente.

Por fin, sin duda deseando también ella ese beso, ocurrióseles consultar a su confesor. A Víctor le pareció un disparate esta idea. En su honestidad masculina supuso que Marta expondría al sacerdote, clara y minuciosamente, la situación entre ella y él. Marta, que, aunque ya hablaba de su amor sin disimulo, sólo reconocía que su cariño era maternal, preguntó al confesor si podía dejarse dar un beso por su amigo, el cual la amaba con un amor puro e ideal, según Víctor lo definía. El confesor, un sacerdote francés, ignorando que Víctor fuese casado, pues Marta no se lo dijo, y suponiéndolo un novio, sin duda, no encontró malo que ella se dejase dar un beso rápido en la frente. Víctor, varias veces, había echado mano de los socorridos primeros cristianos, los cuales, con aquellos besos de fraternidad y de paz que les atribuye el vulgo, han ayudado el rápido progreso de millares de adulterios y de seducciones. Pero el éxito que él no lograra, le vino hecho desde el confesionario. Y cuando llegó el momento del beso, Víctor levantó sus labios hacia la frente, pero, al acercarse, los quiso posar en los de Marta. Ella se retiró violentamente, cerrando los labios, forcejeando con tremenda fuerza para desasirse. Víctor no logró besarla en la boca, pero sí en las mejillas, en la barba y en el cuello. Nuevo resentimiento y, poco después, nueva reconciliación.

Para no intimidarla, Víctor díjole que su amor era idealista. Sólo aspiraba al afecto del corazón, a la confianza plena. Pero no podía renunciar a los pequeños cariños, que son indispensables a los que aman. Al decir estas cosas Víctor no la engañaba. El no creía ahora que Marta pudiera ser nunca su amante. Aspiraba a la delicia del beso, de la ternura, aunque con una vaga esperanza muy lejana. Además, él suponía que Marta, inconscientemente, deseaba las mismas cosas que él, y que era

necesario darle suficientes pretextos para que ella las aceptase.

Esta idea, que tienen todos los hombres de todas las mujeres y que suele conducirles a fastidiosas equivocaciones, encarnóse en Víctor una tarde. Marta debía corregir los deberes de sus discípulas, y Víctor, aunque no sabía palabra de música, le dijo que la ayudaría. Sentados juntos a una mesita, ella trabajaba. Víctor, acariciándola, besándola en la frente, en la cabeza y en los brazos, que estaban algo descotados, observaba cómo iba naciendo en ella la voluptuosidad. En cierto momento, Marta se levantó para traer algunos deberes. Al volver, quedó de pie, junto a Víctor, hablando. Un simple roce, inconsciente en ella, convertido por Víctor en un contacto, que ella no rehusó, hízola palpitar y hablar con una voz velada, difícil. Sus sentidos comenzaban a ser perturbados. Sentóse, al fin, para trabajar. Víctor, a su lado, apretándose contra ella, repitió aquel contacto, disimulado e invisible, pero más grave ahora. Marta no podía hablar. Su pecho subía y bajaba. Como Víctor hizo aquello con maestría, pasando insensiblemente, en matices imperceptibles, de un avance a otro, ella no encontró el momento de protestar. La muchacha sentía un placer, y se abandonaba a él, en ese instante de perturbación, sin darse cuenta clara de lo que hacía, con sus facultades nubladas. Estaba roja, sofocada, y sus ojos se entornaban con desfallecimiento. Víctor pasóle el brazo por la espalda. Marta quiso retirarse, pero él le ordenó:

—Quédese así.

Naturalmente, ya ella no corregía los deberes, o lo hacía de una manera mecánica, inconsciente. Y en silencio, aquello continuó un cuarto de hora. De cuando en cuando, Marta imploraba:

—Trabajemos.

Víctor, por respuesta, besábala en las mejillas o en la barba, pues aun no había logrado darle el beso en la boca.

Desde esa tarde, aquella relación convirtióse en una persecución encarnizada por parte de Víctor y en una re-

sistencia heroica por parte de Marta. Consiguió que aceptase salir en automóvil con él, y varias veces la llevó hasta cerca de su casa, después de haber paseado un corto rato por barrios solitarios. Pero en la soledad del automóvil, Marta era implacable. No le concedía el menor cariño. Y si alguna vez Víctor logró alguno, fué al cabo de ruegos infinitos, de enojos fingidos, hasta de amenazas de no hablarla más. Una mañana almorzó con ella en un gabinete reservado. Ahora Víctor presentía un progreso, y el progreso llegó.

—Es absurdo—le había dicho Víctor mil veces—que me niegues el beso en la boca. Me tienes desesperado. Necesito besarte. Sueño con ese beso. Es una obsesión que me molesta.

—¿No me prometiste que tu amor sería espiritual?

—Pero un beso no se opone a la espiritualidad del amor Al contrario. Los otros besos, tal vez puedan ser materiales. Pero el beso en la boca, el beso por excelencia, es un vehículo para la unión de las almas...

Ella quedaba pensativa. Una vez dijo:

—Te lo daré cuando hagas alguna cosa buena.

Víctor referíale todos sus actos, y ella lo mismo. Marta veía en Víctor la más bella alma que conociera, y él complacíase en contarle sus actos de bondad, los servicios innumerables que hacía, sus sentimientos nobles. Ella también le coqueteaba con sus bellezas morales. Tenía el orgullo de su bondad.

Aquella mañana, después de almorzar, desde la ventana del pequeño comedor reservado, la ciudad abajo y el puerto y el río infinito más allá, Víctor la estrechó contra su cuerpo. La miró en los ojos y extendió sus labios hacia los de su amiga.

—¿Has hecho alguna cosa buena? — interrumpió ella con admirable ingenuidad.

—Sí, — contestó Víctor, que el día antes había hecho entrar en un asilo a un pobre viejo abandonado.

Sin el menor esfuerzo, Marta entonces le presentó su boca, feliz, serena, con una expresión de dulzura bañando

todo su rostro. Tenía la expresión de quien ha hecho una bella obra de caridad o de bien.

*
* *

Una nueva etapa comenzó ese día. Víctor pretextó que en casa de ella no podían verse más. Y en su escritorio, adonde iba gente, menos. Marta no dudaba de la inconveniencia de verse en su casa, pero no aceptaba una cita en otra parte. Por fin condescendió en que Víctor alquilase un cuartito. Una casita, un departamento, propúsole él. Pero ella no quería de ningún modo que él gastase tanto. Y ponía un sin fin de condiciones. Había de ser un cuartito modesto, simpático; en realidad no aceptaba la casita ni el departamento por amor a lo humilde. Había de tener una linda vista: sobre un parque o el río. Ah, y los muebles debían ser de sala o de escritorio; no de otra clase. El imaginaba que la caída de Marta hallábase próxima, y que en la soledad de un cuarto para ellos solos, sin hermanitos que aparecieran a cada instante, ni sirvienta que interrumpiese las caricias trayendo una cuenta o quejándose de los chicos, el acontecimiento, preparado hábilmente, iba a llegar, ¡por fin!

Víctor comenzó una terrible búsqueda. Acordábase de aquel capítulo del libro de Paul Bourget, *Fisiología del amor moderno,* leído por recomendación de Itúrbide, en que se describen los inconvenientes del amor; la busca de un refugio, entre otros. Víctor devoraba avisos de diarios, subía escaleras. Finalmente, después de una semana, encontró un cuarto amueblado con elegancia. Tenía una migaja de vista sobre el río; para ver el agua era preciso pararse en una silla.

—Si no vas, nuestra relación ha concluído—díjole Víc-

tor, en respuesta a las negativas de encontrarse con él en aquel cuarto.

—¿Y para qué vamos a ir?

Víctor se irritaba y hablábale de mal modo.

—¿Cómo para qué? Te haces la tonta... Hemos hablado mil veces de lo lindo que sería estar solos, sin que absolutamente nadie nos interrumpiera...

—Pero aquí estamos bien... — decía ella, con un dejo suave, medio enternecido y lloroso.

—Y entonces ¿por qué me has hecho perder tiempo buscando ese cuarto? ¿No sabes que soy un hombre ocupado?

—Porque tú quisiste...

—¡Se entiende, qué fastidiar! Tienes una lógica... Consentiste porque estabas resuelta a ir.

Quedaban callados. Ella tenía los ojos lacrimosos, y en su rostro y en toda su actitud un aire de desconsuelo infinito.

—¿Vas a ir? Sino, no vengo nunca más a verte, en todos los días de mi vida.

Ella bajó la cabeza, asintiendo, temerosa de estar privada de la presencia querida durante aquella amenazante eternidad.

Víctor, entonces, fijaba el día siguiente. Pero resultaba que esa tarde ella tenía que hacer; y la otra, lo mismo; e igualmente la de más allá. Víctor, perdida ya la paciencia, volvía a amenazarla con no verla nunca. Y todo esto, era en medio de besos en la boca y de lentas caricias con las cuales creía contar Víctor para ir enamorándola más y más.

A Marta no le gustó el cuarto: porque lo encontraba lujoso, porque no veía el río, porque hacía allí mucho calor, porque era *garnie*, ¡por el diablo a cuatro! A Víctor fastidiábanle tantos pretextos. Marta se dejó besar, pero al cabo de infinitas resistencias. Cada cariño debía ser precedido de un elocuente discurso de Víctor.

—Tú no me comprendes—decíale Marta.—No me gustan esos cariños. Yo te quiero como a un hermano...

—No me quieres como a un hermano. Con un hermano no harías estas cosas.

—Ya sé que no. Pero te digo que no me conoces. Yo te quiero como a un chico. Lo que me ha llevado a ti es el amor a la humanidad, un ansia de fraternidad, qué sé yo, no sé cómo explicarme...

Y en verdad que Víctor no la comprendía. Es común que las mujeres se crean distintas de las demás y digan que nadie las comprende. Lo dicen por coquetería más que por convencimiento, por esa coquetería que les conduce, instintivamente o no, a buscar todas las maneras de aparecer como personas interesantes. En Marta habría tal vez un poco de esa coquetería, pero había más de sinceridad. Ella se sabía distinta de las demás. Y Víctor no la comprendía por no serle posible alcanzar toda la altura de su excepcional bondad. Víctor la consideraba buena hasta el heroísmo o la ridiculez, pero todavía esto era poco. En Marta todo era piedad. Dijérase que hasta su inteligencia procedía de su piedad. La piedad le daba ideas, la embellecía, movía su voluntad. Sus opiniones liberales en asuntos de amor nacían de su piedad, también. El amor no era un placer, en su concepto, sino una forma de sacrificio, de ejercer piedad. Aquel concepto según el cual en el amor sólo buscamos egoístamente nuestro bien, era incomprensible para ella. No admitía que se pudiese amar de veras por puro placer o por egoísmo; amábamos para hacer feliz a otra persona, para darnos a ella por entero. Y lo mismo se regía Marta en sus opiniones que en sus actos. Si le dejaba la mano a Víctor y le consentía sus besos y caricias — en los que ella nunca tomaba parte activa, — era que le veía triste y que eso le consolaba. No podía verle sufrir, y él, que pronto lo advirtió, no hacía sino hablarle de sus penas, de su soledad espiritual, de sus infinitas desilusiones. Marta, ingenua y confiada, se lo creía todo, y en esos momentos, venciendo su pudor y su repugnancia, accedía a la nueva caricia que él le rogaba para consolarse. Marta se hubiera dado entera a Víctor sólo por hacerle feliz. Pero algo que estaba sobre ella se lo impediría siempre, algo que venía desde muy lejos, tal vez desde el fondo de su ser, tal vez desde las almas de sus antepasados. Un

imperativo orgánico, y más físico que moral, imposibilitábala someterse a las materialidades del amor, que eran para ella fealdades, horrorizantes fealdades. Y sin embargo, en ciertos momentos extraños de interior monólogo, anheló no tener esos escrúpulos. Por un instante, sólo por un instante, y sin pensar para nada en sí misma, en su probable placer, soñó en la dulzura de darse a Víctor, haciéndole feliz. Sería una dicha para ella el sacrificarle todo, aun su pudor, aun su virginidad, aun la tranquilidad de su conciencia. Pero no podía, no podía...

Y tan no la conocía del todo Víctor que, más de una vez, al oirle decir que ella no comprendía la necesidad de ciertos cariños para quererse, estuvo por considerarla una hipócrita. Y no; era, aparte de su piedad, una ingenua. Y es que nada se parece tanto a la hipocresía como la ingenuidad. A ella le bastaba el pensar en él. Eso embellecía todas sus horas.

—Cuando de pronto pienso en ti, es como si en un cuarto oscuro se encendiera una bombita eléctrica. Me quedo llena de luz. Todas mis cosas, mis más pequeñas ocupaciones, se iluminan...

Víctor insistió, esta vez en una carga tremenda, sobre la maldad inconsciente que significaban las eternas negativas de Marta.

—Has adquirido el compromiso de entregarte a mí.

—Jamás. Yo te he dicho siempre que nunca sería tuya.

Víctor argüía que una mujer, al aceptar los besos y los cariños, se compromete a todo. Una mujer, en tal caso, sabe adonde va ese hombre. Lo siente, lo adivina. Por más ingenua que sea, su instinto le muestra la realidad. Ninguna mujer ignora adónde llevan los besos y los cariños.

—Pero tú me decías que te contentabas con eso...

Víctor, exasperado por tanta infelicidad, pues no sabía cómo llamar aquello, exclamaba:

—¿Me crees acaso un estúpido? ¿Qué hombre dice a una mujer desde el principio: yo quiero que usted sea mi amante? ¿Iba yo a decirte eso?

—¡Y claro!

—¡Pero entonces jamás conseguiría nada!

Víctor achacaba a Marta una idea lamentable de las mujeres. ¿Suponía Marta que las mujeres honestas se resolvían a entregarse apenas comenzaba la relación de amor? No. Era preciso luchar, engañarlas—aunque ellas no se engañasen y el hombre tampoco—, darles los pretextos para que ellas lo fuesen aceptando todo, paso a paso.

—Tu conducta es inmoral — afirmó Víctor, con enojo. — Me haces enamorar, exasperar, enloquecer de deseos y después no quieres seguir.

—Yo no he hecho nada. Eres tú solo.

—¡Qué imbecilidad!—exclamó Víctor, olvidándose de toda cortesía.

Quedaron en silencio. Luego repitió lo que ya cien veces le había dicho. Si ella quería conservar esa virginidad que tanto estimaba, no debía nunca consentirle las caricias. O todo o nada. No debió jamás haber empezado, pero ya empezando, habiéndose dejado besar, su deber moral, su obligación para con su conciencia y para con él, era llegar hasta el fin.

Y ella, arrastrando las palabras, contestaba:

—Es que no sabía que los hombres eran así.

—No lo sabías la primera vez que hablamos de esto. Pero después de la primera vez, ya no lo ignoras. Te he reprochado cien veces la inmoralidad de tu conducta.

Marta se llevaba las manos a la cabeza. Luego decía:

—Es que tú me dominas. Todos los días resuelvo no consentir en nada, y apenas te veo ya estoy vencida. No tengo fuerza para resistir.

—Está bien—concluyó Víctor, aquella tarde.—No nos veremos más.

Y se separaron. Ella quedó tranquila, a juicio de Víctor. El se alejó en plena exasperación de espíritu y de los sentidos, resuelto a terminar con aquello.

*
* *

En esta forma esa relación duraba ya más de un año. Víctor había alquilado otros cuartos, a los que Marta sólo había ido una vez. Todos tenían para ella innumerables defectos. O eran oscuros o eran claros. Aquí la entrada era en exceso visible; allí en exceso oculta. Pero ella entraba, naturalmente. Primero, era una actitud de reserva y temor; luego, consentía en las caricias habituales, pero a fuerza de ruegos y amenazas de no verla más, por parte de Víctor, y de lágrimas, suspiros y desilusiones por parte de ella.

Después de cada uno de estos episodios agotadores, Víctor quedaba enojado con Marta. Se preguntaba cada vez que por qué iba ella a las citas, conociendo sus intenciones. En más de una ocasión creyó que en Marta había algún deseo de entregarse, aunque muy oculto y vago. ¿No esperaría ella llegar insensiblemente, sin proponérlo ni desearlo, a una embriaguez que la tornase inconsciente y justificase y explicase luego a sus ojos y a los de Víctor su caída? Esta idea le daba esperanzas a Víctor, y sólo por ella continuaba en su enervante aventura. Pero él tal vez se equivocaba en su juicio. Marta era ingenua y crédula hasta el absurdo, y cuando, para hacerle aceptar una cita, Víctor asegurábale que nada ocurriría, que él portaríase bien y aun que no le daría ni un solo beso, ella, no obstante las declaraciones que él le hiciera otras veces, creíale con absoluta fe. Iba, pues, engañada, y además confiando en sí misma. Esto sin contar con la enorme sugestión, inexplicable para ella, que Víctor ejercía sobre su voluntad; y sin contar también con el temor de perder para siempre a aquel hombre adorado, sin cuya amistad no podía vivir, y el cual la amenazaba con no verla nunca, nunca, si no consentía en aquella cita.

El enojo de Víctor con aquella amada desesperante no

duraba sino unos días. Ella pasaba esos días llorando, sin dormir ni comer, con nerviosidades y aflicciones. Pero no iba a buscarle. Era demasiado orgullosa para ello. A veces escribíale con cualquier pretexto. Otras se hacía la encontradiza con él. Lo más común era que esperase la aparición de Víctor, segura de su amor, como ingenuamente lo estaba. Cuando él tardaba en aparecer, ella solía pasar por la puerta de su casa, sólo para mirar aquellas paredes sagradas, dentro de las cuales vivía el adorado. Y cuando Víctor llegaba, la reconciliación producíase al instante, sin palabras y entre grandes besos y abrazos. Estas reconciliaciones, aprovechadas por Víctor, traían siempre algún gran progreso.

Pero llegó un instante en que ya no hubo un sólo progreso que hacer. No faltaba sino la posesión. Hacía unos meses, Víctor quiso llevar el asunto por el lado poético. Habló de la unión de las almas mediante la unión de los cuerpos, del momento divino y sagrado de formar un solo ser. Como si hubiese leído a Platón afirmaba con exaltación y lirismo que el amor era unión y que por eso todo amor va siempre, infaliblemente, hacia la entrega y la posesión.

—Es verdad, debe ser verdad — decía Marta. — Todo eso es una maravilla. Lo comprendo; pero, para mí, no.

Otras veces Víctor alababa el gesto heroico de la mujer que se da libremente, sin temores ridículos, al hombre a quien ama. Esas eran mujeres admirables, fuertes, valerosas. Las otras eran cobardes, pequeñas, vulgares, interesadas. No pensaban por sí mismas sino por la sociedad. Y para ilustrar sus opiniones relataba casos. Marta entusiasmábase. Los encontraba muy bellos.

En más de una ocasión, Marta había contestado a los ataques de Víctor:

—Yo no puedo. No puedo por mis hermanitos.

—¿Pero qué tienen que ver tus hermanos con tu intimidad sentimental? Si se tratase de tu marido, estaría de acuerdo. Pero el cariño fraternal no es incompatible con el darte al hombre a quien quieres.

—Sí, si es incompatible. No comprendes. Nunca me has comprendido.

Esta eterna cantilena de "no me comprendes" enfurecía a Víctor. Para calmarle, ella agregó muchas veces:

—Si no tuviese a ellos y tú fueses soltero, me iría contigo.

—¿A vivir conmigo?

—Sí, a vivir contigo. No me importaría que no te casases.

Ahora ya Víctor había abandonado los recursos poéticos. Exigía a Marta que se le entregase. Sus sentidos estaban irritados.

—¿Y por qué no buscas otra? Así le das a ella lo material y a mí el alma. Yo no quiero sino tu alma.

Víctor se hubiera asombrado de esas palabras. Pero sabía que en materia de mujeres no había que asombrarse absolutamente de nada.

Había llegado Víctor a un estado tal, que tenía que concluir con aquello, en un sentido o en otro. No podía continuar así: absorbido todo el día por esos pensamientos, exasperado, irritado. Notaba que su carácter iba cambiando, perdiendo su equilibrio. También tornábase brutal, violento. Decidió terminar.

Una tarde, en un nuevo departamento que alquilara, Víctor, después de haber logrado de Marta, mediante amenazas de no verla nunca, el máximo de cuanto le consentía, y además, el deleite de ver y de acariciar gran parte de su busto de virgen, quiso, exasperado, hacerla suya. Ella levantóse sofocada, con las mejillas ardiendo y los ojos llorosos, amenazando gritar. Víctor abandonó la tentativa. Y en su enojo quiso despedir a esa mujer y no verla más.

Cuando ella se arregló, hablaron sin embargo.

—Tú no me comprendes, no me comprendes... Yo no quiero ser tuya. Ya te dije que nunca lo sería.

—Y entonces, ¿por qué consientes estas cosas?

—Tú me las arrancas. Yo no las consentiría.

Y agregó, llorosa, tierna, con un acento blando:

—Tú no me quieres. Esto no es querer.

Víctor le demostraba lo contrario. Cuando un hombre amaba a una mujer no deseaba sino hacerla suya. A eso conducía siempre el amor. Y era absurdo que Marta lo ignorase, sobre todo habiéndoselo él dicho infinitas veces.

—¿Y cómo yo no necesito de esas cosas para quererte? A mi me basta mirarte, me bastan tus ojos. Yo te quiero un poco como a un chico. Tú no me comprendes. Es mi amor a la humanidad lo que me ha llevado a tí.

Víctor sonrió, en medio del fastidio que lo abrumaba, de aquella ingenuidad maravillosa.

—Entonces, ¿tú podrías querer a otro? ¿Te dejarías besar? Contesta con franqueza. Ya no nos veremos más, de todos modos. ¿Te dejarías besar? ¿Serías capaz de querer a otros al mismo tiempo?

Ella pensó un instante. Luego sonrió y contestó, triste, suave y llorosa:

—No sé... Podría ser... Tú sabes que mi corazón es muy grande...

—Lo que yo sé — exclamó Víctor brutalmente — es que tu perversidad es infinita. Perversidad inconsciente, claro. Me has hecho un mal inmenso. Jamás te lo perdonaré. No has sido capaz ni de sacrificarte por mí. Si tú creyeses que cometías un pecado gravísimo entregándote, yo comprendería. Pero no crees eso. Al contrario, opinas que el amor lo justifica todo. Y sin embargo, te niegas a darme lo que te he pedido por piedad, como un sacrificio. ¿Por qué ese apego estúpido a tu virginidad? Sabes que nunca te casarás; me quieres con hondura; gustas de mis besos; crees que nada de eso es pecado; ves cómo sufro de deseos, y no obstante persistes en tu terquedad. No quiero saber nada contigo. Vete.

*
* *

Al día siguiente, Víctor le refirió todo a Itúrbide, pidiéndole un consejo. Itúrbide rió mucho de la aventura.

—A usted le pasan cosas increíbles. Alguna vez las pondré en novela. ¡Es admirable! Esa Jorge Sand, armada de un formidable pudor fisiológico, me parece una *trouvaille* estupenda.

—¿Por qué Jorge Sand?

—Porque Jorge Sand, que tuvo una cantidad de amantes, se entregaba a los hombres por amor a la humanidad — dijo Itúrbide riendo.

—No se ría. Estoy deprimido, descontento, sin fuerzas.

—Naturalmente. Como que eso le hará mucho mal. A pesar de lo interesante del caso, debe apartarse de esa virgen extraña. O hacerla suya a la fuerza, amenazándola con un revólver si es necesario...

Víctor preguntó al psicólogo cómo explicaría él semejante resistencia en una mujer enamorada, sensible, sentimental y que ha aceptado las más graves caricias.

—Afirmo que no ha tenido usted la habilidad necesaria.

—Yo creo, Itúrbide, que se necesita mucha habilidad para haber llegado hasta ciertas cosas con la muchacha más fundamentalmente virtuosa que es posible encontrar. Piense usted que Marta tenía un verdadero horror por los besos y las caricias. Cada dedo, cada centímetro de su cuerpo, he debido conquistarlo en fatigantes luchas que a ella le costaban aflicciones, llantos, abatimiento, nerviosidades. Llevo más de un año luchando, en una aventura que al principio imaginé fácil.

Para Itúrbide no era difícil. Tal vez Víctor, precisamente por el exceso de pequeñas caricias, perdió la influencia que sobre Marta ejerciera. Debió haber procedido algunos meses antes, cuando ella estaba obsesionada por él, cuando le consideraba como un dios. O tal vez, en la entrevista del día anterior, Víctor no preparó suficientemente la sensibilidad de la muchacha para el instante deseado.

—Usted no acepta esto porque no quiere reconocer su fracaso, en un asunto en que ha puesto todo su amor

propio. Pero consuélese; todos fracasamos. Y piense que nada tan interesante como un fracaso. Los triunfos nos enseñan muy poco. Los fracasos nos hacen sabios y experimentados. Stendhal fué tan profundo analista del amor porque fracasaba a menudo en el amor.

Y refirió algunos fracasos que le ocurrieran a él o a amigos suyos. Una muchacha, muy seriamente enamorada, aceptaba besos e iba a un sitio cerrado con su amigo; pero las dos o tres veces que él intentó, no poseerla, sino avanzar en una caricia más íntima, un grito horrible, desgarrador, con algo de locura y mucho de inconsciencia, le dejó inmóvil y helado. A un hombre de cuarenta años, inteligente y mundano, una soltera de treinta y cinco se le insinuó un buen día de tal modo, sin que hubiese antecedente ninguno, que él le pidió una cita. El día de la cita la hace suya. Ella era virgen. El fué hábil, discreto y delicado; sin embargo, no logró nunca otra entrevista de aquella mujer extraña, que continuó siendo amiga suya y que jamás quiso explicarle sus negativas. A veces, una mujer está por entregarse, y el simple recuerdo de alguna deficiencia de su toalé interior basta para impedir la entrega. En las mujeres un detalle de esa índole suele ser más fuerte que el amor y que los deseos.

—Los fracasos abundan en lo que llamaba Stendhal el amor-sensación. En Buenos Aires son infinitos los casos de este amor. A una variedad del género, un amigo mío, médico, le llama el amor-alcohólico. Se trata de una sensación producida por el vino. Mujeres que en estado normal no aceptarían jamás ni ciertas conversaciones ni ciertas caricias, llegan a lo increíble cuando tienen dentro del cuerpo algunas copas. Muchos compromisos matrimoniales se improvisan así, a base de alcohol, en bailes y en fiestas. Las chicas de ahora beben mucho. Y bien: en todos los casos en que la mujer está pasando por una sensación especialísima, tal vez deseo solamente o mezcla de deseo y curiosidad, la habilidad del hombre debe ser muy grande a fin de que los efectos de la sensación perduren. Si no es hábil, la sensación pasará y no dejará rastro. Sé de un muchacho que, en un baile, logró de la

amiga de su novia, allí mismo, caricias íntimas, y que después no pudo nunca, por más que lo intentara, encontrarse a solas con ella. Falta de habilidad, sin duda. Y es que no hay que dejar pasar la sensación. Hay que agotarla, ir hasta el fondo. ¡Quién sabe si el amor de Marta, fuera del lado fraternal o humanitario, no está formado por infinidad de sensaciones, de momentos fugaces que usted no supo aprovechar!

Víctor preguntó al novelista si no pensaba que hubiese cobardía en el caso de Marta. A su juicio eran infinitas las mujeres que no se entregaban al amado, por cobardía; del mismo modo que otras muchas aceptaban un casamiento por cobardía ante la vida.

—Frases, amigo mío. Es usted el romanticón de siempre. Nadie se casa por cobardía, como nadie se suicida por cobardía. Pegarse un tiro es un acto de formidable coraje, como es un acto de inaudito coraje el casarse sin amor. La mujer que se casa por amor va en busca de su felicidad. La que se casa sin amor generalmente espera la desgracia o el hastío. Y para ir en busca de la desgracia o del hastío se necesita valor. En cuanto a las que, amando, no se entregan por cobardía, son excepciones. Marta ha necesitado de una voluntad enorme y de un verdadero heroísmo para no entregarse a usted. La cobardía, en el caso de ella, habría consistido en dejarse llevar por sus deseos y por su amor.

—Pero hay mujeres cobardes ante los peligros...

—¡Y bueno fuera! ¿Hay acaso algo más horrible, para una mujer soltera, que las consecuencias del amor? Pero no era el caso de Marta, pues ya usted le había explicado cómo no la perjudicaría.

—De todas maneras, es una inmoralidad eso de querer a un hombre y no darse a él. Y aun más inmoralidad es aceptar las caricias.

—Poco a poco, amigo mío. Dejarse besar por unos y otros, sin amor, tal vez sea inmoral. Pero dejarse besar por el hombre amado nunca es inmoral. Aunque la mujer que tal hace, como Marta, se resista al don completo de sí misma.

—Pero ¿no cree usted que Marta es desleal conmigo? Ella me ha alentado y ahora me deja en la mitad del viaje. Además, ese amor que ha embellecido más de un año de su vida, me lo debe a mí, pues yo lo he hecho nacer en ella. Y es también desleal consigo misma, con su corazón, con su cuerpo, que desea entregárseme...

—Está usted desbordando de ideas románticas. Todo cuanto dice es muy interesante, pero falso. Marta no ha sido desleal sino para con sus propios sentimientos de pureza. Es preciso conocer a las mujeres como yo las conozco, para saber cuánta ingenuidad, ignorancia de la vida y pureza de alma hay en muchas, en muchísimas de ellas. En nuestro país es común el caso de mujeres que se casan a los veintiocho años y aun no saben cómo nacen los hijos y en qué consisten las materialidades del amor... Ellas no piensan que llegarán hasta donde nosotros queremos. Marta ha sido débil en muchos momentos, pero no ha calculado jamás. Por otra parte, ellas, que no conocen la fisiología masculina, ignoran que sufrimos cuando no satisfacemos nuestros deseos. Como ellas no sienten del mismo modo, no pueden comprendernos.

—En resumen...

—Que las mujeres son muy buenas y nosotros unos sinvergüenzas. Sé de un hombre que enamoró a dos muchachas hermanas, hijas de familia y vírgenes, que hizo suyas a las dos, y que una vez, en una posada de Palermo, las poseyó una después de otra. Y cuando yo le dije que esas muchachas debían ser degeneradas, él me contestó que de ninguna manera; que eran buenas y normales y que los canallas éramos los hombres, que, procediendo con el más sabio arte de engañar, llegábamos hasta hacerles consentir en lo que más repugnaba a sus conciencias.

—Pero las mujeres son incapaces de amor espiritual...

—¿Y los hombres? En los hombres el amor espiritual no es sino una táctica de los vivos o un consuelo de los impotentes y los fracasados. Entre las mujeres, las hay innumerables que se contentarían con un amor espiritual.

Algunas, tal vez Marta sea una de ellas, sienten un extraño e invencible horror fisiológico por el contacto carnal. Conozco el caso de una joven recién casada y muy enamorada del marido, que se resistió de tal modo a entregarse que el marido debió recurrir al confesor, y sólo después de largas instancias, discusiones y llantos, logró hacerla suya. En muchas mujeres los deseos son inconscientes y contradicen la voluntad. Y la mayoría no siente el amor físico. Hay casadas que jamás lo sintieron. A otras sólo se les despiertan los sentidos después de varios meses de relaciones. Son raras las mujeres sensuales, si bien las que lo son les llevan ventaja a cualquier hombre.

Víctor que, fastidiado con Marta, estaba ese día contra las mujeres, insistió en juzgarlas sensuales. Y quiso demostrar su opinión recordando que si un hombre nervioso, en exceso civilizado, pretendía hacer suya a una mujer, y, por demasiada sensibilidad o preocupaciones, no lograba enteramente su objeto, esa mujer lo abandonaba antes que el milagro se realizara; y que esto no ocurría cuando el hombre hacía enteramente suya a la mujer. Las mujeres sólo se adherían tenazmente a los hombres de gran virilidad.

—Se diría — agregó Víctor con malevolencia — que sólo les interesan ciertas cosas...

Itúrbide interrumpió:

—No debemos juzgar el idealismo de las mujeres por las pecadoras. Las verdaderas idealistas no pecan generalmente. Su falta de sensualidad las defiende. Pero aun muchas de las pecadoras, las más distinguidas y exquisitas, prefieren el amor del espíritu. Y es que este amor está más de acuerdo con su delicadeza. Marta, por ejemplo, tal vez ha deseado, allá en el fondo de su alma, y en algún momento de voluptuosidad, unirse con usted; por el placer moral puramente, pues no conoce el otro. Pero puede estar seguro de que ella prefiere la situación actual. Y si usted, con más habilidad, la hubiese poseído y ella hubiese gozado con sus caricias, también seguiría

prefiriendo quererle a usted como lo quiere ahora: con pureza de sentimiento.

Víctor dijo que el idealismo no consistía en abstenerse de toda unión corporal, necesaria al amor, sino en el modo cómo uno sentía e interpretaba las cosas.

—¡Ya me imaginaba yo que usted, tan viviente, tan yanqui, hombre de acción y de negocios, no podía ser un verdadero idealista en amores! — exclamó Iturbide riendo. — Ahora resulta que para usted el idealismo es compatible con todo. Confiese que se ha quitado la careta...

—Soy sincero — protestaba Víctor. — Creo que el amor sin idealismo es una función animal.

—Es un engaño. Ustedes los idealistas se engañan a sí mismos y engañan a las mujeres. En el fondo, como acaba usted de revelarlo, son unos farsantones. Ustedes usan el idealismo, al comienzo de sus aventuras, para fascinar a las mujeres con grandes frases, con nobles sentimientos... Pero apenas se han metido en la cama, se acabó el idealismo... Nosotros, los materialistas, los que no buscamos pasiones sino un poco de placer, somos más sinceros y menos ingenuos que ustedes. Sabemos que siempre se va a parar a lo mismo. Sé, por confidencias de amigos idealistas y de mujeres que se burlaron de ellos, que siempre llega un instante en que ustedes se sacan la careta. Y entonces, las mujeres los encuentran: o demasiado calculadores, o un poquito ridículos, o hipócritas, o excesivamente interesados... Y los abandonan. A los idealistas jamás les duran las mujeres. Todas, infaliblemente, se desilusionan con ellos. Prometen demasiado, cosas que no existen o que no pueden cumplir. Nosotros no ofrecemos sino lo que está a nuestro alcance. Ustedes ofrecen ensueños, quimeras, cosas maravillosas, almas que se unen... ¡la luna! Nosotros, los vulgares materialistas, vamos a lo práctico: al beso, al abrazo, a lo demás. Y créame que a las mujeres les gusta más nuestro sistema. Pero no por materialismo, sino porque saben, unas por instinto y otras por experiencia, que los hombres no damos para más, y que, fuera del placer que

ofrecemos y recibimos, lo demás, pasiones e idealismos, todo es farsa en nosotros...

*
* *

Volvieron a verse. Marta escribió a su amigo que deseaba pedirle una recomendación para una amiga, y Víctor fué a su casa. Ella le recibió enternecida; pero no le pidió perdón. Eso no estaba en ella. Tenía el extraño orgullo de su persona, de su cuerpo, de su virginidad.

—Eres un malo. No me quieres ni me comprendes.

Parecía ablandada. Dejóse besar y acariciar poniendo menos obstáculos que de costumbre. Aunque dijérase increíble, todavía hubo un progreso en las caricias. Víctor, de nuevo exaltado por el deseo, quiso demostrarle que ya nada faltaba. Un minuto, sólo un minuto y sería de él enteramente y él tendría la felicidad, lo que tanto soñaba.

—Nunca, nunca, — insistía ella.

Víctor preguntóle si aquella tarde hubiera gritado, como dijo. Marta bajó la cabeza, ruborizándose. Víctor comprendió que eso significaba: "No sé, pero no me gustaría haberlo hecho".

Esto fué una luz para Víctor. Vió, al cabo de muchos días, el triunfo de sus deseos. Pero, ¡qué lucha todavía! ¿Tendría que continuar combatiendo por conquistar cada centímetro de ese cuerpo, del mismo modo que conquistó cada beso, cada caricia? En ese momento decidió seguir luchando.

Pero a la mañana siguiente, en su casa, resolvió dejarlo todo.

Habíase levantado temprano, para trabajar. Aunque en todo ese año había realizado una labor enorme, para él eso era poco. Tenía la conciencia de haber perdido el tiempo. ¡Cuántas veces no se había interrumpido en

su trabajo o en su lectura, imaginando la posesión de Marta! ¡Y las innumerables tardes que se fueron entre palabras y besos!

No era sin embargo esto lo que le hacía abandonar para siempre aquella relación perniciosa. Porque si él supiera que Marta sería suya alguna vez, seguiría luchando, perdiendo su trabajo y sus tardes.

Pero la comprobación del tiempo malgastado despertóle la conciencia de la indignidad de semejante amor sin amor. Recordó las falsedades que había dicho. Había mentido, había engañado, malaconsejado por el instinto. Y había corrompido espiritualmente a una muchacha educada en la más severa moral. Arrepintióse de todo eso. Ya no vería más a Marta, aun sabiendo que ella cediese. El, que amaba el Amor, la belleza del verdadero Amor, debía sacrificarle sus deseos.

Y así lo hizo. Estaba más acosado que nunca por el instinto. Pero fué fuerte. Y no vió más a Marta.

Mujeres: ya estoy viendo nuestra sonrisa maliciosa. Adivino vuestro pensamiento cruel. Imagináis que Víctor no cedió por ser fuerte sino por ser débil. Le había debilitado el cansancio, la lucha inútil. Y sobre todo, la derrota. ¡Cosa terrible la derrota, una nueva derrota amorosa, para un vencedor, para un orgulloso como él!

Yo os contesto, Mujeres, recordándoos que en nuestras decisiones hay siempre causas complejas. Nada es claro en la oscura morada de nuestra alma imperfecta. Tal vez hubiese en Víctor un algo de desanimación, un algo de cobardía ante una lucha deprimente, un algo de temor al fracaso y al perjuicio de su salud. Tal vez... Pero al lado de estas razones ocultas, que quizás él mismo quería ocultarse, estaban las otras, las buenas razones, las que él se daba a sí mismo en voz alta: el arrepentimiento por la indignidad de esos deseos, impropios, por lo exclusivo y dominantes, de un idealista como él decíase; y por el mal que había hecho, destruyendo la ilusión de la más piadosa de las criaturas, de aquella bondad, pura e ingenua, que acababa de tener contacto con las subterráneas, las despóticas fuerzas del Mal...

IX

LAS TRAGEDIAS ESPIRITUALES

Las mayores sufrimientos de la vida son aquellos que nosotros mismos nos causamos. Cada falta trae su propio castigo. La verdadera tragedia del alma es el remordimiento. Víctor, demasiado convencido de que era bueno cuanto a él le conviniese, careció de remordimientos hasta entonces. Pero ahora su conciencia comenzaba a reprocharle su vida. El remordimiento es casi siempre hijo del fracaso. Advertimos que hemos obrado mal cuando nuestros proyectos de hacer el mal se han frustrado o cuando el cansancio del mal nos vence.

Mientras Víctor en Buenos Aires buscaba incesantemente el amor, Asunción, allá en Córdoba, sufría. El sabía de esos sufrimientos, como de la resolución de quedarse para siempre en Córdoba. No se escribían. Pero él tenía noticia de las actuales tristezas de Asunción por su concuñado José Alberto Flores, que viniera de Córdoba al solo objeto de arreglar aquellas diferencias. Víctor refirió a Flores toda la historia de sus desacuer-

dos con Asunción. Parecíale evidente que la mayor culpa estaba de parte de ella. Nada había hecho por conservar el amor de su marido; fué intransigente y fría; y antes de la escena lamentable en que Víctor se condujera brutalmente, ella habíale dicho, en varias ocasiones, que no volvería más a Buenos Aires. No, no había arreglo de ninguna especie. La única solución era el divorcio. Pero desde la partida de José Alberto, Víctor comenzó a pensar en su propia culpa. Y un día quiso hacer a Itúrbide, con quien tenía ya una íntima amistad, la confidencia plena de su conflicto conyugal.

—El culpable de todo es siempre el hombre — afirmó Itúrbide. — Nosotros, que generalmente somos más cultos que ellas, más inteligentes y más conocedores de la vida, debemos dirigirlas y aun educarlas. No es la mujer quien debe soportar al marido sino el marido a la mujer. Las mayores cargas y responsabilidades corresponden al más fuerte, no al más débil. Sé que no es este el concepto de la sociedad. Cuando una mujer falta o se va del hogar por disgustos conyugales, el mundo condena a la mujer. Pero yo siempre sostengo que el más responsable es el marido. En todos los casos. Los maridos, en nuestro país, por lo menos, son casi infaliblemente los principales culpables del adulterio de sus mujeres.

Víctor intentaba defenderse. Pero el novelista le hacía notar sus errores. Así, ¿con qué objeto aquel reconocimiento, provocado por Víctor, de la conclusión del amor? ¿No era más caritativo y útil seguirla engañando? Víctor habló de hipocresía y de insinceridad. Itúrbide contestó que la hipocresía era la primera de las virtudes sociales. Si no fuese por la hipocresía, la vida colectiva sería imposible. ¿Adónde iríamos a parar si cada uno se mostrase como es, si exhibiese sus vicios y sus defectos?

—Yo soy casado, usted lo sabe. Conoce a mi mujer. Lejos de ser una tonta, es inteligentísima. Pues he sido tan hábil, tan artista en el engaño, que me cree el más enamorado y fiel de los maridos. En lo primero no se equivoca, porque la quiero mucho, aunque sin ilusiones,

naturalmente. *Amitié conjugale.* En cuanto a lo segundo, la venda que le he atado a los ojos es tan espesa que, si algún perverso llegara a denunciarme, ella jamás lo creería. De este modo los dos somos felices. ¿Qué hubiera yo sacado con decirle: ya no tengo ilusión en tí? ¿Para qué hacer sufrir a nadie? La sinceridad es el más funesto de los vicios.

Víctor, entonces, expuso a Itúrbide aquel proyecto de divorciarse en Montevideo. Ya que su conflicto conyugal no tenía remedio, era mejor liquidarlo. De este modo él quedaba libre, y si alguna vez encontraba un verdadero amor podría de nuevo casarse. Itúrbide sonrió piadosamente de su amigo, y dijo:

—Es necesario ser provinciano y romántico para decir lo que usted ha dicho. Porque sólo un provinciano y un romántico puede mirar estas cosas del amor y del matrimonio con tanta gravedad. ¿Cuándo comprenderá usted que la vida no merece ser tomada en serio? No proteste. Es inútil. Aunque no quiera ser romántico, lo es. Conserva usted demasiado de ese espíritu de sus antepasados. Hay todavía mucha vidalita en usted. Es necesario que se aporteñe del todo, que se europeíce enteramente. Usted se cree muy americano y lo es, no sólo como hombre de acción en el sentido yanqui de aquella palabra; es también americano por su romanticismo, por sus exageraciones, por algún resto de ingenuidad. Y lo extraordinario es que teniendo tanto sentido de las realidades exteriores le falle a veces el de las realidades interiores. En estos momentos merecería usted ser socialista. Es incomprensible en usted semejante idea del divorcio. El divorcio no conduce sino al aislamiento y al ridículo. Yo soy en estas materias un reaccionario feroz, al revés de usted, que, como buen romántico, es un ingenuo revolucionario. Soy enemigo del divorcio aun para las mujeres abandonadas. Opino que para estas mujeres lo mejor es buscarse un amante. Como el amante ellas pueden elegirlo, un buen amante se encuentra sin dificultad. ¿Pero dónde se encuentra un marido para una divorciada? ¿Y un buen marido? ¿Un buen marido como yo, por

ejemplo, tolerante, comprensivo y que jamás dió a su mujer un disgusto? Pero en realidad todos somos malos maridos, como ellas son malas esposas. Porque lo malo no está en nosotros, sino en la inhumanidad y grosería del matrimonio. Para mejorar las cosas sería indispensable que marido y mujer viviesen separados.

—Pero usted no cuenta para nada con el amor...

—Bueno, — dijo el novelista, fingiendo ponerse serio; — si habla usted de amor no nos entenderemos. A las gentes que se apasionan yo las encerraría como peligrosas. ¡El amor! Ese es el enemigo de la paz pública. El amor, como le dije una vez, sólo conduce al sufrimiento.

Y poniéndose serio, ahora de veras, el novelista habló de las innumerables confidencias dolorosas que había recibido.

—Por eso escribo poco. Cuatro libros en diez años, no es nada. Pero esas confidencias me han valido amistades admirables y preciosos documentos. ¡Si usted supiera cómo se sufre por ahí! Esta ciudad que parece tan fría y tan material está llena de tragedias espirituales. Tragedias de amor. Las mujeres abandonadas por sus maridos a quienes ellas amaron o siguen amando, formarían el más doliente coro. Y aun más doliente sería el de las muchachas engañadas. Y más doliente todavía, mil veces más, el de aquellas que, por el egoísmo imprudente de sus amantes, llegaron a la horrible catástrofe o solamente la entrevieron. Y no hablemos de las tragedias puramente morales, de los conflictos entre el amor y el deber, entre los anhelos individuales y la opresión social. Amigo mío, hay que huir del amor. Busquemos el placer amable, el amorcito que no tiraniza. Y nada más.

Pero Víctor no podía dar la razón a Itúrbide. El amorcito galante era algo incomprensible para él. Como le era incomprensible el flirt. Un beso dado a una mujer de su condición social o intelectual le incendiaba y constituía para él un compromiso solemne. Pero reconocía que Itúrbide estaba en lo cierto cuando aseguraba que el amor sólo conducía al sufrimiento. Desde que cono-

ció a Clota su vida fué un sufrimiento. La pasión de Aurelia habíale dejado un sabor de amargura en su corazón. Y la resistencia de Marta le había desesperado más de una vez. Eran tres fracasos de amor, los tres distintos. Pero no eran los únicos. En su vida de sociedad había encontrado tres o cuatro aventuras. Una de ellas, en un baile de carnaval en el Tigre, fué un caso de amor-sensación. Flirt rápido, el mutuo deseo desbordante, la salida de los dos en un carruaje, y el epílogo, allí en el propio coche. Y después, la imposibilidad de ver a aquella amante de un día, la puerta de su casa infranqueable para él, la desaparición del mundo social de la probable arrepentida. Otra de sus aventuras, demasiado fácil, perdió todo interés a la primera semana. La última fué una chica de veinte años que le concedió todas las caricias, menos el don perfecto de su persona. Repugnado y sin amor ninguno, Víctor terminó por no verla más. Y todas estas historias, sentimentales o no, hacían sufrir al hombre inquieto que era Víctor. Sufría por creerse un fracasado en amor; sufría por el desasosiego que todo aquello iba dejando en su espíritu; sufría de envidia al saber las deliciosas aventuras de Itúrbide; sufría, finalmente, a causa de una extraña sensación como de estar disperso su yo, perdida la unidad de su ser, olvidado su rumbo. Sentíase infeliz. Y pensaba que él era uno de aquellos desgraciados, víctimas de las tragedias espirituales. No el amor, sino la pasión de amar le había vencido.

Y recordando las palabras del novelista, evocaba la vida subterránea de la gran ciudad. Mientras en lo exterior sólo se veía la lucha, la vanidad, el placer, en lo secreto de innumerables existencias había un gran dolor, una tragedia muchas veces. Y en medio del desfile de aquellos seres sufrientes, veíase a sí mismo y junto con él a Clota, a Aurelia, a Marta, las tres mujeres a las cuales creyó amar y no pudo amar, todas como él tristes de amor y de desilusiones, interiormente atormentadas y trágicas.

*
* *

Era en Abril. Su sobrina Adela habíale anunciado que a la tarde iría a verle y él la esperaba. Una ansiedad se estremecía en su corazón. Presentía un dolor muy grande, una íntima tragedia tal vez.

Adela se apareció sonriente y deliciosa. Pero al estar frente a Víctor, con su mano entre la de él, una expresión de pánico quedó fijada en su carita. Víctor, poniendo las manos sobre los hombros de la chica, la acercó hacia sí, a la vez que le preguntaba lo que ocurría. Ella dejó caer su cabeza sobre el hombro masculino y se echó a llorar. Víctor la acariciaba en la frente y en el rostro. Cuando el llanto cesó, sentáronse en un sofá. Adela no tardó en calmarse. Secada la última de sus lágrimas, sacó un espejito, pasó el pequeño cisne por su carita, un poco de rojo sobre los labios y un lápiz negro sobre las cejas. Cuando terminó con estas maniobras se quitó el sombrero, le dió las manos a Víctor para que la despojase de los guantes y, acomodada en el sofá, sentada sobre una pierna, pidióle a su tío un cigarrillo. Fumando los dos, ella empezó a contar.

—Me ocurre algo espantoso. Pero no vayas a contar a nadie, ¿eh? ¡Si mamá supiera se moriría! Sólo a mí me pasan estas cosas. Ha sido en Mar del Plata. A los pocos días de estar allí, conocí un hombre encantador. Es casado y tiene varios hijos. Nos hicimos amigos. Yo encontré en él un confidente; él me dijo que yo era la mujercita esperada, la que había de darle la ternura que necesitaba su corazón. No pensé nunca en que pudiéramos ser otra cosa que amigos, y él me ha jurado que no tenía ningún mal pensamiento respecto a mí. Nuestra relación era una *amitié amoureuse,* algo noble y puro.

—¿Se besaban? — preguntó Víctor con inquietud.

—Apenas. Creo que sólo tres veces nos besamos en los

labios. El me decía que su cariño tenía un poco de padre y otro poco de hermano. Se parece mucho a tí ese hombre, y sin duda por eso lo quise tanto. ¡Y qué lindo querer de esa manera! Un amor tierno y espiritual. A él sin embargo le remordía la conciencia. Decía que me perjudicaba, que tal vez me estaba impidiendo el casarme. Pensaba que queriéndolo a él, probablemente no podría querer a otro que pudiera ser mi marido. Quedamos en que si me gustaba alguno de mis festejantes, yo se lo diría. El me quería tan desinteresadamente que sólo deseaba verme feliz.

—Todo eso — dijo Víctor, celoso — aunque muy bonito es una imprudencia. ¿No veías el peligro...?

—No había peligro ninguno. Yo no sentía nada material a su lado. Y él tampoco. Bastaba ver la pureza de sus ojos. Y no habiendo sensualismo, ¿dónde estaba el peligro? Además, que un hombre tan bueno como él es, jamás me hubiera perjudicado, aun en la suposición de que yo hubiese sido suya. Y quizás siendo suya habría habido menos peligro. Porque entonces nos hubiéramos ocultado. Pero la inocencia de nuestras relaciones nos dió demasiada confianza. Una noche en que había baile en el Bristol nos escapamos del hotel y nos fuimos en carruaje hasta el Faro. El, como siempre, estuvo respetuoso y cariñoso. Pero alguien nos vió. Mientras tanto, a mí me gustaba uno de mis festejantes, que en esos días se había venido a Buenos Aires. A él le gustaba también el candidato y me aconsejaba que lo aceptase. Apenas volvió a Mar del Plata el muchacho, nos comprometimos. Todo el mundo supo nuestro noviazgo. Los diarios hablaron como de un acontecimiento. Y ahora, Víctor, alguien le ha contado mi amistad sentimental. Pero le han dicho que yo tuve un amante... Y con ese motivo se han hablado horrores de mí. Es cierto que yo he hecho muchos disparates en mi vida. Una vez, con un muchacho amigo, poco antes de este último verano, he ido a un cabaret. No digas a nadie, ¿eh? Fué por curiosidad solamente. Y me decepcioné. El cabaret me pareció un baile aburrido y decente, más aburrido y más

decente que los bailes a donde yo voy... Yo y mi amigo estábamos en un palco de rejillas. Nadie podía vernos. Pero se me ocurrió conocer alguna de las milongueras, y mi amigo me presentó a una. La muchacha entró tuteándome. Habíamos sido compañeras en la Santa Unión. ¿Qué horror, no? La infeliz se puso triste y se fué con los ojos llenos de lágrimas. Pero seguramente ha contado. Y habrá contado también mi amigo. Y mi novio sabe también eso y me cree una pervertida.

—¿Tú lo quieres a tu novio?

—Lo adoro. ¡Vieras qué ricura de muchacho! Me casaría con él para toda la vida.

Y sonreía, mirando el humo de su cigarrillo.

—Dame un consejo, Víctor. Yo tengo una absoluta confianza en tí. Te aseguro que sufro espantosamente. Mi novio todavía no ha hecho público su rompimiento. Tienes que salvarme, Víctor.

Diciéndole estas cosas acercaba su rostro al de él, y cuando Víctor le prometió salvarla ella le besó una mano.

Víctor conocía al novio de Adela. Fueron en el mismo vapor a Europa y se hicieron amigos. Era menor que él algunos años. Ahora, precisamente, habían reanudado la amistad. Víctor fué a verle esa misma noche. Habló de su sobrina como de una buena chica. Tenía el defecto de la curiosidad y de pésimas amistades. Pero cuando se casara sería una muchacha excelente. Un marido que la dirigiese y un par de hijos; no necesitaba más. Pero el novio negábase a ensayar. Sobre todo, él no quería pasar por un imbécil, casándose con una chica de la cual se sabían enormidades. Tal vez ella conservara su virginidad material, pero la otra, la del alma, la había perdido por completo. No, él no se exponía a que todo el mundo le señalase con el dedo, atribuyendo amantes a la chica.

Víctor citó a Adela en su casa para comunicarle la negativa del muchacho. Adela escuchó con rabia, primero; con desesperación, después. Y terminó llorando convulsivamente, entre los brazos de Víctor.

*
* *

Una semana más tarde, Víctor leyó en los diarios una inesperada y horrible noticia: Clota Zalazar, que ocho meses antes se casara, había sido asesinada por su marido. Disgustos conyugales, decían los diarios, y lamentaban que un acto impremeditado privase al país de una artista de tanto talento como Clota Zalazar.

Mientras velaban el cadáver, Rauch y Genoveva le refirieron a Víctor la historia trágica. Clota, casi moribunda, quiso que Víctor supiese la verdad. Nada le importaba del mundo; pero quería que el noble amigo que fué Víctor para con ella, no la juzgara mal.

Clota, a raíz de la muerte de su cuñado, habíase casado para salvar a su hermana de la miseria. Pero más que por ella hacía aquel sacrificio por sus cinco sobrinitos. El marido de Clota era un escribano que compraba cuadros. Tenía dinero y cierta cultura. Pero era vulgar, malo e incomprensivo. La noche del casamiento hizo a su mujercita una escena violenta, reprochándole no ser virgen. Clota pensó decirle la verdad, pero, pensando en que ese hombre no la comprendería y en su hermana y en sus sobrinitos, negó haber tenido nunca un amante. Cada día que siguió hubo un disgusto. Clota, bohemia e indisciplinada, no se habituaba al orden de la existencia matrimonial. Una mañana que había ido a pintar a Palermo y llegó a la casa cerca de las dos de la tarde, el marido la recibió a cachetadas. Y así continuó tratándola, hasta que un día la echó. Clota volvió a la casa de su hermana, dispuesta a matarse trabajando. Pero su tristeza, su desilusión, su necesidad de consuelo y de confidencia le trajeron un nuevo amor. Ella no se entregó a su amante, pues no le conocía suficientemente y se había hecho desconfiada de los hombres. Pero le había escrito cartas apasionadas. Era un hombre de cuarenta años, talentoso

y malo. Tenía aptitudes para todas las artes, pero nada había producido. Anormal, incurría en extravagancias y rarezas que pasaban a veces por genialidades. Interesántísimo en la conversación amistosa, debía ser intolerable para la vida en común. Cuando quiso poseer a Clota, ella resistió. Otra vez intentó violarla. Ella cortó las relaciones, pero él la amenazó con enviarle sus cartas al marido sino se le entregaba. Entonces Clota, vencida y asqueada, aceptó la cita en la propia casa del sujeto. El marido, que la hacía seguir, supo que ella había entrado en la casa de aquel hombre, y allá fué, armado de un revólver. Penetró en la casa llevándolo todo por delante, amenazando a los sirvientes. Encontró a Clota que preparábase a salir y descargó sobre ella su revólver.

Genoveva, serena y fuerte, no derramaba una lágrima. Lo que a ella le preocupaba era que ese criminal iba a quedar libre. Las leyes, hechas por los hombres para oprimir a las mujeres, le protegían.

—Es una iniquidad — confirmó Víctor, con rabia y dolor. — Porque ese miserable no tiene ni la excusa de haber asesinado por amor. Nadie asesina por amor.

—Eso no — objetó Rauch. — Entre la gente del pueblo hay diariamente crímenes pasionales.

—Jamás — insistió Víctor. — Un comisario de policía me aseguraba hace poco que cuando un hombre, en Buenos Aires, mata a una mujer, es porque la explotaba y no podía seguir haciéndolo. Pero, en general, los que matan a sus mujeres lo hacen por venganza, por odio, porque sienten su orgullo o su vanidad ofendidos, porque temen esa palabra con que, en estos bárbaros pueblos españoles, se burlan los imbéciles del marido a quien su mujer le ha sido infiel. Cuando uno quiere a una mujer y ella le es infiel, uno sufre, sufre y llora, se desespera... Sólo matan los que quieren con los sentidos, es decir los que no saben lo que es amor, porque amar con la carne no es amar. De este modo aman también los animales.

Y recordando una conversación con Itúrbide sobre los celos, citó dos o tres casos de barbarie inútil. ¿Qué bien obtenía el que asesinaba? Quitaba la vida a un ser hu-

mano y hacía pública su deshonra, es decir lo que el mundo llamaba deshonra. Víctor lamentábase de que hubiese códigos tan salvajes como para sancionar los derechos del amor de la carne, o los derechos de la venganza o del estúpido amor propio.

—Falta de cultura, de civilización — dijo Rauch. — La verdadera cultura y la verdadera civilización consisten en un gran fondo de piedad y de comprensión. Nosotros no tenemos eso. Somos todavía un pueblo primitivo.

—Lo que pasa también — agregó Genoveva — es que aquí cada marido es un odioso tirano. El puede hacer cuanto quiere: gastar dinero con mujeres, exhibirse con ellas, mantener queridas, ¡qué se yo! Pero cuidado con que su mujer mire a otro con simpatía. Está bien que exijan fidelidad, pero cúmplanla ellos también. Los dos han jurado lo mismo ante la ley y el sacerdote. ¿Y por qué ella sola ha de cumplir y él no?

Luego habló de las mujeres, que eran cobardes y se dejaban dominar y engañar por los hombres.

—Esto es también la consecuencia — le dijo a Víctor — del sentimentalismo, de ese sentimentalismo que ustedes los hombres fomentan porque les conviene, pues por medio de él dominan a las mujeres y las esclavizan.

Víctor apenas escuchaba. Toda la trivial historia de su amor con Clota revivía fuertemente en su imaginación. Y ahora pensaba que si aquel amor fué por ambas partes más imaginado que real, más deseo de amor que amor mismo, se hubiera convertido, en pocos meses, en un sólido afecto, en un verdadero amor. ¡Qué error haber consentido en separarse! Creíase un poco culpable de toda la vida subsiguiente de Clota y aun de aquella muerte. Pero estaba de Dios que él sería un fracasado sentimental, él, el hombre fuerte, el vencedor de todas las luchas. Y al mirar a Clota allá en el cajón mortuorio, rodeada de cirios, unos enormes deseos de llorar le iban hinchando el pecho. Sintióse solo en la vida, sin un corazón de mujer que le comprendiese y le amase. Y lloró, por fin. Lloró por Clota y por sí mismo.

*
* *

En Mar del Plata conoció Víctor a Hortensia Almagro, una mujer de gran belleza y talento, casada con un canalla y ahora viuda. Era íntima amiga de Itúrbide. Víctor había oído hablar mal de aquella mujer, pero como Itúrbide nada decía de ella, él no quiso preguntarle. En el Bristol, Víctor notó que la sociedad la tenía un poco aislada. Era ya él también un buen amigo de Hortensia, cuando Itúrbide habló de ella.

—No sospeche usted de esta mujer, amigo mío. Es la más buena y la más desgraciada de las mujeres. Yo conozco toda, toda su vida. La sociedad la ha calumniado. Muchos miserables que la pretendieron se han alabado de ilusorios favores, vengándose canallescamente. Si a alguien habría amado sería a mí. Durante varios años la he querido y perseguido. Para ella no he dejado nunca de ser un gran amigo del alma. Pero ella, que tiene el derecho de amar, ha querido ser fiel a su palabra, antes; permanecer libre, ahora. Cree que la pasión conduce a la desgracia; y en su trágica honestidad desprecia el amorío. A sus calumniadores los perdona. No ha querido, como tantas otras, refugiarse en el beaterio o en la caridad para hacerse perdonar o para ser bien mirada. Por nada del mundo les daría la razón a los miserables que le han atribuído amantes.

—¡Y cuántas mujeres calumniadas habrá!

—Muchas. Yo conozco más de una. La hipocresía moral que dominaba hasta ayer y cuyos resabios todavía sufrimos, exige que una mujer casada no tenga amistad con ningún hombre. Desgraciada de aquella que, a la vista del público, habla con un amigo más tiempo del tolerado. Desgraciada la mujer inteligente que gusta de la conversación con hombres cultos. Desgraciada de la que tiene una amistad sentimental, de la que ha hecho confi-

dencias a un amigo, de la que, en un instante de natural abandono, ha dejado que su mano se una a la del amigo. La sociedad, apenas enterada de estas pequeñeces, le atribuirá amantes y la excomulgará. No hay Iglesia más exclusivista e intransigente que la que forman los envidiosos y los hipócritas. La sociedad necesita víctimas de cuando en cuando, para mostrarse honesta y moralizadora; y apenas ve que una linda mujer, en un momento de emoción, mira con ternura a un hombre, chilla de horror escandalosamente. La sociedad no ve a las que faltan ocultándose, que es como proceden todas las que faltan. Y es implacable para aquellas que cometieron pecadillos ante la vista de los demás. Y así las pobres víctimas son las que tienen una amistad sentimental o las flirteadoras, es decir las que han sido tan honestas que, hallándose tentadas, han hecho de un probable y peligroso amor una amistad; o reducido a pasajera emoción la fuerza del instinto y la necesidad sentimental.

Itúrbide quedó silencioso un instante y agregó:

—Nuestra sociedad está llena de amistades sentimentales. Cobardía de las mujeres o de los hombres: temor excesivo al anatema social. O fuerza de voluntad en las mujeres, para detener el peligroso avance. A veces es la inhabilidad de los hombres lo que impide llegar al perfecto amor. De todas maneras, es indudable que hay un número infinito de condenadas injustamente. ¡Pobres mujeres! Yo he visto llenarse de lágrimas los ojos maravillosos de Hortensia Almagro, cuando me hacía el relato de sus sufrimientos. Altiva mujer, mil veces superior a las famosas mujeres del hogar antiguo. Estas, si eran calumniadas, se humillaban o se volvían hipócritas. Hortensia, como todas las mujeres independientes de esta época de transición, tiene que pagar a muy alto precio su derecho a la libertad. Más adelante, de aquí a diez años, el tener amigos, el hablar con ellos largamente y aun el salir con ellos, serán actos inocentes, no criminales como ahora. Pero mientras tanto, las que van abriendo los nuevos caminos, las que se sacrifican por sus hermanas,

son víctimas de la calumnia y, por consiguiente, infinitamente desgraciadas.

Víctor pensó en aquella lucha del espíritu estático y el espíritu dinámico. La moral vieja, el Pasado, se defendían, por los medios más viles, contra toda innovación. Pero era inútil. Y así como la fisonomía material del país se había transformado, así se transformaba también ahora su fisonomía moral.

*
* *

Uno que no comprendía las tragedias espirituales. Uno como tantos. No creía en ellas porque su escasa sensibilidad moral impedíale penetrar en ellas. Era el médico Gregorio Ercasty (*). Itúrbide se lo había presentado a Víctor en Mar del Plata. Una mañana, estando por almorzar los dos en el Jockey, le encontraron; Itúrbide le invitó. Era un hombre distinguido. Llevaba bien sus cincuenta años, no obstante el vientre respetable y la calvicie. Todo afeitado, tenía cierto aire de político yanqui. Le unía a Itúrbide una vieja amistad de familia. Itúrbide le quería mucho, pero se complacía en burlarse de él. Ercasty no carecía de espíritu y manejaba la ironía y el sarcasmo con habilidad.

Apenas se hubieron sentado cayeron dentro del tema que obsesionaba a Buenos Aires. Ercasty, que tenía un cierto espíritu de campanario, decía a Víctor que no creyese en las opiniones de Itúrbide, el cual procedía pésimamente al hablar de la sociedad en presencia de una persona que no era de aquí. Ante esta muralla china que el médico pretendía levantar frente a Víctor, los dos hombres sonrieron.

(*) *Nacha Regules.*

—Este mal sujeto — dijo Ercasty a Víctor, señalando a Itúrbide — le habrá dicho que aquí han cambiado las costumbres y las ideas morales. Lo único cierto es que ahora hay más locas que antes. Pero la antigua familia porteña sigue tan bien organizada como antes, con las mismas ideas que antes.

Para Ercasty, mentalidad simplista, la cuestión era bien sencilla: de un lado, las locas; del otro, las mujeres decentes. El incluía entre las primeras a las casadas que tenían amantes y aun a las que sólo flirteaban, a las chicas que salían con amigos o se dejaban besar, y a toda mujer, en general, que escapaba de las antiguas y rigurosas normas. Ercasty era chismoso como una mujer, y citaba nombres. Víctor, ante esta falta de caballerosidad y de hombría, comenzó a perder la paciencia. Itúrbide gozaba del espectáculo.

—Lo que ocurre — dijo el literato, muy divertido — es que este Gregorio no conoce el mundo. Ignora la psicología femenina, a la cual, por falta de matices en su sensibilidad y en su espíritu, no puede comprender. No ha tenido aventuras y practica la fidelidad...

—Porque soy un hombre decente, no un sinvergüenza como vos.

—No, hijo. Porque no puedes hacer otra cosa... Los dioses, o mi maestro Satanás, no te han dado el don de interesar a las mujeres y de conquistarlas.

Víctor y Eduardo reían. Ercasty siguió comiendo, como si tal cosa. Itúrbide, mientras Ercasty, que era un tragón, devoraba, explicó a qué errores conducía la ignorancia de la psicología femenina. Así, Ercasty y el mundo condenaban a la flirteadora, suponiendo que un simple coloquio sentimental conviértese forzosamente en pecado grave. Y no había tal. La flirteadora era casi siempre un poquito sensual, pero incapaz de apasionarse. Honesta en el fondo, se detenía en cierto momento. Le gustaba recibir homenajes, participar del juego peligroso, sentimentalizar, ver un poco de emoción en el hombre y emocionarse un poco ella también. Pero esa habilidad para cortar el flirt en el momento oportuno demostra-

ba su voluntad y su honestidad. ¿Qué le impedía dejarse llevar? Era más honesta que casi todas, pues se escapaba del fuego. Su honestidad tenía un valor, no como la honestidad negativa de las que no sentían el hombre o no fueron atacadas por un verdadero hombre de amor. El mundo veía lo exterior, el flirt, tal vez la mano que se entregaba; y ya lo suponía realizado todo. Era un concepto ofensivo para las mujeres.

—Las flirteadoras no se entregan casi nunca. Son mujeres deliciosas y peligrosas. Pero más peligrosas son las que están en sus casas, poniendo cataplasmas a los nenes y revisando la ropa del marido. Porque estas toman las cosas a lo trágico. Las flirteadoras no necesitan del amor porque no se aburren; la vida es un encanto para ellas, aunque suelen decir lo contrario, por exquisitez sentimental. Pero las caseras, en general, sufren de un espantable hastío. Como a todas, o casi todas, las mujeres de este tiempo maravilloso, las persigue la inquietud. Necesitan consuelo, ilusiones, ternura, escaparse siquiera por un instante de su vida monótona. Y si les ocurre, por desgracia o por suerte, que un hombre agradable y hábil les promete esas cosas, se dejan llevar por él.

Ercasty no aceptaba nada de esto. Para él no había sino su clasificación. O las absolutamente honestas o las fáciles. Y se indignaba contra Itúrbide, el cual, a su entender, las juzgaba a todas como a unas locas. Itúrbide protestaba por semejante palabra infame e intolerante, y decía que no debíamos acusar a nadie. Había cambiado la moral y las costumbres y nadie era suficientemente libre para escapar a las influencias generales que obraban sobre el ambiente.

—Pero vamos a ver — argüía el médico. — Cuántas hay...

Y citaba ocho o diez nombres de mujeres, a las cuales se les atribuían amoríos. Afirmaba que no había otras. Y esos diez nombres, y diez más que hubiese, ¿eran bastante para condenar a toda la sociedad?

—Es que este mal sujeto — vociferó Ercasty, entre

enojado y amable — cree que todas las mujeres son fáciles. Hasta de las niñas piensa mal. Y que vaya a un cinematógrafo a frotarse contra una vecina, a ver cómo le sale...

Itúrbide miró a Víctor y, sonriendo, dijo:

—Este Gregorio ignora las cosas más fundamentales en materia de psicología amorosa. Ignora lo que se encuentra en los manuales, en los libros clásicos que tratan del amor. ¿Cómo a esta altura de su vida y de la civilización puede no saber que son escasos los seductores, que no todos influyen sobre todas las mujeres y que aun los que influyen sobre ellas necesitan de habilidad y de la complicidad del momento oportuno?

—A ver, a ver — dijo alguien sentándose a la mesa con ellos.

Era Ruiz de Castro, elegante y amable como siempre, y con su aire algo enhiesto y donjuanesco de siempre (*). Como Ercasty, llevábale a Itúrbide cerca de diez años. El literato, limitándose a estirar la mano al recién venido, continuó, sin interrumpirse:

—Precisamente estoy por escribir un artículo sobre el conquistador. Esta palabra ha sido desacreditada, no sé si por la envidia de los hombres o por el rencor de ciertas mujeres que se llaman a sí mismas virtuosas tal vez porque jamás un verdadero conquistador se dirigió a ellas. Pero llamémosle conquistador, ya que no disponemos de otra palabra, no pudiendo traducir el exactísimo *homme a femmes* de los franceses. Bien; el conquistador es uno de los seres más extraordinarios que existen: es tan extraordinario como el artista o el santo. Es un elegido del Destino. ¿Quién conoce mejor que él la vida y el alma humana? ¿Qué tratadista de psicología ni qué autor de novelas penetró tan hondamente como él en los espíritus femeninos? El tiene la ciencia de la vida, y no la aprendió en parte alguna sino que nació con ella. Posee el don del caudillo y del político: la oportunidad. Los simples mortales, los que no interesan a las mujeres, no

(*) *Nacha Regules.*

saben cuándo es el instante de tomar la mano, ni el instante del beso, ni el de obtener la cita. Son inhábiles para todo; dejan ver la emoción cuando hay que ocultarla, y la ocultan cuando hay que hacerla valer. No saben conseguir la cita, si es que han llegado hasta ese punto. No saben hacerse amar, si es que logran a la mujer que pretendían. Si un hombre cualquiera tiene aventuras sin amor, como las de los médicos, los políticos de prestigio y los escritores famosos, ese hombre no deja huella en el alma de la mujer que fué hacia él. De este pobre hombre, que resume la mayoría absoluta de las personas de nuestro sexo, las mujeres se defienden fácilmente. Pero del conquistador no pueden defenderse. Y es que el conquistador, lejos de perseguir a todas las mujeres, como cree el vulgo, sólo se dirige hacia aquellas que están dentro del radio de acción de su espíritu, hacia aquellas con las cuales, según adivina, tiene afinidad. El sabe por instinto cuál mujer le amará y cuál no. Y va derecho al triunfo. Y es inútil que la mujer elegida por él pretenda resistirle. Hablará una vez con él y quedará inquieta, perturbada. Cuando él le tome la mano lo hará con tanta seguridad, oportunidad y sencillez que ella no podrá oponerse. El beso no lo pedirá ni lo robará; dejará que llegue solo, y si está de humor aprovechará el instante y si no lo está lo dejará pasar, pues a él le sobran mujeres. Si ordena una cita, porque él no ruega, sino que ordena, su dama le obedecerá confiadamente. Es singular esta ilimitada confianza de las mujeres en el hombre de amor. ¡Y cómo las atrae! Las mujeres van hacia él sin saberlo y sin buscarlo. Por esto no son siempre durables sus amores. No es que él persiga a todas las mujeres: es que las mujeres van hacia él. Y como él es un curioso de psicología femenina y un artista inquieto, no un sensual, renovará su elenco fácilmente. Pero eso sí: cuando el amor ha perdurado algún tiempo, ese hombre habrá penetrado en lo hondo del alma de la mujer que le amó, y le habrá dejado, para toda la vida, el signo de su espíritu y de su personalidad.

—Ahí tienen un conquistador, el terror de los maridos, —dijo Ercasty, que oía con curiosidad pero sin creer

en nada de eso, medio en serio y medio en broma, y señalando a Ruiz de Castro.

Ruiz de Castro, encantado, reía. Pero Itúrbide, ante las protestas del aludido y las sonrisas de los otros, dijo:

—No es un hombre de amor, un conquistador, el que galantea a todas las mujeres. La mejor prueba de que un hombre no tiene amores ni interesa a las mujeres es la de que les hace el amor a todas. El conquistador no pierde su tiempo en juegos fútiles. No flirtea sino excepcionalmente, y para él el flirt: o se convierte en amor o cesa pronto. Respeta el amor, creyéndolo lo único bueno que hay en la vida. No refiere sus amores, y si lo hace será callando los nombres; don Juan es un gran caballero, un espíritu generoso y el prototipo del Hombre. Y en ningún caso se alabará de las pequeñas ventajas, pues no ignora que ellas nada significan. Solamente los inhábiles y los inexpertos pueden creerse triunfadores por una mano que se les abandonara o por un beso que lograron.

—Pero acá no hay verdaderos conquistadores — objetó Ruiz de Castro. — Nosotros no somos sino dilentantis. Tú mismo, que te crees un maestro, habrás fracasado alguna vez.

—Sí los hay, sólo que no abundan entre los hombres de nuestra condición social. Sin contar con que en esto, como en todas las cosas, hay grados. Unos, poseen el genio del amor; otros, sólo un poco de genialidad. Hay quienes tienen talento; hay otros perfectamente estúpidos. Todo es cuestión de sensibilidad. Y así como existe una sensibilidad musical o pictórica, según la cual pudiéramos clasificar a los hombres, así también existe una sensibilidad para las mujeres y el amor. En el conquistador de genio la vocación se manifiesta desde la adolescencia, como toda verdadera vocación. El no fracasa jamás. Sus conquistas son fulminantes. Y entre un coro de suspiros femeniles va envejeciendo, es decir envejeciendo exteriormente, pues en su alma es perenne la juventud. Para estos hombres peligrosos el amor es todo en la vida. Yo conozco uno que se escribía con una muchacha de Bolivia. Es un simple empleado, pero, como se da entero en

el amor, se fué hasta Bolivia para encontrar su bien. En otros hombres la aptitud de amar y ser amados es menos franca. Y hay otros cuyo don se mantiene oculto durante años y sólo se manifiesta con el contacto de la vida.

Víctor interrumpió para decir que él conocía muchas historias de mujeres que se insinuaron a los hombres y aun que fueron audazmente hacia ellos, sin contar con la facilidad con que otras aceptaban el amor. No el de cualquiera, claro estaba, sino el del hombre al que ellas creían poder amar. Y esa audacia, pues en todos los casos se trataba de mujeres audaces ¿no hacía inútil y fuera de tiempo al conquistador?

—Don Juan ha evolucionado, como todas las cosas — dijo Itúrbide. — Hace varios siglos debía valerse de artimañas y engaños, seducía a las muchachas, las robaba. Ahora los engaños son innecesarios porque apenas hay mujeres que necesiten ser engañadas. Tienen los ojos tan abiertos como nosotros. Pero el Don Juan moderno es, como el de hace siglos, el hombre que interesa a las mujeres, el hombre de amor. Cierto que ahora innumerables mujeres esperan o buscan el amor, que una vez que creen haberlo encontrado lo aceptan sin escrúpulos, y que otras se insinúan y declaran. Pero ¿con respecto a qué clase de hombres? Al conquistador, al Don Juan eterno, que sólo necesita de su presencia, o de dejar ver su espíritu, para enamorar a las mujeres. Los raptos son innecesarios porque hay cinematógrafos, confiterías, plazas lejanas y *garçonnieres* o *chambres garnies,* cuando no vulgares posadas. Las escaleras por donde don Juan trepaba para encontrarse con su amada han sido sustituídas por los automóviles con las cortinillas bajadas, lo cual, aunque no tan poético, es más práctico y menos peligroso. Don Juan existe y existirá siempre. Eso sí, se ha transformado. Se ha vuelto curioso de psicología, ha perdido un poco de sensualismo, si es que fué sensual alguna vez, y ha adquirido un romanticismo elegante y modernísimo.

Ercasty, que era hombre de ideas fijas y que, en su dogmatismo, ignoraba el arte de discutir y argumentaba

repitiendo sus afirmaciones, volvió a machacar que las mujeres distinguidas que tenían amantes no pasaban de veinte o treinta. Y como una comadre vulgar, analizaba nombres. Itúrbide insistió en que los casos individuales carecían de importancia, como carecía de importancia el hecho de que la mujer llegase o no a entregarse por entero. Lo importante era la transformación de las ideas morales. Esta transformación se veía en todas las clases sociales y en todas las gentes. En ciertas personas manifestábase en una tolerancia que antes no existía; en otras, en una gran audacia de ideas; en otras, en el flirt o el amor prohibido. El sabía de una muchacha llena de escrúpulos que hacía cinco años consideraba acción pecaminosa la de tocar un tango en el piano; ahora lo bailaba.

—Yo no digo que sean innumerables las mujeres que tienen o han tenido un amante, sino que son innumerables las que pueden tenerlo.

—Pero, ¿cómo me explicas, calumniador, que una mujer fundamentalmente honesta llegue a pecar?

—Es cosa muy sencilla — contestó Itúrbide. — Supongamos una mujer casada, bonita y sana. Hay un momento en la vida de toda mujer casada en que el marido, en cierto modo, la abandona; es cuando él alcanza el apogeo en su carrera, sea negociante, político o profesional. Esto sucede cuando el marido tiene entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Ella, como es natural, se siente sola. Ve que su marido la descuida o la olvida, lleno de preocupaciones como se halla. Y no ha dejado de advertir que el marido ya no busca el placer en ella con la asiduidad y el entusiasmo que en otro tiempo. Si esta mujer honesta, cuyas desilusiones, tristezas y deseos insatisfechos se advierten en los ojos, no se encuentra con un hombre que guste de ella y que sea interesante y hábil, continuará siendo honesta. Pero supongamos lo contrario. Supongamos que esa mujer conoce a un hombre que se enamora de ella, el cual es hábil e interesante. Este hombre de amor, psicólogo práctico, probablemente, verá en los ojos de esa mujer, y en sus palabras y hasta en sus gestos, sus desilusiones, sus tristezas y aun sus de-

seos insatisfechos. Esta mujer no ha caído de la luna. Vive en Buenos Aires y está sometida a todas las influencias del ambiente. El viento de paganismo ha soplado también dentro de su espíritu y su corazón. También ella quiere vivir y olvidar sus penas y su hastío. Mujer moderna como es, y que se cree sin prejuicios, no desdeña la amistad con ese hombre. Pero ella compara la frialdad del marido con la afectuosidad del otro, el abandono de aquel con las asiduidades de éste. Y como don Juan es más interesante, infinitamente más, y conoce sus penitas interiores y se le ofrece para buscarle un consuelo, y sabe decir cosas muy hondas y sabe inspirar una confianza enorme y es bueno y tan distinto de los demás (don Juan es siempre distinto de los demás), ella no tarda en amarle. Pero como es honesta, tiene miedo y remordimientos. La religión, si la sintiese de veras y la practicase con fervor, podría haberla salvado, pues, aparte de los consejos del confesor, ella crea un sentido especial que adivina el pecado desde muy lejos, cuando se está en tiempo de huir. Pero ¿cuántas mujeres conocen de veras y practican sincera y fervientemente la religión? Entonces don Juan, al saber sus temores y sus escrúpulos, le habla de amor espiritual. Le asegura que él no busca sino un cariño puro... Don Juan posee una elocuencia formidable para con las mujeres, y la deja convencida. Y por ese camino del amor espiritual una mujer llega a consentirlo todo. El amor espiritual suele ser el pretexto de las mujeres honestas para ir transando lentamente. Hasta que un día cae la ficción, cuando la mujer ya está enamorada y el corazón y el instinto son más fuertes que la voluntad. Y una vez enamorada, Don Juan sabrá hacerle aceptables las primeras citas. Cierto que pudiera desconfiar, pero es cosa probada que las mujeres, enamoradas o no, nunca desconfían de Don Juan. Don Juan le hará ver que lo blanco es negro, y que el pecado es virtud.

—Se ha olvidado de algo importante — dijo Ruiz de Castro — al detallar el proceso de la caída de una mujer

honesta. Y es que el primer corruptor de las mujeres suele ser el marido.

—No puse sino un ejemplo, pues los sistemas de don Juan son infinitos, uno para cada mujer. Pues claro que tienes razón. Esos muchachos más o menos calaveras, que se sienten orgullosos de pasar por farristas, son los maestros del adulterio de sus mujercitas. Si influyen sobre ellas es para enseñarles el significado de cuanta palabra obscena existe, para llevarlas a teatros adonde no deben ir, para referirles todos los cuentos verdes que conocen. Si andan por París, las conducirán a los cabarets. Llegarán hasta iniciarlas en las complacencias, y a fuerza de contarles los amoríos, no siempre auténticos, de otras señoras, las habituarán a un orden de ideas y de costumbres que facilitará la futura obra de don Juan. Estos mismos maridos suelen divertirse con cocotas o dejar solas a sus mujercitas mientras ellos juegan en el club.

—¿Y las solteras? — exclamó Ruiz de Castro. — Yo no puedo explicarme por qué razones y de qué modo llegan a ciertas cosas muchachas bonitas, de posición y que seguramente se casarán.

—Para comprender el proceso de la caída de una chica en esas condiciones habría que ser un fisiólogo y un psicólogo. La curiosidad, la necesidad de íntima ternura, el instinto de independencia o de rebelión contra los padres, la atracción del misterio y del peligro, y en fin algo que les cosquillea en todo el organismo y que ellas no saben definir, las conduce frente a don Juan. Luego vienen las primeras sensaciones, turbadoras y atrayentes: los temas arriesgados de la conversación, la mano que se da, los rostros demasiado cerca, el brazo masculino sobre el hombro. ¿Cómo resistir? ¿No afirma don Juan que todas lo hacen? ¿Y acaso ella no va a saber defenderse si llega un momento de peligro? La infeliz confía en su voluntad, y hasta se imagina que ella le domina a don Juan porque le ve suspendido de sus encantos. Y acepta el encontrarse a solas con él. Está loca por saber, ávida de sensaciones; y al mismo tiempo teme. Pero ya ella le detendrá a don Juan si es que se excede, cosa que él no hará con ella porque

es un caballero y la quiere. Para don Juan la dificultad está en consentir este primer encuentro a solas. Asegura que sólo quiere estar tranquilo con ella, sin peligros, sin que nadie pueda interrumpirles. ¿Y cómo puede una no creer en un hombre tan caballeresco y que inspira tanta confianza? ¿Acaso no ha demostrado ya, varias veces, que es merecedor de esa confianza? Pero don Juan no abusa de su situación. Como es un artista, se complace en los casos difíciles. Quiere convencer a su niña. Así al pasar, como quien lo cuenta sin segunda intención, ha referido algo de lo cual la niña puede deducir que don Juan es hombre precavido y que jamás la pondrá en ningún peligro. Y otra vez ha dicho claramente, o dejado entrever, que ahora las chicas pueden divertirse cuanto quieran, pues hay procedimientos admirables para hacerlas llegar al matrimonio, después de haber pecado, casi como estaban al salir del vientre de sus madres. Y como al mismo tiempo las sensaciones se multiplican, y don Juan no parece peligroso, y la curiosidad es ya terrible y la sangre arde en las venas, llega un día en que, sin darse cuenta exacta de lo que hace, cediendo apenas un poquito más, en una oscuridad y una embriaguez en las cuales casi no se reconoce, se entrega.

Hubo una larga serie de comentarios. Ercasty protestaba y seguía empeñado en citar nombres. Ruiz de Castro refirió, pavoneándose, una conquista suya. Víctor pensaba en Marta y en cómo él había hecho con ella, exactamente, todo cuanto decía el psicólogo, salvo que falló en los momentos finales, tal vez por mucha voluntad de ella y por su inhabilidad de inexperimentado don Juan. Y después de largo paréntesis de charla, Itúrbide prosiguió:

—De cualquier manera, y volviendo al tema, es indudable que ni aquí ni en otras partes existe lo que el vulgo llama honestidad. Las mujeres no son en general ni honestas ni deshonestas. Son nada más que mujeres; seres de carne y hueso, con un corazón, con sentidos, con deseos, con alma e imaginación, lo mismo que los restantes seres humanos. Sometidas a las circunstancias, apenas tienen libertad. Las mujeres de mayor pureza de alma pueden enamorarse y pecar. La honestidad no es, en la

mayoría de los casos, sino el resultado de unos cuantos prejuicios que les han inculcado desde la infancia. Si en vez de esos les hubieran inculcado otros distintos, ya no serían honestas. La honestidad es una cosa artificial.

—¡Eres un calumniador! — vociferó Ercasty. — Hay infinidad de mujeres que fueron tentadas y supieron resistir y vencer.

—¿He dicho lo contrario, Gregorio? Yo sólo he dicho que en materia de amor no hay honestidad, sino hombres y mujeres que se gustan o no. Y por esto, si yo hiciera el amor a una mujer casada, satisfecha enteramente de su marido, me pondría en ridículo. Pero ella no me rechazaría por razones de honestidad, sino por la razón muy humana de estar contenta con su hombre.

—Sin embargo, hay mujeres que están mal con sus maridos y les son fieles, — afirmó Ercasty.

—No les habrán hecho el amor.

—Hay casos en que sí...

—Sería una mujer sin temperamento, sin inquietudes o sin curiosidad. O alguna a la cual se le presentó la tentación encarnada en un satanás tonto o aprendiz que, al chocar con las primeras defensas puestas por la dama, las tomó en serio y abandonó el combate. O tal vez el galán no interesaba a esa mujer, o era uno de los infinitos excluídos, o bien un conquistador que se equivocó dirigiéndose a una mujer que no era de su radio, o que cometió alguna grave chambonada. Un hombre puede perder una aventura por un error de táctica. Por ejemplo. abuso de pequeñas caricias que le hacen disminuir la influencia que debe conservar íntegra para el momento oportuno; o dejar ver su juego; o mostrarse bajo un aspecto que a esa mujer le es antipático; o irresolución, cuando hay que ser resuelto.

—Pues estás equivocado — sentenció el médico. — Hay mujeres que son fieles a su marido y que, sin embargo, quieren a otro. No conoces a las mujeres. Eres simplemente un literato.

Todos rieron. Sabían a Itúrbide un profesional del amor y a Ercasty un analfabeto en la materia.

—Lo que veo — insistió Ercasty — es que tú niegas

la responsabilidad. Y después pretenderás considerarte idealista. Esas opiniones tuyas reflejan un grosero determinismo. Para tí, un hombre o una mujer, en tales circunstancias, debe fatalmente hacer tal cosa, no siendo libre de abstenerse. ¿Es que no aceptas el libre albedrío?

Itúrbide, como era de esperar, comprendió toda la fuerza de la argumentación de esas palabras. Y se puso serio, mientras vacilaba en su respuesta.

—No, yo no niego en absoluto la responsabilidad, pero la reduzco al mínimo. Algunos seres humanos habrá capaces de no dejarse dominar por las circunstancias. Pero insisto en que una mujer, por pura y honesta que sea, no resistirá si todas las circunstancias están en contra suya. Supongamos, por ejemplo, una mujer casada, cuyo marido reune todas las condiciones del perfecto canalla. Supongamos que esta mujer no tiene religión, ni hijos, ni padres. Supongamos que las circunstancias de su vida facilitan que su atacante la vea y hable con ella. Y supongamos, por fin, que el perseguidor no es Gregorio Ercasty, de la Congregación de San Luis Gonzaga, ni el bello Ruiz de Castro, conquistador de *doublé,* sino el propio vizconde de Valmont, el más sabio, infalible y elegante de los conquistadores que en el mundo existieron. ¿Se escaparía esa mujer? ¿Sería capaz de resistir a ese satanás encarnado, que era Valmont?

—¡Ah! Si consideras la religión como una circunstancia — exclamó Ercasty, que era muy católico — no tengo nada que decirte.

Discutieron acerca de la influencia de la religión sobre las pasiones. Ercasty e Itúrbide la creían muy grande; Ruiz de Castro y Víctor, nula. Víctor recordó y citó el caso de Aurelia, sin nombrarla, naturalmente. Pero recordó también, aunque sólo para sí, a su hermana Virginia, verdadera mujer fuerte cuyas virtudes derrumbaban las construcciones psicológicas del novelista. Cuando hubieron discutido bastante, Itúrbide dijo a Ercasty:

—Mira, moralista a la fuerza: si no caen más mujeres es por falta de hombres. Unos carecen de audacia, otros de habilidad, otros de salud, otros de dinero para alqui-

lar siquiera *une chambre garnie* o para el automóvil. A tal sujeto le sobra orgullo o le falta simpatía comunicativa. Otros son feos de fealdad enfermiza o repugnante, o demasiado bonitos y afeminados o demasiado tontos. Y no nos olvidemos de los que perdieron sus energías.

Hubo una larga risa, acompañada por aprobaciones verbales o silenciosas.

—En estos tiempos — continuó el novelista — los hombres que han pasado de los treinta y cinco años, la edad más propicia para las aventuras por la seguridad que uno adquiere, padecen de una doble incapacidad de amar: moral y fisiológica. ¿Por qué? La vida agitada, las nerviosidades, los vencimientos... Cuando un hombre tiene un vencimiento de por medio y aun no sabe cómo levantarlo ¿no es lógico que esa preocupación absorbente le reste energía viril? Y el vencimiento es la tragedia de los argentinos.

Después de algunos comentarios risueños y chistosos, Itúrbide dijo:

—Nosotros nos reimos... Y sin embargo, nada más trágico que la disminución o la pérdida de la virilidad. La caravana de los tristes que ya apenas son hombres es infinita en Buenos Aires, infinita. Hay que hablar con los médicos para saberlo.

—Y con las mujeres, — agregó Víctor.

—Y con los vendedores de fajas eléctricas y de Hiperbiotina Maleschi — completó Ruíz de Castro.

Hubo largas risas. Itúrbide continuó:

—¡Es trágico! Son innumerables los pobres infelices que se suicidan por eso, ya quitándose la vida o dándose al alcohol o a la morfina. E innumerables las mujeres que, obligadas a las complacencias, toman repugnancia a sus maridos y les son infieles. ¡Trágico, horriblemente trágico!

—¡Exageras como siempre, literato! — exclamó Ercasty. — ¿Quién te va a creer que en un país joven...?

—La juventud nos lleva a la necesidad y la fiebre de la acción, y la excesiva acción, por no estar preparados para ella, nos conduce a la neurastenia.

—No, eso no — protestó Víctor.

El no podía creer en este efecto pernicioso de la acción. Y atribuyó el cansancio fisiológico de los hombres, así como la amoralidad que predominaba entre ellos, a la excesiva frecuentación de las prostitutas. En Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos, abundaban los hombres que no habían tenido comercio con esas mujeres que, sin saberlo o sin quererlo, todo lo corrompían. En Buenos Aires, habituados los hombres desde los quince años a la variedad sin amor y a las iniciaciones viciosas, pronto necesitaban de las degradaciones excitantes. Y esto sí que era trágico sobre todo para la moral y la salud del país. Si alguna vez llegaban esos hombres a amar, el amor podía salvarles. Sino, los cuarenta años les alcazaban gastados, corrompidos y sin haber sabido lo que era el verdadero amor.

—Ha tocado usted un tema trascendental — dijo Itúrbide. — Y la causa de esa frecuentación del lupanar está en la falta de vida sexual. Es un fenómeno que también ocurre en España, y del cual habla Pío Baroja en no recuerdo cuál de sus libros. Allí como aquí es aterrador el número de los hombres que no tienen la menor relación con las mujeres y que jamás han conocido ni conocerán una aventura. Por eso se hacen clientes del vicio, y por eso siguen a las mujeres por las calles, las piropean estúpidamente, les hacen proposiciones a boca de jarro, las rozan y tocan en los tranvías, y, en plena calle, hacen chocar sus brazos con ellas, como al descuido. En los barrios lejanos, llegan algunos sujetos a asaltar a las mujeres o a acercárseles en actitud obscena. ¡Canallas! Pero en Francia, en Inglaterra, en los pueblos civilizados, no pasa eso. Allí hay vida sexual. Un humorista español dice que en su país uno se pasa hasta cuatro años sin hablar con mujer ninguna. Aquí les sucede lo mismo a millares de empleados, de estudiantes, de pobres diablos... Y eso también es trágico. ¿No les parece?

Itúrbide habíase entristecido. Los demás callaban, serios. En el silencio, Víctor dijo, con expresión un tanto dolorida:

—Horriblemente trágico. ¿Recuerda, Itúrbide, nuestra conversación del otro día? Ahora acabo de comprender sus palabras cuando hablaba usted de las tragedias espirituales, de las tragedias originadas por el amor o por la falta de amor. Si, es indudable que bajo cada techo hay un drama interior.

*
* *

—Muchas veces — dijo Rauch a Víctor — siento nostalgias de nuestro pueblo. Buenos Aires es una ciudad cruel. Aquí no existe la amistad, que es lo mejor de la vida. Nosotros mismos, ya casi no nos vemos. Y no es la culpa tuya ni mía, sino de las distancias, de las ocupaciones... ¡Terrible cosa es en Buenos Aires el trabajar! Te aseguro que en ocasiones me siento solo, pero muy solo. Me falta conversación. ¿Y cuándo se conversa en Buenos Aires? Los hombres nos juntamos con amigos para ir al teatro; para jugar, los que juegan; para alacranear frente a un vermut; en el mejor de los casos para picotear superficialmente. Buscamos siempre el agruparnos en rueda, y la rueda es el enemigo de la verdadera conversación.

—Lo peor — agregó Víctor — es que aquí no sabemos conversar. Ignoramos, en general, el modo de llegar a los temas que nos interesan. Nuestros únicos guías son los diarios. Si no existiesen diarios, seríamos mudos. Por este motivo, tal vez, poseemos los mejores diarios del mundo.

—Eso es verdad. Y por eso, porque no sabemos hablar, sólo decimos futilidades. No hay conversación, y sin conversación no puede haber ni amistad ni verdadera vida social.

—En los países civilizados — dijo Víctor — todo el mundo, hasta el último pobre diablo, tiene su vida social. Aquí, no. Aun los que andan entre bailes y fiestas carecen de verdadera vida social porque no conversan. Lo

importante es conocernos los unos a los otros, comprendernos, consolarnos de nuestras tristezas. Sin amistad y sin conversación tenemos que sentirnos en una espantosa soledad. Sólo la conversación nos hace felices. Para el que se siente solo, el teatro, el baile, el picoteo y las fiestas, no le sirven de nada. Si no ha tenido ni un instante de esa conversación en la cual dos almas se acercan y se comprenden, al salir se sentirá tan solo como al entrar. Pero si ha encontrado un espíritu fraterno, si los dos han mostrado deseo de comprenderse, si los dos han revelado siquiera una intención de confidencia, aquel que se sentía solo se sentirá entonces feliz.

Después de un rato de silencio, Víctor dijo:

—Debe haber mucha gente en Buenos Aires, pero mucha, que sufre de soledad espiritual.

—Hace pocos días — interrumpió Rauch — una muchacha inteligente, profesora, me decía: nosotras tenemos una gran ansia de vivir y un enorme hastío. Después convino en que la causa de ese hastío era la falta de amistad y de confidencia. Las muchachas quieren ser comprendidas, y no hay nadie que verdaderamente quiera comprenderlas. Esta muchacha de clase media me aseguraba que entre ellas la soledad asumía formas trágicas.

Víctor quedó pensando en la dificultad de encontrar un verdadero amigo. Dentro del mismo sexo, era casi imposible la confidencia. Hay cosas que un hombre jamás las contaría a otro hombre, como hay cosas que una mujer no revelaría nunca a su mejor amiga. La confidencia y la comprensión profundas sólo son posibles entre personas de distinto sexo. Pero entonces la amistad acaba, irremediablemente, por convertirse en amor. Víctor recordaba sus dos casos: el de Clota y el de Marta, los cuales comenzaron por la amistad. ¡Triste destino, fugaz destino el de este bello y humano sentimiento, tan bello y tan humano como el del amor! Apenas dura un instante. Y si viene a nosotros es, casi siempre, para dejarnos más solos. ¡Oh tristeza de la soledad espiritual! ¡Oh trágica tristeza de sentirnos aislados, encerrados en nuestro "yo", en medio del maravilloso, del infinito Universo!

X

ELSA O EL AMOR INTELECTUAL

Es la fugacidad de las cosas lo que hace el encanto y el consuelo de la vida. Ese continuo pasar se lleva, es cierto, los placeres, aun los más hondos y más íntimos; pero también nos quita los sufrimientos, aun los más tremendos. Mas si los placeres y la felicidad duran poco, nos queda siempre el recuerdo, que es como estar creando incesantemente, a nuestro gusto, el encanto de aquellas cosas idas. El recuerdo es el más sutil aroma de las cosas, su quintaesencia; y si es verdad que también recordamos nuestras penas, no es menos verdad que el recuerdo les suprime su acción maléfica, pues las trae envueltas, casi siempre, en melancólica y dulce poesía.

Este dinamismo de las cosas se halla de acuerdo con nuestra humana condición. Transitorio como es el hombre, ha sido hecho para lo efímero y lo fugaz. La inmutabilidad de las cosas, así fuese de nuestras felicidades, haría imposible la vida. Para que los sufrimientos puedan irse de nuestro ánimo con la misma facilidad con

que vinieron, es preciso que ocurra con los placeres lo propio. Además, no hay felicidad cuando no ha habido penas. ¿Pues qué otra cosa es la felicidad, sino la ausencia de dolor? Por lo menos es evidente que para sentirnos felices necesitamos comparar, y la comparación implica la fugacidad de las cosas.

Pero aun la conservación de la dicha exige aquel flujo y reflujo del momentáneo encanto y del placer efímero. Así cuando amamos, la temperatura del amor no se mantiene siempre en el mismo grado. El temor de perderlo acrecienta el afecto, y pocas cosas nos encumbran tanto en el sentimiento como la falta cometida para con el ser que amamos. *Felix culpa...* Y cuando, por una rencilla o por otro motivo, hemos estado a punto de quedarnos sin nuestro amor, ¡cómo somos felices al saberlo bien nuestro, en el maravilloso instante de la reconciliación!

Todo pasa en la vida porque todo debe pasar. Y he aquí una razón muy seria para que amemos la vida con fervor. La estabilidad de una situación del ánimo o de nuestra vida no puede constituir la dicha. Porque no hay dicha en la monotonía, en lo que hoy sabemos que sucederá mañana. La inmutabilidad de las cosas, al impedir lo imprevisto, acabaría con la curiosidad, con la esperanza, y, sobre todo, con las ilusiones. Y si tenemos ilusiones es porque todo es fugaz en nuestra vida. Todas las cosas pueden venir hacia nosotros, todas pueden volver hacia nosotros, precisamente porque andan en incesante dinamismo y van y vuelven a cada instante. Y si nos es dado soñar la felicidad es porque la sabemos accesible. Y ¿podríamos soñar si las cosas no fuesen fugaces, si una pena de hoy fuese pena para la existencia entera?

Víctor era atormentado como pocos. Cualquier trastorno sentimental, que a ningún otro hombre le afectaría, a él hacíale sufrir. Pero quizá por eso mismo el consuelo llegaba pronto. No era hombre de estabilizarse en una pena. Sabía su remedio para su dolor y lo aplicaba con la más pronta energía. La propia experiencia y la observación asegurábanle que el sufrimiento por una mujer

curábase con otra mujer. Y así no tardó en olvidar a Marta, del mismo modo que olvidara a Clota y a Aurelia. Quedábale sólo un vago, muy vago malestar que retornaba en ciertos momentos y que le producía un poco de desasosiego. De la única mujer que no lograba olvidarse enteramente era de Asunción. Su recuerdo se iba para volver muy pronto. Pero ahora era un recuerdo que no siempre le hacía sufrir.

Mientras tanto, el Destino le preparaba una nueva ilusión de amor. Y esta ilusión le hizo olvidar todos los recuerdos tristes. Ella dió momentos de ensueño al enérgico hombre de acción; se llevó, como un sol opulento, las pequeñas nubecillas grises que vagaban por su cielo; y alimentó aquella su fe, que por instantes vacilaba y se desvanecía.

*
* *

Había conocido hacía tres meses a aquella mujercita excepcional.

Fué en una fiesta maravillosa, una de esas fiestas que sólo son posibles en ambientes de cultura y de aristocracia. Los grandes potentados de las más poderosas naciones no podrían superarla con facilidad, porque todo había colaborado en su esplendor: la belleza del ambiente y la gracia de las mujeres, la fortuna y la distinción, la divina noche estival de Buenos Aires y las músicas argentinas que encantaban el aire.

Un señoril palacio a media hora de Buenos Aires, sobre el Plata sereno y uniforme. Dentro del palacio, viejos tapices, cuadros de los grandes maestros, luces, luces, luces... Fuera, una terraza mirando al río. A la derecha, muy lejanos, la extendida y larga sarta de brillantes y la polvareda luminosa de Buenos Aires. A la

izquierda, la costa que se desarrolla en suave curva, y la sensación de los pequeños pueblos. Hacia adelante, descendiendo, otra terraza más vasta todavía; y más abajo, jardines y arboledas. Al final, sauces sobre el río, inclinados hacia la tierra como una procesión de tristes seres que marchan hacia aquella agua sagrada para pedir la vida. Y en las terrazas y en las varias escalinatas de mármol, y en los vericuetos de los jardines, y en los caminos del parque inglés, parejas y parejas. Sonaban músicas por todas partes. En aparente contradicción con todo aquello, las melodías del arrabal se derramaban en la noche. Las cuatro orquestas apenas dejaban oir sino tangos. Pero no obstante el señorío del lugar y la distinción de las mujeres, aquellas músicas, lánguidas y sensuales, parecían acordarse absolutamente con todo: con la belleza de la noche argentina, con los ojos y el andar de las mujeres, con los aromas de las flores, con la sensación de misterio que enviaba el río, con el encanto de las suaves voces femeninas, con algo de muy nuestro, de muy argentino, que vagaba por el ambiente. Y para completar el cuadro, una enorme luna roja apareció al comenzar la noche. Y estallaban cohetes y los fuegos de artificio escandalizaron con su estruendo y sus efímeras luces la impasible, la melancólica quietud del Plata. Y voces plenas y acordadas, acompañándose de románticas guitarras criollas, cantaban unas canciones de la tierra que tenían ecos de viejas tristezas y de dulcísimas añoranzas.

Allí Víctor fué presentado a la encantadora mujercita que iba a ocupar un año de su vida. Elsa Brandán era un armonioso conjunto de exquisiteces. La belleza delicada de su rostro pálido y fino, de su sonrisa giocondesca, de sus ojos desmayados y celestes y de su rubicundez angélica; la elegancia de su figura y de su atavío, la gracia de su espíritu, la selección de su cultura, su talento, su buen gusto, su extraordinaria sensibilidad, competían mutuamente en sobresalir. Vestida para el *five o clock tea,* llevaba un negro traje apenas descotado, de falda más bien larga, de mangas cortas, de líneas amplias y ondulantes, de una sencillez toda modernidad y

sin más adorno que el cinturón de la misma tela y cuyos lazos, después de anudados con flojedad de elegante abandono, caían flotantes hasta más abajo de la falda. Un sombrero de encajes, de anchas alas, también negro, medias y guantes grises y un collar de grandes perlas, completaban aquella armonía en negro y gris.

Con ella bailó Víctor un tango, contempló la belleza de la noche, recorrió los jardines, oyó las canciones de las románticas guitarras criollas. Y habló con ella un largo rato. En ese estado de dicha y de sonrisa que precede al enamoramiento, o que es su principio, Víctor intentó colocar el primer jalón de su conquista. Pero ella era poco accesible. Las habilidades de confesor que tenía Víctor a veces, fracasaban con aquella mujercita reservada. Víctor la creyó tímida, y tal vez lo fuese. Porque había una contradicción visible entre la melancolía de su mirada en ciertos momentos y la felicidad que insinuaban todas sus palabras. Cierto que ella para nada recordó al marido, pero tampoco tuvo una palabra, ni media palabra, que revelase desilusión de la vida o descontento o pena. Víctor no logró obtener de ella la más mínima confidencia. No vió nada en ella que descubriese su temperamento o su vida interior. Sólo observaba Víctor que aquella mujercita delicada carecía de sensualismo. Era todo alma, probablemente; todo espíritu.

El, en cambio, y por provocar de parte de ella alguna confesión que les acercase, intentó hablar de las tristezas de su vida, de su soledad espiritual, del fracaso de su matrimonio. Pero Elsa no parecía interesarse. Sonreía, se asombraba exageradamente, interrumpíale con alguna frase amablemente irónica. ¿Sería, acaso, que juzgaba peligroso aun el solo oir aquellas confidencias? ¿O que, demasiado conocedora del mundo, no creía en ellas, tal vez por haberlas oído muchas veces? ¿O que su espíritu no estaba aquella noche propenso a la melancolía y a la piedad? ¿O más probablemente, que recelosa de las amistades masculinas tenía el pudor de sus sentimientos y no estaba dispuesta a exhibirlos ante el primer venido?

Era evidente, sin embargo, que Víctor le había re-

sultado muy simpático. Le escuchaba con deleite cuando no refería intimidades ni tristezas. Como ella no bailaba bien, dijo, excusándose, que había pasado de luto los últimos cinco años de su vida. Y a una pregunta de Víctor sobre sus ocupaciones, ya que el luto le vedara toda vida social, contestó que leía. Conocía bien el inglés y gustaba de los poetas ingleses. Admiraba a Ruskin y a Carlyle. Víctor, que dominaba ese idioma, no ignoraba a aquellos escritores. Pero también ella era lectora de los modernos novelistas y pensadores franceses. Víctor apenas conocía uno que otro nombre, pero sobre aquellos que había leído tenía opiniones personales que interesaban a Elsa.

Pero era preciso apartarse de aquella encantadora mujercita. Víctor la había llevado por los jardines, a fin de sustraerla a las solicitaciones de los que querían bailar con ella. Pero jamás aceptó sentarse con él, allí lejos de las miradas, demasiado apartados de la multitud. Inventaba ella pretextos para no sentarse, y le conducía a sitios más concurridos. Y de este modo, el espectáculo que ante sus ojos pasaba interrumpía la conversación. Aquí era un rincón del parque, allí el paisaje del río, en esta parte una pareja que bailaba el shimmy, en otra el son triste y melodioso de las románticas guitarras criollas.

Debieron apartarse porque ya el marido llegaba, sin duda buscándola. No hay en el mundo un hombre más celoso que el marido argentino. Debe ser un atavismo agareno. Todos los extranjeros ilustres que nos han visitado lo observaron con asombro. En otras sociedades, las mujeres casadas pueden hablar con los hombres cuanto quieran, bailar con ellos, tener amigos. Entre nosotros, apenas una mujer ha hablado media hora con alguno, ya aparece el marido, muy sonriente, a tomar parte en la conversación. El marido argentino, en las grandes fiestas, vigila a su mujer. Algunos les permiten bailar, pero ha de ser bajo su mirada celosa. En los últimos cinco años estas costumbres bárbaras, morunas, que implican un desconocimiento de la responsabilidad femenina y un primitivo y castellano amor propio, han empezado a cam-

biar. Alguien pretende justificar a estos maridos calderonianos, diciendo que se acercan a sus mujeres, no por desconfianza ni celos, sino porque las consideran incapaces de sostener una conversación sin decir tonterías e ingenuidades. Mala defensa, por cierto, pues los maridos saben que sus mujeres son más vivas e inteligentes que ellos y que tienen una mayor cultura general, por lo menos de esa cultura necesaria para las breves conversaciones de la vida social. No; ese modo de tratar a sus mujeres proviene de un concepto musulmán de sus compañeras. Las consideran seres inferiores, puro instinto, faltas de responsabilidad. Es un concepto español, antieuropeo y anticivilizado. Un concepto que sólo puede existir en un país donde han nacido los dramas de Calderón y de Echegaray o, como el nuestro, donde la barbarie de las leyes penales autorizan al marido para matar a la mujer adúltera.

Daniel Cienfuegos fué singularmente afectuoso con Víctor. Era buen mozo, corpulento y excelente muchacho. Pero tenía algo de basto, de vulgar. Hombre de negocios exclusivamente, no parecía el marido para aquella mujercita de tanta sensibilidad, cultura e inteligencia. Caminaron los tres un breve rato. El matrimonio iba a reunirse con otras parejas que les esperaban, en una de las mesitas aprontadas para la cena en los jardines. Víctor debió despedirse. Elsa le ofreció su casa, instándole a que los visitase. Y al alejarse de la maravillosa mujercita, verdadera flor de aristocracia, Víctor sintióse ya enteramente enamorado. Buscó un sitio solitario, y allí quedó, con la mirada en el río infinito. En ese instante, reanudaban sus melancolías las románticas guitarras criollas. Sus sones lánguidos, evocadores, suaves, hablaban de amores desgraciados, de desilusiones, de muy hondas penas y de aflictivas nostalgias. Víctor, temiendo un nuevo fracaso, sintió de pronto un extraño desasosiego. Parecióle que aquellas voces de la tierra le anunciasen un nuevo sufrimiento de amor. En el río, una enorme luna, todavía completamente roja, ya no era para él un bello detalle decorativo sino un presagio fatal.

*
* *

Itúrbide había también estado en la fiesta. Pero los dos amigos apenas tuvieron ocasión de hablar. Víctor, desesperado por oir algo de aquella personita que ya le tenía trastornado, buscó al novelista en su casa. Y juntos fueron a Palermo, en aquella tarde ardiente de Diciembre.

—Elsa Brandán—dijo el literato paseando con su amigo por la Rosaleda — pertenece a un tipo de mujeres todavía muy raro entre nosotros. En París, en el faubourg Saint-Germain, ha de haber muchas como ella. Aquí, sus hermanas espirituales constituyen una reducidísima minoría. Yo no la conozco mucho; ignoro por qué, no hemos hecho gran amistad. Ella me tiene simpatía y yo la admiro integralmente. Me parece una mujercita perfecta. ¡Qué linda, qué exquisita! Su sensibilidad es tan sutil y tan alerta, como es seria su cultura. Y a sus encantos excepcionales, se agrega el de no ser una perfecta mujer mundana. Ha conservado una cierta ingenuidad de niña, el don de la admiración y del azoramiento. Carece de esa amabilidad ficticia de las gentes demasiado sociables. Elsa no le hará a usted ningún elogio. O si lo elogia no será en proporción de su opinión verdadera. Y no es que calcule. Es que habla por abundancia del corazón. Habla para decir algo. ¡Qué lejos del clásico botaratear de las muchachas criollas! Aquí hay mujeres, y usted conocerá algún ejemplo, que pasan por inteligentes, sin serlo. Son apenas vivas. Charlan como cotorras, opinan sobre todas las cosas opinables y sin saber nada de nada. Quieren enterarse a medias, sólo a medias, de autores y de libros, de artistas y de doctrinas, nada más que para lucirse, o para no hacer mal papel. Elsa, no. Ella tiene un verdadero amor por las cosas intelectuales,

una admirable curiosidad. No habla sino de aquellas cosas que conoce, y no opina sino cuando puede dar una opinión propia e interesante. Tiene aptitudes para muchas cosas: toca el piano, pinta, escribe versos en francés. Y todo lo hace con el más exquisito gusto. Pero no la crea usted una letrada. Al contrario, como usted no le saque ésos temas e insista mucho, ella no dirá una palabra de ellos. Su reserva no es sino el resultado del pudor de sus sentimientos.

—¿Qué impresión le habré hecho yo? — preguntó Víctor, con una sonrisa triste entre los labios, con el temor de haberla decepcionado. — ¿Usted habló con ella?

—Puede usted estar muy contento. Elsa es la persona más exigente para juzgar a los demás, y no da su amistad sino a aquellos que se encuentran en su misma altura espiritual. Hay que valer mucho para ser amigo de esa mujercita. Con usted ha simpatizado extrañamente. Había oído su conferencia sobre las mujeres y la guerra y tenía deseos de conocerle.

—Pues no me dijo una palabra...

—Así es ella. ¿Y sabe por qué nada le ha dicho? Por timidez y por un poco de desconfianza. No de usted, sino de sus sentimientos y opiniones. Decirle a usted eso, es para ella hacer un gran elogio; y no lo arriesgará sino en la certeza de que usted lo merece.

—¿Y el marido? — preguntó Víctor?

—Un mastodonte. Yo no comprendo cómo una mujercita tan delicada y tan sensible ha podido casarse con semejante animal. Cienfuegos es un buen hombre, pero... Dicen que entiende de negocios. A mí parece un asno, sencillamente. En fin, es una pareja absurda, como tantas que andan por ahí.

Víctor compadeció a Elsa.

—Hace bien en compadecerla. Yo la creo muy desgraciada. La humanidad no comprende que pueda haber infelicidad en la fortuna, el lujo, los placeres, las fiestas. Elsa tiene todo lo que quiere, y el marido es bueno con ella. Y sin embargo, a ella le falta algo esencial: un ambiente digno de sus méritos. Ella es una mujer que de-

biera andar entre artistas, hombres de pensamiento, espíritus superiores. Y está condenada a soportar las necias charlas insustanciales de nuestras mujeres. Porque las mujeres son interesantes cuando hablan con los hombres, con ciertos hombres, con aquellos que sabemos encontrar los temas de diálogo íntimo y les llegamos al corazón con nuestras palabras. Pero entre ellas, son en general mediocres y tontas. A Elsa le interesan las ideas, y tiene que oir el vulgar comadreo familiar. Imagínese usted, Urgel, en una rueda en que sólo se hable de tal o cual persona, se cuenten cuentos, se hagan unos a otros bromitas, se comente sin originalidad a un célebre tenor y se digan en media hora mil lugares comunes. Y eso todos los días, siempre, fatalmente siempre. ¿No sería espantoso? Pues ese es el ambiente en que vive Elsa Brandán. Claro es que de todos esos temas puede hablarse en forma interesante. Una persona de espíritu encuentra asunto en cualquier tema. Pero usted bien sabe que entre nuestras mujeres, tan sensibles y encantadoras, no abunda precisamente el espíritu. Hablar de los demás es para un psicólogo, para quien se interese por el alma humana, un tema admirable. Pero a ese tema las gentes vulgares lo convierten en simple alacraneo. Comentar lo que el mundo llama un escándalo es lo más interesante que existe, cuando se indagan las causas, se penetra en las psicologías, se trata el tema con hondura. Pero no cuando se toma el escándalo para criticar sin piedad o hacer chistes groseros. Nada hay tan apasionante como el alma humana. Entre el espectáculo de un paisaje maravilloso y el de una mujer que llega a la tragedia a fuerza de sufrimiento y de amor, yo prefiero el último. Pero a las gentes no les interesan las almas ni las pasiones, salvo a algunas mujeres, y con éstas, en un ambiente criticón como el nuestro, sólo se puede hablar de semejantes asuntos en la confiante intimidad, siempre tan difícil de conseguir. Por eso, las mujeres como Elsa son aquí desgraciadas. Las rodea la soledad y la ñoñez.

—Siempre estamos solos en nuestra vida. ¡Es tan imposible salir de nuestro yo!

—Sí, pero hay grados de soledad. Estas mujeres excepcionales debieron nacer en un ambiente de gran cultura, entre la aristocracia francesa, por ejemplo. Aquí se encuentran *deplacées,* y viven desorientadas, incomprendidas, temiendo pronunciar cada palabra y sufriendo por cada palabra que oyen. Yo las compadezco, ¡pobrecitas!

*
* *

Víctor volvió a verla en Palermo varias veces. Era a la hora del paseo. Ella iba con alguna amiga; Víctor solo o con Itúrbide. Bajaban de sus carruajes y caminaban por las veredas del parque. Gustaban pasear siguiendo el lago, y a veces, apartándose, permanecían un instante en alguno de esos poéticos rincones en que la tierra forma como un pequeño balcón entrando en el agua y bajo algún gran árbol protector, rincones que parecen haber sido hechos con poética ternura para la intimidad sentimental de los enamorados.

Pero Elsa se fué pronto a su estancia y de allí a Mar del Plata. Y en Mar del Plata la encontró Víctor.

Aquella amistad, pues ellos no le daban otro nombre, fué una espiritual luna de miel de quince días. Se encontraban en todos los paseos, bailaban juntos, eran constantes compañeros en el golf, charlaban largamente en las tardes del Ocean Club. ¿Y de qué hablaban? Casi siempre de libros, de escritores o de artistas. Algunas veces, del amor, de la felicidad, de las mujeres, de los hombres. Otras veces, de los viajes, del mar, de ciudades. Pero cualquiera que fuese el tema de las conversaciones, siempre hablaban con espíritu y sinceridad. Nunca descendían a la charla trivial, a la crítica de las gentes, al mariposeo de los diálogos habituales. La gran cu-

riosidad intelectual que Elsa tenía, llevábala a considerar aquellas conversaciones como horas importantes que le traían una adquisición para su espíritu, vale decir: un ensanchamiento o mejoramiento espiritual. Víctor notaba en su amiga una creciente admiración hacia él. Cuando ella le veía venir llenábase de dicha, y hasta tal extremo que, a veces, debía disimular. Y siempre se apartaba de él con tristeza. Víctor observábale en los ojos el resplandor de una llama interna y era feliz, excelsamente feliz.

En estos largos coloquios Víctor conducíase con una discreción extraordinaria. Jamás la interrogó sobre sus intimidades sentimentales, jamás aludió a sus propias aventuras, jamás intentó tomarle una mano ni aun mirarla demasiado a los ojos. Y no por timidez, aunque tal vez algo de ello hubiese, sino por delicadeza, la extrema delicadeza con que debía ser tratada una mujercita como aquella. Sus conversaciones eran nobles, sus palabras llenas de idealismo. Si por acaso había que hablar de algo que no fuese puro, Víctor hacíalo con tales palabras que una niña angelical pudiera oirle. Y no era por el temor de que ella se escandalizara; era que Víctor no concebía que a una mujer tan exquisita, tan lejos de la vulgaridad, de la grosería y de las realidades, se le hablara de otra manera. Y ella, tan sutil e inteligente, comprendía la actitud de Víctor. Nunca se lo dijo, sin embargo. Pero tampoco no podía comprenderla enteramente, pues ella imaginaba que Víctor fuese así con todo el mundo. Sólo al final de aquellos quince días, por conversaciones con amigas y por haberle oído, casualmente, bromear con unas chicas, Elsa comprendió que Víctor, si bien fino y noble, era con las demás mujeres como todos, y que toda aquella admirable delicadeza era para ella, sólo para ella: el homenaje de admiración que él le rendía.

Elsa no era sentimental y por eso no llegaba nunca a la verdadera confidencia. ¿Encontraba acaso un placer y a la vez creía darlo en dejarse conocer tan lentamente, por adivinaciones, en ir dando su alma poquito a poco?

¿Encontraba de mal gusto, quizá cursi, o en todo caso teatral o insincero, el sentimentalismo? Ello era que apenas se anunciaba un momento sentimental en el diálogo, ella lo cortaba con una palabra amablemente irónica o con una acentuación expresiva de su sonrisa giocondesca. Víctor pensaba que tal vez en el fondo de su alma Elsa deseara llegar alguna vez a la confidencia sentimental, pero que su temperamento, demasiado fino y superior, se lo impedía. Víctor decíale que ella era un Anatole France femenino. ¿Sería posible concebir en un libro de France una escena de George Sand? El sentimiento, naturalmente, no falta en absoluto en los libros del maestro; pero está en dosis muy pequeñas e imperceptibles, disimulado bajo formas que nos lo hacen suponer inexistente.

Pero a pesar de esta reserva de su amiga, que no era voluntaria sino una natural delicadeza de su espíritu, Víctor le conoció, en aquellos días de Mar del Plata, algunas opiniones fundamentales, que encerraban a veces confidencias. Logró saber, así, que ella no comprendía el amor físico, de lo cual Víctor dedujo que el marido, vulgar e insensible, no habiendo despertado la sensibilidad de su mujercita, no pudo hacerle conocer la delicia del amor perfecto. Para Elsa el amor debía ser algo espiritual e inmaterial, la compenetración y profunda comprensión de dos espíritus. Más que el encuentro de dos naturalezas, como lo definiría un positivista, o de dos corazones, como lo definiría un romántico, ella lo imaginaba el encuentro de dos sensibilidades y de dos espíritus. No empleaba tampoco esa palabra "alma" de la que tanto se ha abusado y cuyo exacto empleo daría al amor algo de místico. Ella no era nada mística. Más aún: no practicaba la religión y, escéptica, dudaba de todo. No era tampoco romántica, y por eso no cedía el primer lugar al sentimiento. Era un espíritu y una sensibilidad. No había en ella nada de bobarysmo. Su concepto del amor procedía de su inteligencia, de su exquisitez y de su imaginación sin excesos ni audacias, pero elegante y discreta.

Itúrbide solía darle bromas a Víctor, el cual negaba redondamente que hubiese algo entre Elsa y él.

—Es lástima que usted no sea indiscreto — le dijo una vez. — Porque si lo fuese, yo obtendría buenas anotaciones sobre una forma de amor que todavía no he estudiado bien.

—¿Y es?

—El amor intelectual.

Víctor quedó asombrado de que el novelista tuviese la misma idea que él y conociese tan a fondo, casi por pura adivinación, el carácter de Elsa. Y le preguntó que cómo imaginaba él ese amor.

—Es el acto de una inteligencia que ha sido atraída por otra. Es un amor ajeno a los sentidos. Aun el corazón no tiene una parte predominante sino secundaria en él.

—Pero eso es lo que suele llamarse el amor espiritual — arguyó Víctor.

—No, porque del amor espiritual, aunque rarísimo, puede ser capaz un alma común. El amor intelectual me parece el afecto de los espíritus superiores, de las sensibilidades demasiado finas. Sería una forma ardiente de la admiración, una plenitud del comprenderse. Creo que este amor intelectual abunda. Sólo que vive silencioso y oscuro, a veces sin conocerse a sí mismo, en el interior de ciertas raras almas femeninas. Es el amor que a ellas inspiramos los poetas, los artistas, los filósofos.

Aquella noche Elsa partió para Buenos Aires. Debía preparar su viaje a Europa, fijado para dos semanas después.

Víctor, que no quería encontrarse con ella frente al marido, no se marchó esa noche sino al siguiente día. Habíase despedido de su amiga en un te que ella dió. Víctor advirtió que Elsa dejaba para lo último el despedirse de él. ¿Acaso lo hacía para disimular su emoción, diciendo adiós a Víctor después de sus amigas más queridas? De este modo, si la emoción era por él, parecería que era por ellas. Y así ni los demás sabrían su causa, ni él tampoco.



Y ahora, en la casa de ella, allí estaban los dos frente a frente.

Ella acababa de entrar en la salita donde le recibía. Por primera vez en su vida Víctor veíala verdaderamente emocionada. Pero ella, sin duda para ocultarle esa emoción, fingió estar agitada por algún olvido grave y creer que no la esperaba Víctor sino otra persona. Y así, intentando sonreir y palpitándole el pecho más de lo habitual, dijo, con falso asombro:

—Ah, ¿era usted? Había creído que era otra persona... Estoy tan agitada con este viaje improvisado...

No tardó en tranquilizarse. Víctor, para no asustarla, le habló del viaje, de unos libros que le traía para el vapor, de la posibilidad de que se encontraran en Europa. Ella, sonriente y exquisita, dominaba ahora el diálogo. Víctor intentó varias veces, sin éxito, derivarlo hacia la peligrosa melancolía. Ella cortaba hábilmente el tema con una amable ironía o una pregunta no demasiado fuera de lugar.

Pero como el espíritu de aquella encantadora y sutil mujercita estaba lleno de la idea de la cual deseaba defenderse y huir, hubo un momento en que la fuerza le faltó. La debilidad femenina, esa bondadosa cómplice de los conquistadores, vino en ayuda de Víctor. Y Elsa dejó avanzar la melancolía que la acechaba. Víctor notó en seguida que una vaga y casi imperceptible niebla cubría los lindos ojos y que la mirada se abstraía un tanto. Estaban ahora en el comedor, donde acababan de tomar el te. Víctor, al tiempo que estiraba su mano solicitando la de ella, decía, con sincera y honda tristeza:

—Amiga de mi alma, ya no nos veremos durante un año.

Ella tuvo en los ojos, primeramente, un rápido, casi instantáneo momento de estupor. Pero luego, con el rostro grave y con la mirada baja, le cedió la mano. Y así permanecieron unos minutos. Víctor suspiraba y parecía abrumado de tristeza. Ella continuaba en su actitud grave, reaparecida la habitual sonrisa en una sutil sombra de lo que fué.

Víctor interrumpió el silencio:

—No hay más remedio que despedirse.

De pie los dos, uno frente al otro, Víctor la contemplaba. Por su dulzura y su suavidad, por su finísima melancolía, por su elegancia aristocrática, dijérase Elsa una madona de los pintores florentinos. Estaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, en una actitud casi mística, de una exquisita espiritualidad. Gesto extraño en ella, Víctor comprendió que aquel momento de su vida no tenía semejante en su existencia. Y dijo:

—¡Cómo voy a extrañarla!

Ella, sin mirarle, con los ojos siempre bajos, exclamó:

—¡Y yo!

Continuaron así un instante. Víctor, por fin, en un gesto caballeresco, le tomó aquellas manos y, al mismo tiempo que se inclinaba ceremoniosamente, las besó. Apenas concluído aquel beso de homenaje, volvióse y se fué.

*
* *

Habían quedado en escribirse, y así, quince días después de la partida, comenzaron a llegar las cartas de ella.

Los dos hablaban en sus cartas de mil cosas y ponían todo el cuidado del mundo en no referirse, sino indirectamente, a lo que más les interesaba. Víctor, no atreviéndose a decirle que pensaba en ella sin cesar, asegu-

rábale que le obsesionaba la idea de un viaje a Europa y le hablaba de los sitios en que ella debía encontrarse al escribir él su carta, considerando esos lugares como maravillosos, como extraordinariamente poéticos. Y Elsa comprendía que todo eso lo decía por ella, como si la belleza de aquellos sitios fuera obra de su presencia. Y ella también, por medio de finas indirectas, revelábale una pequeña parte de su pensamiento. Y así le dijo en una carta que, aunque varias veces había visto aquellas ciudades, ahora las miraba con ojos nuevos. ¡Y qué hermoso sería que él estuviese allí! Pasarían las horas comentando las bellezas del arte y de los paisajes, vagando por la región de los ensueños, unidos sus espíritus en su amistad desinteresada y noble.

Elsa contábale todo lo que hacía y veía. Víctor adivinaba que aquello ella no lo había hablado con nadie, que sus observaciones, aun las más insignificantes, pasaban de su pensamiento al papel sin que ningún oído humano las conociera. Así ella dábale la virginidad de sus pensamientos.

Las primeras cartas de Elsa eran serenas y en apariencia frías. Pero después Víctor notó en ellas un sutil estremecimiento. Y al mismo tiempo las palabras parecían querer decir algo que no osaban decir. Víctor presintió que aquella alma necesitaba de algunas afirmaciones, revelar lo que ya era claro para su espíritu. Y entonces, quiso adelantarse a ella, caballerescamente, para ahorrarle el tormento de la iniciación. Le preguntó si podía hablarle con claridad. Ella le contestó que sí, pues Cienfuegos jamás le abría sus cartas ni se interesaba por ellas.

Víctor, entonces, por primera vez, reveló francamente su amor. Díjole todo lo que pensaba de ella y que ella, en su reserva, no le permitiera nunca detallar. Desde la noche en que la conociera la había amado. Pero al principio fué un sentimiento como el que alguna otra vez experimentara: un deseo de amor o de aventura más que amor mismo. Luego, al conocer profundamente la belleza y la exquisitez de su espíritu, la había amado por

ella misma, en un sentimiento noble y puro, hecho de veneración, de comprensión, de amistad y de poesía. Pero nada le había revelado tanto su amor como la despedida. Ese instante encantador estaba en su recuerdo para no salir de él jamás. Y terminaba agradeciéndole el haberle procurado la dicha de volver a amar y de tan bella manera, pues creía, antes de eso, encontrarse en un estado de escepticismo y desaliento.

Elsa, sin salir demasiado de su serenidad y su elegancia, contestóle que para ella aquella despedida había tenido un significado semejante. No agregaba sino muy pocas palabras sobre esto, pero en cambio, por primera vez, le hablaba de él sin reservas. Decíale que en los últimos cinco años de su vida había llegado a conocer, más por adivinación que por experiencia, la condición de los hombres. Estaba desilusionada de ellos. Los veía sin delicadeza, sin idealismo, sin pureza de sentimientos. Aun en los mejores, los ojos les revelaban ideas innobles, sobre todo en asuntos de amor. Y eran incapaces de amor verdadero. En lo que ellos, egoístas y materiales, llamaban amor, no entraba para nada el alma ni el espíritu. Víctor le había encantado desde el primer momento. Jamás había encontrado un hombre que reuniese como él la delicadeza, el idealismo, el desinterés, la grandeza de alma, la sinceridad, la inteligencia, la bondad. Seducida por estas cualidades, en las que había ido creyendo muy poco a poco, por dudar de verlas reunidas en un solo hombre, había terminado por esa amistad ideal. No creía ella faltar admirando a un hombre tan admirable y dándole su más noble amistad. Pero como allá, en el fondo de su alma, algo la inquietaba, ya que, según el concepto del mundo, una mujer casada no podía tener derecho a una amistad como esa, rogábale que se olvidase de aquella carta.

La correspondencia siguió entre ellos como si las dos cartas no existiesen. Eran sólo dos amigos, dos espíritus que trataban de penetrarse cada vez más. Dijérase que no les separaba distinción de sexo, tanta era la altura espiritual en que los dos se colocaban. Pero había una

diferencia profunda que Elsa, no conocedora de los hombres, estaba lejos de sospechar: que lo que era espontáneo y natural en ella, era en gran parte adaptación en Víctor.

Durante aquellos meses de invierno y de primavera, Víctor vivió en una permanente e ideal dulzura. Todas las cosas se habían embellecido para él. Su vida era de una singular pureza, y, si no fuera por uno que otro instante en que su urgencia masculina le vencía, hubiera alcanzado la castidad. A veces, pensando en sus anteriores aventuras, sentía repugnancia hacia el hombre que antes había sido, y creíase purificado por aquel amor de ahora. Y en los momentos de exaltación preguntábase si aquel amor espiritual se concretaría, como todos los amores semejantes, en alguna grande obra, ya fuese de la inteligencia o del corazón. Y soñaba poéticamente, fuera de las realidades, mientras Itúrbide el pesimista, el conocedor de las miserias humanas, sonreía, pensando en el fin de todo aquello.



Llegó Elsa, por fin, una mañana de Diciembre. Esa misma tarde Víctor le habló por teléfono y convinieron en que la visitaría al día siguiente, después de almorzar.

Víctor demoró más de lo permitido. Debió asistir a un almuerzo de sus excondiscípulos de Ingeniería. Como en los años anteriores faltara, no pudo entonces negarse. Fué aquello una explosión de necedades, pues el deseo de sentirse adolescentes hacíales a los comensales,—ahora hombres serios, respetables, llenos de hijos o de pesos o de honores — rivalizar en bromas grotescas y en chistes de almanaque. Cuando salió del restorán, después de dos horas de oir vulgaridades y groserías, y de haber co-

mido y bebido abundantemente, como en tales casos ocurre, comprendió que no se hallaba en el mejor estado espiritual para visitar a su amiga. Su inteligencia y su espírittu estaban como adormecidos y parecíale que lo meramente animal que había en él predominaba en ese momento. Tuvo la idea de no ir, y aun habló por teléfono a su amiga para excusar su retardo y pedir otro día. Pero ella no admitió excusa ninguna. Y allá fué Víctor, dispuesto a mentir lo que en aquel instante no había en él, aunque ello existiese en su espíritu y en su corazón en otras horas mejores. No era, pues, el temor de conducirse mal lo que le incomodaba, sino el de no revelar su verdadero espíritu y sus sentimientos hacia ella, obligado a fingir. Hasta entonces fué sincero con ella, pero sabía que la menor simulación nos habitúa a la mentira y quita su nobleza y su belleza al mejor de los cariños. El amor debe ser cuidado con la misma solicitud con que una madre cuida de la pureza de su hija. De otro modo, el más excelso amor se vulgariza y, abandonando nuestras ilusiones, nos resignamos a que se torne en un amor mediocre.

Elsa le esperaba impaciente, en el gran hall de su casa. Cuando Víctor apareció, ella adelantóse hacia él con las dos manos extendidas. Víctor las retuvo un instante, hasta que ella las retiró.

Por un momento no pudieron hablar. A Víctor le temblaban las manos. Ella le miraba con sus ojos celestes y desmayados, más celestes y desmayados que nunca. Luego dijéronse algunas palabras triviales e indiferentes; su sentido no les interesaba, pues el decirlas no parecía tener otro objeto que dejar transcurrir el tiempo para que el ánimo se recobrase. Por fin, ya serenada la emoción, contestando a una frase de Víctor:

—¡Tanto tiempo! — exclamó ella, mirándole y sonriendo con su sonrisa de madona florentina. — Todavía usted tenía mis cartas. ¡Pero yo!... ¡Qué poco me ha escrito!

—Es que yo necesitaba de sus cartas. Usted, viajando y divirtiéndose, necesitaba menos de las mías.

—No, no. No se lo perdono. ¿Y cómo puede decir

eso? El viajar nos hace vivir más con lo exterior que con lo interior, más con los sentidos que con el espíritu La vida del que viaja por Europa, en un viaje corto y en mis condiciones, es forzosamente superficial. Agitaciones, fiestas, preparativos para otros viajes... Muy difícil reconcentrarse, dedicar a lo mejor de nosotros todo lo que nosotros quisiéramos. Sus cartas, por eso, me hacían mucho bien. Me llevaban a un mundo superior.

—Lo cual prueba que eran cartas muy lindas...—sonrió Víctor.

—Tan lindas como escasas...

—Yo estoy encantado. Pero los paisajes, por ejemplo, que iba usted viendo, ¿no la llevaban a ese mundo superior?

—El que quiera penetrar en el alma de un paisaje ha de tener dispuesto el espíritu para la contemplación.

—Lo que veo — interrumpió Víctor — es que poco se ha acordado de mí...

Hablando el uno al lado del otro, caminando lentamente, deteniéndose, se dirigían a la salita íntima donde ya ella le recibiera otras veces. Víctor aprovechaba las detenciones para observarla. Estaba elegantísima, con un blanco vestido de espumilla. Víctor contemplaba la distinción de toda aquella mujercita: de sus brazos delgados, de su peinado magnífico, de su cuello aristocrático. El vestido de verano dejaba ver casi íntegramente los brazos y gran parte del pecho. No era precisamente una mujer tentadora. ¡Demasiado fina para ello! Su exquisitez no hablaba a los sentidos, sino al espíritu. Pero Víctor, que imaginando quererla con un amor espiritual y noble, llevaba, por ella, meses de casi absoluta castidad; que no podía desprenderse de su condición de hombre, y que se hallaba, a causa del almuerzo de esa mañana, bajo la influencia de su fisiología, comenzó a sentir en su carne la atracción de aquella criatura deliciosa.

Y así, apenas estuvieron en la soledad de la salita íntima, sentados en el mismo sofá, muy cerca el uno del otro, Víctor, sintiendo arder su sangre, le dijo frases amorosas.

—¿Me quiere, amiga mía?

Ella, emocionada, contestó graciosamente:

—Ya lo sabe...

Iba a continuar, para explicar su amor, cuando Víctor, de pronto, le tomó una mano y se la besó. Ella quiso resistir. Pero falta de fuerzas y sin duda resuelta a no pasar de allí, consintió, sin desearlo. Víctor, excitado, poniéndole uno de sus brazos sobre la espalda, la atrajo y la besó en la frente. Ella, entonces, le miró asustada y temerosa. Aquella actitud de Víctor le fastidiaba, pero más que fastidiarle dábale una gran tristeza. Vencida, sin embargo, por aquella dulzura y habiéndola Víctor besado las dos veces con delicadeza y sin exceso, vacilaba. Trató de conservar toda su calma, permaneciendo en la expectativa. Pero por más espíritu que ella fuese, por más exquisitez que tuviera, también ella tenía sentidos. Un nuevo beso, ahora en la mejilla, y más largo que los otros, le dió un placer desconocido, si bien tratábase, seguramente, de un placer más moral que físico. Entornó los ojos y pensó en Víctor, en el hombre de talento, de bondad y delicadeza, que tanto la amaba. Hízolo ella así no sólo por verlo de otra manera, como deseaba verlo, sino para excusarlo, para olvidarse de aquella actitud incomprensible. Ella no creyó que Víctor fuese capaz de una cosa así, y al ver que lo hacía, ante sus ojos iba disminuyéndose el valer del hombre amado.

Mientras tanto, no hablaban una sola palabra. De pronto ella se levantó de su asiento. Víctor, de pie también, la abrazó con ternura y delicadeza. Ella, mitad disgustada y mitad complacida, no se apartó. Víctor no dudaba de que Elsa podría llegar poco a poco a consentirlo todo, y, amándole como le amaba, a entregársele alguna vez. Ella estaba sufriente, con los ojos llorosos y como absorbida en un pensamiento que la obsesionaba.

En un instante en que Víctor quiso acentuar aquel abrazo flojo y besarla de nuevo en la frente, ella, débil de salud, frágil, inexperimentada, se arrojó sobre una silla, sin voluntad, vencida. Víctor se echó a sus pies y se los besó. Luego la levantó del asiento y la estrechó

contra su cuerpo, besándola en la frente. Víctor, loco de deseos, no podía observarla. Estaba pálida, temblaba, la cabeza caíasele sobre el pecho. Y sin advertir lo que ocurría en el alma y en todo el organismo de aquella mujercita delicada y frágil, tuvo el deseo incontenible de mayores caricias. Pero queriendo contar siquiera con su no resistencia, e instintivamente temeroso de que pudiera aparecer un sirviente, ya que no el marido, le preguntó en voz susurrante, en tono de complicidad, y mientras alzándole los brazos la conducía hacia un rincón oscuro de la pieza:

—¿No vendrá nadie?

Ella, desfallecida, contestó con voz muy baja, y más con el gesto que con las palabras:

—No...

Víctor interpretó su desfallecimiento como una aceptación de aquella complicidad que le ofreciera. En su estado de espíritu apenas podía observarla, pero la adivinaba resignada, tal vez deseando lo mismo que él. Se dejaba conducir, con la cabeza baja, mortalmente pálida, temblando entera. Y cuando Víctor intentó el beso en la boca, el primero de sus besos que no fuese sólo respetuoso, ella se desasió de pronto, refugiándose contra la pared. Parecía que se hubiese enloquecido, tan grande era el espanto de su rostro y el extravío de su mirada.

—¡No, no, no! — exclamaba, estirando los brazos como para impedirle que se acercara y llevándose después las manos al rostro.

Víctor, impresionado, había vuelto a la realidad. Estaba él también en una angustia muy grande. Ya no deseaba sino verla tranquilizada.

—Cálmese, Elsa, por favor... No me tema...

—¡No, no, váyase de esta casa, no vuelva más!

Víctor decidió apartarse, no sin pedirle en todas las formas imaginables que le perdonase, que le comprendiese. Aseguraba que ese hombre no era él. Había pasado por un momento abominable, dominado por la bestia que todos llevábamos dentro. Se echó de rodillas, quiso besarle la mano.

Pero ella, aterrorizada siempre, repetía:

—¡No, no me toque! ¡Váyase de esta casa!

El podía decirle que ella había consentido en algunas cosas y que recordaba cómo le contestó que nadie llegaría. Pero un instinto de no agravar su situación y de no hacer sufrir un instante más a aquella criatura, más linda y delicada que nunca en medio de su pánico y de su enojo, le contuvo. Y continuó culpándose siempre a sí mismo, maldiciéndose, insultándose. Tratábase de ese modo como para que ella, considerándose vengada, no le hiciera más reproches, ni con sus palabras ni con su actitud.

Por fin, y sin duda compadecida, fué saliendo de su rincón lentamente. La expresión de terror habíase cambiado por una expresión de desconfianza. Pero al ver a Víctor inmóvil, sufriendo hondamente, con los ojos en lágrimas, se arrojó ella en un sofá, lejos de él, y se echó a llorar. Víctor no había visto nunca, ni vería jamás en su vida, un llanto tan angustioso. Pero Elsa no lloraba tumultuosa y ruidosamente, sino en una forma sorda, callada, lenta. Lo angustioso de aquel llanto residía en la honda desilusión de que desbordaba. Víctor no veía los ojos de su amiga, pero sí las manos que, cubriendo el rostro, se retorcían, apretaban los ojos y aparecían empapadas de lágrimas.

Este llanto incesante duró una media hora. Y como Víctor, que solicitaba perdón, reclamara una palabra, ella hizo el gesto de pedirle con qué escribir. Víctor le pasó un lápiz y un pedazo de papel. Elsa escribió, sin mirarle, pálida y temblando: "Lo ha perdido todo en un minuto. Mi desilusión es infinita. No puedo ni deseo verlo más. Es usted un hombre como todos; no el alma que yo imaginaba, tan superior a las otras. Usted me ha hecho un daño inmenso. Me ha destruido la mejor de mis ilusiones. Tengo deseos de morirme. Y no quiero verlo más. Ya no creo en los hombres, ya no creo en nada, en nada. No hay sino miserias y bajezas en la vida."

Víctor se alejó desesperado. Una expresión de sufrimiento se fijó en su rostro. No lograba olvidar la imagen dolorida de la exquisita criatura, ni el pensamiento triste

de todo lo que había él perdido. Fué a pie hasta su casa y se metió en su cuarto, pero el estar quieto y solo le era insoportable y salió de nuevo a la calle.

Hacía mucho calor en aquella tarde de Diciembre. Víctor, no obstante, caminaba y caminaba, con apresuramiento febril. Había ido a Florida, y al pasar frente al Jockey entró. Buscó alguien capaz de darle una conversación que le interesase, trayéndole el olvido que procuraba. Preguntó por Itúrbide, y dijéronle que no había ido aquella tarde. Entonces le habló por teléfono. El novelista, en su casa, corregía pruebas de un artículo. Quedaron en que Víctor iría a buscarle y que saldrían a pasear en automóvil.

—Me ha ocurrido algo terrible — exclamó Víctor, apenas vió a su amigo, que ya le esperaba para salir. — Le contaré en el camino.

Y con un egoísmo de sufriente que necesita un consuelo, refirió al escritor toda la historia. Cierto era que su amiga no salía malparada del relato, pero, no obstante su caballerosidad y su hombría, Víctor lo hubiera contado todo igualmente, aun sabiendo que la disminuía ante el concepto de Itúrbide. Entre el propio interés, cuando es muy grande, y el nombre de una mujer, los hombres no vacilan en preferir su interés.

—¡Parece absurdo que la sola tentativa de besarla en la boca me haya perdido, tratándose de una mujer que me quería y me admiraba! — exclamó Víctor.

—Todo eso lo suponía — dijo Itúrbide. — Me hubiera asombrado que la historia terminase de otra manera. Si la bajeza humana es infinita, también lo es, a veces, la pureza humana. Esa muchacha es una alma excepcional. Hay algo de angélico en ella.

—Créame — dijo Víctor — que me encuentro abatido. Daría cualquier cosa porque nada de eso hubiese pasado. ¡Ah, si se pudiera empezar de nuevo! Conservaría, como el mayor de los tesoros, el amor idealista de esa criatura encantadora.

—No lo conservaría. Los hombres no estamos hechos para semejantes bellezas. Las comprendemos con el es-

píritu o con el corazón, pero nuestra naturaleza entera reclama otra cosa.

—Pero ¿por qué esa excesiva fidelidad, si no lo quería al marido y me quería en cambio a mí?

—¡Ah! ¿Usted cree que es por fidelidad?

—¿Y entonces?

—La fidelidad no tiene nada que hacer aquí. Es por pureza de alma, solamente, que la tentativa suya de besarla en la boca la ha desilusionado y afligido. ¡Todo un ideal, un bello ideal de amor, se le ha derrumbado a la infeliz!

Y comentando así el episodio, los dos amigos se dirigieron a Palermo. Pero Itúrbide comprendió que era preciso distraer a Víctor, que permanecía sombrío y preocupado. Provocó distintas conversaciones. Víctor parecía interesarse, pero a cada momento se abstraía. Otras veces, hacía de pronto una mueca como de desagrado. Y en ocasiones, en medio de una conversación ajena a sus pesares, y mientras Itúrbide hablaba, él salía con alguna exclamación fuera de lugar, reveladora de sus sufrimientos y de aquello que le obsesionaba.

Pocos días después, Víctor escribió a Elsa, pidiéndole nuevamente perdón. Ahora ya no se culpaba sólo a sí mismo, sin embargo; dejaba entrever que ella también consintió en ciertas cosas y se refería, aunque veladamente, a aquella palabra "no", susurrada por ella en voz bajísima, con aire de complicidad, cuando él le preguntara si no vendría nadie. Elsa le contestó doloridamente, con angustia, considerándose casi como una criminal sólo por no haber resistido a un beso en la frente y en la mejilla y a un tímido abrazo. Pero le perdonaba, aunque no deseaba verle nunca más. No podría ser para él ni una amiga superficial. El solo verle, causaríale a ella un sufrimiento insoportable. Comprendía ahora que la actitud de Víctor, según es la naturaleza humana, había sido lógica. Comprendía también que hubo error de parte de él y que su conducta fué obra de un mal momento. Creía que cualquier otro hombre, en su caso, habría hecho lo mis-

mo, o quizá peor. Pero le repugnaban los hombres, absolutamente todos los hombres, como le repugnaba la vida, la vida toda. Decíale que pasaba las horas llorando y que su espíritu y su corazón desbordaban de una tristeza, de una desilusión infinitas.

XI

EL SENTIDO DINAMICO DE LA EXISTENCIA

¡Oh, la tristeza de ir perdiendo la Fe! El horizonte se aleja, se aleja cada día... La esperanza se va desvaneciendo entre la bruma gris. Los ojos inútilmente se agrandan para mirar hacia adelante. No vemos nada, casi nada, y empezamos a creer que nos volvemos ciegos. Y si dirigimos los ojos hacia atrás, hacia los días que se fueron, tampoco vemos casi nada. Todo está lejano, horriblemente lejano... Ninguna relación entre aquel pasado y nuestro presente. Ninguna norma que nos guíe, ninguna esperanza que nos ilumine el sendero. No vemos nada, casi nada... Hemos extraviado la ruta y comenzamos a volvernos ciegos. ¡Oh, la tristeza de ir perdiendo la Fe!

Víctor ya apenas creía en el amor. El fracaso reciente, que era el cuarto en tres años, llenábale de pesimismo. Y sin embargo, nunca creyó necesitar tanto como ahora del cariño de una mujer. La separación entre Asunción y él era absoluta. Ni siquiera una carta de cuando en cuando. El le había mandado todos sus objetos personales; y era

curioso que al hacerlos guardar en los baúles por medio de la sirvienta, sintiera a veces como si una extraña ternura quisiese penetrar en su corazón. Mientras allí en la casa quedaron algunos objetos y piezas de ropa de aquella mujer a la que verdaderamente había querido, parecíale que no vivía solo. Sentíase acompañado de recuerdos. Un objeto cualquiera le rememoraba una escena de otros años, tal paseo que hicieron juntos, una común emoción, un momento de alegría, una felicidad que se fué... Y todas las cosas de la casa, entre las cuales ella había vivido, ella junto a él, dábanle la sensación de que ella estaba allí, aunque tal vez ausente por unas horas, o por unos días, pero que pronto iba a volver... Ahora, ya Asunción no volvería más, y él estaba solo, absolutamente solo, solo para toda la vida. Antes, cuando él entraba de noche, muy tarde a veces, no la veía, pues ocupaban distintos dormitorios; pero el tener la certeza de que ella estaba allí, dábale una cierta tranquilidad. En aquel tiempo él no apreciaba esa tranquilidad, pero ahora que carecía de ella comprendía todo su valor y todo lo que la Fatalidad le había quitado.

Cuando ya no quedaba en la casa ningún objeto particular de la mujer en otro tiempo amada, Víctor solía experimentar la sensación aguda de que ella había estado allí. Ya las cosas no le hablaban de la presencia de Asunción, sino que parecían burlarse de él cruelmente, diciéndole cómo ya no estaba ella en aquella casa y cómo había estado hacía pocos meses. Las cosas no le evocaban la presencia actual de Asunción; sólo le recordaban su presencia en otro tiempo, aumentada de dolor por la ausencia de ahora. Víctor ya no lograba verla allí, caminando por los cuartos o sentada, y como si eso ocurriese en el mismo instante de la evocación; la veía como algo remoto, como algo confuso y doloroso. A veces, pasaba junto a él el perfume de aquella mujer en otro tiempo amada. Pero, ¡qué desvanecido, qué viejo, qué lejano! Otras veces eran los rumores de sus pasos o de su voz. Pero, ¡qué apagados, qué tristes! Para recordar así, ¿no era mejor olvidar? Víctor llegó a sufrir

tanto de aquella ausencia, o de aquella presencia de otro tiempo, que quiso dejar la casa. Y un día se fué de allí.

Se instaló en el Hotel Plaza. En su cuarto del hotel nada había, naturalmente, que le recordase a Asunción. Era aquel cuarto, como todos los de los hoteles, para quien lo pagase. Si había allí recuerdos, eran los recuerdos de todos los que lo ocuparon. Recuerdos borrados, escritos para Víctor en un idioma ininteligible. Ningún mueble decíale nada de Asunción. En ninguno de los rincones se aspiraba el menor resabio de su perfume. Los pasos de ella jamás sonaron con aquella tristeza del recuerdo. Si alguna vez él la evocó, fué con la frialdad con que uno piensa en las personas que nos son indiferentes. Si la vió, fué con la tranquilidad con que, desde su balcón, veía a los transeuntes cruzando la Plaza San Martín. Si oyó alguna vez sus pasos, fué como si oyese entrar a un visitante cualquiera.

Ya la había olvidado definitivamente.

*
* *

Había colaborado en este olvido la fiebre de acción en que se agitaba, ahora más que nunca, terminado el último de sus fracasados amores. Forzosamente estos fracasos debieron conducirle, primero, a una cierta inacción. De haber triunfado verdaderamente, no habría pensado tanto en ellos; los que analizan son los fracasados, los incomprendidos o los que no pudieron comprender. Pero en Víctor no podían perdurar ni la contemplación de sus vicisitudes sentimentales ni el tenaz empeño de analizarlas. De Elsa, por ejemplo, la última de las mujeres que creyera amar, ya para nada se acordaba. Sólo veníale, de cuando en cuando, el recuerdo molesto de su inhábil conducta para con ella. Pero dos meses después de terminado el lamen-

table episodio, ya no había en él ni rastros de amor; señal de que nunca la había amado.

Fué precisamente la voluntad de olvidar, lo que de nuevo le condujo a una intensa vida de acción. Y ahora, olvidado de sus fracasos sentimentales y del recuerdo de Asunción, sentíase libre y aun contento. Su teoría del dinamismo no era sólo una teoría en Víctor, sino también una expresión de su temperamento. Cuando tenía su inteligencia ocupada por mil preocupaciones relacionadas con sus empresas, cuando había recorrido media ciudad o subido buen número de escaleras, este hombre inquieto era feliz. El pez en el agua. Y a la noche, si por acaso hacía el balance de su jornada—un balance rápido, pues no era hombre de detenerse en las cosas ya hechas—, se consideraba tan satisfecho de sí mismo que no habría cambiado esas horas de agitación por unas horas de besos con Clota o con Aurelia. Pero en realidad era un hombre muy apasionado. Tomaba todas las cosas con idéntico entusiasmo, y lo mismo se absorbía en un negocio a realizar que en el proyecto de un edificio o en la conquista de una mujer.

En medio de la acción multiforme sentíase libre y dueño de sí mismo. No le ocurría lo propio con las mujeres. En sus diversas aventuras se consideró más de una vez como dominado por un poder invisible, quizás la Fatalidad. Esto sin contar con la influencia que las mujeres debían lógicamente ejercer sobre él. En la acción, por el contrario, como todo le salía siempre bien, pues jamás sus proyectos dejaron de realizarse, no estaba lejos de imaginarse dueño de los acontecimientos, creador de su propio destino.

Iba corriendo el año de 1921 y ya había llevado a cabo, en algunos meses, diversos propósitos importantes. Había logrado fundar una sociedad anónima para la explotación de bosques en el Chaco, y otra para la construcción de un colosal hotel en Buenos Aires. Había conseguido por concurso una cátedra en la Facultad de Ingeniería. Había hecho los planos para un palacio que le encargara un millonario de su amistad. Estaba dirigiendo la edifi-

cación de dos grandes casas. Y proyectaba al mismo tiempo una fábrica de automóviles, y una institución de carácter moral cuyo fin sería el de propagar sanas ideas políticas, sin compromiso con los partidos, a los cuales iba a vigilar.

Pero su gran obra de ese año, que dejó en proyecto a la fábrica de automóviles y a la institución moralizadora, fué la fundación del diario. Llamábase *La Nueva Argentina,* y el primer número salió a la calle en Setiembre, en un hermoso día de aquella primavera. Sin dejar sus demás ocupaciones, Víctor vivía para el diario. Se había rodeado de jóvenes y era para ellos un verdadero maestro. En los primeros días no hubo artículo que él no leyera y corrigiera. Más que de informaciones, era aquel un diario de ideas; y Víctor exigía a sus redactores que no se apartasen, ni por un momento, de la orientación que le habían impuesto entre todos, de mutuo acuerdo.

*

* *

Unos días antes de la aparición del diario le visitaron en la redacción dos políticos conservadores. Tratábase de formar una vasta concentración de fuerzas opositoras y deseaban contar con Víctor y con su diario. A uno de ellos Víctor le había conocido en aquel almuerzo político en el Jockey Club, hacía más de cuatro años. Era uno de esos camanduleros que tanto abundan en nuestra política y que a Víctor le daban asco. La inteligencia, la cultura, la distinción de ese hombre competían en altura con sus malas mañas políticas y sus habilidades persuasivas de caudillo entre las altas clases sociales. El otro, también de la mejor clase social, era, al revés de su compañero, exaltado, gritón y sectario. El camandulero era antirradical por su interés

y el de sus amigos; el otro, más honesto, lo era, con rabia y entusiasmo, por convicción.

Cuando Víctor se hubo enterado del objeto de la visita, contestó:

—Yo no he sido nunca opositor al gobierno actual...

—Pero tampoco — sonrió el camandulero — habrá sido oficialista. Y como hay tanta resistencia contra este gobierno, no sería extraño que triunfásemos; y entonces, ya se imaginará usted que su posición...

Víctor rechazó enérgicamente hasta la menor sospecha de que él pudiera actuar por interés en un partido. Y desilusionó a los dos políticos, diciéndoles que no contaran con su adhesión.

—Yo no me rijo por razones personales en política, sino por ideas. Los grupos conservadores de que ustedes forman parte, son restos del Pasado. Yo no condeno el Pasado. Los hombres de esos tiempos que fueron han gobernado bien, porque han gobernado según las necesidades de la época. Pero el Pasado no debe renacer. Yo veo en los hombres del Pasado una serie de cosas que están fuera de este tiempo: el escepticismo, el positivismo político, la tendencia a proteger el Capital contra el Trabajo, la falta de fe en el sufragio libre y en la democracia, el empeño en mantener los gobiernos de casta, la sumisión a las influencias extranjeras que, como las empresas de ferrocarriles, creaban ministros a su paladar. Comprendo que esas cosas fueron hasta excelentes en su tiempo. El positivismo político daba las únicas normas útiles de gobierno en un país despoblado y en formación, en el cual la riqueza era lo primero. El Capital, desconfiado y absorbente, exigía todo el peso del Estado a su favor para venir y arraigarse. Los gobiernos no podían ser sino de casta, y de casta aristocrática, pues la clase media no existía y el pueblo era analfabeto e ineducado. En lo internacional, nuestro país, dependiendo económicamente de las grandes naciones, no podía tener vida propia. Los partidos del Pasado realizaron su obra, que fué buena y a veces genial. Pero el Pasado debe quedar en el Pasado. No debe pretender perdurar. Dentro de vein-

te años mis opiniones, que hoy son muy modernas, según creo, serán viejas. ¿Y tendré derecho a quejarme de que mis opiniones hayan sido desalojadas por otras más nuevas? No, señores. Todo en la vida ha de ser dinamismo y renovación. El Pasado representaría hoy el espíritu estático. Y por eso yo, aun admirando la obra de los partidos y los gobiernos del Pasado, estaré contra la perduración de cualquier idea del Pasado. No cuenten, pues, conmigo.

Los dos políticos se retiraron fastidiados. Para ellos, cuanto había dicho Víctor no era sino un galimatías ideológico. Consideráronlo un ingenuo y a la vez un pedante.

*

* *

En uno de los primeros números del diario, Víctor publicó un artículo con su firma sobre el momento político.

A su juicio, el partido radical debía continuar gobernando. Era un partido viviente y argentino y representaba, tal vez sin quererlo ni saberlo, unas cuantas ideas nuevas y excelentes. Víctor señalaba, además de la orientación argentinista: el pacifismo; un cierto idealismo, que, aunque vago y en gérmen, existía sin ninguna duda, siendo el actual presidente el primero en nuestro país que parecía interesarse por los factores morales; la neutralidad entre el Capital y el Trabajo, de tal modo que, por primera vez en la historia del país, un gobierno dejaba de poner su fuerza en favor del Capital; el espíritu dinámico, que en la enseñanza universitaria se manifestaba en una reforma trascendental y modernísima, aunque tal vez defectuosa en los detalles y no siempre bien realizada; el entusiasmo y la fe; la pretensión para el país de una vida internacional propia; los gobiernos de partido, no de casta.

En fin, el advenimiento al gobierno del partido radical significaba, a juicio de Víctor, una revolución política y una tentativa de renovación de valores.

Al día siguiente, dos políticos radicales solicitaban al adhesión de Víctor a una candidatura de su partido. Víctor no se asombró al encontrarse con Basa (*), que hacía cuatro años, siendo su colega en la Cámara, figuraba como conservador. Basa, abogado y periodista, condiscípulo de Iturbide en la Facultad de Derecho, adulón y vividor, por temperamento, era orgánicamente incapaz de estar alejado mucho tiempo de los que gobernaban. Ahora, convertido al radicalismo, hablaba con desprecio del "régimen", en el cual actuara durante toda su vida. El otro de los visitantes era el catamarqueño Cerote (*), un vulgar declamador de lugares comunes que había llegado al Congreso en virtud de su servilismo y de su espesa mentalidad.

Cuando Basa, que explicaba el motivo de la visita, terminó, Víctor dijo:

—Jamás. Yo no estoy ni puedo estar con ustedes. Mi actitud, al escribir ese artículo, ha sido la de un pensador que se coloca por encima de los partidos. Un pensador de aquí a cincuenta años, que hiciera la filosofía de la historia actual. Y yo no estoy con ustedes, porque el partido radical, si bien más viviente y más moderno que los grupos conservadores, también representa el Pasado. Ustedes han resucitado una parte del peor Pasado: el compadraje. Además, ese partido es en cierto modo anti-intelectual y yo no puedo estar con un anti-intelectualismo agresivo y militante. Es también un partido romántico, pues su única norma es el sentimiento. ¿Y hay cosa más vieja, más fuera de este tiempo, que el puro romanticismo? Todo esto sin contar con que yo no apruebo las realidades radicales. Ustedes dirán que yo tengo prejuicios intelectuales, aristocráticos y constitucionales. Tal vez no les falte razón. Pero por ahora yo seguiré creyendo que a base de exclusivo romanticismo, sin cultura y sin ideas, no se

(*) *El mal metafísico.*

puede gobernar; que las clases distinguidas, las únicas preparadas para el gobierno, no deben ser eliminadas en absoluto; y que aquí, donde hay tantos y tan pésimos precedentes de anarquía y de desorden, la Constitución es una inapreciable norma. La Constitución tiene para nosotros un valor antiromántico. Yo no estoy, pues, con ustedes, si bien tampoco estoy contra ustedes. Creo que deben seguir gobernando, y espero que, para bien del país, aprenderán alguna vez a gobernar. Ustedes no han esperado mi segundo artículo, en el cual decía cuanto acaban de oir. Estas opiniones no son caprichosas ni extravagantes. Responden a un concepto integral de mi raza y de mi pueblo. El argentino moderno ha de ser un hombre de acción, de cultura y de sentimiento, tres cosas que quisiera ver mezcladas sabiamente, en exactas dosis.

Como los dos políticos conservadores, estos también se retiraron fastidiados. Y por supuesto que toda aquella ideología de Víctor les resultó, más que a los otros, una incomprensible jerigonza.

*

* *

Entre los empleados del periódico había un muchacho con el cual Víctor simpatizaba especialmente. Llamábase Eugenio Gonzaga. Escribía versos, en los cuales revelaba buen gusto y atormentada sensibilidad. Leía mucho, pero desordenadamente. Juzgaba los libros y los escritores con rara comprensión. Hasta entonces habíale ido mal en la vida. Nadie que lo ayudara, ningún pequeño éxito siquiera, pobrezas tremendas. Víctor solía llamarle para conversar. Gonzaga tenía una enorme fe en sí mismo, pero le faltaban fuerzas y voluntad para el trabajo. En el diario no hacía casi nada. A los pocos días de haber apa-

recido *La Nueva Argentina,* como se le reprochara el no hacer nada, ofreció versos.

—Pero amigo —le dijo Víctor—, si empezamos a publicar versos nos fundimos.

—Yo no sé hacer otra cosa —contestó con impertinencia el muchacho. — Yo soy un poeta...

Víctor observó el rostro sufriente de Gonzaga. Tenía fruncido el ceño, contraídos los ojos, los labios con una mueca despreciativa.

—No sea petulante, amigo. Usted no es todavía un poeta. Y al decir que no sabe hacer otra cosa, se favorece muy poco a sí mismo. El primer deber del hombre es trabajar, saber trabajar.

—Yo trabajo escribiendo versos.

Víctor se fastidió. Escribir unos cuantos versos cada quince días, no era trabajar. El trabajo debía ser continuado y productivo. El trabajo que no representara esfuerzo carecía de valor, y escribir ciertos versos no implicaba esfuerzo alguno. Bastaba leer los de Gonzaga. Víctor los creía llenos de emoción, pero Gonzaga los había escrito al correr de la pluma. Eran confesiones sin interés...

—Son versos sinceros —interrumpió el poeta, ofendido. —Usted no los comprenderá porque no ha sufrido como yo. Cuando uno sabe lo que es padecer hambre y miseria, cuando uno sabe que vale y se vé incomprendido, entonces puede hablar de sufrimiento.

Víctor no quiso exasperar más al muchacho y se despidió de él. Pero antes, le dió algunos consejos prácticos para disciplinarse. Era necesario aceptar la vida, nos diese o no sufrimientos, y adaptarse a ella. En el diario tenía ocasión para irse ejercitando en adaptarse. Gonzaga prometió intentar y se fué, con el rostro dolorido y trágico.

Pero en los días siguientes nada hizo por adaptarse. Carecía del sentido de la realidad. Si le rechazaban algún suelto se enfurecía. Imaginaba que todo el mundo tenía el deber de soportarle y ayudarle. Su egotismo insufrible era el de muchos poetas jóvenes. Sin duda pensaba que el mundo había sido hecho para él, y al ver que no podía poseerlo

irritábase y sufría. Era un exasperado. Hablaba con odio de la gente rica, de los burgueses. La palabra almacenero era para él poco menos que un sinónimo de estupidez, de vileza, de inferioridad.

Víctor, un día, se exasperó a su vez.

—Usted se cree superior al almacenero... ¿Y por qué? Porque cada quince días, durante una hora, se sienta junto a una mesa inocente y ennegrece unas cuartillas. ¿Para decir qué? ¿Para decir algunas palabras útiles a la humanidad o a su país? No. Para hablar de unas tristezas monótonas, de unas lágrimas falsas, de una ternura que no tiene, de un sensualismo de prostíbulo. ¿Qué función social necesaria realizan ustedes? Todo eso es ridículo e inmoral. El resultado es que un muchacho inútil, incapaz de trabajar, sin voluntad ni valor, bohemio, se crea superior al hombre de trabajo, al que ejerce un oficio necesario, que tiene ideas morales y que ha hecho hijos. Podrá el joven poeta tener más sensibilidad que el almacenero; pero desde el punto de vista moral, vale mil veces más el almacenero. Es preciso que ustedes estén envenenados de intelectualismo y romanticismo para desconocer la importancia social e individual del esfuerzo diario, de la voluntad, de la fe, de la moral. Es preciso que el mundo ande al revés para colocar la sensibilidad por encima de la voluntad y de la hombría de bien. Yo también simpatizo con la gente sensible, pero me parece valer más la gente de energía. Ustedes, los poetas elegíacos, son débiles, cobardes, llorones como mujeres, murmuradores como comadres desocupadas, haraganes, malos, inservibles. El burgués, al que tanto odian, sabe lo que es luchar, no conoce la cobardía moral ni el llanto, es laborioso y casi siempre manso. Cada vez más me convenzo de que no hay cosa tan perniciosa como los poetas. Estoy en absoluto de acuerdo con Platón, y creo que ejercen un oficio inmoral, porque no es productivo, porque va contra la vida y perjudica a la sociedad, ya que ustedes no hacen sino contagiar melancolías y desencantos. Los versos elegíacos, casi siempre deprimentes y enfermizos, debieran estar prohibidos,

como lo están la morfina y el opio. No niego que en algún caso individual puedan hacer bien. También puede hacer bien la morfina. Sólo debieran permitirse aquellos versos que cantasen la energía, la dicha de vivir; los versos que glorificasen el esfuerzo humano, el amor, la fe, el entusiasmo; los versos que exaltasen; los versos dinámicos, fuertes y sanos.

Gonzaga había protestado varias veces, interrumpiendo a Víctor. Cuando no protestaba con alguna exclamacion impertinente, lo hacía por medio de alguna gesticulación, no menos impertinente. Víctor, que tenía interés en decirle esas cosas, no tomaba en cuenta el enojo de su protegido.

Desde ese día, solieron discutir. En realidad, Gonzaga limitábase a citar nombres ilustres y a manifestar su fastidio. Tal vez consideraba a Víctor un burgués despreciable. Víctor, por reacción, llegó hasta la paradoja. Y así, una vez habló contra la poesía.

—La poesía — exclamó — ¿para qué sirve? La poesía es una cosa vieja y ridícula. Nada tan absurdo, en esta época de maquinaria, como un pobre hombre que, en lugar de vivir, se encierra en un cuarto para alinear palabras, hacerlas sonar en un tracatrac-tracatrac-tracatrac, y buscarles los consonantes. ¡Preocuparse de palabritas, de ritmos acompasados, en estos tiempos de grandes cosas, de dinamismo, de vida intensa y ardiente! Un hombre que se está las horas trabajando un soneto me hace el mismo efecto que pudiera hacerme el que sacara solitarios mientras los enemigos de su patria bombardeasen la ciudad. Escribir versos, ¡ocupación mediocre y triste, aburrida, infeliz, improductiva, medioeval, rural! Escribir versos es un vicio solitario...

Y así, de discusión en discusión, porque a veces charlaba sobre esos temas con Juan Andrés, con Kramer y con otros muchachos que eran redactores o colaboradores del periódico, Víctor fué ampliando su teoría del dinamismo, aplicándola ahora a la literatura y al pensamiento. La única filosofía buena sería aquella que dejase

margen para una constante renovación. Filosofía que pretendiera resolver definitivamente todos los problemas o uno solo, era mala. Nada había de definitivo. Todo estaba en movimiento incesante. Los problemas cambiaban de sentido y de trascendencia para cada generación. La filosofía no debía sentenciar: esto es así; sino: esto es así en este momento, para nosotros. La verdadera filosofía no debía ser estática, sino dinámica. Había que llevar al dominio del pensamiento, el movimiento y la acción. Kramer le dijo que eso era, más o menos, el pragmatismo. Víctor se enteró de lo que era el pragmatismo y rechazó la objeción de Kramer. En el pragmatismo había un concepto de utilidad, y él prescindía de todo fin utilitario. Pretendía poner de acuerdo la vida moderna con el pensamiento filosófico.

Una vez habló largamente con Juan Andrés y Kramer sobre la posición espiritual de esos muchachos. Ellos decíanse novecentistas, y habían adoptado la actitud intelectual de un pensador español. El novecentismo, que encarnaba las ideas directrices del siglo actual, consistía en una reacción contra el siglo XIX, contra el positivismo y el naturalismo, contra el romanticismo y todo lo que él significaba de exaltación, de exageración, de profético. Víctor compartía el espiritualismo y casi todas las opiniones de los muchachos.

—Pero en el novecentismo — les dijo — hay algo de contemplativo, de excesivamente cultural y libresco. Y nosotros, los argentinos, necesitamos una posición más activa, más dinámica. El novecentismo es admirable para España, porque representa allí lo europeo, lo civilizado, lo elegante, frente a lo marroquí. Para nuestro país no conviene una tendencia que, al predicar el orden, la armonía, el equilibrio, la jerarquía, excluye, en cierto modo, el dinamismo. El novecentismo es también escéptico, y me parece que no es el escepticismo lo que falta en Buenos Aires. Además, no olvidemos que los americanos somos un tanto románticos. Bien que combatamos contra el romanticismo excesivo; pero en una pequeña do-

sis será algo que nos dará color y matizará bellamente nuestro dinamismo. Creo que a la doctrina novecentista, si es que podemos considerarla como doctrina, le falta un poco de sentimiento, como le falta mucho de dinamismo. Nosotros, los argentinos de este tiempo, no podemos adoptar una orientación espiritual venida de fuera. Tenemos que crearnos una filosofía nuestra. Las condiciones espirituales de nuestro país son muy distintas a la de cualquier país europeo, y a las de España, especialmente. Tomemos, por ejemplo, la literatura, En la española, fuera de una que otra excepción, lo clásico es lo muerto. En nuestra incipiente literatura, lo clásico es lo más viviente: el *Facundo,* el *Martín Fierro.*

Los muchachos no le discutían. Salvo en detalle, habían terminado por estar de acuerdo con él. Podía decirse que ya eran sus discípulos. Rauch solía bromear sobre esto. Una vez le dijo:

—Lo que veo es que estás fundando una escuela.

—Ya lo creo — contestó Kramer. — Podría llamarse: el dinamismo.

—No — arguyó Rauch. — El nombre de la escuela que está fundando Víctor con tanto éxito se llama: el futurismo.

Víctor protestó contra semejante acusación de plagio. El futurismo era un romanticismo al revés, la histeria de la mecánica. Como mujerzuelas nerviosas al ver una ratita, los futuristas chillaban ante el menor resabio del pasado. El futurismo pretendía construir una escalera sin primeros ni anteriores peldaños.

—Yo no condeno al pasado en sí mismo. Lo condeno en el presente. Condeno lo que tiende a inmovilizarse, aquello que lleva en sí gérmenes de muerte o de fijeza. Y lo mismo atacaría a un partido político de programa inmutable, que a una escuela literaria dogmática. Yo alabaré siempre lo dinámico, aquello que contiene Vida.

*
* *

Una mañana, leyendo el diario *La Patria,* encontró en la vida social una noticia asombrosa: el próximo casamiento de Aurelia, allá en Europa, con un distinguido español. Víctor sintió unos celos extraños. A él nada debía importarle ya de Aurelia, pues no la amaba. Y entonces, ¿por qué ésa ridiculez de preocuparse y desear que la noticia no fuese cierta y aquel recordar de todos los momentos más deliciosos de su breve amor? El solo imaginar a Aurelia entre los brazos de otro hombre molestábale. Y para olvidarla, aquellos días redobló su trabajo en el periódico. El mismo corregía pruebas, revisaba los originales de los artículos, indicaba los temas a los redactores. Y fuera del diario, no tenía un minuto que no fuese dedicado a sus negocios y sus empresas.

Pero no lograba olvidarla enteramente. Y recordaba, sobre todo, las dos últimas veces que se vieron: las únicas, después de terminada su relación de amor.

La primera vez fué en Diciembre de 1920, en la casa de los padres de Aurelia y cuando Víctor acababa de conocer a Elsa y vivía embriagado en la dulzura de su sentimiento naciente. Aurelia había enviudado un mes antes. Su marido, el médico mendocino Ernesto Brenes, enfermo de un cáncer en el estómago desde su llegada a Mendoza, concluída su diputación, habíase suicidado apenas tuvo la certeza de su mal, el cual le fuera ocultado por sus colegas. Aurelia, no bien enviudara, se vino a Buenos Aires, a vivir con sus padres. Víctor le había escrito una carta muy cordial y sentida, que ella le agradeció en el alma. De allí una breve correspondencia, en la cual recordaron que se habían prometido una amistad fraterna. A la verdad, Víctor no le demostró de ningún modo esa amistad. Aurelia,

en cambio, se acordó de él en el día de su cumpleaños, y le escribió una breve cartita cariñosa.

Aquella primera entrevista fué un continuo llorar de parte de Aurelia. Era evidente que lloraba por el marido, y sin embargo esas lágrimas no incomodaban a Víctor en lo más mínimo. Por el contrario, él también estuvo emocionado al principio y tuvo palabras de consuelo para su amiga y de recuerdo afectuoso para el muerto, que había sido su colega en la Cámara. Casi todo el tiempo, Aurelia tuvo su mano entre las de Víctor. Pero él, aunque recordaba las caricias de otro tiempo, más pensaba en Elsa que en Aurelia.

—Estoy muy triste—había exclamado ella.—Ya no espero nada de la vida. No me queda sino el cariño de mis padres y tu amistad.

Víctor, que era generoso por instinto, le prometió visitarla amenudo, traerle libros, consolarla en sus tristezas. Y se despidió con un beso en la frente, que ella comenzó por negarle pero que luego consintió, cuando Víctor la hubo tranquilizado respecto al carácter puramente amistoso de aquel beso que le pedía.

Pero apenas hubo salido, pensó en el peligro de aquellas visitas para su naciente amor. Al contrario de Paul Bourget, que afirma que de un amor concluído puede salir todo, hasta un nuevo amor, pero nunca una amistad, Víctor creía, y así habíaselo también oído a su maestro Itúrbide, que la amistad entre un hombre y una mujer sólo es posible cuando el interés ha pasado, vale decir: cuando hubo amor y el amor se fué, pues el interés no pasa de otro modo. Cierto que la memoria de la carne es siempre un peligro; pero la carne no sólo recuerda los placeres sino también las decepciones. Víctor, sin embargo, temía a causa de la brevedad de sus amores con Aurelia y del poco placer que él había tenido en ellos. Y temía, también, por la situación de Aurelia, propicia al mutuo sentimentalismo y a la mutua debilidad.

No volvió, pues. Pero le escribió y le mandó libros. Para demostrarle que se acordaba mucho de ella, escribíale largas cartas y la acosaba con novelas y con tomos de versos,

que ella apenas hojeaba. Dábale mil pretextos para no ir: sus trabajos, su viaje a Mar del Plata, citas inexistentes. Desde Mar del Plata le mandó postales. Cada vez más enamorado de Elsa, resistía a la tentación de ver a Aurelia, sabiendo que si de nuevo se enredaba en relaciones con ella, aunque fuesen sin amor, el afecto hacia Elsa disminuiría y, lo que era igualmente grave, se vulgarizaría. Pero a la vuelta de Mar del Plata, encontróse con una carta de ella pidiéndole que la visitara. Marchábase a Europa con sus padres y anhelaba despedirse de él.

En esta segunda visita, Víctor se mantuvo dentro de los más estrechos límites de la amistad. No intentó ni siquiera retenerle la mano, ni pronunció frase alguna que ella pudiera interpretar como un propósito de reanudación. Víctor veía hasta qué punto Aurelia le amaba todavía. Aquel viaje hacíalo, evidentemente, por complacer a sus padres, nada más. Víctor estaba cierto de que si él dijese una palabra definitiva, ella buscaría pretextos para dejar ese viaje. Creía leer en su amiga el deseo, o la esperanza, de amarle aunque él no la amara. Y por eso, aquella indiferencia de Víctor la iba hundiendo en una gran tristeza.

—A ver si allá en Europa se casa — dijo Víctor bromeando y sin tutearla.—Joven y linda, nada tendría eso de raro... Dicen que las viudas son tan peligrosas...

Los ojos de Aurelia se llenaron de lágrimas, y no tanto por lo que había de crueldad en aquellas palabras, como por la indiferencia que revelaban en Víctor. Ella, tal vez intencionadamente, dejó ver su emoción. Víctor, entonces, quiso terminar la visita. Habló del viaje de su amiga, de los lugares que recorrería. Y hacíalo en una forma lenta, desmayada, a fin de que ella, un poco aburrida, no quisiera retenerlo. Pero ella casi no le escuchaba. Oyendo el sonido de aquella voz tan querida en otro tiempo, recordaba y soñaba.

Cuando Víctor se puso de pie para despedirse, Aurelia hasta se sorprendió. Pero, habiendo vuelto en seguida a la realidad, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se dieron la mano. Y esta vez fué Aurelia quien retuvo la otra mano.

—¡Que sea feliz! — le dijo, casi llorando. — Yo pido siempre por su felicidad al Padre de Misericordia.

Y agregó, mordiéndose los labios y moviendo la cabeza, en un gesto de sufrimiento que Víctor conocía demasiado:

—Pero ya sé que eres feliz... lo estoy viendo...

Víctor partió, dejándole ver, con su silencio y su alegría, su naciente amor a otra mujer.

*
* *

Itúrbide, que desde hacía una semana no lograba conversar con Víctor un cuarto de hora, le dijo una tarde que consiguió acapararlo:

—Ahora se viene usted a comer conmigo. Tenemos que charlar de mil cosas. Por el club no se le ve desde hace siglos. En el diario lo niegan. ¿Qué significa eso?

Por toda respuesta, Víctor preguntó al novelista cómo iba el éxito del libro. Tratábase de aquella novela que Itúrbide comenzara en los días en que conoció a Víctor. Había estado tres años escribiéndola. Se titulaba *Beatriz Linares,* con un nombre de mujer, como sus cuatro novelas anteriores. Libro de profundo análisis, con escasa acción, había interesado poco. Las novelas de análisis, sobre todo si, como ocurre casi siempre, el análisis se limita al amor, sólo pueden ser comprendidas por algunas mujeres extraordinariamente sensibles. A los hombres no les interesa el amor, salvo excepciones, como ser los fracasados del amor. *Beatriz Linares* ahondaba con un encarnizamiento stendhaliano en la psicología de las situaciones sentimentales. Era un estudio minucioso, exacto y frío, como una demostración algebraica. Víctor le había consagrado en el diario varios largos artículos. Pero en otros periódicos, ciertos críticos mayaron sus habituales inepcias. Muchachitos que no conocían sino las ma-

triculadas del prostíbulo, y sucios bohemios o pobres infelices que salían a la calle para atrapar mujeres, permitíanse juzgar aquel fuerte análisis del amor y de la mujer moderna.

Fueron caminando hasta el Jockey y allí quedáronse a comer. Itúrbide, que ya estaba harto de su libro, cortó el tema. Sentados a la mesa, dijo a su amigo:

—Es necesario, Víctor, que usted cambie de vida. Se agita usted de un modo absurdo.

—Agítese antes de usarse — contestó Víctor, que no gustaba ver discutidos sus actos.

Itúrbide disertó entonces sobre la inutilidad de la acción. A su juicio, todo lo que los hombres hacían tenía por fin la felicidad. Para unos, la felicidad estaba en el bienestar material; para otros, en cosas muy distintas. Pero todos, absolutamente todos, buscábamos la dicha.

—Yo comprendo al santo. Vive una vida de penitencias y de privaciones, de lucha consigo mismo, de sufrimiento; pero es porque cree con fe perfecta en una felicidad que no está en esta vida, la cual él confía en alcanzar. El santo desdeña la felicidad de unos cuantos años, porque prefiere la felicidad eterna, junto a Dios. En realidad, es un hombre práctico y lógico. Lo comprendo. Del mismo modo, comprendo al gozador de la vida, al que busca todos los placeres. Comprendo también al que se sacrifica por un amor, por un ideal, o por un deber. Quien eso hace es feliz a su manera. Pero lo que no comprendo es ese afán de moverse, de hacer mil cosas, de dinamismo, como usted dice. No veo en todo ello ningún fin útil para usted. Yo no le digo que deje usted de ser un hombre de acción. Pero reduzca usted la acción a lo estrictamente necesario. Sin armonía ni equilibrio no hay felicidad.

—Es que yo busco la armonía en la misma acción — contestó Víctor. — Para mí no hay placer mayor que el de crear. Cuando he realizado una obra buena, soy dichoso. Ya vé cómo también yo persigo la felicidad...

—Pero la felicidad es un estado de conciencia. Y si usted, después de realizada una obra, no se detiene para

contemplarla, meditarla y gozarla, ¿cómo ha de darle ella felicidad?

—No hay tiempo de contemplar. La felicidad está en el movimiento mismo. Además, no olvide usted que yo pongo en práctica un ideal.

—¿Qué ideal?

—El del sentido dinámico de la existencia.

Itúrbide observóle que el dinamismo no estaba sólo en la acción material. También había dinamismo en el dominio de las ideas. El quería que Víctor atenuase su agitación física, la cual, por otra parte, bien pudiera conducirle a la neurastenia, que era lo más estático que existía: una enfermedad de contemplación.

—¡Si sabré que hay un dinamismo en las ideas! Pero ahora creo que el verdadero dinamismo está principalmente en la acción. Las ideas tienden por naturaleza a dogmatizar, a estabilizarse. No, no. La acción es lo mejor de la vida. Por ella nos sentimos hombres, hombres fuertes, dueños de las cosas, dominadores de nuestros destinos. La contemplación es, en el fondo, una actitud servil. Quien contempla se coloca en una posición pasiva y secundaria: vale decir, femenina. La acción, en cambio, es una actitud de mando y de energía. Quien realiza se coloca en una posición activa y dirigente, vale decir: masculina.

—No por eso será mejor — objetó el artista. — Lo más excelente entre las cosas de la vida, es lo femenino. La ternura, la gracia, la delicadeza, la fidelidad, el sacrificio, la elegancia, son cualidades femeninas.

—Pero la fuerza es cualidad viril. Y el don de crear, y la energía...

—La fuerza — interrumpió Itúrbide, saliendo de su elegante frialdad habitual — no vale nada.

Había reaparecido en él el aliadófilo apasionado. Y pensando en la Gran Guerra, la única cosa que le pudo convertir a él en un hombre entusiasta, hasta sectario a veces, dijo:

—La fuerza ha sido vencida. El espíritu, Víctor, es siempre superior a la fuerza.

Víctor no quiso discutir sobre un tema tan peligroso. Y después de un silencio que aprovecharon para terminar lo que comían, el hombre de acción dijo:

—Hay algo más de que nunca le hablé, Itúrbide. Yo soy un hombre atormentado. Esos amoríos que usted conoce apenas habrían preocupado a otro. A mí me han hecho sufrir. He sufrido por mí y por ellas. Y luego, hay lo otro: Asunción. Por todo eso he necesitado olvidar, tranquilizarme. La acción es para mí un remedio. Un bromuro para mis nervios y para mi espíritu.

—Según eso, el sentido dinámico de la existencia, el famoso sentido dinámico de la existencia, apenas existe. ¿Y cómo nunca me lo dijo usted?

—Sí existe, Eduardo. Pero no como fin, sino más bien como medio. Es decir, en este momento de mi vida, porque antes, hace algunos años, fué realmente un fin y un ideal. Y si nunca le dije nada, fué por amor a esa idea y a ese ideal. Lo amaba demasiado para decir en voz alta que lo había traicionado al reducirlo a un simple medio...

Itúrbide quedó pensativo. Luego sonrió sutilmente y preguntó:

—Y si alguno de esos amores hubiese resultado, ¿no sería usted un hombre de acción?

—Lo sería siempre, pero reducido a su menor potencia. Yo daría, sin embargo, lo mejor de mi acción, por poder amar y ser amado.

—Hemos llegado a lo de siempre. Es usted un romántico sin quererlo... Romántico en el verdadero sentido de la palabra. Pero es también un romántico de la acción.

—No, no. Lo que hay en mí es una lucha entre el alma de los antepasados que viven en mí y mi alma moderna. Algo de moruno y de colonial combate contra mi viviente argentinismo. Es la eterna lucha entre el Pasado y el Presente, entre el Espíritu Estático y el Espíritu Dinámico...

Habían terminado de comer. Itúrbide propuso ir a cierto teatro nacional donde se representaba un sainete

que llevaba mil representaciones. Y mientras salían a la calle, el artista dijo:

—Será una serie de inepcias, con seguridad. Pero a los hombres demasiado cerebrales como nosotros, nos conviene de cuando en cuando oir necedades. Es un bálsamo para el espíritu, un descanso para nuestra inteligencia, harto atiborrada de transcendentalismos... A la mayoría de las gentes, el teatro nacional las perfecciona en su estupidez. A nosotros nos aligerará de tanto peso como llevamos en nuestros infelices cerebros...

XII

LUCY O LA VOLUNTAD DE AMAR

...Ya está pronta la barca para zarpar una vez más. El puerto final es para ella lejano, desconocido, quizás inaccesible... Sabe que a mitad de la ruta puede sobre ella derrumbarse la tempestad... ¿Cuántas veces comenzó aquel viaje con tanta fuerza soñado, y cuántas veces no debió abandonarlo? Y sin embargo, he aquí la barca otra vez pronta para partir. Ya las velas están tendidas, ya el viento milagroso ha comenzado a soplar... La barca es una ilimitada esperanza. ¡Toda ella es una gloria, una luz, una maravilla de esperanza!

¡Oh Madre de virtudes, principio de energías, causa de ensueños y de dichas, oh Esperanza! No hay obstáculos que te detengan, no hay experiencia que te amilane. El fracaso, lejos de vencerte, parece darte nuevas alas. Caerás mil veces, quizás derrotada, quizás herida y sangrando, quizás humillada; y mil veces te levantarás, siempre intrépida, siempre loca, siempre divina.

Tu locura es sagrada, ¡oh Esperanza! Porque si

fueses cuerda, ¡qué infelices seríamos los hombres! Tu locura nos permite ilusionarnos, que es como si dijéramos: vivir. Por tu locura nos apartamos de lo previsto, de la fatalidad de las leyes fatales, de la horrible tiranía del hecho, del número y de la realidad. Si sólo pudiéramos esperar lo que fatalmente va a ocurrir, la vida sería mediocre o imposible. Hay que esperar lo inesperado, lo ilógico, aun lo absurdo. ¿Pues acaso alguien conoce las leyes de la vida? ¿Y quién puede afirmar que lo ilógico no sea lo más lógico y que lo absurdo no se convierta en probable? ¡Oh locura de la Esperanza, antigua como el hombre y belleza de nuestra imperfección! Como la Ilusión, de la cual eres hermana, y a veces hija, tú nos liberas de la dictadura de las horas idénticas. Pero ella es estéril y tú fecunda. Tú no descuidas las realidades y ella las olvida. Tú eres inconscientemente sabia. Presientes las cosas ocultas, las felicidades que vendrán.

Y porque eres humana, fundamentalmente humana, y viviente como tu hermana la Fe, estás de parte de los fuertes, de los luchadores, de aquellos que pretenden vencer su Destino. ¡Qué poderoso dinamismo hay en tí! Porque son los que más intentan, los que más combaten, los que más realizan, aquellos que más esperan. ¿Pues qué han de esperar los inútiles y los impotentes?

Víctor Urgel era hombre de esperanza. Como que era fuerte y dinámico. Y sabía confiar en la esperanza porque sabía vencer. Y he aquí que de nuevo, una vez más, iba él a poner a prueba su capacidad de esperar. Una vez más, no en las luchas materiales, en las que siempre triunfaba, sino en las luchas contra un Destino que le negaba el Amor, iba a esperar, confiado e ilusionado, el divino advenimiento.

...Ya está pronta la barca para zarpar. Ya están las velas tendidas, ya el viento milagroso ha comenzado a soplar... La barca, aquella barca intrépida que es el alma del hombre fuerte, se ha convertido, una vez más, en una ilimitada esperanza. ¡Toda ella es una gloria, una luz, una maravilla de esperanza!



Terminaba el año de 1921. Y para despedirlo, habían acudido al Tigre millares de personas. En las terrazas del hotel y del club, en medio de músicas, de exclamaciones, de risas, de aplausos, de gritos, de cornetas y pitos que sonaban; sintiendo el hálito del río inmediato, que llegaba hasta allí, enorme e infinito de panteísmo; bajo la límpida claridad maravillosa de la noche argentina; comían en pequeñas mesas, aquella medianoche, hombres de fraques y mujeres en traje de baile. En el cielo estallaban cohetes, en las mesas se bebía champaña, y, entre risas y vocerío, algunos poníanse en la cabeza bonetes de papel o se empeñaban en colocárselo al compañero. La belleza de las mujeres, sus trajes y sus escotes disminuían la trivialidad del espectáculo, y aun lo embellecían en colaboración con la noche y con el paisaje.

Víctor había cenado con Itúrbide y con Ruiz de Castro. Aun de sobremesa, fumando cada cual su habano, veían, más curiosos que extáticos, el desfilar de las mujeres. Unas se dirigían a los salones del baile; otras, las más aristocráticas, marchábanse a Buenos Aires, huyendo de aquella fiesta en la que, pudiendo estar el que pagase, ellas juzgábanse fuera de su estricto ambiente habitual. Ruiz de Castro, piropeador y enamoradizo, tenía para casi todas aquellas mujeres una exclamación admirativa, o una mirada tierna o una sonrisa conquistadora. Conocía a muchísimas de ellas y eso le permitía decirles amabilidades. Y así pasaban aquellas criaturas encantadoras, alegres y risueñas, suscitando a su paso admiraciones y comentarios: estela que iban dejando sus personas. Itúrbide, con el puro entre los labios y aquella exagerada y característica discreción de los favorecidos por las mujeres, reía de las fanfarronadas de su amigo y de su ingenuo y fácil donjuanismo.

Iban a levantarse, cuando el descote de una joven dama les detuvo.

—¡Miren aquello!—exclamó Ruiz de Castro, a quien todavía los descotes le causaban un efecto afrodisíaco.—¡Qué magnificencia y qué escándalo!

Itúrbide frunció los labios y alzó los hombros, para demostrar que no hallaba escándalo ninguno en semejante exhibición carnal. Ruiz de Castro, que no era hombre de paradojas, condenó en serio los descotes. Suprimían el pudor, excitaban a los hombres.

—A mí me dejan insensible—sonrió el novelista.—Sólo concibo que eso impresione a los escolares y a los viejos. Pero si a usted le hacen bien, no tengo nada qué decir.

—Bien, hasta por ahí no más... Porque...

—No se avergüence. ¿Acaso no se trata de una cosa buena, útil a la sociedad? Con su confesión usted me da un argumento que pienso aprovechar, y es que los descotes y las faldas cortas, respondiendo al genio de la especie y al interés de la raza, realizan una misión trascendental, y, en cierto modo sagrada, pues fortalecen, despiertan o renuevan en nosotros, los agotados hombres modernos, los instintos de las funciones primordiales. De modo que una falda corta, al dejarle ver a Ruiz de Castro una bella pierna femenina, hace más por el país que todos nosotros. Porque ese germen de entusiasmo, de vida y de belleza no quedará inactivo, sino que, creciendo y desarrollándose, irá a la larga a convertirse en un hijo magnífico. Tal vez no ocurra nada, pues cerca de esa pierna pude pasar yo, algo difícil de impresionar, en vez de nuestro primaveral y pujante amigo. Pero la sola posibilidad de esa excelencia, basta para justificar y aun para alabar a la falda corta.

Riendo de aquellas opiniones, se levantaron los tres y dirigiéronse al baile.

Los salones, las pequeñas salas y los jardines desbordaban de gente. Los tres amigos conocían a la mayor parte de los hombres pero a pocas mujeres relativamente. Eran mujeres distinguidas, sin duda, pero, en su mayoría, no andaban en los círculos aristocráticos que frecuentaban ellos.

Víctor seguía con los ojos a una muchacha de extraordinaria esbeltez y elegante audacia, cuando tropezó con Rodolfito.

—Buscando una casadita que me tiene loco, che. Una maravilla. ¡Y te advierto que tiene una hermana...!

E hizo el gesto clásico de levantar el brazo, apretar el puño y mover el antebrazo tres o cuatro veces.

—Ahí va la hermana. Voy a preguntarle dónde dejó a la otra. Te la presento, si quieres.

Era precisamente aquella muchacha que le había encantado a Víctor. Rodolfito presentó a su tío con grandes elogios, pero sin exagerar, todo con distinción, y tratando de que la chica se interesara por el presentado. Víctor la invitó a bailar. Ella dejó sin más trámite a su compañero y se alejó con Víctor, unidos en la danza del más compadrón de los tangos, palpitante celebridad de la moda.

Mientras bailaban, Víctor respiraba el deleite de aquel cuerpo fresco y oloroso. Su mano derecha y su brazo sentían el contacto de aquellas formas ágiles, de aquella espalda magnífica. En el roce del baile, Víctor adivinaba las piernas esculturales, las carnes ligeramente blandas, los pechos duros y pequeñitos, las caderas de curvas armoniosas. Tenía los ojos grandes, oscuros y un poco vagos, con enormes ojeras; y una expresión de cansancio en todo el rostro, no obstante su juventud.

Cuando acabaron de bailar, Víctor la condujo al lugar más apartado del jardín y allí le dió de beber champaña.

—¡Qué distinto es usted de los demás hombres!—exclamó la muchacha, que se llamaba Lucía, o Lucy, como decíanle.

—Soy como todos—contestó Víctor, sonriendo.

—No. Yo juraría que no. Todavía no he hablado con usted ni dos minutos, pero ya adivino que usted no es ni puede ser como los demás.

—¿Tiene mala idea de los hombres, Lucy?

—Mala, no. Al contrario. Todos los hombres son buenos. Las mujeres son las malas: envidiosas, chismosas, intolerantes, incomprensivas... A mí no me gustan las mujeres. No tengo amigas. No pondría mi confianza en

ninguna mujer. Pero el peor defecto de las mujeres es su hipocresía y su cobardía.

Víctor recordó su conversación con Itúrbide, cuando, fastidiado por la resistencia de Marta, la juzgaba él cobarde, contra la opinión del novelista. Y dijo:

—Las mujeres demuestran en el amor una valentía de que no seríamos capaces los hombres. Piense usted en todas esas muchachas que se entregan al hombre que quieren. Se exponen a la más horrible de las tragedias.

Discutieron. Según Lucy no lo hacían sino muy pocas, y, salvo excepciones, no iban hacia el amor conscientemente, sino sugestionadas y previamente convencidas por el amante de que no iban a correr ningún peligro. A Víctor le llamaron la atención las opiniones de Lucy. Pero desvió el tema, deseando saber por qué motivo le sospechaba ella distinto de los demás.

—Por su carácter. Los hombres son débiles, se dejan dominar. Y usted parece un hombre fuerte, un dominador. Lo imagino como un espíritu lleno de voluntad. Usted debe ser enérgico. A mí me gustaría que me quisiera un hombre fuerte. Hasta ahora no he encontrado en mi camino sino hombres que se me rendían desde el primer momento.

—¿La han querido a usted muchos hombres?

—Ya ni llevo la cuenta... Y todos me han querido de veras. Todos hubieran hecho por mí la atrocidad más grande. Hombres casados, me ofrecían divorciarse y casarse conmigo. Yo los insultaba y ellos bajaban la cabeza. Demasiado débiles. Está bien que los hombres vean en la mujer a la madre y yo creo que siempre, en todos los amores, hay algo de eso. Un hombre necesita ternura. Pero no por eso debe llorar, ni quejarse, ni lamentar sus desgracias, ni menos dejarse dominar por una mujer.

Víctor quiso saber cómo había ella conocido a tantos hombres. ¿Tuvo muchos novios, quizás?

—Una infinidad. Ya ni llevo la cuenta.

Víctor la miró a los ojos, y con una sonrisa en la que había malicia y tolerancia, y bajando la voz, le preguntó:

—¿Y se besaba con ellos?

Ella, sonriendo a su vez, y como si tal cosa, contestó:

—Con algunos. Mi primer beso de amor se lo di a...

Y dió un nombre. Víctor quedó asombrado, pero ocultó su impresión. Luego ella dijo que, en realidad, no había querido a ninguno de ellos. Muchas ilusiones al principio; pero después, nada.

—Yo no sé si es que no puedo querer o si es que ellos no son dignos de que yo los quiera. Mi ideal sería un hombre enérgico, que me dominase, que a veces fuese duro y cruel y que me pegara de cuando en cuando. Pero no hay hombres así. Los hombres son demasiado suaves, melosos, tiernos...

—Yo creo que hay muchísimos hombres como el que usted sueña—dijo Víctor, riendo de buena gana.—Su ideal abunda en los Corrales. Allí lo encontrará usted, con más probabilidades que en la avenida Alvear...

—Además, ¡es tan difícil querer! Una cosa es que a una le guste un hombre, y otra quererlo con pasión. A veces pienso que el amor no existe. Pero ahora, yo tengo mi teoría sobre el amor.

—Vamos a ver. Será interesantísima.

—Se me ha puesto en la cabeza que en el amor hay una gran parte de voluntad. Amamos porque deseamos amar. ¿No le parece? Y si yo me digo: quiero amar a tal hombre, y pongo todas mis fuerzas para amarle, ¿no es casi seguro que lograré mi objeto?

—Para usted, por lo visto, el amor es un fenómeno de autosugestión. Sin embargo, hay quien lo considera, más bien, un fenómeno de sugestión.

—Eso será para otras mujeres. Sin duda yo soy distinta de las demás. Porque a mí no me sugestionaría ningún hombre. Todas las habilidades de los tenorios serían inútiles para enamorarme. O me enamoro por mí misma, por lo que tengo dentro, o no me enamoro nunca.

—Y esta teoría, ¿la ha inventado usted hace mucho?

—No, es cosa nueva. Antes, yo esperaba ser enamorada por alguno de los hombres que conocía, o por alguno de los que veía en la calle o en los teatros o en las fiestas.

Pero ahora veo que eso es un error. Yo sólo me enamoraré del hombre de quien desee enamorarme.

Hablaron un rato más sobre la voluntad de amar. Y luego, volvieron al tema de los noviazgos de Lucy. Víctor se decidió a una pregunta arriesgada:

—Y todos los novios, ¿fueron solamente... novios?

—Nada más. Ya ve que no me asusto de su pregunta. Mi mejor ideal es casarme, pero no rehusaría el amor de un hombre que no pudiera o no quisiera casarse. Ya ve que soy franca. Hasta ahora no me he entregado a ningún hombre. Y es que no he querido de veras a ninguno. Pero si mañana me enamorara, no tendría inconveniente en hacerlo. Para mí la única realidad es el amor. No tengo opiniones religiosas y estoy en desacuerdo con la moral predominante.

—¿Es usted un poco anarquista?

—En ciertas cosas, sí.

—Por lo menos, será individualista...

—Exaltadamente individualista. No tolero ninguna imposición, ninguna ley. Yo y nada más que yo. Detesto los convencionalismos sociales, la mentira, la hipocresía, las normas a que el mundo quiere sujetarnos a las infelices mujeres. Yo no acepto la autoridad de nadie, ni la de mis padres. Tengo igual derecho que todos a ser libre. Yo y nada más que yo. Esa es mi doctrina filosófica y moral.

Lucy, como Víctor veía, era de confidencia fácil, y así en su deseo de mostrarse sincera, siguió contándolo todo. El la conoció bien en aquella noche. Vió que todo aquello no era una actitud y que Lucy poseía un temperamento audaz, inquieto, exaltado y modernísimo. Sentimental, no parecía. Dijérase, más bien, que en ella era todo cerebral. Llevaba su franqueza hasta la exageración. Hablaba de los temas más audaces. En su bella boca, ciertas palabras disonaban fuertemente. Un observador vulgar la hubiera juzgado un tanto marimacho. Pero era muy mujer, y tenía opiniones hondamente femeninas. Tampoco debía ser considerada como una *demivierge*. La *demivierge* es viciosa y cobarde; acepta todas las caricias y las retribuye y si no se entrega no es por virtud sino por miedo a las

consecuencias del acto. Lucy, lejos de ser viciosa, aparecía ante los ojos de Víctor como una muchacha honesta. Se habría dejado besar, pero no por vicio ni sensualismo, sino por convicción y sobre todo como medio de enamorarse. Y en todo caso, no habría pasado del beso. Víctor estaba absolutamente cierto de que Lucy no aceptaría las caricias en que se complace una *demivierge*. Lucy era fuerte, moralmente sana, valerosa, sincera hasta el heroísmo.

Estuvieron juntos toda la noche, hasta las cuatro de la mañana, hora en que el baile concluyó. Volvieron a Buenos Aires, en el automóvil de Rodolfito, con la hermana de Lucy. La claridad del amanecer empalidecía el paisaje y hacía resaltar la belleza de los oscuros ojos de Lucy. Rodolfito manejaba su Ford. Víctor, frente a las dos mujeres, escuchaba el grito de esperanza de su corazón.



Al día siguiente, Víctor le escribió a la dirección que ella le diera: la poste restante de una oficina de correos, y unas iniciales que no eran las de ella. Lucy le contestó en el mismo día. Cambiáronse de este modo cuatro o cinco cartas. En la primera, Lucy se declaraba grande amiga de Víctor y despedíase con un abrazo. Víctor, al contestarle, pidióle un beso; ella accedió, pues ¡qué cosa más justa e inocente podía él pedirle! En aquellas cartas, Lucy aparecía como una buena muchacha, franca y sincera, un poco ingenua, dominada por una incontenible ansiedad de vivir y de amar. No tenía aquel sentido trágico de la vida que era lo esencial en Clota, ni el apasionamiento, intenso y hondo, de Aurelia: al contrario, manifestábase alegre, enamorada de la vida, sonriente y primaveral. "Sueño mucho — escribíale.—¿Se imagina lo que es tener deseos de Amor, de Ideal, de Belleza, capaces de alzar un mundo, y vivir en

medio de la vulgaridad que me rodea? Quisiera vivir la vida ampliamente, como una verdadera mujer, como un ser que tiene ansias de afrontarla sin miedo. Créame, amigo. No me juzgue sensiblera o romanticona; pero estoy cansada de luchar contra la rutina y la mediocridad. Hasta la luz de mi casa me hace mal. Y noche a noche le digo, no sé a quién: Señor ¿por qué la vida es tan vulgar?" Víctor le escribió que ella era ya para él como un arroyito cantante y delicioso que atravesara el valle de sus preocupaciones y sufrimientos. En las últimas cartas ya se enviaban largos besos.

Y sin embargo, hasta entonces nunca hablaron de amor. Eran sólo amigos. Pero un día, una semana después de haberse conocido, resolvieron encontrarse, y ese día el amor habló por los labios, por la emoción y por las manos.

Lucy había ido a veranear a San Isidro, con sus padres y sus hermanos. Víctor debía encontrarla en la estación del Retiro, y allá fué. No dudaba ya él de estar enamorado de aquella muchacha. Todo le encantaba en ella, no hacía sino pensar en ella. Veía por las cartas que Lucy también le amaba, y, sin embargo, temía no llegar a hacerla suya. Por eso, al contrario de otras veces, en que facilitara la obra del sentimiento, ahora trataba de contener su imaginación y su voluntad. Porque sería muy penoso para él enamorarse una vez más y no lograr su objeto, o lograrlo a medias, que es lo mismo. Ya comenzaba a temer a las mujeres. No creía que le engañasen voluntariamente. Pensaba demasiado bien de ellas para suponer una cosa así. Su temor era de sí mismo, de enamorarse y fracasar, de ennegrecer su alma con una nueva desilusión, de malgastar su tiempo en una empresa derrumbada.

A la hora convenida Lucy apareció. Víctor la invitó a tomar algo, allí en el bar de la estación. Un pretexto para conversar un rato, pues no podía proponerle otra cosa. Ocuparon la mesita de un rincón. Sentados frente a frente, los dos se miraban.

—¡Lucy, es usted Lucy!—exclamó Víctor, tomándole una mano.

Ella se la cedió, sencillamente, pero de un modo que de-

notaba la conciencia de realizar con ello un acto importante.

Al contrario de lo que esperaba, Víctor, ya iniciado el diálogo, encontró a Lucy un tanto displicente, quizá triste o distraída. Sus ideas de aquella noche en el Tigre, tan audaces y revolucionarias, no parecían adecuadas a la Lucy suave, silenciosa, sin bríos, que presentábasele ahora. Evidentemente, era una muchacha todo espíritu. Había un contraste entre su voluntad, su inteligencia y su cerebro, por una parte, y su temperamento, por otra. Pero si bien todo espíritu, como Elsa, la diferencia entre ellas era enorme. Elsa sentía repugnancia por las materialidades del amor, y su delicadeza y su pureza de alma impedíanle hablar, leer y aun pensar sobre esos temas; Lucy, más humana, más universal, más dentro de la realidad, y más enamorada de la vida, sentía un interés apasionado por los problemas sexuales, a los que ella consideraba como los de mayor trascendencia individual y social. Había leído muchos libros sobre el amor, algunos de carácter científico. Hablaba de las teorías de Schopenhauer, de Remy de Gourmont y de Mauclair, con toda naturalidad, y empleaba, sin ruborizarse, las palabras, más o menos técnicas, que pudiera emplear un hombre.

—Estaba desesperado por volver a verte—dijo Víctor, con entusiasmo.—Te tuteo, porque en la última carta quedamos en hacerlo. ¿No es verdad?

—Sí...—concedió ella.

—¿Y me tutearás tú también?

—Sí...

—¿Y tú tenías tantos deseos de verme como yo a ti?

—Claro...

Víctor le hizo algunas otras preguntas: si serían siempre amigos, si se había acordado de él, si le haría sus confidencias. Eran preguntas triviales, pero tenían por objeto seguir aquella conversación que languidecía. Víctor, asombrado, hallaba un contraste incomprensible entre la Lucy entusiasta y resuelta de aquella noche y la Lucy pasiva y hasta tímida de ahora.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? ¿Triste?

—No—respondió ella, un tanto vacilante.—No tengo nada... un poco de cansancio tal vez...

Víctor la invitó a almorzar. Ella aceptó. Telefoneó a su casa que no la esperaran, y, sin cuidarse mayormente de que pudieran verla, subió con él a un automóvil.

Almorzaron en un gabinete reservado, en un restorán del centro. Lucy comió y bebió muy poco. Pero habló con más animación. Víctor no había vuelto a tomarle la mano ni siquiera insinuado que la quisiese. Sin duda esto la tranquilizaba, porque era visible que en su espíritu estaba realizándose una tremenda lucha. Cuando terminaron de almorzar, acercáronse a la ventana. Era un duodécimo piso, y a sus pies veíase una parte de la ciudad, el puerto enorme y el Plata infinito. Sensación de serenidad, de paz ilimitada. El calor del verano parecía inmovilizar las cosas. Ni una vibración en el aire, ni un ruido, nada que se moviese, salvo algún carruaje que allá en el fondo, pequeñito como una hormiga, pasaba de pronto y desaparecía. El río era una inmensa plancha gris, reverberada de sol.

Víctor tomó las manos de su amiga y las besó. Después acercóse lentamente y le puso su brazo sobre la espalda. Pero al intentar atraerla para darle un beso, ella se apartó un poco y, con expresión temerosa, le rogó:

—Amigos, no más...

Víctor la miró. Sus ojos eran aun más grandes que en aquella noche y sus ojeras más hondas y oscuras. Quedó algo cohibido, sin comprender. ¿Acaso ella no le amaba aún? ¿Habría él interpretado mal las cartas? Si le quería, como él imaginaba, y dadas sus audaces opiniones, ¿por qué aquel temor al beso? ¿O acaso ella, que se dejara besar por varios hombres, sin amor, según había dicho, temía el beso de Víctor precisamente porque a él podía amarle de veras o porque le amaba ya? ¿No era lógico que a los otros no les temiera porque no corría el peligro de caer con ellos, y sí a Víctor porque le amaba y porque su condición de casado hacía más grave y más irremediable la caída? Pero Víctor no hizo en aquel instante todos estos raciocinios. Creyó que no había preparado hábilmente el momento decisivo y compuso su actitud. Hasta dejó

creer, sin que ella lo creyese, naturalmente, que no había pretendido besarla. Y entonces la invitó a pasear en automóvil.

Mientras se dirigían a Palermo, Lucy le preguntó:

—¿Es casado, usted?

—Sí...

—Esperaba esta respuesta y la temía—contestó en un tono a la vez de contento y de pena.—Yo sabía que eras casado. Me disgustaba que no me lo dijeses y hasta he creído que pretendías ocultar tu situación. ¡Ay, qué peso me has sacado de encima! Y es que nada odio tanto como la falta de sinceridad, el engaño... Y sobre todo, me parecía que, intentando engañarme, me tratabas como a las demás, como a esas mujeres sin personalidad y sin carácter, que necesitan ser engañadas. Si quisieras engañarme te odiaría...

Víctor le aseguró que él no engañaba a nadie, ni aun a las que deseaban ser engañadas. En cuanto a ella, siempre pensó decirle la verdad. Pero, siendo una cosa tan importante en su vida, no deseaba decírsela indiferentemente, al pasar. La reservaba para el instante confidencial en que le refiriese la historia de su corazón.

—Pues ya imaginarás que por mi vida habrán pasado varias mujeres...

—Es de suponer.

Entonces Víctor comenzó el relato de su historia sentimental. Lucy escuchábale emocionada, con sus grandes ojos muy abiertos y como cansados, y sus enormes ojeras, más profundas ahora. Tenía la mirada lejana y triste. Sin duda presentía el momento decisivo, o mejor dicho sabía que lo estaba viviendo; pero si por una parte eso le daba felicidad, por otra la entristecía, pues no era ese, no, el más bello de sus ideales. Y hasta dijérase que en este instante predominaba en su psicología la tristeza, o tal vez un poco de desilusión anticipada por haber aceptado un ideal incompleto. Porque no era Víctor el objeto de su tristeza o su desilusión, sino su condición de casado. Su amor tendría, pues, que ser oculto, sin libertad, sin el derecho de existir.

Víctor hizo un rápido relato de sus aventuras anteriores, pero cuidándose bien de darles semejante nombre. Dijo cómo creyó haber amado a Clota, a Aurelia, a Marta y a Elsa, y cómo las cuatro veces habíase equivocado.

—Yo temía no poder querer ya nunca más—continuó—pero ahora siento en mí el amor, el grande, el verdadero amor...

La atrajo hacia sí y la besó en la boca. Ella le entregó sus labios sin la menor vacilación, y aun le abrazó el cuello con sus largos y suaves brazos morenos.

Habían llegado a Palermo y se dirigían al vivero. Frente al lago del vivero descendieron. Era una tarde magnífica. Allí, bajo los árboles, apenas sentíase el calor. Soledad absoluta. Un carabela pequeña, imitada de las de Colón, se inclinaba solitaria en el centro mismo del lago. De cuando en cuando, el silbato de los trenes interrumpía el silencio. Allí se besaron y abrazaron, jurándose amor eterno.

—Tengo miedo que me dejes, como las otras—le susurró al oído Víctor, con expresión de temerosa ansiedad.—Dime que esto es una cosa seria, un compromiso solemne. Como si nos hubiéramos casado...

—Sí—contestó ella, besándole en la boca, y con el tono de quien consiente a un niño un capricho.—¡Como si nos hubiéramos casado!

—¿Para toda la vida, entonces?

—¡Para toda la vida!

En las caricias que siguieron, ella tuvo una actitud más bien pasiva. Y siempre aquel aire de cansancio, aquella vaga tristeza.

—Bueno, ya basta por hoy—dijo ella en cierto momento.—Quiero irme a casa. Déjame en la estación de Belgrano.

Víctor, insaciable, como todos los hombres, no comprendía. Temió haberla desilusionado. Ella protestó que no. Le aseguró que era feliz, que estaba contenta de que el asunto se hubiese resuelto de ese modo. Y refiriéndose a su tristeza, él le preguntó, inquieto:

—Y entonces, ¿qué tienes? ¿Estarás enferma?

—Puede ser... no sé...—contestó ella, como eludiendo una respuesta clara.

Y agregó, abrazándole y besándole:

—No es nada... ¡Es que te quiero!

Víctor la dejó en la estación y retornó al centro, después de haber visto partir el tren y decir adiós a su amada, con la mano y con el pañuelo. Y al alejarse, pensó que ya la adoraba, y presintió que ahora iba a amar de veras. Una dicha, vasta y unánime, llenaba todo su ser: su corazón y sus sentidos, su alma y su cuerpo, su inteligencia y su instinto. Tenía deseos de gritar, de correr, de reír, y aun de llorar. Hablaba solo y pronunciaba el nombre de la amada.

En el centro, quiso ante todo tomar el te, pues ya era la hora. Y sentado ante una mesita, en Harrods, se alimentó como si hubiera estado a dieta, con el hambre devoradora del amor feliz.

*

* *

Esa misma tarde le escribió, diciéndole cuánto la amaba y hasta qué punto era dichoso.

Y a la mañana siguiente, después de haber soñado con Lucy, de no haber pensado sino en Lucy y de no ver en todas las cosas sino la imagen de Lucy, recibió una carta de ella. Decíale que, por primera vez, había en su alma una extraña sensación de melancolía. Ni triste ni contenta... Melancólica. no más. "Pero aquí dentro hay algo que no hubo ayer ni otros días. No sé explicarte... Tengo el espíritu con una gran frescura, como si, después de andar mucho con él, entre libros y cosas viejas, lo hubiera depositado sobre una gran flor, en un atardecer sereno." Víctor encontraba contradictorias estas palabras con la sensación de melancolía de que hablaba al comienzo. Pero en

seguida agregaba: "Y estoy inquieta. Y tengo deseos de charlar contigo y de pasear. Y me pregunto constantemente si sabré amarte mucho, mucho, con ese gran amor que necesitas y necesito. Pero tengo miedo de no saber quererte así... Me he apresurado mucho tal vez, y hasta te pediría, para tu bien y mi bien, que no hablásemos de amor hasta muchos días más hasta que yo tenga la certeza absoluta de mi cariño. ¿Quieres?"

Víctor quedó un tanto inquieto. ¿Se repetiría el caso de Clota? ¿Sería también Lucy una atormentada, una de esas muchachas que buscan algo, algo grande, y no saben qué? La carta le hizo temer que Lucy se hubiera dejado besar con demasiada facilidad, vencida por la sugestión masculina, pero sin que hubiese en ella amor. De todas maneras, él se dejaría llevar por su amor. No obstaculizaría en lo más mínimo el desarrollo de su sentimiento, así llegase a la verdadera pasión. Y hasta deseaba la pasión, como medio seguro de que Lucy le amara a su vez y de ese modo lograr su cariño para siempre. Víctor creía en el contagio del verdadero amor, y no dudaba de que Lucy buscaba eso, un grande amor, aquella rara belleza que tan escasos seres conocen.

No contestó la carta de Lucy porque iban a verse al otro día. Víctor alquiló un pequeño departamento y allí la llevó. Ella había hecho un gesto como de apartarse de Víctor, en el automóvil, cuando él le habló de aquel departamento. Pero luego, ante las explicaciones de su amigo, quedó ella, al parecer, tranquila. Sin embargo, entró detrás de Víctor mirando a un lado y a otro, como examinando las paredes o buscando alguna cosa. Víctor que ahora creíase más experimentado, decidió emplear toda la sabiduría que adquiriera, ya por sí mismo, ya de labios de Itúrbide, para conquistar definitivamente a aquella admirable criatura.

Y así, apenas hablaron de amor, como ella lo deseaba. Sabiéndola inteligente, talentosa más bien dicho, y apasionada por los bellos versos, Víctor llevó un libro de un gran poeta americano. Y separados por una mesita, el uno frente al otro, él leía y ella escuchaba. Lucy no se emocionaba,

como se hubiera emocionado Aurelia, y sobre todo aquella Marta que parecía vivir para la emoción. Pero comprendía todo, con una rara sutileza de inteligencia; y sabía admirar y sabía gozar con la belleza literaria, con un goce intelectual, no del modo sentimental como suelen gozar las mujeres los bellos versos. Ni una lágrima en los ojos de Lucy, que a veces permanecían soñadores y lejanos. Víctor confirmábase en la opinión de que su amiga era un temperamento cerebral, y ahora iba comprendiendo aquella idea suya de la voluntad de amar.

—¿Te aburres?—le preguntaba Víctor de cuando en cuando, al observarla un poco melancólica.—¿No? Pero entonces, ¿qué tienes? ¿No estás contenta? ¿No eres feliz?

Ella se dejaba tomar las manos y aseguraba hallarse contenta y ser feliz. El levantábase y la besaba. Lucy entornaba los ojos y echaba la cabeza atrás, cuando él la envolvía entre sus brazos y le llenaba de besos la boca.

De este modo viéronse casi diariamente, durante quince días. Ella iba a pie desde el Retiro, que quedaba cerca. Víctor, impaciente, la esperaba con media hora de anticipación. Pero no podía estarse en el departamento y bajaba a la calle. Cuando la veía llegar, era una felicidad enorme. Ella sonreíale apenas, y continuaba avanzando muy seria, con esa seriedad un poco triste, característica de su expresión. Una vez que Lucy faltó, Víctor por poco se enferma del disgusto. Y era que los celos le desesperaban. Dos veces habíala visto conversando en la estación con un muchacho. Ella le dijo que era un primo suyo, que vivía también en San Isidro. Y otra vez que ella despidióse de Víctor para ir a tomar el tren, él, que la siguiera disimuladamente, la vió dirigirse hacia el centro y subir a un automóvil.

Pero era, principalmente, que la amaba de veras, con toda su alma y todo su corazón. El amor había penetrado hasta el fondo de sus entrañas y todo su ser ardía. Pero la llama era pura, cosa que él jamás imaginó. Apenas sentía deseos de poseer a aquella muchacha. No soñaba con caricias sensuales. En cambio, imaginaba ternuras, infinitas

ternuras, precisamente lo que ella, demasiado cerebral, no podía darle. E imaginaba escenas poéticas, con besos deliciosos y desfallecimientos románticos. Veíala en todas partes; y cuando iba por calles solitarias, aquel nombre adorado: Lucy, salía de sus labios con la unción religiosa de una plegaria. Más de una vez, se sorprendió a sí mismo deteniéndose en una vereda oscura y cruzar los brazos sobre el pecho exclamando: ¡Lucy, Lucyta mía!

No tenía interés en ver a sus amigos ni en hablar con nadie. Lucy llenaba su vida, toda su vida, absolutamente toda su vida. ¿Qué interés tendría para él una conversación, no pudiendo hablar de ella? Sólo Itúrbide pudiera saber aquel amor, pero Víctor considerábalo tan sagrado que ni a su amigo quiso referírselo. Además, no lo veía desde que comenzaron las entrevistas con Lucy. Pasábase las horas escribiéndole a ella largas cartas, explicándole su pasión, diciéndole cómo esta vez hallábase bien seguro de amar y cómo tenía la sensación de que su ser, antes fragmentado, había encontrado en aquel amor la unidad, la necesaria unidad que nos hace feliz. Ella no le contestaba o sólo escribíale dos palabras. El quedaba triste de aquella frialdad, pero pronto se olvidaba, parte porque deseaba olvidarse, parte porque estaba cierto de estas dos cosas: de que ella había encontrado en él al hombre que deseaba, y de que él sabría hacerse amar.

Cuando le contaba a ella todas las tonterías que había hecho, como ser aquellas invocaciones callejeras, Lucy, sonriendo con un poquito de melancolía, preguntaba:

—¿Sí?

Víctor comprendía que la expresión de Lucy no era precisamente de duda sino más bien de asombro al oir que era amada con tanto entusiasmo y por un hombre mundano como Víctor. Pero él no vió entonces en la sonrisa triste de Lucy, sino más tarde, cuando quiso reflexionar sobre la psicología extraña de su amiga, que en ella se revelaba la pena, todavía oculta y desconocida, de no poder amar del mismo modo. Lucy no dudaba de Víctor; dudaba de sí misma, aunque ella no pudiese aún medir el grado de su duda. Ella quería amarle, y se esforzaba en inculcarse

amor, en sugestionarse. Pensaba en los méritos de Víctor, en su talento, en su energía, en la virilidad de su espíritu, en su buen tipo, en sus profundos ojos, en sus modos generosos y cordiales. Gustábale aquel hombre extraordinariamente. Ninguno de cuantos conocía le impresionó con tanta hondura. Sin embargo, no sentía nada de extraño en ella. Pensaba si el amor no sería una invención de los novelistas, una mala broma. Ella nunca había sentido por hombre alguno ni una chispita de eso que llaman el amor. Los besos le gustaban, sí, pero no la encendían. Cuando Víctor la besaba, sentía en ocasiones un cierto desfallecimiento, pero ninguna fuerte emoción interior. El, en cambio, ¡cómo se exaltaba al explicarle su amor, cómo gozaba mirándola, cómo llegaba al delirio con la menor caricia!

Pero un día, Lucy llegó a la cita llena de entusiasmo. Sus besos fueron apasionados y frecuentes. Le abrazaba a Víctor como si quisiera fundirse con él.

—Ahora estoy segura de quererte—le dijo.—Ya no dudo de que mi cariño durará toda la vida.

Víctor, en medio de un largo abrazo, le susurró al oído:

—¿Vas a ser enteramente mía, entonces?

—Sí, quiero ser tuya, toda tuya...

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras...

*

* *

Fué al día siguiente, un viernes. El calor sofocaba y hacía arder la sangre de Víctor. La esperó con una hora de anticipación, obsesionado, por primera vez, por aquella posesión que sería como el sello puesto a su amor.

Lucy llegó con algún retardo. Traía aquella sonrisa melancólica de siempre, aquellas hondas ojeras y aquella mirada suave, que contrastaban con la audacia y la energía

de sus opiniones. Tomó parte activa en los cariños, lo cual no hizo casi nunca; y estuvo contenta y soñadora.

Sentado junto a ella, Víctor dejaba pasar el tiempo en la dulzura de la conversación y de las caricias. No se atrevía a proponerle que se entregara ni a hacerla suya sin pedírselo. Y a causa de esta vacilación, y por la influencia de los deseos, Víctor quedaba a veces como abstraído, con los ojos agrandados y un poco estúpidos.

—¿En qué piensas?—le preguntaba sonriendo ella, que adivinaba la causa de aquellas abstracciones.

Por fin, Víctor se decidió a decirle que deseaba hacerla suya. Un vago temor nació en los ojos de Lucy, que rogó:

—Otra vez, hoy no...

Pero Víctor insistió, y al par que hablaba iba acariciándola con sabiduría. La convenció de que nada debía temer. El era un caballero, y la amaba demasiado como para arrojarla en la tragedia. Entonces ella disminuyó su negativa y terminó en seguida por abandonarla, abandonándose, a su vez, a la desconocida dulzura que invadía su cuerpo y su espíritu.

Víctor quiso ahorrarle toda participación activa en aquel momento de amor, todo consentimiento demasiado evidente. Y por eso, sin faltar a la delicadeza, sino, al contrario, en nombre de la delicadeza misma, intentó allí hacerla suya, previa la necesaria oscuridad. Pero, en su excesivo deseo, en su amor exaltado, fué inhábil. Un poco avergonzado de aquella impericia, incomprensible en un hombre de aventuras, balbució:

—No importa. De todos modos ya eres mía...

—No, todavía no—dijo ella.

E irguiéndose en el sofá, agregó, inspirada por una audaz idea:

—Espera un momento, allí, en el otro cuarto... y no vengas sino cuando yo te llame.

Víctor obedeció. Esperó dos minutos, ansioso, loco de deseos insatisfechos y de curiosidad. Y cuando ella exclamó: Ahora, penetró en el dormitorio. Allí, visible por la media luz que pasaba a través de un postigo abierto, estaba Lucy, sobre el gran lecho, enteramente desnuda. Tenía los

ojos entornados y su pecho se movía en hondas inspiraciones. Víctor la contempló en silencio, extasiado ante la belleza de aquel divino cuerpo moreno, y fascinado por aquel gesto sublime de su amada. Una onda de ternura surgió de su corazón, la emoción ante aquella hermosura le penetró su alma de poesía y sus deseos disminuyeron.

De pronto, asaltóle la idea de que era inmoral permanecer él vestido y ella desnuda, y, rápidamente, febrilmente, se quitó las ropas. Ella continuaba como dormida, con los brazos unidos sobre la cabeza, como formando al rostro una aureola.

Cuando el misterio se hubo realizado, Víctor notó que ella lloraba. Eran pocas lágrimas, unas lágrimas lentas, sencillas, sin teatralidad. Besó él aquellas lágrimas, y, queriendo consolar el sufrimiento de su amiga, dijo:

—No sufras, Lucy. Yo he de quererte toda mi vida. Mi único pensamiento será hacerte feliz.

Ella cubrióse enteramente el rostro, nuevas lágrimas aparecieron y exclamó, en voz baja, como para sí misma:

—¡Si supiera mamá! ¡Se moriría!

Víctor, ante aquel recuerdo, creyó prudente dejarla sola un instante y salió del cuarto.

Al volver, ya vestidos los dos, sentáronse en el sofá. Víctor sentíase realmente dichoso, y parecíale que la felicidad de ese instante era una cosa sutilísima que corría por todo su cuerpo, por sus venas, por sus nervios, y que iba llenándole de alegría. Ella también estaba contenta. Por primera vez, Víctor observó que no había tristeza en su rostro. Los ojos, iluminados de belleza y confianza. Los labios, sonrientes de serena dicha. Los movimientos de sus brazos, al estrecharle a él, eran tranquilos y armoniosos. Un comienzo de ensueño deteníase a veces en su mirada.

—¿Ahora ya no dudas de quererme?—le preguntó Víctor, lamentando en seguida haber hecho esa imprudente pregunta que pudiera recordarle sus vacilaciones.

Ella tardó un momento en contestar, con gran temor de Víctor. Levantaba los ojos y soñaba. Luego, le miró con infinita dulzura, le miró largamente, penetrantemente. Al

fin le abrazó y le besó, pero sin perder su serena armonía.

—Ya no dudo. Ni por un instante. Yo creía que era incapaz de querer. Tuve muchos novios, he flirteado con no sé cuantos hombres. Pero yo siempre me decía: "A este no podré nunca quererlo", y lo dejaba. Cortaba el noviazgo, si había de por medio compromiso formal, con enorme asombro del infeliz, que se volvía tonto buscando la causa de mi decisión. O me negaba a hablar con el sujeto, si era un simple flirt. Me han creído medio loca, más de una vez. Otras veces histérica, o extravagante o snob o contagiada de literatura. Y nada de eso. Mi locura ha sido la sinceridad.

Se detuvo un momento. Y en seguida, como dirigiéndose a algún interlocutor que dudase, erguida, altiva, levantada la bella cabeza, los ojos animados o, más que animados, enérgicos y dominadores, exclamó:

—¡Sí, la sinceridad! La sinceridad verdadera, no la hipocresía ni la cobardía de las mujeres. He querido ser sincera hasta la locura...

—¡Hasta el heroísmo!—interrumpió Víctor, abrazándola y besándola.

—¡Hasta el heroísmo!—repitió ella, apartándose de Víctor como para pensar un instante en todo el sentido de aquella frase que le encantaba, y sin abandonar su actitud resuelta y enérgica.

Víctor, a la vez asombrado, interesado y feliz, veía renacer en ella la muchacha audaz, moderna, rebelde e inquieta de aquella noche en el Tigre. Dijérase que Lucy se había sentido, de pronto, libre y fuerte; libre de la hipocresía, del disimulo, de los convencionalismos sociales; y fuerte al saber que amaba y podía gritar su libertad.

—¡Sincera hasta el heroísmo!—volvió a exclamar.—Yo jamás me hubiera casado sin amor. Me parece una cobardía y una bajeza. Cobardía ante la vida, pues esas mujeres que se casan sin amor, lo hacen por miedo a la vida, a la lucha, a la pobreza, a la soledad, al hambre, a la falta de posición. Y bajeza, porque les lleva al matrimonio el interés. Pero yo no soy cobarde ni vil. Sería capaz de luchar, y no tengo miedo a la pobreza, ni a la soledad ni a

nada. Casarme sin amor me parecería ultrajar al amor, traicionarlo, llenarlo de lodo. Y si me he entregado es porque estoy segura de quererte. Puedo equivocarme, no lo dudo. Pero en este instante la certeza está en mí. Y me he entregado, aunque tú no puedas casarte conmigo, porque el hecho del matrimonio me parece un detalle, una forma de unirse; y nada más. Lo que yo quiero es un amor sincero, fuerte y duradero. Tendremos la tristeza de amarnos a ocultas, porque, desgraciadamente, el mundo puede más que nosotros. Pero no temo a nada, ¿sabes? A nada. Y si tú lo quisieras, me iría contigo.

Víctor la llenó de besos, mientras una idea se fijaba en su espíritu. Ella continuó:

—A ti te he querido porque, desde el primer momento, comprendí que eras el hombre, mi hombre. Te he amado porque he tenido la voluntad de amarte. Y me he dado a ti con sencillez, sin pensar que por eso el mundo se venía abajo, sin imaginarme que se trataba de una cosa trascendental.

Víctor la interrumpió. Y un poco emocionado, le dijo:

—Entonces, ¿me vas a querer toda la vida?

—Sí, yo creo que sí, Víctor.

—Lo que hoy ha ocurrido, ¿es para ti una cosa seria, algo que nos une para siempre, un compromiso solemne, tan solemne como si nos hubiéramos casado?

—Sí, Víctor...

Quedaron silenciosos un largo rato. Luego Víctor, con voz firme, dominando su emoción, le expuso aquella idea que desde hacía unos minutos le obsesionaba. Se casaría con ella. Desde tiempo atrás pensaba en el divorcio. Iría a Montevideo, se divorciaría y, luego, el casamiento, unidos para toda la existencia.

Lucy, al contrario de lo que imaginó Víctor, no reveló alegría ni contento al oir estas palabras. Y hasta cambió de expresión, como si aquello le molestara. Pero esta vez no fué tristeza lo que apareció en su rostro. Quedó pensativa, seria, con una muy leve sonrisa desdeñosa entre los labios.

Víctor creyó prudente no hablar más de aquel asunto.

Pero ¿por qué a Lucy le habría disgustado lo que debiera para ella ser causa de su mayor felicidad? ¿Pensaría Lucy que aquella proposición de casamiento debió ser dejada para más tarde, como sanción legal de un largo y hondo amor? No atinaba a explicarse. Pero temiendo despedirse con aquella mala impresión, prolongó la entrevista, si bien hacíase tarde. Quiso reanudar las interrumpidas ternuras, intentó provocar una emoción en Lucy. Todo fué inútil. Ella consentía, sí, pero con una pasividad alarmante. Y en medio de las caricias ineficaces, Víctor observó en el rostro de su amada el retorno de su melancolía de las horas pasadas y de su actitud soñadora. Como otras veces, los ojos miraban a lo lejos, sin ver nada, ahondados en el vacío o en el fondo de algún tristísimo pensamiento.

Por fin, cuando Víctor, comprendiendo la inoportunidad, y aun la inmoralidad, de aquellos besos y cariños no retribuídos, cesó de dárselos, ella dijo, tímidamente, arrastrando un poco las sílabas, con una languidez de cansancio:

—Es tarde... Ya en casa me esperan...

Quedaron en verse el lunes, pues el sábado ni el domingo ella podría ir a la cita. Y despidiéronse. Víctor era ahora el triste. Ella hallábase en aquel estado de indiferencia de aquella mañana de la primera cita en el Retiro.

*
* *

Y el lunes, encontrándola más displicente que nunca, Víctor le dijo una vez más.

—¿Qué tienes? ¿Estás enferma, Lucy? ¿O te aburres conmigo?

Ella quedábase mirando a lo lejos y contestaba que tal vez estaría enferma.

Víctor la miraba, con el corazón estrujado. Tembla-

ban sus manos visiblemente y sentíase pálido. Quería decirle algo importante y no lograba resolverse. Ella permanecía sentada en el sofá, como cansada, con aire de abandono, mirando todas las cosas sin verlas, sonriendo a veces con una sutil tristeza. Víctor paseábase por el cuarto, agitaba la cabeza, apretaba los puños, quedábase con los ojos fijos en algún punto de la pared. A ella apenas la miraba.

Por fin, conteniendo la emoción,y en un tono tranquilo, pero no tanto que ocultase su profundo dolor, le habló así:

—Lucy, voy a decirte la verdad de lo que tú piensas y sientes. Yo veo que no me quieres con verdadero amor... yo veo que dudas de tí misma...

Y ella, con sencillez, sin dar a sus palabras importancia, con la misma naturalidad con que se había entregado, ni más triste que un momento antes, y más bien con un asomo levísimo de satisfacción — tal vez porque ahora iba a aclararse aquella desagradable situación dudosa—, contestó:

—Sí, no te quiero.

Víctor, aunque conocía la sinceridad terrible de aquella muchacha y en esa tarde no hacía sino dudar de que le amase, no esperaba semejante respuesta. Quedó como si hubiese recibido un fuerte golpe en el corazón. Se llevó una mano al pecho, y, no pudiendo permanecer en pie, arrojóse sobre el sofá. Allí estuvo unos segundos, palpitante, con el rostro contraído de sufrimiento, pálido.

—Pero entonces, ¿por qué te entregaste? ¿Por qué el viernes, hace tres días, me asegurabas quererme? ¿Por qué me engañaste diciéndome que tu amor iba a durar toda la vida?

Ella, con naturalidad, sin emoción casi, contestó:

—Yo no he deseado otra cosa sino quererte. Pero quererte mucho, mucho... Pensaba que el amor era todo cuestión de voluntad, y traté de convencerme de que tú eras el hombre para mí, el hombre mío, el que yo debía amar... Mi voluntad de amarte era tan grande que la

he confundido con el amor mismo. Y ahora veo que me he engañado.

Víctor, en tono de dolor y de reproche, declaróle no comprender su actitud. Un verdadero sentimiento no era cosa que pudiese cambiar de un día para otro. Si ella estaba tan segura de quererle que hasta llegó a entregársele, ¿cómo tres días después podía dudar?

—¿No estarás equivocada, Lucy?

Víctor no advirtió que ella le había mirado con lástima. Al ver la aflicción de aquel hombre que la amaba apasionadamente, que apenas podía hablar de emoción, y que insistía en preguntarle si no estaría equivocada, ella, con piedad de madre, le contestó, resuelta sin duda a postergar la definitiva ruptura o a resignarse cobardemente:

—Puede ser... Yo no sé... ¡Es que soy tan chiquilina!

Víctor fué feliz. Vió una esperanza en estas palabras. Creyó que podría sugestionarla y quiso demostrarle que ella le quería. Interpretaba favorablemente lo que no era sino lástima: la actitud de sometimiento, la dulzura de sus poquísimas palabras, sus "puede ser", sus "quién sabe". Ella apenas le escuchaba. Dejábase tomar la mano, dejábase besar. Sus ojos miraban hacia el techo. ¿Qué soñaban aquellos grandes y oscuros ojos, subrayados por tan hondas ojeras? ¿Tal vez aquellas palabras, hermosas y elocuentes palabras de un amor grande y sincero, de un amor hacia ella, comenzaban ahora a interesarla, a encantarla, y, por este camino, a convencerla de que ella amaba también? El gran orador que era Víctor había resurgido y la emoción embellecía sus frases. Por fin, viéndola que le miraba con cierta ternura y que sonreía, le preguntó:

—¿Te he convencido de que me quieres?

—No sé... Pero parece que ahora te quiero un poquito más...

El continuó hablando un buen rato aún. Lucy, obligada a contestarle, repetía que era una chiquilina, que tal vez no se conociese a sí misma y que no sabía... no sabía...

Al despedirse le dió la mano a Víctor con indiferencia. El se la besó, trastornado, con los ojos enrojecidos y la mirada extraña.

—¿Y si me propusiera conquistarte?—le preguntó él, ya en la puerta del departamento.

—Puedes intentarlo... Yo no desearía otra cosa que amarte...

—Tengamos esperanza, Lucy. Te conquistaré porque te quiero con pasión. Mi amor atraerá tu amor. Tienes que ser mía, serás mía... ¿Nos veremos pasado mañana? ¿A la misma hora?

—Como tú quieras—contestó ella acentuando su sonrisa triste.

Y desapareció.

*
* *

Víctor pasó aquella noche y todo el día siguiente tratando de comprender a Lucy. Pero no lograba concretar su pensamiento, tan lleno estaba de temores. Presentía el abandono. A pesar de haber poseído unos días antes a aquella amada joven y bella, que le había entregado su virginidad en la absoluta convicción de quererle, y de haberle ella dicho, después de sus nuevas dudas, que le quería un poquito, Víctor no se ilusionaba ya en lo más mínimo. Sus imaginaciones eran todas tristes. Inútilmente trataba de discutirse a sí mismo, de sugerirse esperanzas. Sentíase abandonado, traicionado, en el momento preciso en que su amor alcanzaba a la pasión verdadera.

Pensaba en estas cosas el miércoles por la mañana, después de una noche de inútiles tentativas de análisis, cuando le trajeron una carta. Era de ella. La abrió con miedo. Presintiendo no sabía qué, leyó febrilmente las palabras de la amada. Lucy, llamándole "amigo", decíale que su cartita debía llevarle muchas esperanzas, muchas ternuras y el gran bien del amor. Le escribía con el corazón abierto, sinceramente, con "sinceridad heroica", como él dijera; y

sin embargo, más que esperanzas llevaba dudas, y más que amor, dolor. "Porque yo—agregaba—que he pensado y soñado tanto en ti, no te quiero todo lo que mereces, todo lo que debía quererte, todo lo que yo deseo querer. Pensé, en mi inocencia de chiquilina, que tendría hacia ti un gran amor, y te he demostrado que estaba resuelta a hacer lo imposible por lograrlo. Pero, no sé, al proponerme tú casarte conmigo, a raíz de mi entrega desinteresada, te he visto como no deseaba que fueses. No puedo decirte que te haya encontrado pequeño, ni menos mediocre. Pero esas palabras tuyas me hicieron mal. Me pareció que en el fondo de tu alma condenabas mi acción, y que me proponías remediarla. Por lo menos, era evidente que tú no habías comprendido todo el significado de aquel acto en que yo te daba todo mi ser. Yo quería que el hombre a quien amase fuese libre, anárquicamente libre, incapaz de pensar en eso que tú has pensado; que no se pareciese a los demás, llenos de prejuicios sociales, cobardes, respetuosos de todas las normas. Yo quería que fuese un hombre capaz de decirme: "ahora te vienes a vivir conmigo". Me he desilusionado. Veo con absoluta claridad que no eres mi hombre. Y como yo no sabría quererte no siendo tú el hombre que me está destinado, te pido, Víctor, con lágrimas en los ojos, por ti, por mí, por mi inocencia, que hagas todo lo posible porque tu pasión quede convertida en un grande amor espiritual, fraternal, diré, sin más interés que una suave ternura. Y yo buscaré llenar el vacío de mi vida, ¡el gran vacío de la vida! No será probablemente un hombre como tú, tan fuerte, tan bueno, tan espiritual; no será quizás otro que me quiera tanto y tan noblemente como tú; será algún muchacho con quien podamos querernos a sol y sombra, sin más preocupaciones que vivir. Yo creo que el afecto fraternal que te pido, habría de elevarnos a ti y a mí. Tu amor no puede hacerme feliz; tu cariño fraterno, sí."

Víctor miraba la carta, y no quería creer en lo que había leído. Sus dos manos la tenían abierta, y sus ojos miraban y seguían mirando, atónitos, extraños. El perfumado pliego temblaba. Víctor continuaba como buscando un sentido

oculto en aquellas palabras. Pero, en su emoción dolorosa, ya no comprendía. Acercó el papel a los labios y lo besó con unción. ¡Era de ella, de la única mujer a la que realmente amara en su vida! De pronto se levantó y comenzó a moverse por el cuarto, en una tremenda agitación. Quien le viese le hubiera juzgado loco. Vacilaba al caminar, hablaba en voz alta, invocaba el nombre de la mujer querida, se mesaba los cabellos, se agarraba la cabeza con las manos. De cuando en cuando, volvía a tomar la carta, a besarla, a mirarla con fijeza obstinada... Y entonces, salíale de la garganta, no un sollozo, sino un estertor, un estertor de agonía.

Salió a la calle, para tranquilizarse y ordenar sus pensamientos. Fué a su estudio, pero no pudo trabajar. Un poco calmado, sin embargo, intentó contestar aquella carta. Escribió varios borradores, pero en todos había palabras ofensivas y malas. Por fin, y pensando en que debía ser breve para lograr eficacia, redactó dos carillas. Decíale que la carta de ella era perversa: reprochábale que hubiese querido enamorarle, como a tantos, para burlarse de él; y demostrábale lástima, porque ya la veía entregándose a otro, a ese muchacho desconocido de que hablaba, y luego, abandonada por éste, a otro, y después a otro aún. Había escrito aquella carta con fiebre y sangre .Su letra, habitualmente igual y pequeña, vibraba en trazos cargados de tinta; corría, grande y extendida, hasta el límite del papel, descendiendo o subiendo; a veces se cortaba la línea mucho antes de tiempo; otras veces, veíase que la punta de la pluma había agujereado nerviosamente el papel.

Con la carta en el bolsillo se fué a ver a Itúrbide. Parecíale ahora que aquella carta era brutal, que con ella suprimía toda esperanza. Además, necesitaba consultar al amigo, contarle su caso, pedirle un buen consejo. Subió a un automóvil y dió orden al chofer de que le llevara volando.

Itúrbide estaba aquella noche de viaje para su estancia y había ido a las oficinas del ferrocarril a buscar sus pasajes. Víctor, desesperado, fué a encontrarle allá. Itúrbide salía en el mismo instante en que llegaba Víctor. El es-

critor, al verle, vió que algo muy grave ocurría a su amigo. Entraron ambos en un bar y allí Víctor, estremecidamente, pero con método, refirió toda la historia.

—Las mujeres—dijo el psicólogo—se desilusionan casi siempre en materia de amor. Y lo mismo en el matrimonio que fuera del matrimonio. En la mayoría de los casos interviene una razón fisiológica. Generalmente, las mujeres no sienten goce ninguno en los primeros escarceos del amor físico. Algunas no llegan a sentirlo en toda su vida. Otras necesitan varios meses, o varias semanas, para comprenderlo. Es claro que su frialdad, contrastando con el ardor masculino, les permite observar al amante. Muchas nos encuentran ridículos o groseros, y otras, al ver que nada sintieron, se imaginan que no quieren a ese hombre. Pero, naturalmente, son muy escasas las mujeres que, a raíz del fracaso en su primer contacto amoroso, se resuelven a cortar. Casi todas esperan, ya porque experimentan un placer moral al ver el goce masculino, ya porque quieren de veras a su amante, ya por simple pasividad de espíritu, ya porque confían que también llegara para ellas lo que ahora no tienen. Pero el caso de Lucy es complicado. Podría ser una curiosa o una dominadora, y una vez que ha logrado satisfacer su curiosidad o dominar al hombre señalado...

—No ,eso nunca—protestó Víctor.—Lucy es la sinceridad misma. Y no puedo creer tampoco en una desilusión por razones fisiológicas...

—No queda, pues, sino la suposición de que esa criatura, como muchas otras, es insensible al amor. Tal vez ignora lo que es amar, y, no resignándose a renunciar a una belleza tan elogiada por los poetas y los novelistas, la busca desesperadamente, llegando a entregarse al primero a quien imaginó querer un poco o a quien confíaba querer más tarde. Si lee tanto, como usted dice, nada extraño sería que, dada su insensibilidad, le hubiese hecho impresión aquella frase, mil veces leída por ella, sin duda, de que las mujeres sólo aman realmente al hombre que las ha poseído. Frase que, entre paréntesis, dice una falsedad. Las

mujeres aman, no al que las ha poseído, sino al que ha sabido despertar en ellas la sensibilidad.

Víctor acogió con entusiasmo la suposición de su amigo. Sí, Lucy, la pobre Lucy, era insensible al amor. Y la prueba estaba en aquella multitud de novios que había tenido, en haberse besado con casi todos ellos, y en su anticipada desilusión de aquella mañana en el Retiro...

—Si fuera verdaderamente sensible—agregó Víctor—no se hubiera dejado besar por tantos hombres, y, con las ideas que tiene y su libertad, ya habría caído mucho antes. Sí, es una insensible, sin ninguna duda.

Y se despidió de Itúrbide, satisfecho de la explicación, pensando que con ella excusaba a Lucy.

*
* *

Pero a la tarde, todo su enojo renació. La esperaba en la puerta de la calle, con una tremenda excitación. Al verla, apenas la saludó. Y sin decirse una palabra, subieron por el ascensor hasta el quinto piso, donde tenían el departamento.

Ella estaba tranquila. Víctor, al entrar, se quitó bruscamente el sombrero de paja y lo arrojó sobre un sofá. Y frente a su amiga, que sonreía levemente con su sonrisa un poco triste, habló así, casi sollozando:

—Lucy, me has escrito una carta indigna de tí, indigna de mí. Acuérdate bien de lo que voy a decirte: Eres muy joven y muchos hombres te dirán aún que te quieren, pero nunca, en toda tu vida, sentirán por tí la pasión que yo siento. ¿Merezco esa carta? ¿Merezco que me anuncies que te buscarás otro amante? No te imaginas ni el mal que me has hecho con esas palabras brutales, ni lo que eso significa para tí.

Ella le miraba con cierto asombro y con tristeza. A la

verdad no había pensado en las consecuencias de su frase. Y así se lo dijo, en un tono que era como si le pidiese perdón. Pero Víctor, implacable y vengativo, continuó:

—Me ha dado una pena enorme tu carta. Porque a pesar de todo, no puedo dejar de amarte con este estúpido amor que siento. Esa carta tuya me demuestra que estás con el pie en un abismo. Yo podía salvarte, yo te hubiera salvado, yo, que te ofrecí mi nombre...

Y acordándose de su carta, que no mandó por consejo de Itúrbide, se la leyó, sentado ahora frente a ella. ¡Cómo temblaba Víctor al leer aquello! ¡Y cómo gemían sus palabras! Algunas, estrangulándole, se quedaban dentro de la garganta. A veces, interrumpíase para dejar salir de su pecho un suspiro que era un estertor. Y concluyó, despedazando un sollozo, con la cabeza entre sus manos.

Ella, que contagiada de aquella emoción, sufría ahora, se echó a llorar. Víctor calmóse instantáneamente al ver aquel llanto suave y sencillo. Tomó su carta, que había caído al suelo, y la rompió en pedacitos. Ahora juzgaba que la maldad estaba en él, y no quería dejar ni rastros de aquella carta y de sus pensamientos. Luego, se acercó a Lucy y apartándole las manos del rostro la miró piadosamente.

—Esas lágrimas me hacen mucho bien — le dijo, besándoselas.

—Es que yo soy mala... — balbuceó Lucy.

—No, tú no eres mala sino buena, muy buena.

Cuando los dos se tranquilizaron, y después de los innumerables besos que pusiera Víctor con unción sobre las manos y la frente femenina, él la interrogó, buscando explicarse aquella desilusión. Preguntándole si acaso el amor físico la había decepcionado, si le encontró a él grosero o si fué la falta de placer...

—No, nada de eso — interrumpió ella. — Si quieres seré tuya otra vez, ahora mismo, si lo deseas...

Víctor luchó un momento contra su instinto, al que esas palabras comenzaron a despertar, y contestó:

—No. Si no me quieres, no.

Quedaron un largo rato silenciosos. Lucy no atrevíase

a levantarse. Víctor pensaba en el modo de terminar aquella escena. Pero, en su hondo sufrimiento, nada se le ocurría. Por fin, pidióle permiso otra vez para conquistarla, si ella lo deseaba.

—¡No desearía otra cosa!

Víctor sabía que ni él iba a intentar ahora conquistarla y que ni ella lo deseaba. Pero aprovechó el momento para levantarse. Ella levantóse también y se arregló para salir. El la miraba hacer, sin decir palabra.

—¿Entonces...? — exclamó ella, esperando que él hablase.

—... nos veremos pronto... ¿no es así? — continuó él la frase.

—Cuando quieras...

Víctor, en vez de tomar la mano que ella le tendía, la abrazó, un poco de lado, para ocultar la repentina desfiguración de su rostro, atormentado por el dolor. Ella sonrió con melancolía y no le miró. Dijérase que nada había notado. Después él la besó en la frente, con un beso largo y estremecido.

—¡Adiós, Lucy! — exclamó Víctor sollozando y mirándola salir.

—Hasta pronto — contestó ella, deteniendo un momento sus ojos sobre aquel dolor que gemía por ella, y salió.

Víctor permaneció una larga hora sentado en un sofá, en la actitud de quien no tiene fuerzas para levantarse. Sentía su vida destrozada. No hablaba en voz alta, como el día anterior, ni estaba excitado ni desesperado. Un gran abatimiento paralizaba sus brazos, sus piernas, su cuerpo entero, a los que sentía enormemente pesados, como si fueran de hierro.

Cuando se levantó del sofá, dirigióse, vacilante y lento, al dormitorio. Tomó con sus dos manos aquella almohada en que Lucy acostara su cabeza, y, lo mismo que otra mujer—Aurelia—hiciera una vez pensando en él, la besó apasionadamente, torturado por el martirio de la tragedia interior.

XIII

LOS DOGMAS DE LA VIDA NUEVA

¡Y ahora sí que se realizaba, como un fuego por fin llameante, la tragedia interior! En otros días, cuando Víctor hablaba a las mujeres de su soledad espiritual y de sus íntimos sufrimientos, su imaginación exageraba un poco. Pero ahora, ahora sí sabía lo que era sufrir. Porque ahora la pasión de amor quemábale hasta las entrañas del alma y de la carne. Su entera energía vital, su conciencia plena, su cerebro fuerte, su sangre ardorosa, sus nervios vibrantes, todo estaba en aquel amor que le absorbía, a la vez que la integridad de su persona moral y física, todas las horas de su vida.

Desde aquella tarde en que decidióse el fin, vivía como un sonámbulo. No vivía para las realidades, para las cosas que son y que pudieran no ser. Vivía para sus realidades interiores y para otras realidades que estaban fuera de sí mismo. Vivía para su dolor y su ensueño, para el mundo irreal de lo que pudo ser y no fué. Su abstracción de las cosas hízose a veces odio. Primero la odió a ella. La juzgó

mala o inconsciente, y le dese óla desgracia, la desgracia de amar sin ser amada, ya que él no podía vengarse de modo alguno. Pero luego, acordándose de Aurelia, cuya pasión no halló en él ni correspondencia ni honda comprensión, perdonaba a Lucy todo el mal que le hiciera. Y entonces odió a las cosas, a su destino y a la vida, a cuanto le rodeaba, a las gentes, a sí mismo. Comprendió el suicidio, si bien él, que amaba la Vida, jamás lo aceptaría. Luego, esos odios pasaron. Pero quedaba la constante preocupación de noche y de día, de cada hora y de cada minuto; y una lasitud que iba penetrando cobardemente en el ser, físico y moral, del hombre fuerte.

A veces, quería analizar el lamentable episodio, del mismo modo que analizara sus anteriores historias sentimentales .Sabía que nada como el análisis para matar, o a lo menos para atenuar, la pasión. Pero su inteligencia estaba tan confusa que no percibía casi los detalles. Toda aquella historia amorosa entre Lucy y él presentábasele en un bloque, pero sin contornos precisos, como una masa informe.

Sin embargo, cuando parecía que un poco de calma penetraba en su espíritu y en sus nervios, preguntábase por qué extraño destino fué amado cuando no amaba—Aurelia, Marta, Elsa—y en cambio no pudieron amarle cuando ardió su ser entero en una fuerte pasión. Y entonces recordó aquella frase de La Rochefoucauld: "Para ser amado, es menester no amar". ¿Quería decir, pues, que el mutuo amor no existía? ¿Y que por consiguiente la felicidad de amar era una quimera?

Víctor pensaba ahora que el amor no existía. Pues sólo parecía posible el amor cuando el hombre y la mujer se amaban del mismo modo. ¡Pero eran tantas las formas del amor! Recordaba cómo él fué llevado hacia Marta por la sola atracción física, mientras ella le había querido con el corazón; y cómo no pudo amar a Elsa de la manera que ella lo deseaba. ¡Siempre en el amor el desencuentro y la incomprensión! De aquí la brevedad de los amores, ya porque cesan en absoluto o porque tranfórmanse en rutina. No, no existía el amor. Claro que en los comienzos de una historia sentimental hallábase muchas veces amor. Pero

de una parte, casi siempre sólo de una parte. Los hombres raramente amaban; y las mujeres parecían ir perdiendo la capacidad de amar. Las diferencias de los caracteres, de la educación, de la cultura, de los gustos, todo contribuía a matar los amores. Víctor no negaba que también existiese el mutuo amor. ¡Pero qué breve era siempre! En el matrimonio, la vida en común lo asesinaba. ¿Cómo podía haber ilusión en las horas idénticas, vividas idénticamente? ¿Acaso el amor no necesita de la variedad? Y fuera del matrimonio, ¡qué triste amarse! Víctor pensaba que fuera del matrimonio, con todas las circunstancias favorables, podía sin duda haber amor; el verdadero amor, el amor puro, no era el del matrimonio, porque en el matrimonio iba mezclado con intereses, vanidades, deseos de tranquilidad, conveniencias. Pero si fuera del matrimonio podía haber amor, era casi imposible la felicidad del amor. En un caso lo entristecía el terror de las consecuencias, lo cual obligaba a procedimientos que disminuían fuertemente el placer, vale decir: una de las más sólidas razones del amor; otras veces, era el miedo de que pudiera ser conocido aquel amor, y llegase la tragedia; otras veces, la dificultad de las entrevistas. El mundo ponía tantos obstáculos a la felicidad del amor prohibido, que realmente lograba matar la soñada felicidad. El mundo se vengaba así de los audaces y rebeldes, que buscaban su bien fuera de las normas. Y esto mismo era causa mediata de que los amores muriesen. Porque las mujeres, sabiendo que jugaban en el amor prohibido toda su tranquilidad, pues arrostraban la condenación social, exigían de los hombres una comprensión de semejante sentimiento, y, al ver que los hombres sólo buscaban en ellas el placer, llegaban pronto a la desilusión y al fin del amor.

No, no existía el amor. Este era el pensamiento incesante de Víctor. Había hombres y mujeres que se unían, en el matrimonio o fuera del matrimonio, creyendo amar. La ilusión duraba unos días, unas semanas. Si eran sinceros y honestos, aquello concluía. Si eran cobardes o viciosos, aquello continuaba, pero sin ilusión. El amor verdadero, aquel que ardía perdurablemente en el espíritu y en la car-

ne, aquel que nos hacía buenos y comprensivos, aquel que estaba hecho de infinita ilusión y de infinito ideal, ese no existía.

Y sin embargo, mientras Víctor pensaba estas cosas, una voz interior decíale que un amor así era posible. Pero sólo dentro de las normas. Y sólo cuando el hombre y la mujer se amaban del mismo modo y se comprendían. Y cuando ambos eran capaces de perdurable ilusión. Y cuando—el hombre, sobre todo—no tenían inquietudes ni curiosidades, ni había en la vida de los dos nada que los distrajese demasiado fuertemente. Y cuando ambos eran virtuosos y honestos y ni excesivamente imaginativos y ni excesivamente sensitivos.

¡Así sí era posible el mutuo amor y la felicidad del amor! El amor que no es ansiedad de unos días, ni quimera loca, ni vulgar rutina. Y sólo por la probabilidad de encontrar una semejante gloria, aunque no fuese perfecta, debíamos buscar siempre el amor, — pensaba Víctor. Lejos de su espíritu todo pesimismo. Víctor amaba demasiado la vida para no ser, respecto a ella, un optimista. No se arrepentía de ninguno de sus amores. Y era feliz en los momentos en que recordaba cómo, en los primeros días de cada aventura, había llegado a la cumbre de la dicha, creyendo que amaba y era amado. Era triste y doloroso que la ilusión no hubiese perdurado, pero esas ilusiones habían sido realidades, aunque por breves horas, y eso bastaba. ¿Si no podemos contemplar a Dios, Suprema Belleza, no ha de bastarnos el ver o el poseer una partícula de esa perfección, un átomo de la terrenal hermosura?

*
* *

Exaltado de amor y de entusiasmo por la vida, y por la vida que comenzaba a nacer después de la Gran Guerra,

Víctor, en aquellos primeros días de su amor con Lucy, había prometido, a un grupo de estudiantes universitarios, una conferencia sobre *Los dogmas de la Vida Nueva.* Y una tarde, cuando la llaga que le comía el alma era más dolorosa, los jóvenes le reclamaron la conferencia.

Era a principios de Febrero y ellos la habían anunciado para los primeros días de Marzo. Víctor quizo aplazarla, alegando hallarse un poco enfermo. Pero como aun faltaba un mes, su razón no valió. Y resuelto a cumplir su palabra, y pensando que los derechos y los anhelos de la juventud eran sagrados, comprometióse definitivamente, para el día que ellos quisiesen.

Aquella tarde Víctor no había ido al diario. Sentía una soledad tan vasta y tan honda, que necesitaba estar solo para sufrir menos. El espectáculo de las gentes le lastimaba. Los ruidos parecíanle tenazas que mordieran su llaga. En su departamento del hotel había ya mucho de sí mismo, del otro Víctor, de aquel que era antes de conocer a Lucy. El hombre, en el contacto familiar de las cosas, se posesiona de ellas, les infunde algo de su marca espiritual. Y así, Víctor, el que ahora sufría de aquel cáncer de amor en las entrañas, dialogaba con el otro. De este modo estaba menos solo, en compañíia de sus recuerdos, que tendíanle sus manos calmantes.

Los días del verano iban pasando, todos con una carga idéntica de sensaciones dolorosas. Víctor no descuidaba ni el diario ni los otros trabajos y empresas. Como una máquina, así hacía las cosas. Pero su idea estaba siempre allá, siempre en lo mismo, con la tenacidad de un mal que nos conduce a la muerte. Y al volver a su cuarto, su ser entero, hecho un grito, subía en una imprecación sin palabras hasta la Fatalidad que le vencía.



Y llegó el instante de la conferencia. Sus jóvenes amigos llenaban el pequeño local de aquel centro universitario. ¿Eran cien? ¿Eran doscientos? Poco importaba. Para Víctor era toda la Juventud del mundo, todo el entusiasmo, todo el esplendor de la vida. El pequeño local habíase convertido en un templo. Todos veían aquel instante como una cosa sagrada, como un instante en el cual, unidos todos, el que iba a hablar y los que iban a oir, en la religión de la Vida Nueva, escucharíanse verdades sagradas para los jóvenes. El pequeño local era un templo. Y en él, cien, doscientas lámparas ardían.

Cuando Víctor entró, brazos cuyas manos apretaban libros tremolaron en lo alto como llamas. Los juveniles aplausos, la simpatía de los ojos expectantes, algunas palabras admirativas, templaron por un momento en Víctor el doloroso ardor de su llaga.

Y en medio de un silencio de plenitud, que llenó de pronto el local como una repentina iluminación, empezó Víctor a hablar. Hacíalo de pie, junto a una pequeña tribuna sobre la que había un vaso de agua.

Sus palabras, emocionadas y lentas, decían del nuevo concepto de la vida que había traído nuestro siglo. Este nuevo concepto de la vida, esta Vida Nueva, estaba en el alma y en el corazón de los jóvenes. Pero la Guerra lo había afirmado. Fué uno de los pocos beneficios de esa cosa inícua y brutal. La Guerra, consecuencia de los ideales de un mundo viejo, de un siglo definitivamente muerto, nos había mostrado lo que no debíamos ser ni querer. ¡Nuevos sueños, nuevos ideales, nuevas esperanzas! Había concluído una época materialista y pedantesca, una época de ideales pequeños, de falsa democracia.

Y he aquí que ahora se levantaba un mundo nuevo, con una fe nueva y con ideales nuevos. Era el mundo de los jóvenes, de los que venían, con intrépido entusiasmo, a renovar los viejos valores.

Víctor decía su conferencia de memoria. No pensaba, pues, en aquellas palabras de promisión que iban exaltando a sus oyentes. Pensaba en Lucy. Aquel día cumplíanse dos meses de su encuentro con ella en el Retiro. Y mientras sus labios hablaban de la Vida Nueva, su alma hablaba de ella. Y los recuerdos de aquel día, divino y funesto, iban reabriendo su llaga. Sangraban su corazón y su espíritu lentamente, obstinadamente. Y aquella sangre dolorosa empapaba las palabras del sermón laico. Por eso tenían una elocuencia tan extraña, una elocuencia trágica y dolorosa que penetraba hasta lo hondo de las estremecidas almas juveniles.

Y comenzaron a pasar lentamente, como banderas, los dogmas de la Vida Nueva. Diez eran aquellos mandamientos de la religión de la Vida. Y cada uno aparecía sintetizado en una palabra. Al pronunciar Víctor cada una de esas palabras maravillosas, era como si un enorme foco de luz se encendiera en el lugar que ocupaba su persona. Todos los rostros, inauditamente blancos e iluminados, absorbíanse en aquel imán de la palabra mágica. Los ojos se agrandaban como para oir, como para que por ellos penetrase en las almas la belleza de los nuevos ideales.

Surgió primero la palabra VIDA. Debíamos amar la Vida sobre todas las cosas. Debíamos creer en ella con fe infinita. ¡Malditos los que dudaban de la Vida, los que suprimían un átomo de vida! ¡Malditos aquellos que provocaban las guerras o las continuaban! Y siendo la Vida acción, movimiento, desarrollo, ¡malditos aquellos que predicaban la actitud negativa, la inmovilidad del pensamiento o de las instituciones!

Y mientras iba hablando, y los oyentes, que eran ya discípulos, meditaban en silencio aquellas frases, el maestro veía a la mujer amada. Veíala como en los films, cuando alguien recuerda. Suspendíanse las imágenes de

la Vida Nueva y aparecía Lucy a su lado, lejándose besar por él. En esos momentos, cuando la aparición era dichosa, él sonreía muy levemente ante la pasajera felicidad, y sus discípulos sonreían también, en la dulce beatitud de la Vida Nueva.

Luego, fué la VOLUNTAD, la que surgió. La Vida Nueva mandaba creer en el poder ilimitado de la voluntad humana. La voluntad nos conducía al dominio de las cosas y de las fuerzas naturales. La voluntad nos llevaba a triunfar en nosotros mismos sobre los adversos destinos. Y después de la Voluntad llegó el TRABAJO. La Vida Nueva mandaba amarlo por sí mismo, realizarlo con amor y alegría. No había deber más imperioso que el de cumplir nuestra vocación, fuese cual fuese. Porque la vocación era como la palabra de Dios. "Joven amigo —dijo Víctor — ama tu oficio, y no desprecies nunca a los demás oficios, pues todos son tan necesarios y tan excelentes como el tuyo. Si llegas a enseñar, ama la docencia por sí misma; no la tomes nunca como si sólo fuese un medio de vida. Si llegas a escribir o a pintar o a esculpir, hazlo por amor a tu vocación; jamás por una gloria que no existe y menos aún por dinero. Y porque tienes una vocación, debes conocerte a tí mismo, indagar en tí tu aptitud. Y si así no lo hicieras, sería como si desdeñases u olvidases la palabra de Dios".

Y ahora, tocóle el turno al AMOR, que era el cuarto de los mandamientos de la Vida Nueva.

Lucy estaba allí, entre él y sus discípulos. Víctor no veía sino a ella. Las luces habíanse apagado y sólo el rostro de Lucy iluminaba el local. Era un templo aquel local, pero ahora era un templo para ella, para su belleza, para que allí brillasen eternamente las lámparas maravillosas de sus ojos. Lucy estaba allí y le tendía las manos. Le estrechaba a él con sus brazos morenos. Le besaba largamente en la boca. Y pasaban las horas y los días y los meses y los años... Y siempre ellos amándose, ¡siempre, siempre!

Víctor veía estas imágenes y sus palabras exaltaban el amor. Pero la Vida Nueva, que era toda sinceridad,

mostraba que en el amor hallábase más el sufrimiento que el placer. Era falso que el amor condujese siempre a la dicha. "Y sin embargo, joven amigo, busca el amor hasta encontrarlo. Y si, habiéndolo encontrado, lo perdiste, búscalo otra vez. Búscalo siempre, porque él habrá de traerte grandes bienes. No importa que sufras. No rehuyas demasiado el sufrimiento. Piensa que lo esencial es vivir, y que más vivirás sufriendo de amores que gozando triviales placeres". Ahora Lucy ya no estaba allí. Habían reaparecido los discípulos. Todos tenían el alma en los ojos. Víctor, al ver aquellos rostros que interrogaban, quiso ampliar lo que traía de memoria. E improvisó, recordando viejas ideas. Dijo cómo el amor desarrollaba la personalidad y cómo nos daba lecciones de ensueño y de vida interior, cosas necesarias para la existencia integral de un hombre de estos tiempos nuevos. "La Vida Nueva es acción, pero junto a la acción pongamos el sentimiento. Hombres hay, y aun pueblos considerados como muy modernos, que casi han suprimido el sentimiento. En estos pueblos, hombres y mujeres se casan o se unen, sin sentimientos de amor. No hagas tal cosa, amigo mío, porque eso es ofender al alma y al corazón, que es decir a lo mejor de nuestra naturaleza humana." Pero Víctor dió luego al Amor su más vasto significado. Y alabó la amistad, los sentimientos de familia, la ternura para con los que sufren. "Y si tienes un espíritu profundo e interrogas los grandes misterios, si no tienes la satisfacción del burgués que se contenta con sus comodidades y sus placeres mediocres y sensuales, entonces te has de sentir solo y triste, descontento e inquieto, y entonces necesitarás mezclarte con una alma femenina, en un intento desesperado y noble por salir de ti mismo. El amor es el único remedio para el mal angustioso de la soledad".

Y otra vez apareció Lucy. Pero ahora traíale imágenes lamentables. En sucesivos cuadros, Víctor fué viendo unas cuantas dulzuras que pudo tener y no tuvo, y el desfile de sus dolores morales. Ya rememoraba la última entrevista, ya sus desesperaciones en el cuarto del hotel,

ya la cruel sinceridad con la cual reconoció ella no amarle. Y aquella más cruel todavía, mucho más, de cuando le declarara que él no era su hombre ni podía serlo.

Así, con su llaga de amor supurando sufrimientos, con la voz que comenzaba a adquirir los matices opacos del viril gemido, fué Víctor hablando de la SOLIDARIDAD, — una forma de Amor: amor al gremio, a la Patria, a la raza, a la Humanidad, a todo lo que nos está ligado, por la inteligencia o por el sentimiento o por la sociabilidad — y de la SINCERIDAD, verdadera condición de los hombres nuevos, que exigían la sinceridad de las conciencias y de las naciones, de nuestros actos individuales y de la política de los estados. Y con aquella trágica angustia que crecía por instantes, exaltó la LIBERTAD. "Sé libre, amigo mío, en la solitaria cumbre de tu alma", exclamó, con un acento extraño y roto, que asombró a los discípulos.

Y como ya el dolor le martirizaba y aquellas imágenes eran cada vez más obsesionantes, Víctor quiso terminar pronto con la enumeración y explicación de los dogmas de la Vida Nueva. Y habló rápidamente de la JUSTICIA, de cómo debíamos realizarla en todos los momentos, en nuestras conversaciones y en nuestros actos, en nuestra condición de individuos, de ciudadanos y de hombres. Y habló no menos rápidamente del IDEAL, del imperativo categórico mediante el cual la Vida Nueva nos exigía que tuviésemos un ideal. Los ideales justificaban la vida, la embellecían, la purificaban, la exaltaban.

Todo se había oscurecido. Ni Lucy ni los discípulos. Una gran oscuridad, un silencio infinito que le hacía daño y que allá en el fondo del alma revolvíale secretamente la dolorosa llaga. Sentíase lívido y desfalleciente. Apenas tenía palabras para el último de los dogmas de la Vida Nueva: la ESPERANZA. Los discípulos suponíanle fatigado. Ya la voz temblaba, se oscurecía, se cortaba.

De pronto, Lucy otra vez. Primero, imágenes de la dicha perdida, de aquel gran bien que debió ser suyo y no lo fué. Y luego, un atropellamiento de imágenes penosas, de sensaciones confusas y extrañas, y una voz que

era un estertor. Víctor, que estaba de pie, junto a la tribuna, bebió la última gota que quedaba en el vaso. La bebió con lentitud, ganando tiempo, intentando vencerse. Una ansia de llorar, con la fuerza de unas manos de hierro, le apretaba la garganta. Y ya sin voz, casi en secreto, lívido nuevamente, recordando todo lo que había perdido y que nada de eso recuperaría jamás, pensando en su interna desesperanza, en medio de la oscuridad y del silencio a cada segundo más vastos y penetrantes, dijo: "Y espera siempre, oh amigo, hombre de estos tiempos nuevos, siempre, siempre... siempre.. aun cuando ya no tengas... motivos... de esperar..."

Los que estaban en las primeras filas habían corrido, al verle desfallecer. Por ellos no cayó al suelo. Los últimos, que no pudieron percibir el accidente, habían aplaudido, y todavía, en medio de los siseos, algunos aplausos seguían rodando por el fondo del pequeño local. Unos de los jóvenes le echaban aire, otros recordaron cómo él les manifestara, aquella tarde en el hotel, que estaba enfermo. Pero Víctor volvía en sí y hablaba: "No es nada. Ya pasó". Y rogó que le llevasen afuera, a respirar el aire de la calle.

Y allá iba Víctor Urgel, rodeado por un grupo de muchachos, saliendo del local. Se apoyaba en dos de ellos; uno era Kramer y el otro su hermano Juan Andrés. Pero todos querían hacer algo por él: sostenerle de un brazo, o abrirle camino o darle aire con el sombrero. Bajaron así por una escalera y en seguida estuvieron en la calle.

La ciudad tumultuosa y formidable acumulaba en aquel sitio una parte de su energía. Automóviles, carros, carruajes, gritos de vendedores de diarios, pasar de transeuntes por centenares, por millares. El dinamismo físico de la hercúlea Cosmópolis encontróse con el espiritual dinamismo de los hombres nuevos. Los muchachos — ¿eran cien? ¿doscientos? — desbordaron sobre la calle en aquel anochecer de Marzo. Víctor se sintió bien, apenas respiró el aire callejero. Los grupos de los discípulos, los cuales querían todos conocer a Víctor o mirarle de cerca, entorpecieron el tráfico. Deteníanse los vehículos,

y muchos transeuntes pretendían saber qué pasaba. Víctor recordó la tarde de su célebre discurso en el Congreso. Cuatro años y algunos meses habían pasado, y he aquí que ahora acababa de repetir ciertas ideas fundamentales de aquel discurso con el cual él, provinciano perdido en el abismo de la gran ciudad, la había fulminantemente conquistado. Pero si entonces conquistó el Exito, ahora había conquistado algo mucho más bello y más noble: el corazón y la inteligencia de los jóvenes, de los hombres de la Vida Nueva.

Estas cosas pensaba Víctor, mientras los muchachos le saludaban o se acercaban a él. Luego, aquel recuerdo de su conquista de Buenos Aires, que ya le parecía tan lejana, le llevó a pensar en Asunción. Aquel día se definió en tristeza y alejamiento lo que antes había sido amor. ¿Por qué dejaron de amarse?

Y como la aglomeración permanecía enquistada frente a la puerta del local, cubriendo la vereda y la calle, un vigilante se aproximó. Dirigióse a Víctor.

—¿Qué es lo que hay? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Puedo contestarle, maestro? — preguntó Kramer a Víctor.

—Contéstele... Pero aquí no hay ningún maestro. Todos discípulos.

Y entonces Kramer, ante el vigilante asombrado y desconfiado, pronunció estas palabras, en aquel momento admirables:

—Usted quiere saber quiénes somos, ¿verdad? Pues somos esto: los discípulos de la Vida Nueva.

Enero de 1920 - Abril de 1922.

Fin de La tragedia de un hombre fuerte.

INDICE

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE
DE IMPRIMIR EN LA IMPRENTA MERCATALI EL DÍA 23
DE ABRIL DE 1922